

Las Cuatro Campanas

DE

La Guerra del Pacífico

Por

FRANCISCO A. MACHUCA

(CAPTAIN)

TENIENTE CORONEL RETIRADO

Relación y crítica militar de Captain,
autor de La Guerra Anglo - Boer, de La Guerra Ruso - japonesa
y de La Gran Guerra Mundial de 1914-1917.

TOMO II.

1928
Imprenta VICTORIA, Valparaíso
Chacabuco 79.

Al Excmo. Sr. Presidente de la República

General

Don Carlos Ibañez del Campo

a cuya patriótica benevolencia

se debe la publicación de esta obra.

Viña del Mar, 1928.

El Autor.

LAS CUATRO CAMPAÑAS DE LA GUERRA DEL PACIFICO

I. TARAPACA. II. TACNA.
III. LIMA. IV. LA SIERRA.

Tomo Segundo. Campaña de Tacna.

Índice.

Capítulos	Materia	Pág.
I.	La Nueva Campaña.....	18
II.	Reconocimiento del Valle de Ilo.....	29
III.	Reorganización del Ejército.....	40
IV.	Preparativos bélicos y diligencias financieras	52
V.	Expedición sobre Pacocha.....	64
VI.	Operaciones navales.....	75
VII.	Apoteosis.....	89
VIII.	En Pacocha.- Cambio del Plan de operaciones	99
IX.	La expedición a Mollendo.....	111
X.	Expedición a Moquegua.....	124
XI.	El asalto de Los Ángeles.....	135
XII.	El Ejército y los políticos.....	144
XIII.	Relevo del General en jefe.....	157
XIV.	Preparativos para la ofensiva estratégica...	165
XV.	Bloqueo del Callao.....	175
XVI.	La caballería en acción.....	190
XVII.	Despliegue y concentración.....	209
XVIII.	En el valle del Sama.....	210
XIX.	Los ejércitos peruanos I. y II. del Sur.....	222
XX.	El Generalísimo Narciso Campero.....	232
XXI.	En demanda del enemigo.....	442
XXII.	En el Campo de la Alianza.....	260
XXIII.	La batalla de Tacna.....	271
XXIV.	Después de la batalla.....	292
XXV.	El asalto de Arica.....	391
XXVI.	Reminiscencias históricas.....	321
XXVII.	Abnegación y caridad.....	327

BIBLIOGRAFIA.

(Continuación del Tomo I).

Los COLORADOS DE BOLIVIA, por Daniel Ballivian. (dos series) Imp. y Lit. Americana, Valparaíso 1919. (Edición reservada para Bolivia. No existe en la Biblioteca Nacional).

RECUERDOS DE BOLIVIA, por Pedro, León Parodi (P. Lyon). Imp. J. Neuling, Blanco 1180, Valparaíso. 1922.

EL ARTE DE MANDAR, por André Gavet, traducción de Hijinio Espindola M. Santiago de Chile. Imprenta y Encuadernación Claut. Diez de julio, N° 1140. 1920.

CHILE Y LA ASPIRACION DE BOLIVIA A PUERTO EN EL PACIFICO. (Ministerio de Relaciones Exteriores). Santiago de Chile. Imprenta Universitaria, Estado 63. 1922.

LA CAMPAÑA NAVAL, por José Rodolfo del Campo, 2ª Edición. Lima (Perú). Imp. "La Nueva Unión", Pileta de la Merced N° 149. 1921.

CRONICA MILITAR DE LA CONQUISTA Y PACIFICACION DE LA ARAUCANIA, por Leandro Navarro, coronel retirado. Santiago, de Chile. Imprenta y Encuadernación Lourdes. (2 Tomos). 1909.

CHILE Y BOLIVIA, por Marcial Martínez, Santiago. Imprenta Sud-Americana, 1873.

CRONICAS ARIGUEÑAS, por Vicente Dagnino, Tacna. Librería e Imprenta "La joya Literaria". 1910.

EL SERVICIO DE ESTADO MAYOR, por A. Kellermeister von der Lund. (Profesor del ramo, en la Academia de Guerra). Santiago, Imprenta y Litografía de la 3ª Sección del Estado; Mayor General. 1902.

BOLETIN DEL ARZOBISPADO DE SANTIAGO, 1879-84.

ANUARIO HIDROGRAFICO DE LA REPUBLICA DE CHILE (1879-84), tomos V, VI, VII y VIII. Santiago, Imprenta Nacional, calle de la Bandera N° 29.

ALEMANIA Y LA PROXIMA GUERRA, por el General Federico von Bernhardi G. Gigli, editor. MCMXVI.

OBSERVACIONES A LA MEMORIA DEL EXMINISTRO DE LA GUERRA, DON J. F. VERGARA, por Máximo, R. Lira. Santiago, Imprenta de El Independiente. 1882.

OPERACIONES DE LA ESCUADRA CHILENA, por el contralmirante don Juan Williams Rebolledo. Valparaíso, Imprenta del Progreso. 1879.

HISTORIA DE LA GUERRA DE AMERICA ENTRE CHILE, PERU Y BOLIVIA, por Tomás Caivano. (Traducción del Italiano). Iquique, Librería Italiana, Borghetti Hermanos, calle Viasen N° 165 - 67. Año 1904.

Juicios Críticos relativos a

Las Cuatro Campañas de la Guerra del Pacífico.

PATRIÓTICO Y EDUCADOR.

Historia “Militar” de nuestra gran guerra
por el Comandante Machuca.
(Editorial de “La Unión” de Valparaíso).

“Captain”, el conocido y reputado cronista militar, o sea don Francisco A. Machuca, teniente coronel en retiro, veterano de la guerra del 79, ha tenido una idea altamente patriótica y en sumo grado provechosa para la cultura cívica nacional: la de escribir la historia de la Guerra del Pacífico, con criterio y dentro de un ambiente exclusivamente militar, pero en forma de facilitar su lectura al profano y vulgarizar los hechos y episodios, de aquella heroica tragedia que, por desgracia desconocen casi todos los chilenos de las dos últimas generaciones, los que eran niños por aquel entonces y los jóvenes de hoy.

Parecerá extraño que ahora, cuarenta y siete años después, se escriba y se hable de la gran guerra del Pacífico.

Sin embargo, no debe serlo.

Se ha escrito en verdad, historias y reseñas históricas de aquellas jornadas, pero ninguna de ellas cumple con el doble objeto que se ha impuesto el comandante Machuca.

Hay una historia documental, -la de Ahumada Moreno- enorme y de difícil consulta y árida lectura. Hay otras historias o trabajos con pretensiones de tal, escritos a vuela pluma por paisanos -cucalones o simples oyentes- que nunca miraron los hechos por el punto de vista militar y que sólo se inspiraron en las fuentes civiles o políticas, mejor dicho, en el escenario civil o político en que actuaron, fuentes y escenarios en que se creía hacer “la guerra.... y no se hacían más que tonterías y política...”

Entretanto, la historia que comienza a publicar Machuca es, sencillamente la historia de los que “hacían” la guerra en el escenario mismo de la guerra.

Tenemos también una historia militar: la del coronel asimilado y profesor de la Academia de Guerra don Guillermo Ekdahl. Más, se trata de un trabajo exclusivamente técnico, como que es el resumen de los cursos hechos en la Academia y se resiente de los mismos errores capitales de los otros, y de errores naturales propios de la condición del autor. En efecto, el citado profesor fundó sus estudios, algo en los partes oficiales, que no decían ni podían decir mucho, y casi todos en las mismas historias a criterio cucalón y político, que desfiguraban considerablemente la realidad militar de los hechos. Por lo demás, careciendo el historiador, del ambiente en que se generó y realizó la guerra, no podía explicar ni explicarse muchos de los hechos que dentro del ambiente son perfectamente lógicos.

Y si a ello se agregan las deficiencias y la impropiedad del material básico informativo, se comprenderán los yerros de una historia, por capaz y genial que sea su autor.

El comandante Machuca se propuso, hace años, reaccionar sobre el prejuicio que cubría el desarrollo de aquella guerra y presentarla alguna vez tal como fué, por el punto de vista estrictamente militar, demostrando, netamente lo que los militares hicieron y lo que los civiles y políticos no les permitieron hacer.

Importa pues, la obra del comandante Machuca, ante todo, una reivindicación militar, reivindicación justa, y necesaria.

Recuérdese que no hace muchos años resonó en pleno Senado esta frase cruel y embustera, mientras se trataba de una ley de recompensa a los veteranos:

“La guerra no la hicieron los soldados; la hicimos nosotros...”

Y, sin embargo, fueron los soldados los que pelearon y ganaron las batallas: no los políticos.

Fueron otras las batallas que ganaron los políticos: las de la envidia de bandería, las de la intriga y las del charqui apollado, e infecto....

El autor ha titulado su obra “LAS CUATRO CAMPAÑAS DE LA GUERRA DEL PACIFICO”, a cada una de las cuales corresponderá un volumen de más de 350 páginas.

Esta denominación es lógica y corresponde a la realidad militar, porque es propiamente una campaña desde la ocupación de Antofagasta hasta la batalla de Tarapacá y dominio de la provincia. La segunda campaña termina con la ocupación de Tacna. La tercera comprende la expedición a Lima y culmina con el aniquilamiento militar y político del Perú. La cuarta se refiere a la acción sobre la “sierra”, cruento epílogo lleno de sacrificios y que encierra la jornada épica de la “Concepción”, sólo hermanable con el soberbio holocausto de Iquique.

El primer tomo, ya en circulación, se inicia con un minucioso y documentado análisis de los orígenes del conflicto, y encierra muchas luminosas páginas que exhiben la perfidia y alevosía de nuestros enemigos y la diáfana claridad de los derechos chilenos.

Brotan allí hechos concretos, macizos, que debieran saber de memoria todos los chilenos y casi todos ignoran.

Pero, dejaremos el análisis para un próximo artículo.

La obra está escrita con neta sencillez, con absoluta precisión, en estilo fácil y comprensivo, podemos decir, en estilo didáctico, destinado a enseñar, a nutrir la mente y formar plena conciencia.

No fatigan al lector los grandes períodos, ni la profusión de citas, ni las personales divagaciones.

Bien se ve que se trata de un maestro que ha cultivado las aulas más de treinta años.

Se propone enseñar el origen y desarrollo de la guerra del Pacífico, y lo consigne, dejando en el espíritu una huella profunda imperecedera.

El libro está dedicado “a los señores coroneles, don Carlos Ibáñez del Campo, Ministro, del Interior y don Ricardo Olea, comandante en jefe de la V División, a cuya patriótica benevolencia se debe la publicación de esta obra”.

En conclusión y resumiendo, lo que hemos dicho, “Las Cuatro Campañas de la Guerra del Pacífico” como texto de historia militar, propiamente dicho como, agente eficaz de cultura cívica, al alcance de todas las capacidades, es un libro eminentemente patriótico y provechoso, destinado, a prestar útiles servicios en las instituciones armadas, en los establecimientos de enseñanzas y aun como eficaz elemento de propaganda en nuestras legaciones y agencias consulares.

No abusamos del ditirambo si decimos que se trata de una obra de importancia nacional.

Al menos tal es la impresión que ha dejado en nuestro ánimo.

Las Cuatro Campañas de la Guerra del Pacífico.

(Del Mercurio).

Esta interesante obra está llamando justamente la atención en las personas interesadas en el conocimiento de la historia patria.

Ella sintetiza el esfuerzo del pueblo chileno al secundar la acción del Gobierno, arrastrado a la guerra por dos naciones militarizadas muy superiores en recursos, extensión y habitantes.

Chile estaba indefenso.

No obstante, reconstruyó la escuadra, levantó un ejército poderoso sobre la base de dos mil hombres de línea que vigilaban allende el Bio-Bio al indómito araucano; y esto, con sus propios recursos, pues no se contrató ningún empréstito exterior, con lo que afirmó un buen cambio monetario.

El juicio de los profesionales ha sido muy favorable a la obra, como lo demuestra la siguiente carta del jefe del Estado Mayor de la II División, mayor don Ángel Moreno Guevara, escritor militar de indisputable mérito.

Valparaíso, 29 de Marzo de 1927.

Señor don Francisco Machuca, Viña del Mar.- Mi distinguido comandante y amigo:

Hoy he terminado de leer el primer tomo de “Las Cuatro Campañas de la Guerra del Pacífico”, de que Ud. es autor, y que tuvo la exquisita amabilidad de obsequiarme.

Me dice, Ud. mi apreciado comandante, que espera un juicio en materia que me es familiar.

En efecto, quien haya leído las obras publicadas de la guerra del Pacífico, fácilmente llega al convencimiento de que la investigación está agotada.

Sin embargo, después de leer la obra suya es menester confesar que había mucho por escarmenar y puntualizar.

Aparte de la originalidad y atinados juicios que en todas las páginas respira su obra, su lectura entusiasma verdaderamente, por el estilo sencillo e ingenuo en que está escrito, y porque se dá realce a hechos que muchos escritores consideraron secundarios o no justipreciaron debidamente, pero que en el fondo hablan muy en alto de la preparación militar y del valor superior de los profesionales que constituyeron el esqueleto del glorioso ejército de 1879.

Deseo, sin embargo, a propósito de algunos juicios suyos, referirme al historiador militar, ciudadano, sueco, y coronel asimilado a nuestro ejército, don Guillermo Ekdahl, que por espacio de más o menos 25 años desempeñó la cátedra de historia militar de nuestra Academia de Guerra y que falleció en el desempeño de su puesto.

El coronel Ekdahl escribió la Historia de la Guerra del Pacífico, a pedido del ejército y de sus alumnos, quienes guardamos sincera veneración por el sabio maestro, que si fué duro alguna vez en sus juicios, estamos convencidos de que jamás pretendió herir a nadie, sino más bien embebido en el estudio militar, quiso condenar ciertos hechos y empleó expresiones que se comprenden en un extranjero que no maneja libremente nuestra lengua.

Por lo demás no creo que el coronel Ekdahl haya vivido en un ambiente contrario a los militares de línea de 1879. Tal vez influyó mucho en su juicio la crítica muchas veces errada de los historiadores civiles de la campaña; él siempre tuvo palabras de elogio para los actores de la guerra del Pacífico.

Sus alumnos fuimos testigos de como condenaba con palabras de fuego los errores militares de la campaña que estudiaba, sin excluir, por supuesto los de su propia patria.

Y por último, el coronel Ekdahl escribió con cierta precipitación la historia mencionada, y de ahí que haya algunos errores provenientes de la investigación defectuosa.

Como Ud. sabe, mi comandante, a los Estados Mayores les corresponde la tarea de dar redacción profesional y definitiva a las campañas nacionales. En ese momento se justipreciarán los hechos y a esa obra aportará un alto concurso el interesantísimo trabajo a que Ud. ha dado comienzo con tan brillante éxito. Nuestras bibliotecas estarán de pláceme cuando Ud. haya dado término a su trabajo y podamos conocer de cerca todas las etapas de aquella gloriosa jornada, incluso las operaciones en la Sierra peruana que, además de ser un vasto campo de investigación y estudio, constituyen un esfuerzo gigantesco de los chilenos que allí actuaron.

Por ahora, permítame que envíe mis modestas felicitaciones a Ud. glorioso actor y distinguido historiador de la Guerra del Pacífico.

Su afmo. mayor y amigo.

Ángel Moreno Guevara,
Mayor Jefe de E. M. de la II División.

Las Cuatro Campañas de la Guerra del Pacífico.
Un volumen interesante de don Francisco A. Machuca.
(Editorial de "El Mercurio").

En estos días se entrega a la venta el I tomo de "Las cuatro campañas de la Guerra del Pacífico", obra escrita por CAPTAIN, el conocido colaborador militar de este diario, autor de la guerra anglo-boer, ruso-japonesa y la mundial de 1914-1917.

CAPTAIN, o sea don Francisco A. Machuca, teniente coronel en retiro, ha condensado en 338 páginas, la primera parte de la guerra a que provocaron al país las Repúblicas del Perú y Bolivia, ligadas en nuestra contra por el pacto secreto de 1873.

El autor expone de una manera clara y sencilla las causas del conflicto, y las intrigas del Perú para establecer su hegemonía en la costa occidental del sur Pacífico americano.

No contento, con atar a Bolivia al carro de sus aspiraciones, el Perú procuro atraerse a la República Argentina, ofreciendo a ese Gobierno la costa chilena de Paposo al norte, en cambio de su alianza para la guerra de 1879.

El Perú, en plena paz, disponía la desmembración del territorio chileno, dando costas y puertos en el Pacífico a una nación atlántica a expensas de nuestro país.

Una documentación seleccionada establece el límite de la Capitanía General de Chile con el Virreinato del Perú, en el río Loa, en virtud de lo establecido por reales cédulas de la Corona de España, Bolivia no existía, y por tanto, Perú y Chile tenían un común deslinde sobre la costa del Pacífico.

Once ilustraciones adornan el texto, y dan la representación viva de batallas navales, y terrestres, desde la ruptura de las hostilidades hasta la rendición de Iquique, hecho que marca el término de la campaña de Tarapacá.

Con pinceladas maestras se describen los esfuerzos del país para hacer frente a la injusta agresión de dos países, coaligados en la sombra, con mayor población, más ejército y superior riqueza.

Sin embargo, Chile alcanzó la victoria, merced al patriotismo de sus hijos, al esfuerzo, de todas las clases sociales que ofrecieron sus haberes y su sangre para conquistar una paz honrosa, después de una serie de victorias en mar y tierra, que enaltecieron el nombre de la República y le dieron un puesto expectable en la comunidad de las naciones.

Libro de Tesis, pero de gran interés.

“Las Cuatro Campañas de la Guerra del Pacífico”, por Francisco A. Machuca (Captain), teniente coronel retirado. Tomo I, Valparaíso, Imprenta Victoria, 1926, 358 páginas de 21 por 12,5cm.

Doblo, la última página de este libro, tomo I de la obra, y quedo, con la impresión de curiosidad que deja la novela cuya lectura se interrumpe en momentos de supremo interés, y no es esto pequeño elogio, al tratarse de una historia más de acontecimientos tan conocidos entre nosotros como la Guerra del Pacífico y acerca del cual tanto se ha escrito. Pero, es que en ella no se sigue ninguna de las trilladas sendas; se exponen los hechos con criterio propio, teniendo a la vista un objeto definido; se imprime a la narración esa seguridad viva y animada que sólo puede comunicarle el testigo ocular, que ha sabido ver y que posee el secreto de sucesos que otros solo han pretendido ilustrar con hipótesis más o menos antojadizas y que no satisfacen.

Sin duda este libro de un serenense, salido de las aulas para empuñar las armas en defensa del suelo patrio, tiene un encanto particular para los de mi generación y, especialmente, para mis coterráneos: evoca nuestros más apartados y queridos recuerdos, resucita nombres que nos fueron familiares en la infancia, despierta sentimientos que no duermen sino con muy liviano sueño: los del Chile heroico, los de la nación en armas, vibrando, unida entre un solo culto: el de la patria.

Nos trae a la memoria los voltejeos del “Huáscar”, frente a nuestra había, con los ocultos deseos, no satisfechos, de que se produjera el duelo que esperábamos entre los fuertes y su artillería; las lecciones interrumpidas de súbito por el ruido de un volador o por el primer toque de una campana, en que adivinábamos en el acto el triunfo esperado, los interminables desfiles de tropas, que llenaban nuestra ciudad nortina, en cada uno de cuyos soldados nuestra alma infantil no veía más que héroes aureolados por el nimbo de la gloria; luego la ternura que nos inspiraban los heridos, nuestros amigos, que por encima de nuestras salas de clases, poblaban los extensos dormitorios del colegio, convertido en hospital militar, y, todavía nuestro despecho de ser pequeños, cuando los mayores de nuestros compañeros, casi tan niños como nosotros, desertaban de nuestros bancos para enrolarse entre los que daban lustre y mayor brillo a la solitaria estrella, que es símbolo y que es augurio de nuestro destino nacional.

Más no se crea que se trate de una historia de corte sentimental y de un lirismo declamatorio. Los hechos y la época por sí mismos, disfrutan de un carácter lleno de idealidades sanas y robustas, que Captain ha tenido el acierto de no ajar, empeñándose en limitarse a la historia del acto militar exponiendo el mecanismo técnico de la guerra, como, crítico de empresas bélicas de mérito reconocido que es, con reputación bien ganada en la ilustración periodística de las operaciones realizadas en la guerra anglo-boer, en la guerra ruso-japonesa y en la última gran guerra mundial.

En este primer tomo, se encuentran: los motivos determinantes de la contienda; la ocupación del litoral norteño; la lucha marítima, que puede darse por terminada con la captura del “Huáscar” en Angamos; la organización de la guerra, el desembarco de Pisagua; las acciones de Dolores y Tarapacá, con la ocupación definitiva de la provincia de este nombre. Pero, por encima de todo esto, se plantea aquí la tesis que es el fluido vital del libro; el proceso del mando en las operaciones.

Ahumada Moreno, con paciente prolijidad, formó el archivo de la guerra; Barros Arana escribió su historia civil y contemporánea para dar a conocer ésta en el extranjero; Vicuña Mackenna tejió una que, es como, una guirnalda de flores depositada sobre los hombros gloriosos de nuestros guerreros; Bulnes da una interpretación que a trechos parece alegato en favor de determinadas figuras; Ekdahl ofrece otra con materiales de segunda mano desconociendo en absoluto al Chile de 1879, y dando por ciertas afirmaciones parciales que no estaba en condiciones de probar. Machuca principalmente rectifica a los dos últimos, sin librarse por su parte, una vez que otra, de incurrir en los mismos defectos que denuncia en aquellos autores.

El ejército permanente de Chile al declararse las hostilidades, no era más de 2.810 hombres que defendían nuestras posiciones de Arauco, y guarnecían nuestras capitales; pero, en él había jefes de mérito con estudios en los ejércitos europeos y perfectamente capacitados para conducirnos a la victoria. Faltaban tropas y oficiales; pero los improvisó el civismo de nuestra juventud de entonces, capaz de vibrar con épico entusiasmo ante las necesidades de la República. Los profesionales más reposados, los estudiantes y sus maestros, los artesanos, los mineros del norte, los agricultores, los horteros de las ciudades y hasta los más pacíficos vecinos, en breve tiempo, se habituaron a los arreos militares, y algunos de ellos, como nuestro autor, no los volvieron a abandonar jamás.

Sin embargo, nuestros gobernantes, conscientes de los peligros que se cernían sobre nuestra nacionalidad, sufrieron zozobras horribles, padecieron justificadas desconfianzas, temieron las consecuencias de cualquier error y se sintieron, a menudo, agobiados por el peso de sus responsabilidades. Confiar enteramente la suerte de la nación en manos de los militares, alejados por razón de su oficio y de su patriotismo de buena ley, de los Cenáculos del Gobierno, les parecía desertar de su puesto de mando, abandonar sus deberes en momentos decisivos para el país y traicionar la alta investidura que les diera la confianza que en ellos habían depositado sus conciudadanos. Los jefes militares de aquella época se sometieron a las disposiciones de la ordenanza, aunque muchas veces creyeron que el Ejecutivo era ingrato e injusto con ellos, y obedecieron fielmente al Gobierno civil que presidió y ganó esa contienda, merced a los esfuerzos y a los sacrificios de la nación entera.

Machuca, civil antes de 1879, pero militar desde entonces, toma partido a favor de los profesionales de ese tiempo, en que él era un mero *movilizado*. Retoca, al efecto, muchas figuras que el olvido o la incomprensión había obscurecido o desfigurado, y en verdad, que, con los certeros toques de su paleta, cobran vida y resultan más reales, tanto que no dudo sean los rasgos que él, los que más gocen de la fidelidad del retrato.

No podríamos decir lo mismo ciertamente, de los esbozos civiles que traza. No es posible pensar con equidad, que todo fuera noble amor patrio en los unos y mero egoísmo y ambición de mando en los otros. Los argumentos de la pasión tienen el efecto del bumerang: se vuelven contra quien los lanza; pero, siempre es interesante un libro que toma la defensa y rebate, generalmente con buen éxito, acusaciones que se admitían sin recelo, porque nadie las había discutido, y que luego, al llamar la atención sobre ellas, aparecen reducidas a sus justos y precisos límites.

Mil veces valen más libros en que campea una convicción y en que se transluce hasta la exageración del entusiasmo, por la justicia histórica, que no otros anodinos, en que por enaltecerse a sí mismo el autor, y por darla de discreto, se hace cómplice de las pasiones ajenas, sin desafiarlas en su comprometedora fiereza por un amor a la verdad, que no es capaz de sentir.

Machuca, con pleno conocimiento de lo que narra, con estudio prolijo y bien inspirado de cuanto se ha dicho sobre ello, hace la defensa del viejo y glorioso ejército de 1879, de la nación armada que conquistó el triunfo en la guerra del Pacífico, y lo hace bien, en una forma que rectifica muchos errores que corren con el sello de una autoridad que no es sólida, aunque sea también de profesionales militares. La faz de la contienda que él quiere revelar, la presenta con exactitud, justeza y claridad excepcionales, comunicándole a los acontecimientos, con una sobriedad recomendable, todo el valor dramático, que les pertenece.

Por eso al doblar la última página, se queda uno esperando la continuación y deseando que llegue pronto.

Francisco Araya Bennett.

Valparaíso, 16 de Mayo de 1927.

Santiago, 9 de Mayo de 1927.

Señor

Don Francisco A. Machuca.

Viña del Mar.

Mi muy estimado amigo:

He leído con el más creciente interés la notable obra histórica cuyo primer tomo ha tenido, Ud. la gentileza de enviarme. Mil gracias! Y créame que como maestro del habla y como constante lector de nuestra historia, puedo asegurarle a Ud. que su obra es lo mejor que se ha escrito sobre el interesantísimo período de nuestra vida independiente: La guerra del Pacífico.

Ud. hace lujo de acopio de documentos preciosos; y a todos ellos les da hermoso relieve con la elegancia de su estilo claro, preciso, y puro y la fuerza de una lógica incontrovertible. De aquí que este libro es menester que nuestro Gobierno lo haga, si es posible, propio. Porque no se ha escrito nada, nada que tenga mayor fuerza de convencimiento ante chilenos y extranjeros, sobre todo que estas páginas nacidas de un gran corazón y un cerebro cultivado y potente como el suyo. No exagero. Odio el halago! Demás esta pues decirle, que he conversado urbi et orbi, ante los Ministros y amigos, para hacerle justicia. Nada más.

Mis afectos y mis cordiales recuerdos al amigo y patriota distinguido.

Muy suyo

A. Cannobbio.

Un libro interesante.

“Las cuatro campañas de la Guerra del Pacífico”.
(De “El Pacífico” de Tacna).

Recientemente ha salido a luz una obra de gran interés para todos los chilenos, que se titula “Las cuatro campañas de la Guerra del Pacífico”, escrita por el comandante en retiro del ejército y veterano de la guerra del 79, don Francisco Machuca, con residencia actual en Viña del Mar.

La obra del señor Machuca, al ser conocida, destacadas personalidades que conocen a fondo la materia, han emitido juicios muy encomiásticos por la forma original y nutrida de importantes documentos históricos que hablan al lector de que una materia no ha sido agotada, no obstante el gran número de autores que se han dedicado a su investigación.

Esta nueva historia de la Guerra del Pacífico está llamada a obtener la mejor acogida entre todos los chilenos tan inclinados a conocer hasta los más pequeños detalles de esta contienda que costó tantos sacrificios a la patria.

En esta obra no se encontrará esa enunciación sistemática y cronológica de los hechos que se desarrollaron durante la guerra con el Perú y Bolivia y que han usado la mayoría de los autores, sino que el señor Machuca nos presenta innumerables novedades y juicios que no habían sido conocidos hasta hoy; de lo que se desprende que ella tiene en realidad una importancia inmensa para el esclarecimiento de muchos hechos que no habían sido debidamente abordados hasta hoy por autores nacionales ni extranjeros.

El libro de nuestra referencia está escrito en un estilo sencillo y ameno que mantiene al lector constantemente interesado.

La Serena, julio 17 de 1927.

Señor

Don Francisco A. Machuca.

(Captain)

Muy distinguido señor:

Permita a un viejo periodista, que le envíe su más calurosa felicitación por su magistral narración de la Campaña de Tarapacá, cuya última página acabo de saborear en este momento.

Conozco a Vicuña Mackenna, Ahumada Moreno, Barros Arana, Vergara, Ekdahl, Bulnes y en general cuanto histórico, anecdótico o novelesco se ha escrito sobre las campañas del 79 al 84, aparte de lo que en veladas íntimas inolvidables, oí referir a muchos de los propios protagonistas cuando recién volvían de realizar sus heroicas hazañas; y le digo que en verdad la narración suya se distingue, y sobresale a mi modesto juicio, por el sentimiento netamente chileno que envuelven sus bien escritas páginas.

El criterio con que Ud. juzga los acontecimientos, debidamente documentados, bajo los puntos de vista patriótico, militar y religioso, interpreta fidelísimamente nuestra alma colectiva. Así pensamos todos cuantos conocemos los hechos históricos y sentimos bullir en nuestras venas la sangre que forma el núcleo de nuestra raza privilegiada.

Ha interpretado Ud. el sentir del alma verdaderamente popular chilena. Así apreciaban los hechos, que se desarrollaron en el norte los veteranos de Arauco, la oficialidad improvisada al calor del patriotismo y así la apreciaban aquellos rotos heroicos que cambiaron la chaqueta por la blusa de campaña y las herramientas de labor por el rifle armado del yatagán, terror de nuestros adversarios.

Cientos de veces he oído a los veteranos, relatos de la organización del ejército en Antofagasta, la toma de Calama, el embarque al norte, el asalto de Pisagua, el avance al interior, la batalla de Dolores y la tragedia de Tarapacá, exactamente como Ud. los hace y que discrepan en muchos puntos con lo escrito, anteriormente.

Sin quitar a nadie un ápice de su justa gloria, hace Ud. justicia a Escala, a Arteaga, a Williams y a tantos otros viejos y abnegados servidores hasta hoy mal juzgados por la historia, pero que siempre tuvieron un rincón sagrado en el alma de los que compartieron con ellos amarguras y sacrificios.

Coloca Ud. también en su debido lugar el sentimiento religioso de la sociedad y del pueblo de Chile. Saca Ud. a luz por primera vez la abnegación de la mujer chilena de todas las clases sociales, punto importantísimo, enteramente olvidado, por otros historiadores; y por primera vez también, rinde Ud. merecido homenaje al clero de Chile, tan honrosamente representado en la campaña por aquellos beneméritos capellanes que fueron trasunto fidelísimo de aquel Obispo de Valencia, Don Jeromo, quien después de bendecir en nombre de Dios las mesnadas del Cid Campeador, solicitaba el honor de las primeras heridas.

Y por sobre todo, coloca Ud. en el alto sitio que le corresponde la abnegación, la pericia, y el talento profesional de los viejos tercios de Arauco. Nada digo de su energía para resistir las penurias propias de toda campaña y de su valor temerario, porque esas son redundancias tratándose de soldados chilenos.

Por todo eso lo felicito y le repito que he leído, con verdadera ansiedad y a trechos con emoción patriótica profundísima, su primer tomo, de las campañas del 79.

Desde hace años lo admiro a Ud. como crítico militar y he leído siempre con gusto sus colaboraciones en “El Mercurio” y hoy me descubro con respeto ante el historiador chileno.

Heraclio Fernández Ch.
Corresponsal de “El Mercurio”.

CAPÍTULO I.

La Nueva Campaña.

El general Escala ordenó ocupar toda la provincia de Tarapacá, de manera que naturales y extranjeros se convencieran de que la soberanía chilena quedaría a firme.

El Gobierno nombró autoridades judiciales, administrativas y aduaneras; merced a la probidad de los funcionarios y a su acción laboriosa, el comercio, garantido por leyes liberales, entró en una era de prosperidad hasta entonces no conocida.

La progresista administración de don Patricio Lynch, jefe político y militar, devolvió en pocas semanas a Iquique, Pisagua, La Noria, Pozo Almonte y demás cantones del interior, la vida de labor característica en las pampas.

El Cuartel General distribuyó el ejército en las dos líneas salitreras Pisagua-Negreiros e Iquique-Pozo Almonte, como una garantía para las oficinas que se apresuraran a encender sus fuegos; y tomó además muy en cuenta el abastecimiento de agua para las tropas, elemento indispensable para las necesidades de la vida y la higiene del soldado, pues la pitiriasis amenazaba invadir los campamentos.

La dislocación de los efectivos se verificó en los siguientes acantonamientos:

Pisagua: Un batallón del regimiento movilizado Esmeralda; otro del regimiento movilizado Lautaro; y una compañía de Pontoneros.

San Antonio: Regimiento 3° de línea; una brigada (dos baterías) de artillería.

Jazpampa: Regimiento de línea Santiago.

Dolores: Regimiento Buin 1° de línea; regimiento 4° de línea; batallón de línea Valparaíso; batallones movilizados Atacama y Coquimbo y una batería de artillería.

San, Francisco: Batallones movilizados Bulnes y Navales.

Santa Catalina: Regimientos 2° de línea y de artillería de marina; y batallón movilizado Chacabuco.

Tiliviche: Regimiento Granaderos a caballo.

Iquique, interior: Un batallón de los regimientos Esmeralda y Lautaro; dos brigadas (cuatro compañías) del regimiento de línea Zapadores; batallones movilizados Chillán, Valdivia y Caupolicán; una brigada (dos baterías) de artillería; y regimiento Cazadores a caballo.

El Cuartel General se estableció en las inmediaciones de Santa Catalina, en la pequeña oficina Bearnés.

Actuaban como jefes de los cantones: En Iquique, el comandante general de armas, capitán de navío don Patricio Lynch; en Pisagua el coronel don Santiago Amengual; en San Antonio, el comandante don Ricardo Castro; en Jazpampa, el coronel don Pedro Lagos; en Dolores el general don Manuel Baquedano; en San Francisco, el coronel don Martiniano Urriola; en Santa Catalina, el comandante don José Antonio Vidaurre; y en Tiliviche, el comandante don Tomás Yavar.

El delegado de la Intendencia General del Ejército y Armada, coronel don Gregorio Urrutia, tenía su oficina y almacenes en Pisagua. En este puerto, funcionaba también la Dirección de Sanidad, a cargo del doctor don Ramón Allende Padín, con sus secretarios Marcial Gatica y Eugenio, Peña Vicuña; y la 1ª Ambulancia Santiago, que armó sus carpas al lado de la estación del ferrocarril. La Ambulancia Valparaíso a cargo del doctor Teodosio Martínez Ramos, permanecía en San Francisco, desde la batalla de este nombre; y en Iquique, las ambulancias 2, 3 y 4 de Santiago.

Un profesional británico, Dr. Vicente Federico, Eck, habilitó en la Noria un magnífico hospital para los atacados de tercianas, que atendió graciosamente, sin querer recibir retribución alguna, no obstante su asistencia diaria y constante labor.

Tenía también su sede en Pisagua la Delegación de la Comisaría General del Ejército y Armada, a cargo de don Alfredo Christie, comisario; del contador 1° don Joaquín L. Gajardo,

del oficial 1° don Alfredo Montt, y 2°s. señores Alfredo Dueñas, Fernando Germain y Alberto Geanneret.

Desempeñaba la Superintendencia del servicio de ferrocarriles, el ingeniero don Víctor Pretot Freire, a quien servía de segundo don Federico Stiven.

El correo y telégrafo, con oficina principal en el puerto, abrieron sucursales en las cabezas de cantón.

El comandante don Francisco Bascuñán Álvarez, acampó en Santa Catalina, oficina cercana a las quebradas de Camiña y Quiuñia, abundantes en forraje fresco, para el ganado del bagaje.

El jefe del servicio religioso, presbítero don Florencio Fontecilla Balmaceda acompañaba al general en jefe en Bearnés; los demás capellanes servían las otras guarniciones desde Santa Catalina a la costa.

La vida de campaña se desarrollaba con todo vigor; los jefes tenían la tropa en constante actividad, adiestrándola para el combate, objeto primordial de la profesión; la gente compartía el tiempo en ejercicios prácticos, sobre el terreno, en disciplinas teóricas en el campamento, en academias de oficiales y clases, lavado de ropa, revista de armas, vestuario, equipo y municiones, e instrucción de reclutas llegados del sur, a llenar las bajas originadas por las balas o la crudeza del clima.

Algunas oficinas prestaban cierta comodidad; pero en general, oficiales y tropa vivían en casuchas de caliche, heladas en la noche, sofocantes en el día; o en carpas de sacos salitreros.

Adonde se tendiera la vista, se encontraba la pampa triste y dilatada, hasta confundirse con el cielo, en los límites del horizonte. “Allí, dice Bulnes, no hay un rumor de vida, no palpita una hoja de árbol; terreno sin una flor, sin un arbusto, sin un verde que recuerde los valles nativos”. Añádase a esto el frío de la noche y el calor del día, en que las máximas y mínimas del termómetro fluctúan entre 30 bajo cero y 35 grados centígrados.

Los jefes, para entretener a sus subordinados, permitían en las tardes de descanso, la celebración de algunas fiestas, de bailes, comedias, circos y títeres, pues había profesionales suficientes.

Se hicieron famosas en Dolores las funciones de títeres del 4° de línea; con su don Cristóbal, Federico y mama Laucha, hacían las delicias de esos niños grandes que se apretaban para no helarse, pues las representaciones se efectuaban bajo la estrellada bóveda del cielo, a la luz de algunos chonchones de grasa raspada al charqui.

El Coquimbo tenía una compañía numerosa de circo, en cuyo elenco figuraban payasos, bailarines en la cuerda tersa o floja, con o sin balancín, maestros de trapezio que ejecutaban el vuelo de los cóndores, bufos, payadores a lo divino y a lo humano, zapateadores de sanjuriana y zamacueca, a la usanza minera, con gorro, culero y ojota, cantor de tonadas y especialmente de “Qué gran mancha es la pobreza” con acompañamiento de banda.

Esta Gran Compañía de volatín, pantomina y equitación, (había un burro amaestrado) recorría diversos cantones, a pedido de los jefes que solicitaban sus servicios.

Así pasaba el tiempo, cuando no había expediciones a cazar montoneros, cuyas incursiones se extendían hasta las quebradas de Tarapacá y Camiña, pues el almirante Montero no se resignaba a abandonar la rica provincia de Tarapacá; de cuando en cuando enviaba pequeñas expediciones destinadas a levantar el espíritu de los nativos, alimentándoles la esperanza de la próxima llegada de gruesos contingentes, para arrojar a los chilenos al mar.

El general Escala se propuso ahogar los últimos estertores del enemigo, con destacamentos ligeros, encargados de mantener la tranquilidad hasta los confines de la cordillera; su acción no siempre resultaba eficaz, debido a la fragosidad del terreno; y a la rapidez con que huían los montoneros temerosos de ser cogidos y fusilados sobre el campo.

Las expediciones más importantes fueron:

A Tarapacá.- El comandante del Bulnes don José Echeverría, toma el tren en San Francisco el 21 XII, con 200 hombres de su batallón, en dirección a Negreiros.

De Dibujo salen por tierra 200 cazadores a caballo, al mando del mayor graduado don Francisco Vargas; el capitán de bagajes don Segundo Fajardo le acompaña con una recua de 80 mulas, cargadas de agua y víveres para la expedición.

He aquí el itinerario, seguido, de Negreiros el 21 XII:

	4:10	P. M. Entrada a la Pampa.
	9:15	“ Descanso.
Día 22.	3:30	A. M. Marcha.
	8:45	“ Llegada a Isluga, Descanso.
	5	P. M. En marcha.
Día 23.	2	A. M. Llegada al Carmen, Descanso.
	2.30	“ En marcha.
	5	“ Llegada al borde de la quebrada, frente a Huaraciña. Descanso. Se establece el campamento.
	10	“ Ocupación del pueblo de Tarapacá.
	6	P. M. Regreso al campamento en las alturas de Huaraciña.

Durante algunos días el comandante Echeverría ordenó, al mayor Vargas hacer una batida general por las quebradas vecinas; los piquetes se internaron hasta los contrafuertes andinos sin encontrar enemigos.

Durante los diecisiete días que permaneció Echeverría en Tarapacá, hizo desenterrar los cañones, perdidos en la jornada del 27 de Noviembre; se tomaron algunas decenas de caballos y mulas y se almacenaron bastantes rifles y cajones de municiones para infantería. Además, dió piadosa sepultura a 549 osamentas, diseminadas en el valle. Amigos y enemigos dormirán confundidos el eterno sueño en la misma fosa.

Terminada la comisión, el comandante Echeverría, regresa al campamento de San Francisco, sin ninguna baja, engrosado su efectivo con setenta cazadores, que volvían de explorar los campos de Mamiña, a las órdenes del capitán Rafael Zorraindo.

El Cuartel General tuvo conocimiento de que el coronel don Pedro Melgar, alto empleado de aduanas y amigo personal del ex-Presidente Prado, merodeaba por las fronteras del norte. Comisionó al comandante Zubiría para que con algunos granaderos marchase a Jazpampa, tomase ahí medio batallón del Santiago y se dirigiera a la quebrada de Camiña, en donde se suponía a Melgar.

El comandante don Pedro Lagos, jefe del Santiago, no entregó la tropa, sino que se unió a Zubiría con medio batallón de su cuerpo, y como era más antiguo, tomó el mando de la expedición.

A la vuelta, Zubiría se queja y con toda razón, pues el general en jefe le había confiado la expedición, con las consiguientes instrucciones. El comandante Lagos contrarió una orden superior, que en otras circunstancias habría recibido una dura sanción; pero formaba en el círculo del Ministerio de Guerra.

El señor Sotomayor, tan celoso de la disciplina, no solo toleró la desobediencia, sino que al comunicarla al Presidente Pinto, se expresa con cierta sorna:

“Hace pocos días, dice al señor Pinto, Escala mandó una expedición camino de Camarones, compuesta de 400 hombres del Santiago y alguna caballería. Va también Zubiría mandado por Escala; pero, parece que Lagos prefirió ir a cargo de su tropa y marchó con él. Zubiría le preguntó qué situación tomaba en la división y me dicen que le contestó: que tenía mucho gusto de verlo allí, que fuese donde le acomodara, pero que él lo dirigiría todo”. (Carta del señor Ministro de la Guerra a S. E. el Presidente).

La disciplina tenía que resentirse; mientras el general permanecía en Bearnés, varios jefes de cantones pasaban en contacto con el Ministerio, y atendían a sus consultas.

Lagos ocupó el 39 de Diciembre el pueblo de Camiña; requisó bastantes víveres, forraje, mulas, burros, ganado menor con cuyo botín y un centenar de prisioneros regresó a Jazpampa, el 6-I-80.

A *Tarapacá*.- El comandante de artillería de marina don José Ramón Vidaurre expedicionó sobre Tarapacá el 21-1-80, con 170 hombres de su cuerpo y cien cazadores del

mayor Vargas; tratábase de cortar una montonera de cien jinetes aparecida por las vecindades de esa quebrada en busca de provisiones y reclutas.

Naturalmente, el enemigo se evaporó.

El comandante, ya que no había con quien batirse, se entregó a la piadosa tarea de enterrar los últimos despojos, aun insepultos de los caídos en la batalla del 27.

Tuvo la satisfacción de encontrar los restos del comandante Ramírez y del capitán don José Antonio Garretón, que envió a Iquique con los comprobantes de estilo, después de elevar un modesto túmulo sobre el lugar del sacrificio del héroe del 2° de línea.

Las autoridades del Departamento de Pisagua, al inaugurar en el puerto una columna en recuerdo a los caídos en el asalto del 2 de Noviembre, enviaron a Tarapacá una comisión que mejoró el modesto monumento del comandante Vidaurre.

“La Patria” de Iquique de 30 de Octubre de 1917, al dar cuenta de una gira del Visitador de Escuelas, don Juan Guillermo Álvarez, por la quebrada de Tarapacá, se expresa en estos términos:

El pueblo *Quebrada de Tarapacá* fué el asiento de las autoridades peruanas y hasta sede de una Corte de Apelaciones; aún conserva el esqueleto del edificio en que funcionaba este Tribunal con sus correspondientes anexos. Su construcción se efectuó en 1782.

A la entrada del pueblo, se alza el monumento, modestísimo, consistente en una pequeña pirámide de madera, que perpetúa ahí el sublime sacrificio del comandante don Eleuterio Ramírez, y que individuos perversos han cubierto de indecentes epítetos. A pocos metros existen todavía las murallas de la casa en que fuera quemado Ramírez y sus valientes compañeros.

El señor Visitador en persona, acompañado del carabinero Pedro Juan Riquelme, limpió dichos letreros y recomendó especialmente a la Sra. Directora de la Escuela Fiscal N° 47, doña Isabel León y a sus alumnos, la noble misión de velar por la conservación y ornato del pequeño monumento y asimismo, dispuso efectuara esta Escuela, romerías periódicas a este sitio y al en el que cayó inmolado el héroe, lugar sagrado que deben respetar y venerar hasta nuestros propios enemigos de ayer.

Esta publicación y la relación hecha por el señor Álvarez de sus impresiones de viaje, movieron al Intendente de la Provincia don Recaredo Amengual, a dar forma a la idea de erigir un monumento más digno de Ramírez y compañeros en el pueblo de Tarapacá.

Nombró al mayor Murieta, 2° jefe del regimiento Carampangue, para recolectar el dinero necesario por suscripción popular, a la que respondió el pueblo con entusiasmo.

En 1919 se levantó en el centro de la plaza de dicho pueblo, una alta y severa pirámide de piedra y cemento, destinada a perpetuar en forma digna, el sublime sacrificio de los hijos de Chile en la batalla del 2 de Diciembre de 1879.

La zona de Antofagasta, custodiada por la reserva, permanecía tranquila. Un combate en San Pedro de Atacama, hizo recordar a los jefes la vida de campaña.

El coronel don Marco Aurelio Arriagada, comandante en jefe de las reservas de la provincia de Antofagasta, estableció guarniciones para la vigilancia de la frontera con Bolivia, en Calama y Caracoles. Nombró jefe de la Plaza de Calama, al comandante de Cazadores del Desierto, don Orozimbo Barboza; y de Caracoles, al teniente coronel don José, María 2° Soto.

Una avanzada de 23 granaderos a caballo ocupó a San Pedro de Atacama, centinela avanzado hacia la frontera boliviana. Dada la distancia y aislamiento, esta fuerza se hallaba expuesta a ser copada por otras superiores de la V División del general don Narciso Campero, que guarnecía la provincia de Lípez.

San Pedro constituye un oasis enclavado en la desolación del desierto. Dista treinta leguas largas de arena muerta de Calama y otras tantas de Caracoles.

Existen dos caminos entre San Pedro y Calama; el del oeste, un poco más corto, sin agua; el del norte, poco más largo, con una aguada en la Teca, lugar de obligado alojamiento.

Entre San Pedro y Caracoles, se encuentra agua; pero la travesía de la cuesta Domeyko y la cordillera de la Sal, hacen bastante penosas las dos jornadas.

El jefe de guarnición, teniente don Emilio Ferreira estaba condenado a perecer, dado el aislamiento y las dificultades para recibir auxilio; salvo que con buen acierto procurara poner el desierto entre sus 23 hombres y el enemigo.

El teniente comunicó su situación al jefe de la zona, en diversas circunstancias, pues recibía diarios avisos de que sería atacado por fuerzas superiores, Por desgracia, los comandantes de Calama y Caracoles le dejaron entregado a sus propias fuerzas sin atender a su situación.

No tardó en ocurrir lo previsto. El general Campero destacó, una fuerza de 150 franco tiradores, desde las Salinas de Mendoza, a cargo del conocido, guerrillero coronel don Rufino Carrasco, para atacar a los destacamentos chilenos de la frontera.

Carrasco desciende por la carretera de Huanchaca hasta Ascotan y Polapi, y ocupa el pueblo de Chiu-Chiu sobre el Loa, a diez leguas de Calama. Refresca su gente, para caer sobre esta plaza al otro día.

El 3 de Diciembre a las cinco de la mañana entra a Chiu-Chiu; emplea el día en cambiar autoridades; y requisar bastimento para su tropa.

En la mañana del 4, un piquete sale a reconocer un grupo de tres jinetes que avanza sobre el pueblo. Son chilenos: aprisionan al subdelegado señor Yáñez, ultiman al soldado que lo escolta; pero el tercer jinete escapa y lleva la alarma al comandante Barboza, jefe del cantón.

Frustrada la sorpresa sobre Calama, parte sobre San Pedro el día 4, a las 2 P. M. decidido a atacar la guarnición de este pueblo.

El 5 a las 11 A. M. llega a San Bartolo; emprende la marcha a medio día, y alcanza a Tambillos, a las cinco de la mañana del 6, legua y media de San Pedro.

Conocida la posición de los chilenos, resuelve la ofensiva.

El teniente Ferreira resiste. Para aprovechar la ventaja de algunas pircas que se apoyan en un mogote vecino, comete la chambonada de desmontar sus hombres, para esperar al enemigo parapetado, cuando debió optar por dos únicos partidos: o batirse en retirada, por la desproporción de fuerzas, 23 contra 150 o afrontar la situación, cargando al enemigo. La bondad del caballo chileno y la firmeza del sable empuñado por huellas manos, daban esperanzas de éxito, aunque remotas.

Carrasco ordena al teniente coronel Moscoso que ataque por la izquierda, al teniente coronel Patiño, por el frente, en tanto él con una reserva de cincuenta hombres escogidos, rodea al enemigo por la derecha.

El combate se sostiene con vigor por ambas partes.

Carrasco pierde dos oficiales: El teniente 1° don Cesáreo Alfaro, muerto; y el subteniente don Ernesto Carrazana, herido. De tropa cae muerto el sargento 1° Juan de la Cruz Calera, con varios soldados heridos.

Ferreira, rodeado, se bate en retirada hacia el pueblo, para no ser exterminado. Viendo la situación perdida escapa hacia Caracoles con tres individuos; los veinte restantes quedaron en el campo, nueve muertos y once prisioneros.

Carrasco cambia las autoridades de San Pedro; marcha a Toconao y de ahí se interna al corazón de Bolivia.

Barboza, sabedor de la marcha de Carrasco, hace salir de Calama el día 4 al comandante don Hilario Bouquet, con 70 granaderos a caballo y 30 cazadores del Desierto, para llegar el 6 a San Pedro y cortar al enemigo. Por desgracia los guías se empampan, y las fuerzas en lugar de llegar el 6 a su objetivo, rematan en Chiu-Chiu. Bouquet sigue de nuevo al sur, y llega a San Pedro a enterrar muertos y recoger los heridos de los dos bandos.

El hecho causa sensación en Antofagasta; podía tratarse de la aparición de las vanguardias de la V División Campero, anunciada tantas veces en marcha sobre el litoral.

Para inquirir noticias precisas, el coronel Arriagada manda al capitán Rodríguez Ojeda, con diez granaderos, a buscar la verdad acerca de la V División Campero.

Rodríguez parte en Enero; recorre la provincia de Lípez; a mediados de Febrero, se interna al norte en demanda de novedades. Vive sobre el campo con recursos suministrados por las autoridades, que se apresuran a suministrarlos, para corresponder a la caballerosa conducta del invasor, que procede con todo comedimiento.

La patrulla recoge importantes datos, sobre la situación militar de Bolivia.

He aquí la minuta relativa a la división:

Comandante en jefe, general don Narciso Campero.

Jefe de Estado Mayor Divisionario, coronel don Francisco Benavente.

Efectivos:

Batallón Bustillos, 1° de Potosí, 500 plazas. Gente buena disciplinada y apta para el servicio de las armas.

Batallón Ayacucho, 2° de Potosí, 500 plazas. Gente escogida, bien disciplinada y con bastante instrucción militar.

Batallón Chorolque, 500 plazas. La mejor gente de toda la división, apta para las fatigas de páramos y desiertos. Tropa joven con bastante instrucción militar.

Batallón Tarija, 300 plazas. Tropa bien formada, pero impropia para operar en el clima frío de las punas. Sufre muchas bajas.

Escuadrón Méndez, 150 jinetes. Hombres criados sobre el caballo, harían un buen papel en el arma de caballería; pero el frío los agobia, como nacidos en las cálidas selvas del oriente.

La división recibió armamento moderno, por la vía de Tupiza, introducido por la Argentina, por un contratista de apellido Carrazana.

El regreso del capitán Rodríguez trajo la calma al comando de Antofagasta, respecto a la frontera boliviana, encargado de su custodia.

Tranquilos por Antofagasta, volvamos a Tarapacá.

El Ministro Sotomayor y el general Escala coinciden en la idea de que el ejército marche sobre Lima.

El Presidente Pinto y el Ministerio no estaban distantes de aprobar la atrevida empresa. Más, de la noche a la mañana, cambia el pensamiento de los dirigentes de la Moneda; optan por una campaña sobre la línea Tacna-Arica.

¿La causa?

La creencia de que conquistada esta zona y entregada a Bolivia, con el aditamento de Moquegua, esta nación, agradecida se echaría en brazos de Chile, y formaría una muralla viva divisoria entre Chile y el Perú, Bolivia al aceptar la dádiva, rompería la alianza dejando al Perú arreglarse como pudiera.

La opinión del Presidente Pinto se manifestaba precisa: “Derrotado Daza en Tacna, se produciría en Bolivia algún movimiento y se establecería un Gobierno, con el cual pudiera entenderse el de Chile. Hay que ir a Ilo para conquistarse a Tacna y facilitar un arreglo con Bolivia. La posesión de Tarapacá queda segura, si se pone a Bolivia entre el Perú y Chile”. (Carta del Presidente Pinto a Sotomayor y Altamirano).

El ideal de Santa María se condensaba en derrocar a Daza y ganarse a Bolivia, política a la cual se atrajo a todo el Gabinete, en especial a Gandarillas y Amunátegui, que se mostraban reacios a esta corriente boliviana.

Santa María tenía la ilusión de que dadas a Bolivia las provincias de Tacna y Arica y Moquegua, ella se encargaría de custodiar la nueva frontera.

No curado de su bolivianismo, con el fracaso de René Moreno y Salinas Vega, y la publicación de las cartas de don Justiniano Sotomayor al Presidente Daza, echa mano del coronel boliviano Equino, para enviarle a Tacna en misión confidencial ante el Dictador de Bolivia.

El coronel don Benigno Equino, cayó prisionero, en Tocopilla, poco después de la toma de Calama, en compañía de otro coronel, don Juan Castaños. Ambos buscaban la costa, para dirigirse a su patria a ofrecer su vida.

Equino trabó relaciones en Santiago con el Ministro Santa María; astuto y solapado como todos los hijos del altiplano, se percató de la chifladura de don Domingo y la explotó.

El coronel marchó poco después al norte, con pasaporte oficial, instrucciones y bastante dinero en el bolsillo. Debía propender a la ruptura de la alianza Perú-boliviana.

Equino llega a Arica e impone de los asuntos de Chile a Montero; y después en Tacna, da al general Daza las notas reservadas dirigidas al E. M. G. y la minuta de las instrucciones recibidas de Santa María.

La prensa del Perú puso el grito en el cielo; publicó las notas y denunció a nuestro Gobierno ante las cancillerías extranjeras, como maquiavélico y artero.

Poco después, cuando Camacho depuso a Daza, Santa María creyó de buena fé, que Equino andaba en esas danzas; llegó su inocencia hasta recomendar a Sotomayor el envío de algunas tropas a Ilo y Moquegua, para dar la mano a los bolivianos en su campaña contra el Perú, e insinuó la conveniencia de que don Eusebio Lillo se acercara al lugar de los sucesos.

Como un mazazo en la cabeza cayó sobre el iluso Ministro la noticia de que la junta Gubernativa de La Paz, aplaudía la deposición de Daza y había nombrado Presidente provisorio al general don Narciso Campero, que se apresuró a comunicar a Piérola su devoción por la conservación de la alianza, y la renovación de las hostilidades por los ejércitos unidos, en el patriótico anhelo de hacer a Chile guerra sin cuartel.

El Gobierno, arrastrado a los rumbos de Santa María, determina la invasión de la provincia de Moquegua; así lo comunica a Sotomayor y éste al general en jefe para la ejecución.

El 12 de Enero contesta Escala, afirmando su opinión de marchar directamente sobre Lima; pero agrega “que acepta operar sobre Tacna-Arica, como aceptaría cualquier otro plan que tuviera por objeto, sacar al ejército de la inacción en que permanecía, que no solo abate su espíritu, sino que lo merma constantemente con las enfermedades que produce la inclemencia del clima”.

El pueblo entusiasmado, con las victorias obtenidas, exige marchar adelante, a destruir los últimos, atrincheramientos del enemigo.

El Gobierno desea también acelerar la partida; pero ante todo, necesita acopiar municiones, víveres, forraje, y reorganizar los servicios anexos, cuyo funcionamiento exige reformas aconsejadas por la experiencia de la campaña anterior.

La buena voluntad no basta para mover correctamente a la Intendencia General, Sanidad, Parque, Maestranza, Bagajes y Correos y Telégrafos; se requiere preparación para afrontar tales servicios y dominar la materia cuyo mecanismo, deben dirigir y hacer andar, empleados especialistas.

Y esto exige tiempo.

El Gobierno para calmar la opinión pública, y acallar la grito de la prensa, traza varios planes provisorios, perfectamente descabellados.

1° Bombardear a Arica, sin exponer los buques; atraer la guarnición a la playa, simulando un desembarco de tropas llevadas en transportes y ametrallarla en seguida.

2° Enviar pequeñas expediciones a operar contra los puertos de la costa peruana, para hacer sentir al enemigo los rigores de la guerra, con depredaciones tan inútiles como contraproducentes.

3° Enviar la escuadra al Callao a echar a pique a la “Unión”, sin exponer las naves. El almirante, dejando resguardados los puertos de Antofagasta y Pisagua, establecería el bloqueo de Arica y Mollendo; y una línea de cruceros entre Callao, Paita y Panamá, para impedir el contrabando de elementos bélicos, efectuados desde este puerto, por la complicidad del gobernador Ortega.

El Gobierno ordenó que estos planes fueran estudiados en Consejo de Guerra, que el señor Sotomayor se apresuró a convocar.

Reunióse dicho Consejo bajo la presidencia del señor Ministro, compuesto de algunos Jefes de marina, accidentalmente en Pisagua, y don Eusebio Lillo, secretario de la Armada. No se llamó a dicha junta al general en jefe ni al general Baquedano, ni a los coroneles y tenientes coroneles jefes de unidades.

Se resolvió en familia rechazar todos los planes anteriores, y acelerar la marcha sobre Tacna. El ejército no tuvo velas en la procesión, no obstante que iba a exponer el pellejo.

Se telegrafió en este sentido al Gobierno, quedando a firme la expedición a Moquegua, para obligar a Bolivia a firmar un tratado de paz separada del Perú. Olvidaba el señor Santa María, autor de la idea, que la actual contienda tuvo por causa la violación de un tratado solemne, al cual la cancillería del altiplano, consideró simple hoja de papel, expresión que después se hizo célebre en el parlamento alemán.

El Gobierno de Bolivia jamás ha cumplido los tratados celebrados con Chile: Nuestro país llenó cumplidamente las estipulaciones del pacto de 1866; pero Bolivia, eludió siempre respetar las cláusulas, favorables a Chile. Vendió el guano de Mejillones, embolsicó el dinero y nunca entregó la mitad a que estaba obligada por la convención expresada. Las autoridades oían los reclamos del interventor chileno, le trataban con toda cortesía, pero sin soltar un centavo.

Protesta nuestra cancillería; se forma un bochinche de papel, que termina con el tratado de 1872, que aprobó el Congreso chileno, pero que rechazó el de Bolivia, por sugerencias de la cancillería del Rimac.

El tratado Baptista-Walker Martínez de 1874, puso, término a las antiguas diferencias.

Bolivia celebró este convenio con nosotros a espaldas del Perú, quebrantando el artículo VIII, inc. 3º del Tratado Secreto, que le prohibía celebrar tratados sin la anuencia de su aliado.

Bolivia burló al Perú, y también a nosotros, pues su informalidad en respetar la palabra empeñada, originó la guerra del Pacífico.

El pacto de Tregua de 4 de Abril de 1884 puso fin a las hostilidades. El Art. V, para no citar otros, estableció que los artículos nacionales chilenos y los elaborados con ellos, se internarían en Bolivia libres de derechos fiscales o municipales.

Esta disposición pasó a ser letra muerta. Una ley gravó la internación del alcohol chileno; reclamaron los Ministros Lazcano y Vicuña, sin resultado, como siempre. Su cancillería convenía con nuestros representantes en la ilegalidad del impuesto; más alegaban como suprema ley la penuria fiscal y continuaba en vigencia la disposición.

Pronto se extendió el gravamen a otros artículos: nueces, suelas, estribos, cervezas, paños y aún vinos de las más conocidas marcas.

El Administrador de Aduanas alegó en este caso, que si bien el vino era producto de viñas chilenas, las botellas de la fábrica de Lota, los cajones, cambuchos, pita y papel igualmente chilenos, no lo era el corcho, por cuanto en Chile no se explota el alcornoque.

Siguieron las violaciones hasta el tratado de 1914, cuya invalidez pretende ahora Bolivia, llevando sus lamentos a la Liga de las Naciones, y a Estados Unidos, después de recibir el dinero, las regalías y franquicias comerciales estatuidas en dicho pacto y de prepararse a recibir la propiedad del Ferrocarril de Arica a La Paz, en la sección boliviana, con línea, material rodante, desvíos, estaciones, telégrafos, etc. etc. por valor de algunos millones de libras esterlinas.

Descubren ahora que necesitan un puerto; pues bien, si lo precisan, que lo compren. Chile se sentiría llano a entregar una faja de tierra, en compensación de otra que le daría Bolivia por Lípez, en las vecindades de Ollagüe: Do ut des.

Entregado el puerto, ¿no querrían después algo más?

Para aquilatar la palabra de los hombres públicos del altiplano, transcribimos algunas líneas del distinguido historiador boliviano don Alcides Arguedas. Talvéz esté algo recargada la tinta; pero no, puede dudarse de la veracidad de un escritor talentoso, bien reputado en su patria. Dice textualmente:

“El cholo nativo, político, militar, diplomático, legislador, abogado, o cura, jamás y en ningún momento turba su conciencia, preguntándose si un acto es o no moral, porque únicamente piensa en sí, y solo para satisfacer sus anhelos de gloria, de riquezas u honores, a costa de cualesquiera principios, por sobre toda consideración, ferozmente egoísta e incomprensivo”. (*Historia General de Bolivia*, La Paz. 574 páginas, Arnó Hnos., editores, página 52.)

Y luego continúa:

“En cualquier género de actividad que despliegue, muestra siempre la innata tendencia a mentir y engañar, porque se le figura que estas son condiciones indispensables para alcanzar éxito en todo negocio”.

“El abogado prefiere de las leyes aquellas que en su interpretación pueden torcer la justicia de una causa; el político es falso e inestable en sus principios doctrinarios cuando los tiene; el legislador apenas sabe copiar leyes y disposiciones exóticas suponiendo ser labor fácil forzar el espíritu de las gentes para obligarles a proceder, adaptándose a reglas contrarias a la

íntima modalidad de su temperamento étnico”. (*Historia General de Bolivia*, La Paz. 574 páginas, Arnó Hnos., editores, página 55.)

Y ahora viene bien un cuento serrano, que refiere don Agustín Álvarez:

“Alcance Ud. dos sillas para estos señores”, decía un obispo de Bolivia cada vez que un individuo más o menos coya entraba en su despacho, y agregaba “siéntense ustedes”.

“Señor”, decía el visitante, “vengo yo solo; nadie me acompaña”.

“Ya lo sé; es solamente una precaución que tomo para no, olvidar que en Ud. hay siempre dos personas: la que se ve y la que no se ve”. (*Álvarez, Manual de Patología Política*, citado por Arguedas, página 54)

Tales políticos burlaron siempre a los dirigentes chilenos que en aquel entonces querían atraerlos y hacerlos romper con el Perú.

Y como la familia de los inocentes es numerosa, muchos hombres graves de Chile andan aun en largas y cortas con los bolivianos, ofreciéndoles tierras para colocarlos como linderos entre Chile y el Perú. Obtenido tal resultado, entre gallos y media noche darán paso franco, a los peruanos para que nos peguen a la mala, y esto, si no vienen juntos a darnos el cuadrillazo.

Peruanos y bolivianos forman un mismo pueblo, una misma raza, con iguales usos, costumbres, religión, lengua, tradiciones, supersticiones, odios, etc., etc.

¿Será posible separarlos, sobre todo después de la cruda azotaina del 79?

Encaremos el porvenir.

El interés de Chile debe primar sobre el de los accionistas de ingenios de estaño o de sociedades industriales.

Apéndice al capítulo I.

Acta del reconocimiento del cadáver del comandante Ramírez.

En Quillahuasa, territorio peruano ocupado por las armas de Chile, los abajo; firmados testifican, dan fé de haber visto por sus propios ojos y reconocido el cadáver del que fué comandante del regimiento 2º de línea, don Eleuterio Ramírez, en una casa de San Lorenzo al sur de Tarapacá. Está medio carbonizado, y existe solo la parte del tronco, arriba, menos el brazo derecho. El izquierdo está atado con un pañuelo en forma de venda, pero la cara y el cabello que aun le quedan, demuestran claramente y sin lugar a dudas y sus facciones las reconocerán a primera vista los que lo conocieron en vida.

También hemos visto sacar del bolsillo de un pedazo de chaleco de lana que el comandante don José R. Vidaurre encontró entre las cenizas que hizo reconocer en el sitio: donde estaba el cadáver, un par de colleras de oro con el anagrama de su nombre y cinco fichas de las que se usan en las oficinas salitreras. Hemos visto igualmente una brújula de bolsillo, un tirabuzón con pito, y una sortija de oro con esta inscripción: “Recuerdo, 1874”.

El tirabuzón y la brújula fueron entregados por el subteniente don Eduardo Moreno Velásquez, y la sortija por el subteniente don Julio A. Medina, quien la tomó del soldado José del Carmen Olivares que fué el que la sacó del dedo del finado comandante y los dos objetos restantes encontrados entre los girones de sus vestidos.

El tirabuzón y las fichas fueron reconocidos por el comandante don José R. Vidaurre, quien antes de descubrirlas cuando el cabo Pedro Pablo Bermedo que abrió el citado bolsillo, por orden de este jefe, dijo que eran cóndores, respondió, que eran fichas, y anunció el valor de cada una porque aseguró que él mismo se las había, obsequiado días antes de su muerte.

A la feliz casualidad de haberse hecho recoger el pedazo de chaleco que ya se iba tapando con las cenizas que se estaban removiendo, se debe el hallazgo de las colleras y de las fichas que testifican suficientemente pertenecer al que fué comandante Ramírez, si sus facciones solas no bastaran para reconocerlas.

En fé de lo expuesto firman la presente en Quillaguasa, a 25 días del mes de Enero de 1880.

J. R. Vidaurre.- Juan F. Urcullu.- Julio A. Medina.- Dr. David Tagle A.- J. Francisco Vargas.- José Tomás Urzúa.- M. Urizar.- José A. Silva.- Rolán Zilleruelo.- Eduardo Moreno V.- Luis Almarza.- A. Espellé V.- Sofanor Parra.- Juan Astorga.- Antonio León.

CAPÍTULO II.

Mapa N°1

Reconocimiento del valle de Ilo.

Resuelta la marcha sobre la línea Tacna-Arica, el Ministerio de Marina en campaña ordena el bloqueo de la costa norte, desde Pisagua a Mollendo, para impedir a los aliados recibir refuerzos o abastecimientos de víveres y municiones.

Una escuadrilla de tres naves a las órdenes del comandante Latorre vigila la costa: el capitán don Jorge Montt establece el bloqueo de Mollendo; el jefe, comandante don Juan José Latorre, el de Arica, y el capitán don Oscar Viel el de Ilo.

Los marinos a la vez que estudian las caletas apropiadas para desembarco, hacen incursiones en tierra para tomar lenguas, recoger víveres frescos para mejorar la alimentación de a bordo y destruir la línea telegráfica, paralela a la costa.

Mientras tanto, las diferencias entre el Ministerio y el Cuartel General se ahondan más y más.

El señor Sotomayor encarna el poder absoluto del decenio montvarista, y considera al General en jefe como a un subalterno; Escala, inspirado en la Ordenanza General del Ejército, que no reconoce en campaña más autoridad que la del comandante en jefe, rechaza la tutela ministerial.

El ejército, tenía dos cabezas, con grave perjuicio para la unidad de las operaciones. Después de estéril lucha triunfaba la voluntad civil, lo que lastimaba la dignidad de los militares de profesión, que veneraban a su jefe.

Pero ambas llenaban cumplidamente su misión; mientras Escala se ocupaba de la instrucción, moralidad e higiene de la tropa, Sotomayor trabajaba empeñosamente en el aprovisionamiento del ejército, para obtener su mayor rendimiento en la próxima expedición.

Ambos jefes procuraban remediar las deficiencias, propias de la improvisación de los servicios, del personal novicio recolectado durante la campaña, y de los limitados recursos del erario, para afrontar las múltiples exigencias de un ejército diez veces más numeroso, que al romperse las hostilidades.

La potencia industrial del país necesitó desarrollar un esfuerzo colosal, para alimentar, vestir, medicinar y transportar por mar y tierra, en territorio enemigo, árido, inclemente, al ejército expedicionario que llevaba consigo, desde el agua a la sal.

El señor Ministro se quejaba al Presidente de que el Cuartel General era un semillero de chismes y enredos, en que su persona quedaba mal parada. Esto significa, que en el Ministerio había también chismosos, puesto que el señor Sotomayor tenía conocimiento de los pelambres.

Hablando con toda verdad, ciertos ayudantes de ambas reparticiones, bien o mal intencionados, atizaban la hoguera a espaldas de sus superiores.

Las noticias traídas por la prensa del sur venían a perturbar aun más la delicada situación. Iniciábase la lucha presidencial y los políticos de oficio agitaban entre bastidores una activa propaganda.

Tres candidaturas se dibujaban en el horizonte político, dos civiles y una militar. Aquellas se encarnaban en los señores Rafael Sotomayor y Domingo Santa María; ésta, en el general que volviera victorioso de la campaña.

El general Escala no se ocupaba del asunto; pero los macucos de la capital, devotos de Sotomayor o de Santa María, hacían causa común para desprestigiar y anular sus cualidades de mando ante el concepto público.

El señor Vergara, a quien se consideró papabile en un principio, se eliminó de propia voluntad, yéndose a Villa del Mar, a atender sus negocios particulares.

Sotomayor y Santa María tenían cualidades de sobra para aspirar a la primera magistratura, por los eminentes servicios prestados a la nación; mas sus partidarios a la vez que ensalzaban al candidato, echaban lodo al adversario, y de aquí que ambos quedaban emporcados. Triste signo de poca cultura.

“Esta obra de demolición, dice Bulnes, que los políticos de Santa María hacían respecto del rival civil Sotomayor, se extendía a los militares para impedir que se formara alguna gran reputación, acojiendo todo rumor que les fuera contrario, aceptando como cosa de verdad toda crítica, aunque fuera del inferior al superior. Los corresponsales de los diarios, ayudaban enormemente a éstos, distribuyendo la gloria a su antojo”. (Bulnes. Guerra del Pacífico. tomo II. Cap. VI. Pág. 35)

Ambos candidatos no eran simpáticos al ejército; el primero provocó la renuncia de Arteaga; el segundo estaba en vísperas de romper con Escala.

El ejército constituía una fuerza consciente, alejada de toda bandería. Las tres cuartas partes de los efectivos de línea se componía de jóvenes voluntarios, estudiantes, industriales, mineros, rentistas, educadores; todos de un medio superior al del soldado, raso.

Entre los oficiales, clases y tropa de la guardia nacional, figuraban ingenieros, abogados, estudiantes universitarios, profesores de instrucción superior y media, altos empleados del poder judicial y de la administración, agricultores, mineros, rentistas. Todas las clases sociales confundidas en una sola aspiración, abandonaron sus comodidades, sus negocios y empuñaron la espada o cargaron el rifle para defender a la Patria.

Al redoble del tambor la juventud corrió a los cuarteles; los cuerpos completaron sus efectivos; hubo: exceso de voluntarios.

Los mil ochocientos hombres de línea bajo las banderas al romperse las hostilidades, quedaron diluidos en los 15,009 combatientes acantonados en Dolores, Pisagua, Iquique, Antofagasta, las ciudades del centro y la gruesa guarnición de la frontera.

Este elemento nacional, el país en armas, extricto cumplidor del deber, desempeñaba el servicio de las filas alegre y contento, perfectamente encuadrado dentro de los rígidos preceptos de la Ordenanza. Trabajaba, obedecía y callaba. No tenía más aspiración que batirse, pues terminada la guerra cada cual volvería a sus labores y ocupaciones ordinarias que reclamaban su atención. De ahí, su desprecio por los politiqueros que desgastaban las fuerzas vivas de la nación, en luchas bizantinas por la banda presidencial. El ejército se conservó puro y ajeno a las miserias que se desarrollaban en la capital; y sentía pena por el aislamiento de su general en jefe.

Hemos dicho que nuestras naves cruzaban la costa desde Pisagua hasta Mollendo. Por los vapores de la carrera supo el capitán Viel que de Mollendo había salido en dirección a Tacna un cargamento de armas y municiones traídas a ese puerto por la “Unión” en una de sus felices correrías.

El capitán sigue con la “Chacabuco” las sinuosidades de la costa y constata que la guarnición ha aumentado en algunas centenas, y que en el interior, se nota intenso movimiento de acémilas.

Transmite la noticia a Pisagua en la “O'Higgins”, del capitán Montt; el Ministro de la Guerra, que aloja en la “Abtao”, concibe la esperanza de capturar dicho convoy, aprovechando a la vez la oportunidad para reconocer el terreno de las próximas operaciones.

Hace alistar un batallón del *Lautaro*, a cargo del mayor don Ramón Carvallo Orrego, 12 granaderos a caballo, y 40 pontoneros; Total: 550 plazas. Da el mando de la expedición al

comandante de ingenieros don Arístides Martínez, que lleva como, primer ayudante al ingeniero de ferrocarriles, mayor entonces don Federico Stuken.

Arreglada la cosa, el Ministro consulta al general Escala, residente en Bearnés, acerca de su oportunidad; naturalmente da el conforme, pues no cabe otra respuesta, a una pregunta de pura fórmula.

Al día siguiente, Martínez y su tropa se embarcan en el “Copiapó” que sigue las aguas de la “O'Higgins”, rumbo a Pacocha. Las naves penetran al puerto en la noche del 31, piloteadas por la “Chacabuco”, que sostenía el bloqueo.

Nadie duerme a bordo. Los expedicionarios, en espera del desembarco, limpian los rifles y afilan los corvos, el inseparable compañero de la vida de campaña, para todo servicio bélico o doméstico.

El enemigo tomó distancia a esta prenda, dándole un carácter terrorífico, que nada justifica. He aquí como lo describe “El Nacional” de Lima, después de una visita del autor a una nave peruana:

“Vimos, dice, algunas bombas, que como objeto curioso conserva el señor Otoya; y nos enseñó además la muestra de los puñales que usan los chilenos.

Es una hoja de más de una tercia de longitud por cuatro dedos de ancho.

Se halla el puñal colocado como bayoneta en una vaina que pende de un cinturón de cuero ancho y macizo.

La punta es agudísima y tiene filo a uno y otro lado, filo no hecho en la armería, sino sacado por el chileno.

Sabido es que es prohibido, sacar filo a toda arma blanca y que solo los asesinos cuidan tener sus puñales perfectamente afilados.

El que vimos ayer, es un arma muy alevosa, una arma que es toda una revelación a los ojos del hombre pensador.

Ese puñal dice claramente: quien me usa es un blandido y con los bandidos no se debe tener consideración ninguna; quien me usa es un malvado y los malvados deben perecer donde quiera que se les halle; quien me usa es un asesino y a los asesinos hay necesidad de exterminarlos.

Ese puñal dice: soy el emblema del crimen de una nación envilecida.

Está bien empleada por los *salteadores* de Antofagasta”.

El periodista ha calumniado a nuestro corvo; tiene un solo filo, pero tan celoso, que corta pelos en el aire.

Nuestros artífices buscan el mejor acero para su fabricación, limas o resortes de máquinas ferroviarias. La hoja en forma de hoz, alcanza hasta veinte o veinticinco centímetros, embutida por una espiga en un mango de luma o teca, forrado por anillos de cuerno y cobre.

La pelea de hombre a hombre, requiere corazón; se lanza el golpe al estómago; clavada la punta, se gira la muñeca; la hoja se pone horizontal, se recoge el brazo en palanca, y se tira con fuerza.

De esta manera, los asaltantes vaciaron los estómagos de los sacos de arena en los atrincheramientos de Arica; y sirvieron de puntos de apoyo para el asalto del Morro y del fuerte Ciudadela.

Las tropas montadas labran con él estacas para atar el ganado. Los infantes cortan fajina para sus chozas y leña para el rancho; con él se abren las latas de conserva, se desuella un cordero, y en los entreveros, presta inapreciables servicios como arma corta y silenciosa.

Nuestro soldado no va con equipo completo si carece de él. Su uso debiera ser reglamentario y obligatorio.

Fondeada la escuadrilla en Pacocha, el capitán Viel dispone el desembarco, en el más profundo silencio. Los remos llevan forro de lanilla para evitar el ruido.

El capitán Gacitúa desembarca con su compañía por el norte, cerca de Ilo; el resto de la tropa, por caleta Coles, al sur, para rodear la población antes que pudiera apercibirse del desembarco.

El comandante don Julio César Chocano, jefe de la columna *Huáscar*, fuerte de 400 plazas, había marchado a Moquegua, de donde expulsó a las autoridades civilistas y proclamó

la autoridad de don Nicolás de Piérola, como Presidente de la República. Chocano dejó unos veinte hombres en Pacocha, que fugaron al interior el día 30, temerosos de ser copados, por una fuerza presidencial salida de Mollendo, a castigar a Chocano y restablecer a las autoridades de la provincia, destituidas por él.

La infantería chilena avanza por las alas, rodea el pueblo y lo ocupa antes que sus moradores se den cuenta del hecho.

Stuven se apodera de la estación de ferrocarril, aísla el telégrafo al interior, captura dos locomotoras y el material rodante y aprisiona al jefe de estación con todo su personal.

El administrador de la maestranza conocía a Stuven desde Valparaíso; le recibe cariñosamente, le lleva a su casa y le invita a un suculento desayuno.

Entre los demás prisioneros cae el comandante Tizón, capitán de puerto, que hace honor a su apellido por su rostro de noche oscura.

Martínez interroga cuidadosamente a los prisioneros, sin mayor provecho. Aunque dueño de Pacocha no puede dar cumplimiento a sus instrucciones, que se resumen en los siguientes puntos:

1° Apoderarse de un convoy de armas y municiones, salido de Mollendo con dirección a Tacna.

2° Reconocer el terreno, y los caminos que arrancan del valle, hacia Tacna por el sur, y a Mollendo, y Arequipa por el norte.

3° Informar acerca de los recursos del valle, y su importancia estratégica para nuestro ejército.

4° Requisar los elementos de embarque del puerto y caletas vecinas.

El objetivo de la expedición Martínez, fuera de la captura del convoy de armas y municiones, se encuadra dentro del término *genérico* reconocimiento.

El reconocimiento, total o parcial, implica diversos caracteres: táctico, con respecto al enemigo; topográfico, con relación al terreno; estadístico, referente al material de guerra, víveres y recursos de cualquier género.

La comisión del comandante Martínez tenía parte esencial y parte accidental; la primera se refería a la adquisición de datos estadísticos y topográficos; la segunda, a la captura del convoy, de realización emergente.

Los autores militares de nota están de acuerdo en la importancia de los reconocimientos.

“Nada se proyecta, ni se emprende en la guerra, sin objeto, sin motivo, sin datos, sin medios; nada se hace, pues, sin reconocimiento previo.

La seguridad de un ejército, el acierto de sus planes, el tino en la marchas, el ahorro de la fatiga, el aplomo en todos los movimientos y operaciones, son resultados que bien merecen llamar con perseverancia la atención.

El reconocimiento exige en el oficial encargado, no solo, ojeada, sino cierta probidad que le vede suponer o inventar. Un dato falso, una apreciación ligera errónea, puede ocasionar una catástrofe.

El uso-ley en la guerra, casi prescribe, que al decir reconocimiento, se refiere al terreno más bien que a la tropa”. (Coronel Don José Almirante, Diccionario Militar, pág. 945 y siguientes, Madrid, Imprenta del depósito de Guerra, 1869)

El Ministro de la Guerra en campaña, al ordenar el reconocimiento, eligió como jefe a un teniente coronel de ingenieros, perfectamente preparado para tal comisión, por sus conocimientos y talento, a los que unía la práctica y experiencia de la frontera.

El comandante Martínez, dueño de Pacocha, se encontró con que los caminos por donde podía marchar el convoy entre Mollendo y Tacna, pasa lejos de la costa, por Hospicio, La Rinconada o Moquegua.

Hospicio, 55 kilómetros tierra adentro, es una estación del ferrocarril de Pacocha a Moquegua; por ahí pasa el camino más cercano de Mollendo, a Tacna; ahí convergen las líneas telegráficas de Mollendo, Moquegua, Pacocha y Tacna.

Los otros dos caminos, por La Rinconada y Moquegua presentan más recursos en pasto, agua y víveres para recuas numerosas, como las que debían transportar los elementos bélicos a

Montero. Indudablemente, si el convoy iba aun en marcha, debía caminar por estas rutas del interior, más seguras por la distancia al mar.

Saliendo de Pacocha al oriente a través de una pampa estéril y arenosa, se encuentra la estación de El Conde, en el kilómetro 78; más allá, el ferrocarril cruza un riquísimo vergel, abundante en agua, leña, pasto, ganado y frutas de variadas clases. Los viñedos se extienden por ambas riberas del río, hasta más allá de la capital, asentada entre verdes campiñas y tierras de labor.

El comandante además de perseguir el convoy, debía levantar croquis de los caminos de la zona hacia los tres sectores de importancia militar, Tacna, Arequipa y Moliendo, e informar acerca de los recursos: que podía aprovechar un ejército invasor.

Levantamiento de croquis de la vialidad, supone conocimiento del terreno. Ningún militar que honra el uniforme, elabora croquis por diceres de paisanos o extranjeros ignorantes en achaques de guerra o interesados en ocultar la verdad.

Martínez fué a reconocer; se le dieron tropas y elementos para llenar su cometido. Volverse de Pacocha para decirle al Ministro que el puerto estaba desocupado, que no había visto, convoy alguno, que funcionaba la línea férrea al interior y que decían que había caminos al norte y al sur del valle, habría sido infantil ridiculez, acreedora a una calificación de servicios.

Hizo lo que debía: recorrer los sectores sobre los cuales se desarrollaría la acción de nuestras tropas y acumular cuantos datos pudiera utilizar nuestro Estado Mayor.

Hacemos incapié sobre la materia, porque el señor Bulnes, historiador tranquilo y documentado, dice que el comandante Martínez ideó una expedición de paseo a Moquegua. (Guerra del Pacífico, tomo, II, pág. 66).

El coronel Ekdahl, siguiendo siempre a Bulnes, agrega que como no había más que hacer ni en Ilo, ni en Pacocha, los jóvenes jefes chilenos proyectaron pasar el día de año nuevo en Moquegua, improvisando una sorpresa a este pueblo, lo que les serviría de diversión, tanto si se produjera una acción de armas, como, si solo resultara un paseo festivo.

“Los jóvenes Martínez, Viel y Stuvén, se pusieron pronto de acuerdo. El capitán Viel *que era también de la expedición*, hizo desembarcar dos cañoncitos de la “Chacabuco”. (Historia Militar de la Guerra del Pacífico por W. Ekdahl, Tomo II., pág. 11.)

Hay cosas que azarán el criterio. El capitán Viel, abandonar el puente de su nave de la cual es comandante, y jefe además de la escuadrilla, para largarse de verbena al interior.....mejor no comentar tamaño disparate.

Veamos ahora quienes eran esos *jóvenes*, que cual alegres colegiales exponían medio millar de vidas, por echar una cana al aire.

El comandante Martínez, aunque todavía novio de la señorita María Teresa Cuadros, más tarde su digna consorte, pasaba de los cuarenta.

Los hermanos Martínez, naturales de Barraza, en Ovalle, formaron interesante trinidad.

Don Marcial brilló en el foro; Ministro de Chile en Londres, trabó amistad con el príncipe de Gales, más tarde Eduardo VII. Lucía las garnachas de doctor por Oxford.

Don Francisco, médico, profesor de la Facultad, alcanzó brillante posición científica.

El comandante Martínez, andando los años, obtuvo las palas de general de división, y ejerció el comando en jefe del ejército.

Los otros *dos jóvenes* Oscar Viel y Federico Stuvén, casados y con numerosa prole, hacía rato que habían dicho adiós a los cuarenta años, para saludar a los cincuenta, que venían en camino a paso de trote.

Viel representaba un árbol de frondosos retoños, a su vez, de abundoso ramaje.

Ana María, casada con el general Pinto Agüero.

Laura, casada con don Eduardo Mackenna.

Elisa, viuda de don Rafael Blanco Viel.

Oscar, marido de doña Isabel Balmaceda.

María Teresa, viuda de don Enrique Vicuña Subercaseaux.

Alfredo, marido de doña Rosa Jara Quemada.

Benjamín, fallecido en la Argentina, donde formó hogar uniéndose a doña Laura Monti y Luro.

Ahora bien ¿de dónde salió la fantasía de tal paseo?

De un artículo de diario del teniente 2º don Alberto Silva Palma, entonces mozo imberbe e inexperto a la vez, que escribió el cuento “La Calaverada de Moquegua” sin carácter militar alguno. El chiste literario apagó la verdad histórica.

Con tales antecedentes, no es de extrañar, pues, que el redactor de la “La Unión” de Valparaíso, señor Roberto Hernández, haya caído en el mismo error establecido “que la división hizo su entrada triunfal en Ilo, de regreso de Moquegua, adonde se había dirigido el día antes, sin más propósito que echar un verde y conmemorar el año nuevo”.

El señor Hernández califica esta operación militar de *barbaridad* de a folio, que no tiene excusa, y agrega compungido: “Es lícito, conforme al arte de la guerra, hacer así una entrada y una salida en el espacio de 24 horas, exponiendo en ese intervalo de tiempo, una división entera a perecer por falta de un riel en la vía, de un poco de agua en los tanques (sic) o por un puñado de dinamita colocado bajo un durmiente?”

¿Qué nombre tiene este género de ocupaciones?

¿A qué denominación táctica (sic) corresponde?”. (Artículo de “La Unión” de Valparaíso.)

Aunque el autor revela no conocer la materia, contestamos: Esta operación se denomina reconocimiento, cuyos frutos no tienen precio para el éxito ulterior de una campaña. Que puede costar vidas muchas o, pocas, convenido; quien no desee ver lástimas, no vaya a la guerra.

El comandante Martínez estudió la situación para llenar su cometido; pesó los factores favorables y adversos para un reconocimiento, rápido y sorpresivo, y encontró que tenía elementos para salir airoso, con un poco de audacia y mucha prudencia.

Stuven había aislado el telégrafo al interior y los centinelas mantenían incomunicada la ciudad, lo que aseguraba el secreto de la marcha.

Las locomotoras *Pacocha* y *Moquegua* se hallaban en perfecto estado de servicio, con bastante material rodante y abundante acopio de carbón y aceite. No había temor para la movilidad.

El Lautaro se componía en grande parte de expulsados del Perú al romperse las hostilidades; muchos habían servido en este ferrocarril. Tenía fogoneros y palanqueros seguros para el viaje.

Resolvió expedicionar.

Embarcó en dos convoyes los 500 hombres del Lautaro, a las órdenes de Carvalho Orrego, un grupo de dos piezas Krupp desembarcadas de la “Chacabuco”, al mando del teniente 2º Alberto Silva Palma, doce granaderos con sus caballos y un pelotón de pontoneros traídos de Pisagua, con todo su material y herramientas para reparaciones de puentes y caminos, lo que significa que la expedición era para reconocer, y no para mirar. Los pontoneros cargaron un carro con rieles, durmientes, clavos, eclisas, martillos, combos y demás materiales para el caso de un accidente, que era de esperar en territorio enemigo.

Stuven maneja la máquina del primer convoy y su capitán ayudante don Marcos Lathan, la del segundo. La marcha se efectúa con lentitud, debido la gradiente cuya máxima alcanza a 4,25%.

Al acercarse a la estación de Estanque, llamada así por los receptáculos de fierro que proveen de agua a las locomotoras, pita la máquina reglamentariamente. Los empleados corren a sus puestos: el jefe de estación al andén banderola en mano; el cambiador al desvío; y el telegrafista a la máquina.

El convoy no se detiene aun, y ya el piquete de servicio, rodea la estación, captura a los empleados, los encierra en el carro, de equipajes y adelante.

El tren se detiene en Hospicio, a 55 kilómetros de Pacocha, estación importante, centro de las redes telegráficas de la provincia y punto de partida del camino a Tacna hacia el sur, y a Mollendo al norte.

Continúa la exploración. La estación de El Conde se encuentra a 75 kilómetros, en pleno valle, rodeada de viñedos, arboledas y campos cultivados. Siguen San José, Cataluna, El Puente, Omo y el Alto de la Villa, término de la vía, a cien kilómetros del mar.

Los ayudantes toman notas y dibujan croquis del trayecto con las observaciones de encontrarse agua en abundancia, potreros alfalfados, huertos frutales, bosques para construcción o para leña, sembrados de hortalizas, y una carretera bien tenida paralela al ferrocarril. De trecho en trecho, casas de hacienda, con extensas bodegas, capaces de alojar regimientos.

Los trenes que salen de El Conde se divisan desde el Alto de la Villa.

Al anunciarse el de los expedicionarios, acuden las familias a la estación a recibir las tropas enviadas por el Presidente Prado a reducir a la obediencia al prefecto pierolista Chocano, que actúa en tal carácter desde la derrota de Buendía.

A la entrada de la máquina a la estación, estallan los vivas al Perú, al Presidente de la República, al almirante Montero, al ejército y a la marina; y como corolario, los mueras a Chile y a sus rotos.

El alborozo cambia en estupor, al desembarcar la guardia, que rodea la estación y establece un cordón de centinelas, bayoneta armada.

Algunos jóvenes, ágiles y conocedores del terreno, escapan a la desbandada, olvidando la tradicional gentileza para con las damas, a las que abandonaron en manos del enemigo.

Algunas niñas optan por desmayarse; luego se reponen, con las atenciones y frases cariñosas de los oficiales y el garbo y apostura de los jefes.

Virgen de las Mercedes, Santa Patrona, claman atribuladas, ¿qué será de nosotras?

Señoritas, repónganse Uds.

¡Jesús! ¡Qué año nuevo nos traen estos malvados!

La calma se restablece poco a poco; se entablan diálogos; la charla chispea y pronto la conversación se anima, pues los chilenos demuestran que no son ogros que comen a la gente.

¿Es Ud. soltero, coronel? pregunta una morena al comandante Martínez.

Soltero, señorita. Y con seis meses de campaña.

Las damas, muchos acompañantes y los extranjeros quedan autorizados para regresar a Moquegua, allende el río. Permanecen en calidad de rehenes un capitán, cinco oficiales de policía, varios empleados públicos y tres o cuatro hacendados gordos del valle.

Martínez se encierra con ellos en la oficina del jefe de estación, y en grata charla, toma las noticias capitales, relativas a caminos y recursos de la provincia.

Los ayudantes se reúnen en la sala vecina y proceden a la confección del croquis oficial, con las anotaciones culminantes, como ser:

a) Camino de Moquegua a Tacna, por Buenavista, quebrada de Locumba, Los Toros, quebrada de Sama y Alto de la Alianza.

b) Camino de Hospicio a Tacna, por Río Seco, Locumba y Sama.

c) Camino de Ite a Sama, por páramos y arenales.

d) Camino de Hospicio, a Mollendo, a través de la Pampa de la Clemencia.

e) Camino de Moquegua a Arequipa por Samegua, Yacango, Torata, Olore, Jagüey, Moromoro, Quequeña, Yanahuanca, Sabandía y Paucarpatá.

El comandante Martínez intima rendición a la plaza; la entrega de todas las armas y la presentación de los jefes y oficiales de la guarnición, so pena de bombardeo.

A las 9 P. M. llega un parlamentario del municipio; la plaza se rinde a discreción; armas no hay y no se tiene conocimiento de que hayan llegado de Mollendo o de Arequipa.

La noche pasa tranquila; pero, el comandante hace redoblar las precauciones, pues comprende la delicadeza de la situación.

Amanece el 1° de Enero de 1880; la artillería hace salva de granadas, por sobre la población.

Al instante se presenta una comisión de vecinos, a anunciar que el comandante Chocano y su tropa fugaron hacia Torata, y que la división puede entrar a la plaza, a servirse un almuerzo preparado en su honor por el municipio.

Se efectúa la ocupación de Moquegua.

Doscientos infantes dirigidos por Stiven, y el capitán Díaz Gana entran por el oeste; y por el lado opuesto el mayor Carvallo Orrego, con otros doscientos lautaros. Manda en jefe, el

comandante Martínez, acompañado de su ayudante Silva Palma y los doce granaderos a caballo.

La artillería servida por un trozo de marineros de la “Chacabuco”, queda en Alto de la Villa, custodiada por cien hombres del Lautaro.

Las fuerzas forman en la plaza, a los acordes del himno de Yungay. La concurrencia se descubre, talvez por cortesía, talvez por miedo.

El campamento se establece sobre el puente, en donde las autoridades sirven a los expedicionarios un banquete succulento, con vino blanco especial del valle.

En tanto los vecinos y extranjeros visibles, conferencian con Martínez, la constitución de una junta de Vecinos, Presidida por el acaudalado viñatero don José Benjamín Pomareda; y la organización de una Guardia de Honor, formada únicamente por extranjeros para resguardo de las vidas e intereses de la ciudad.

El comandante Martínez juzga terminada su comisión y dispone el regreso, operación peliaguda, pues el enemigo ha de procurar entorpecer la retirada.

Dispone que una pieza de artillería vaya en cada convoy. Que los granaderos, con los caballos ensillados, lleven listos los tablones para el desembarque de los animales, en cualquier punto de la vía.

Que cada convoy lleve tres patrullas listas para entrar en acción; las de vanguardia y retaguardia para operar en tierra y la del centro, para la defensa del convoy. El resto de la tropa, tendida sobre la plataforma, debe esperar órdenes.

El comandante, al tomar sus precauciones, obra en conformidad a los principios elementales de la guerra, dando como un hecho que el enemigo debe hostilizarlo, y combatirlo durante la retirada, repuesto ya de la sorpresa.

Por su práctica en la guerra de Arauco, sabe que bajo el sol no hay expedición oculta para el enemigo; un pez que levante la cabeza sobre la superficie del mar, un pájaro que hienda el espacio, un ratón que cambie de cueva, son otros tantos vehículos que llevan la alarma al campo enemigo.

Hay que estar siempre preparado, para repeler acechanzas. Si nada ocurre, nada se pierde.

Y Martínez tenía razón.

No obstante el aislamiento de Pacocha, el prefecto de Tacna, don Mariano Zapata, tuvo conocimiento del desembarco, poco después de ejecutado.

La costa del Perú estaba acordonada de vigías, encargados de comunicar el movimiento de los buques chilenos. El de Punta Coles vió con el alba los tres buques fondeados en Pacocha y la tropa acampada en tierra. Dio palabra al vigía vecino del sur, y esta fué transmitida a Ite, por *chasquis* de buenas piernas.

El comandante de Ite telegrafió al prefecto Zapata, que en el acto dió cuenta al almirante Montero.

El comandante en jefe del Iº Ejército del sur tomó, con rapidez las siguientes medidas: Los subprefectos de Ite y Lacumba cubrirán la quebrada e impedirán que alma nacida pase a Pacocha o Moquegua.

El comandante don Leonidas Barrios, 1.er jefe de la columna de Locumba, movilizará su gente y se trasladará al valle de Ilo para levantar los rieles del ferrocarril en algún recodo de la línea sobre alguna ladera escarpada; repetirá la operación en varios puntos; y destruirá las bombas de alimentación de las calderas en la estación de El Conde. Todos estos trabajos deberán hacerse a última hora, para demorar el mayor tiempo posible el de regreso del enemigo.

Por fin, el coronel don Andrés Avelino Cáceres, uno, de los jefes peruanos más activos y competentes, con una división boliviana y un batallón peruano, se trasladará a Ite y de allí al valle de Ilo a batir a los chilenos, ocupados en restablecer el tráfico.

Las órdenes se cumplieron estrictamente.

El comandante Barrios eligió la ladera de Chamos, cortada a pique, para derribar el tren, que caído al abismo se haría astillas. Levantó los rieles en dos puntos más, cerca de Hospicio.

Desarmó la bomba que levantaba el agua para surtir la máquina en la estación de El Conde, y transportó las piezas, a un fundo peruano, en la ribera norte del río.

El alcalde Pomareda de Moquegua pide refuerzos por telégrafo a Arequipa y Tacna, que unidos a los 400 hombres que tiene Chocano en Tarata, sean suficientes para expulsar a los invasores.

De Tacna se le contesta que Cáceres marcha con 2,500 hombres y que se le tengan víveres en Locumba; que el batallón Cazadores está en marcha al valle de Ilo, y que el coronel Cáceres solo espera a la división boliviana para continuar adelante. Ordena además al comandante Chocano que baje con su cuerpo al valle, a unirse con las fuerzas de Tacna y que se establezcan vigías en todas las alturas.

Martínez a las 2.30 P. M. del día 1º toca tropa, embarca la gente y los convoyes emprenden la marcha, después de una cordial despedida.

Chocano baja y ocupa la ciudad; los voluntarios siguen por la trocha del ferrocarril en dirección a Chamos, a presenciar la catástrofe y hacer fuego sobre los sobrevivientes.

La marcha ya de noche se efectúa con sumo cuidado. Stuken dirige personalmente la primera máquina, que da dos pitazos en una curva muy pronunciada; se aprietan las palancas y el tren se detiene bruscamente.

Los cuatro guardias saltan a tierra, a tiempo que aparece un centenar de enemigos, que dejan doce hombres en el campo después de acalorada refriega. Los granaderos persiguen a los fugitivos, a la luz de la luna.

El comandante Stuken anduvo muy listo; faltaba un riel en Chamos al lado del barranco perpendicular al abismo.

Los bogues de la máquina se enterraron en la trocha. Stuken pone en actividad a los pontoneros llevados desde Pisagua para tales accidentes y después de dos horas siguen los expedicionarios hasta El Conde, en donde encuentran el estanque vacío y la bomba sin pistón. El caso es serio.

En tales circunstancias aparece el chino Ajan Ajan, a incorporarse a los chilenos, pues sabe que éstos libertan a los esclavos asiáticos. Comunica que al otro lado del río, en las casas de la hacienda, están ocultas las piezas que faltan a la bomba.

Sirve de guía a Stuken, que tras un breve tiroteo, en que el enemigo pierde dos hombres, captura al administrador, recupera las piezas y hace funcionar la bomba.

Continúa el viaje. El administrador va en la máquina, para indicar los puntos en que faltan los rieles.

Salvadas estas dificultades, Martínez entra a la estación de Pacocha a las 9 A. M. del día 2, a la misma hora en que Cáceres sale de Ite para cortarlo en el regreso.

Formado el Lautaro en batalla, el comandante da las gracias al chino Ajan, por sus servicios. Este manifiesta que pertenece por entero a Chile que liberta a sus hermanos de raza y solicita como gracia su incorporación en el ejército. Se le da de alta en el Lautaro.

Más tarde durante la marcha sobre Tacna, los lautaros celebraron con una gran fiesta en las Yaras, el bautismo de Ajan que tomó el nombre de Ignacio, en honor de su padrino el entonces capitán Ignacio Díaz Gana.

Ignacio Ajan hizo toda la campaña; actualmente vive en Santiago, condecorado y con pensión de veterano del 79.

La "O'Higgins" y el "Copiapó" siguen a Pisagua, en donde el Ministro se aprestaba para ir de refuerzo con un batallón del *Esmeralda*.

El señor Sotomayor al recibir los croquis, partes y estudios del reconocimiento, felicita a los jefes, cosa no muy común, pues era parco en elogios, ahora muy merecidos, pues con los datos acumulados, la próxima expedición se efectuará sobre bases fijas y seguras.

Tal fue el reconocimiento de Moquegua, operación bien concebida y mejor ejecutada, dentro de la técnica profesional.

Da pena que historiadores como Bulnes, Ekdahl y Vicuña Mackenna, y diaristas como Hernández, hayan tragado el chiste literario de la *Calaverada* del teniente Silva.

¿Qué sabe un subalterno de las instrucciones reservadas de su comandante en Jefe?

Se necesitan muy anchas creederas para aceptar que un jefe de división, en campaña y frente al enemigo, se vaya con ella, a echar una cana al aire, cuando el simple alejamiento del campamento se castiga con la pena de muerte.

CAPÍTULO III.

Reorganización del Ejército.

El Gobierno resolvió apresurar la marcha del ejército, sobre Tacna-Arica, persistiendo en la idea de entregar estas provincias a Bolivia, para separarla de la alianza con el Perú.

El señor Santa María estaba cada día más empapado en su bolivianismo; pero Sotomayor “no tenía fé en la buena voluntad de los bolivianos para entrar en arreglos con nosotros” según escribía a don Augusto Matte, con fecha 17 de Febrero de 1880.

El Ministro Sotomayor se trasladó a Iquique para ponerse al habla con la Moneda por cable, y dar el último toque a los preparativos.

El primer cuidado era dejar la provincia de Tarapacá a cubierto de incursiones enemigas por el norte, de parte de Montero; y por el este, de Campero, y su errante V división. El Gobierno resolvió custodiar con una reserva de tropas traídas del sur, las líneas Pisagua-Negreiros e Iquique-Pozo Almonte.

Los servicios de administración perfectamente establecidos en la provincia continuaron bajo la hábil mano de don Patricio Lynch, jefe político y militar.

Libre de atenciones por este lado, el Gobierno consignó en un memorándum ciertas bases que debían preceder a la partida de la expedición, documento que Sotomayor recibió por cable y lo transmitió al general en jefe, desde Iquique con fecha 12 de Diciembre.

He aquí los puntos capitales:

1° Conveniencia de que el ejército se organice en divisiones de las tres armas, con servicios propios, mandados por jefes autónomos, asistidos por uno o más miembros del Estado Mayor General.

2° Desligar a la Delegación de la Intendencia General de sus múltiples atenciones, concretando sus actividades únicamente a la provisión de víveres, forraje, agua, vestuario y equipo.

3° Dar autonomía a la Sanidad Militar, bajo la dirección de un jefe responsable, dependiente de la Intendencia General de Valparaíso, sin autoridades intermedias que retarden su acción.

4° Crear oficinas propias, independientes y responsables, de los servicios de comisaría, ferrocarriles, bagajes, telégrafos y otros similares.

La nota expedida el 12 de Diciembre, desde Iquique, tardó cuatro días en llegar a Bearnés, sede del Cuartel General.

Precisamente el general Escala se ocupaba del estudio de tan importante materia, pero no dentro de la órbita restringida del Gobierno, sino de la amplia formación de divisiones autónomas, a cuya cabeza debían ir jefes prestigiosos, por su capacidad, instrucción y servicios prestados al país.

La designación de estos comandantes divisionarios desvelaba al general en jefe; estudiaba con calma y reposo, las dotes características de los jefes a quienes confiaría su colaboración para la próxima batalla campal, en que se jugaría la suerte del ejército a sus órdenes, el porvenir de la patria y quién sabe si la integridad de la República.

El mando ofrece hoy dificultades superiores comparadas con los pasados choques definidos al arma blanca. En aquellos tiempos la gente iba segura tras el penacho de general.

En 1879, la cuestión se presentaba más compleja: pero la cualidad esencial del jefe estribaba en la experiencia, que enseña a no confundirse, a no descorazonarse, a no dudar jamás del triunfo, ejerciendo la autoridad con resolución, pasando instantáneamente de la concepción a la ejecución.

Un buen jefe divisionario tiene en sus manos la victoria o la derrota según colabore o no oportunamente al plan del Cuartel General, aun en las circunstancias imprevistas, tan comunes en el campo de batalla. Dé ahí que debe estar dotado de iniciativa y resolución, velando siempre porque sus órdenes sean bien cumplidas. De nada le sirve ordenar, sin la ejecución rápida y exacta.

Había sobrado tema para estudio y meditación.

El señor Bulnes presenta a Escala como enemigo de la distribución del ejército en divisiones y le hace responsable de la demora en realizar esta suprema aspiración, auspiciada por el Gobierno y el ejército.

No se trataba únicamente de la formación de divisiones, pues el general fué el primero en sugerir esta idea. Había otra cuestión más honda en último término. Tratábase de la elección de cuatro jefes de división, de confianza, y cuya selección no introdujera la indisciplina o descorazonara a los colegas, comandantes de cuerpo.

Escala temía que el Ministro, en el decreto de la formación de divisiones, hiciera también los nombramientos de los comandantes divisionarios, irrogando con injustas postergaciones el descontento de los jefes, matando su entusiasmo y destruyendo los alicientes de la carrera de las armas.

El general, por estricta prescripción médica, pasaba una semana de convalecencia después de un serio ataque de apoplejía. Los facultativos le prohibieron todo trabajo intelectual.

En este lapso, llega una segunda nota, fechada en Pisagua, en que el Ministro le pide indique el punto de la costa que convendría atacar, con las explicaciones del caso, asunto inútil, pues ya estaba designado el puerto de Pacocha para el objeto.

Dispone así mismo la comunicación, la siguiente dislocación de las fuerzas, para mejor resguardo de la zona ocupada:

a) Concentración de la artillería entre Dolores y Jazpampa.

b) Escalonamiento de la caballería hasta Camarones, para denunciar con debida anticipación cualquier tentativa del enemigo.

e) Concentración de la infantería en Dolores, cuyos pozos proporcionan la mejor agua; en San Antonio, de donde arranca el camino a Tiliviche y en Jazpampa, para custodia de la vía férrea.

Aunque la orden del señor Ministro invadía sus atribuciones propias, el general le dió inmediato cumplimiento, para evitar polémicas.

El 31 de Diciembre llega al Cuartel General la transcripción de una nota firmada por los Ministros Santa María, Amunátegui, Matte y Gandarillas, que comunican al señor Sotomayor la resolución del Gobierno de expedicionar sobre Tacna y Arica, cuya posesión, junto con

significar una la hostilidad de grandes consecuencias contra el ejército del Perú, nos coloca en situación de entablar negociaciones directas con Bolivia, a fin de destruir la coalición que esta República ha formado con el Perú en contra nuestra”. (Anexos).

El Ministro de la Guerra en campaña no cesaba en insistir acerca de la formación de las divisiones. Aburrido el general le contesta por telégrafo aceptándola con fecha 2 de Enero, “como acepta de buena voluntad las indicaciones del Supremo Gobierno, cualesquiera que sean su naturaleza y carácter, quedando así determinada la *responsabilidad* que le pueda afectar por ella”.

Dos días después, el 4-11-80, el Ministro expide el decreto que organiza el ejército en cuatro divisiones, y nombra el personal superior, que *era la madre del cordero*.

I División.

Jefe: Coronel don Santiago Amengual.

Jefe de Estado Mayor: Teniente coronel don Adolfo Silva Vergara.

Un ayudante.

Cuerpos: Regimiento 3° de línea y Esmeralda; batallones Navales y Valparaíso; una brigada de artillería; un escuadrón (dos compañías) de cazadores a caballo.

II División.

Jefe: Coronel don Mauricio Muñoz.

Jefe de Estado Mayor: Teniente coronel don Arístides Martínez.

Un ayudante.

Cuerpos: Regimientos 2° de línea y Santiago; batallones Atacama y Bulnes; una batería Krupp de montaña; un escuadrón de cazadores a caballo.

III División.

Jefe: Coronel don Domingo Amunátegui.

Jefe de Estado Mayor: Teniente coronel don Diego Dublé Almeyda.

Un ayudante.

Cuerpos: Regimientos 4° de línea y Artillería de Marina; batallones Chacabuco y Coquimbo; una batería de artillería de campana, un escuadrón de Granaderos a caballo.

IV División.

Jefe: Coronel don Orozimbo Barboza.

Jefe de Estado Mayor: sargento mayor don Baldomero Dublé Almeyda.

Un ayudante.

Cuerpos: Regimientos Buin y Lautaro; una brigada (dos compañías) de zapadores; una batería de artillería; un escuadrón de granaderos a caballo.

Pasan algunos días, el Ministro extraña de que el decreto no aparezca en la *orden del día*, del Cuartel General, solemnidad indispensable para su vigencia.

Se habían realizado los temores del general Escala. El señor Ministro había pedido el ascenso a coroneles efectivos de algunos tenientes coroneles, dejando postergados al comandante del Buin 1° de línea don Luis F. Ortiz y al del 3° don Ricardo Castro, más antiguos que algunos de los agraciados.

Ambos jefes, heridos en su dignidad militar, presentan la renuncia de su puesto, al general en jefe, quien las eleva al Ministerio de Guerra para resolución del Gobierno, apoyando naturalmente la actitud de los renunciantes.

Santa María se indigna por el proceder de estos jefes y envía a Sotomayor un violento telegrama: “Un militar, dice, no puede tomar tal determinación, sino obedecer; en caso contrario, serán sometidos a Consejo de Guerra”.

El soberbio Ministro del Interior no guarda consideración alguna, ni a los servicios prestados, ni a la gerarquía de los comandantes de regimiento; y al censurarlos, extiende la censura al Cuartel General, que dió curso a las renunciaciones, pidiendo su aceptación.

El escándalo toma proporciones inusitadas; los profesionales ven amenazada su carrera y cerradas las puertas para retirarse con decoro, al rincón de su casa.

Lo leal y correcto habría sido enviar a dichos jefes al sur, antes de proceder a los ascensos, pues era duro, que sirvieran a las órdenes de quienes fueron sus inferiores gerárquicos.

Los jefes de línea cifran su porvenir y el de su familia en la noble profesión de las armas, a la que consagran su juventud y actividades.

Dedicando todo el tiempo a su ministerio, legan a los suyos, fuera de la gloria del nombre, únicamente la modesta pensión de montepío. No era lícito arrebatárles tan legítimas expectativas.

El señor Máximo R. Lira desempeñaba felizmente en aquel tiempo la secretaría del Ministerio de la Guerra, caballero de talento, tranquilo y mesurado. Reemplazó en buena hora a don Isidoro Errázuriz; tribuno de fuste y diarista eminente, que arrebatava con la palabra, y su pluma dominaba el variado campo de la polémica, de la lucha, cual correspondía a sus altas dotes

de orador y periodista, el más brillante de Chile y quizás de América.

Muy bien, pero no estaba en su puesto al lado del Ministro, dado su carácter poco dispuesto a la concordia. Además, “La Patria” de Valparaíso, de su propiedad, dejaba mal parado a Escala y a varios jefes superiores.

El señor Sotomayor envía al secretario Lira a conferenciar con el señor Escala. En breves conversaciones se ponen de acuerdo sobre las materias de actualidad; los comandantes Ortiz y Castro retiran sus renunciaciones, en virtud de la declaración ministerial de que conservan la confianza del Presidente de la República y de que oportunamente se haría justicia a sus méritos.

Se promulga en la *orden del día* el decreto de las divisiones; y la vida de campaña sigue su curso natural.

No dura la paz en el Ministerio de la Guerra; esta vez sin conocimiento alguno del general en jefe, y sin que tuviera arte ni parte en la tempestad que caía sobre él.

Tratábase de nombrar jefe de Estado Mayor General, puesto acéfalo desde el regreso al sur del coronel don Luis Arteaga.

El general, el Ministro, y el Gobierno estaban de acuerdo en la necesidad de proveer cuanto antes el cargo. El primero no tenía ingerencia alguna, salvo que se le consultara. El nombramiento era de incumbencia exclusiva del Presidente de la República.

La Ordenanza General del Ejército, entonces en vigencia, disponía a la letra: “El empleo de jefe de Estado Mayor General del Ejército en campaña será desempeñado por el oficial general o, coronel que el Gobierno eligiere”. (Art. 1º, tít. LX).

El artículo 1º del Título LIX del servicio de campaña, establecía:

“Luego que el general en jefe está nombrado, se le presentará el jefe de Estado Mayor, que el Gobierno hubiere elegido”.

El Gobierno había procedido hasta entonces en conformidad a estas prescripciones terminantes, en el nombramiento del general don José Antonio Villagrán y del coronel don Emilio Sotomayor, jefes de Estado Mayor, respectivamente, del general don Justo Arteaga.

El Ministro de la Guerra aceptó a nombre del Gobierno, la renuncia del coronel Sotomayor, después de Dolores, y le reemplazó inmediatamente con el coronel don Luis Arteaga, que entró sobre la marcha en funciones, cerca del general Escala.

Y, ahora, sin que éste lo sospeche, no puede hallar el Gobierno, o más bien Sotomayor, jefe de Estado Mayor, por temor de desagradarlo.

Oh! los políticos!

Oh! la cercanía de la elección presidencial!

Se preveía una batalla de grandes proyecciones; y naturalmente la victoria ajigantaría la figura del general vencedor.

Los candidatos temían la emergencia; Escala vencedor se dibujaba un peligro inminente; de ahí las intrigas para el nombramiento de Jefe de Estado Mayor que pudo hacerse en un minuto.

Sotomayor deseaba un montvarista, un probado hombre del decenio, enteramente adicto. Santa María no quería oír hablar de tales candidatos.

Había que romper el fuego.

Sotomayor propuso a S. E. al general don José Antonio Villagrán; Santa María se sulfuró, tildándole de politiquero ambicioso, capaz de alzarse con el Santo y la limosna, en lo que no andaba descaminado.

El Presidente Pinto, no obstante la oposición del Ministro del Interior, llamó a Villagrán y le ofreció el puesto que éste tuvo el buen juicio de rehusar, lo que demuestra su cordura.

Dando cuenta de sus gestiones, el Ministro, Sotomayor escribía a S. E. “No, hallo otro que Velásquez, bien que el general Escala es también posible que renuncie al cargo”.

¿De dónde le venía este temor?

Esta contrariedad hace salir de sus casillas al Presidente, que le dice por telégrafo: “Estamos haciendo la guerra sin generales. Hay que subordinar los planes de campaña a la capacidad de los jefes”.

Todo no pasaba de juegos malabares. Las víctimas, a cuyas espaldas se desarrollaba esta tramoya de bastidores, eran en Santiago, S. E. el Presidente de la República, y en el norte el general Escala. Ambos ignoraban los cubiliteos de los políticos, que acarrearón como consecuencia la mala voluntad del señor Pinto para con los generales.

Sotomayor era paciente; Santa María brioso. Este pisó el palito y envió un telegrama a su colega, autorizándolo a nombre del Gobierno para nombrar al coronel que le inspirara mayor confianza, le hiciera entrar en funciones y diera cuenta.

Se le acabaron a Sotomayor los repulgos de monja. El, que temía el enojo de Escala si nombraba a Velásquez, nombró de golpe a don Pedro Lagos, que se encontraba en entredicho con el general, desde su desobedecimiento, al quitarle el mando al comandante Zubiría, encargado de la expedición a Camiña, por decreto expreso del Cuartel General.

Todas estas miserias transcendían al ejército, que hizo suyos los candidatos que el general en jefe habría propuesto, en caso de ser consultado, lo que naturalmente no se hizo.

Dichos jefes eran:

Coronel don Luis Arteaga; no obstante su fracaso de Tarapacá, tenía los conocimientos y dotes necesarias para el puesto.

En segundo lugar, el teniente coronel don Arístides Martínez; y en tercero, el teniente coronel don Diego Dublé Almeyda.

Martínez, alférez de ingenieros en 1864, recibió su diploma de ingeniero de la Universidad de Chile en 1866.

Permaneció dos años en Bélgica en la comisión del coronel Sotomayor quien le designó para comprobar y recibir los 12.000 Comblain adquiridos por nuestro Gobierno en 1872.

El Gobierno de Bélgica le concedió dos privilegios de invención: uno por un sistema de correderas y extractor de vainillas para rifles de retrocarga; otro, para el mismo sistema aplicado al revólver de guerra.

Hizo en Bélgica un curso de ocho meses, en las escuelas de Aplicación y de Ingenieros.

El candidato don Diego Dublé Almeyda, había llamado justamente la atención durante la campaña. Se graduó en Bélgica de ingeniero militar.

Talvez el Ministro no tomó en cuenta a estos jefes por su graduación, pues en el Gobierno dominaba el errado concepto de que el Jefe de Estado Mayor debía ser oficial general o a lo menos coronel.

El señor Escala acusado de retrógrado, obedecía a la técnica, en conformidad a la cual el puesto debe llenarse con cualquier jefe que reúna las múltiples cualidades anexas al cargo.

El gobierno, ya que el Ministerio de Guerra en campaña tenía un secretario tranquilo y equilibrado, buscó también un secretario de este temple para el general en jefe. Teniendo a su lado un consejero prudente, honorable y patriota, el general, de por si bondadoso, y sano, podía tomar con mayor acuerdo resoluciones más en armonía con la conciliación que debe reinar en

las esferas superiores del ejército. Se fijó en don José Francisco Vergara, que reunía muy buenas cualidades para el puesto y gozaba de la confianza y aprecio del general Escala.

Vergara estaba en entredicho con don Rafael Sotomayor; pero como hombre de corazón echó a la espalda su justo resentimiento y aceptó el puesto, instado vivamente por don Aníbal Pinto.

El 6 de Febrero de 1880, el comandante Vergara se embarcó en Valparaíso, con dirección a Pisagua, a ocupar la secretaría del general en jefe.

Llegó muy a tiempo. Las relaciones entre el Cuartel General y el Ministerio estaban tirantes; con tino y finura fué separando las piedras del camino y pudo notarse un notable cambio en las relaciones de las dos cabezas dirigentes.

Por fin, post nubila, Phoebus.

Los señores Sotomayor y Escala pudieron dedicar más contracción a sus respectivas tareas; desgraciadamente, el Estado Mayor General no rindió la eficiencia que podía esperarse, dada la experiencia del coronel Lagos en largos años de servicio activo en la frontera.

La misión del Estado Mayor es brillante. He aquí como condensa su labor, el coronel von der Lund, profesor del ramo en nuestra Academia de Guerra:

“Por intermedio del Estado Mayor llega a las tropas el pensamiento del general, a quien transmite a su vez las necesidades de éstas; del Estado Mayor irradian todas las disposiciones; es el foco donde concurren todos los datos para trazar planes, para mover el ejército, sustentarlo y conservarlo en disposición de combatir; y finalmente, es el auxiliar más necesario y eficaz del mando, por ser el vínculo de unión entre el general que manda y las tropas que ejecutan.

En tiempo de guerra, reúne, clasifica y estudia los documentos relativos al teatro de las operaciones; dirige la confección de un número suficiente de mapas y planos; procura y reúne las noticias e informes relativos al ejército enemigo para comunicarlos al general en jefe; vigila que las tropas se hallen siempre en disposición de combatir; conociendo exactamente su estado bajo todos aspectos, expide las órdenes relativas a las marchas, alojamiento, campamento y al combate; transmite las órdenes verbalmente o por escrito, en tiempo útil y a quienes corresponda; redacta los diarios de operaciones y demás documentos relativos a la historia de la campaña; practica los reconocimientos y desempeña misiones especiales”. (El servicio de Estado Mayor, por el Coronel A. Kellermeister von der Lund. Imprenta y Litografía de la 3ª Sección del E. M. G. 1902. Páginas 6 y 7. Santiago de Chile.)

Hermosa es en efecto, la misión del jefe de Estado Mayor General.

Por desgracia el señor Ministro, de la Guerra tomó bajo su dirección al Estado Mayor, y su jefe, en lugar de ponerse al lado del Comando Supremo, para ilustrarlo y proceder en completo acuerdo, pasó a mero consultor señor Ministro.

El coronel Lagos continuó residiendo en Jazpampa, vecino al Ministerio establecido a bordo del “Abtao”, al ancla en Arica; el general en tanto, despachaba en Bearnés, junto a Santa Catalina, y desde ahí comunicaba sus órdenes por escrito.

Por tanto, el régimen interno del ejército, tenía que andar de mal peor.

Y no por falta de disposiciones adecuadas para encarrilar este servicio pues, estaba en vigencia el Reglamento de 1º de Septiembre de 1869, relativo al funcionamiento del Estado Mayor; sino por el desconcierto reinante debido a que ahora mandaban tres cabezas, en lugar de dos.

El Reglamento contenía preceptos sabios y elocuentes para su tiempo.

El Ministro acomete de lleno la reorganización de los servicios anexos, necesarios a la alimentación, movilidad e higiene del ejército.

La Delegación de la Intendencia General necesitaba serias reformas. El mismo Presidente de la República había comunicado que transportes fondeados en Valparaíso en Diciembre conservaban a bordo carga recibida dicho puerto con destino al norte en el mes de Octubre. Pedidos hechos con urgencia, como herraduras, permanecían en las bodegas de las naves; y más grave, en igual caso se encontraban partidas de municiones, en gruesas cantidad.

El Intendente trabajaba día y noche y los altos empleados le secundaban devotamente.

Pero gran parte de los colaboradores medios e inferiores no llenaban cumplidamente su patriótica labor, ya por incompetencia o por desidia. Reclutados en circunstancias apremiantes, la calidad no correspondía al sacrificio exigido al patriotismo. Muchos jóvenes habían ido al norte a darse buena vida, ajenos a la alta concepción del deber.

No es extraño, pues, que se notaran desórdenes en la provisión de víveres en la línea de Pisagua; durante una temporada la tropa pasó miserias y aun hambre; en ciertas circunstancias el rancho, careció de sal, durante tres días, por descuido de los mocitos de Pisagua; otras veces un cuerpo recibía doble ración de arroz, pero sin papas; otro cuerpo recibía doble cantidad de este tubérculo, pero sin arroz.

El general se desesperaba; mas no estaba en su mano el remedio. Los servicios anexos dependían directamente del Ministerio de Guerra en campaña. No obstante él era el responsable, ante el ejército y ante el país.

La tropa trabajaba sin descanso mañana y tarde, y necesitaba buen alimento.

Lo decimos con pena, pero con estricta verdad: Hubo batallones, en que jefes, oficiales y tropa tuvieron para el día, la siguiente ración: café sin azúcar por la mañana; pantruca sin sal, al almuerzo; pantruca sin sal y con una tira de charqui a la comida. Después, una cruz en el estómago y a dormir.

Empezaron a llegar a Pisagua gran número de encomiendas, que no iba al interior por su excesivo peso. Era la contribución de las familias para mitigar las necesidades de sus deudos.

Las encomiendas traían harina tostada, dulces, harina con arropo, tortillas de rescoldo, huevos a la piedra, charqui molido, extracto de café, chocolate, higos, descorazados, pasas, papel, tabaco y cuanta golosina inventa el cariño santo de madre, mujer o hermana.

Sabedor de la acumulación de sacos en Pisagua, el general ordenó que los jefes enviaran un ayudante con la tropa suficiente para la movilización de las valijas rezagadas.

Nos llegó la Virgen amarrada en un trapito, decían los soldados. Aquello fué la gloria.

El Intendente General del Ejército, don Vicente Dávila Larraín, hizo una visita de inspección al norte; puso remedio, a muchas necesidades y dió más expedición a las oficinas, con el aumento y selección del personal.

Mantuvo en su puesto al delegado, coronel don Gregorio Urrutia, jefe que fijaba a la simple vista el peso medio de un piño de bueyes; de una mirada calculaba la calidad de los fréjoles; alzaba un saco de cebada o papas y determinaba la cantidad.

Los contratistas le llamaban *mágica* negra, porque sabia de todo, y bien.

Recibía de ochenta a cien bueyes semanales en Pisagua, palancones, de más de dieciocho quintales, según contrato.

Empleados de la Intendencia pesaban las reses en Pisagua, y no se admitía merma superior al diez por ciento, sobre el peso del puerto de embarque.

Llegaba a tanto el celo del coronel Urrutia, que una vez resolvió destarar las astas de una partida de bueyes gordos entregados por su amigo y correligionario don Ramón Herrera; daba como razón, que era ganado salteño de enormes cuernos, que influían en el peso del lote.

El señor Dávila, pudo constatar en este viaje, que a pesar de haber dado un carácter más definido a la sucursal, ensanchando su acción y facilitados los medios de ejercitarla, adolecía de defectos capitales, sin otro remedio que borrar todo lo existente y reorganizar radicalmente el servicio.

Medida tan grave no podía adoptarse en tales momentos; la aplazó para después de la conquista de Tacna.

Mientras tanto ensanchó la Delegación, constituyendo las siguientes secciones:

Contabilidad, almacenes, proveeduría, embarques y desembarques marítimos, correos y telégrafos.

Los empleados quedaron en comisión hasta terminar su objeto o hasta que funcionarios superiores estimaran finiquitados sus servicios.

Se crearon almacenes de depósito y secciones independientes para divisiones en marcha.

El decreto de 9 de Mayo de 1879 dispuso un plan general de sanidad en virtud del cual se dotó a cada regimiento o batallón del personal y material correspondiente. Cada regimiento tuvo dos cirujanos, dos practicantes y dos enfermeros; cada batallón recibió la mitad de esta

dotación con lo cual era deficiente, tanto para los batallones, como para los regimientos, sobre todo si operaban dislocados en diversos sectores.

Para la campaña de Tarapacá se alistaron cinco ambulancias, la Valparaíso y las Santiago 1, 2, 3 y 4; la primera surtida por el vecindario y alto comercio porteño, las otras por el fisco.

Cada ambulancia tenía tres cirujanos, cuatro practicantes, doce angarilleros, un contralor, con un material de 200 camas, carpas y útiles correspondientes, dos cantinas de cirujía, dos de farmacia y dos de administración.

La ciudad de Valparaíso cedió su ambulancia al Gobierno, que tomó el nombre de ambulancia N° 5, Valparaíso.

Después de esta fusión, el cuerpo sanitario quedó con el siguiente personal:

- 22 cirujanos primeros.
- 53 cirujanos segundos.
- 118 practicantes.
- 12 farmacéuticos.
- 78 mozos de ambulancia.
- 87 de hospital.
- 16 contralores y otros empleados.

El 8 de Diciembre de 1879, el Intendente General del Ejército nombró jefe del servicio ad honorem, al doctor don Ramón Allende Padín, con amplias facultades para la organización de este ramo.

El Gobierno aprobó la designación y Allende Padín marchó al norte y trabajó tesoneramente para poner en estado de movilización las ambulancias 1ª, 3ª y 4ª, Santiago y 5ª Valparaíso. La 2ª quedaba con la reserva en la línea Pisagua, Jazpampa, Dolores.

El doctor Allende Padín estableció la Superintendencia en Pisagua, dedicando su actividad a completar el personal y material a sus órdenes.

Propuso como cirujano 1º de la 1ª Ambulancia al doctor don Ramón Gorroño, que tomó su puesto en las Yaras, después de desempeñar en Pacocha la jefatura del Hospital Volante. Mientras tanto, la 1ª Ambulancia estaba a cargo de los cirujanos 2ºs. señores Víctor Körner Anwandter y Luis Rosendo Lopehandía.

La 5ª Ambulancia tenía excesivo personal; se la dividió en dos secciones y su jefe, doctor Teodosio Martínez Ramos pasó a cirujano en jefe de las ambulancias.

El servicio religioso no recibió modificaciones. Su jefe presbítero Florencio Fontecilla Balmaceda, estableció su oficina en Bearnés; el resto del personal se dispersó en las divisiones.

Un distinguido y entusiasta capellán faltaba a lista, el R. P. fray José María Madariaga, fallecido en su convento de San Francisco de La Serena de una cruel desintería que le atacó en Dolores, a causa de la alimentación. El ejército sintió a este distinguido sacerdote, notable por su caridad evangélica e indómita valentía.

Los servicios de bagajes, ferrocarriles, correos y telégrafos, quedaron a cargo de sus antiguos jefes. Aumentaron el personal por el ensanche de sus labores.

La reorganización de la artillería necesitaba un estudio laborioso. El Ministro que se encontraba en Iquique, llamó a esa plaza al comandante don José Velásquez, jefe del regimiento N° 2 de artillería, para que preparara su cuerpo para la expedición, y la artillería suficiente para la reserva.

Velásquez terminó su misión en pocos días. Alistó seis baterías para el N° 2, una brigada para el servicio de los fuertes construidos en Iquique, Pisagua y Dolores y otra para engrosar el efectivo de la reserva. Total cinco brigadas, con diez baterías y 1268 plazas.

Las 36 piezas Krupp, moderno sistema, iban a Ilo; las otras dos brigadas, tenían Krupp más antiguos y cañones franceses rayados, con los cuales se artilló el fuerte Coquimbo, edificado sobre el cerro de Dolores.

Todo esto, se hizo sin conocimiento, alguno del general en jefe.

El cuerpo de ingenieros militares aumentó su dotación a dos compañías.

El ejército recibía sus últimos toques.

El trabajo había calmado las hostilidades entre los dirigentes; pero la tregua fué de corta duración.

En la segunda quincena de Enero hubo un tiroteo en la quebrada de Turiza, entre un piquete chileno y una montonera enemiga, cosa corriente en ese tiempo.

Lo, supo el Ministro, por el coronel Lagos que había bajado a Pisagua, e inmediatamente pide por telégrafo, informes al general en jefe. Escala contesta igualmente por telégrafo; se extraña de que el jefe de Estado Mayor se hubiera dirigido a Pisagua a poner en conocimiento del Ministro hechos hasta ahora ignorados por el general en jefe; y por *deferencia* hace relación del suceso. La expedición a Turiza, dirigida por Zubería (esta era la causa) no tuvo importancia alguna. El coronel Albarracín que por ahí andaba con 250 hombres, huyó a la aproximación de nuestra caballería. No, hubo baja alguna de una ni otra parte.

Este tiroteo tuvo lugar el 21. El 26 el capitán Villagrán se comprometió con el enemigo, el cual tuvo, un teniente muerto y otro prisionero. El 27 ocurrió otro acalorado encuentro entre montoneros y el capitán Donoso, que tomó tres prisioneros. Estas dos últimas funciones de armas no llamaron la atención del señor Ministro, no obstante su mayor importancia.

El Ministro expidió un decreto en la primera semana de Febrero, por el que daba de alta, en el Estado Mayor General, a propuesta del coronel don Pedro Lagos, al capitán de guardias nacionales ingeniero don Augusto Orrego Cortés.

Llegado el decreto al Cuartel General, éste lo retiene y con fecha 8 de Febrero pasa una nota bastante fuerte al Ministerio, por haberse dado curso a una propuesta no tramitada por conducto regular.

El general tenía toda la razón.

El día 12 el Ministro devolvió la nota al Cuartel General por estar concebida en términos inconvenientes, incompatibles con las consideraciones que se deben a las autoridades superiores.

Todavía surgieron nuevas diferencias, con el consiguiente cambio de notas.

El Gobierno y Sotomayor confeccionaron el plan de la expedición a Moquegua; resolvieron enviar el ejército en dos escalones; el primero con 7.500 hombres y el segundo con el resto y las impedimentas.

El Ministro comunicó esta decisión al general en jefe, pidiéndole su opinión sobre el efectivo del primer escalón. Escala lo estima débil, y juzga más conveniente llevar 10.000 plazas para obrar sobre seguro, y lo hace presente al señor Ministro, para *salvar su responsabilidad*; pero declara “su decidida voluntad de obrar resueltamente en el tiempo y con solo los elementos que el Supremo Gobierno conceptuase conducentes”.

El Ministro se sulfura por la frase *salvar la responsabilidad*, y pide al general que diga si acepta o no la responsabilidad, llevando menos de 10.000 hombres. El Ministro quería quedar a salvo en caso de un contratiempo, echando el tonto al general. Este se allana a marchar con un primer escalón de 7.500 combatientes, en la confianza de que se le permitirá quedar a la defensiva, en caso necesario, mientras se le reuna el resto de la gente.

Esta declaración era dolorosa para el general, por cuanto la ofensiva constituía su ideal, ideal que le costó muchas amarguras, pues el Gobierno y el Ministerio de Guerra en campaña creían más eficaz la defensiva, tanto en mar como en tierra.

Termina el incidente; pero el Ministro, se queja al Presidente de que el general “salve su responsabilidad” echándola sobre el Gobierno.

El Excmo. señor Pinto y el Ministerio ante la acusación del señor Sotomayor, resuelven relevar del mando al general Escala y se echan a buscar reemplazante.

Sotomayor propone al general don José Antonio Villagrán, comandante de la reserva en Tarapacá. Amigo personal y correligionario, Villagrán sirvió al Decenio en las revoluciones de 1851 y en 1859; hizo la campaña de Coquimbo contra don Pedro León Gallo, decidida en favor del Gobierno en Cerro Grande.

Santa María recibe con un bufido la proposición y la rechaza de plano. Consideraba a Villagrán un político temible.

Descartada la persona de Villagrán, surge el nombre del general don Basilio Urrutia; llamado por el Presidente, acepta el puesto, no obstante su edad y sus achaques.

Santa María encuentra a esta candidatura el mismo pecado original montino y la desahucia de golpe; igual suerte corre el coronel don Cornelio Saavedra, comandante en jefe del ejército de la frontera, cuyo nombre figuraba entre bastidores.

Los dos candidatos presidenciales no pudieron ponerse de acuerdo acerca del general en jefe, que prestigiado por la victoria, podía volver con apetitos a la banda. Prefirieron quedarse con el diablo conocido, alejado de tentaciones políticas.

Por esta causa Escala continuó al frente del ejército.

El Ministro deja de acusarlo, se muestra más benévolo y aun escribe a Pinto que encuentra al general “más tranquilo y menos exigente en cuanto al número de tropas que debe llevar al principio”. (Carta de Sotomayor al Presidente Pinto, de 17 de Febrero de 1880).

Pacocha queda designado como lugar de desembarco.

Los capitanes Viel y Montt, de la “Chacabuco” y “O'Higgins”, reconocen con proligidad la costa y condensan sus informaciones en un memorándum.

He aquí las caletas por las cuales podía invadirse la provincia de Moquegua.

Cocotea: está labrada en la sierra litoral con altos barrancos a los extremos y una quebrada al centro. La caleta se estrecha hasta hacerse casi necesaria la codera; pero hay bastante agua y abrigo para las embarcaciones menores. No es abundante de recursos aunque tiene agua potable. Al arribar para operaciones se puede fondear primero fuera, al norte del islote Jesús, en 8 y 12 brazas y enmendarse luego a la sirga hasta ir adelante del pueblo y a tierra del islote, a fondo de cinco brazas.

Caleta Pacay: Un ligero seno que hay a tres y media millas al SE de Cocotea, se llama caleta Pacay, en ella hay 16 a 29 brazas, fondo de piedra, a cuatro cables de la playa, en la cual azota mucho el mar, especialmente en invierno. Hay una ranchería insignificante, habitada por pescadores, carece de recursos. Un poco más al sur en la aldea de Amoquinto pasa la línea divisoria de las provincias de Islay y Moquegua. En Amoquinto se divisan hermosos olivares.

Caleta Yerbabuena: Seis millas al sur de Amoquinto se halla la caleta de este nombre; como una cinta verde en la aridez de la pampa, se divisa la quebrada. Pertenecía a la provincia de Moquegua. Hay muy pocos recursos. Los alrededores son áridos y desiertos.

Caleta Chuza: Entre Yerbabuena y esta caleta se escalonan los caseríos de Platanar, Pocoma, Miraflores, Alastaya, pobres de recursos. Se encuentran sondas de nueve y diez brazas a tres cables de tierra y buen varadero hacia el fondo del saco. Se le reconoce por un olivar que se ve perfectamente del mar. Existen varias vertientes de buena agua.

Ilo: La caleta Chuza está abrigada por la punta Sopladera; seis millas al S. E. se abre la llanura alta, haciendo sitio a la quebrada de Ilo, desplegándose una grieta cuyas paredes resultan cortadas a pique. Al fondo corre un río de cuyo caudal poca agua llega al mar, pues queda distribuida en los canales que riegan el valle; en los meses de Febrero a Mayo, en que hay abundancia de agua, alcanza parte de ella a llegar al mar. Delante de la quebrada salen algunas piedras hasta media milla de la quebrada.

El puerto se encuentra entre la quebrada y una puntita que lo resguarda por el sur. La inundación que siguió al fuerte temblor del 13 de Agosto de 1868 lamió el pueblo y el puerto quedó abandonado, reemplazándolo en el servicio del comercio de Moquegua, Pacocha. El fondeadero se encuentra a más de dos cables en 8 ó 10 brazas, fondo ríscoso en que suelen quedar presas las anclas. Se experimenta fuerte mar de través. El puerto está cerrado al tráfico; quedan unas pocas casitas.

Puerto de Pacocha: Ha substituido a Ilo en las funciones de puerto mayor de segunda clase y también en el nombre, pues Ilo o Pacocha significa lo mismo, quedando en la misma bahía, a catorce cables de Ilo viejo.

Pacocha ofrece buen fondeadero, de piedra en trece brazas, cerca del muelle. Hay casas bastante buenas sobre la pampa alta y llana que va hasta el barranco.

En los viajes de sur a norte se recomienda no atracar la costa a menos de una milla antes de colocar al Este los peñascos Tres Hermanos, alineados casi de este a oeste, y que resultan como una milla al suroeste de la punta sur de Pacocha; proyectados bajo el extremo de la meseta plana de la villa. En tal situación se avista el muelle, de 46,30 metros, de pilotes de

fierro y cubierta de madera, arrancando de un maciso de cal y piedra. Al extremo de ese muelle se enciende una luz todas las noches aun en las que alumbra la luna.

El comercio vive de la exportación de los productos del valle; los principales son algodón, animales en pie, cueros, frutas, pescas, minerales de cobre, id. de estaño, vinos, licores, aceitunas y aceite de olivo de muy buena calidad. Punta Coles cierra el puerto por el sur.

Caleta de Ite: Se abre delante de la salida del río Locumba, a una milla larga al S. E. con una puntita de rocas que lo abriga. El río resulta de la unión de los afluentes Timbo y Salado y contiene lugaritos cultivados como Sitana, Berial, Tres Piedras, Camiara, Sopladera, Algadillo, Montes, Burros, Zapata, y cerca de la desembocadura, Ite. El valle no desarrolla cerros altos; es una hendidura en el tablazo. Llega con poca agua al mar y solo es abundante en verano. Forman la puntita unas rocas que avanzan al mar dejando un paso abrigado de las rompientes continuas en este lado de la costa, con punta Sama al S. E. y al N. E. 5° N., un camino que se proyecta sobre barrancos negros. Acercándose a tierra, se divisan unos galpones que abrigan a la guarnición que defiende la caleta, con trincheras, fosos y minas. Desde el norte de las rocas hasta el Locumba hay un surgidero para buques sobre fondo de arena, en 9 a 10 brazas; pero cerca del río el fondo escasea. Con buen tiempo se puede ir hasta fondo de seis brazas. En días de braveza (otoño e invierno) la costa es inabordable. Esta caleta abierta al sur carece de abrigo en mar de leva.

Con estos antecedentes, el Ministro hace un reconocimiento personal a la costa norte; el 15 de Febrero, se encuentra de vuelta en Pisagua, convencido de que Pacocha ofrecía toda garantía para el desembarco del ejército.

En consecuencia, pasa una nota al general en jefe para que ordene a los jefes divisionarios alistarse, concentrarse y marchar a Pisagua a embarcarse al primer aviso telegráfico.

Algunos escritores, especialmente los diaristas, criticaron la elección del puerto de Pacocha; preferían Ite o Sama, a cuyas caletas encontraban bondades desde la silla de redacción. Pero los marinos, y los exploradores especiales, y el mismo Ministro las desahuciaron sin réplica.

Si Ite, con mar agitado, se hace inabordable, la caleta de Sama presenta mayores dificultades aun. Es un fondeadero ocasional a cuatro millas al S. E. de Ite. Ocupa un seno algo entrante, abrigado y limpio, con 9 a 12 brazas a cuatro o cinco cables. Hacia barlovento, hay un rodal de piedras resguardando un placer en apariencia quieto, pero en el que revienta la mar cuando se altera. El tráfico se hace en balsas, varando para desembarcar. Carece de recursos. Hay uno que otro rancho. Los vientos flojos y corrientes suelen desviar a los veleros, que deben fondear, para evitarlos, al llegar a la línea de sonda, aunque sea en 18 o en 20 brazas.

Mucha tinta gastaron los periodistas en abogar en defensa de Ite y Sama, cuyas dificultades de desembarque ignoraban; pero les halagaba la cercanía a Tacna, evitando, a la tropa la pesada marcha del desierto.

Esta cercanía era también favorable a los aliados, que podían caer sobre la primera tropa desembarcada, una vez que una braveza la dejara sin víveres y sin agua, y sin protección posible.

CAPÍTULO IV.

Preparativos bélicos y diligencias financieras.

El general Prado se marchó al extranjero, el 18 de Diciembre de 1879, después de entregar el mando supremo al Vicepresidente, general don Luis La Puerta, en conformidad a los artículos 90 y 93 de la Constitución vigente.

Iniciado el movimiento subversivo por el coronel Arguedas, el día 20 del mismo mes en favor de don Nicolás de Piérola, tomó tal cuerpo la revolución, que el 22 don Nicolás era dueño de los cuarteles y fortalezas del Callao, y el 23 penetraba al palacio de Lima, aclamado por el pueblo y las tropas que se le habían unido.

El almirante don Antonio A. de la Haza, en unión del mayor de órdenes del departamento capitán de navío don Amaro G. Tizón y del de fragata don Antonio G. de la Guerra, se trasladó al transporte “Rimac”, en cuyo barco se encuentran todos los comandantes, deliberando acerca de la situación. Por unanimidad se acuerda abstenerse con respecto al nuevo Gobierno y permanecer fieles a la autoridad constituida.

El general don J. J. de Osma, comandante en jefe de las fuerzas de tierra, comunica a la secretaría de Piérola, que reunidos en el Estado Mayor General los jefes de división, de brigadas y de cuerpos del ejército, han acordado por unanimidad no hacer armas contra el pueblo que proclama la exaltación del señor Piérola a la primera magistratura, reservándose para combatir al enemigo común que pisa el territorio patrio.

Conocida esta resolución del ejército, la marina se pliega entonces al movimiento.

Los prefectos y comandantes de armas de Lima y Callao, señores Manuel Bengolea y Pedro J. Saavedra, dan a reconocer por bando al nuevo jefe del Estado; se restablece la calma, el comercio abre sus puertas y el pueblo, vuelve a sus labores ordinarias.

Piérola dicta el siguiente decreto: Artículo único,: Bajo la denominación de jefe Supremo de la República, acepto el carácter y facultades de que se me ha investido.

Dado en la casa de Gobierno de Lima, a 23 de Diciembre de 1879. Nicolás de Piérola.- Larrabure y Unanue, oficial mayor de Relaciones Exteriores.

Y con la suma de facultades del Gobierno de hecho, inicia la reorganización de los servicios públicos, llevando como único lema reunir las fuerzas vivas de la nación, para arrojar al enemigo del suelo natal.

A esta patriótica tarea consagra todas sus energías, con indomable fiereza. La patria ante todo: los intereses particulares y los individuos mismos deben ceder ante las exigencias de la defensa nacional.

Por decreto de 24 de Diciembre crea siete Secretarías de Estado en esta forma:

Relaciones Exteriores y Culto.

Guerra.

Marina.

Gobierno y Policía.

Justicia e Instrucción.

Hacienda.

Fomento, que comprende las ramas de Obras Públicas, Industria, Comercio y Beneficencia.

Las carteras se proveen en el mismo día con los ciudadanos señores: Doctor Pedro José Calderón, Relaciones Exteriores y Culto.

Coronel don Miguel Iglesias, Guerra.

Capitán de Navío don Manuel Villar, Marina.

Doctor don Federico Panizo, Justicia.

Don Nemecio Orbegoso, Gobierno.

Doctor don Manuel A. Barinaga, Hacienda.

Don Manuel Mariano Echegaray, Fomento.

El doctor Calderón toma accidentalmente la cartera de Gobierno, por ausencia del titular señor Orbegoso.

Formado el Ministerio se organiza el Estado Mayor General del Ejército con las secciones que se expresan:

Servicio, Artillería, Infantería, Caballería, Contabilidad, Administración, Justicia, Ingenieros.

El Estado Mayor General queda a cargo de un jefe y un Subjefe, y depende en Lima de la Secretaría de Guerra; y directamente del Presidente de la República, cuando éste toma el mando inmediato de las fuerzas.

La Secretaría General de Guerra se constituye con cuatro secciones:

Servicio General.

“ del Personal.

“ del Material.

“ de Contabilidad.

Las secciones funcionan bajo las órdenes directas del subsecretario.

Como corolario se crea la Defensa Militar del País, para resguardar la integridad del territorio y la soberanía de la nación.

He aquí los puntos culminantes del nuevo organismo:

Las fuerzas de la nación comprenden cuatro ejércitos activos, distribuidos, dos en el sur, denominados I y II, otro en el centro y, otro en el norte.

Los ejércitos se componen de fuerzas activas y reservistas, en las cuales deben enrolarse todos los nacionales de 18 a 50 años de edad.

Forman el ejército activo los ciudadanos de 18 a 39 años; y la reserva, los comprendidos entre los 31 y 50 años.

Esta reserva se divide en movilizable y sedentaria.

Constituyen la movilizable los ciudadanos que excedan del contingente activo, y todas las personas que no se encuentren comprendidas en las siguientes excepciones:

Los empleados en general de la administración pública.

Los profesores con títulos de los distintos grados de instrucción que se hallen en ejercicio.

Los alumnos de los colegios y universidades.

Los ciudadanos que contribuyan con cincuenta soles o más, mensualmente, para la guerra.

Los propietarios y empleados de imprentas y tipógrafos.

Los abogados y médicos en el ejercicio de su profesión, comprobada por la patente respectiva.

Los empleados en casas de sanidad, y ambulancias.

El hijo único de madre viuda.

El hermano único del ciudadano que hubiese fallecido en los combates de la presente guerra.

El ciudadano cuya constitución física lo haga inaparente para el servicio de las armas.

Forman la reserva sedentaria los ciudadanos comprendidos en las excepciones anteriores, y los excedentes de los movilizables.

Una vez establecidos los servicios militares, el Dictador echa las bases de la organización política y administrativa, dictando un Estatuto Provisorio, en reemplazo de la constitución en vigencia.

Dicho Estatuto consagra la unidad de la familia y la integridad del territorio; garantiza la instrucción pública, la independencia del poder judicial, la seguridad personal, la libertad y la propiedad.

Garantiza también bajo, la lealtad del Gobierno, la igualdad ante la ley, la libertad de imprenta, la de industria, de asociación y el derecho de pedir justicia.

Se juzgarán militarmente y se castigarán con la pena capital, la traición a la patria, la cobardía e insubordinación militar, la desertión en campaña, el peculado, la prevaricación, el cohecho, la defraudación de bienes públicos, el homicidio premeditado y alevoso, y el bandolerismo.

Créase igualmente un Consejo de Estado Consultivo, para los casos en que se requiera su dictamen, compuesto del Arzobispo de Lima, del Presidente del Congreso de Juristas, del Presidente de la Corte de Justicia, del Presidente del Tribunal de Cuentas, del Prior del Consulado, del Rector de la Universidad y de seis consejeros más, nombrados por el jefe Supremo, entre los cuales debe figurar un general del ejército.

Instalado en el poder, el Dictador anuncia su advenimiento a la primera magistratura a los jefes de Estado, con que el Perú cultiva relaciones de amistad; y por carta autógrafa especial comunica su exaltación a la Santidad de León XIII.

La nota termina así:

“Al comunicar a Su Santidad mi advenimiento al poder supremo de esta República, tan cara al paternal corazón de Su Santidad, experimento la más íntima complacencia al ratificar solemnemente los sentimientos de fé inquebrantable y de amor filial con que beso las augustas manos de S. S., pidiéndole su apostólica bendición”.

Con tan rendido homenaje, Piérola se busca el apoyo del partido conservador y del clero, tan poderoso en el Perú, por su influencia social y la riqueza de sus instituciones.

Muchos jefes y oficiales pierolistas vejetan fuera de las filas, perseguidos por el partido civilista; Piérola abre ancha brecha en las filas para ascender a los amigos y partidarios. Declara nulos los despachos de ascensos que con posterioridad a la declaratoria de guerra confirió el Gobierno de Prado, a todos los jefes y oficiales que no hicieron la campaña del sur. E inmediatamente hace cancelar sus despachos.

Exceptuáronse de esta medida los jefes y oficiales distinguidos por su valor y comportamiento durante la guerra, en conformidad a los partes oficiales respectivos.

S. E. reúne el Consejo de Estado para darle cuenta de la situación desastrosa en que los políticos han dejado al país, sin escuadra, con un ejército deshecho, sin tesoro, ni crédito y rodeado de toda clase de problemas interiores y exteriores; pero, agrega, el Perú reconstituirá sus elementos de combate por uno de esos esfuerzos omnipotentes que levantan a los pueblos a las alturas del poder y de la gloria.

El Presidente del Consejo, Ilmo. y Rvdmo. Arzobispo, contestando a S. E., ofrece completa adhesión al Gobierno y la más absoluta cooperación en sus labores administrativas y militares.

Iguales adhesiones llegan al Gobierno de las autoridades, corporaciones, sociedades y vecinos conspicuos de los principales centros del país; pero faltaba saber como recibiría la noticia el ejército del sur, comandado por el contralmirante don Lizardo Montero, adversario político del Dictador.

Este aborda la situación de frente y telegrafía al almirante en estos términos:

Lima, 23 de Diciembre de 1879.

Señor Contralmirante don Lizardo Montero - Arica.

Por el voto espontáneo de los pueblos de Lima y Callao y con la adhesión completa del ejército, he sido proclamado jefe Supremo de la República. Me congratulo en comunicarlo a V.S., y le estrecha la mano su afectísimo, *Piérola*.

El comandante en jefe del ejército del sur contesta:

Arica, Diciembre 24 de 1870. - (A la 1.30 A. M.).

Este departamento y el ejército seguirán llenando su deber y aceptan el hecho a que se refiere V. E. - *Montero*.

Apoyado por la opinión pública, *Piérola* emprende el saneamiento de las finanzas, la regularización de la deuda externa, y lo más importante, la adquisición de fondos para continuar la guerra hasta alcanzar la victoria.

Esto último era difícil por el descrédito del país en el extranjero, la animosidad de los tenedores de bonos a los cuales no se les pagaban los intereses, ni menos la amortización del capital; y por fin, los consignatarios del guano y del salitre, lejos de aflojar los cordones de la bolsa, se mostraban más exigentes en el reembolso de sus créditos y exhibían balances en que el Perú resultaba deudor por sumas enormes.

El Gobierno mantenía en Europa una comisión financiera, encargada de controlar los contratos de venta de guano, y consignación de salitre, y del pago de los cupones de los bonos de la deuda externa, que crecía asombrosamente, dada la discutida moralidad de los contralores.

Cada vez que el Gobierno estaba en apuros de dinero, los agentes de la venta de bonos hacían avances, merced a la prórroga de las concesiones, al monopolio de las ventas, al aumento de la prima de comisión y a otras franquicias usurarias, que iban estrujando la riqueza nacional a favor de los ajiotistas europeos.

El Gobierno del general Prado reemplazó a los antiguos agentes señores Althaus y Aranibar, con los señores Rozas y Goyeneche, que iban suficientemente autorizados para procurar arreglos de cualquiera especie, con tal de levantar fondos para subvenir a la adquisición de elementos bélicos y entonar la caja fiscal de Lima, bastante desfallecida.

Varias entidades se interesaban por entrar en negociación con los nuevos agentes financieros, especialmente Dreyfus y Cía., la Peruvian Guano Company, los grupos de bondholders ingleses encabezados por sir Charles Russel y M. James Croyle; y el block de tenedores de bonos franceses, belgas y holandeses, que obedecían a su presidente Mr. Augusto Guillaume, con residencia en París.

Todos querían ganar el quien vive, y ofrecían avances, en cambio de la consignación y venta del guano, especialmente cuando se tuvo noticias de la ascensión de *Piérola* al poder, que hizo, subir varios puntos a los bonos peruanos en las bolsas de París y Londres.

Mr. Guillaume, tras el cual estaban los tenedores del continente, consiguió el apoyo de fuertes banqueros para formar una entidad llamada *Crédit Industriel et Commercial*, que por angas o mangas firmó un contrato con los señores Rozas y Goyeneche.

El contrato cede a los tenedores de bonos la explotación del guano y del salitre, “arrebatando así - dicen los agentes financieros - a los chilenos, toda esperanza de despojar al Perú de las riquezas que tanto han envidiado y codiciado”.

El nuevo contrato deja al Perú en aptitud de arreglar separadamente las cuestiones pendientes con Dreyfus; en cuanto a la *Peruvian*, los comisionados declaran nulo el contrato de *Jure et de facto* por haber ella violado las condiciones estipuladas sin el consentimiento del Gobierno peruano.

La negociación muy a gusto de Mr. Guillaume y sus representados, descontenta a Dreyfus, a la *Peruvian*, a los grupos de tenedores de Russel y Croyle. Además el *Crédit* entregaba promesas pero no dinero, hasta que el negocio recibiera la aprobación del Gobierno del Rimac.

El Dictador cortó por lo sano y terminaron las intrigas en París y Londres para obtener la consignación y venta de abonos del Perú.

El 7 de Enero, de 1880, los señores Federico Ford, en representación de Dreyfus, Frères y Cía., y el Ministro de Hacienda don Manuel A. Barinaga, en representación del Gobierno, firmaron en Lima dos contratos, aprobados en el mismo día por el señor Piérola.

1er. Contrato: El Gobierno del Perú reconoce a Dreyfus, Frères et Cía. un saldo a su favor de £ 4.008.000.7.7 con lo que se finiquitan todos los negocios anteriores. El pago se efectuará en guano, que exportará Dreyfus y Cía. en los puntos que elija y abonará a la cuenta £ 5, por cada tonelada de 1000 Kg.

Para evitar competencia en los mercados, Dreyfus venderá únicamente en Francia (menos sus colonias) y Bélgica.

2º Contrato: El Gobierno del Perú cede a Dreyfus el monopolio de las ventas del guano. Dreyfus se obliga a pagar toda la existencia que tenga la *Peruvian* en tierra o a flote, a £ 11.15 la tonelada.

De este saldo se pagará la *Peruvian* con una parte del guano vendido, correspondiendo el resto al Perú.

Dreyfus adelanta un millón sobre este monto, y ofrece otro millón por mensualidades una vez que se pague la *Peruvian*. Esta sociedad puso el grito en el cielo, porque se le quitaba la consignación, sin perjuicio de aceptar el reconocimiento de la deuda por cuatro millones y pico de libras.

Los tenedores de bonos se creyeron preteridos y amenazaron con ponerse de acuerdo con Chile para explotar el guano.

Al efecto, los comités de sir Charles Russel y James Croyle se unen y de acuerdo con la *Peruvian* resuelven entrar en tratos con el Gobierno de Chile, para la exportación y venta del guano, ofreciendo a este país, una regalía (roalty) de 39 chelines por tonelada.

Caballeros peruanos de alto copete, fuertes accionistas de la *Peruvian*, como los señores Candamo, Canevaro, Heven y otros, transpasan sus acciones a buenos amigos, para que no se diga que tratan con el enemigo en desmedro de los intereses nacionales. Este grupo de acreedores envía a Chile a Mr. Procter, para interesar a nuestro Gobierno en el negocio.

Piérola para deshacerse de la nube de empleados que viven rumbosamente en Londres y París a la sombra de los abonos, nombra Ministro Plenipotenciario en Gran Bretaña y Francia a don Toribio Sanz, a quien también confía el importante cargo de Agente Financiero, en cuanto se refiere al guano, salitre y créditos. Le autoriza igualmente para recoger los fondos en caja de los agentes o enviados especiales y encargarse únicamente de su inversión.

Los bondholders, ven alejarse el tiempo de la percepción de los intereses y amortización de los bonos; pero reciben una garantía que calma sus inquietudes.

Piérola consolida la deuda externa, y adjudica a los acreedores los ferrocarriles del Estado.

Los tenedores deben formar compañías para terminarlos y explotarlos, gozando de un privilegio de veinticinco años y la liberación de los derechos de importación para los materiales que demande la terminación de las líneas.

Se constituiría en Londres una junta, presidida por el Ministro del Perú compuesta del representante de la casa que sirvió la última agencia financiera, de un ciudadano nombrado por el Gobierno y de otros dos nombrados por los tenedores de bonos.

Los ferrocarriles transpasados fueron: De Mollendo al Cuzco; de Ilo a Moquegua; de Pisco a Ica; de Lima a Chancay y Huacho; del Callao a la Oroya; de Salaverry a Trujillo; de Chimbote a Huaraz; de Pacasmayo a Cajamarca; y de Paita a Piura.

El costo de estas líneas asciende:

1.- F. C. de Mollendo y tres secciones:	
a) a Arequipa.....	12.000.000
b) de Arequipa a Puno.....	25.120.997
c) de Juliaca al Cuzco.....	23.954.144
2.- De Ilo a Moquegua.....	5.020.000
3.- De Pisco a Ica.....	1.900.000
4.- De Callao a Oroya.....	21.666.860
5.- De Salaverry a Trujillo.....	3.234.756
6.- De Chimbote a Huaraz.....	8.702.104
7.- De Pacasmayo a Cajamarca.....	5.850.000
8.- De Paita a Piura.....	1.945.600
Total.....	109.404.461

Por poco valor que se atribuya a estas obras, siempre quedan con representación financiera bastante gruesa. Además, algunas se encuentran en plena explotación con utilidad positiva y otras arrendadas por precio alzado, lo que implica una entrada fija.

La deuda externa del Perú, para cuyo pago se entregan estas líneas, asciende al presente:

Monto de la deuda.....	219.992.531.05
Valor de los ferrocarriles.....	109.404.461.
Valor en obras de irrigación	1.632.790.02 111.037.251.02
Saldo en contra.....	108.955.280.03

Este saldo, es nominal, pues los bonos peruanos no valen ni el 20 % en el mercado, y por mucho que estén despreciados los ferrocarriles, no valdrán jamás menos del 50 % del valor del costo, cuyo valor tiene que ir en aumento con el transcurso del tiempo.

Los bondholders aceptaron la transacción, urgidos por otra razón más poderosa, que el Perú no tenía con que pagar, y por lo tanto, si no se allanaban a esta forma de pago, quedarían sin recibir un centavo.

Este arreglo tuvo para Chile una ventaja inapreciable, pues por la novación, quedaban extinguidas las hipotecas de los tenedores de bonos sobre el guano.

Por último, para no descontentar a Mr. Guillaume y al Crédit Industriel, reconoce al Contrato Rozas-Goyeneche el carácter de propuesta, en estudio en el Ministerio de Hacienda.

Recibido el señor Sanz en su carácter diplomático por los Gobiernos francés y británico, procede a reunir los fondos dispersos en diversas oficinas de funcionarios peruanos. Las sumas más importantes fueron, además del millón de Dreyfus, Frères y Cía.:

Canevaro.....	£ 100.000.
Phlucker.....	£ 120.000.
Goyeneche.....	£ 150.000.

Esta última suma es el producto de las erogaciones recojidas en el Perú para la compra de un nuevo "Huáscar", que no bastaban al objeto.

Luis German Astete, en E. U.	£ 100. 000.
Total:.....	£ 470.000.

Con el millón de Dreyfus forman la respetable suma de un millón cuatrocientos setenta mil libras esterlinas.

Armado de dinero, el Dictador recibe por Panamá armas, municiones y demás elementos bélicos para poner al país en buen pie de defensa.

En medio de tantos agiotistas, gestores, agentes financieros, se eleva una sola voz desinteresada para dar a Piérola un consejo, sano y patriótico de alto interés para el porvenir. Nos referimos al señor Ulises Dalboy, caballero peruano residente en Londres, que se dirige al Dictador, pidiéndole la celebración de una tregua con Chile, bajo las siguientes condiciones: El Perú concede al Gobierno de Chile la explotación y administración del salitre y guano; Chile paga la deuda del Perú y la indemnización de guerra que se ajuste.

Chile paga al Perú 2 libras oro y tres en bonos de la deuda, por cada tonelada de guano o salitre que exporte.

Chile se hace responsable de la deuda peruana hasta su completa amortización.

Piérola no acepta tan sabia solución, que habría cambiado totalmente el resultado final de la contienda. (Véase Apéndice.)

Los dos grupos de bondholders perjudicados en sus intereses por la negociación Dreyfus, se unen y resuelven entrar en arreglos con el Gobierno de Chile, para la consignación y venta del guano, Croyle y Russel nombran de común acuerdo a Mr. John Procter, apoderado general para arribar a algún acuerdo con el Gobierno chileno, en resguardo de sus intereses.

Llegado Mr. Procter a Santiago, encuentra buena voluntad en la Moneda, para permitir a los tenedores de bonos la exportación del guano, previo abono de una regalía de treinta chelines por tonelada.

Ultimadas las negociaciones, el general en jefe don Erasmo Escala, dicta el decreto-ley de 22 de Febrero de 1880, que fija las siguientes bases para la exportación:

Los tenedores de bonos designarán un comité o una casa de responsabilidad que corra con las diligencias y gastos de la negociación, el que se efectuará bajo la inspección de funcionarios chilenos.

Los buques se despacharán a Valparaíso, de donde zarparán a su destino previo abono de 30 chelines por tonelada a bordo, en letras sobre Londres a favor del Gobierno de Chile.

Los consignatarios harán la liquidación de los cargamentos, deducidos los gastos, comisiones, regalía, etc. etc., repartirán el saldo entre los tenedores extranjeros de bonos del Perú que hubieran constituido hipoteca a su favor sobre los depósitos de guano.

En cuanto al salitre, el jefe político y militar de Tarapacá don Patricio Lynch publica por bando un decreto, que permite el embarque de este abono, a los dueños de oficinas que paguen un derecho alzado de exportación.

El señor Lynch pone en posesión de las salitreras del Estado Peruano, de la Compañía Salitrera Peruana y de algunas oficinas abandonadas de súbditos de la misma nacionalidad, al Delegado Fiscal de Chile, don Mariano Sánchez Fontecilla. El mismo funcionario da también posesión de sus pertenencias, a los agentes de los señores Edwards y Cía., que habían sido desposeídos de ellas por las autoridades peruanas.

Como había buena existencia en Iquique de salitre fiscal elaborado, el Gobierno ordena la enajenación al mejor postor, de cinco lotes de 20.000 quintales de 46 kgs. el quintal.

He aquí las bases:

El remate se efectúa en Valparaíso, ante la junta de Almoneda, sobre el minimum fijado por ésta. El precio se paga en la Tesorería Fiscal de Valparaíso, tan pronto como el Inspector de Salitreras de Tarapacá avisa la entrega del salitre en Iquique.

Se rebaja como tara el 1 % del peso bruto del salitre rematado, cuya ley debe ser de 95 %. El Gobierno hace una rebaja gradual por cada unidad inferior, que resulte en los ensayos.

Los comerciantes en el ramo se apresuran a tomar parte en la licitación, por gruesas partidas, urgidos por la carencia de abonos para sus clientes, de modo que el Gobierno pudo disponer de buenas sumas para llenar los compromisos originados por la guerra.

Piérola se alarma y lanza un decreto el 6, de Diciembre, por el cual prohíbe, bajo pena de fuertes multas, la elaboración de salitre en las oficinas de Tarapacá, sean peruanas o extranjeras.

El Ministro de S.M.B. Mr. Spencer St. John observa el referido decreto prohibitivo.

“Es imposible, dice, ejecutar una disposición que ordena permanecer ociosos por el tiempo de la guerra, a los propietarios neutrales de oficinas salitreras, pues ellos tienen hoy tan perfecto derecho para continuar poseyendo legalmente y manufacturar y exportar cualquier producto, como tenían antes de la guerra”.

Haciéndolo así, no incurrirán en ninguna multa, ni quedarán sujetos a otra pena alguna para el tiempo en que vuelva la provincia a estar bajo la autoridad de esta República, pues habrían obrado en uso de su estricto y legal derecho”.

El Gobierno de Piérola expide otro decreto draconiano, que transmite a todos sus agentes diplomáticos en el extranjero. Ordena el embargo y confiscación de los cargamentos de salitre que lleguen a Estados Unidos o Europa, con conocimientos otorgados por el Gobierno de Chile, y les ordena que presenten las reclamaciones del caso a la llegada de cada nave.

Al día siguiente, el Ministro de Francia en Lima, Excmo. señor E. de Vorges, protesta formalmente, y pide que el Gobierno dé órdenes para que tales disposiciones no sean aplicadas a buques franceses. Dichos decretos son contrarios a los principios enunciados en el Congreso de París, supuesto que Francia y el Perú dieron su adhesión de un modo especial, con el tratado de 9 de Marzo de 1861, a la sazón vigente.

Además de la protesta, el plenipotenciario francés agrega esta advertencia: “Me permito recordar a V. E. que aquí el cuerpo diplomático ha contribuido con su actitud a hacer respetar este principio, por Chile, en momentos en el cual se podía creer que el Perú reportaría ventajas”.

El Ministro peruano en Estados Unidos don José Carlos Tracy y el Wlegado Fiscal don Ignacio García consultaron algunos abogados de nota respecto a la cuestión legal; los consultores declararon que el caso era difícil y complicado, y había mayor número de probabilidades de que los representantes del Perú, fueran condenados al pago de fuertes indemnizaciones por solicitar embargo. Además, debían depositar una caución fuerte, para responder a las resultas del juicio. La casa Grace Brothers y Cía., ofreció los fondos para los depósitos y demás gastos.

Llega a Nueva York el buque “Nelly Brett”, con 6.013 quintales métricos de salitre, elaborados en la oficina San José del señor Otto Hermann. Por consejo del abogado consultor de la Legación Mr. Condert, ésta se abstiene de solicitar el embargo.

Grace Brothers y Cía. del Callao, comunican a la casa matriz de Nueva York, la salida de Iquique de la barca “Rimac”, con 20.196 quintales de salitre, por cuenta de Memenway y Cía., con dirección a Hampton Road.

Tampoco se pide embargo, pues Mr. Condert declara que el cargamento es propiedad privada, y no incide acción.

Los agentes peruanos tampoco pudieron hacer nada en Europa; Chile quedó dueño del mercado de los abonos, lo que alivió en gran parte sus finanzas.

Veamos, ahora, lo que ocurre en Bolivia.

Apenas el coronel Camacho recibe el nombramiento de comandante en jefe discernido por las tropas acantonadas en Tacna, a raíz de la deposición del general Daza, comunica la nueva situación al almirante Montero, que esperaba ansioso el resultado del movimiento, del cual tenía conocimiento anticipado, prestándole su apoyo moral. Camacho, se pone a sus órdenes para cumplir su deber en defensa de la Alianza.

Igual comunicación hace a S. E. el Dictador del Perú, afirmando su adhesión y la del ejército boliviano a la Alianza, y su firme propósito de continuar la lucha hasta vencer al enemigo.

El pronunciamiento no acarreó cambio alguno en la constitución interna del ejército, que continuó normalmente sus ejercicios y distribuciones diarias de campaña.

Los tres generales que se encontraban en las filas, señores Casto Arquedas, Luciano Alcoveza y Pedro Villamil, firman un manifiesto que fue leído a las tropas, en el cual reconocen al coronel Camacho como general en jefe. Este les confía respectivamente honrosas comisiones en su patria, que se apresuran a desempeñar.

La noticia de la proclamación del doctor don Nicolás de Piérola y la adhesión de los ejércitos peruanos de Lima y Arica, producen en la Paz, explosiones de entusiasmo, no solo, en los círculos políticos y sociales sino en el elemento militar.

A las 8 P. M. del día 27-11-80, se reúnen en consejo, el coronel don Julián López, los jefes de la Guardia Nacional, y de las fuerzas de línea de guarnición en la plaza, para acordar la manera más expedita de destituir al general Daza, y nombrar un gobierno que diera garantías al país. Acuerdan convocar a un comicio popular, para el día siguiente 28, en el local denominado Loreto.

Esta asamblea destituye a don Hilarión Daza del puesto de Presidente de la República y del comando en jefe del ejército.

Se procede a designarle sucesor, y recae el nombramiento en el jefe de la 5ª División, general don Narciso Campero. La Asamblea ratifica y sostiene la Alianza Perú-boliviana, para continuar la campaña contra Chile y protesta seguir la suerte común hasta vencer o sucumbir en la actual contienda.

Se designa una junta de Gobierno para regir interinamente los destinos del país, la que queda compuesta de los señores coronel Uladislao Silva, doctor Rudecindo Carvajal, coronel Donato Vásquez y secretario don Severo Matos.

La junta comunica el cambio de Gobierno al Ministro peruano acreditado en la Paz, don José Luis Quiñonez, quien se apresura a reconocerlo por expresa autorización de la Cancillería de Lima.

Los jefes del movimiento, en Tacna y la Paz, obraron separadamente.

El coronel Camacho y su secretario don Belisario Salinas, dan cuenta a la Junta de los acontecimientos de Tacna, y solicitan el pronto reemplazo por funcionarios de su elección.

La junta confirma en su puesto al coronel, hasta que el general Campero, ingrese al ejército de Tacna, como jefe del ejército boliviano en campaña; el general había aceptado este puesto con fecha 4 de Enero, y ejercía las funciones del cargo; pero no las de presidente de la República, por considerar que esta magistratura debía ser proveída por una Constituyente convocada al efecto.

En tanto, ¿qué era de Daza?

Sus émulos afectaban no temerle, pero constituía para ellos una constante pesadilla.

Asilado al principio en un buque neutral al ancla en Arica, en los primeros momentos, desembarcó después para hacer viaje por tierra, pues temía que por la vía marítima, los chilenos le jugaran una mala pasada.

Montero dió toda clase de facilidades al peligroso personaje, para dirigirse a Puno, vía Locumba, Sama y Moquegua, para tomar en aquella ciudad el ferrocarril de Arequipa.

Había razón para temer una reacción de sus fanáticos partidarios. El 14 de Enero estalló en la Paz un motín de cuartel en su favor, encabezado por los señores Fabián Luna y Tomas Rivas, que penetraron al cuartel de Húsares comandados por el coronel López.

La tropa se dividió. Algunos vivaban a Daza, otros a la junta o a Campero.

Luna se trenzó a balazos con López, quedando ambos heridos; también lo fué Rivas.

La caída de los jefes conspiradores ahogó el motín, que no tuvo repercusión alguna en el resto de la República.

De ahí nacían las angustias de Camacho, que deseaba ver al capitán general fuera del país, y de América cuanto, antes.

Daza, por su parte no las tenía todas consigo; llevaba los más tristes presentimientos, pues, sus amigos le comunicaron que habían salido piquetes de Tacna a prenderlo y fusilarlo.

Pero Montero, le aseguraba por telégrafo, que no tuviera temor alguno, que velaba por él, y que le respondía con su propio pescuezo.

Arica, 7 de Enero - General Daza - Locumba.

Cuando garantizo algo respondo con mi pescuezo. Su vida será la mía. No tenga cuidado.- Montero.

Arica, 15 de Enero - Coronel Camacho - Tacna.

El general Daza se marchó a Europa. Se embarcó en Quilca. Vía Lima Montero.

En efecto llega a Quilca, de ahí se marcha disfrazado en un vapor de la P. S. N. C. que lo conduce a Panamá.

No quiso bajar en el Callao, ni pasar a Lima en donde gobernaba un Dictador, que le había expulsado de los departamentos del sur del Perú negándole el derecho de asilo. (Apéndice).

Los nuevos jefes del Perú y Bolivia se comunican su respectiva ascensión al poder, por cartas autógrafas henchidas de protestas de amistad y de devoción a la Alianza, la cual toma más vigor que nunca, uniendo en una sola aspiración la voluntad de Piérola y Campero de continuar la guerra hasta obtener la victoria.

Bolivia, siempre ladina en sus tratos, algo pezca en el general contento. Su ministro en Lima don Zoilo Flores, solicita y obtiene un anticipo de 400,000 soles del gobierno peruano, a cuenta de su participación en las entradas de la aduana de Mollendo.

Esta suma llegó a tiempo, para cancelar los sueldos atrasados de la guarnición boliviana en Tacna.

Los bolivianistas de la Moneda quedan con un palmo de narices, ante las protestas de unión de Campero y Piérola para combatir unidos hasta vencer al enemigo común.

Apéndice al Capítulo IV.

I

CARTA AUTOGRAFA DEL GENERAL CAMPERO, AL EXCMO. SEÑOR JEFE, SUPREMO DE LA REPUBLICA DEL PERU.

Narciso Campero, Presidente provisorio de la República de Bolivia. Grande y buen amigo:

La voluntad unánime de los pueblos de Bolivia acaba de investirme de la magistratura suprema de esta República, cargo que ejerceré teniendo en mira la necesidad de implantar las instituciones democráticas y de conseguir el triunfo de las armas de la República en la guerra con Chile.

Al participar a V. E. mi advenimiento a la Presidencia de la República tengo la inmensa satisfacción de expresarle los sentimientos de leal y sincera amistad que prometo a la ilustrada República del Perú, y a V. E. en particular, así como a la conservación de la alianza Perú-boliviana, por cuya perpetua unión hago votos sinceros y fervientes.

Firmada en la casa de Gobierno de la ciudad de La Paz, a los 27 días del mes de Febrero del año del señor de 1880.

Narciso Campero. - El secretario general del Estado, *F. Valdivieso*.

Al Excmo. señor jefe Supremo de la República del Perú.

II

Se ordena el retiro de Daza de los departamentos del sur.

Secretaría de Relaciones Exteriores y Culto:

Lima, Enero 30 de 1880.- Señor Ministro;

El gobierno ha dictado las órdenes convenientes para impedir que el general Daza permanezca en el departamento de Puno, ni en ninguno de los del sur de esta República, y para prevenirle que se traslade a esta capital o a cualquiera otra población de las del norte.

Creo innecesario, al terminar esta contestación a su oficio número 13 que se encarga de este punto, prevenir a V. S. que al dar conocimiento de este oficio al gobierno de Bolivia, lo haga solamente de un modo confidencial; pues no se puede ocultar a V. S. que es inconveniente que V. E. dirija comunicaciones por escrito sobre esto. Dios guarde a V. S. - Pedro J. Calderón.-

Al señor doctor don José Luis Quiñones, Ministro Plenipotenciario, del Perú en Bolivia.

III

Carta a Piérola. (Muy confidencial).

Londres, Febrero 1° de 1880.- Señor Don Nicolás de Piérola. Lima.-

Mí estimado amigo:

En mi carta de ayer no quise decirle una palabra sobre los arreglos financieros concluidos últimamente entre el Crédit Industriel y los comisionados fiscales Goyeneche y Rozas.

Como es natural, ese contrato hecho en representación de los tenedores de bonos, y más en provecho del Crédit Industriel, (si se examina con detención) ha sido simpáticamente acogido por la prensa del continente, no así por Croyle y Russell, que defienden los intereses de la Peruvian, del orgullo británico, y que han convocado un meeting para mañana con el objeto de cruzarlo y de inclinar a los portadores a tratar con Chile. Se afirma además, que habiendo firmado Ud., con Dreyfus un arreglo desventajoso para nuestros acreedores, lo mejor sería llevar adelante la idea de éstos.

Dada esta situación, y ampliando mis ideas expresadas sobre una paz que asegure la riqueza e integridad de nuestro territorio ocupado, ya por el enemigo, se me ocurre lo siguiente:

1° Conseguir un estado de tregua entre los beligerantes mientras se discuten y aprueban las bases de una paz honrosa y duradera, por la cual Chile se obligará a evacuar el departamento de Tarapacá, a cesar toda hostilidad y a concluir un pacto ofensivo y defensivo en lo que se refiera a otro tratado.

2° El Perú concederá al gobierno de Chile la explotación y administración del salitre y guano como una medida que identificará los intereses de ambos estados, y asegurará el servicio de la deuda externa del Perú, y de la que pueda reconocerse a Chile por indemnización de guerra, conservando el Perú la soberanía del territorio.

3° Los agentes del gobierno de Chile pagarán al Perú la cantidad de dos libras oro y tres libras esterlinas en bonos de su deuda por tonelada de guano que exporten, análoga combinación se dará sobre el salitre.

4° Chile será responsable del servicio de nuestra deuda externa hasta su completa amortización.

Creo que si arribáramos a este resultado quedaría asegurada la paz, honra y riqueza de nuestra patria, desapareciendo a la vez todo motivo de posterior conflicto entre ambas naciones, y el peligro de caer en manos de especuladores, que tanto han abusado de nuestra confianza.

Dejo a Ud., el análisis de estos pensamientos, que lo someto con toda reserva, y como el medio más expedito de que cuanto antes abra Ud. el período de reorganización que exige el crédito de la República, al que nadie podrá dedicarse mientras estemos en guerra.

Sin más que agregar, queda de Ud., siempre su adicto amigo, seguro servidor.

Ulises Dalboy.

CAPÍTULO V.

Expedición sobre Pacocha.

La calma reinó entre Pisagua y Bearnés, o sea entre el Ministerio y el Cuartel General, durante la primera quincena de Febrero. La llegada de don José Francisco Vergara en carácter de secretario del general en jefe, contribuyó en mucha parte a la tranquilidad de los ánimos.

Había ahora dos mediadores dedicados exclusivamente a suavizar cualquiera aspereza en las relaciones de las dos más altas cabezas del ejército: don Máximo R. Lira, que gozaba de merecido aprecio de parte del señor Sotomayor, por su razonamiento reposado y la tranquilidad de animo para juzgar las situaciones más complicadas; y el señor Vergara, amigo personal de Escala, que admiraba en él su carácter franco y abierto y un ardor incontenible para abordar el peligro.

Llegada la nota ministerial con la decisión del Gobierno de operar sobre Moquegua, el general en jefe ordena una minuciosa revista de armamento, vestuario, y equipo; de ganado en las tropas montadas; de municiones y repuestos en el parque; y de especies, en la Intendencia General y Ambulancias.

Una vez que los jefes divisionarios y de unidades independientes pasaron los respectivos partes, el Estado Mayor General resumió en el siguiente cuadro las faltas que debían remediarse cuanto antes:

Ganado.- 500 mulas para el bagaje, 500 caballos para repuesto, 600 bueyes gordos para ración fresca.

Viveres.- 300.000 raciones secas de charqui, galletas y harina tostada, Surtido necesario para 14.000 hombres durante un mes, de fréjoles, harina, grasa, sal y condimentos.

Rancho.- 24 cocinas portátiles de arrastre animal.

Vestuario.- 2.000 capotes, 3.800 pantalones de paño, 3.800 pantalones de brín, 2.200 blusas de paño, 5.400 blusas de brin, 8.000 camisas, 5.000 calzoncillos, 1.300 pantalones de artillería, 125 polacas de caballería, 5.700 quepíes de brin, 14.000 pares de medias botas.

Equipo.- 5.000 caramayolas.

Bagaje.- 210 cargas de odres y estanques de madera desarmados para almacenar agua en el desierto.

Útiles de embarco y desembarco.- 8 lanchas planas, con remos, cadenas y anclas.

El Ministro de la Guerra remitió a Valparaíso, a la Intendencia General del Ejército y Armada en campaña, la lista de pedidos; y el Gobierno, y el Intendente General don Vicente Dávila Larraín y las autoridades y el pueblo todo se pusieron en campaña para el pronto envío de los suministros.

Y todo se remitió y a tiempo. No había dinero; pero había patriotismo, palabra mágica, como la fé, que salva las montañas.

Las escuelas, los conventos de monjas, las casas particulares de todas categorías se transformaron en vastos talleres, con sus cortadores para remitir trabajos a domicilio, distribuido entre las familias de la población.

En los salones más encopetados las señoras tejían, las niñas cosían y las penecas sacaban hilas. Los caballeros distraían a la concurrencia, comentando los hechos gloriosos de la campaña y explicando los planes futuros del Gobierno, que nos darían la victoria final. La disertación se hacía a veces tan interesante, que las agujas quedaban en suspenso; la dueña de casa volvía a la realidad a las cabecitas entusiasmadas. Se puede oír sin parar la costura; decía; acuérdense que esta ropa está destinada a cubrir los rigores del sol, y a combatir el frío de la noche, de los que nos defienden con su vida.

Las agujas tocaban a la carga. No había entonces máquinas de coser.

Los jóvenes visitantes pasaban las de San Clemente.

Ud., amigo, decía la dueña de casa a algún atortolado pretendiente, que no marchó al norte, venga a hacer paquetes; cuente por prenda y distribúyalas por docenas; vamos, facture y embale por gruesas.

Algunos jóvenes trataron, de escabullir el bulto; pero para peor. Las señoras hicieron rodeos de recalitrantes, y enviaban comisiones de reclutamiento con los nombres y apellidos de los desertores.

Resultó lo de siempre. Hubo que capitular. Las damas mandan; los hombres obedecen.

Antes de ejecutar la concentración de las Divisiones, el general dispuso que el Cuerpo de Ingenieros Militares, edificara un fuerte sobre el cerro de San Francisco, para que la reserva defendiera con mayor eficacia las aguadas del sector, en caso de un ataque durante la ausencia de las fuerzas expedicionarias, por tropas de Montero.

El fuerte debía encadenarse por una línea de atrincheramientos con un reducto, situado, en la misma aguada de Dolores, en donde se encontraba la estación, el correo, el telégrafo y las bodegas para víveres, forraje y carbón.

El cuerpo de ingenieros echó mano para éstas tareas, de los batallones mineros Atacama y Coquimbo, cuyos efectivos volvieron a empuñar el combo, el barreno y la cuchara para atacar la roca a dinamita.

Los atacamas cavaron los atrincheramientos entre San Francisco y el Pozo de Dolores; los coquimbos construyeron el fuerte, que recibió el nombre de *Coquimbo*, en honor de los *artistas*, como llamaban los demás soldados a los trabajadores mineros.

El general belga Brialmont estaba de moda en aquel tiempo en materia de fortificaciones; las bases fundamentales del maestro sirvieron para el trazado de la obra.

Ocupada por nuestras armas la provincia de Tarapacá, el enemigo no podía atacarla sino por el norte; se enfrentó el fuerte en esta dirección, con líneas de refuerzos por las alas.

Confeccionados los planos, se confía la ejecución al entonces teniente, más tarde coronel de Ingenieros, don Enrique Munizaga.

Se empezó por una excavación de 3 metros de ancho, 3,50 de longitud y 0,40 de profundidad. El desmonte calichoso arrojado adelante constituía una espaldera de 1,80 de ancho en la base, 0,70 en la cima, con relieve de 0,40. Se horadaron pozos abrigos, paralelos al espaldón, para resguardo de la tropa no empeñada en el combate. Con esto quedó formado el parapeto de 2 mts. de alto, 4 de espesor, con un sensible declive al exterior.

Se rompió el caliche a dinamita para cavar dos fosos, a vanguardia y retaguardia; aquel de 4 metros de ancho y 1,90 de profundidad; este de 3 metros de ancho, uno de profundidad del lado del parapeto, y uno y medio del lado del frente, para el escurrimiento de las aguas acumuladas por la camanchaca. A uno y otro lado de este pozo, se tallaron patillas mineras para subir y bajar.

Concluida la plataforma se labró al interior un talud bien pendiente, y se limpió un camino de 2,40 metros, para descender por un pequeño talud a las gradas del pozo.

Con respecto al interior, un talud de 4/5 baja desde el parapeto; y de la base se desprende una escarpa de 2/1 hacia el foso exterior; pasado éste, sube la contraescarpa 3/1, bien pendiente para que el enemigo asaltante tenga que lanzarse al foso.

Como obras complementarias se construyeron a vanguardia algunos blockbous, para tiradores escogidos, con durmientes de ferrocarril, cubiertos con una capa de caliche de un metro de espesor.

Terminadas las obras del cerro de San Francisco el general ordenó construir fuertes a berbetas para las baterías de artillería, de cuatro piezas cada una.

Los ingenieros dan a dicho fuerte las mismas disposiciones que a las líneas de atrincheramientos; eso si con el parapeto bien horizontal para disparar en todas direcciones.

Los trabajos terminaron a fines de Febrero.

La artillería de Velásquez hizo un ejercicio experimental, y marcó las diferentes distancias con mojones de caliche.

Tan pronto como se anunció oficialmente la partida del ejército, la tropa de los cuerpos que tuvieron muertos en la batalla del 19, solicitan el consentimiento de los jefes, para dejar en honrosa sepultura a sus compañeros caídos.

El Atacama abre una sepultura en la misma ladera en que se ejecutó la carga a la bayoneta; y sobre ella eleva un túmulo de piedra, con esta leyenda del capitán Torreblanca, que a su vez debía rendir la vida en Tacna:

Cayeron entre el humo del combate,
Víctimas del deber y del honor;
¡Denodados y heroicos compañeros!
Valientes de Atacama: ¡Adiós! ¡Adiós!

La Artillería y el Coquimbo cavan para guardar a sus muertos, un frontón a retaguardia del fuerte y depositan ahí los restos hasta entonces diseminados en distintos puntos. Dos barreteros esculpen en la dura roca una hermosa cruz y al pié de ella, esta despedida:

“¡Compañeros del Coquimbo y de la Artillería N° 2; Dormid en paz. La patria vela por la tranquilidad de vuestra tumba, en esta tierra, conquistada con vuestra vida, que será siempre chilena!”.

Varias otras importantes medidas, propuestas por el general y aprobadas por el Gobierno, se ponen inmediatamente en planta. Entre ellas, la elevación de los batallones independientes, no escuadrados en regimientos, de cuatro a seis compañías; el reemplazo de los tenientes ayudantes mayores, por capitanes ayudantes, con los más antiguos en el grado, para reemplazar en su oportunidad a los jefes; la creación de la Comandancia General de Artillería y de una batería de parque, adscrita al regimiento N° 2 de esta arma.

El general recorre los campamentos y dispone la concentración de las Divisiones, en Jazpampa la 1ª, en San Antonio la 2ª, en Dolores la 3ª y en Santa Catalina la 4ª.

Las Divisiones deben correrse simultáneamente, tan pronto se dé la voz de marcha. A esta orden debe emprender el movimiento de avance el general don José Antonio Villagrán, comandante de la Reserva, desde la ciudad de Iquique.

La Reserva hará las jornadas por tierra, desde Iquique a Pozo Almonte; de este punto, a través del desierto a Dibujo, en donde empezará la dislocación de los efectivos para cubrir la línea desde esta oficina hasta Pisagua.

En Antofagasta quedan como 2ª Reserva a cargo del coronel don Marco Aurelio Arriagada, los batallones *Aconcagua N° 1* y el *Melipilla*, con el *Escuadrón de Carabineros de Maipú* y una brigada del *Regimiento N° 1*.

El general bajó a Pisagua y enarboló el guión de mando en este puerto para atender mejor el embarco de las divisiones. El señor Ministro deja a su vez el *Abtao*, y se traslada al interior a revistar las guarniciones.

El embarque de las impedimentas empieza el 18, y dura tres días; el 21 siguen a bordo el ganado, la artillería y demás material del arma, con el parque general.

Las piezas y material pesado, fueron remitidas en la balsa fabricada por Stuvén, aprovechando la bonanza del tiempo.

Las divisiones se mueven el 22 al alba, menos la 4ª que queda en Santa Catalina, para marchar de 2º escalón; Amengual baja a Jazpampa; Muñoz se traslada a este punto desde San Antonio; solo Amunátegui permanece inmóvil, por descuido del telegrafista que no transcribió la circular.

Villagrán rompe a su vez la marcha, en dirección a la Pampa, dejando en Iquique los batallones *Colchagua* y *2º Aconcagua*. Lleva consigo los *Cazadores del Desierto*, el *Valdivia*, el *Caupolicán*, el *Chillán* y el 2º escuadrón de *Granaderos a caballo* que hizo la marcha por tierra desde Quillagua a La Noria.

Total general unos 3.250 hombres, para la custodia de la provincia de Tarapacá, por si el enemigo tuviera tentaciones de expedicionar sobre ella.

El Coronel jefe de Estado Mayor General, don Pedro Lagos, el coronel don Gregorio Urrutia, delegado de la Intendencia General, los comandantes de Ferrocarriles don Víctor Pretot Freire y don Federico Stuvén dirigieron el embarco, desde tierra; comisiones especiales ejecutaron la misma labor a bordo.

Lista la gente, circula una proclama del general en jefe, que dice:

“Soldados:

Vamos a emprender la segunda jornada de la campaña en que nos hemos empeñado para mantener ileso el decoro de nuestra honra y el respeto de nuestro derecho. Las heroicas hazañas que habéis realizado en la primera etapa han dejado marcado vuestro paso por la luminosa huella de vuestras victorias; y a esto, se debe que nuestro glorioso pabellón flamee hoy

triunfante en las mismas posiciones que ocuparon los enemigos, quedando, así sometida a nuestro dominio absoluto y tranquila posesión la más rica provincia de su territorio.

¡Soldados que habéis venido a ofrecer a vuestra amada patria el sacrificio de vuestro bienestar, de vuestro porvenir y de vuestra vida!

Que todos y que cada uno se muestren a la altura del santo deber que han contraído, y de la importancia de la obra que vamos a realizar, seguros de que al frente de vosotros encontraréis a vuestro General en jefe,

Erasmus Escala”.

El 22 se efectúa el embarco de la 1ª división, y el de la 2ª y 3ª los días 23 y 24. En la tarde queda a bordo todo el 1er. escalón, con el Ministro de Guerra, Cuartel General, Estados Mayores, Divisiones, Ambulancias y el enorme material de guerra a cargo de la Intendencia, el Parque y el Bagaje.

El señor Sotomayor y personal del Ministerio; el general en jefe y Cuartel General; el jefe de Estado Mayor general y ayudantes; los jefes de servicios especiales marchan en el *Amazonas*, que ofrece suficiente comodidad para la numerosa comitiva.

El primer Escalón se embarca en el siguiente

ORDEN DE BATALLA.

Ministerio de Guerra y Marina.

Ministro en campaña don Rafael Sotomayor.

Primer secretario, don Máximo R. Lira.

Segundo id. don Antonio Vergara.

Ayudante, don Daniel Caldera.

CUARTEL GENERAL.

General en jefe don Erasmo Escala.

Comandante General de Caballería, general don Manuel Baquedano.

Comandante General de Artillería, coronel don José Velásquez.

Auditor de Guerra, don Aldo Guerrero.

AYUDANTES DE CAMPO.

Coronel don Samuel Valdivieso.

Tenientes coroneles, señores José Francisco Vergara, Roberto Souper y Justiniano de Zubiduría.

Sargento Mayor, don Juan F. Larraín Gandarillas.

Capitanes, señores Ramón Dardignac, Alejandro Frederik y Guillermo Lira Errázuriz.

Teniente don Juan Pardo Correa.

Alférez don Rolando Zilleruelo.

ESTADO MAYOR GENERAL.

Jefe, coronel don Pedro Lagos.

Ayudante General, teniente coronel don Waldo Díaz.

PRIMEROS AYUDANTES.

Sargento Mayor don Bolívar Valdés.

Capitanes, señores Francisco Villagrán, Marcial Pinto Agüero, Juan Félix Uscullu, Juan Nepomuceno Rojas, Enrique Salcedo Orrego. Tenientes, señores J. Alberto Gándara y Santiago Herrera Gandarillas.

Alféreces, señores José Antonio Fontecilla y Ricardo Walker.

SERVICIO SANITARIO.

Superintendente Doctor don Ramón Allende Padín.
Secretarios, señores Marcial Gatica y Eugenio Peña Vicuña.
Ambulancias: Valparaíso y Santiago N° 1, 3 y 4.

SERVICIO RELIGIOSO.

Capellán Mayor, presbítero don Florencio Fontecilla.
Capellanes, presbíteros, Ruperto Marchant Pereira, Francisco Valdés Carrera y Eduardo Fabres.
R. P. fray Juan Pacheco.

INTENDEENCIA DEL EJÉRCITO.

Delegado, coronel don Gregorio Urrutia.

BAGAJE.

Comandante, teniente coronel don Francisco Bascuñan Álvarez.

FERROCARRILES.

Jefe, teniente coronel don Víctor Pretot Freire.

AYUDANTES.

Teniente coronel, don Federico Stuen.
Capitanes don Marcos Latham y don H. Quelart.

CORREOS:

Capitán don J. H. Romero.

TELEGRAFOS.

Don M. Figueroa.

DIVISIONES.

1ª División.

Comandante, coronel don Santiago Amengual.
Jefe de Estado Mayor, teniente coronel, don Aldolfo Silva Vergara.
Un ayudante.

Cuerpos:

Regimiento 3º de línea.....	1.200 plazas
“ Esmeralda.....	1.200 “
Batallón Navales.....	500 “

“ Valparaíso.....	350 “
1 Batería Artillería N° 2.....	150 “
1 Escuadrón Cazadores a caballo.....	200 “
	3.600 Plazas

II DIVISION.

Comandante, coronel don Mauricio Muñoz.
 Jefe de Estado Mayor, teniente coronel don Arístides Martínez.
 Un ayudante.

Cuerpos:

Regimiento 2° de línea.....	1.200 plazas
“ Santiago.....	1.200 “
Batallón Atacama.....	800 “
“ Bulnes.....	500 “
1 Batería de Artillería del N° 2.....	150 “
1 Escuadrón del Reg. Cazadores a caballo...	200 “
	4.050 Plazas

III. DIVISION.

Comandante, coronel don José Domingo Amunátegui.
 Jefe de Estado Mayor, teniente coronel don Diego Dublé Almeyda,
 Un ayudante:

Cuerpos:

Regimiento, 4° de línea.....	1.200 plazas
Artillería de Marina.....	750 “
Batallón Chacabuco.....	600 “
Coquimbo.....	500 “
1 batería de Artillería del Reg. N° 2.....	150 “
1 Escuadrón Granaderos a caballo.....	250 “
	3.450 plazas

Las compañías independientes de Ingenieros Militares y pontoneros, recibían órdenes directas del Estado Mayor General.

El almirante Riveros impartió órdenes precisas y claras a los comandantes de las naves del convoy, por conducto de su mayor de órdenes don Luis E. Castillo, con respecto a sus funciones durante la navegación de Pisagua a Pacocha.

Ellas se condensan en doce puntos:

1.- Una vez que cada buque de guerra o transporte esté listo para zarpar, es decir, que tenga a bordo la tropa y pertrecho que debe conducir, izará en el palo, trinquete la bandera de salida, la que mantendrá izada hasta el momento de la partida.

2.- Un cañonazo del buque insignia será señal para que todos se preparen a zarpar, debiendo los remolcadores tomar a sus remolcados tan pronto como puedan moverse, sin esperar órdenes.

3.- Un segundo cañonazo del “Blanco” será la señal de zarpar y tomar su colocación, poniendo proa al N. O. conforme al croquis que se acompaña, guiándose por el “Amazonas”. Zarparán primero los buques que no remolcan, a fin de aclarar el fondeadero.

4.- Una vez fuera del puerto, se mantendrán todos los buques sobre sus máquinas con el menor andar posible, hasta que el “Blanco” que será el último en zarpar, tome su colocación, y dé la señal de partida, que será un tercer cañonazo.

5.- El andar del convoy se regulará por el de los remolcadores, los cuales andarán a toda fuerza. La alineación de cada fila se hará por el buque del medio, es decir, la primera por el “Amazonas”, y por el “Limarí” y “Lamar” en la segunda.

6.- La distancia entre los buques del convoy será de tres cables en las líneas y entre línea. Se recomienda a los comandantes y capitanes la más estricta vigilancia para conservar su colocación y evitar así colisiones u otros entorpecimientos en la marcha. Si ocurriese algún incidente el “Toltén” prestará auxilio.

7.- *Luces* - El “Blanco” y el “Amazonas” llevarán una luz por la popa; apagarán toda luz que pudiera verse desde afuera de los demás buques.

8.- En caso, de que algún buque se atrasase o perdiese del convoy, se dirigirá con toda puntualidad al *Rendez-vous*, cuyo plano se acompaña, el que se abrirá en alta mar.

9.- *Rumbo* - Los buques se guiarán por el del buque jefe.

10.- Si hubiere necesidad de parar o disminuir el andar del convoy, los buques de atrás disminuirán primero, y en seguida los de adelante. Si se mandase aumentar el andar, los buques de adelante aumentarán primero.

11.- *Señales* - Las generales se harán por el Código Internacional.

12.- *Llegada* - A la llegada del *Rendez-vous* los buques tomarán el fondeadero según el plano cerrado, en el orden siguiente: 1º el “Blanco”, 2º “Amazonas”, 3º “Abtao” y “Loa”, 4º “Copiapó” e “Itata”, 5º “Angamos” y “Toltén”, 6º los buques que remolcan, dejando en su puesto a los remolcados.

Croquis del convoy de marcha en conformidad al N° 3.

“Toro” “Blanco” “Lanchas Torpedos” “Magallanes”

Primera fila.

“Itata” “Copiapó” “Amazonas” “Loa”

Segunda fila.

“Matías” “Limarí” “Lamar” “Santa Lucía”
“G. Murci” “E. Álvarez” “Humberto I” “Lancha plana”

Retaguardia.

“Angamos” “Toltén” “ Abtao”
Balsa.

La expedición se hallaba lista a bordo, a las 11 A. M. del 24 de Febrero de 1879; a las 11.45 entra el “Huáscar” a la bahía y su aparición produce delirante explosión de júbilo, manifestado por atronador vocerío.

El Monitor, reformado en el dique de Valparaíso, con la bandera chilena al tope, viene a resguardar el puerto, en tanto la escuadra expediciona sobre Pacocha.

A medio día en punto, el “Blanco” dispara un cañonazo e iza la señal “listo para zarpar”. Todos los barcos ponen “inteligencia”. El “Blanco” dispara un segundo cañonazo a las 12:30 P. M, y las naves empiezan a moverse, lentamente.

No se oyen las tempestades de vivas y hurras con que fueron despedidas las tropas que salieron de Antofagasta para Pisagua; gritos locos de entusiasmo y patriotismo que llegaban a los buques como rugidos de leones, que enardecían el alma de los jóvenes voluntarios que marchaban a batirse por la Patria. Los niños embarcados en el convoy devolvían con creces a las antofagastinas sus demostraciones de júbilo, pues quedaban ahí muchas amistades, muchos recuerdos y muchos ensueños por realizarse.

Pisagua carecía de estos encantos y atractivos sentimentales; pero enorgullecía la contemplación de sus enhiestas serranías, conquistadas a punta de bala y bayoneta.

Además, la vida del desierto, había sido cruda por las penosas marchas, por el sol que quema las espaldas, por la sed que oprime la garganta, por el polvo del caliche que se introduce hasta el estómago, por el frío de la noche, que empala los miembros, descontando las hambres del principio, originadas por la mala distribución de víveres, debida a la incompetencia o

flojera de los jovencitos de la Intendencia. Y después, el ejercicio de mañana y tarde para endurecer el alma y el cuerpo, y alcanzar con buen entrenamiento la finalidad soñada: la batalla.

Sí; la batalla, aspiración de todos chicos y grandes; término de las fatigas, de las privaciones y de la inquietud constante del mañana. Los que caen, a la fosa común; los sobrevivientes, comentan las emociones con los parientes, los amigos, los ciudadanos todos, recibirán los boletines de la victoria.

“Qué dirán por allá” es la frase corriente al formar para la lista, después del triunfo, con cara plácida y sonriente.

La partida de Pisagua, que quedaba semi desierta no fué bulliciosa, pero sí alegre.

Al darse los costados los transportes en movimiento para tomar colocación, surgían los tres hurras de ordenanza, contestados por el cuerpo festejado, con tres otros, bien sonoros y el viva Chile, con cogollo. Ah!

no hay ni se concibe un viva Chile sin cogollo, en los momentos solemnes; ya se cargue a la bayoneta, se escale la trinchera o se plante la bandera sobre la posición enemiga. Que bien suena el cogollo, que lleva en sus seis letras el alma nacional.

Entre hurras y los acordes de la canción de Yungay, coreada por los expedicionarios, las naves toman su colocación en las afueras del puerto, y, se alistan para la marcha.

Se nos olvidaba decir que la Canción Nacional no podía tocarse sinó por orden del General en jefe. Durante esta segunda campaña la oyeron las tropas únicamente tres veces, firmes y con las armas presentadas; después de los Ángeles, después de la batalla de Tacna, y al despuntar el sol, iluminando la estrella solitaria que se batía sobre el Morro de Arica, el 8 de junio de 1879.

A las 4 P. M. suena el tercer cañonazo del “Blanco”; un grito atronador, el consabido viva Chile, saluda la marcha de las naves que se dirigen al oeste, siguiendo las aguas de la capitana. A las 6 P. M., el almirante cambia el rumbo al N. O., con andar de seis a siete y media millas, a las alturas de Camarones.

Las escuadra cruza el paralelo de Arica sin divisar el puerto, ni aun a las naves bloqueadoras. La lancha “Janequeo” se desprende del convoy y se dirige a la bahía en busca de los vaporcitos enemigos de ronda para aplicarles un torpedo.

La noche pasa tranquila. Al amanecer, todos los buques conservan su andar y su distancia, menos el “Toltén” y el “Abtao”, que se arrastran penosamente por la popa debido a su andar insignificante.

Y más atrás, confundida con el horizonte se percibe la “Chasseur”, cañonera francesa que va a presenciar el desembarco.

Frente a Punta Coles, que cierra por el sur la bahía de Pacocha, el “Blanco” pone señales de alistarse para fondear. A las 11:15 A. M. se largan las anclas; los buques forman en línea al S. O. desde Ilo a Punta Coles.

La “Guacolda” reconoce la costa y como nada de anormal se nota, el “Blanco” y el “Amazonas” envían a tierra dos lanchas con gente, la primera remolcada por la lancha a vapor con un pelotón de Artillería de Marina; la segunda a remo, con diez hombres del “Esmeralda”.

Los niños de la marina bajan por la Caleta del Inglés; y los esmeraldas a cargo del teniente Martiniano Santa María por la Caleta Dos Hermanos.

La tropa desciende y marcha al trote tierra adentro en demanda de enemigos.

Siguen dos lanchas con artilleros de marina y cuatro con esmeraldas; desembarcan sin dificultad, corren a reforzar la descubierta.

El Regimiento de Artillería de Marina, avanza a media falda por Punta Coles. Su comandante destaca varias avanzadas: una por la cumbre; otra por la rivera del mar; otra a vanguardia. Tras esta última sigue una compañía en dispersión; después el Regimiento en columnas por compañías.

El “Blanco” pone señales de desembarco general; las lanchas se llenan de tropas, que abordan el muelle remolcadas por el “Toro”, la lancha a vapor y los botes a remo de la armada.

A la 1:15 los buques se acercan a la playa, a la 1:30 se iza la bandera en tierra por los ayudantes de Estado Mayor, saludada por todas las bandas de a bordo.

La escala está fuertemente atrincada a los pilotes superiores; no hay quien la arríe; los marineros suben como gatos, largan las cadenas, y se activa el desembarco, por la balsa muelle construida en Pisagua que se acopla al muelle fijo.

En la tarde, acampan en tierra el *Buin*, los *Navales*, *Artillería de Marina*, *Coquimbo*, los *Pontoneros* y parte de caballería y Artillería.

La operación continúa durante la noche sin incidente alguno.

La “Magallanes” abandona el fondeadero a las 5 P. M. rumbo a Arica; a las 6, llegan el “Toltén” y el “Abtao”, a tomar su colocación.

Poco después la “Chasseur” solicita lugar para fondeo, en el cual no interrumpa las operaciones del desembarco, Larga anclas a estribor del “Blanco”.

A las 6 P. M., se establece el servicio 50 cazadores a caballo salen hacia el interior, a la descubierta; tres compañías de *Navales* cierran la izquierda, entre el valle y la ciudad; un batallón del *Buin* marcha a las alturas de la derecha; y todo el Regimiento *Esmeralda* cubre el campamento, como gran guardia.

La ocupación de Pacocha no cuesta un tiro. El coronel Gamarra se encuentra enredado en disputas por el comando en jefe en Moquegua, razón por la cual no se cuida de la vigilancia del puerto, tan recomendada por el Dictador Piérola.

Veamos ahora los frutos obtenidos con esta importante operación de guerra.

En primer lugar la ciudad, con extensas bodegas para la Intendencia, Parque y Bagaje; casas cómodas y espaciosas, para los diversos servicios y personal del ejército; iglesia, estación de ferrocarril, y demás comodidades de una población nueva, en pleno desarrollo comercial, que exporta vinos y licores, sobre todo aguardiente exquisito, aceite, aceitunas, trigo, maíz, camotes, filitas frescas y secas, y minerales de cobre y estaño.

Diez kilómetros al norte por la orilla de la playa, se halla Ilo, antiguo puerto de cierta importancia, reducido a unas cuantas casas de madera deshabitadas.

La inundación que siguió al fuerte temblor del 13 de Agosto de 1868, lamió el pueblo, que quedó abandonado, trasladándose los pobladores a Pacocha.

Se fondea a dos cables, entre las 8 y 10 brazas, en fondo riscoso, que suele aprisionar las anclas.

La terciana es endémica, por la proximidad del valle, lo que ha contribuido al total abandono de la población.

En segundo lugar, el muelle cuya posición hizo fácil la translación a tierra de las enormes impedimentas del ejército, situado en el centro, del puerto.

Tiene 46,39 metros de longitud, edificado sobre pilotes de fierro, con cubierta de madera, que arrancan de un macizo de cal y piedra. Al extremo existe un donkey a vapor con una luz para facilitar el trabajo nocturno.

Del muelle hay nueve kilómetros a Punta Coles por el sur y diez a Ilo por el norte; dentro de este sector quedan buenas caletas de fácil acceso como Dos Hermanos, El Inglés, etc. La playa es hermosa y extensa, rica en mariscos y abundante en peces. Los soldados, sacan erizos en sacos trigueros.

Las obras de agua potable constituyen una tercera y muy importante conquista.

A orillas del río, existe un estanque de mampostería, de 30 metros de largo por 10 de ancho, y 2 de profundidad, cubierto con un fresco galpón que preserva el agua de los ardores del sol; ahí el agua se asienta y enfría.

Una poderosa bomba, en esos momentos a cargo, de un mecánico portugués que siguió en funciones, levanta el agua, y mantiene el nivel necesario para el consumo.

El agua va del estanque a las fuentes de la ciudad por una cañería de fierro, de 1,50 m. de diámetro, que la distribuye en los pilones de cada esquina; un ramal se desprende a la estación del ferrocarril, que abastece la maestranza, locomotoras, y, los estanques suplementarios de las próximas estaciones de Salinas y Hospicio; otro ramal, conduce agua al muelle, para los donkeys y buques surtos, en la rada.

El agua, generalmente pura y cristalina, viene ahora color barroso, debido, a las recientes avenidas del río, Los soldados aseguran que es chicha baya que les ofrenda el enemigo.

Al lado de la bomba surtidora de agua, se abre la llanura alta, haciendo sitio a la quebrada de Ilo, en una enorme grieta de paredes cortadas a pique. Al fondo corre un río de cuyo caudal llega poca agua al mar, por quedar distribuida en el regadío del valle, cuyas tierras forman un extenso vergel. Solo en los meses de Febrero a Mayo, la abundancia de agua es mayor y llegan los sobrantes al mar.

El valle de 1.500 metros en su mayor anchura, es un verdadero paraíso con sus bosques seculares, de árboles de los trópicos, y sus plantaciones de olivos, higueras, guayabos, algodoneros, paltos, limoneros, naranjos, chirimoyos, y cuantos frutos puede soñar la mente; pero, cuidado, el valle es cuna de la terciana y fiebres palúdicas, y a veces basta una pequeña siesta a la sombra de un tupido ramaje, para caer presa de la terciana, y a las pocas horas figurar entre las ánimas del purgatorio.

El doctor Allende Padín, hace repartir instrucciones detalladas para evitar las traiciones del valle, y precaver a la tropa de las tentaciones de algunas frutas, ya que debía bañarse constantemente en el río. El mango, la chirimoya y la sandía encierran la muerte en su fresco jugo, para el extranjero chileno. En cambio, cada cual se hartaba de higos, naranjas, limones dulces, paltas, etc., que se traían al campamento por carga.

Por último, la buena suerte nos deparó la adquisición del ferrocarril con la maestranza, locomotoras, coches de pasajeros, carros de carga y la máquina telegráfica intacta.

Hemos descrito, ya esta línea férrea, en el reconocimiento que hizo el comandante Martínez, con el Lautaro, del valle del Ilo y ciudad de Moquegua.

El 26 en la tarde, zarpan para Pisagua, los transportes “Angamos”, “Loa” e “Itata”, en busca de la IV División, que se embarca en el siguiente orden de batalla:

IV. División.

Comandante, coronel don Orocimbo Barboza.

Jefe de Estado Mayor, sargento mayor don Baldomero Dublé Almeyda.

Un ayudante.

Cuerpos:

Regimiento Buin 1° de línea.....	1.200 plazas
“ Lautaro.....	1.200 “
Brigada Zapadores.....	600 “
Una batería de Artillería N° 2.....	150 “
1 Escuadrón Granaderos a caballo.....	250 “
Total.....	3.400 plazas

Esta tropa, menos los Granaderos y las mulas de la II División, que quedaron en Pisagua, por falta de espacio, desembarcó, en Pacocha el 1° de Marzo cuando estaba completamente en tierra el primer escalón.

El “Itata” y el “Matías” volvieron a Pisagua, por estos últimos restos que tomaron tierra en Pacocha el 8, de Marzo.

El general en jefe se siente feliz, pues, dispone de la totalidad de las fuerzas, 14.000 y tantos hombres en el papel, o sean 12.000 hombres disponibles, descontando los enfermos y ausentes, listos para batirse.

CAPÍTULO VI.

Operaciones navales.

Resuelta la expedición sobre Tacna-Arica, el Ministerio en campaña ordena el estricto bloqueo, de la costa comprendida entre Pisagua y Mollendo.

Por esa misma fecha, “La Unión”, al ancla en el Callao, recibe orden de aparejar y salir a campaña. La corbeta zarpa el 17 de Diciembre, a las 2.30 P. M. bien abastecida de artículos bélicos por el II Ejército, del sur, rumbo a Quilca, en donde larga anclas el 19 a las 5 P. M.

Los telégrafos de la costa le ubican a las naves chilenas: El “Blanco” y un transporte frente a Independencia, al había con el vapor de la carrera; la “O’Higgins” pasó el 18 frente a Quilca; y la “Chacabuco” bloquea a Pacocha.

Orientado el comandante Villavicencio, se dirige a Mollendo, a donde arriba el mismo día 19, a medía noche. Los elementos de desembarque se encuentran listos; y al amanecer del 20, un atronador viva el Perú anuncia que se encuentran en tierra los 2.267 fardos de pertrechos de guerra, víveres, forraje y vestuario, para el ejército que se organiza en Arequipa. Del muelle pasa la carga al ferrocarril, y de ahí al interior.

“La Unión” se dirige a Pisco a tomar lenguas; sabedor de que el acceso al Callao se halla libre, allá se dirige, y se amarra a la dársena a las 6:30 P. M. del 22, después de esta feliz correría.

El 28 de Diciembre, el comandante Viel, de la “Chacabuco” comunica a las autoridades y cónsules de Mollendo, el bloqueo del puerto; concede a los buques mercantes tiempo prudencial para completar su cargamento y darse a la vela. Toda tentativa hostil de las autoridades, será sancionada con el inmediato bombardeo de la plaza.

El comandante del buque de guerra inglés “Tourquoise” obtiene del señor Viel que le comunique su determinación de bombardeo con cierta anticipación para que se pongan en salvo las familias y neutrales, y que los vapores del sur tomen a bordo a las mujeres, niños y paisanos que quieran emigrar de la localidad.

El 2 de Diciembre se incorporan la “Covadonga” y el “Lamar”. Este trae heridos peruanos, que desembarcan en el puerto.

Otra partida de 135 arriba al día siguiente en el vapor de la carrera “Coquimbo”, con el material de una ambulancia caída en nuestro poder, y que el general Escala devuelve en virtud de las disposiciones de la Convención de Ginebra.

El comandante Latorre toma la dirección del bloqueo el día 5, y reparte los buques en esta forma: La “Chacabuco” en Mollendo; el “Cochrane” y la “Covadonga” en Arica; y la “O’Higgins” en Pacocha.

El capitán Lautrop, del “Rimac”, pasajero del “Coquimbo” baja a tierra en Ilo; a la vuelta, lo rescata un bote nuestro.

El gobierno dispuso que el “Huáscar”, reparado a la ligera en Valparaíso hiciera acto de presencia en el Callao, para quebrantar el ánimo de los peruanos al divisar al querido monitor con bandera chilena. Al mando del comandante don J. Guillermo Peña, toca en Pisagua y continúa en derechura al Callao. Después de un crucero de cinco días, regresa a Ilo, con andar de cinco a seis millas, no obstante tener en actividad sus cuatro calderas. En la noche del 28, hubo que parar el buque y poner proa al mar, porque se estaba inundando el departamento de maquinas y calderas, y el agua amenazaba apagar los fuegos. El comandante empleó la guardia en las bombas, que luego se atoraron; ordenó a los ingenieros buscar la vía de agua y puso centinelas, con orden de no dejarlos salir hasta que el buque no quedara estanco. (Parte oficial del comandante.)

Por dictamen del ingeniero 1º el comandante Peña, recalca en Ilo, para recorrer máquinas, calderas y bomba, en cuya operación dicho oficial requería seis días. El buque tenía además otros defectos graves, antiguos que no podían subsanarse por el momento; su estabilidad, necesitaba quillas laterales, pues el balance, aún en calma y mar boba, alcanzaba a 22º.

La temperatura demasiado alta de la cámara de ingenieros y guardias marinas exigía el cierre de la escotilla de máquinas con un mamparo de madera.

Estas malas condiciones afectaban la puntería de las piezas de grueso calibre; y constituían una amenaza para la tripulación por la insalubridad de los departamentos.

El almirante Riveros cruza con el “Blanco”, “Amazonas”, “Loa” hasta las alturas de Paíta, de donde destaca al “Amazonas”, comandante Thompson, en busca de una lancha torpedo, salida de Panamá, con destino al Callao.

El hecho era exacto.

Los consignatarios Dellatorre y Cía., recibieron en Colón, a bordo del “Ailsa”, una torpedera, que llevaron a Panamá por ferrocarril, y de allí despacharon con papeles para el Ecuador, no obstante las activas gestiones del cónsul chileno, don Arturo Giménez Arce.

El gobernador Ortega, y su ministro don José María Alemán, devotos del Perú generoso en dádivas, permitió la salida del barco a cargo de los oficiales de la marina de guerra del Perú, teniente 1º don Manuel de la Barrera, alférez de fragata don Arístides Vidal, e ingeniero don José F. López, por considerar a la “Alay” lancha de comercio, no obstante que el cónsul Giménez ofrece la información de los técnicos de la “Osprey”, buque de guerra inglés, al ancla en la bahía, para lo cual contaba con el permiso del cónsul de S. M. B. y, el beneplácito del comandante de la nave.

Nuestro cónsul, basado en el Art. 9 de la Convención Consular de 30 de Agosto de 1846 pedía el secuestro de la nave; el Ministro, niega al señor Giménez personería para terciar en el asunto y le dice oficialmente:

“De orden del ciudadano presidente manifiesto a Ud., que el Poder Ejecutivo no admitirá en el asunto, su intervención como cónsul, no sólo porque Ud., no tendría carácter para ello, puesto que sus funciones no se extienden hasta allá, sino, porque esa misma intervención envolvería un acto ofensivo al decoro y dignidad de la nación”.

La lancha recibe zarpe para Manta, puerto ecuatoriano; pero las autoridades de esta localidad, le niegan despacho para Guayaquil. La “Alay” se fuga en la noche en dirección a Paíta.

Frente a la bahía, de Santa Elena, los oficiales divisan al “Amazonas”; Abandonan la lancha y se dirigen a tierra en el bote. Los marinos chilenos la abordan sin resistencia de los tripulantes.

Nos hemos extendido en esta captura, por cuanto los peruanos se empeñaron en originarnos un razonamiento con el Ecuador, a cuyos hijos quieren los chilenos como hermanos, desde tiempo inmemorial.

La primera noticia de que la “Alisa” ó “Alay”, había caído en poder del “Amazonas”, provino de un tendencioso telegrama del cónsul peruano en Guayaquil, don V. Luque Plaza, que comunica a su gobierno con fecha 29 de Diciembre de 1879, que el “Amazonas” apresó en *Ballenita*, a la lancha torpedo “Alay”, que *había recalado a dicho puerto*.

Los telégrafos exparcan la noticia en la forma comunicada por el señor Luque. Los diarios peruanos y bolivianos, y las publicaciones afectas a los aliados en las repúblicas americanas, elevan el grito al cielo contra Chile, violador del territorio ecuatoriano, con la captura de un barco: de guerra en ancla en aguas de su jurisdicción.

Los diarios chilenos caen en el garlito, y celebran la adquisición de la “Alay” en *Ballenita*.

Los opositores al gobierno del Ecuador enarbolan esta bandera de combate y obtienen que el Ministro de Relaciones interponga ante el de Chile el reclamo correspondiente.

La nota del expresado funcionario, general don Camilo E. Vernaza, empieza reconociendo la tradicional amistad entre ambas naciones, sin que la más leve sombra se haya dejado ver en el cultivo de las relaciones que ligan a dos pueblos.

Expresa el señor Ministro que el 23 de Diciembre el comandante del vapor “Amazonas” de la marina de Chile, indudablemente extralimitándose de sus facultades, ha apresado en *Ballenita*, puerto de la República, la lancha a vapor “Alay”, que dió el ancla en la bahía de Caráquez.

La presa se ha efectuado en aguas neutrales, dentro de la jurisdicción de la República; la propiedad es inviolable en los límites del territorio neutro; los gobiernos cuya jurisdicción se ha hollado, pueden y deben solicitar la restitución de la presa; y en consecuencia espera que el

gobierno de Chile desaprobará la conducta del comandante del “Amazonas”, acordará las reparaciones y satisfacciones consiguientes, o sea la devolución de la “Alay” en el lugar en que se hizo la presa, con los individuos que la tripulaban; y la destitución del jefe captor.

Don Miguel Luis Amunátegui, Ministro de Relaciones de Chile, con fecha 11 de Marzo, contesta la comunicación de su colega ecuatoriano, manifestando que al recibir su nota, pidió todos los antecedentes de la cuestión, para apreciarlos desapasionadamente.

La larga distancia del lugar en que ocurrieron los sucesos, y el hecho de que los marinos que en ellos intervinieron se encuentran consagrados a la prosecución de las operaciones, han impedido adquirir todos los datos indispensables.

Agrega textualmente el señor Amunátegui:

“Careciendo aún de esos informes, no será posible pronunciarme sobre el fondo de la cuestión; pero ello no puede obstar a que declare desde luego a V. E. que mi gobierno lamenta muy sinceramente como ha lamentado todo el país, que surja un incidente desagradable en las amistosas relaciones, que sin interrupción, han mantenido siempre ambas repúblicas.

Mi gobierno se complace en reconocer que el de V. E. ha contemplado la contienda dolorosa a que Chile fué provocado por el Perú y Bolivia, con la elevación de miras y sentimientos que caracterizan la política de V. E.; y esta sola circunstancia bastaría para hacer en extremo sensible este incidente sino mediara todavía el afecto fraternal que abriga el pueblo de Chile hacia el Ecuador.

Esta franca y espontánea manifestación de sentimiento, demostrará a V. E. que el gobierno de Chile no podrá vacilar en ofrecer al Ecuador las reparaciones y satisfacciones que él crea debidas, después de conocer y apreciar circunstanciadamente los hechos relacionados con este lamentable suceso”.

El Ministro de Relaciones Exteriores se dirige al de Marina para que previa prolija información ubique el punto preciso en que el “Amazonas” capturó a la lancha torpedo “Alay”, según unos, “Alisa” según otros.

El capitán Thompson, comandante del “Amazonas” en aquella época, había rendido la vida en la rada de Arica, a bordo del “Huáscar”; correspondió a su segundo, teniente 1º don Emilio Valverde, evacuar el informe de estilo. Según éste, la captura tuvo lugar frente a la bahía Santa Elena, a tres millas de la costa poco más o menos, por la latitud sur 2º 11’ y longitud oeste de Greenwich 81º 5’ oeste.

(Véase Apéndice).

La escuadrilla del almirante fondea en Pacocha, de donde zarpa el 31 de Enero, para Pisagua, después de cambiar al comandante Peña, del “Huáscar”, por el comandante Thompson.

El almirante se sorprendió de recibir en Pisagua, una nota del Ministerio de Guerra y Marina, fechada en Santiago, el 18 de Noviembre, en que el señor Gandarillas llama la atención del comando naval a la necesidad de vigilar el servicio de las máquinas y calderas a bordo de los buques de la escuadra.

La orden provino de los partes del almirante relativos a las ligeras reparaciones del “Huáscar”, a sus deficiencias marineras, y a la incapacidad de algunos ingenieros segundos, terceros y aprendices mecánicos para desempeñar su cargo.

Los náuticos de la Moneda, en vez de remontarse a la causa de los males apuntados por el señor Riveros, la emprendieron contra los comandantes e ingenieros de cargo de los buques, o más claramente, contra el jefe responsable, el señor almirante. Le llama la atención, el señor Gandarillas, en nota del 18 de Diciembre de 1879, a la necesidad de vigilar el servicio de las máquinas y calderas, a bordo de los buques de la escuadra; pues, la constante actividad de los mares y el continuado ejercicio de las máquinas y calderas pueden a la larga inhabilitar a la escuadra para un servicio más eficaz, sino se toman precauciones de todo género para evitar semejantes resultados.

Agrega el señor Ministro: “Hay á bordo funcionarios responsables encargados del cuidado y buena conservación del departamento de máquinas; conviene que estimule a esos funcionarios al cumplimiento de sus deberes y les imparta instrucciones apropiadas”.

El señor Ministro entra al servicio interno de las naves y se expresa en esta forma:

“Sería oportuno recomendarles que apagasen los fuegos siempre que las circunstancias lo permitiesen, y que en estos intervalos, se hiciese una limpieza general de las calderas y de las máquinas, que asegurase su buena marcha e impidiese su deterioro. En general, debería recomendarse el ahorro de trabajo de las máquinas y calderas y la mayor vigilancia posible en su manejo, para prevenir accidentes tan graves como el ocurrido en las calderas del “Huáscar” del cual V. S. debe tener conocimiento”.

El Ministro, hace incapié en que los comandantes, por sí o su segundo, deben vigilar porque los ingenieros no descuiden el recorrido y aseo de máquinas y calderas.

El almirante, con fecha 7 de Enero, contesta al Ministro, que el apagar las hornillas, cuando es posible, para operar la limpieza del interior de las calderas, ha estado siempre en la mente de los comandantes e ingenieros de la escuadra. Si esta medida no produce mayores resultados, débese a la activa campaña de los buques, que no tienen tiempo de apagar hornillas y limpiar tubos.

Donde hay un buque nada es posible; donde hay dos, como en Arica, el que uno apague sus fuegos lo expone a fatales consecuencias, como la poca efectividad del bloqueo o el peligro de recibir torpedos. La impune entrada del “Huáscar” durante el bloqueo de Iquique, fué debido a que el “Cochrane” tenía, fuera de uso, para limpiarla, una de sus calderas, Y esto podía repetirse.

La vigilancia recomendada por el Ministro se ha efectuado siempre”. Y agrega el almirante:

“El verdadero origen del mal está en el personal de ingenieros mecánicos de la armada, que deja mucho que desear. De algunos años a esta parte se han provisto las plazas de aprendices mecánicos con jóvenes que no habían hecho sus estudios profesionales en la Escuela de Artes y Oficios de Santiago, o que no contaban con suficiente experiencia en las artes mecánicas; esto ha traído un resultado gemelo al producido por la supresión de la Escuela Naval en la provisión de aspirantes de marina, plazas hoy completas con jóvenes que no poseen preparación alguna para el desempeño de su empleo.

Agrega el almirante: “Recibo ahora una nota del comandante del “Huáscar” en que me acusa la completa incompetencia de todos los ingenieros subalternos embarcados en ese buque. Ni el ingeniero 1º ni el comandante podrán impedir los resultados de la falta de conocimientos de sus subalternos”.

El almirante reitera al Ministro que no se omitirá vigilancia sobre la materia, y que siempre que sea posible se ahorrará trabajo a las máquinas.

El Ministro de marina no se da por satisfecho. En una segunda nota reitera las instrucciones sobre máquinas, calderas y bombas, como avezado marino. Riveros opta por no hacerle caso, y termina el incidente.

Ocupado el puerto de Pacocha, el comando, más desahogado para sus operaciones, recibe instrucciones terminantes para hostilizar con mayor vigor al enemigo, resumidas en los siguientes números:

1.- Destruir los elementos y útiles de carguío de guano en las Islas de Lobos. La destrucción de los muelles, embarcaciones y demás útiles debe ser completa, y hacerse por lo mismo sin miramiento alguno.

2.- Hostilizar al enemigo en el puerto del Callao. Introducir el pánico en el Callao y Lima, y herir los intereses del comercio peruano en sus centros principales, equivale a ganar una victoria a poca costa.

3.- Ofender al Callao, sin gran riesgo, para lo cual dispone de bastantes elementos. Con las lanchas torpedos, no parece empresa temeraria destruir uno o más buques de los que aún quedan al Perú.

El “Angamos” con su excelente cañón, puede hostilizar al puerto impunemente.

4.- Estos elementos son suficientes para llevar a cabo la operación, sobre todo si la acción se refuerza con un blindado, y un transporte armado en guerra como el “Amazonas”.

5.- Después del ataque al Callao, reconocer la costa sur, hostilizando las poblaciones de alguna importancia, como Chorrillos, que fortificado puede ser bombardeado y destruido.

6.- Bombardear y destruir a Mollendo, cabeza del ferrocarril a Arequipa. Realizada con éxito la operación, podría levantarse el bloqueo, y destinar los buques a otro servicio.

7.- Estudiar el tema del bloqueo del Callao.

Con tan claras instrucciones el almirante se dirige a los puertos exportadores del guano, y procede a inutilizarlos en absoluto para las operaciones de embarque.

Al dar cuenta de su cometido, con toda minuciosidad, el almirante consigna los siguientes hechos:

“Un poco al norte del Callao se reconocieron, en la mañana del 18, dos lanchas a la vela y el bergantín “La Valeza”, con bandera y patente de Honduras, tomadas después de la guerra. Esas pequeñas embarcaciones, pertenecientes a pobres industriales que hacen en aquella costa el acarreo de sal y otros artículos de general consumo, habrían podido caer en captura pero interpretando los sentimientos del gobierno de Chile, que no hacen la guerra a los infelices, no trepidé en permitirles continuar su marcha”.

Tratábase de comerciantes en sal o pescadores, en su mayoría italianos, sin más fortuna que la lancha, y que agradecidos al proceder humano de los marinos de Chile en la costa, les daban datos y noticias, a veces de alta significación.

El Ministro señor Gandarillas no fué del parecer del jefe de la escuadra, ni paró mientes en los buenos informes que esos pescadores daban a nuestros barcos. Envió a Riveros la dura nota que aparece en el anexo.

Mientras la escuadrilla recorre las costas enemigas, se desarrollan importantes acontecimientos en Arica, cuyo bloqueo sostiene el capitán don Manuel Thompson, comandante del “Huáscar” con el capitán Carlos Condell, de la “Magallanes”.

El 27 de Febrero de 1880, Thompson recorre la bahía a tiro de cañón, para observar las baterías, fuertes y fondeaderos del “Manco Capac”. El jefe de la plaza coronel don Emilio E. Carrillo ordena romper el fuego; todas las piezas se concentran sobre el monitor que recibe cinco proyectiles; uno en el blindaje le remueve los pernos y una plancha con fuerza; otro pasa sobre el puente de proa, con daño de la bitácora y baranda; otros tres rozan débilmente los costados.

La “Magallanes” que acude, resulta indemne. El coronel don Arnaldo Panizo, jefe de la artillería de campaña, designado para el mando de las baterías, las hace funcionar inmediatamente.

a) *Batería Santa Rosa*, a las órdenes del mayor don Pedro Ugarteche, con la 1ª compañía de la Brigada Norte y la 3ª de la Brigada de Campaña, a cargo del mayor graduado don Nicanor Goytizolo.

b) *Batería San José*, mandada por el capitán don Eloy Caballero, con la 4ª Compañía de la Brigada, de Artillería de Campana, comandante el segundo jefe de dicha Brigada, mayor don Manuel Martínez.

c) *Batería Dos de Mayo*, servida por las compañías 5ª y 8ª de la Brigada Norte, a cargo del comandante de las Baterías, teniente coronel don Juan Pablo Ayllon.

d) *Batería Norte*. Bajo la dirección del coronel Panizo en persona, y sus ayudantes ingeniero, don Teobaldo Eléspuru, mayor graduado don Ernesto Díaz Carrasco y su secretario don Gerardo Loria, con los artilleros de la Brigada Norte.

Estas baterías arrojan sobre los buques chilenos trece granadas y diez y siete balas sólidas, o sea 40 gruesos proyectiles.

Después de cincuenta minutos de combate, nuestros buques se retiran a su habitual fondeadero. A poco rato, se nota desde a bordo un tren de Tacna con numerosas tropas.

El “Huáscar” y la “Magallanes” se acercan al puerto por el norte, bombardean al tren, que hubo de regresar a Tacna, no sin haberse trabado en duro cañoneo con los fuertes y el Manco. El monitor recibe una granada junto a uno de los cañones del alcázar de babor, que al estallar mata seis individuos y hiere a catorce; entre los primeros figura el aspirante Goycolea, y en los segundos, muy leve, el teniente 1º don Emilio Valverde, 2º del buque.

Esta granada destroza uno de los ventiladores de las máquinas, después de romper la batayola y parte del cubichete de la cámara de los oficiales.

Cosa curiosa: El aspirante Goycolea, cuñado del teniente Serrano de la “Esmeralda”, teniendo la impresión de su último fin, arregló sus papeles; declaró que nada debía; y dedicó a un joven Díaz, su amigo, un libro cuya dedicatoria termina así: “Su amigo muerto por la Patria”.

La artillería de la “Magallanes” trabajó muy bien; el cañón de a 115 dirigido por el teniente Marazzi y el de 68 por el teniente Urmeneta.

Obtenido su objeto, Thompson vuelve al fondeadero, no obstante el fuego graneado de los fuertes, el Morro y el “Manco”, provocándole a un combate enteramente desigual. Les dejó perder municiones, sin inquietarse de su arrogancia.

Pero los peruanos quieren a toda costa atraerse a los bloqueadores al alcance de sus piezas. A la 1 P. M. se pone en movimiento: el “Manco Capac”, en dirección al enemigo, Thompson ante la provocación, leva ancla y se dirige al encuentro, para espolonearlo. A doscientos metros de distancia, divisa al costado del “Manco” una lancha torpedo; describe un semicírculo para atacar por el otro costado, menudeando el fuego de artillería. Thompson calcula la distancia para su atrevida maniobra y manda avante a toda máquina; al esfuerzo, el agua sube en las calderas, por efecto de la ebullición, y pasando a los cilindros entorpece el funcionamiento: y el buque queda plantado.

El cañoneo arrecia.

La “Magallanes” se acerca al sureste del Morro y atrae sobre sí el fuego de su artillería.

El “Huáscar” no puede disparar sobre el “Manco”, pues de proa hacia él, se hallan imposibilitados los cañones de la torre.

El “Manco”, suspende igualmente el fuego, debido, a que se quedó en el ánimo de uno de los cañones de a 500 la primera sección de la lanada, quebrándose el atacador. Un sirviente hubo de meterse, adentro con las herramientas del caso, para salvar la obstrucción. En tanto quiso echar al agua la lancha torpedo; la gente es barrida en pocos instantes por las ametralladoras y fusilería de la nave chilena.

La última bala de a 500 lanzada por el “Manco”, antes del accidente, dió de rebote contra el “Huáscar”; después de deslizarse por la regala del bote babor, y de llevarse el palo de popa, donde estaba el compás magistral, da de lleno sobre el comandante, que de pié en la toldilla imparte sus órdenes.

Del cuerpo, solo queda el brazo derecho y la cabeza, sobre el puente; y el corazón en uno de los botes colgado al pescante. La espada con la vaina puesta, se clava en la cubierta.

Valverde sube a la toldilla, y continúa el combate, sin poderse comunicar con Condell, por la pérdida del Código de señales. El “Huáscar” había recuperado su andar, y pudo así el nuevo comandante perseguir al “Manco” hasta muy adentro del puerto. En este ataque recibió el Monitor tres balazos; uno en el blindaje de estribor, al costado de la escala real, que removió las planchas e hizo saltar los pernos, dejando fuera de combate al timonel que manejaba el escandallo; el segundo atravesó el palo trinquete, y el tercero perforó la cocina y destruyó parte de la brazoleta de la escotilla de la máquina.

La cañonera recibió tres balazos: uno, a flor de agua, cerca de la proa, por el lado de babor, embotándose el proyectil en el carbón y abriendo una vía de agua, luego tapada; el segundo disparado del Morro, entró por el lado de babor en el entre-puente, llevándole una pierna a un carbonero, y arrastrando gran cantidad de cables y aparejos, que impidieron más estragos; el tercero por la arboladura, llevándose un cable y parte de la bandera, remplazada por otra en el palo mayor. El grumete Antonio Frías, al ver destrozada la bandera, sube en medio de las balas, con permiso del teniente Marazzi, y la reemplaza por otra.

Condell, que tomó la dirección del bloqueo, volvió al fondeadero a continuar la faena acostumbrada.

Orden de batalla del “Huáscar”.

Comandante, capitán de fragata don Manuel H. Thompson.
2º jefe, teniente 1º don Emilio Valverde.

soldados muertos; un capitán y dos soldados heridos; y entre los paisanos cinco muertos y once heridos.

El comandante Condell, una vez reconocidas las averías y bajas de sus naves, despacha a Pacocha a la “Magallanes”, a cargo del teniente Rogers, con el parte oficial correspondiente.

El almirante, de acuerdo con el Ministro señor Sotomayor, expide los siguientes nombramientos:

Comandante del monitor “Huáscar”, al capitán de fragata don Carlos Condell.

Comandante de la cañonera “Magallanes”, al 2º del “Cochrane”, capitán de corbeta don Miguel Gaona.

2º del “Cochrane”, al teniente 1º don Juan Simpson.

Dispone igualmente el almirante que el “Itata” se dirija a buscar los heridos y los cadáveres de Thompson y Goycolea, para transportarlos a Pisagua, mientras él con el “Blanco”, el “Angamos”, y la “Janequeo”, llevando al Ministro Sotomayor a bordo, se dirige al teatro de los sucesos en la noche del 28.

El ministro ordena el bombardeo de la plaza el 29 de Febrero por el “Angamos” con su cañón de largo alcance y los de a 40 de retrocarga del “Huáscar”.

Ese día, hizo el “Huáscar” 35 disparos y el “Angamos” 15, entre los 5.000 y 6.000 metros, con muy buenas punterías.

El Morro contestó con tres disparos Parrot y Vavaseur; pero suspendió el fuego, por quedar los tiros cortos.

Continuó el bombardeo, durante los días, 1º, 2,3 y 4 de Marzo, después de lo cual volvió para nuestros marinos la vida monótona del bloqueo.

Los oficiales de la “Garibaldi” y “Chasseur”, buques de guerra italiano y francés, obtuvieron permiso para estudiar los efectos de los proyectiles especialmente en el blindaje, materia de delicados estudios en aquel tiempo.

Pronto volvió a ser Arica teatro de un nuevo y más reñido combate.

“La Unión” zarpa del Callao, a las 11:30 A. M. del 12 de Marzo, con un cargamento de armas, municiones y artículos de guerra para el I Ejército del sur, acantonado sobre la línea Tacna-Arica, a las órdenes del contralmirante don Lizardo Montero.

El 15 arriba a Quilca a tomar lenguas; ahí sabe que una división chilena ocupa los puertos de Islay y Mollendo, de suerte que ambas poblaciones tienen guarnición enemiga.

Resuelve marchar directamente a Arica. Parte el 15, en la noche, y después de una excelente recalada, se coloca a la entrada del puerto, a las 4 A. M. del 17, favorecida por una densa neblina que cubre la costa.

Temeroso de entrar al puerto sin conocer las señales de santo y seña ordena arriar una lancha a cargo del guardia marina Enrique Chavez, que lleva a tierra al alférez de fragata don Carlos L. Rodríguez, encargado de avisar a las autoridades el arribo de “La Unión”.

Media hora después, Villavicencio entra a todo vapor. De la Isla del Alacrán se desprende una lancha con un farol de inteligencia, penetra al fondeadero, y desde a bordo del “Manco” se le hacen señales de bienvenida.

El alférez Rodríguez había comunicado el arribo a las autoridades de la plaza.

Amarrado el buque, se empieza el desembarque de la carga compuesta de 2.000 fardos de tocuyo, 26.000 varas género de brin, 100.000 tiros a bala Remington, 2 ametralladoras de diez cañones con su dotación completa de balas, 3.000 pares de zapatos, un cajón de medicamentos, varios otros de útiles de ambulancia y la lancha torpedo “Alianza”, que inmediatamente comienza a prestar servicios en la bahía, acompañada de la “Tarata”, única que hacía la vigilancia nocturna.

Por un costado se efectúa el desembarque de la carga y por el otro embarca el carbón necesario para hacerse cuanto antes a la mar.

El general en jefe del ejército del sur se encontraba en Tacna, hacía dos días, por enfermedad; le reemplazaba accidentalmente, el jefe de Estado Mayor General, coronel don José de La Torre.

Avisado, éste de la entrada de “La Unión” por la caleta de la Licera, ordena que la lancha “Tarata” le señale fondeadero, y pasa a bordo para conferenciar con el comandante

Villavicencio, con quien estuvo de acuerdo de que el enemigo trataría de destruir la corbeta, encerrándola en su fondeadero.

Dicta en consecuencia las órdenes del caso:

En primer lugar, el “Manco Capac” saldrá milla y media al frente, para cubrir a “La Unión” de los fuegos enemigos.

La torpedera “Alianza” apareja y se alista para aplicar un torpedo al buque chileno que se aventure cerca del fondeadero.

El capitán de navío don Camilo N. Carrillo, comandante de las baterías de la plaza, dispone las piezas para el combate.

El coronel don Arnaldo Panizo toma exclusivamente a su cargo los fuertes del Norte, y lleva como segundo al mayor Ugarteche.

El capitán de puerto, comandante don Eduardo Raygada, recibe la misión primordial de abastecer de agua a los fuertes y de carbón a la corbeta.

La Torre, acompañado del subjefe de Estado Mayor, coronel don Jacinto Mendoza y del segundo ayudante, teniente coronel don Ramón A. Zavala, recorre las baterías y recomienda estar listos, pues no tardará el ataque del enemigo.

Así sucede en efecto.

Una vez de día, el “Huáscar”, sostenedor del bloqueo se dirige a la bahía en demanda del fondeadero de costumbre.

No tarda en apercebir a “La Unión”; ordena al carbonero “Matías” que se dirija a toda máquina a Pacocha, a dar aviso al almirante, en tanto penetra hasta ponerse a tiro y rompe el fuego, sobre “La Unión”, con los cañones de a 40 de largo alcance. Eran las 8:50 A. M.

El monitor dispara once tiros; “La Unión” tres y el Morro dos.

A las 9 se avistan dos humos por el sur, que resultan ser el “Cochrane” y el “Amazonas”.

Condell impone por señales a Latorre de la presencia de “La Unión”; éste le llama al costado y conferencian ambos jefes.

A las 12. M. avanzan los buques chilenos en son de combate; rompen el fuego a los 4.000 metros.

El Morro, en donde se encuentra el capitán de navío Carrillo con el general don Juan Guillermo Moore; “La Unión” que cubre su batería por medio, de espías; el “Manco” del comandante Sánchez Lagomarsino y las baterías del norte, comandadas por los coroneles Arnaldo Panizo, Manuel Velarde y el teniente coronel, jefe de las baterías del Este, don Marcelo Cornejo, concentran su acción sobre el “Huáscar”.

El cañoneo se hace general y nutrido por ambas partes; Latorre que había avanzado hasta los 500 metros, recibe una verdadera lluvia del Morro, “Manco” y “La Unión” y baterías San José y Dos de Mayo.

El Morro lanza 22 granadas de grueso calibre; las baterías del Norte 21; el “Manco Capac” 4 de a 500; y “La Unión” 20.

Los buques chilenos hacen a su vez 84 disparos.

A las 2:30 se retira Latorre y llama a los comandantes a conferencia para organizar un nuevo ataque, pues por las señales observadas en “La Unión”, este buque debía encontrarse averiado. El “Cochrane” se aguanta a 5 millas al oeste del puerto.

Desgraciadamente no era así. La diosa Fortuna que acompaña las empresas atrevidas, había velado por la corbeta peruana, blanco de los cañones del blindado y monitor.

Las pérdidas en el personal, se redujeron a un sargento muerto, y 8 heridos de la dotación de proa.

Con respecto al material, dos bombas reventaron dentro del buque, cinco encima, cubriendo la cubierta con los fragmentos y muchas alrededor.

Una granada del “Cochrane” pasó por el primer cuerpo de la chimenea, atravezándola de un lado a otro, partiendo en su explosión el tubo de desahogo del vapor, rompiendo los ventiladores e hiriendo a cuatro marineros.

Otra rompió una jarcia, pasando, sobre la cabeza del comandante Villavicencio, que se encontraba en la toldilla, frente a la escala, yendo a destrozar el guigue del comandante que estaba colgado en el pescante del vapor.

Otra bomba destrozó la braza del palo trinquete, sobre la cofa de la ametralladora.

La bomba que destrozó la caja de humo de la chimenea, rompió tres rumbos de la cubierta, en una longitud de tres yardas, penetrando un casco a poca distancia del caldero, achatando un tubo de vapor, y causando un incendio en el *fair room*.

Se da la voz de incendio y la tripulación sin puesto en los cañones, acude a apagarlo, consiguiéndolo gracias a su actividad y a las eficaces medidas tomadas.

Un proyectil chocando contra el cascabel del cañón N° 10, lo hace volar con fuerza espantosa, introduciéndose por uno, de los corredores que conduce a la cámara del comandante.

El casco, resulta averiado, por la perforación de la amura de babor en gran extensión, quedando destrozada parte de la proa y perforada la batayola por las balas y cascos.

Las naves chilenas no sufrieron bajas. En cuanto al material, el “Cochrane” recibió cuatro proyectiles, dos de estos de a 300 de las baterías del norte.

Sobre cubierta un proyectil, bala o granada, pegó en la parte superior a estribor de la casa del piloto, en el puente de popa, destrozando cuatro pies en sentido horizontal y la mayor parte de la esquina y costado de estribor. Rompió en pedazos la baranda superior de la misma casa. Un casco atravesó el palo mesana y otros hicieron algunos destrozos en cubierta.

Uno de los obenques de la jarcia mayor a estribor tronchado en dos partes.

Cubierto de la batería.- Un proyectil chocó estrictamente en el tubo de la claraboya desde popa a babor, rompiendo la parte superior de aquel, perforó el costado, y los cascos en el interior del buque, destrozando la puerta de la botica etc., e hiriendo varios objetos en la parte inferior de un departamento; un pequeño trozo de proyectil cayó en la máquina.

Costado del buque.- Un proyectil chocó en la plancha curva de media pulgada entre el recero y el costado en su parte de papa a babor, tomó hacia abajo atravesando la media pulgada de fierro y chocó contra uno de los pernos de la plancha del blindaje.

Otro proyectil que se supone del “Manco Capac”, chocó en la parte baja de la plancha inferior del receso de la batería a babor y en línea vertical con el anterior; este proyectil sacudió y aflojó las juntas de la plancha en toda su extensión, corno, asimismo los pernos inferiores; no penetró dejando solo una ahoyadura. Corresponde a la parte central de la batería, donde sacudió el forro y botó una de las granadas colocadas en las chilleras.

Dos proyectiles chocaron en la línea de agua, a uno y otro lado del costado en el cinturón o faja de 9 pulgadas, sin causar daño y dejando solo una pequeña marca.

El “Huáscar” recibió cuatro proyectiles gruesos: 3 en el casco y uno en el palo trinquete, sin mayor daño.

A las 2:30 P. M. sale el “Cochrane” de la línea de fuego, ordena cesar el combate y llama a los comandantes a conferencia.

A las 5:30 los comandantes volvían a sus buques, la gente acababa de cenar, y como el mar se picaba bastante, el segundo del “Amazonas” se acercó al “Cochrane” para recibir al jefe, cuya chalupa podía peligrar por el mal cariz de las olas.

A las 4:30 P. M. el jefe de Estado Mayor General, coronel don José de la Torre, se constituye en “La Unión” y ordena a su comandante que zarpe en el acto, aprovechando la oportunidad de haberse reconcentrado hacia el oeste los buques enemigos, pues en la noche creía imposible su evasión, y si prolongaba su permanencia hasta el día siguiente era inevitable la pérdida de la nave, pues el carbonero “Matías” habría avisado a la escuadra chilena. El comandante Villavicencio después de despedirse de los jefes del ejército, que se dirigían a tierra, exclama: “A jugar el todo por el todo, muchachos, que nos echen a pique pero que sea en buena lid”.

Sube al puente, larga la cadena por el chicote y sale a toda fuerza, barajando la isla de Alacrán, rumbo al sur, La multitud que coronaba el Morro, los muelles y los fuertes, saludan con hurras y vivas a la Patria la salida de la nave.

Los buques chilenos se ponen en movimiento tratando de impedir la salida. Pegada a la costa “La Unión” rompe el paso, cortando la proa de los enemigos.

La escuadrilla de Latorre sigue por la aleta de estribor.

En ese momento se declara un incendio en el forro de la caldera de la corbeta, que fué contenido por los esfuerzos de la tripulación, no obstante su cansancio.

Al notar los perseguidores el incendio activan el andar, colocándose por la popa.
Pero, “La Unión” volaba; a las 2 A. M. perdió de vista al enemigo y se dirigió al Callao.

Orden de batalla de la corbeta “La Unión”.

Comandante, capitán de navío graduado don Manuel A. Villavicencio.

2º comandante, capitán de corbeta don Arístides Aljobín.

3º capitán de corbeta, graduado don Emilio M. Benavides.

Teniente 1º graduado don Arnaldo Larrea.

“ 2º don Pablo A. Dufó.

Alférez de fragata don Carlos L. Rodríguez.

2º graduado, don Ramón Sánchez Carrión.

Capitán de ejército don Manuel Vera.

Contador 1º don Exequiel Fernandini.

Cirujano 1º don Joaquín Canseco.

Id. Id. don Exequiel Rodamonte.

Guardias marinas señores Enrique Gamero, Félix Seminario, César Romero, Enrique Chávez, Edmundo Gago, Héctor Villarán, Oliverio Saenz, Tomás Lama y Alfredo Villavicencio.

Aspirantes señores Emilio Díaz y Maximiliano Reyes.

1er. maquinista, don Benjamín Betaford; 2º don James Laury; 3º don Pedro L. Extore; y 4ºs señores Gabriel A. Portal y Henry Lower.

Ayudante, Guillermo Zاراleta.

Farmacéutico, don Máximo Oliva.

El cadáver del sargento Hidalgo y 8 heridos graves fueron entregados a la ambulancia de Arica; los nueve heridos leves restantes, continuaron a bordo.

La noticia de la fuga de la “La Unión”, levanta en Chile las más amargas censuras; los náuticos del Gobierno, de la Prensa y de los Clubes, piden el enjuiciamiento general de los jefes que intervinieron en la acción.

El comandante Latorre, con su hombría de bien característica, escribe al gobierno y echa sobre sí toda la responsabilidad de lo sucedido.

La chusma descontenta enmudece, pues Latorre tiene la confianza de la nación entera.

Veamos, ahora, lo que dice el vice almirante Uribe, al tratar esta materia. (Uribe, “Los Combates Navales”. Valparaíso, Imprenta de La Patria, 1886.).

“Examinando las circunstancias que mediaron en este caso, y el plano de la localidad en que tuvieron lugar los hechos, se llega sin dificultad al convencimiento de que los capitanes de las naves chilenas no han podido en manera alguna ser culpados por un suceso que no estaba en sus manos poder evitar.

Los buques bloqueadores, en efecto, obligados como estaban a permanecer fuera del alcance de las baterías enemigas se mantenían por lo común en rondas a distancia de tres o cuatro millas del puerto.

Ahora bien, si con esta distancia como radio, hacemos centro en el Morro de Arica y describimos un arco, veremos que primeramente el “Huáscar” y luego después con este, el “Cochrane” y el “Amazonas” tenían que cubrir en su vigilancia una extensión de agua de más de nueve millas.

¿Era por ventura posible que con tan escasa fuerza se pudiera cerrar eficazmente la entrada o salida del puerto de Arica, a una nave de la velocidad de marcha de la “La Unión”?

Fué evidentemente esta pregunta, que no tenía otra respuesta que un nó redondo, lo que indujo al comandante del “Cochrane” a reunir a su bordo a los comandantes del “Huáscar” y del crucero “Amazonas”, no obstante de que no ha podido dejar de ocurrírsele al jefe de la fuerza bloqueadora que si no hacía con los tres buques que estaban a sus órdenes el milagro de los panes, poco o nada útil podía resultar de la conferencia a que había citado a los jefes subordinados; pero, en fin, algo había que determinar, y ese algo; por lo mismo que se presentaba tan obscuro y erizado de dificultades, no podía tratarse por intermedio del Código

de Señales. De aquí, pues, la imprescindible y aun diremos lamentable necesidad de que los comandantes de buques se reunieran en consultas al oeste del puerto”.

Apéndice al capítulo VI.

I

Captura de la “Alay”.

Informe del 2º comandante del “Amazonas”, teniente 1º don Emilio Valverde, sobre el apresamiento de la “Alay”.

“En cumplimiento de la orden que antecede, expongo: Que encontrándome a bordo del crucero “Amazonas” en la época que se indica en la nota del señor Ministro de Marina, desempeñando el cargo de oficial de detall, apresamos el día 23 del último Diciembre una lancha porta-torpedos que venía para el gobierno del Perú a cargo de los oficiales de marina de guerra de dicho gobierno, señores teniente 1º La Barrera y guardia marina Vidal, los cuales se encontraban fuera de la embarcación en el momento de apresarla.

Esto se efectuó sin resistencia alguna de parte de tres individuos de diversas nacionalidades, que se encontraban a bordo.

Fué apresada frente a bahía de Santa Elena, fondeada y distante unas tres millas de la costa, poco más o menos, por latitud sur 2º 11' y longitud oeste de Greenwich 81º 5' oeste.

La correspondencia oficial que se encontró a bordo se remitió al “Blanco Encalada” en Paíta, junto con el equipaje de los oficiales peruanos.

Es cuanto tengo que informar en cumplimiento de la orden que antecede”.

II

Estirada nota Ministerial.

Nº 207.- Ministerio de Guerra y Marina. Santiago, Enero 21 de 1880.

Se ha recibido la nota de V. S. de fecha 4 del corriente, en la que se detallan las distintas operaciones ejecutadas por los buques expedicionarios que salieron al Norte con el objeto de apresar la lancha torpedo peruana y cumplir las demás instrucciones dadas por el Gobierno.

En dicho oficio manifiesta V. S. que no obstante haber V. S. encontrado dos lanchas a la vela y el bergantín “La Valeza” que debieron ser capturados, no lo fueron, sin embargo, por pertenecer a infelices a quienes no se hace la guerra.

Este oficio tiene por objeto manifestar a V. S. que el gobierno cree que se debe hostilizar al enemigo por todos los medios legítimos de la guerra, cualquiera que sea la condición de las personas sobre que deba recaer el mal, proveniente de los actos legítimos de hostilidad.

La manera de hacer más humana la guerra, es concluir la pronto, a fin de evitar males mayores, como son los que resultan de su prolongación.

Tratándose de un enemigo que aún no se considera vencido, y que se prepara a la resistencia, el mal causado a todos ellos, sean pobres o ricos, influye notablemente para inclinar el ánimo del pueblo a pedir la paz; y ésta se ve alejarse indudablemente cuando el que tiene la fuerza y el poder, no la emplea para perjudicarlos por todos los medios lícitos que el derecho de gentes autoriza, y les permite continuar a su vista en las mismas labores que en tiempo de paz.

En consecuencia, los buques de su mando deben apresar toda embarcación que haya derecho para capturar, según las reglas del Derecho Internacional, y enviarlas a los puertos chilenos o destruirlas, según las circunstancias. Igualmente deberá V. S. disponer que todos los medios de embarque en los puertos enemigos, a que puedan tener acceso nuestras naves, sean

bien destruidos o inutilizados, a fin de conseguir pronto, el resultado legítimo de la guerra, según lo he indicado en el presente oficio.

Dios guarde a V. S.- *José A. Gandarillas.* - Al Comandante en jefe de la Escuadra, contralmirante don Galvarino Riveros.

CAPÍTULO VII.

Apoteosis.

Dulce et decorum est pro Patria mori.

HORACIO.

El capitán Condell, comandante en jefe de la escuadrilla bloqueadora de Arica por el ministerio de la ley, dispone la conservación de los restos de Thompson y Goycolea, mientras llegan órdenes superiores. Al depositar los fúnebres despojados en el barril de alcohol, rinde homenaje a su ex-jefe en una sentida y patriótica alocución, que la dotación del “Huáscar” formada sobre cubierta escucha gorra en mano.

El señor Ministro dispone que el transporte “Itata” conduzca la fúnebre carga a Iquique, para sur trasbordo al sur, en unión de los cadáveres del comandante Ramírez, capitán Garretón y teniente Cuevas, depositados en la iglesia parroquial de este puerto.

El comandante don José Ramón Vidaurre, en su segunda expedición a Tarapacá, identificó los restos de Ramírez y Garretón, y los trasladó a Santa Catalina.

El general en jefe dispuso que los condujeran a Iquique, el mayor don Miguel Arrate Larraín, hijo político de Ramírez, y el teniente don Abel Garretón, hermano del capitán.

Los regimientos 2º de línea, Artillería de marina y batallón Chacabuco, testigos del martirio de Tarapacá, hicieron los honores fúnebres a la partida del convoy.

Las manifestaciones de condolencia se suceden en todas las estaciones, hasta Pisagua, en donde forma calle hasta el muelle un batallón del “Esmeralda”.

El “Toro” conduce la comitiva a Iquique, en donde desembarca en la mañana del 9.

I

El cañón retumba de cuarto, en cuarto de hora; los vecinos izan a media asta la bandera nacional; las autoridades y el pueblo en masa se reúnen en el muelle.

El general don José Antonio Villagrán, jefe de la Reserva, preside el duelo. Le acompañan, a su derecha, el jefe civil don Miguel Carreño; y a la izquierda, el comandante general de artillería don José Velásquez.

Empieza el desfile.

Adelante, el carro fúnebre cargado de coronas y ramos. Sigue el ataúd del comandante, conducido por los tenientes coroneles señores José Ramón Vidaurre, Eulogio Robles y Alejandro Gorostiaga; y mayores, señores Miguel Arrate Larraín, Bolívar Valides y capitán de puerto don Estanislao Lynch.

Los señores Manuel Campbell, capitán del “Toro”, teniente Abel Garretón, capitán Benjamín Montoya y otros oficiales de la guarnición llevan la urna de Garretón.

Marchan en seguida los jefes y oficiales francos, la Honorable Junta Municipal, cuerpo consular, empleados públicos, y caracterizados vecinos. Cierra la columna, la Brigada de Zapadores del comandante Santa Cruz.

Numeroso pueblo cubre la retaguardia.

Los ataúdes permanecen en una hermosa capilla ardiente, mientras se oficia la misa, con las preces de ritual; terminada la ceremonia, se guardan en la cripta de la iglesia, en unión del cadáver del teniente Cuevas, del Chacabuco.

Poco después, el “Toro” recibe orden de trasladar a Antofagasta los despojos de Ramírez, Thompson, Garretón, Cuevas y Goycolea. No puede seguir al sur por necesitarse su remolque en Pacocha.

II

El 3 de Marzo, ancla el vaporcito en Antofagasta.

Una comisión militar, presidida por los mayores don Wenceslao Bulnes y don Juan Pablo Bustamante, desembarcan la preciosa carga, que es recibida en el muelle por el comandante general de armas, coronel don Marco Aurelio Arriagada, acompañado del gobernador del territorio don Nicanor Zenteno, el comandante Carabineros de Yungay don Manuel Bulnes, Junta Municipal, Club de Antofagasta, Directorio del Cuerpo de Bomberos, comisiones de gremios y sociedades obreras, y numeroso público que acuden a saludar a los héroes.

El cortejo desfila en el siguiente orden: Comitiva oficial, carro de coronas y flores, arrastrado por bomberos.

Material del Cuerpo de Bomberos con las cajas mortuorias, cubiertas con banderas, guirnalda de ciprés y emblemas militares.

Regimiento cívico de Antofagasta y dos compañías del batallón movilizado “Aconcagua” N° 1.

Manda la línea el teniente coronel don Matías Rojas Delgado, jefe del “Antofagasta”, antiguo y prestigioso vecino desde los tiempos de la dominación boliviana.

III

Por disposición Suprema, el “Paquete de Maule” toca en Antofagasta y recibe a bordo, las preciadas reliquias, para llevarlas a Valparaíso, e uyo intendente, don Eulúgio Altamirano, se prepara a recibirlas con merecida pompa.

Nombra una comisión encargada de arreglar y dirigir las manifestaciones con que el puerto honrará a los ilustres guerreros cuya muerte deplora el país. Componen dicha comisión los señores Benicio Alamos González, Juan de Dios Navarro, Manuel del Río, Setimio Rondanelli, Enrique Wilshaw, Rafael Casanova, Ramón Domínguez, Heraclio Martínez y Pacífico Álvarez.

Estos caballeros hacen honor a su encargo. Los vecinos secundan su acción, y prometen adornar e iluminar el frente de sus casas, pues la ceremonia se hará de noche con antorchas.

El 12, tres cañonazos del fuerte San Antonio, anuncian a la ciudad la llegada de las sagradas cenizas. Inmediatamente, se iza a media asta el tricolor patrio, en los edificios públicos y particulares, fuertes y buques de la armada.

A las 6 P. M., se dirige a bordo la comitiva oficial de desembarco formada por don Miguel Hurtado, capitán de navío; don Ramón Vidal Gormáz, capitán de fragata; don Benjamín Viel, teniente coronel de ingenieros; y don Rafael de la Rosa, sargento mayor, que escoltan las urnas hasta el malecón, en donde las reciben, a nombre de la ciudad, don Eulogio Altamirano, intendente y comandante general de armas; contralmirante don Anacleto Goñi, comandante general de Marina; don Vicente Dávila Larraín, Intendente General del Ejército y Armada; don Juan de Dios Merino Benavente, Comisario General, y varios otros funcionarios.

Colocados los ataúdes sobre tres carros del cementerio y dos de los bomberos, exornados lujosamente, se inicia el desfile por la calle Blanco, en dirección a la Matriz.

El cortejo se compone de los vecinos más respetables de Valparaíso, las comisiones venidas de Santiago, y las de las Instituciones y, Sociedades locales. El acompañamiento oficial ocupa una extensión de tres cuadras. Cierra la retaguardia el cuerpo de Bomberos y dos compañías del Batallón Cívico N° 1, con su respectiva banda de músicos.

El pueblo llena las calles, reverente y silencioso, de suerte que el desfile se efectúa con todo orden y compostura.

Los oficios religiosos se celebran en la Matriz, lujosamente engalanada, con asistencia del clero secular y regular. Terminados, sigue la romería por la calle de la Planchada hasta la

plaza de armas; donde don Manuel Vicuña, sobre improvisada tribuna, pronuncia un elocuente discurso, vibrante de patriotismo y de cariño hacia estos hijos de Chile caídos en el campo del honor.

Continúa la comitiva por las calles de la Aduana, del Cabo y San Juan de Dios, torciendo, por Bellavista a la estación de este nombre, en donde termina la manifestación con una brillante alocución del señor Indalecio 2º Díaz.

Al día siguiente, el señor Altamirano y numerosa comitiva despiden en la estación del Barón, el tren especial que conduce a la capital los nobles despojos de nuestros héroes.

El convoy se compone de la locomotora y cinco carros. Esta va cubierta de palmas verdes, festones, ramas y coronas, entrelazadas con bandas y rosetones de tul negro.

El primer carro conduce a Garretón, Cuevas y Goycolea. La sencilla inscripción “Tarapacá” va orlada con ramilletes y lazos negros de cinta.

El segundo encierra los restos de Thompson. Lleva un escudo en que campea esta lacónica frase: Abtao, Papudo, Arica. En el interior, dos pabellones cubren el féretro, custodiado por trofeos de armas y poetizados con hermosas coronas.

El tercero contiene la urna de Ramírez. En la parte exterior, el nombre Eleuterio Ramírez, lleva esta leyenda: Calderilla, Cerro Grande, Tarapacá, Calama.

La parte interior, completamente tapizada de negro, luce, un hermoso trofeo de armas colocado sobre un tambor. Encima, una hermosa corona, en cuyos lazos se lee. “Eleuterio Ramírez, héroe de Tarapacá”. Se destaca sobre ella, como fuente de tanta gloria, el escudo chileno, con el mote en letras de oro: Por la Razón o la fuerza. Otro trofeo de armas, entre banderas y coronas, adorna el extremo opuesto.

Del cielo pende una enorme corona, suspendida sobre el féretro colocado en un pedestal tapizado de terciopelo negro y cubierto con las coronas enviadas de Valparaíso, por el Asilo, la Sociedad de Beneficencia de Señoras y pueblo de Llay-Llay.

Otros carros, severamente enlutados, conducen la escolta de artillería, deudos y comisiones provinciales.

IV.

Son las 3:30. El convoy penetra a la estación Alameda. El pueblo se descubre en silencio. Las bandas rompen con fúnebres marchas.

El Intendente, la Ilustre Municipalidad e invitados con tarjeta especial reciben los venerados despojos, que el secretario municipal don J. Manuel Dávila, saluda en un breve discurso.

Un pueblo inmenso rodea la estación; hay necesidad de una fuerte guardia para evitar atropellamientos y la destrucción de las rejas.

A las 5:20 P. M. sale el cortejo de la Estación, cuyo, ante-pecho, cubierto de negros cortinajes, luce la siguiente inscripción: La Patria, anegada en lágrimas, espera de rodillas los restos de sus hijos más queridos.

Empieza el desfile en el siguiente orden:

Ocho batidores.

Alumnos de la Escuela de Artes y Oficios.

Carro de O'Higgins, que conduce los restos de Goycolea; lleva sencillo adorno de flores y coronas entrelazadas con negra gasa, tiran el carro carabineros de Yungay, le rodean los deudos del joven oficial, y forman guardia de honor miembros de la Guardia de Orden y algunos marineros de los arsenales de Valparaíso.

Brigada de los Sagrados Corazones.

Carro de los Bomberos que conduce los restos del malogrado teniente Cuevas, con adornos idénticos al anterior, tirado por miembros de la 4ª Compañía de la Bomba Francesa. Forman guardia de honor los convalecientes del Batallón Chacabuco, al mando de un sargento; y el capitán del mismo cuerpo, don Carlos Campos.

La urna de cristal que contiene los restos de Garretón, es arrastrada por soldados de la Guardia Municipal, cadetes de la Escuela Militar y Guardias del orden.

Cubierto de coronas de flores, tapizado con fúnebres gasas, marcha el carro de Blanco Encalada, con los restos de Ramírez y Thompson.

Los heridos convalecientes del 2° de línea rodean el carro, que escoltan los tenientes coroneles señores Egidio Gómez Solar, Bernardo Gutiérrez, Rosauo Gatica, comandante de Carabineros de Maipú, mayor Francisco Zúñiga del mismo cuerpo, y capitán de fragata don Carlos Pozzi.

Junto al féretro caminan, doloroso recuerdo, dos hijitos de los dos ilustres próceres.

En pos de este último carro, siguen las comisiones militares, de marina, de translación, autoridades, deudos, y la comisión de Valparaíso, encabezada por don Benicio Alamos González.

Cierra la marcha el coronel don Arturo Claro, con el cuerpo de Cadetes de la Escuela Militar, la banda de la Guardia Municipal, el Cuerpo de Bomberos armados y el Batallón Santa Lucía, con sus respectivas bandas.

El cortejo sigue por la Alameda, cuyas avenidas semejan enormes jardines en que se mezclan con los negros crespones, las coronas de flores, las guirnaldas de arrayán, y los emblemas de palmas entrelazadas.

Al entrar a la calle Ahumada la comitiva pasa bajo un arco de arrayán con rosetas de tules negros, coronado con la siguiente inscripción en letras negras sobre fondo blanco: La ciudad de Santiago se prosterna delante del féretro de los grandes héroes y al pasar los saluda.

La calle presenta un aspecto imponente, con los oscuros cortinajes que caen desde los pisos superiores de los edificios, hasta la acera, con festones blancos, y guirnaldas de mirto.

Los carros se detienen frente a la catedral; fúnebres cenefas con orlas blancas cubren el palacio arzobispal. Sobre la puerta principal de la Iglesia metropolitana se lee en grandes caracteres: El pueblo de Chile abre sus templos a las almas de los que por él murieron y en nombre de la religión, al recibirlos, los bendice.

El Vicario Capitular, Congregaciones religiosas, clero secular y regular y Seminario Conciliar, reciben las urnas de cristal y caoba, que entran al sagrado recinto, al tañido a muerto de las campanas de las iglesias de Santiago.

El lunes 14 se celebran las exequias; pontifica el obispo de Anazarbo, don Joaquín Larraín Gandarillas.

Asisten a la misa S. E. el Presidente don Aníbal Pinto, los Ministros de Estado, señores José Antonio Gandarillas, Augusto Matte, Miguel Luis Amunátegui y Domingo Santa María, los Ministros de la Corte Suprema y de Apelaciones, las mesas de las ambas cámaras, jefes del ejército y marina, altos empleados públicos; en resumen, cuanto de notable encierra la capital en el foro, en la magistratura, en el ejército, en el sacerdocio, en las letras, en la instrucción, en todas las esferas sociales.

Las bóvedas de la catedral severamente enlutadas resplandecen con millares de luces.

El catafalco en que descansan los ataúdes, de negro terciopelo, forma un severo conjunto de ramajes, flores y cintas, artísticamente entrelazadas.

La misa, pontificada por el señor Larraín Gandarillas, asistido por el coro de canónigos, hace profunda impresión en la concurrencia, con las graves armonías de las notas llanas de la capilla de cantores, acompañada de una escogida orquesta.

Terminada la ceremonia religiosa, durante la cual la batería del Santa Lucía dispara de cinco en cinco minutos, a las 11 A. M., el cortejo, se dirige al cementerio, escoltado, por el cuerpo de bomberos armados, Escuela Militar, Batallón Santa Lucía, Guardia del Comercio, Brigada San Luis, Carabineros de Maipú y el pueblo entero estacionado en la plaza y calles adyacentes.

La comitiva toma por las calles Puente, Artesanos, Recoleta, y Rosario, pasando bajo dos hermosos arcos, uno en el puente de cal y canto, y otro en Recoleta, con esta leyenda: Los habitantes de ultra Mapocho, saludan los restos venerados de sus héroes.

La Dirección del cementerio había engalanado la fachada con un rico juego de terciopelo piara ocultar la conocida inscripción:

Esta juzgas tumba de los hombres

Por que en ella descansan sus cenizas,
Es la cuna sagrada donde empieza
A renacer el alma a mejor vida.

En su lugar, lucía esta otra, en letras color fuego: Chile, en un solo pensamiento, da con veneración el último adiós a los restos de sus héroes.

La familia Velasco cedió su mausoleo recién terminado, para el depósito de las reliquias, se hallaba tapizado de laureles, palmas, rosas, siemprevivas, cipreses y mirtos en profusión.

El Asilo de la Patria, o sea los hijos de soldados muertos en la guerra, montaban la guardia, en unión de un pelotón de cadetes.

Hubo numerosos discursos, de los que escogemos, en primer lugar el del senador por Coquimbo, don Benjamín Vicuña Mackenna.

Dijo el cantor de las glorias nacionales:

Señores:

Durante la larga serie de años en que el triste deber de los supremos adioses me ha conducido a este sitio fúnebre, no había presenciado jamás un espectáculo tan imponente como el que desde esta grada diviso y admiro.

He visto quizás mil veces gemir en estos senderos que son el reino silencioso de la muerte, al padre, al hermano, al hijo, al amigo, al que ha traído en sus brazos el dulce peso de su propia vida, la angélica frente de la hija robada en la cuna a nuestro blando halago, ceñida de blancas rosas, o empapada en llanto y cubierta con los ósculos de santo respeto, la cana cabellera del padre venerable que nos guió en la cuna.

Pero hoy, en este severo cortejo de los muertos por el hierro, cuyos féretros ha seguido taciturno y reverente todo un pueblo, al redoble ronco del tambor y al toque pausado y grave de la campana funeral, no ha sucedido, señores, nada de eso.

El grupo hace convertido en masa, la corriente en ola, el llanto en lava, la ciudad en mar humano y la última plegaria de los corazones y de los labios en himno mudo que remonta al éter como el humo de la pira después de la batalla, como la nube de incienso que en hondas suaves y calladas envuelve en espirales las altas bóvedas del tabernáculo y apaga y armoniza con su aroma las últimas preces de los sacerdotes.

¿Por qué, señores, ha acontecido todo esto?

Porque bajo la corteza del ébano y de la encina que guarda los despojos del guerrero mutilado, brilla todavía como oculta e inmortal centella algo que no muere como la carne. Y ese algo, divino es el alma de Chile, rota por el plomo, calcinada por el fuego, mas no extinta, ni por las cenizas que la cubren ni por el olvido que la enluta, ni siquiera por ingrato aplazamiento de egoístas como el que ¡ay! cabe hoy y todavía... a los que primero, sin rendirse, se inmolaron.

¡Ah, señores! Vedlos y contadlos uno a uno a los que ayer como el acaso llegaron, huéspedes de nuestro amor y de sus fosas... Son hoy únicamente cinco entre los mil, y entre los mil, esos cinco como los cinco de Iquique sucumbieron en sitio y en aposturas diferentes.

Eleuterio Ramírez, este Luis Carrera de la contienda moderna, que habría quebrado su espada en el desfiladero andino como el adalid de la patria vieja en la alameda de Rancagua, si al primer disparo del cañón, voz pusilánime hubiérale detenido el brazo, ha caído en el fondo de la quebrada; Garretón sucumbió con los suyos en la sangrienta hoguera que a estas horas nuestros soldados vengan, no con la tea, sino con el rifle... Jorge Cuevas, yacía en la cima de la colina... qué era a donde llegaba su vida apenas comenzada... Y el otro, grande a su turno en el mar, noble, enhiesto que retó al huracán y su rayo es derribado por el rayo al pié del mástil, y junto a él, el niño valeroso asido con sus dos brazos al cañón...

¡Héroes de Chile! El eco de la garganta peruana ha llegado a través de las sinuosidades del desierto a los pardos arrecifes en que el océano se echa rugiente en espumosa cresta; y en la cima del monte y de la ola; luce la estrella de la Patria ausente, que al morir vosotros, destelló en la bóveda del cielo el rayo de luz que hacia él todavía os guía.

¡Héroes de Chile! Sea vuestra memoria enaltecida más allá de la montaña... más allá del océano... más allá de los siglos...

Pero, señores, en el mar como en el páramo, una mano misteriosa, tenaz, invisible, (mano de madre al fin!) ha mostrado simultáneamente a los piadosos rebuscadores de la muerte el derrotero sangriento; y cavando aquí los unos la tierra endurecida; aportando allá los otros las maderas calcinadas por cobarde llama; recogiendo los últimos sobre el férreo puente los fragmentos palpitantes que ha tronchado la metralla, consúmase al fin la obra santa de la unificación en el holocausto y en el bálsamo que exsuda el ara inmaculada... Es la madre que al fin ha encontrado, en las aras su tesoro. Es Agripina que trae a Roma del fondo de la Armenia la urna de Germánico... Aquí tenéis, señores, las cinco, urnas de los mártires muertos en extranjera tierra, simétricamente colocados en la misma grada en que se arrodilla el pueblo y oran los ministros del altar.

Por esto, señores, os he dicho que hemos venido escoltando hasta este túmulo, no eran propiamente las cenizas de cinco héroes, no era el polvo de la batalla, no era la espuma del mar, ni era únicamente un rayo de gloria condensado por la muerte en opaco prisma, al borde del sepulcro, sino que todo eso era justamente el alma inmortal de la Patria, ofrecida en sublime expiación al Dios de las batallas, en este altar formado toscamente por columnas de ataúdes.

Por esto, señores, nos será permitido dejar intacto el rudo catafalco del heroísmo, sin levantar su pesado cobertor de viaje, sin romper los sudarios de los deshechos restos, sin individualizar los merecimientos personales, sin establecer siquiera las preeminencias de la rígida milicia, sin las valorizaciones supremas de los caracteres, que son el fallo distributivo de los muertos. Esa es la parte de la historia, y tal tarea augusta está cumpliéndose a esta hora y en su sitio.

Señores:

Voy a dar fin a este discurso de íntimo y afectuoso adiós.

Estos restos que el pueblo ama, que la religión bendice, y que la patria recibe y sepulta, conmovida y suplicante, han venido en busca de esta bóveda prestada por un día, desde lejano monte y desde lejana playa. El Andes y el Pacífico se han unido para enviarnoslos, engrandeciéndolos con la proyección de sus sombras gigantescas, desde el Morro de Tarapacá hasta el Morro de Arica; hánles vistos desfilar, presentadas las armas y enlutadas las banderas, el ejército, las naves, las poblaciones, nuestros valles, nuestras montañas, nuestras catedrales.

Es esto, señores, el deber y el sentimiento público, que hoy caracterizamos, invocando ante la patria en armas, ante el ejército que marcha y ante la armada que castiga, los manes de los héroes y de los mártires aquí presentes.

En cuanto a los que están allá en la ladera, fijos los ojos en el horizonte, remangados los brazos cual los gladiadores, firmes en las filas como rocas y prontos a bajar a la hondanada que será la revuelta sepultura de los bravos, esos saben ya como la patria paga lo que les debe y al marchar podrían decir:

Ahora muramos!

Sí, señores, Chile, al fin, ha aprendido a pagar.

Aquí están las cenizas de las víctimas. Pero aquí está también la marmórea bóveda destinada a recibirlos.

Aquí están sus féretros de viaje. Pero ellos descansan sobre blando lecho de encina y laurel.

Aquí están sus huérfanos; pero aquí está el asilo y el pabellón que los ampara, (en este momento el hijo del sargento Aldea, que llevaba el pabellón del Asilo de la Patria enlutado, con una banda de crespón, lo alza y lo bate en el aire).

Era esto, señores, lo que cumplía a esta madre a la vez tierna y sañuda, implacable para amar, implacable para ser obedecida, que se llama *Patria*.

El señor don José Antonio Tagle Arrate, termina su hermosa alocución, con este solemne juramento:

¡Mártires chilenos, bendita sea vuestra memoria!

Sí; será bendita vuestra memoria y al mismo tiempo será vengada vuestra pérdida. Aquí en este lugar de luto y de llanto, de consoladoras esperanzas, de recuerdos indelebles; aquí en este lugar de muerte y de vida, juremos esa justa venganza, retemplemos las fibras del amor a la patria, para no olvidar la grande enseñanza que nos legan; ¡todo por la Patria! ¡todo por Chile!

Siguen varias composiciones poéticas. Del poeta coquimbano don Pablo Garriga tomamos las siguientes estrofas:

Santas reliquias que llegan al seno
De la Patria querida:
Ved, todo un pueblo de ternura lleno
En que un gigante corazón se anida
Viene a llorar su eterna despedida.
En vosotros se encierra,
Cual preciada memoria
Cuanto queda en la tierra,
De esos bravos soldados, que la gloria
Eternizó en el libro de la historia.
Y hoy, con amor mil seres os reciben
Y vienen a este sitio consagrado,
No a gemir, a alentar a los que vienen.
¡Llorar no sabe un pueblo denodado
Sobre la tumba heroica del soldado!

Reminiscencia.

Ramírez.

Ramírez no cumplía cuarenta y tres años el día de su sacrificio. De estos, consagró veinticinco, más de la mitad de su existencia, al servicio de la nación, en las filas del ejército.

Venía de raza guerrera; hijo, nieto y hermano de militares, se sintió llamado a la carrera de las armas.

En Arauco supo conquistarse un nombre, con acciones distinguidas; destrozó en los Maquis una fuerza diez veces más numerosa de montoneros e indios que amenazaban destruir la villa de Arauco.

En nuestra diferencia con España le tocó rechazar el desembarco en Calderilla, intentado por varias lanchas cañoneras, sostenidas por la Berenguela.

Sargento mayor en 1868, derrotó con 150 infantes una masa de indios que en número de dos mil se dirigían a arrasar las poblaciones de Collipulli y Curaco.

Siguió en la frontera la vida de campaña activa, lo que no le impedía dedicarse a estudios culturales y a la perfección de sus conocimientos literarios. Fundó el “*Faro Militar*”, publicación destinada al estudio profesional y a la difusión entre la oficialidad del gusto por las bellas letras.

Graduado de teniente coronel en 1872 y efectivo en 1874, recibió el comando del 2° de línea, con el cual cubrió la guarnición de Valparaíso.

El gobierno dispuso la marcha del 2° a Antofagasta, en 1879, a reforzar la guarnición, que a cargo del coronel don Emilio Sotomayor, había ocupado la plaza, el 14 de Febrero.

Antes de embarcarse, la sociedad porteña festejó con un suntuoso banquete, al jefe y oficialidad del 2°.

Respondiendo a los discursos de buenaventura para el porvenir, el comandante Ramírez, se expresa en los siguientes términos:

“Señores: A nombre del batallón 2° de línea y del mío propio, doy las más sinceras gracias por la espontánea y noble manifestación de que hemos sido objeto, tanto del pueblo de Valparaíso, como de vosotros mismos, que formáis en las filas de los más esclarecidos ciudadanos de esta localidad.

Pero debo recordaros que el honor que hacéis ahora al cuerpo de mi mando, a quien ha cabido la suerte de ser llamado uno de los primeros a la defensa de los intereses y de la honra de nuestra patria, lo recibo no sólo en su nombre del batallón 2° de línea, sino en el de todo el ejército que como vosotros, está llamado a defenderla.

Permitidme, pues, en estos momentos que recuerde a los viejos compañeros de armas que formaron en las filas del Carampangue, Chacabuco, Maipú, Buin, Santiago, Colchagua, Carabineros y Yungay, del último de los cuales se ha formado este batallón, que han legado a la historia de nuestras páginas gloriosas, hechos inmarcesibles de abnegación y heroicidad.

Esta huella luminosa de victorias seguirá siempre este batallón, continuando de esta manera la tradición de acontecimientos que han enaltecido al ejército chileno y manteniéndolo en la esfera respetuosa de que ha gozado dentro y fuera de la República.

La manifestación de que somos objeto la acepto con tanta mayor razón, cuanto que ella envuelve un deseo vehemente de gloria y prosperidad para el ejército del país, del cual nosotros somos en este momento una pequeña parte y como un aliento que lo impulsará, como en todo tiempo, por el sendero de la gloria y del honor”.

El comandante dejaba la patria, la familia, y marchaba como en todas circunstancias a cumplir con su deber. Tomó parte en la toma de Calama, en el asalto de Pisagua, y en la hecatombe de Tarapacá, siempre el mismo, esclavo consciente del honor militar.

Thompson.

La guerra del Pacífico lo encuentra en el retiro, del hogar, trabajando como agrimensor, para atender a los numerosos retoños habidos en su matrimonio con doña Elena Ortíz, dama distinguida de la sociedad limeña, celebrado en Valparaíso en 1872.

Hijo de marino, siguió la profesión paterna. En 1851, de doce años de edad, era ya gallardo cadete de cinco piés de alto.

Hizo rápida carrera.

A los veintiséis años, le encontrarnos de teniente 1º, segundo, comandante de la “Esmeralda”, a las órdenes del capitán Williams Rebolledo.

Por la toma de la “Covadonga”, el gobierno le asciende a capitán de Corbeta, y le nombra comandante del buque capturado. A cargo de la “Covadonga” concurre al combate de Abtao, en el cual desempeña lucido papel.

Terminada la campaña del 65-66, el Supremo, Gobierno le comisiona para efectuar varios trabajos hidrográficos.

Obra suya fué la carta de la hoya del Bío-Bío, trabajo digno de encomio.

En 1859, se encontraba la fragata “Olga”, lista en la bahía de Valparaíso, para darse a la vela, rumbo a Magallanes, con un cargamento de deportados políticos.

Thompson lleva a su amigo don Roberto Souper dos buenos revólveres, con los cuales éste se subleva a bordo, apresa a la tripulación, y hace rumbo al Callao. Si se sabe el hecho, el señor Thompson habría perdido su carrera y quién sabe si también la libertad. El gobierno se mostraba inflexible con los revoltosos.

Después de siete años de retiro, el Ministro de la Guerra, lo llama al servicio, en 1879, y le confía el comando de la “Esmeralda”.

Cuando el almirante Williams marchó al Callao a echar a pique a la escuadra peruana, por medio de un brulote, Thompson recibió el mando de la “Abtao”, destinada a volar en medio de los buques enemigos, dando fuego a la Santa Bárbara.

Como comandante del “Amazonas”, hizo cruceros a Panamá y Punta Arenas, en busca de la corbeta “La Unión”, no obstante que mandaba un vapor mercante de fierro, dedicado antes de la guerra al servicio de la costa.

Su valor temerario le impulsaba a buscar el peligro. Su gloriosa muerte sobre el puente de mando llenó sus aspiraciones, y le inmortalizó en las páginas de la marina nacional.

CAPÍTULO VIII.

En Pacocha.- Cambio del plan de operaciones.

Los jefes que tienen comisión especial bajan a tierra en cuanto los buques arrojan las anclas en la rada de Pacocha.

El comandante Pretot Freire toma posesión de la estación del ferrocarril y organiza en breve los servicios con soldados carrilanos enrolados en los cuerpos.

El comandante Stuvén recibe la orden de armar y recorrer la máquina a vapor de la cabecera del muelle, que se encuentra inutilizada. Hay que hacerla funcionar cuanto antes para desembarcar los bultos de excesivo peso, como piezas de artillería de campaña y cajas de granadas. Con la ayuda de los pontoneros, pone la máquina en movimiento y baja el material pesado.

Los trabajos ferroviarios se regularizan en la tarde. Pretot toma a su cargo la superintendencia, Stuvén la maestranza, el mayor H. Quelart la sección del material y el capitán Latham la sección Vía. El jefe de telégrafos, Figueroa, se establece en la oficina principal, cuya máquina se halla intacta, e intercepta los despachos que pasan por Hospicio, centro telegráfico en donde convergen los hilos de Tacna, Moquegua, Arequipa y Pacocha.

Un ligero inventario demuestra que el edificio y material se encuentran en buen estado; las maquinarias de la maestranza, corrientes; las mesas de plataforma y ruedas de repuesto, en perfecto arreglo.

Cuatro locomotoras contiene la casa de máquinas: La Huracani, Alerta, Moquegua, y Pacocha. Carecen de algunas piezas esenciales, fuera de las que se llevó Stuvén en la expedición del comandante Arístides Martínez.

Los ingenieros enviados de Arequipa a inutilizar estas máquinas declararon enfáticamente que ningún mecánico les daría movimiento antes de dos meses de ruda labor; y pronunciada la sentencia, regresaron a Arequipa.

Latham examina la vía con un pelotón de pontoneros; la encuentra sin deterioros. Hace limpiar la trocha hasta el extremo del muelle, y asegura la movilización de la Intendencia y Parque. De la Estación al interior, recorre hasta el punto denominado el Alto, cinco kilómetros adentro, sin hallar desperfectos considerables.

En el galpón de movilización hay 30 carros de carga, estanques y pasajeros. Estos con capacidad para cien personas, del mismo tipo de los del ferrocarril entre Santiago y Talca.

La Superintendencia solicita del Estado Mayor General, un número determinado de obreros de maestranza. A la mañana siguiente, las chimeneas vomitan torrentes de humo y empiezan los trabajos de la usina con la respectiva dotación de maquinistas, fogoneros, caldereros, herreros, fundidores, torneros y carpinteros.

El general Escala, había tenido la precaución, tanto al salir de Antofagasta, como al partir de Pisagua, de ordenar que cada jefe de cuerpo llevara un rol minucioso de los oficios o aptitudes de cada individuo, para utilizar su especialidad, con la anotación de si había residido, en el Perú.

La Sección Fundiciones elaboró varias piezas para el ferrocarril y después, muchas para la armada, la artillería y parque.

La usina trabaja día y noche. El 29 a las 4 P. M. sale de la estación principal un convoy arrastrado por la locomotora Pacocha N° 3, compuesto de un carro estanque, tres de carga y uno de pasajeros. El comandante Stuvén gobierna la locomotora, y el capitán Latham hace de fogonero. A retaguardia siguen 150 pontoneros con un carro volante, cargado de herramientas

para subsanar los destrozos de la línea, quedando desde ese momento establecido el servicio de camineros, por cuadrillas.

El convoy recorre hasta la Pampa, diez kilómetros adentro y regresa a la estación central para enmandar las fallas encontradas en el material.

El doctor Allende Padín mientras desembarcan las Ambulancias y su voluminoso material, construye jardines en la playa, para el descanso natural de la gente, con prohibición bajo severas penas, de cavar letrinas o proceder aisladamente a campo raso. Todo el mundo debe ocupar las nuevas vespasianas, bajo las cuales corren las olas, arrastrando todo germen de infección.

Procede igualmente a habilitar un hospital, volante, destinado a las enfermedades comunes, en unas bodegas desocupadas de la estación, a cuyo servicio destina la 4ª Ambulancia, con el siguiente personal.

Cirujano 1º Doctor Hermógenes Ilabaca.

Cirujanos 2ºs licenciados en medicina y farmacia, señores David Perry y Manuel Gundelach.

El primero hizo las cuatro campañas, y marchó después a Estados Unidos a perfeccionar sus estudios y graduarse de doctor. El segundo, falleció como médico de bahía en Valparaíso.

Contralor, don Rafael Vargas.

Farmacéutico, don N. Chacón.

Practicantes, señores Luis E. Arellano, Francisco de Borja Valdés y J. Tapia, que pasando los años actuó como subdelegado de Tarata.

El Hospital volante recibía a los enfermos de los campamentos de Pacocha, como a los que bajaron más tarde de Moquegua, y del valle de Ilo. Después de algunos días de tratamiento, algo fortalecidos, eran evacuados al hospital militar de Iquique, y de ahí a la No1ria, los atacados de tercianas.

Entre las enfermedades reinantes, predominan el paludismo y sus complicaciones intestinales y hepáticas.

El cuerpo de capellanes se hospeda en la casa parroquial abandonada y ruinoso, a la que hubo de hacerle reparaciones de importancia para ponerla habitable. El capellán mayor señor Fontecilla levantó un minucioso inventario, que fué remitido después al párroco que había fugado a Moquegua. Los capellanes desempeñaron las funciones desde el primer día; todos los domingos, el ejército asiste a la misa de campaña, conforme a la Ordenanza.

En la tarde del 25 salió en exploración un piquete de cincuenta Cazadores a caballo, con el coronel Lagos, jefe de Estado Mayor General; recorrió los alrededores hasta darse cabal cuenta de las localidades; en una de estas excursiones estuvo en serio peligro de ahogarse al atravesar el río Ilo, en uno de los pozos insondables que ocultan remansos de apariencia inofensiva.

Las Divisiones acampan por orden numérico, en columnas de Batallón, tendidas de mar a cordilla con frente al sur, es decir, al enemigo.

El general en jefe no se da momento de reposo para poner en pié de marcha al ejército, pues, su ideal es tomar cuanto antes la ofensiva, operando primero sobre Moquegua, para limpiar su flanco izquierdo, y avanzar después sobre el valle de Locumba, en demanda de Montero.

En verdad, aceptó quedar en Ilo, a la defensiva, pero únicamente mientras completaba el ejército; concentrado, ya, con la llegada de los escalones segundo y tercero, porque hubo tres, debía tomarse la ofensiva a la mayor brevedad.

La permanencia cercana al río, exponía a las tropas al ataque de la tercianas endémicas en el valle, poblado de árboles de fruta exquisita, a la fecha en plena y abundante producción; y cubiertas ambas orillas de una alfombra de hierbas olorosas, que invita a retozar a los soldados que van al baño o al lavado de la ropa.

Aquí se presentó con caracteres serios, el problema de salvar al soldado de la picadura de los *jerjeles*, zancudos que caen en nube sobre el individuo que se desnuda para lavar su ropa o bañarse, en las mañanas o tardes, hora de sus ataques. Para salvar de las terribles picaduras, la

tropa se fabricó guantes y máscaras con los uniformes excluidos del servicio; o bien hizo el aseo en el río, a medio día, bajo los rayos de un sol abrasador.

El doctor Allende Padín pidió al sur guantes y capuchas para neutralizar a este terrible enemigo; parece que sus ideas no tuvieron aceptación en las alturas.

Bueno sería que la sanidad militar tomara en cuenta esta circunstancia para evitar más tarde no solo los sufrimientos de la tropa, producidos por los zancudos, sino la transmisión de la malaria cuyo es el vehículo.

Los japoneses usaron con muy buen éxito mosquiteros especiales en la campaña de Manchuria. Reproducimos dos modelos fáciles y baratos.

El mosquitero japonés es ideal y digno de ser imitado. Consiste en un saco cilíndrico de gasa común, armado sobre dos anillos flexibles de acero de 25 centímetros de diámetro, que un espiral de la misma calidad mantiene separado.

La parte superior del mosquitero se cierra por una pieza de gasa tendida sobre el anillo más alto; la parte inferior abierta permite introducir por allí la cabeza.

Al anillo está fijado un amplio manguito de tela de 25 centímetros de largo, que se cierra alrededor del cuello por una jareta. La cabeza queda enteramente libre para sus movimientos. Este mosquitero que prestó utilísimos servicios no pesa más de 50 gramos.

Gran alarma produjo en la segunda semana de ocupación, la noticia de haber aparecido la viruela negra, con caracteres hemorrágicos, naturalmente transmitida por los mosquitos del valle, como ya habían introducido el hematozoario de la terciana, según los médicos de la Sanidad que no se aceptaban las antiguas teorías de la transmisión de la malaria por contagio sino por la inoculación del virus por los mosquitos propagadores de la epidemia, según quedó comprobado ese mismo año, por el doctor Laveran, que hizo público su descubrimiento el 6 de Noviembre de 1880.

Según los doctores Díaz y Leiva, el doctor Puelma Tupper, fué el introductor de los microbios en Chile. Las enfermedades microbianas, no se conocían, antes de la llegada del Sr. Puelma, que fué a especializarse en Alemania, después de recibirse de médico-cirujano en la Universidad del Estado.

Los cirujanos se preparaban a un duro combate contra el paludismo y extremaban las medidas higiénicas en el campamento, merced a las cuales el doctor Allende cortó en su germen el peligro de la viruela.

La tropa vacunada en los campamentos de Pisagua se revacunó a toda prisa, para evitar la propaganda del flagelo. Desgraciadamente no se conocía entonces la vacunación contra la malaria.

Los cuatro pestosos fueron conducidos al pueblo de Ilo, a cargo de los cirujanos segundos Víctor Körner y Luis Rosendo Lopendía, con los practicantes y mozos necesarios.

Un cordón de tropas estableció estricta incomunicación, con orden de hacer fuego, sobre cualquier individuo que intentase violar la rigurosa cuarentena.

Los enfermos fallecieron pronto, pues nadie escapa a la terrible enfermedad, que envenena la sangre y gangrena los músculos en cuyas pústulas anidan bolsas de gusanos. Los atacados perecen consumidos por la fiebre, delirantes, con una sed devoradora.

El ejército creía de buena fé en la pronta marcha sobre el enemigo. Los cuerpos estaban listos, llenos de entusiasmo. La tropa aclamaba a su general cada vez que recorría los campamentos, acudía a los ejercicios o se presentaba a probar el rancho.

El general se sentía feliz porque veía a los niños contentos y bien comidos. En efecto, la ración era abundante en Pacocha, y la variaba el ingenio de los soldados que encontraban camotes, papas y verduras en las chacras abandonadas, topaban por casualidad con chanchitos y corderos; y no faltaban tampoco gallinas y pollos perdidos entre la maleza.

El 29 de Febrero, el capitán Latham avanzó a mula hasta Hospicio y encontró la línea en buen estado.

El 1° de Marzo, salió de reconocimiento el capitán de Estado Mayor don Francisco Pérez. Le acompañaban los capitanes Manuel Rodríguez y Enrique Munizaga y el alférez Juan de Dios Quezada con diez Cazadores a caballo.

Pernoctan en Estanques, a donde llegan a las 9 P. M. Continúan la marcha a las 4 A. M. del 2; corretean a una avanzada enemiga y alcanzan hasta la hacienda Rinconada, de los condes de Moquegua.

Vueltos a Hospicio, cortan el telégrafo, a Tacna, Moquegua y Mollendo y conectan los hilos con el alambre de Pacocha.

La vía está corriente.

A medio día del 2, se efectuó el primer recorrido por ferrocarril. Iban el general Escala, el Ministro de la Guerra, el general Baquedano, don José Francisco Vergara, los mayores de ingenieros Zelaya y Silva Vergara, el superintendente del ferrocarril Pretot Freire, el capellán Fontecilla y buen número de cucalones.

La expedición regresó en la noche.

El Ministro de la Guerra dispuso que los coroneles Velásquez y Vergara realizaran el día 4, un reconocimiento estratégico, con el objeto de estudiar la posibilidad de acampar al ejército sobre algún punto de la línea férrea, en conformidad al plan elaborado por el señor Ministro, en combinación con la Moneda.

El Gobierno había resuelto abandonar todo plan ofensivo, acogiéndose a la defensiva, a la pasibilidad, considerada como eje culminante de la victoria.

Tanto S. E. como el Ministerio creían de buena fé, en los peligros de la ofensiva, tanto porque el atacante se estrella contra posiciones elegidas y bien defendidas por un enemigo prevenido, como porque exige en el ofensor inteligencia superior, de que, a su juicio, carecía la directiva militar chilena!

El presidente Pinto tenía la convicción de que los jefes y oficiales de nuestro ejército eran incapaces de concebir y ejecutar planes de guerra; y de ahí su afán de elaborar en la Moneda operaciones que, por absurdas se abandonan apenas insinuadas.

El último plan del gobierno que debía poner en práctica Sotomayor, era trasladar el ejército a la estación de Hospicio o Conde, puntos que cortan el camino de Arequipa a Tacna; enviar a vanguardia toda la caballería y pequeños destacamentos de infantería, para arrasar los valles de Locumba y Sama, y a caballo sobre la línea férrea esperar el ataque de Montero que no tardaría en moverse en demanda del invasor.

Formaban la expedición además de los coroneles nombrados, el Mayor de Artillería don Santiago Frías, los capitanes de la misma arma señores José Antonio Errázuriz y José Joaquín Flores con veinticinco artilleros montados y el teniente Antonio León, con 25 Cazadores. El Cuartel General estaba representado por los capitanes señores Pedro Pardo y Alejandro Frederick; y el Estado Mayor por los capitanes Francisco Pérez y Augusto Orrego.

Servían de escolta 250 hombres del Buin, a cargo del mayor don Juan León García.

Dirigía la locomotora el infatigable Stiven, con un sargento fogonero.

A los diez minutos vuelve el convoy a la Estación, por descompostura de un cilindro. Se caldea la Pacocha, que sale ágil y vigorosa.

La infantería fatígame demasiado por el océano de tierra suelta que la envuelve y la asfixia, todo el convoy debe medir su paso por ella, perdiendo un tiempo precioso. Se le ordena volver al campamento, y la expedición sigue ligera y sin embarazos.

La máquina atraviesa laderas rocosas cortadas a pique; a lo lejos se divisa la verde cinta del valle, cubierto de bosques de olivos, plátanos, higueras, chirimoyos, limoneros y mil otros árboles de alegre ramaje a los que dan vida el alegre concierto de las aves.

El convoy llega a Estanques o Salinas a las 6:30 P. M.

Se han recorrido veinte y tantos kilómetros, sin divisar enemigos. Forman la estación un pequeño edificio para el jefe y la oficina del telégrafo, dos casuchas para camineros, y un estanque para almacenar el agua de las locomotoras, que se trae de Pacocha. Ahí se encuentra el capitán don Marcos Latham que exploraba el camino con un ordenanza.

Al día siguiente, muy de alba, la caravana se pone en movimiento. A las 10 A. M. llega a Hospicio, estación situada a 53 K. M. del puerto, un poco más del medio camino al Alto de la Villa, término del ferrocarril, edificada en el K. M. 100. Solo hay una pieza de tablas, una oficina telegráfica y un estanque, en medio de la meseta árida y desierta, quemada por un sol de fuego, azotada por los vientos calientes del sur que arrastran nubes del polvo de la pampa.

Velásquez y Vergara recorren este campo de desolación, rodeado de cerros en que reverberan los rayos del sol como en un espejo; el agua se encuentra a gran distancia, y los víveres deben traerse por ferrocarril.

Reciben la más triste impresión de este lugar, en que hombres y bestias se sofocan de calor en el día y se hielan hasta los huesos con el relente nocturno.

Nuestra avanzada de artilleros anuncia la presencia de soldados enemigos. Se envía de reconocimiento al alférez Sir, con ocho artilleros. Los contrarios forman un pelotón como de doce individuos, que abandonan el campo a toda brida, al ver que Sir los carga. Los artilleros vuelven con un italiano montado en mala mula, que dice volver de Moquegua a Ilo, donde tiene su domicilio. Se le toma como guía con la consabida reflexión de ser fusilado si las informaciones no son ciertas.

A las 11 A. M. continúa el avance. La vía está cortada en las curvas y hay grandes obstáculos de durmientes, peñascos y desmontes. Stuken queda arreglando desperfectos y los exploradores siguen en demanda de El Conde.

Es la 1 P. M. y ni sombra de valle. Pasan dos horas, los caballos sedientos se sienten fatigados, “Hay que seguir y llegar al agua, dice Velásquez aunque tengamos que pelearla” y en marcha.

A las 3 P. M. alcanzan al Pacay, punto en que la línea férrea, penetra al valle; se rompen cercas y se dirigen al río.

Los caballos beben hasta hartarse, y los jinetes se repletan de uvas, duraznos, higos, granadas, membrillos tomados a mano de la misma mata.

Aparecen algunos soldados peruanos por el camino de Moquegua. Los Cazadores avanzan al encuentro y desaparecen. El reconocimiento, continúa por los alrededores de El Conde, estación solitaria, sin recursos, con bomba y estanque a ocho cuadras de distancia. No tiene otro mérito que la cercanía al río de donde habría de traerse el agua en carros o acémilas para tropas acantonadas en esa estación.

A las 5 P. M. la comitiva regresa por la trocha del ferrocarril, y llega a Hospicio, a las 8 en punto, después de diecisiete horas a caballo por caminos accidentados.

Espéralos allí una sorpresa.

Stuken, compuesta la línea acarrea a la estación agua, carne fresca, víveres y forraje para la caballada.

Se pasa una noche deliciosa en la destartalada pieza de la estación. La caravana regresa a Pacocha, en la mañana, por ferrocarril.

El señor Vergara comunica sus pésimas impresiones, al Sr. Ministro respecto a la inoportunidad de establecer tropas en Hospicio, y menos en El Conde, donde carecerán de todo, y con el peligro, en esta última, de la vecindad al valle, rico en frutas y tercianas, y con las bodegas repletas de vinos y licores para perpetua tentación.

El plan de Sotomayor y del Gobierno era sencillo. Establecerse a poca distancia de la costa; agredir los valles del sur con la caballería, para obligar a Montero, a salir en busca del enemigo.

Los dirigentes de la Moneda creían apropiada al efecto la estación de El Conde, o talvez la de Hospicio, situadas a medio camino, entre Pacocha y Moquegua. Habían encontrado en la carta muy adecuados estos puntos céntricos del ferrocarril que dominan los caminos y telégrafos entre los ejércitos de Tacna y Arica; y cortan por lo tanto la línea de comunicaciones de Montero con los departamentos del sur del Perú.

Vergara hizo conocer al Ministro la realidad de las cosas, muy diferente a las ilustraciones de los mapas.

Por esto, con fecha 7 de Marzo, escribe don Rafael a su colega Gandarillas, dándole, cuenta de la opinión de Vergara.

“Supongo que Velásquez piensa lo mismo, le dice, y, entonces tendremos que cambiar completamente nuestro plan, procurando hacer la campaña ofensiva, luego que tengamos reunidos los elemento indispensables. Siento *mucho esta modificación*. Creo que habríamos retardado algo el fin de esta campaña, pero habríamos asegurado el éxito, estando a la defensiva con la masa del ejército y ofendiendo activamente con la caballería”.

El informe de Velásquez no se hace esperar; se pronuncia rotundamente contra la concentración en El Conde.

Sotomayor se convence que era impracticable el plan defensivo, y opta entonces por la ofensiva, sintiendo mucho la modificación.

Pero el Presidente no cedía.

S. E. opinaba por el bloqueo del ejército de Tacna con nuestra caballería, que le privara de recursos por incursiones sucesivas.

Se culpaba a Baquedano, comandante general de esta arma, de no desbastar el territorio enemigo con las patas de sus caballos. Se le acusaba de cuidar mucho de las bestias, hasta el punto de que la tropa hacía largas caminatas a pié con las bridas del diestro.

Baquedano conocía el terreno en que operaba, y no quería quedar desmontado, máxime cuando no contaba con caballada de repuesto.

El mismo Vergara, movilizado en caballería, decía que Baquedano juzgaba que “el soldado era para el caballo, y no el caballo para el soldado”. Pero después cuando hubo de operar como comandante general del arma, en pleno desierto, sin forraje y sin agua, se convenció de que los jefes encanecidos en las campañas de Arauco, sabían más durmiendo que los novicios despiertos.

El señor Pinto se aferraba a sus ideas defensivas, que consideraba excelentes. No hemos encontrado antecedentes que expliquen esta obsesión del Presidente que no había sido siquiera oficial de cívicos.

Escribía formalmente a Sotomayor con fecha 1° de Diciembre de 1879:

“El ejército atacado se encuentra en buenas posiciones elegidas, descansado, con el agua y víveres necesarios, para el día o días del combate. Sus soldados harán fuego detrás de trincheras y se engañarán los que se imaginan que ahora con las armas de precisión y de gran alcance se pueden tomar las trincheras a la bayoneta. En cambio el ejército que ataca exige en su dirección más inteligencia que el atacado. En el momento mismo del combate, el ejército atacador tiene que tomar sus posiciones y ver cuáles son las del enemigo, sobre las que, por alguna circunstancia, conviene concentrar el ataque. Esto requiere de parte del jefe sangre fría y viveza que no en todos se encuentran”.

Y todavía agregaba en carta del día siguiente al mismo Sotomayor:

“Con las armas modernas, con ejércitos poco disciplinados como los nuestros, y operando en desiertos, es ventaja inmensa el ser atacado en las posiciones que hemos elegido de antemano.

Nuestra táctica (?) debe consistir en obligar al enemigo a que nos ataque”.

Sotomayor se encontraba entre la espada y la pared; por un lado el Presidente y su Ministerio ordenaban la defensiva; por otro, Velásquez y los demás jefes a quienes consultó, optaban por la ofensiva extratéctica de acuerdo en todo con la primitiva idea del general Escala.

El Gobierno consideraba una imprudencia alejarse de la costa, creía incapaces a los generales y jefes superiores para manejarse solos, lejos del apoyo de la escuadra. “Sin general en jefe, escribía a Sotomayor el 17 de Enero, sin jefes secundarios que estén, por su inteligencia y conocimientos a la altura del puesto que ocupan, hacemos la guerra en condiciones bien raras. *No debemos emprender operaciones que exijan en los jefes más de lo que los nuestros pueden dar”.*

Hemos tratado de indagar la fuente de donde S. E. extraía su técnica tan contraria a los preceptos claros y terminantes, axiomáticos, de la ciencia militar, para anteponer la defensiva a la ofensiva extratéctica, como instrumento seguro de victoria.

S. E. no se percató de insultar crudamente a los directores militares de la campaña en territorio enemigo, y fuera de Sotomayor, no divisa inteligencia alguna digna del Comando Supremo.

Rastreando en la pobre biografía del Presidente, solo hemos encontrado como base de educación militar, su nombramiento de Ministro de la Guerra en el lapso 1870-73.

Tan triste bagaje no le daba derecho para denigrar a jefes que contra la voluntad presidencial llevaron adelante la guerra, hasta aniquilar al enemigo, y colocar a Chile sobre el

pedestal de gloria, que merecía por los esfuerzos de sus hijos, en todas las esferas sociales, para conquistarla.

Sotomayor en presencia de las circunstancias, y en conocimiento del terreno de las operaciones, iba inclinándose lentamente hacia la ofensiva; contribuyeron en gran parte a ello las comunicaciones oficiales enemigas de Tacna, interceptadas en el camino a Arequipa, en que los altos jefes aliados aseguraban que el general Montero esperaba al enemigo sobre la línea Tacna-Arica. A la demanda de algunas fuerzas para cubrir a Arequipa, contestaba que en las presentes circunstancias no podía desprenderse de un solo hombre.

En esos días llega a Valparaíso el buque inglés “Turquoise”, directamente de Arica; sus oficiales aseguran que Montero permanecerá en sus atrincheramientos, resuelto a definir ahí los destinos del ejército a sus órdenes.

Tales hechos convencieron al señor Ministro de que era ilusión pensar en sacar de sus líneas a los aliados para ir al encuentro del ejército invasor; en consecuencia, precisaba buscarlos, es decir, volver al plan ofensivo recomendado por el general en jefe.

El señor Sotomayor tardaba mucho en tomar una decisión importante; analizaba el pró y el contra con acuciosa proligidad; pero una vez aceptado un partido, nada detenía su impulso, entregándose con todas sus energías a la consecución de sus fines.

En consecuencia, preocupóse del alistamiento del inmenso material necesario para cruzar las tres zonas desiertas interpuestas entre ambos ejércitos; del valle de Ilo al de Locumba; de ésta al de Sama; y de ésta al de Caplina o más bien al Alto de la Alianza, campamento de los aliados.

Como los directores civiles jamás habían pensado en expedicionar sobre el interior, faltaban todos los elementos para una marcha en grande escala, especialmente mulas de carga, carretones, estanques, barriles y odres para agua, acémilas para el parque y bagaje, caballos y mulas para las ambulancias, sin contar con las necesarias para los fondos del rancho de los cuerpos.

El general en jefe no tenía ingerencia alguna en el funcionamiento de la Intendencia General. El Ministro daba sus ordenes al Delegado, coronel Urrutia, que hacía los pedidos en virtud de ellas.

El señor Ministro había absorbido el mecanismo absoluto de estos servicios; apenas si le restaba al general Escala la supervigilancia del ejército, en su parte profesional. En cuanto a los planes extratéticos, no desempeñaba otra función que entregar las tropas que dirigía al señor Ministro para servicios militares que debieran estar bajo su tuición inmediata.

Esta dictadura irresponsable erizaba los bigotes de los viejos soldados, que tascaban el freno únicamente en honor a la disciplina y por amor a la Patria.

¿Por qué nuestro ejército está inmovilizado en Ilo?

¿Qué hace el general que no avanza?

Los clamores del pueblo, los denuestos de la prensa y las furibundas catilinarias de los parlamentarios, caen sobre el general en jefe, el único responsable por la ley, cuyo patriotismo le imponía silencio, pues el Gobierno había cambiado el plan de campaña ante el enemigo, decisión delicada y peligrosa, que daba al traste con todo lo hecho, para construir nuevo edificio, precisamente en los momentos más críticos del avance.

El señor Sotomayor pone el hombro a las nuevas exigencias, y se dedica por entero a la preparación de la marcha terrestre. Acude al Intendente General del Ejército, y el señor Dávila Larraín, como siempre, allana todas las dificultades.

Pero los dirigentes santiaguinos no decían aún su última palabra, y continuaban elaborando planes descabellados a más y mejor.

Uno de los más importantes consistía en embarcar el ejército de Ilo, conjuntamente con la reserva de Pisagua, para caer sobre Arica. Tomada la plaza, demos por sentada la captura, el ejército se acercaría a Tacna, pero sin atacarla, en espera de que Montero tuviera a bien salir a batirse.

Montero hubiera dado un ojo de la cara porque se hubiera realizado la operación recomendada por el Gobierno de la Moneda.

El ejército chileno, después de sangrientas pérdidas por la conquista de Arica, si es que la ocupaba, iba a estacionarse a la defensiva, entre ambas plazas, cerca de Chacalluta en donde tendría agua, forraje y ferrocarril; pero en cambio, ocupaba el corazón de la zona palúdica de fatídico renombre.

Montero, en cambio quedaba en libertad para batirse o retirarse al interior, y formar un gran centro de resistencia en Arequipa con los recursos de los departamentos del sur del Perú, dando la mano a Bolivia por el ferrocarril Arequipa-Puno, los vapores del Titicaca, y las carreteras Chililaya-La Paz. No existía entonces el ferrocarril de Guaqui a la capital boliviana.

El general chileno habría procedido contra todos los principios de la ciencia militar y contra el sentido común, al ejecutar semejante plan.

El objetivo de toda operación de guerra tiende a la destrucción de las tropas enemigas; ese es su fin primordial.

Montero, en libertad de ir cómodamente a otra base de operaciones, habría burlado los sacrificios impuestos a Chile por la expedición a Tacna, y habría reservado fuerzas numerosas, que bien reforzadas por el II Ejército de Arequipa, constituirían un núcleo demasiado fuerte, a caballo sobre la sierra, inaccesible, por los malos caminos, la puna y las tempestades.

Por fortuna, todo no pasó de una simple tentativa del Gobierno, quedando a firme la decisión de Sotomayor de tomar la ofensiva por tierra.

El Gobierno del Perú, por su parte, al crear los cuatro ejércitos, del Norte, del Centro, y dos del Sur, con sede el II en Arequipa, refuerza a este, en tanto el Almirante Montero comanda las fuerzas del I Ejército, en la línea de Tacna-Arica.

A fines de año, salieron de los departamentos de Puno y Cuzco tres batallones, más o menos equipados, con dirección a Arequipa, a cargo del coronel don Francisco Luna.

Este jefe de neto color civilista no podía caer bien al gobierno de Piérola, anhelante de consolidarse en el poder, dando colocación, a sus partidarios que vagaban en la miseria, perseguidos duramente por las administraciones pasadas. Luna es llamado a Lima, y reemplazado por el coronel don Agustín Gamarra, que llega con el nombramiento de Comandante de la 1ª División del II Ejército del Sur, dependiente directo del Ministerio de Guerra, en tanto se nombra al General en jefe de dicho Ejército.

A Principios de Febrero entra a Arequipa después de revistar al batallón Canchis comandado por el coronel don Manuel A. Velasco, acantonado en Mejía, cerca de Mollendo; y al Canas, coronel don Martín Álvarez, establecido en la estación de Tambo.

El tercero de los cuerpos de la ex-división Luna, Granaderos del Cuzco, del coronel cuzqueño don Manuel A. Gamarra se encontraba en Moquegua.

Cada uno de estos batallones debía elevar sus efectivos a 600 plazas, según disposiciones terminantes emanadas de la capital.

El Ministro de Guerra dió al coronel Gamarra órdenes precisas. Debía conservar la línea de comunicaciones, a toda costa, entre el general Montero, Arequipa, y los departamentos del sur, para lo cual se establecería en Moquegua.

Debía vigilar el puerto de Pacocha, para dificultar en lo posible el acceso de fuerzas enemigas; y en caso de retirada, inutilizar todos los elementos de movilidad que pudieran aprovechar los invasores. Y para darle plena libertad de acción dependería única y directamente del Ministerio de Guerra.

Gamarra se traslada a Moquegua, en donde acampan los Granaderos del Cuzco y el Batallón Grau, ex-columna "Huáscar", del comandante don julio Cesar Chocano, que tiene instrucción directa del Gobierno de ingresar a la División.

Ordena al Canchis que se traslade de Tambo a Moquegua, y al Canas de Mejía a Torata, ya que el prefecto de Arequipa tenía un buen núcleo de tropas a cargo del coronel don Juan Francisco Goizueta, comandante de la 2ª División del II Ejército del Sur, para resguardar el camino de Mollendo.

Gamarra llega a Moquegua el 12 de Febrero, y se encuentra con la novedad de que los dos cuerpos que debían ingresar a su 1ª División, los Granaderos del Cuzco y el Grau, forman una 10ª División del I Ejército, a cargo del coronel don Manuel Velarde, dependiente del Cuartel General de Arica y por disposición de éste.

Se traba una agria competencia; Velarde recibe orden de hacerse respetar; intima obediencia a Chocano, comandante del Grau, y éste exhibe comunicaciones precisas del Gobierno de ponerse a las órdenes de Gamarra.

El general Montero telegrafía al coronel Velarde, que teme un próximo desembarco y ataque de los chilenos, por lo que le recomienda que aliste a la División para marchar sobre Arica.

Esta orden fué dada por Velarde a los jefes de Granaderos y Grau, más como al comandante de este cuerpo señor Chocano, la Secretaría de Guerra le comunicara que S. E. había dispuesto que los cuerpos que formaban la ex-División Luna, incluso el de su mando, Batallón Grau, compondrían la 1ª División del II Ejército, el no tenía, ni reconocía otro comandante general que el nombrado por el Gobierno.

Esta respuesta, enviada por telégrafo a Montero, por el coronel Velarde, tuvo esta otra también telegráfica: “Cumpla Ud., con su deber y hágase obedecer”.

Velarde se contentó con remitir al contralmirante copia de las instrucciones de la Secretaría de Guerra, con lo que terminaron las insistencias de Montero.

El tiempo pasa en luchas estériles; Gamarra recibe los dos cuerpos disputados el 25, y el 27 se presentan los chilenos en Pacocha, antes que hubiera efectuado la concentración de sus fuerzas, y cuando materialmente le era imposible acudir a contrarrestar el desembarco del enemigo y el retiro o destrucción de los elementos de movilidad que pudiera utilizar, según rezaban las instrucciones del Gobierno.

Imposibilitado para operar en Pacocha, se concentra en el Alto de la Villa, para conservar intacta la línea de comunicaciones de Montero. Hace ingresar a sus fuerzas, la Gendarmería de Moquegua, a cargo del comandante don Manuel A. Gómez; y la Guardia Civil de Infantería, con lo que alcanza a un efectivo de 2.000 combatientes.

Establecido el Cuartel General en el Alto de la Villa, envía a los Gendarmes montados, a vigilar el valle, hasta las cercanías de Hospicio, a medio camino entre los campamentos chilenos y peruanos y queda en espera de los acontecimientos.

Tal era la situación en la primera quincena de Mayo.

S. E. el presidente de la República, el Ministerio y el señor Sotomayor, tenían la convicción honrada de que el Perú firmaría la paz, amedrentado por expediciones parciales, destinadas a hostilizar los pueblos de la costa, destruyendo muelles y aduanas, hundiendo los elementos de embarque, arrasando las propiedades fiscales, y agobiando a los ciudadanos con fuertes cupos de guerra.

El Gobierno insinuó este género de hostilidades al general Arteaga, que lo rechazó de plano; lo propuso después a Escala, cuando acampaba el ejército en la línea Bearnés-Pisagua.

El general no quiso oír una palabra de semejante plan, más propio de una guerra de montoneros, que no tiene más beneficios que arrasar tal o cual zona enemiga, exacerbando los ánimos de los nativos, y enajenando la buena voluntad de los extranjeros, fuera del mal nombre que tales hechos arrojan a la tradicional cultura del ejército invasor.

No obstante, el Ministro Sotomayor elabora una expedición a Mollendo, para destruir sus elementos de defensa, y en especial, para inutilizar los elementos de carga y descarga, lanchas, donkeys, muelles, bodegas y la estación del ferrocarril a Arequipa.

Eliminado el puerto, los dos buques bloqueadores de la costa quedaban disponibles para engrosar la escuadrilla destinada al próximo bloqueo del Callao.

Desde este punto de vista había motivo plausible para la expedición, pues los males infligidos al enemigo redundaban en beneficio del reforzamiento de las naves destinadas al Callao.

El señor Sotomayor llama al almirante para confiarle la ejecución del proyecto. Este alista al “Blanco”, buque insignia, y a los transportes “Amazonas” y “Lamar”.

El Ministro comunica su resolución al General en jefe, manifestándole la designación del coronel don Orocimbo Barbosa para el comando de las fuerzas terrestres, compuestas del 3º de línea y Batallón Navales.

El general Escala presta naturalmente su consentimiento, que otra cosa no podía hacer, ante la autoridad del representante del Gobierno que obraba con todas las atribuciones omnímodas de que estaba investido.

El general *aconsejó*, no podía hacer otra cosa, que en vez de los cuerpos designados, marchase toda la 1ª División, en que se encontraban cuerpos aptos para un desembarco, como los Navales y Valparaíso. Además no se desorganizarían las divisiones, con la extracción de batallones de todas ellas, para la formación de una entidad especial, con un objeto determinado. Estas reflexiones no fueron atendidas.

Al contrario, el señor Ministro, al acceder a las razones del general para el aumento del contingente, formó la División expedicionaria con los Navales de la 1ª División, el 3º de línea y Zapadores de la 4ª y la Ambulancia y caballería de la 3ª.

El Ministro, desorganizaba ahora las Divisiones, por las cuales tanto había bregado en Pisagua, agriándose las relaciones entre las dos cabezas dirigentes hasta casi producir la renuncia del general en jefe.

El coronel Amengual, que estaba en cama, con síntomas de fiebre, se levantó para representar al Ministro, con el respeto debido la inconveniencia de quitársele un batallón, sin siquiera consultársele por cortesía. Nada valió la representación. Hubo que estarse a lo mandado. A este respecto, dice con justicia razón el señor Eckdahl:

“Es difícil explicarse las razones que indujeron al Ministro a organizar la División expedicionaria, tal como lo hizo. De las unidades de tropa, solo los Zapadores pertenecían a la 4ª División Barboza, las demás formaban parte de la 1ª División Amengual, según el Orden de Batalla del Ejército.

Estaban, pues, en la razón los comandantes militares, como el general en jefe Escala, el jefe de Estado Mayor General, coronel Lagos, y el jefe de la 1ª División, coronel Amengual, al reclamar contra esta disposición, y el Ministro hizo mal en no atender a esas observaciones.

Aun bajo el sistema de comando que se practicaba entonces y que explica de por sí que era el Ministro y no el General en jefe del Ejército el que ideaba el plan de la operación sobre Mollendo, era, evidentemente, el comando militar a quien correspondía haber dispuesto la composición de la División expedicionaria. Verdaderamente, uno queda perplejo ante la obstinada actitud del señor Ministro, al ver que destruye por su propia mano la nueva organización para cuyo establecimiento tanta energía había gastado, y, esto a la primera ocasión que se le ofrece para evidenciar sus ventajosos efectos en la práctica!”

El señor Sotomayor dispuso el embarco para el Domingo 7 de Marzo, noticiando del hecho al jefe de Estado Mayor el Sábado en la tarde. No tomaba en cuenta el señor Ministro que la movilización de una nueva unidad, requiere tiempo, para prepararle parque especial, provisión de víveres y forraje para las operaciones, y todavía embarcarle todos estos bagajes en los transportes de la flotilla. Los cuerpos llegaron al muelle en la mañana del 7, y ahí permanecieron al pié de sus pabellones, agobiados por un sol de fuego, hasta la tarde, en que regresan a sus cuarteles para embarcarse al día siguiente.

Subsanados los inconvenientes, se efectuó el embarco en la mañana del 8, poniéndose la flotilla en movimiento en la tarde, aclamada por el ejército que creía en un próximo encuentro con el enemigo.

Mollendo no era plaza de guerra. Como puerto de abastecimiento, no valía la vida de un hombre; ubicada sobre una pampa estéril, vive a expensa de los valles vecinos. Más, aún, carece de agua, que le llega por una cañería de veinte centímetros, desde las vertientes del Uchumayo, a 145 kilómetros de distancia.

Pero su importancia extratéctica estriba en que por la línea férrea a Arequipa y Puno, con ramal a Santa Rosa, camino del Cuzco, se hace el intercambio de productos ultramarinos con los nacionales de los departamentos del sur del Perú y aún del norte de su aliada Bolivia.

Nuestra escuadra debía tener herméticamente cerrada una puerta de tanta importancia comercial.

Más, como los dos buques bloqueadores se necesitaban para enviarlos al Callao, había, pues, razón militar de parte del señor Ministro para ordenar la destrucción de los elementos de embarque del citado puerto, dejándolo imposibilitado para sus funciones de comercio.

No había, entonces necesidad de naves, suspendido el bloqueo por innecesario.

CAPÍTULO IX.

La expedición a Mollendo.

El Almirante Riveros zarpa de Pacocha con rumbo a Mollendo a las 10:30 de la mañana del día 8 de Marzo de 1880.

Van en el “Blanco” el jefe de la División coronel don Orocimbo Barboza; el de Estado Mayor, mayor don Baldomero Dublé Almeyda; el señor Máximo Lira, secretario del Ministro; los ayudantes capitán don Hermógenes Camus y el alférez don Diego Miller Almeyda; y el Batallón Navales, coronel don Martiniano Urriola.

El “Lamar” lleva la Brigada Zapadores, comandante don Ricardo Santa Cruz; y el “Amazonas”, al Regimiento 3° de línea, comandante don Ricardo Castro, 30 Cazadores a caballo, con el teniente don Belisario Amor, 10 Pontoneros con el capitán de Ingenieros don Enrique Munizaga y 16 mulas; el doctor don Ramón Allende Padín, jefe del Servicio Sanitario, su secretario don Marcial Gatica y la 1ª Ambulancia Santiago, a cargo de los cirujanos 2°s Víctor Körner y Luis Rosendo Lopendía y al capellán divisionario, presbítero don Eduardo Fabres.

Acompañan a la División embarcados en el mismo transporte, el capitán de Ingenieros don Augusto Orrego Cortes, delegado del Estado Mayor General, cinco artificieros de artillería, con el alférez Walton, el paisano don Arturo Villarroel muy conocedor de la localidad y eximio operador con explosivos; el ingeniero don Daniel Mac-Donald, mecánico del ferrocarril de Ilo, el ex-soldado del Atacama don Rómulo Ossa, antiguo vecino de Mollendo y el corresponsal del Ferrocarril don Eduardo Hempel, con pase libre competente. Se embarcó de pavo, de su cuenta y riesgo, el señor don Anselmo Cruz Vergara, conocido cucalón.

Iban agregados al Cuartel General, en el “Lamar”, seis oficiales del Lautaro, antiguos comerciantes y empleados en Mollendo, conocedores del puerto y sus dependencias, que acompañaban a Barboza, como guías oficiales. Cada soldado lleva 150 tiros y raciones para dos días. A bordo hay reserva de víveres para tres días. La noticia de la expedición a Mollendo fué recibida en el 3° de línea, compuesto en su mayoría de repatriados de este puerto, con gritos de alegría. Se iban a cumplir sus deseos, de arreglar cuentas con sus victimarios, que al declararse la guerra, les expulsaron de sus propiedades y les arrojaron a las lanchas fondeadas en la bahía, a esperar a toda intemperie el paso de los vapores que debían conducirlos al sur.

Durante varios días hombres, mujeres y niños, asilados en sus refugios flotantes, a merced de las olas, con hambre y sed, víctimas del sol en el día, y de la camanchaca en la noche, esperaban impacientes los vapores de la Compañía Inglesa, con quien el gobierno había contratado la repatriación de nuestros connacionales expulsados por el Gobierno del Perú, que volvían a la Patria apenas con lo encapillado. Fueron tan crueles las autoridades de Mollendo, que no permitieron bajar a tierra a algunas mujeres próximas al desembarazo; tres de, ellas soportaron el alumbramiento en las lanchas.

Era tan intenso el deseo de venganza, que una docena de enfermos licenciados, lejos de embarcarse para el sur, tomaron a escondidas lugar entre los expedicionarios. Las mujeres se mostraban implacables; algunas se cortaron el pelo, y con arreos de tambor, caja a la espalda, se embarcaron contentas, saboreando el placer de entrar nuevamente a sus antiguas casas.

Los jefes, sin excepción, consideraban una imprudencia del señor Ministro, el envío del 3º, pues ponía a dura prueba a hombres rudos, heridos en sus más caros intereses.

En la mañana del 8, poco antes de la salida, el almirante recibe instrucciones escritas. Según ellas, se le autoriza para expedicionar sobre Mollendo, con el fin primordial de destruir el ferrocarril, muelle, telégrafos, fortificaciones y edificios fiscales de dicho puerto.

El almirante queda autorizado para proceder en las operaciones navales según su criterio; en las terrestres, de acuerdo con el comandante en jefe, en caso de dificultades o emergencias importantes.

Las instrucciones del coronel Barboza eran:

Batir las fuerzas de Islay y Mollendo. Tomar los fuertes destruyendo éstos y los cañones, etc.

Destruir los telégrafos, recogiendo, máquinas, útiles, etc.

Destruir la línea férrea y puentes cercanos a Mollendo.

Destruir los muelles de Islay y Mollendo y todos los útiles de embarque y desembarque.

Destrucción de todas las máquinas, carros, edificios, maquinaria, útiles, etc., del ferrocarril, trayendo todo lo que se pueda y sea útil. Si es posible desarmar una locomotora y embarcarla en piezas.

Destruir la Aduana y sus dependencias.

Destruir las cañerías y depósitos de agua.

Traer armamento, municiones, animales, útiles de guerra, víveres, etc.

Si es posible, imponer una Contribución al pueblo.

Volver inmediatamente a Ilo, concluida la correría, que demorará tres o cuatro días.

En resumen, la expedición tiene como objetivo la destrucción de los elementos de actividad del puerto de Mollendo, como medio de inducir al enemigo a solicitar la paz, por miedo a las depredaciones chilenas sobre los pueblos de la costa.

Mal encaminados iban los dirigentes de la Moneda. Los pueblos piden la paz, al ver sus ejércitos destruidos, y faltos de medios de resistencia; se ven entonces forzados a aceptar duras condiciones, antes de recibir mayores daños e imposiciones más onerosas.

El Perú no se encontraba en tal situación. El I Ejército del sur, compuesto de tropas de línea peruanas, y bolivianas, constituían un poderoso núcleo defensivo, en el cual los aliados fijaban altas esperanzas.

El II Ejército del sur tenía completa su 1ª División, acantonada en Moquegua, a las órdenes del coronel don Agustín Gamarra; en Arequipa se formaban activamente las divisiones 2ª y 3ª, con gente reclutada en los departamentos del sur.

El Gobierno acababa de nombrar Comandante en jefe de este ejército al coronel don Segundo Leiva.

Además, Piérola organizaba con energía, la defensa de la capital, con la formación de los ejércitos del Centro y del Norte, y la creación de la Reserva, destinada a la custodia de Lima y el Callao.

Estaba orgulloso de su obra. No había recibido aún una lección bastante dura en los campos de batalla, para decidirse a deponer las armas y ofrecer la paz. Los pueblos tenían plena confianza en el Dictador, que ensoberbecido con el poder, y la popularidad, acumulaba todas las fuerzas vivas de la nación para dar un remate favorable a la campaña.

La escuadrilla de Riveros hace rumbo a Mollendo, cuyo fondeadero es bueno, aunque desabrigado, pues se halla en la costa corrida, con fondo de arena gruesa de 12 a 23 brazas, a dos o tres cables de tierra. El muelle está embutido en el barranco y los almacenes fiscales de depósito, en el plano del muelle, escarbados cerca de su base. Dicho muelle mide 101,60 metros de largo por 20,60 de ancho, con material de madera y fierro, escalera para pasajeros a la cabeza, pescante y enrieldura sobre la plataforma de madera, al nivel del pasaje a la estación del ferrocarril.

El tráfico se hace en botes y aún en chalupas; en cambio, picado el mar, el peligro es inminente, pues la onda inicial formada por los mares al montar la meseta origina otras ondas laterales, conocidas con el nombre de *caballetes del toro*, que toman precisamente de costado a

las embarcaciones, poniéndolas en riesgo de zozobrar, y a las lanchas cargadas les produce tan fuerte balanceo que embarcan agua y averían las mercaderías.

Las bravezas ocurren con frecuencia; cuando son muy fuertes, se corta la comunicación con tierra.

El ferrocarril a Arequipa, que se prolonga a Puno, le ponen en rápida comunicación con La Paz, por los vapores del Titicaca, y la carretera de Chililaya (Puerto Pérez) a la capital de Bolivia. De la Estación de Juliaca arranca un ramal al Cuzco, que entonces solo alcanzaba hasta Santa Rosa; de suerte que el puerto tiene un centro de atracción comercial enorme, del norte de Bolivia, y de los departamentos nacionales de Arequipa, Cuzco y Puno.

Desde la Estación sigue hacia el S. E. una playa de arena respaldada de alta serranía por donde corre la línea férrea. A las 9 millas dicha playa rasa sale al sur y forma un seno, llamado Mejía, estación del ferrocarril, con fondo de arena de 5 1/2 a 9 brazas, a cosa de seis cables de tierra. La playa es agitada y el fondeadero desabrigado.

Poco más al E. S. E. se halla Ensenada, estación también, antiguo, desembarcadero, llamado caleta Chule. En la vecindad desemboca el río Tambo, que da nombre al riquísimo valle que riega, abundante en caña de azúcar, arroz, y toda clase de verduras y legumbres, que van al mercado de Arequipa.

Al norte de Mollendo se encuentra el abrigado puerto de Islay fundado en 1830, por el prefecto La Fuente. Durante muchos años, su aduana seguía en importancia a la del Callao, pues por Islay se hacía el comercio de Arequipa, Puno, Cuzco, Ayacucho y norte de Bolivia. El puerto, carece de comodidad, por encontrarse la población en una meseta superior; la bahía con fondeadero profundo, no está expuesta a fuertes vientos.

De aquí debió arrancar el ferrocarril a Arequipa, o a lo menos de Mejía; pero se optó por Mollendo, como lo asegura el escritor Melo, por la facilidad o desenfado con que suelen posponerse en el Perú los intereses colectivos a los de quienes pueden desviarlos en su provecho personal. “Convino a algún *gamonal* propietario en el valle de Tambo, que la línea férrea de la costa a Arequipa pasara lo más cerca posible de dicho valle y se sacrificó una población de más de cinco mil habitantes, instalación cuantiosa, magnífico puerto, tranquilo, abrigado, para ir a establecerlo en un peñascal de playa bravía”. (Melo, Derrotero de la costa del Perú, pág. 251.- Lima, imprenta del Comercio.- 1913.).

Nos falta agregar, para el pleno conocimiento del teatro en que debe actuar la División Barboza, que la línea férrea sale de Mollendo por la costa hasta Mejía, estación distante 14 kilómetros; sigue a la Ensenada, siempre por la costa, siete kilómetros más; de Ensenada pasa a Tambo, hacia el interior, que se halla en el kilómetro 30, a 300 metros sobre el nivel del mar. En este punto se establecen los piquetes que resguardan la costa, a cubierto de los fuegos de los buques chilenos.

Vamos a estudiar la expedición en tres fases: 1ª en su carácter militar; 2ª en su carácter moral; 3ª en su carácter religioso.

I. La Expedición militar.

Cerca de Mollendo, el Almirante ordena al “Amazonas” y “Lamar” que sigan a Islay; el “Blanco”, se reúne en la boca del puerto con los bloqueadores, corbeta “O'Higgins” y cañonera “Covadonga”.

Riveros y Barboza acuerdan desembarcar a los *Navales* en alguna caleta entre Islay y Mollendo, para cortar las comunicaciones entre ambas poblaciones, antes de efectuar el desembarco general en aquel puerto.

En una caleta semi oculta, bajan unos 140 hombres de los *Navales* con el mayor don Alejandro Baquedano, y los capitanes Elías Beytía, Roberto Délano y Pedro Dueñas.

La mar se descompone; la braveza impide bajar más gente.

El guía, don Arturo Villarroel (más tarde conocido por General Dinamita) busca el telégrafo en la oscuridad y lo corta. Orientado el mayor Baquedano, avanza sobre el camino real, topa con una avanzada enemiga de cincuenta hombres y la dispersa, haciéndole dos muertos y un prisionero.

Los peruanos estaban sobre aviso. Sabían por sus espías en el sur del próximo arribo de la División; con tal motivo, el prefecto del Departamento de Arequipa, coronel don C. Alfonso González Orbegoso, había dictado un bando, por el cual ordenaba a los agentes despachadores sacar todas sus mercaderías de la Aduana de Mollendo, y embarcarlas sin tardanza para el interior.

Al amanecer rodea Baquedano a Islay, por retaguardia, aislándolo de Mollendo. Luego, desembarcan el 3° de línea, *Zapadores* y el resto de *Navales*; por una caleta más al norte, las caballadas de *Cazadores*, y el ganado de *Ingenieros* y *Pontoneros*.

Las oficinas fiscales estaban peladas; se remitió a bordo la máquina del telégrafo, con las huinchas de las comunicaciones traídas por los espías de Pacocha, para el prefecto González Orbegoso.

A las 8:30 A. M. del día 9, la división marcha hacia Mollendo; a vanguardia, los *Navales*; al centro, el 3°; a retaguardia *Zapadores*, y después los piquetes de los demás servicios.

En el camino se toman presos a cuatro soldados licenciados, que en vez de irse al sur, se injertaron entre los del 3°, en espera de pescar en río revuelto. De Islay se habían remitido a bordo cuatro vivanderos, gente ésta no muy santa, que llega a los puertos ocupados de la costa vendiendo a la tropa artículos de primera necesidad, o cambiándolos por objetos de valor adquiridos por los soldados.

Avanza Dublé, jefe del Estado Mayor, con algunos jinetes; encuentra el pueblo embanderado con pabellones extranjeros y al cuerpo consular que le espera, sabedor de la expedición, por noticias transmitidas de Arequipa. Las huinchas de los telegramas fueron remitidas a bordo, y entregadas al secretario del Ministerio de la Guerra don Máximo R. Lira, que las puso en manos del señor Sotomayor, que tanto se percataba de espontanearse con los jefes chilenos, por temor a indiscreciones.

La bandera se iza a las 12 M., ante la tropa, con armas presentadas; después, los *Navales* toman alojamiento, en los edificios fiscales de la plaza, y los demás cuerpos en la estación del ferrocarril.

Las autoridades peruanas se trasladaron con tiempo a Mejía, llevando 150 Nacionales y 50 artilleros, que formaban la guarnición de Mollendo.

Los jefes visitan los fuertes a barbata, con espaldones de sacos de arena, y los encuentran vacíos; el prefecto había llevado a Arequipa, hacía dos meses, dos piezas lisas de los fuertes Norte y Sur, y un Parrot rayado de a 150, del fuerte de la Isla, vecino al muelle.

En la tarde, el coronel Barboza, de acuerdo con el almirante, baja a tierra y dispone que un batallón del 3° se embarque al día siguiente, para ir a destruir los edificios públicos de Islay, mientras el ingeniero 1° de la “Covadonga”, don Cipriano Encina, con la gente de la máquina, vuela el muelle y la aduana.

Para las destrucciones de Mollendo, el coronel designa al señor Villarroel, al ingeniero Mac-Donald, al carrilano Ossa y al Alférez Walton, con los cinco artificieros del N° 2 de artillería, que empezaron su tarea por la estación del ferrocarril, espacioso edificio, quizás el mejor de Sud América, en su género, con techo de fierro galvanizado, sostenido por diez hermosas columnas del mismo metal.

Los talleres se veían atestados de maquinarias, de fierro en bruto, en planchas y piezas, pinturas, aceite, grasa, hilachas; y los almacenes bien provistos de provisiones y útiles ferroviarios.

Villarroel había traído 150 libras de dinamita, que aumentó con 300 adquiridas en el comercio de la plaza, con que se rompieron las columnas, las maquinarias de los talleres de carpintería, herrería y fundiciones; algunas locomotoras en compostura, cuatro calderos de id., cuatro tenders, un gran motor fijo, un martillo de vapor, tubos y hornos de fundición, las casas de los empleados, y 32 carros de carga.

En un desvío situado a dos kilómetros de Mollendo, se destrozaron 45 carro de carga, 9 grandes de pasajeros, 5 bajos de fierro, la cañería matriz del agua potable, y gran extensión de la línea férrea. El general Barboza partió a las 3 ½ A. M. del día 10 con *Zapadores*, *Cazadores a caballo* y los *Pontoneros* del Capitán Munizaga, que llevaba una provisión de 35 kilogramos

de dinamita. La expedición tenía por el objeto tomar contacto con el enemigo, observar sus efectivos y posiciones, batirlo si era posible, inutilizar la línea férrea entre Mollendo y Mejía, y destruir el telégrafo, estaciones, material, y cañería matriz del agua potable.

Barboza llega a Mejía a las 10 A. M. y como el enemigo se retira a Ensenada, le sigue y le tirotea con los jinetes del teniente Amor.

Ocupa a Ensenada a las 10:30 A. M.; pero, los enemigos se repliegan sobre Tambo, lugar de concentración de tropas, cada vez que bajan de Arequipa en defensa de Mollendo. Para cerciorarse del número de los contrarios, hace avanzar la caballería, en tanto él, el capitán Orrego y su ordenanza, acumulan fajinas y ramas secas, las atan al pehual y se lanzan a toda brida por la pampa, levantando espantosa polvareda.

El enemigo, ignorante de este ardid de la frontera araucana, cree tener mucha gente encima, evacua la Estación de Tambo, en dirección al interior, dejando 17 prisioneros en nuestro poder.

El capitán Munizaga, con diez pontoneros y doce oficiales y clases del *Lautaro*, antiguos vecinos expulsados a esas localidades, proceden a llenar su cometido. Ponen fuego a la estación y construcciones anexas, descolleran los rieles curvos y destruyen los corazones de acero destinados a recibir las juntas de los rieles, muy difíciles de reponer, a causa de la variedad del ángulo de las ranuras; se incendian 26 carros de carga, uno de pasajeros, varios estanques, se quiebran los postes de fierro del telégrafo, se inutilizan los aisladores y se extraen las máquinas.

La expedición regresa a Mollendo a las 4:40 A. M. del día 11, con 22 prisioneros, y algunas decenas de vacunos y mulares.

El coronel fué entonces informado de los desórdenes ocurridos en Mollendo.

Según lo dispuesto por los dos jefes de la expedición, tropa del 3° debía embarcarse por Mollendo para Islay y terminar las destrucciones de muelles, aduana y edificios fiscales que hacía el ingeniero 1° de la "Covadonga" don Cipriano Encina, con marinería del buque.

El batallón designado llegó al muelle, ahí permaneció en espera de lanchas, actualmente ocupadas en trasportar a bordo, máquinas, herramientas, víveres, y demás existencias fiscales útiles para el ejército y armada.

En la rebusca que los marineros y soldados hacían de los artículos que debían llevarse a los buques, aparecen cajones de vinos, licores finos, galletas, dulces y conservas en abundancia. Las botellas circulan de mano en mano, y mucha gente se embriaga.

Los oficiales se dan cuenta de lo que ocurre; ponen guardias en todas las puertas; echan fuera de la Aduana a marineros y soldados. Más, había troneras a espaldas del edificio; por ahí entran y salen partidas en busca de cajones de licor.

Como a las diez de la noche estalla un incendio, en los suburbios de la población.

Según unos, repatriados que llegaron a sus casas, arrojaron a puntapiés a los moradores intrusos, y en la imposibilidad de llevarse lo suyo, lo liquidan por el fuego.

Según testigos abonados del sumario, los autores se encontraban en la población flotante, propia de todo puerto de mar, sin Dios, ni ley que vive al día y, pesca en río revuelto.

Por otras versiones muy, atendibles, se afirma que el incendio apareció en negocios de algunos comerciantes arruinados por la guerra, que cancelaron con los acreedores de Arequipa.

El jefe de Estado, Mayor, con toda oportunidad, había dictado para el servicio de la noche, la siguiente orden de la plaza:

N° 11.- Estado Mayor de la División Expedicionaria.- Mollendo, Marzo 10 de 1880.

El señor Comandante del Batallón de *Artillería Naval*, dispondrá lo conveniente, a fin de que su cuerpo haga el servicio de esta plaza, en la forma siguiente:

1°.- Guardia para la estación del ferrocarril y dependencias, con la fuerza que estime conveniente para su seguridad, al mando de un oficial.

2°.- Guardia para la Aduana o depósito de mercaderías que está al frente de la estación.

3°.- Guardia para el muelle y Aduana, o depósito de mercaderías que hay al extremo. Esta necesita tres centinelas, una en la puerta, otra en el fondo de la pieza anexa a la derecha, y otra en el fondo a la izquierda; al mando de un oficial.

4°.- Guardia de la plaza con la tropa, que actualmente tiene, con un oficial.

5°.- Patrulla a la población de día y de noche, para evitar desórdenes y recoger soldados, al mando de un oficial.

6°.- Pequeña avanzada de noche hacia Mejía, en la línea férrea, con 20 hombres y un oficial.

7°.- Otra pequeña avanzada antes de la primera, en dirección a Islay, con 25 hombres y un oficial.

8°.- Tropa para conducir materiales al muelle.

A las guardias, patrullas, etc., etc., que no se les ha asignado fuerza, la graduará el jefe del cuerpo, según su importancia. (Firmado) *Baldomero Dublé A.*

El almirante, en vista de lo ocurrido de acuerdo con el jefe de Estado Mayor, y del coronel Urriola, ordena que el 3° se dirija por tierra a Islay, en la tarde de ese mismo día 10.

A las 5 P. M. el 3° desfila por la plaza de Mollendo, dejando en la estación una guardia para cuidar los pocos enfermos y como cincuenta soldados ebrios que no pudieron seguir al regimiento.

El embarque de máquinas, fierros, maderas, etc., continúa en la tarde y parte de la noche; entre los artículos útiles para el fisco, van también, muchos de uso particular. Una lanchada pasó a las bodegas del “Blanco” un piano, en viaje a bordo, queda en el muelle, por haberse presentado el agente con documentos que establecen la propiedad

Se anuncia el próximo incendio de la Aduana; marineros y soldados creen lícito aprovechar los artículos del gobierno peruano, que van a tragarse las llamas; la gente de mar puede llevarse algo a su coy, y como los de tierra tienen demasiado peso con el equipo, prefieren las conservas y el vino.

Los terceros que habían dormido bastante, determinan ir a la Aduana; el oficial se impone con la guardia; en un descuido, un cabo le dá una cuchillada en la boca; el mayor Dublé trae dos compañías de *Navales*, y termina el desorden.

A la diana, un Consejo de guerra verbal juzga al cabo; le condena a la última pena; y se le fusila sobre la marcha.

El 3° sigue por tierra a Islay, de mala gana, pues pudo, embarcarse en Mollendo. Cerrada la noche, se vuelven a favor de la obscuridad, como ochenta soldados, y lo que es más grave, tres oficiales, a beber en el arrabal norte.

Como a las dos horas, se nota un incendio por ese lado; se envían tropas que lo extingue rápidamente.

Las patrullas apresan como a setenta individuos, paisanos y soldados, pero en su mayoría paisanos, por los alrededores. Ninguno en el lugar del incendio.

El 3°, se embarca en Islay el 11, en el “Amazonas”; y en Mollendo, en el “Lamar”, el resto de oficiales y tropa que habían quedado en este puerto. Durante la mañana continúa el embarque de materiales sacados de los depósitos de la estación, llevados al muelle por *Navales*, mientras

Zapadores hace el servicio de patrullas en la ciudad, recogiendo soldados faltos a listas, y apagando escombros que aún ardían del incendio de la noche anterior.

El 12, embarco de *Zapadores* y *Navales*; quedan en tierra solo 100 hombres de este cuerpo, para el incendio y destrucción de los edificios de los ferrocarriles que se estienden quebrada adentro. Las chispas y el fuerte viento provocan el incendio de dos casas lejanas, que se corta con el esfuerzo de los *Navales*.

El 12 se enviaron a bordo las mulas de pontoneros y el ganado de la caballería, y se embarcaron los *Navales* que quedaban en tierra después de ver consumirse por el fuego toda la estación del ferrocarril, el cuartel y fuerte de la Isla y los edificios y bodegas cercanas al muelle.

A las 5:30 toda la gente que quedaba en tierra sube a los botes. Queda ardiendo la cubierta de madera del muelle, que no se hizo volar por agotamiento de los explosivos. Los vecinos apagan el fuego y salvan el muelle.

A las 5:45 todo el mundo está a bordo.

Los perjuicios originados al gobierno del Perú se avaluaron en ocho millones de pesos.

La escuadrilla pone proa al sur a las 6 P. M., rumbo a Pacocha, donde fondea sin novedad, al amanecer del 14.

En tanto, ¿qué hace la guarnición de Arequipa?

El prefecto, coronel don C. Alfonso González Orbegoso, tiene conocimiento, por telégrafo, del desembarco del ejército chileno, y de la ocupación de Mollendo. Por su orden, se retiran a Mejía los 150 guardias nacionales de guarnición, a las órdenes del teniente coronel don Mariano Bedoya, y 50 artilleros sin cañones del coronel don Manuel San Román.

Una segunda comunicación del coronel prefecto les ordena continuar el repliegue sobre Tambo, para no quedar expuestos en la costa a los fuegos de la escuadra; y “viéndose ambos cuerpos en esta forzosa necesidad, por el exuberante número de soldados enemigos y la superioridad de su armamento”; dice el señor González Orbegoso, en su parte oficial.

En Tambo se unen a la columna del coronel don Eduardo López de Romaña, comandante de armas del pueblo. Aquí esperan el desarrollo del avance del enemigo.

El prefecto González deja en Arequipa la columna Comercio, en resguardo de la plaza, y moviliza los siguientes cuerpos, para salir a campaña.

Batallón Legión Peruana, teniente coronel don Marcelino Gutiérrez.

Batallón Apurímac, teniente coronel don Cipriano Soto.

Batallón Piérola, teniente coronel don Francisco Llosa.

Columna A de la Guardia Civil, teniente coronel don José Manuel Solar.

Columna B de la Guardia Civil, sargento mayor don Manuel Altamirano.

Columna de honor, teniente coronel don Mariano Canales.

Columna de Artesanos, teniente coronel don Manuel Madueño.

Escuadrón de Caballería Gendarmes, teniente coronel don Manuel Román Rivera.

Estos cuerpos salieron de Arequipa, el 10 en trenes especiales; arribaron algunos a Tambo, a las 5, P. M. del mismo día, y ahí acamparon; otros quedaron en Cachendo, por falta de cuarteles.

El señor prefecto, por sus múltiples atenciones, delegó el mando en jefe en la persona del coronel don Juan Francisco Goyzueta, que fué dado a reconocer en los campamentos de Tambo y Cachendo.

Tan pronto como se hace cargo del mando, y en previsión de que los chilenos avancen sobre Tambo, destaca al comandante Cipriano Soto, con su batallón Apurímac, a cubrir el camino de Islay; y al coronel Marcelino Gutiérrez, con su cuerpo La Legión Peruana, a observar al enemigo desde las alturas de Pasco.

El resto de la guarnición permanece en Tambo, a las órdenes directas de Goyzueta, cubierto por una avanzada de caballería mandada por el coronel Rivera.

Se reúne un primer Consejo de Guerra, en el cual se determina concentrar todas las fuerzas del Departamento, y marchar en seguida sobre la costa, una vez que la caballería reconozca el número y posiciones del enemigo. Se ordena la bajada de los batallones de Cachendo.

El 12 en la mañana, el coronel Rivera anuncia que la caballería enemiga huye a la vista de sus jinetes.

Un segundo Consejo de Guerra determina el avance y recuperación de Mollendo a viva fuerza.

El 12 en la tarde a la hora en que Riveros navega de regreso al sur, la división Goyzueta, se pone en marcha y llega a Ensenada al amanecer del 13, de donde continúa a Mejía, por la línea férrea. Ya los chilenos estaban cerca del puerto de Pacocha.

Para encerrar a Barboza en esta población, Goyzueta, divide sus tropas en cuatro secciones: la 1ª atacará por el norte; la segunda por el noreste; la 3ª caballería, por el sur; quedando la 4ª del reserva.

El 1er. ayudante sargento mayor don Mariano Muñoz, con diez hombres avanza de descubierta y anuncia la fuga del enemigo. Inmediatamente las cuatro columnas penetran a la plaza, tambor batiente, con las primeras luces del alba. “Todo revela la precipitada fuga de los invasores, dice el parte oficial: velas encendidas, cajones de municiones, rifles, prendas de

vestuario, cápsulas exparcidas, un barril de vino y otro de aguadiente, principiados: todo revela la prisa con que huyeron”.

Por desgracia, la silueta de la “Covadonga”, que ha quedado sosteniendo el bloqueo, se destaca en el horizonte.

Se reúne un Consejo de Guerra, que resuelve la retirada a Tambo, por las siguientes razones:

1°.- No saberse el número de enemigos.

2°.- Encontrarse éste bajo la protección de cinco naves, una de ellas blindada.

3°.- Estado de estenuación de las fuerzas que no habían comido, durante 30 horas.

4°.- Responsabilidad, en caso de derrota, pues la pérdida de los puertos, acarrearía la pérdida del ferrocarril, dejando abierto el camino a Arequipa.

5°.- Imposibilidad de ocupar los puertos, en caso de victoria, pues las tropas serían despedazadas por las gruesas piezas de marina.

La retirada se efectúa durante la noche.

Conocida en Tambo la partida de los chilenos, envía a Goyzueta a reponer a las autoridades de las plazas de la costa, y regresa con las tropas a Arequipa, cuyos habitantes reciben a los liberadores del territorio con arcos de triunfo.

II. La expedición en su carácter moral.

En cuanto reasume sus funciones, el coronel prefecto expide la proclama que reproducimos en el anexo.

Pasa igualmente al Ministerio de Guerra, el parte oficial de la expedición, del que extraemos los párrafos siguientes:

Mollendo destruido.

Los chilenos se habían entregado a los excesos más abominables y desenfrenados; se había saqueado, violado a las mujeres, robado y maltratado a muchos nacionales y extranjeros, llegando al extremo, en su crápula brutal, de escarnecer y bailar en el templo, con las efigies de los santos, antes de hacerlos devorar por las llamas.

La aduana y almacenes fiscales no se han incendiado, ni concluido de quemar el muelle.

Las pérdidas habrían sido menores, si los extranjeros hubieran despachado sus mercaderías, según decreto de 8 de Marzo, notificado el mismo 8 por telégrafo.

El señor Prefecto estampa su firma al pie de estas antojadizas afirmaciones.

En Chile se da a las ocurrencias de Mollendo una extensión y una resonancia inusitada, empezando por el Presidente de la República. El señor Pinto ordena al Ministro Sotomayor “castigar a los culpables con la mayor severidad” y escribe al coronel Vergara. “Los sucesos de Mollendo, prueban cuan débil es en nuestro ejército la disciplina y uno tiembla pensando que en un momento dado esa falta de disciplina puede comprometer el resultado de una batalla en que se decida talvez la suerte de la Patria”. (Carta de S. E., el Presidente Pinto a don José Francisco Vergara, fechada en Santiago el 26 de Marzo de 1880.).

S. E. gustaba generalizar, pero sin pizca de lógica; inducía consecuencias fundamentales, de premisas aisladas.

Hechos censurables ocurren en todas las tropas del mundo; las naciones más cultas tienen crudas leyes militares; pero de aquí, a manchar a todo el ejército de Chile con la infundada sospecha del primer Magistrado de la Nación, hay un abismo insalvable.

Ha pasado el tiempo; y las exageraciones de aquella época aún subsisten.

El historiador don Gonzalo Bulnes ha caído en un profundo error, al enunciar la siguiente afirmación:

“Pero lo más grave, la coronación de este triste episodio, es que los delitos cometidos quedaron impunes. El general Escala inspirándose en los informes de un civil de malos antecedentes, que acompañó a la expedición a título de curioso, y desoyendo los denuncios que se le hicieron oficialmente, se puso del lado de los que excusaban las faltas”. (Bulnes, Guerra del Pacífico, tomo II, página 154.).

La aseveración del señor Bulnes es completamente inexacta, por no darle un calificativo más duro y más merecido.

La siguiente nota comprueba lo dicho: N° 879.- Ilo, Marzo 18 de 1880.-

Señor Ministro de la Guerra.

Tengo el honor de poner a mano de V. S. copia del parte que sobre la expedición a Mollendo me ha dirigido, el señor coronel jefe de la división don Orocimbo Barboza, y de los documentos a él anexos.

Consecuente como mi propósito de reprimir con severo castigo, las faltas que se han cometido, y de que se hace sucinta relación en el parte del jefe de la división y en las parciales a que él se refieren, he dispuesto el inmediato encausamiento de los oficiales del 3° de línea, capitán don Viviano 2° Carvalho, teniente don Liborio Andrade y subteniente don Félix Canales; del capitán del Regimiento Zapadores don Fidel Bahamondes, y de los soldados del 3° de línea Ruperto de la Fuente y José Parra.

Así mismo he ordenado se instruya una minuciosa investigación sumaria respecto de los demás hechos de que se da cuenta en los partes adjuntos, y que no están perfectamente esclarecidos, para imponer el respectivo castigo a sus autores, sea por no conocerseles aún nominalmente, o por ignorarse otras circunstancias necesarias para apreciarlas debidamente.- Dios guarde a V. S.- *Erasmó Escala*.

El documento anterior prueba que el general en jefe cumplió estrictamente con su deber.

El parte de Barboza denuncia hechos, criminosos; el general ordena iniciar la respectiva causa, para castigar a los culpables, en caso de haberlos, con relación al delito.

¿Quería el señor Bulnes que Escala procediera arbitrariamente, sin oír a los inculcados, sin que un Fiscal formulara acusación y estableciera el delito y pidiera la sanción legal correspondiente?

¿Podía negarse a los presuntos reos alegar su inocencia ante los jueces establecidos por la Ordenanza General del Ejército?

¿Era lícito al General en jefe hacer caso omiso, más bien, pasar por sobre las leyes?

Con respecto a la tropa, varias clases fueron rebajadas a último soldado, por omisiones en el cumplimiento de su deber, pero no por delito alguno, comprobado, en los respectivos sumarios.

Pocos días después dejó Escala el mando en jefe; las censuras del señor Bulnes por lenidad en los castigos, si la hubo, caen sobre su sucesor.

El Ministro de la Guerra ordenó dar mayor amplitud a los partes oficiales; por su parte, el Ministro de Marina señor Gandarillas, cree del caso pedir ciertas explicaciones al almirante Riveros, respecto a la competencia profesional de sus oficiales.

Dicha nota fué contestada por el almirante en términos severos.

La extensión del desorden puede medirse por las consecuencias; ningún desertor, dos heridos. El teniente Serrano con un tajo en la boca; y un soldado herido en un brazo, que fué atendido en tierra por el doctor Allende Padín y por el doctor Sherbakoff a bordo del "Blanco".

Síntesis general: abundancia de conservas, en los almacenes de la Aduana, registrada para llevar a bordo lo utilizable; descuido en el control; embriaguez consiguiente; desórdenes y medidas disciplinarias; gran algazara en Chile; exageración en los funcionarios civiles; y todo, para que el 3° de línea pagara el pecado de los ratones, pues la borrachera fué mayúscula en la marinería, y no menor en soldados de los demás cuerpos, que bebieron duro y parejo, eso si, como debe hacerlo el militar veterano, sin embriagarse jamás.

Es axioma que el soldado, debe llevar dos comidas adelantadas, y beber sin perder el paso.

Con respecto a raterías, nada puede decirse de los soldados de tierra, que no pueden llevar efectos superfluos, agobiados por el peso del equipo. Aprovecharon la ocasión, los equipajes de a bordo, los vivanderos y los cucalones, que podían cargar los objetos tomados.

III. La expedición en su aspecto religioso.

El clero chileno, desde que la Patria estuvo en peligro, se puso a la altura de la situación. Sus miembros formaron parte de todas las comisiones, para recolectar fondos, adquirir elementos de sanidad, fundar hospitales de sangre, organizar ambulancias, y asistir personalmente a enfermos y heridos.

Distinguidos jóvenes sacerdotes, más tarde honra y prez de la Iglesia chilena, pidieron un puesto en el ejército y armada, sin recibir más emolumentos que la ración, pues necesitaban alimentarse como los demás.

Hicieron labor benéfica, los presbíteros Florencio Fontecillas, más tarde Obispo de la Serena; Fernando Blaitt, Obispo de la Concepción; Ruperto Marchant Pereira, cura de Santa Filomena, R. P. Madariaga, fallecido en el campo de honor, el R. P. Pacheco, los presbíteros Eduardo Fabres, Carlos Cruzat, Camilo Ortuzar y otros muchos tan abnegados como patriotas.

En la ocupación del Litoral, los curas bolivianos de Antofagasta y Caracoles, abandonaron sus puestos, y no volvieron a ocuparlos, no obstante las garantías otorgadas.

Se fueron a su patria a calumniar al clero chileno, lo que originó una representación de la Santa Sede al obispo don José Manuel Orrego, de quién dependían los capellanes castrenses del territorio reivindicado. Pronto quedaron descubiertos los calumniadores, pues el Vaticano y el Nuncio Apostólico comprobaron la falsedad de esas denuncias.

Con motivo de la ocupación de Mollendo, el vicario Capitular de Arequipa, monseñor M. Lorenzo Bedoya, denuncia al Ministro del Culto, “que se cometió un espantoso sacrilegio en la iglesia vice Parroquial de ese puerto, por el ejército, chileno, sustrayéndose del tabernáculo la custodia con el Santísimo Sacramento, incendiando el templo”.

La queja de monseñor Bedoya se funda en una nota del vice-párroco, que se puso en salvo con mucha anticipación al desembarco de Barboza. Este sacerdote, desde su escondite de Arequipa, fabricó un parte de acusación, del cual damos como muestra el siguiente párrafo:

“Reservado había estado a los enemigos de nuestra patria, el conculcar toda ley, ultrajar a la humanidad, burlarse de la moral, escarnecer la religión y profanar lo que hay de más santo en los cielos y en la tierra, pues no solo han violado el templo de Mollendo, los chilenos, sino que han profanado el Santísimo Sacramento, arrancando con la fuerza el sol de la custodia, llevándolo fuera del templo, y sustrayendo el viril con la forma consagrada, y lo que es más doloroso, señor Vicario Capitular, es que todo esto ha sido ejecutado, según datos seguros, en presencia de tres sacerdotes chilenos, que nada hicieron, ya que no para calmar a esos furiosos, pero siquiera para salvar a Su Divina Majestad, de tan terribles ultrajes, sacrilegios e irreverencias”.

Fácil es imaginarse la polvareda que la acusación del señor Vicario levantó entre la indiada fanática de la sierra, y más todavía, cuando dispuso, un tríduo en honor del Santísimo Sacramento, para desagaviar a la Majestad Divina.

El Ministro del Culto pasó una circular a sus ministros acreditados en el extranjero, que a su vez dieron a la queja amplia publicidad.

Igualmente, pasó los antecedentes a Monseñor Mario Mocenni, Arzobispo de Heliópolis, y Delegado Apostólico.

El señor Delegado, diplomático de talla, procede con calma, y para formarse juicio exacto, pide informe al Arzobispado de Santiago.

El pro-vicario Capitular, prebendado don José Ramón Astorga hace levantar un acucioso sumario, que envía original, para su conocimiento, a monseñor Mocenni. Declaran en él el señor don José Clemente Fábres, el presbítero don José Eduardo Fábres e informa el señor general don Erasmo Escala, que había fijado su residencia en Santiago.

El señor Delegado Apostólico se mostró satisfecho de la conducta de los capellanes castrenses y de la tropa chilena, que había intervenido en la cuestión.

He aquí lo ocurrido:

Cuatro capellanes fueron a Mollendo; presbítero don Eduardo Fábres, de la División; Enrique Chistie, del “Blanco”; Carlos Cruzat, de la “O'Higgins”; y Camilo Ortúzar, que acompañaba en unas misiones a su Colega de la “O'Higgins”.

Los capellanes estaban abordo en la noche del incendio, y pasaron la noche en sus buques, a excepción del señor Fábres, que desembarcó en el bote de las doce, porque su puesto estaba en tierra. Se acostó vestido, y no salió de su alojamiento hasta el día siguiente.

Las patrullas ordenadas por el Estado Mayor, y piquetes especiales, hacían esfuerzos sobre humanos para cortar el fuego, en la manzana en que se encontraba la vice-parroquia.

Cuando las llamas alcanzaron a la iglesia, los oficiales ordenaron sacar la custodia, vinajeras, cuadros e imágenes, que colocaron aparte, en la plaza, por no haber local más a mano.

En la mañana se impuso el señor Fábres de lo ocurrido; tomó los objetos sagrados y los confió al capellán señor Cruzat, que consumió la hostia en la misa del día siguiente.

Por disposición del señor Fábres, los objetos del culto salvados, pasaron al buque insignia, confiados al capellán de la nave señor Christie, para devolverlos a la autoridad eclesiástica correspondiente en primera oportunidad.

El capellán mayor del ejército, presbítero don Florencio Fontecilla Balmaceda, comunica al señor Pro-vicario Capitular, en nota 22 de Mayo, fechada en Sama, que el sol de la custodia de la iglesia de Mollendo, fué entregado a los señores cónsules de esa ciudad, para que lo hicieran llegar a manos del señor Vice-párroco; y el viril, lo entregó al primer sacerdote peruano que encontró, que lo fué el cura de la parroquia de Sama. Acompaña los recibos del Cuerpo Consular de Mollendo, de 12 de Marzo de 1880; y del cura de Sama, presbítero don Manuel José Baluarte, de 10 de Mayo de 1880.

Así terminó este pequeño incidente, que los diplomáticos peruanos quisieron elevar a un gran conflicto religioso, para el que pedían la intervención no solo del Vaticano, sino de las cancillerías de los Estados católicos.

Apéndice al Capítulo IX.

PROCLAMA

Pueblo de Arequipa:

Soldados:

Al invadir el enemigo alevé nuestras playas, os pusisteis a mi lado, entusiastas y decididos para repelerlos.

Marchamos; pero antes de resistir nuestro valeroso empuje, a pesar de la inferioridad de los elementos, con que contábamos, se reembarcó vergonzosamente, y en precipitada fuga para ocultar su cobardía a bordo de las naves en que tiene cifrada su soberbia.

La expedición en que tan resignados y obedientes os habéis mostrado, será uno de los valiosos títulos de vuestra gloria, tantas veces aplaudida por los que en vosotros han visto siempre incontrastables héroes.

Arequipeños:

Chile, cuando se le llama a una leal contienda, ya habéis visto la conducta que observa, y cuan negras son la huellas, que dejan sus miserables hijos, donde ponen su planta criminal, pudiendo esperar, el definitivo triunfo de nuestra nación, a quien desprevenida se ha atacado, cuando tranquila propendía solo a su bienestar en el presente, y a conseguir en lo futuro su mayor prosperidad.

Estamos de pié y listos para marchar al campo del honor a repeler las nuevas agresiones que intenten los enemigos de la paz americana, marchando a su encuentro, como lo hemos hecho en los pasados días, movidos por el sagrado fuego de patriotismo, que entonces, como ayer, daremos una elocuente manifestación a nuestros compatriotas del resto de la República de que Arequipa se halla siempre indoblegablemente dispuesta a derramar su sangre y a hacer el generoso sacrificio de su vida por la santa causa de la patria.

Vuestro conciudadano y amigo. *C. Alfonso González Orbegoso.*

CAPÍTULO X.

Expedición a Moquegua.

El comandante Stuken, en la primera semana de ocupación, alista una locomotora y recorre con ella algunos kilómetros hacia el interior.

Los vecinos se hacen cruces al ver funcionar una máquina de las desahuciadas por los ingenieros de Arequipa.

El ejército permanecía en sus acantonamientos, preparándose para buscar al enemigo, tan pronto como llegaran del sur las vituallas, forraje y equipo, pedido por el Ministro en gran cantidad.

El general nombra gobernador a Ilo y Pacocha al coronel don Samuel Valdivieso, quien promulga algunos bandos de buen gobierno bastante severos.

Castiga con multa de cincuenta pesos al comerciante o particular que expendá licor dentro del recinto de ambas poblaciones; y con veinticinco y cincuenta días de prisión al dueño de negocio, que tenga sus puertas abiertas después de las nueve de la noche.

Ordenó la inscripción en la Comandancia de Armas, de todos los individuos residentes, de cualquier nacionalidad, que no perteneciera a cuerpo o repartición pública, en el plazo de veinticuatro horas, bajo la pena de ser calificado de espía y tratado como tal. Se presentaron unos ciento cincuenta extranjeros, de ellos, ocho peruanos.

Un otro bando, prohíbe salir de ambas ciudades, sin permiso especial, a cualquier individuo, sin distinción de nacionalidad, edad o sexo. Los retenes reciben orden de hacer fuego sobre toda persona que trate de romper la clausura.

El Ministro tardaba en tomar resoluciones; pero una vez decidido, se dedicaba a realizarla con todas sus facultades. Había optado por la ofensiva; puso en trabajo a todo el mundo para realizar la operación, verdaderamente delicada, con el enemigo al frente. Sin embargo, nada participa al general en jefe del cambio del plan de operaciones.

Mientras llegan los enormes pedidos hechos a la Intendencia, el señor Sotomayor resuelve ocupar a Moquegua, y deshacer la guarnición peruana que la ocupa, al mando del

coronel don José Agustín Gamarra. De esta manera elimina cualquier tentativa del enemigo para inquietar el flanco o retaguardia del ejército en su marcha sobre la línea Tacna-Arica.

Resuelta la expedición a Moquegua, el jefe de Estado Mayor General ordena “la revisión de la línea férrea, que efectúa sin inconveniente alguno, el capitán Latham, el día 6-III-80.

El comandante Stuver sale el 8, a las 2 P. M., con un convoy formado por la máquina Pacocha, dos carros estanques con 12.000 litros de agua a una nueva recorrida. Sesenta jinetes y 20 buines escoltan a la escuadrilla de carrilanos y herramientas que conduce para el caso de encontrar desperfectos en el camino.

El capitán Urcullu, de Estado Mayor, sube a la máquina en Hospicio, a señalar los puntos en que el enemigo había levantado rieles a la bajada de Catay. La cuadrilla de camineros limpia a dinamita un relleno de piedras de cuatro y cinco toneladas que obstruían un corte de rocas.

La presencia de algunas parejas de caballería contraria, la vecindad del valle cubierto de bosque y la obscuridad de la noche que se viene encima, aconsejan a Stuver y Urcullu a pernoctar a cinco kilómetros del río. A la diana, después de un corto tiroteo sostenido por los buines con las avanzadas peruanas, Stuver entra a El Conde, baja la bomba que lleva a bordo, llena los estanques y regresa sin la menor novedad a Hospicio, en donde quedan los buines con 16.000 litros de agua en los recipientes de la estación, y un telegrafista para comunicar las novedades.

El Ministro confiere al general don Manuel Baquedano el comando de la expedición a Moquegua; lleva como inspector de infantería al coronel don Mariano Muñoz, y, como jefe de Estado Mayor al comandante de ingenieros don Arístides Martínez. Marcha como ayudante agregado don José Francisco Vergara, aburrido de la secretaría del Cuartel General, lejos del ruido de los sables y de la vista del enemigo.

El efectivo de las fuerzas consta de la II División Muñoz, toda la caballería, y un refuerzo de artillería.

Las instrucciones a Baquedano se reducen a buscar al enemigo acampado en las cercanías de Moquegua, batirlo y apoderarse de la plaza. Nada más simple y a la vez más amplio.

La marcha se efectuará por la vía férrea. Según el plano del capítulo II, la estación de término Alto de la Villa, dista cien kilómetros de Pacha, sesenta y tantos de desierto crudo y estéril, tostado por el sol, sin ningún género de recursos; el resto del camino, cruza campos cultivados, viñedos en plena producción y arboledas de variados y exquisitos frutos.

La fuerza debió salir de Pacocha el 11. III; pero la retrazó un día la falta de equipo, especialmente botas, morrales y caramayolas.

El señor Ministro, en sus deseos de abandonar cuanto antes a Tarapacá, no surtió debidamente a todos los cuerpos; el 2º de línea carecía de morrales y caramayolas, dos prendas indispensables para la marcha, en que el soldado necesita llevar sus raciones de víveres y de agua.

El inconveniente se remedió quitando estas prendas a otros cuerpos, para equipar al 2º: Mala política administrativa del señor Ministro, desnudar a un santo, para vestir a otro.

Bulnes dice: “Lagos estaba ausente. Había ido a reconocer los caminos de la costa, dejando organizado el servicio de provisión de la división en marcha”. (Tomo II, página 175).

Fué una lástima que un militar tan aventajado como el coronel olvidara el conocido precepto napoleónico, de que no basta dar órdenes; hay que vigilar su cumplimiento. Por esto dudamos de la aseveración anterior.

El señor Ministro averigua que los soldados no llevan ración seca para dos días; no remedia la falta; escribe a Escala denunciando la omisión; éste le contesta que en las estaciones había comida para la tropa hasta llegar al valle. Y así ocurrió en efecto; víveres no escasearon en parte alguna.

La caballería parte al amanecer del 12; llega a Estanques a las 11 ½ A. M. sale a las 3 ½ P. M. En ambas estaciones había abundante provisión de agua, víveres y forraje.

Baquedano levanta el campamento al amanecer; penetra al valle a las 8 A. M. precedido, por la compañía del *Buin* del capitán don Juan Ramón Rivera, que le acompaña desde Hospicio. Después de un corto tiroteo de avanzadas, el jefe chileno se adueña del valle, que la

caballería recorre en todas direcciones hasta limpiarlo de enemigos. A las 3 P. M. hace tocar botasilla en la estación de El Conde, para descanso de la tropa y ganado después de una soberbia marcha de setenta kilómetros por caminos infernales

Los flanqueadores comunican al general que en la bajada del Pacay faltan algunos rieles a la vía. En cuanto descansan las cabalgaduras, envía un mensajero a Hospicio, a comunicar la novedad a Stuyen. Por desgracia, éste había partido; y como el estafeta marchó por el camino de herradura, no se encontraron.

La división Muñoz debía marchar, según itinerario, en tres etapas: 1ª de Pacocha a Estanques, 35 kilómetros; 2ª de Estanques a Hospicio 20 kilómetros; 3ª de Hospicio a El Conde 18 kilómetros. Total: 72 kilómetros.

Muñoz abandona a Pacocha a las cinco de la tarde del 12 III. marcha durante la noche y a la mañana siguiente acampa en Estanques, donde la tropa recibe víveres y agua en abundancia. Los recipientes tenían 15.000 litros, que unidos a 10.000 que dejó Stuyen, hicieron un total de 25.000, distribuidos por el coronel para el consumo de ese día y la marcha del siguiente.

Stuyen conduce dos convoyes, arrastrados por las máquinas Pacocha y Moquegua, con tres estanques, dos carros de víveres y forraje y dos de municiones, con orden de dejar el agua en el camino, y llevar las vituallas y parque a El Conde.

Las máquinas vencen la gradiente con trabajo; los rieles están cubiertos de tierra con el paso de la artillería, y además, la Intendencia aumentó la carga, a última hora, con fondos y útiles de rancho, unas para dar de beber al ganado, material de la Ambulancia Valparaíso, y la guardia de estos bagajes.

Stuyen y Quelart dirigen respectivamente los convoyes. Dejan 10.000 litros de agua en Estanques y marchan a Hospicio. Las máquinas suben muy despacio, circunstancia que aprovechan los rezagados para treparse a los carros, lo que aumenta el peso a lo menos en treinta toneladas.

Debido a la excesiva carga, se rompe una chaveta de los brazos de la Moquegua; haciendo saltar las dos tapas del cilindro. Desconectado éste, la Pacocha empuja el convoy hasta Hospicio.

Parte para El Conde a las 6:30 P. M. con un estanque vacío y dos carros de víveres y forraje, para volver con agua al alba del siguiente día, a proveer a la División Muñoz que debe llegar en la tarde.

No obstante que en El Conde se encuentran 900 hombres de nuestra caballería, Stuyen caminó con todo cuidado.

A diez kilómetros, se nota la falta de cuatro rieles, obstáculo reparado en media hora por los camineros.

Stuyen redobla las precauciones; el reverbero poco alumbra, por la mala calidad de la mecha formada por una tira de trapo; se colocan dos vijías en la trompa; se marcha con lentitud y tanta, que la locomotora se para; aflojadas las palancas, el tren se lanza y es imposible detenerlo al divisar la calzada destruida, sin rieles, ni durmientes. Stuyen da contra vapor; a los silbidos de alarma de la bocina, los empleados aprietan las palancas, con lo que evitan la caída del convoy al fondo de la quebrada; pero la máquina desrielada queda con la trompa metida en la trocha solo con las dos últimas ruedas en los rieles.

La cuadrilla caminera, ayudada por los empleados, se pone a la tarea de levantar la máquina y reparar la vía, a la cual faltan los durmientes y diez rieles tirados al abismo.

Se trabaja duro, para llevar agua a la II División, que llegará al otro día a Hospicio.

Muñoz deja a Estanques en la tarde del 13, para aprovechar el fresco de la noche; el sol del 14, desde la salida arroja torrentes de fuego sobre la polvorienta pampa de ilimitado horizonte.

El teniente don Pedro Navarro del Santiago, y tres soldados caen víctimas de insolación. Atendidos oportunamente por los doctores Martínez Ramos, de la Ambulancia Valparaíso, Kidd del 2º de línea y Díaz del Atacama, se recobran estos últimos, pero no el oficial, que tuvo la imprudencia de mezclar con alcohol el agua de su caramayola, cosa absolutamente prohibida en todos los cuerpos.

Por fin, la División, asada y sedienta, alcanza a Hospicio.

La tropa apresura el paso para llegar al agua.

¡Los estanques están vacíos!

Armados los pabellones, jefes, oficiales y tropa se tiran al suelo, caldeado, en demanda de un rato de descanso y en espera de la llegada del tren con agua.

El coronel Muñoz se pasea, bajo los rayos de un sol infernal. Busca una solución. La encuentra. Ordena requisar todas las bestias, incluso el caballo de su silla, y manda tropa a cargo de oficiales, con todas las caramayolas, a buscar agua al río.

A la luna de la mañana, llega el precioso líquido. Se distribuye a razón de cinco caramayolas por compañía; es decir, diez litros para cada 125 hombres.

El reparto es demoroso, pero ordenado. Un oficial tiene la caramayola; se acerca el soldado; echa tres tragos; nada más. Algunos, se aferran a la caramayola con las manos crispadas por la desesperación.

Pero, inútil; todos deben beber su parte, a excepción de los oficiales que no alcanzan ni una buchada.

El coronel Muñoz recorre los cuerpos infundiendo esperanza. Lleva una bala en la boca y recomienda el procedimiento para engañar a la sed; en efecto, sea o no sugestión, el acero produce cierta relajación en la fauces agarrotadas, acompañada de un alivio consolador.

Llega el nuevo día que amenaza ser ardiente por el calor de la mañana.

Cerca de las doce, algunos soldados se levantan, miran al oriente para cerciorarse si viene el tren; nada se divisa; ponen el oído en los rieles, ningún ruido se percibe; entonces, a buscar agua, gritan; al río, al río... y marchan en tropel.

El coronel, ante tal acto, de indisciplina, hace tocar tropa. Los cuerpos forman, salvo algunos grupos de desesperados que no oyen las bandas.

Para hacerlos regresar, hace disparar cinco granadas a vanguardia de los desobedientes; estallan los shrapnhells; los dispersos exclaman: Mátenos mi coronel; preferimos morir fusilados.

Antes de que cunda el desbande, Muñoz ordena la marcha en dirección a El Conde. La tropa, en filas de a cuatro, camina animosa, por el temor de que se agoten las fuerzas en el camino.

Quedan rezagados; pero todo el mundo sigue sin mirar atrás.

Al partir, el coronel envía al general en jefe el siguiente telegrama:

“He dicho en varios telegramas que mi situación era insostenible. Luego se vieron los efectos de la falta de agua. La tropa se principió a desbandar. Hice tocar llamada y poner dos piezas de artillería por los flancos de las líneas en que estaba formada y tirar tres (cinco) granadas a los que se habían marchado. Continuó la insubordinación y me fué indispensable emprender la marcha. Temo: algo más grave. Llevo la máquina telegráfica para comunicar con V. S. en la marcha”.

El general Escala, no obstante su natural tranquilo, se enfurece. Habla de fusilar a los cabecillas y quitar a los demás. Lo ocurrido es un atentado contra su Diosa, la disciplina, y debe aplicarse la Biblia militar, la Ordenanza.

Se comprende la ira del general; quiere a sus soldados como a hijos, pero a éstos también se les castiga cuando delinquen, y pecado mortal es olvidar la disciplina sin la cual el mejor ejército, se rebaja a montonera.

Impotente para remediar el mal, hace salir mulas con odres de agua hacia el Hospicio.

Stuven continúa infatigable en su trabajo, desde las 10 P. M. hora del accidente, hasta el otro día a las 3:30 P. M. en que consigue pasar la locomotora sobre una línea provisoria.

En la mañana había llegado un capitán con Cazadores; como no eran necesarios sus servicios, regresa a El Conde, a dar parte al general de la próxima salida del convoy. Stuven entra a la estación, llena los estanques y sale con 25.000 litros al encuentro de la II División.

¡El tren! ¡El tren! exclama la tropa, al divisar el penacho de humo que repecha la ladera. Se bajan las unas tinajas a ambos lados, y se llenan del precioso líquido. La tropa bebe a sus anchas. Como ochenta individuos que vienen atrás muy extenuados, reciben agua mezclada con vino, traída por 200 jinetes enviados por Baquedano, con 100 caramayolas de añejo Moqueguano y 100 de agua fresca del río.

Seis soldados muy débiles regresan en el tren a Hospicio; pero bajan a la mañana siguiente, y se incorporan a sus cuerpos.

La guarnición de Hospicio comunicó a Stuken el aviso del general respecto a la ruptura de la línea, que desgraciadamente llegó después de su partida.

La división penetra al valle a las nueve de la noche. Gritos de alegría saludan la verde alfombra de los pastos, los tupidos emparrados cuajados de racimos maduros, frescos y jugosos.

Nadie se acuerda de las penurias pasadas. Gajes del oficio.

El canto de las aves despierta a los expedicionarios, antes que el toque de diana de los músicos.

Qué árboles más frondosos, qué agua más helada, qué vino más sabroso, del cual se reparte medio litro por cabeza.

El general ordena vivaquear dos días en los alrededores de El Conde, para que la tropa se reponga y haga la policía personal, lave la ropa y se bañe en el río.

El accidente de Hospicio no llama la atención del ejército, que había sufrido marchas más penosas en Tarapacá, pues las expediciones en el desierto llevan aparejadas los sufrimientos de calor y sed, inherentes al suelo y al clima.

Más dura que la actual fueron las marchas forzadas del 3° y el Coquimbo, de Dolores a Jazpampa, ántes de la batalla de San Francisco, ida y vuelta; la del Bulnes de Pisagua a Jazpampa y la de Izluga a Tarapacá.

En Chile, la cosa es distinta.

La prensa da al incidente, propio de cualquier campaña en cualquier ejército del mundo, una resonancia inusitada con la publicación de cartas, algunas verdaderas, inventadas otras, en que los jóvenes relatan a sus novias o sus mamacitas, los terribles padecimientos de la sed, del calor insoportable del día, del frío siberiano de la noche, del polvo que seca las fauces y baja hasta el estómago; y la desesperación que se apodera de los individuos, abandonados a su suerte en la soledad del desierto, por falta de aliento para seguir caminando.

Las exageraciones de la prensa tenían su razón de ser. Los diarios se vendían a cinco centavos; y los volantes repartidos varias veces al día, con noticias en muchos casos fabricadas en las oficinas de redacción, a diez veinte centavos.

Nació el oficio de suplementero, vendedor de volantes, extendido ahora al comercio de diarios y revistas.

No nos cansaremos de repetir.

La prensa debe ser estrictamente reglamentada en tiempo de guerra.

Dado el gran desarrollo mercantil de hoy, no cabe otro remedio que la publicación, sin comentarios, del boletín que expida diariamente el gobierno.

Cualquiera trasgresión debe sancionarse con la pena de los espías cogidos *infraganti*.

El Ministro Sotomayor da alas a las lamentaciones, censurando a Escala y a Baquedano. Escribe a Gandarillas el 15 de Marzo: “Si Ud. compañero, estuviere por acá, vería cuan peligroso es hacer una campana con este ejército”; y, termina con esta sombría afirmación: “Si el enemigo, fuera más avisado y diestro concluiríamos por una vergonzosa derrota de la División”.

Al Presidente dice con fecha 16: “Es muy extraña la conducta observada por esa caballería (la de Baquedano) que no se movió en auxilio de la infantería que se moría de sed”. Lo que no era efectivo.

El señor Vergara atiza el fuego, escribiendo a S. E. el día 16: “Esta División que debió salir el 11 a las 4 P. M. no lo hizo por no estar enteramente lista y tuvo que retardar la partida hasta el 12 a la misma hora. La marcha se hizo desordenadamente y solo llegaron a las 7 a 8 de la mañana”.

Tampoco era efectiva la marcha desordenada del 12 al 13.III.

El Gobierno, el parlamento y el país se alarmaron con tan desconsoladoras noticias. Muchos llegan a dudar de la capacidad de nuestro ejército para una campaña al interior, lejos de la mirada del Ministro de la Guerra.

Tanta alharaca es una tempestad en un vaso de agua, como decía Justo Arteaga.

Baquedano, retrata con verdad la situación en telegrama al Ministro, fechado en El Conde, el 16.III: “Todo va bien. Mucha exageración por falta agua. Pronto quedará todo arreglado militarmente”.

Y así sucedió, porque durante la expedición no tuvo que sufrir la intromisión de civiles que perturbaran sus planes.

El desastre de Hospicio, como llaman enfáticamente los cucalones al incidente, no costó, una sola baja, ni en los hombres, ni en el ganado. Los cuatro enfermos que llevó Stiven a Hospicio, volvieron a sus cuerpos al día siguiente.

Al emprender Baquedano, la marcha de El Conde al interior, las listas no acusaron un solo fallo, ni por enfermedad, deserción o fallecimiento.

La defunción del teniente Navarro, no tuvo por causa la sed.

Conviene recordar aquí un hecho bastante sugestivo. Pocas semanas después, el 3° de línea marcha de Ite a Yaras, por orden del señor Ministro. Falta agua en el camino; varios soldados beben los orines de las acémilas; otros, enloquecidos, se suicidan. Si no es por la caballería de Bulnes que sale de Sama en su auxilio, la hecatombe habría sido espantosa.

Nadie dice una palabra; la cosa pasa en familia; los diarios del sur permanecen mudos; no había jefes a quienes denigrar. El culpable era un civil, el señor Sotomayor, presunto candidato oficial a la Presidencia de la República.

Conviene hacer resaltar otra cruda injusticia. Toda la piadosa lamentación de las almas sensibles, se vacía en los sufrimientos de los pobrecitos soldados.

Los jefes y oficiales ¿No tenían calor, no sufrían por la sed?

Jefes ancianos, algunos achacosos, cedieron sus caballos a soldados desfallecidos, e hicieron la marcha a pié. Los oficiales siguieron el ejemplo; fueron los últimos en recibir la ración de agua, cuando alcanzó; generalmente dieron su parte a la tropa.

¿Porqué tanto ensañamiento contra los jefes en general y Escala en particular?

El siguiente telegrama despeja la incógnita.

“Pacocha, 16 de Mayo. A. Pinto. Hoy voy a verme con el general para exigirle que nos pongamos de acuerdo en todos los movimientos del ejército, en lo sucesivo. Si lo rehusa, o no rehusándolo, procede sin mi conocimiento, yo me iré, porque no quiero ser responsable ante el gobierno de lo que se ejecuta sin mi intervención. *Sotomayor*”.

El telegrama significa lisa y llanamente la exoneración del general en jefe, que no se rebajará al papel de ayudante del Ministro. El señor Sotomayor sabía que amenazando al gobierno con marcharse al sur, el Presidente sacrificaría, no a un jefe, sino a la totalidad, antes que el Ministro abandonara el ejército y la dirección de la campaña.

Al día siguiente, 17, el señor Sotomayor ve al general para pedirle que llame a don José Francisco Vergara, que anda en la división de Baquedano. Lo necesita para discutir y acordar un plan general de campaña para evitar expediciones que no obedezcan a un pensamiento concurrente a ese plan. En tales términos telegrafía a S. E.

Vergara regresa a Ilo, donde se prepara el bochinche mayúsculo; y lo efectúa con agrado, pues encuentra desairado el papel de simple ayudante del jefe.

El 17.III.80 Baquedano, efectúa un reconocimiento, con efectivo de las tres armas, hasta pocos kilómetros de Moquegua. Por prisioneros y neutrales encontrados en los fundos, sabe que el enemigo, fuerte de 2.000 hombres, se encuentra parapetado en la cuesta de los Angeles, dispuesto a recibir el choque de los chilenos.

Orientado sobre la situación y estudiados los caminos de acceso, el general ocupa el 18, en ultimar los detalles del avance.

Para dar más elasticidad al soldado, dispone que lleve en la canana únicamente cien tiros; y que se dote a cada cuerpo, con una recua de diez mulas para la conducción de municiones, lo que representa un parque adicional de 20.000 tiros a cuatro cajones de 500 cartuchos por acémila.

El 19 rompe la marcha en demanda del enemigo, en el siguiente:

ORDEN DE BATALLA.

Cuartel General.

Comandante en jefe, General de Brigada don Manuel Baquedano,
Ayudante de campo. Teniente coronel agregado, don Roberto Souper, capitanes, señores Félix Urcullu, Francisco Pérez, Alejandro, Frederick, Ramón Dardinac; tenientes, señores Vicente, Montauban, Juan Pardo Correa y subteniente Julián Zilleruelo.

Comandante general de caballería. Teniente coronel don Pedro Soto Aguilar.

Comandante General de Infantería. Coronel don Mauricio Muñoz.

Jefe de Estado, Mayor General. Teniente coronel don Arístides Martínez.

Ayudantes de Campo: Sargento Mayor don Francisco Javier Zelaya, capitán don Enrique Munizaga, teniente don Belisario Zelaya y subteniente don Federico Weber.

Artillería.

Teniente Coronel, don José Manuel 2º Novoa.

Sargento Mayor, don Exequiel Fuentes.

Capitanes, señores Gumercindo Fontecilla, José Joaquín Flores y Eduardo Sanfuentes.

Tenientes, señores Santiago Faz, Jorge von Koeler B., José Manuel Ortúzar y Lorenzo Sir.

Alféreces, señores Jenaro Freire, Guillermo 2º Armstrong, Luis H. Álamos, Reinaldo Boltz, Armando Díaz, Guillermo Flores, Laureano Ladrón de Guevara, Eduardo Sánchez y Federico Videla.

Cirujano 1º Señor Arturo Sandfort.

“ 2º Señor Elías Lillo.

Practicantes, señores Constantino Muñoz, Aníbal Muñoz y Wenceslao Pizarro.

(Tres baterías: Una Krupp de Campaña, una id. de montaña, una id. francesa de bronce, rayada).

Infantería.

Regimiento Buin 1º de línea.

Capitán, don Juan Ramón Rivera.

Tenientes, señores Tristán Plaza y Belisario Cordoves.

Subtenientes, señores José Víctor Anguita y Nicanor Troncoso.

(Una compañía).

Regimiento 2º de línea.

Teniente coronel, don Estanislao del Canto.

Sargento Mayor, don Miguel Arrate Larraín.

Capitán ayudante, don Eleuterio Dañín.

Capitanes, señores Anacleto, Valenzuela, Joaquín Arce, Roberto Concha, Daniel Aravena y Salustio Ortíz.

Tenientes, señores Francisco Inostroza, Francisco Lagos Z., Federico A. Garretón, Abraham Valenzuela y Araon Maluenda.

Subtenientes, señores Alejandro Fuller, Pedro 2º Pardo, Carlos Arrieta, Artemon 2º Cifuentes, Guillermo Vijil Z., Guillermo Chaparro, José Sabino Aguilera, Emilio Pengean y Marco A. Larenas.

Cirujano 1º don Juan Kidd.

“ 2º don Julio Gutiérrez.

Practicante, don Vicente Soto.

(Regimiento de dos batallones).

Regimiento Santiago 5° de línea.

2° jefe, teniente coronel, don Estanislao Lean.

Capitán ayudante, don julio Argomedo.

Capitanes, señores Abelardo Urcullu, Lisandro Orrego, Domingo Castillo, Daniel Briceño, y Juan Manuel Sandoval.

Tenientes, señores Ramón Jarpa, Fernando, Pérez, Carlos Gatica, Pedro Pablo Toledo, Daniel Aravena y Nicolás Vilugron.

Subtenientes, señores Claro José Ríos, Juan Pablo Rojas, José Antonio Fontecilla, Emiliano Gómez Herreros, Santiago Hinojosa, Lorenzo Madariaga, Luis Leclerc, Antonio Silva del Canto, Osvaldo, Ojeda, Ignacio Silva Varela, Enrique 2° Terry, Juan Crisóstomo Castro, Rodolfo Vela, Luis Alberto González, Domingo Terán, Diógenes de la Torre, Manuel R. Escobar, José del Rosario Vejar, Filiberto Montt S. y Francisco E. Ramírez.

Cirujano 1° Doctor Matías Aguirre.

Practicantes, señores Francisco Valdivia y Juan de Dios Guerrero.

(Regimiento de dos batallones).

Batallón Bulnes.

Comandante, teniente coronel don José Echeverría,

Sargento, Mayor, don José María Lira.

Ayudante mayor, don Juan Cáceres Martínez.

Abanderado, subteniente don David Nuñez.

Capitanes, señores José Domingo Lazo, Ramón Corey y Manuel Álvarez.

Tenientes, señores Abel Leiva, José Gregorio Santander, Gumercindo Rivera, José Chacón y Aurelio T. Castillo.

Subtenientes, señores Leonardo Aguayo, Eugenio Bravo, Evaristo Sanz, Manuel F. Bisquertt e Ildefonso Álamos.

Capellán, R, P. fray C. Pacheco.

Cirujano, Doctor Juan A. Manríquez.

Practicante, don Cirilo Quinteros.

(Cuatro compañías).

Batallón Atacama.

Comandante, teniente coronel don Juan Martínez.

Sargento mayor, don Juan J. Larraín.

Abanderado, don Edmundo E. Villegas.

Cirujano 1° doctor Eustorjio Díaz.

Practicante, don Zenen Palacios.

Agregados, tenientes, señores Gregorio Ramírez, Washington Cavada e Ignacio Toro.

Capitanes señores Juan Ramón Soto A., José Agustín Fraga y José Agustín Fontanes.

Tenientes, señores José Miguel Puelma, Juan Gonzalo Matta, Antonio 2° Garrido, y Antonio María López.

Subtenientes señores, Enrique Ramos, José del Carmen Ampuero, Anastasio Abinagoites, Alejandro Arancibia, Baldomero Castro, Abraham Becerra y Andrés Hurtado.
(Batallón de seis compañías)

Regimiento Granaderos a caballo.

Comandante, teniente coronel don Tomás Yávar.

Capitanes ayudantes, señores Emilio Donoso y Rodolfo Villagrán.

Capitanes, señores José Luis Contreras y Amador Larenas.

Tenientes, señores Rodolfo Silva, José F. Valdebenito y Octavio Gómez.

Alféreces, señores Juan E. Valenzuela, Martín Larraín, Ernesto Curson, Eduardo Cox, José Francisco Balbontín, Roberto Polhamer, Jacinto 2º Urrutia, Fernando 2º Ibarra, Desiderio García, Nicanor Vivanco y Alejandro M. Rodríguez.

Porta Estandarte, don Juan Ignacio García.

Alféreces agregados, señores Benjamín Vergara y Luis Villegas.

Cirujano, doctor Manuel A. García.

Practicante, don Lorenzo, H. López.

(Tres escuadrones de dos compañías).

Regimiento Cazadores a caballo.

Comandante, teniente coronel don Pedro Soto Aguilar.

2º, teniente coronel don Feliciano Echeverría.

Sargento mayor, don José Francisco Vargas.

Capitán ayudante, don Manuel Ramón Barahona.

Capitanes, señores Alberto Novoa Gormáz, Sofanor Parra, Vicente Montauban y Antonio León.

Tenientes, señores Juvenal Calderón, Gonzalo Lara, Rudecindo Palacios y Juan de Dios Quezada.

Alféreces, señores Abel P. Ilabaca, José Miguel 2º Ríos, Agustín Almarza, José Tomás Urzúa, Carlos F. Souper, Federico Harrington, Ignacio U. Rosas, Pedro J. Carrasco, Hermenegildo Araya, Alberto Alvarado, Enrique Valdes, José Manuel Isla.

Cirujano, doctor Emiliano Sierralta.

Farmacéutico, don Ángel Pumarino.

(Tres escuadrones de dos compañías).

5ª Ambulancia.

Cirujano jefe, doctor Teodocio Martínez Ramos.

Cirujano 2º, doctor Máximo Abarca.

Secretario, Laureano Ladrón de Guevara.

Practicantes, señores Alfonso Klickmann, Vicente Rosende, Eduardo Olivarez, Juan A. Molinari, Tomás Call, Roberto Olivarez y Filomeno Gimenez.

Ferrocarriles.

Teniente coronel, don Federico Stiven,

Sargento Mayor, don H. Quelart.

Capitán, don Marcos Latham.

El general retiró el destacamento que cubría su retaguardia en Hospicio, para llevar los efectivos completos.

Esta guarnición fué relevada por una compañía del Esmeralda, mandada por el capitán don Juan Félix Sanfuentes.

En consecuencia, el General Baquedano, dispuso de la siguiente fuerza, según el estado diario.

Contingente de la expedición a Moquegua.

	Jefes	Oficiales	Cirujanos	Practicantes	Capellán	Tropa	Caballos
Infantería	8	118	5	6	1	3.111	-

Caballería	3	52	1	1	-	787	844
Artillería	1	14	-	-	-	272	161
Parque y bagajes(Mulas)			-	-	-	-	200
	12	184	6	7	1	4.170	1.205

El 19, a las 12 M. Baquedano se pone en marcha en demanda de Moquegua, en son de combate, guiando la tropa con la calma y prudencia del viejo soldado.

Con anticipación, ordena la ruptura de las pipas de vino y licores de las bodegas situadas a ambos lados del camino; el río, toma un color rojizo, que al decir de los soldados, semeja una sangría de burdeos, fresca y de buen gusto. Los buines de la descubierta se empeñan en frecuentes tiroteos con el enemigo.

La caballería independiente avanza en masa por unos potreros de la a la derecha. Más a la derecha todavía, faldeando las laderas, de donde obtiene extenso campo de observación, el General, Estado Mayor y una pequeña escolta de Cazadores.

Llegado a los suburbios de Moquegua, Baquedano, ocupa la ciudad con una pequeña fuerza de caballería, a las órdenes del comandante, don Aristides Martínez, jefe de Estado Mayor; y él, con la División, converge a la izquierda y se establece en la meseta llamada el Alto de la Villa, cabeza del ferrocarril a Ilo, y estación telegráfica de 1ª clase.

Chocano y las autoridades se habían retirado al campo atrincherado de Los Ángeles.

Baquedano captura en la estación del Alto de la Villa, dos locomotoras, la Ilo N° 5 y la Pacocha N° 6, buen número de carros de pasajeros y de carga y un estanque para agua.

Stuven revisa el material, y extrae del cilindro de la máquina N° 6, buen número de pequeñas piezas de acero, para que saltara el cilindro al accionar el vapor. Fué esa la última precaución de los ingenieros arequipeños para interrumpir el tráfico con el puerto.

El *Bulnes* ocupa la plaza en la tarde. Echeverría ordena que recorran la población patrullas de veinte hombres al mando de un oficial, para tranquilizar el ánimo de las familias.

Las autoridades fugadas con Chocano, entregaron la ciudad a una Junta de Extranjeros.

CAPÍTULO XI.

Mapa N° 2

El asalto de Los Ángeles.

El 27.III.80 el coronel Velarde entrega a Gamarra los batallones *Cazadores del Cuzco* y *Vencedores de Grau*, retirándose a Tacna, a unirse al ejército de Montero. La noticia Montero. La noticia del desembarco de los chilenos en Pacocha, con tropas numerosas, debe haber influido en el ánimo del jefe de la 10ª División del I Ejército del Sur, para alejarse del valle de Moquegua.

Recibido del comando en jefe, Gamarra establece el Cuartel General en Moquegua, en cuya plaza deja la división, y marcha con el Escuadrón Gendarmes a caballo en reconocimiento del enemigo.

Instala al jefe del cuerpo con el grueso de la tropa en la Estación de El Conde, y envía un pequeño destacamento de observación a Hospicio, con orden de tirotearse con el enemigo, sin comprometer acción, y siempre replegándose a El Conde.

Igual orden recibe el comandante Gimenez, que en presencia de fuerzas superiores debe ceder paulatinamente el campo, retirándose sobre Moquegua.

Dictadas estas disposiciones, el coronel retrocede a la capital de la Provincia, después de repartir profusamente esta proclama:

El Comandante General de la Iª División del II Ejército del Sur a sus soldados.

Compañeros:

Tenemos al frente a nuestros enemigos, ostentando su poder en el mar, y queriendo ejercerlo también en tierra; allí lo veremos!

Nos provocan a un combate desigual de ciento contra uno, lo aceptamos; más no en el terreno que ellos quieran, sino en el que escojamos.

Soldados:

Continuad siendo el ejemplo de moral, disciplina y sufrimientos, y no dudo alcanzaremos el triunfo; esos invasores no tienen más Dios ni más patria que el robo, y la justicia Divina los hará volver la espalda con solo el reflejo de nuestras bayonetas.

Moqueguanos:

Ayudad con vuestro valor y patriotismo a los soldados de la valiente División, que no está distante el día que veamos nuestro suelo limpio de esas langostas.

Vuestro compañero y amigo A. *Gamarra*.

Cuartel General en Alto del Conde, a 27 de Febrero de 1880.

El coronel Gamarra, de acuerdo con el prefecto coronel don Tomás Layseca, resuelve esperar al enemigo en la cuesta de los Ángeles, a donde envía madera y fagina para la construcción de un campamento de ramadas. Concentra igualmente víveres y municiones suficientes.

La población alarmada se opone a la partida de la División; pero Gamarra y Layseca, secundados por el elemento extranjero, convencen a las familias de la necesidad de esta determinación.

Dicen: El general chileno, si encuentra al enemigo parapetado en el población, abrirá el fuego de artillería sobre ella; y si el bombardeo no basta, ordenará el asalto con todos sus horrores.

Este raciocinio hace fuerza en las familias, que resuelven ponerse bajo la protección de una junta de Extranjeros respetables, presididos por el comerciante italiano don Felipe Lavarello, que designa como secretario a otro prestigioso miembro de la colonia, don Augusto Minuto.

El comandante Gimenez daba cuenta diaria del avance de los chilenos y de sus tiroteos con las avanzadas; por fin, recibe orden de replegarse a la cuesta de los Ángeles, llamadas las Termópilas Peruanas, por cuanto jamás habían sido tomadas, ni en los combates de la Independencia, ni en las luchas civiles que azotaron los primeros años del Perú independiente.

En 1823, una división española derrotó ahí a otra del gobierno patriota. En 1874, el caudillo revolucionario don Nicolás de Piérola se apoderó de esas alturas, y rechazó los ataques de los ejércitos del gobierno, que mandaban el presidente Pardo y, el general Buendía.

El mariscal Castilla, presidente del Perú, consideraba a la famosa cuesta como intomable.

Explicando esos sucesos, militares peruanos declararon oficialmente que desde las altura “bastaban 500 hombres para resistir a un ejército de 10.000”.

El comando del ejército chileno pudo abstenerse de atacar a los Ángeles, estacionándose en Alto de la Villa, y Moquegua, para la dominación del valle; pero, era peligroso dejar intacta una división enemiga, que podía engrosarse con las tropas de Arequipa, y amenazar nuestro flanco izquierdo, o la línea de comunicación con Pacocha, una vez que el ejército se moviera sobre Tacna.

Los Ángeles constituyen una sierra de altos y abruptos montes, que cierran el oriente de Moquegua. La uña de los borricos y llamas había tallado un sendero estrecho y empinado, únicamente para el tráfico de indios, en la cuchilla menos empinada. Más tarde se suavizó la gradiente con veinticinco vueltas en zig-zag, talladas en la roca viva a fuerza de pólvora y pico. El camino por el oriente termina en un portezuelo coronado de gruesas pircas de piedra, que cierran y dominan completamente la subida.

El macizo forma en la parte superior una meseta llamada Pampa del Arrastrado, limitada al norte por el Estuquiña, al sur por el Quilinquilin, y al oriente por el Baul, tres altos cerros de flancos escarpados; desde las crestas se divisan los hombres y bestias del valle como puntos dispersos perdidos en el horizonte.

Los costados del macizo forman cuchillas rocosas a pique; por el abismo del norte azota los flancos, el río Torata, y por los del sur el río Moquegua; ambos se juntan al oeste del Alto de la Villa, para formar el río Ilo, que da vida y abundancia al rico valle de su nombre.

Los nativos llaman cuesta de los Guaneros, a la ladera izquierda del Torata, a los piés del Estuquiña; y, Quebrada de Tumilaca a la banda derecha del Moquegua, al pié del Quilinquilin. A la medianía del Quilinquilin, dando vista a Tumilaca, aparecen unas plataformas rocosas

asomadas al abismo; los hijos del país las llaman Los Púlpitos, por la semejanza que tienen con las tribunas usadas en las iglesias por los oradores sagrados.

Moquegua, Alto de la Villa y la aldea de Samegua, están rodeadas de viñedos, arboledas, huertos y potreros alfalfados, hasta las cercanías de la cuesta, en donde convergen los caminos de Moquegua, y Alto de la Villa, para convertirse en el empinado sendero, que en zig-zag conduce a la Pampa del Arrastrado, y sigue después, con mayor carácter de camino a Yacango, Torata y demás poblaciones cordilleranas.

Entre los campos cultivados y la Cuesta de los Guaneros, por la margen izquierda del Torata, se extiende la pequeña planicie pelada de Tambolambo, que muere estrechada entre el río y el macizo.

El coronel Gamarra, antes de retirarse a los Ángeles, comisionó al mayor don Gaspar Zapata para inutilizar la vía férrea, en las partes más peligrosas, y al coronel don Ignacio Somocurcio, para la destrucción de la tornamesa, cambios y maquinarias de la estación del Alto de la Villa, órdenes que no fueron cumplidas por impedirlo en parte la junta de Extranjeros que no querían irritar al invasor.

Establecido en la Pampa del Arrastrado, el coronel Gamarra, dió a las fuerzas el siguiente

Orden de Batalla.

1ª División del II. Ejército del Sur.

Cuartel General: Comandante en jefe, el coronel don José Agustín Gamarra.

Ayudantes al Cuartel General: Coronel Prefecto de Moquegua, don Tomás Layseca; coroneles, señores Manuel Mori Ortiz e Ignacio Somocurcio, teniente coronel don Juan M. Cornejo, subprefecto señor H. Tejada y Comisario de Policía, señor Juan F. Crespo.

Estado Mayor General: Comandante don Simón Barrionuevo.

Ayudantes: teniente don Eduardo Yuna y subteniente don Aurelio Álvarez.

Cuerpos de Infantería.

Batallón Granaderos del Cuzco.

1º Jefe, coronel don Manuel A. Gamarra.

2º Jefe, mayor don Francisco García.

Batallón Canchis.

1º Jefe, coronel don Martín Álvarez.

2º Jefe, teniente coronel, don Juan B. Barra.

3º Jefe, mayor don Francisco Salazar.

4º Jefe, mayor don Eugenio Berríos.

Batallón Callas.

1º Jefe, coronel don Manuel A. Velasco.

Batallón Vengadores de Grau.

1º Jefe, coronel don Julio Cesar Chocano.

2º Jefe, teniente coronel don Martín Flor.

3º Jefe, teniente coronel don Manuel F. Portugal.

4º Jefe, mayor don Apolinario Hurtado.

Columna Guardia Civil.

Comandante, mayor don Leonidas Ascorra.

Escuadrón Gendarmes de Caballería.

Comandante, teniente coronel don Manuel A. Jimenez.

Efectivos:

Vengadores de Grau.....	500 plazas
Granaderos del Cuzco.....	450 “
Canchas.....	400 “
Canas.....	400 “
Gendarmes.....	150 “
Guardia Civil.....	100 “
Total.....	2.000 plazas

Estacionada la Iª División en la Pampa del Arrastrado, entran de servicio los Granaderos del Cuzco, a la izquierda de la línea, en Quilinquilin; y a la derecha de los Ángeles, el Batallón Vengadores de Grau.

Los comandantes de estos cuerpos reciben orden de ser jefes de la línea, en su respectiva ala, de manera que la vigilancia del Jefe de día, se circunscriba técnicamente a la Reserva, compuesta de los batallones: Canchis y Canas.

El 21 debían relevarse respectivamente el Grau y Granaderos, de los Ángeles y Quilinquilin. El comandante del primero solicita que no se le releve, dejándole la defensa de los Ángeles, pues como hijo de Moquegua y haberse batido en esta localidad, y ser su tropa compuesta de naturales de la provincia, conocedores de todas las encrucijadas y vericutos de la montaña, podían defender eficazmente la subida.

Queda, en consecuencia, el Grau, a la derecha de la línea; y a la izquierda, el Canchis releva al Granaderos del Cuzco.

En esta situación pasa la noche del 21/22.III.80.

El Grau, encargado del sendero que sube a los Ángeles, sendero que atraviesa la Pampa del Arrastrado, y continúa a Yacango y Torata; el Canchis, defendiendo el costado del Quilinquilin, por la quebrada de Tumilaca, con destacamentos en el Púlpito.

El resto de las fuerzas de la Reserva, al pié del cerro del Baúl, a retaguardia de las posiciones anteriores, en columnas por compañías.

El general Baquedano emplea la tarde del 20 y todo el día 21, en reconocer el frente de las posiciones enemigas, los lugares de acceso, caminos vecinales y el campo más adecuado para la maniobra de las tropas.

Pudo haberse contentado con ocupar a Moquegua y establecerse, en Alto de la Villa, lo que le daba el dominio absoluto del valle y la posesión de su abundante riqueza agrícola.

Esto hubiera ocurrido a estar presente el Ministro de la Guerra que habría impedido el asalto de la imponente mole de los Ángeles; el señor Sotomayor no miraba con buenos ojos los golpes audaces. Habría optado por el asedio de la cuesta, dejando al tiempo la obra de la rendición.

El criterio militar es otro. Las operaciones bélicas tienen como objetivo la destrucción de las fuerzas contrarias, principio aplicado por todos los grandes capitanes.

El jefe chileno recibió orden de cortar la línea de comunicaciones entre el I Ejército del Sur y la patria extratétrica. La manera de llenar debidamente este cometido, no podía ser otro que perseguir a Gamarra hasta alcanzarlo, destruir su División y adueñarse material y moralmente del valle de Moquegua.

El grueso de nuestro ejército quedaba libre de cuidados por su flanco izquierdo; Escala podía empeñar su marcha al sur sin esta preocupación, y sin inquietud por su línea de comunicaciones con Pacocha.

Lejos de la tutela ministerial, determina el asalto, toma sobre sí la responsabilidad de la empresa, y prueba con ello cuan errado andaba el Presidente de la República al afirmar que los jefes chilenos eran incapaces de manejarse por sí solos.

Después de elaborar el plan de ataque con el jefe de Estado Mayor, comandante don Arístides Martínez, ordena, como trabajo preliminar, desmontar el terreno a vanguardia del Alto de la Villa, y abrir caminos de acceso a través de viñas, bosques, alamedas y cierros de las pequeñas heredades, operación que Zelaya y Munizaga, con los ingenieros, ejecutan con limpieza y celeridad.

El plan se reduce a embestir al enemigo por los dos únicos puntos accesibles; de frente, por el camino de zig-zag contra los atrincheramientos que coronan el macizo; y por la izquierda, por el sendero que conduce de Samegua al paso de Tumilaca, forzar la quebrada y los Púlpitos, y ascender a la Pampa del Arrastrado, por entre los montes de Quilinquilin y el Baúl, cayendo sobre el enemigo de flanco.

Como complemento de esta combinación, como golpe de mano accidental, una pequeña fuerza intentaría el escalamiento del Estuquina, enhiesta masa de roca viva, que cubre la derecha de la línea de Gamarra. Elige para tan atrevida aventura al Batallón Atacama, cuerpo de mineros, acostumbrados a luchar a brazo partido con las dificultades de la naturaleza, en las labores de las minas.

La base de la acción estriba en el asalto al frente e izquierda de la línea de Gamarra. La demostración sobre la derecha, puede o no tener éxito; hay setenta y cinco por ciento de probabilidades adversas; pero un jefe no debe desperdiciar medida alguna, por remota de éxito que parezca, capaz de influir en la victoria.

En conformidad al plan, ordena al coronel Muñoz salir del Alto de la Villa, vía Moquegua y Samegua, y subir por el sendero de Tumilaca, forzar la quebrada y ascender a la Pampa del Arrastrado, por los cerros del Baúl o del Molino.

Lleva los siguientes efectivos:

Siete compañías del 2º de línea a cargo del 2º jefe, teniente coronel don Estanislao del Canto; un batallón del Santiago, con el mayor don Lisandro Orrego, una batería de bronce rayada y una pieza Krupp, a las órdenes del mayor don Exequiel Fuentes; cien Granaderos y doscientos Cazadores a caballo, dirigidos por el teniente coronel don Feliciano Echeverría.

El Comandante don Juan Martínez, con el batallón Atacama, recibe orden de atravesar la Pampa de Tambolambo, seguir la Cuesta de los Guaneros, e intentar el escalamiento del Estuquina.

El general, toma la dirección del centro, compuesto de la Artillería de Novoa, un batallón del Santiago, una compañía del 2º de línea, el resto de la caballería, y el parque, a cargo de los alféreces señores José María Benavides y Santiago Solo Saldivar. No designó reserva alguna, porque en la imposibilidad de enviarla a alas, tendría que operar siempre a retaguardia del centro, es decir, en el conjunto de los efectivos del general.

He aquí un caso, típico en que la carencia de reservas está plenamente justificada por la disposición del ataque y la configuración del terreno.

El coronel Muñoz, partió del Alto de la Villa a las 9 P. M. A la una de la mañana recién sale de Samegua y toma el sendero de Tumilaca, pues los peruanos habían destrozado el camino y desbordado los canales; y precisamente a esta misma hora, recibe el coronel Gamarra un parte del comisario de Samegua, en que le anuncia que los chilenos van en marcha en dirección al poblacho de Tumilaca.

Inmediatamente dispone que el mayor don Francisco García baje al Pulpito con la 6ª Compañía de Granaderos del Cuzco, mandada por el teniente don Nicolás Ronzal, para repeler cualquier intentona del enemigo sobre el cerro de Quilinquilin; que la 1ª Compañía del Batallón Canchis ocupe en este cerro el lugar que deja la 6ª de Granaderos del Cuzco; y que medio batallón de Granaderos refuerce el sitio que ocupó la 1ª compañía del Canchis.

Por previsión, a las 4:30 A. M. hace tocar tropa y pone a todos los cuerpos sobre las armas. Permanece a la expectativa hasta las 5 A. M. en que se oyen los primeros tiros por Hoyeros, al sur de Quilinquilin.

Las avanzadas peruanas rompían los fuegos sobre la descubierta chilena, encajonada dentro de la quebrada.

Los nuestros no contestan; sería perder municiones; procuran avanzar terreno. No se divisa ni la sombra de enemigos, que disparan ocultos, de alto a bajo.

Gamarra, para contrarrestar el ataque, ordena a su Jefe de Estado Mayor, comandante Barrionuevo, que haga descender del Quilinquilin a 1ª compañía del Canchis en refuerzo de la de Granaderos que funciona en el Púlpito. Barrionuevo establece ambas compañías al pie del Púlpito, las entrega al teniente coronel don José María Vizcarra, con la orden de sostenerse a todo trance, y vuelve al lado de su jefe.

El coronel Muñoz, para evitar el fusilamiento de su gente en el fondo, hace que todo el mundo escale las laderas del sur, hasta ponerse al nivel de los contrarios. Atacantes y atacados se encuentran frente a frente, al mismo nivel, a quinientos metros de distancia, quebrada por medio.

La ladera es fragosa y pendiente; las mulas de la artillería, resbalan y caen, no obstante que los sirvientes las llevan en brazos. Sanfuentes logra poner en batería la pieza Krupp, atando las ruedas a la cintura de los artilleros; y envía algunas granadas, que hacen buen efecto.

Son las 5 A. M. El fuego arrecia. Llega Gamarra, se da cuenta de la buena situación de su flanco izquierdo; regresa a la Pampa del Arrastrado en busca de refuerzos, para aplastar a los chilenos.

Más, el Comandante en jefe no vuelve; tampoco vienen refuerzos; los chilenos aumentan en número; la situación al principio favorable, se vuelve delicada.

La muerte del mayor García quebranta la tenacidad peruana; Muñoz alcanza a deslizar dos Compañías que alcanzan hasta la Pampa del Arrastrado; tras estas sigue el resto de la columna, salvando penosamente el desfiladero.

Veamos lo que ocurre por el norte. Martínez, su segundo, el mayor Larraín Gandarillas, con algunos oficiales y tropa, provista de palas y barretas, aclaran el camino a través de las viñas y enramadas hasta la Pampa de Tambolambo.

La comitiva vuelve al campamento a las 11 ½; a media noche marcha el cuerpo en el más absoluto silencio. Había andado unos dos kilómetros, cuando sienten nutrido fuego que alcanza a las dos compañías de retaguardia; éstas dan media vuelta y contestan los disparos.

La obscuridad no permite ubicar al enemigo; en estos momentos, otra descargas se hacen sentir en sentido contrario; Martínez cree que se trata de una equivocación de patrullas, hace tocar alto el fuego y ocultarse, mientras las balas se cruzan en todas direcciones.

Martínez ordena al mayor Larraín, que vuelva a dar parte de lo ocurrido al general en jefe y pedir nuevas órdenes, si las hay. El general contesta secamente: ¡Lo ordenado! ¡Lo ordenado!

De vuelta sabe por las avanzadas de caballería que un piquete enemigo había asaltado la caballada.

Así era. El coronel Chocano, hijo de Moquegua, conocedor de la campiña, divisa en la mañana la caballada chilena, pastando tranquilamente en los potreros vecinos.

Con la venia de su jefe, hace bajar un piquete, a cargo del Mayor don Apolinario Hurtado, que penetra sigilosamente al campamento y con descargas espanta la caballada.

Al notar que contestan el fuego, Hurtado se retira tan bruscamente como entrara, con pérdida de un muerto y algunos heridos, sin darse cuenta de la marcha del Atacama, como Martínez tampoco sospecha que balas peruanas atraviesan el espacio.

A las 4 A. M., la 2ª Compañía del Atacama reanuda la marcha de descubierta; las demás siguen a cuarenta metros. Atraviesa sin novedad la Pampa de Tambolambo, se interna por la agria cuesta de los Guaneros, y llega al pié del Estuquina, cuyos desfiladeros se alzan rectos, entrecortados por farellones de pura roca, o empinadas cuchillas que apenas dan paso a un hombre. Inicia la ascensión en fila de indio, sosteniéndose los punteros con manos y piés, clavando las bayonetas para no rodar al abismo.

Los mineros recuerdan la profesión; se sacan las botas, las acollaran al hombro y arriba. El apir que coloca el dedo grande del pié en la saliente de una roca, lleva un paso ganado en el avance. Si el cerro falla, el de atrás le sostiene, y la culebra continúa arrastrándose hasta la cumbre.

Van a la cabeza, el comandante, que a pesar de su corpulencia, no ceja un punto, el teniente Rafael Torreblanca y la cantinera Carmen Vilches, que pasa la cantimplora al soldado fatigado, con la misma solicitud con que repartió el agua en Hospicio, en los momentos más

aflictivos de la marcha. Por su bizarra conducta mereció la citación en el parte oficial, pues agotada el agua, empuñó el rifle y se batió fieramente.

Termina la vía crucis; los atacamas alcanzan la cumbre. Ya era tiempo, pues les agobia la fatiga. El comandante ordena echarse al suelo, y tomar un descanso para respirar y entrar en formación.

Desde el ápice del Estuquina dominan los atrincheramientos de Chocano, la ciudad de Moquegua, y el magnífico valle tapizado de verdura.

Martínez rompe el fuego sobre el desprevenido Grau, que se tirotea con las guerrillas de Baquedano.

Chocano no se inmuta; envía a su encuentro a la 1ª compañía, que refuerza sucesivamente con los números 2, 3, 4, 5, 6 y 8; deja solamente la 7ª para resguardar los atrincheramientos.

Manda a la vez a la reserva a su ayudante, subteniente don Alejandro Medina, a solicitar auxilio; o bien, que rompan fuego sobre el Estuquiña, para tomar a los chilenos por vanguardia y retaguardia.

Martínez sintetiza con una mirada la situación; resuelve aprovechar la sorpresa; sin temor a la reserva formada en columnas al pié del cerro del Baúl, ordena al corneta de órdenes tocar ataque; cornetas y tambores baten cala cuerda; el batallón arma bayoneta, se repliega al centro, y al grito varonil de ¡Viva Chile! se descuelga cerro abajo como una masa de acero, que refleja los rayos del sol.

Se forma el entrevero; el corvo toma la palabra; el Grau abandona las trincheras, haciendo fuego en retirada.

Martínez ordena al cabo de la 2ª Compañía, Belisario Martínez, clavar el asta del tricolor en la cumbre del espaldón; un grito de júbilo saluda la insignia; Novoa suspende los fuegos de la Artillería y Baquedano con su gente emprende apresurado la subida de los Caracoles.

En ese momento baja Gamarra del Quilinquilin a tomar un cuerpo para reforzar la guarnición de El Pulpito.

Los batallones de la reserva habían pasado de la formación de columna al orden de batalla; cree que la tropa que baja de Estuquiña pertenece al Grau, pero la carga a la bayoneta le revela que son chilenos.

Este momento marca el punto culminante de la acción.

Si Gamarra se pone a la cabeza de los batallones Canchis, Canas, Granaderos, Gendarmes y Guardia Civil, y emprende vigorosa ofensiva contra el Atacama, aislado, quién sabe si hubiera dado cuenta del glorioso batallón; o al menos lo habría aniquilado, mientras llegaba Baquedano.

Gamarra no aprovechó tan bella ocasión para su gloria militar; pero ella habría sido a la vez fatal para su División, pues a esa hora aparecían por el Molino las cabezas de los batallones de Muñoz, que estacionándose al pié del Baúl habrían enjaulado a toda la División peruana, de coronel a tambor. No habría escapado uno solo; pero al precio del sacrificio del Atacama. Más vale así, que las cosas pasaran como ocurrieron!

Baquedano ordena a Novoa bombardear las posiciones contrarias a las primeras luces del alba, desde la posición en el Alto de la Villa. Una vez que la infantería avanza, la artillería toma 2ª posición más a vanguardia, en la vecindad de Tambolambo.

Son las 6 A. M. Ya se oye nutrido fuego por Tumilaca; y a las 6 ½ se sienten descargas en el Estuquiña. El Atacama ha llenado, su misión, el general activa el ataque frontal, cuyas tropas entran a las 8 A. M. a la Pampa del Arrastrado.

Después de un momento de aliento, se empeñan en vivo tiroteo con la reserva, a la hora en que el coronel Muñoz, ataca vigorosamente los restos de las compañías del Canchis y Canas que se repliegan a la reserva. No obstante el cansancio, Muñoz corona su avance con un ataque a la bayoneta que quebranta y desmoraliza la retaguardia enemiga, que se pone en precipitada fuga.

Las 10 ½ en punto marcan los relojes. La victoria acompaña nuevamente a nuestras armas.

La persecución del enemigo ordenada por Baquedano resulta ineficaz, dado la fatiga de los infantes y el desgaste de la caballería, al trepar por senderos ásperos y quebrados. Y todavía, el camino a Yacango y Torata es tan infernal como el anteriormente recorrido.

El general dirige personalmente la persecución; a las 11 ½ entra a Yacango, en donde pernocta; a la diana del 23 llega, a Torata, y se convence de la inutilidad de alcanzar al enemigo. Contramarcha y ordena la concentración en Alto de la Villa.

A media noche del 22/23 llegan a Yacango, el Ministro señor Sotomayor, el general Escala, el Almirante Riveros, el secretario Lillo; y varios otros caballeros, que vienen a cumplimentar al vencedor de los Ángeles.

La comitiva estuvo a punto de perecer, por una mina colocada bajo el puente del ferrocarril, cuyo fulminante debía hacerla estallar al paso de la locomotora. Como la carga encerraba trescientos kilogramos de dinamita, la catástrofe habría sido espantosa, si Stuken no extrae a tiempo el aparato. Todo se redujo a un susto póstumo.

Nuestras bajas ascendieron a nueve muertos y cuarenta y un heridos de tropa, debidamente atendidos por la Ambulancia Valparaíso, a cargo del doctor Martínez Ramos. No se anotan entre estas bajas, la del subteniente Juan de Dios Lagos, del Santiago, que cayó prisionero con cuatro soldados de su cuerpo, por andar merodeando en el pueblecito de Samegua.

Las bajas peruanas no se conocen con certeza, por la costumbre que tienen los jefes de ocultar o disminuir sus pérdidas. Quedaron en el campo cincuenta y tres muertos de tropa y cuatro oficiales, entre ellos, el mayor de Granaderos del Cuzco, don Francisco García. Nuestra ambulancia recogió unos 108 heridos, que recibieron las mismas atenciones que los nuestros. Entre los 53 prisioneros, figuran dos sargentos mayores, don Antonio Barrios, del Canchis y don Apolinario Hurtado, del Grau; el capitán don Tomás González de la Torre, del Canchis; y el subteniente don Aurelio Álvarez, del Estado Mayor.

Gamarra se da prisa por poner tierras entre los chilenos y sus tropas. La maltrecha División atraviesa por Yacango y Torata, sin detenerse; cubre la retirada al Batallón Granaderos y la cierra como gran guardia, la 1ª Compañía del mismo cuerpo, a cargo del mayor graduado don Avelino Pujazón. Salvado el mal paso del río Torata, llega a Ylubaya, de donde sale a las 4 P. M. para ir a pernoctar a Chuculay el mismo día 22.

A las 4 A. M. levanta el campamento y se dirige a Corumas, en donde da descanso a la tropa hasta el 28, día en que acampa en Omate. Aquí recibe orden de trasladarse a Pancarpata, a esperar órdenes.

El coronel don Mariano Martín López, jefe de Estado Mayor General del II Ejército del Sur, le comunica, de parte del Supremo Gobierno, que su 1ª División ha sido disuelta, y sus batallones repartidos entre los cuerpos de la 2ª División: El Canchis y una parte del Canas ingresan al batallón Apurímac; los Granaderos del Cuzco y el resto del Canas al Batallón Legión Peruana.

El coronel Gamarra queda en el aire, sin colocación.

Un amigo le recomienda que no pase por Arequipa, pues el pueblo se prepara para apedrearlo.

El “Eco del Norte”, publicación importante de Arequipa, publica un acta suscrita por los principales vecinos de la ciudad, en que piden lisa y llanamente su fusilamiento.

Con tales antecedentes marcha sigilosamente a Lima, en donde se le incoa proceso por la pérdida de los Ángeles y la derrota de la 1ª División; más el expediente se traspapela, por su servil adhesión a la causa pierolista.

CAPÍTULO XII.

El Ejército y los políticos.

El pueblo de Chile celebró con gran alborozo la toma de Los Ángeles, la inespugnable fortaleza cuya fama venía pregonándose desde la guerra de la Independencia.

El ejército y la armada se unieron a estas manifestaciones de júbilo como justiciero tributo a la hazaña del general Baquedano.

Escala, al comunicar al Supremo Gobierno el feliz resultado de Los Ángeles, tributa merecidos elogios al jefe vencedor; dice en el parte oficial, fechado en Pacocha, el 1° de Abril de 1880:

“La victoria obtenida, señor Ministro, por nuestras fuerzas bajo las órdenes del infatigable, inteligente y denodado General Baquedano, ha dado una página más de gloria a la historia de nuestra Patria, pues siempre se recordará en Moquegua, que las únicas fuerzas que han podido tomar las inespugnables posiciones de la Cumbre de Los Ángeles, han sido tropas chilenas, cabiéndole este honor en su mayor parte al Batallón *Atacama*.

Dejo a la consideración del Supremo Gobierno las recomendaciones que según parte del Sr. General Baquedano han hecho los jefes de los cuerpos, restándome solamente hacer todo honor al indicado señor General que con tanto acierto dirigió el asalto”.

El Gobierno se apresuró a felicitar por telégrafo, al feliz captor de Los Ángeles:

General Baquedano.- Reciba nuestra sincera felicitación por la victoria de Los Ángeles, y confiamos en que V. S. acompañará a nuestro Ejército en los nuevos triunfos que le están destinados.- *Aníbal Pinto.*- Domingo Santa María.- J. A. Gandarillas.- Augusto Matte.- Miguel Luis Amunátegui.

Durante muchos días no se habla sino del General Baquedano y de su genial ataque, de su decisión de no variar un ápice las órdenes para el asalto, cuando el Mayor Larraín le dió parte de la sorpresa de que fué víctima el *Atacama* y más que todo, de la responsabilidad que se echó encima al no consultar al Ministro, lo que quizás habría traído sinó el abandono, la demora en la realización de la idea.

Poco a poco fué incubándose un fenómeno extraño en el sentimiento popular. La figura de Baquedano empalidece día por día; la participación de los cuerpos empeñados en la jornada, al principio desteñida, se anula por completo y resplandece únicamente, como símbolo de la victoria, la hazaña del *Atacama*.

Este valeroso cuerpo, y su bravo Comandante reciben incienso hasta la asfixia; a ellos se debe la nueva estrella agregada al cielo de nuestras victorias.

El Ministro de la Guerra en campaña hace coro a esta sinfonía de alabanzas; da público testimonio de admiración a este cuerpo, pasando al General en jefe una efusiva nota que se publica en la orden del día en la cual expresa: “En nombre de la Patria agradecida y del infrascrito, (el Sr. Ministro) que se honra de ser intérprete de sus colegas de Gobierno, y de sus conciudadanos, diciendo a los jefes, oficiales y tropa del *Atacama* han merecido bien del país por que han cumplido noblemente con su deber”.

Los políticos, a quienes ya inquieta el esplendor de la figura de Baquedano, dan amplia circulación a la nota del señor Ministro, y desde ese momento se demuestran infatigables, en simbolizar en el *Atacama* la gloria de Los Ángeles.

Las alabanzas, tributadas al cuerpo minero carecían de sinceridad; tratábase únicamente de borrar los perfiles de la figura de Baquedano, y traerlo al puesto de medianía en las filas del ejército.

Los asiduos a las cantinas del Club de Setiembre, del Hotel Inglés, del Restaurant Gage y del Valparaíso, iban bajando paulatinamente al general vencedor del alto pedestal que le labraron en los primeros días; ahora se bebían los aperitivos a la salud de la buena fortuna de Manuel Manuel, a la *chiripa* del afortunado militar; y sobre todo, al *Atacama*, autor de la victoria.

La campaña llevó tan buena dirección, que pronto se creía como artículo de fé, que el triunfo era fruto de nuestra buena suerte, empecinada el favorecernos.

El soberano pueblo, crédulo y sincero, se dejó embaucar por los tiburones políticos, y después la prensa y los historiadores civiles afirmamaron esta misma tesis.

El señor Bulnes dice: “Que la operación fué muy audaz, que se corrió demasiado riesgo, y que no es lícito, fundar una operación de guerra en un accidente tan casual como era el escalar la senda de los Guaneros, sin ser sentido. Si el Comandante Martínez no ejecuta en forma tan exacta la riesgosisima operación que se le confió; y Gamarra consigue llevar la reserva a Tumulaca, aquel día pudo ocurrir una hecatombe. Baquedano fué un gran afortunado. (Bulnes, Guerra del Pacífico, Tomo II, páginas 232-233.).

Vicuña Mackenna va más allá de las suposiciones; expresa que la legión de bravos atacameños, salvaba el día de Chile con su oportuna llegada. Ejecutada media hora más tarde, esa ascensión habría sido de eterno luto para Chile. (Vicuña Mackenna, Campaña de Tacna y Arica, página 532, Rafael Jover, Editor, Santiago. 1881.).

Ambos escritores parten desde un punto de vista erróneo al atribuir a Baquedano la idea de cifrar el éxito del asalto en el escalamiento del Estuquiña, por el *Atacama*.

Nada más distante de la verdad; el plan de Baquedano se basaba en el ataque de flanco de la División Muñoz con el avance frontal simultáneo del centro chileno.

Muñoz debía forzar el paso de Tumulaca, (como lo forzó) colándose por la quebrada, para subir a la pampa del Arrastrado o quizás más al oriente, a retaguardia del Cerro del Baúl por la quebrada que conduce al Molino, para cortar el camino de Los Ángeles, a Yacango y Torata, encerrando en consecuencia a la División Gamarra en su totalidad.

Este ataque de flanco formaba la plataforma de la acción, a la cual debía cooperar el centro chileno, ascendiendo por el sendero de zig-zag que conduce a Los Ángeles y de ahí a la pampa del Arrastrado.

El Comando chileno sabía que la derecha enemiga estaba cubierta por el macizo del Estuquiña, formado por una serie de cuchillas cuyo dorso, afilado por las nieves y temporales de agua desde época prehistórica, apenas da paso a un hombre montañés endurecido y llevado por guías expertos. A medio camino las cuchillas se hacen más y más rectas, a punto que semejan piques verticales que los mineros denominan de patilla a la barba.

Baquedano estudia la posibilidad de la ascensión, con su jefe de Estado Mayor, Comandante don Arístides Martínez, ingeniero coquimbano, conocedor de las minas y de los esforzados trabajadores que barrenan un tiro con combo de veinticinco libras, equilibrados sobre una saliente de roca cuando al pirquen persiguen una mancha de buena pinta.

Considerada la ascensión como factible, el General designa al Atacama, para realizarla, como complemento del plan general de la batalla.

Si la audaz tentativa surte efecto, los defensores de la cuesta quedan cogidos por la espalda, introduciéndose la desmoralización en las filas enemigas; si el escalamiento falla o la tropa de Gamarra descubre a los asaltantes, el batallón chileno tendrá que abandonar la tentativa con gruesas bajas.

Así es la guerra.

Calculando con prudencia, la ascensión del Estuquiña presenta un cuarto de probabilidades favorables, contra tres cuartos adversas. Pues entonces, adelante.

El éxito corona los esfuerzos de los alentados mineros, mejor; se evita así gran efusión de sangre, obligando al *Grau* a defender su propio recinto, dando facilidad a las tropas de Baquedano para treparse a los caracoles, exento de bajas.

Sin el *Atacama*, Muñoz consiguió abrirse paso, batiéndose hombre a hombre, quebrada por medio, a la misma altura de las laderas; tenía bastante gente para llegar al Arrastrado, como llegó, pues disponía de soldados aguerridos para dar cima a su comisión.

El Presidente y los hombres cuerdos de Santiago, (al decir de Amunátegui) negaban a nuestros jefes la competencia necesaria para elaborar un plan científico de combate; los políticos no necesitaron muchos esfuerzos para convencer al respetable público, de que Baquedano era un hombre afortunado, y nada más,

Pero la verdad se impone. La victoria estaba asegurada en la tarde del 21, cuando los jefes recibían sus instrucciones en la tienda del general, con el plano a la vista, confeccionado por el jefe de Estado Mayor, comandante Martínez. Este precioso documento se ha perdido o a lo menos no apareció entre los papeles de la Sucesión Martínez.

El gran peligro de nuestra línea de batalla, se presentó cuando el Atacama se empeña a la bayoneta con el *Grau*.

El coronel Gamarra, que bajaba del Quilinquilin en busca de refuerzos, tuvo ahí al alcance de la mano los cabellos de la Diosa Fortuna. Cargando a la cabeza de todas las reservas frescas, el *Atacama*, solo, rendido, habría tratado de aguantarse hasta la llegada de refuerzos, con incalculables bajas.

El coronel señor Eckdahl, en la Historia Militar de la Guerra del Pacífico, hace un profundo estudio del hecho de armas de Los Ángeles: Dice en las páginas 177 y 178, del tomo II de su obra: “Tanto Vicuña Mackenna como Bulnes abrigan sus dudas sobre la prudencia del plan Baquedano. No creemos que la batalla chilena se hubiera perdido, sin remedio, si los atacameños no hubieran logrado escalar el cerro de Estuquiña; y mucho menos sí hubieran sido vistos al subir o hubieran llegado a la cima, media hora más tarde. Estas son exageraciones.

Lo mismo vale decir respecto, a la insinuación de que el general Baquedano debía su victoria ese día más bien a su buena suerte que a su plan de combate.

Repetimos que las dificultades del terreno eran muy grandes, y debido a ello era el que la posición de la cuesta de Los Ángeles se la tuviera como inespugnable. Pero era esta posición la que el General Baquedano estaba resuelto a tomar por asalto, por consiguiente, debía afrontar sus dificultades.

Ninguno de los autores en cuestión propone otro plan de combate que pudiera conseguir el objetivo indicado con más facilidad.

Por nuestra parte, sostenemos, por las razones ya expuestas, que la combinación táctica del plan del Comando correspondía a las circunstancias reinantes en el campo de batalla, ya que su misma topografía no admitía otro proceder menos difícil”.

El señor Eckdahl en las páginas 182 y 183, tomo II cierra su juicio sobre el asalto de Los Ángeles, con las siguientes líneas: “Cuando Bulnes declara a Baquedano un afortunado, tiene muchísima razón, pues muy afortunado lo es un general que dispone de tropas tales como las que asaltaron la *invencible posición* de la cuesta de Los Ángeles. Además, Baquedano tenía ese día la *fortuna* de mandar sin la intervención de *otras autoridades*.”

Por nuestra parte, hemos manifestado ya nuestra convicción de que el general no debía su victoria sólo a su buena suerte. Vale en este caso, como en otros muchos, recordar lo que dijo el gran general ruso Kutusow, cuando alababan su buena estrella: “Sea, pero algo hemos hecho nosotros también”.

Transcribimos con placer las anteriores citas del señor Coronel Eckdahl, profesor durante muchos años, en nuestra Academia de Guerra, porque apartándose de anteriores prejuicios, ha sido el único historiador que hasta la fecha diera a Los Ángeles todo su valor científico y profesional.

Poco después de la toma de Los Ángeles, y en circunstancias que aún no se apagaban los gritos de victoria con que el pueblo chileno saludaba la batalla de Tacna y el asalto de Arica, un grupo de políticos de oficio, encabezados por don Enrique Mac-Iver, hizo el último esfuerzo para hundir en el olvido la captura de las Termópilas peruanas.

El Gobierno presentó a la Cámara de Diputados un proyecto de ley, por el cual se concedían al Ejército y Marina el uso de una medalla por las campañas de Tarapacá y Tacna, con una barra de honor por cada acción de guerra en que se hubiera encontrado el agraciado.

El proyecto, aprobado en general en sesión del 12 de junio de 1880, pasó en informe a la Comisión respectiva.

En sesión del 30 de julio se da lectura al informe favorable de la Comisión de Guerra y a dos contraproyectos. El primero concede barras por los hechos de armas de Angamos, Pisagua, Dolores, Tarapacá, Los Ángeles, Tacna y Arica. El segundo del señor Walker Martínez, concede barras únicamente por las acciones de Pisagua, Dolores, Tacna, Arica y Angamos.

Se toma como base de discusión este segundo proyecto.

Al ponerse en discusión el Art. 6º, que restringe las barras a cinco hechos de armas, el señor Jordan se expresa así:

El señor Jordán.- No había querido usar de la palabra, porque creía que todos los señores diputados estaban unidos en el propósito patriótico de despachar este proyecto casi sin discusión, interpretando el sentimiento unánime del país para premiar el valor y las victorias alcanzadas por nuestro ejército y escuadra, vencedores en tantos combates; valor no sólo para vencer al enemigo, sino también para vencer al desierto.

Si hemos prodigado medallas, es por que cada una de esas batallas, merece bien una buena medalla.

Se ha dicho que esas batallas no son históricas. Vaya que son históricas, se merecen una página brillante en la historia nacional.

Cada una de esas batallas no sólo merece una medalla sino un libro, y venirnos a decir que no incluyamos a Tarapacá! Yo creo que esa acción de guerra es la gloria más grande de nuestro ejército. Y como esa indicación la hacía el honorable diputado por Rancagua, yo le preguntaría ¿porqué es tan glorioso nuestro desastre de Rancagua? Allí fuimos derrotados.

El señor Vial.- Creo que no es este el momento oportuno para discutir esa cuestión.

El señor Jordan.- Su señoría lo hizo oportuno trayendo la cuestión del hecho de armas de Tarapacá, que es más glorioso que nuestro desastre de Rancagua.

Otro señor diputado que también me increpaba la prodigalidad de las medallas, me hacía recordar que hemos dado medallas en Chile por hechos de armas civiles o.....en las calles de Santiago y a más de haberse dado en aquella época medallas por fusilar en las calles de Santiago, se decretaban grandes sueldos y recompensas que no quiero recordar.

Yo creía que sólo en el Perú se había dicho que Tarapacá no era una gloria chilena, y por eso me duele el alma, cuando veo alzar la voz contra aquellos héroes, que para mí son tan gloriosos como los que perecieron en Tacna.

Ramírez moribundo, y animando todavía a sus soldados en aquel combate, es uno de los hechos más memorables en la actual campaña.

En consecuencia, señor Presidente, hago indicación para que se incluya a Los Ángeles y Tarapacá entre las designaciones que se han hecho de las acciones de guerra.

El señor Mac-Iver.- Yo siento, señor, no aceptar la indicación, aunque desearía que las barras se multiplicaran lo más posible. Pero creo que las barras obedecen a una idea de premiar hechos gloriosos y victoriosos y sobre todo a premiar a individuos que se han encontrado en los combates más notables por sus consecuencias.

¿Es verdad que para todo esto se necesitaba cierto valor; pero donde está el heroísmo?

El combate de Los Ángeles se encuentra en el mismo caso. Como operación militar, talvez ha sido lo más notable de la campaña; pero como acción de guerra no le encuentro nada de notable.

Lo más notable que ha habido en Los Ángeles fueron los movimientos militares y la subida al cerro del batallón *Atacama*.

Es necesario, pues, que no exageremos las cosas, que no vayamos a creer que todo lo que hemos hecho en la presente campaña ha sido heroico y que no ha habido sino héroes.

En cuanto al combate de Tarapacá, es incurrir en una exageración proponer una ley de recompensa para los que en él estuvieron.

Ignoro si mis honorables colegas han leído los partes oficiales de aquel hecho de armas, porque por mi parte, obedeciendo a los datos y noticias que conozco, no creo que haya sido más glorioso que el sitio de Rancagua. Creo que sería falta de honradez no confesar que allí sufrimos una derrota.

¿Cómo pueden ignorar mis honorables colegas lo que allí pasó? No quiero decir por esto que haya sido una derrota vergonzosa, de ninguna manera. Ha sido un combate en que se manifestó el valor de nuestras tropas y nada más.

Y si esta derrota ha sido afortunadamente. Una excepción en el curso de la guerra. ¿Por qué, vamos a buscar esta excepción para recompensarla en una ley?

La única página que quisiera borrar de la historia de nuestra campaña sería Tarapacá.

Investiguen los señores diputados como fueron nuestras tropas a Tarapacá, y verán que si esta fué una derrota comparable a la de Rancagua, no fué tan gloriosa como la de la Esmeralda.

Por estas razones me opongo con sinceridad, aunque con sentimiento, a que se incluya el nombre de Tarapacá que para nosotros es una derrota.

Varios señores diputados.- Y para nosotros una gloria muy grande.

El señor Mackenna don Juan E.- Como tuve el honor de manifestar a la Cámara en la primera hora de esta sesión, a mi juicio el combate de Tarapacá es uno de los más gloriosos de la presente campaña.

En la vida ya sea social o pública, o sea íntima, hay siempre dos maneras de apreciar las cosas. Algunos hay que adoran al Deber como la aspiración principal de todos sus actos, y hay otros que adoran al Dios Éxito, como la aspiración momentánea que les satisface la conciencia.

Por mi parte, no estoy con el Dios Éxito, y admiro a Tarapacá porque allí no hubo más que héroes, valor, gloria y sacrificio. (Aplausos en algunos bancos.)

El señor Mac-Iver.- Ojalá hubiera sido así.

El señor Mackenna.- Su señoría no sabe lo que dice. (Movimiento en la sala. Varios Diputados protestan).

El señor Lastarria.- (Vice-Presidente). Perdone el señor Diputado; desearía que hubiera más calma y tranquilidad en este debate.

El señor Errázuriz Echaurren.- No se puede tener calma, cuando se alzan voces para deprimir las glorias de nuestro ejército en Tarapacá.

El señor Lastarria.- (Vice-Presidente) Cualquiera que sea el juicio que merezca a algunos de los señores Diputados el combate de Tarapacá, debernos conservar la tranquilidad de nuestros debates....

El señor *Mackenna* (don Juan E.)- Cada cual es dueño de apreciar ciertos hechos más o menos aislados de la campaña; pero en la apreciación de aquello que afecta a la honra del país y a la dignidad del ejército, es necesario que los diputados que se atreven a manifestar una opinión desfavorable, sepan medir sus palabras.

El señor diputado ha podido decir que a su juicio, esa expedición fué mal consultada, mal dirigida, o mal llevada; pero que su S. S. diga que una expedición que se mandó al degolladero, sin víveres, y sin agua, y de la cual sucumbió heroicamente la mitad, ha sido una acción de guerra que debiera borrarse de las paginas de nuestra historia, es algo, que para decirlo el señor diputado debiera saber antes lo que dice... (Movimiento y confusión en algunos bancos. Varios diputados reclaman de estas palabras)... ¡es una miseria! ¡es una infamia de su señoría!

El señor Lastarria.- (Vice-Presidente) Llamo al orden al señor diputado por Valparaíso y se suspende la sesión. (Grande agitación en la Cámara; todos los diputados abandonan sus asientos).

Sesión del 2 de Agosto de 1880.

Presidencia, del señor Lastarria, don Demetrio.

Se abrió la sesión a las 8:20 P. M. y asistieron 35 señores diputados.

Orden del día.

El señor Jordan.- Cuando presenté el proyecto de premios al ejército, no lo defendí por que no creí que se pudiera vacilar al honrar el heroísmo de nuestros soldados. La discusión debe ponerse a la altura que exigen nuestra posición, nuestro patriotismo y nuestra imparcialidad.

En cuanto a la batalla de Los Ángeles, es indiscutible que debe premiarse al General que con su habilidad y extrategia evitó la efusión de raudales de sangre....

¿Puede dudarse del heroísmo de nuestro ejército en Tarapacá? Allí nuestra tropa luchó con desesperación, defendieron cada palmo de terreno con valentía sin igual, los centinelas del ejército quedaron en sus puestos, como aquellos guardianes que el Vesubio sepultó bajo sus lavas y cenizas en Pompeya y Herculano. Cercados por todas partes, agobiados por el hambre y la sed, supieron dejar incólume el honor de nuestra bandera. El ejército de Chile es un modelo de resignación, de disciplina, de orden, de unión, de levantamiento moral. Tarapacá es una victoria heroica, victoria que eleva muy alto el lustre de las armas chilenas.

Y, no solo pido que se agreguen Los Ángeles y Tarapacá, sino también Germania y Pajonales de Sama. Hago indicación en este sentido.

El señor Balmaceda, don José Manuel.- Se ha promovido una discusión que interesa al juicio de la Cámara y también al prestigio de nuestras armas y la historia. Si nuestras apreciaciones individuales y nuestro criterio tuviesen por límites el éxito de la votación, habría entregado el debate a sus propios azares; pero los legisladores de un pueblo hablan siempre en nombre de la razón pública, de la verdad y del derecho y entonces no le es lícito dejar correr las pasiones en el camino en que solo debe prevalecer la justicia.

Hablaré, señores, no para dar aliento a los impulsos del patriotismo, a los arranques del alma o a las generosidades del chileno para con sus compatriotas en campaña; hablaré para esclarecer los hechos, para arrojarlos a la balanza; y que su fiel se incline del lado de la verdad sin sombras y de la razón sin exageraciones. (Muy bien, muy bien).

Entre las acciones de guerra enumeradas hay dos que tienen todo mi asentimiento, la sorpresa de Iquique en la noche del 10 de Julio de 1879 y la batalla de Los Ángeles.

La noche del 10 de julio es una fecha memorable para nuestra historia marítima.

El “Huáscar” al favor del silencio y de las sombras, penetra en la rada de Iquique, aborda al “Matías Cousiño” y lo apresa, ciñéndolo a la popa con sus anillos de hierro.

La “Magallanes”, pequeña cañonera de madera con artillería y andar muy inferior al “Huáscar”, se apercibe del siniestro y acude a la pelea.

Se cruzan las balas y los golpes de espolón; las naves se acercan y se embisten, y a unos cuantos metros, cuerpo a cuerpo, la “Magallanes” excusa los golpes, rompe las cadenas de la nave apresada y la liberta de las manos mismas del poderoso monitor.

El estampido del cañón atrae al “Cochrane”, delante del cual el “Huáscar”, huye dejando a la “Magallanes” todo el trofeo de su valor.

Hubo allí destreza, un alto sentimiento del deber, arrojo, perseverancia chilena, éxito completo. En verdad, a bordo de la “Magallanes”, había jefes que encarnan vivamente el sentido moral de la patria, hombres con alma épica y capaces de preservar sus destinos. (Muy bien, muy bien).

Señores, sobre la medalla de honor de nuestros marinos, debe existir una barrilla que conmemore la sorpresa de Iquique en la noche del 10 de julio. (Generales muestras de asentimiento).

La batalla de Los Ángeles merece nuestros recuerdos; se los debemos de una manera plena y completa. Es aquella batalla, cosa singular, deslumbrada por su propio brillo; fué tan inesperado y tan completo el triunfo, que nosotros mismos lo despreciamos. Despreciables inconsecuencias de nuestra frágil naturaleza. Frecuentemente no estimamos tanto lo que debemos al talento, a la extrategia y al acierto, cuanto lo que debemos a los esfuerzos sangrientos, a los episodios dramáticos, que hieren nuestra imaginación o que conmueven nuestros sentidos. ¿Pero, somos nosotros los representantes del pueblo, los que debemos proceder conforme a estas inclinaciones del espíritu vulgar?

Otro, debe ser, señores, nuestro campo de acción, otro nuestro juicio y nuestra justicia.

Los Ángeles fué siempre considerado por los hombres de guerra como una posición inespugnable. Los guerreros de la Independencia lo juzgan así, y lo aseguraron siempre como la llave que en el Perú domina las regiones del sur. Lo mismo creyeron los militares peruanos que hicieron armas en las contiendas civiles. Castilla y Piérola lo entendieron así, y en la práctica probaron como una reducida guarnición podía hacer frente a todo un ejército.

Su altura en la montaña, sus naturales defensas a retaguardia, lo inaccesible de uno de sus flancos, y las gravísimas dificultades que hay que vencer por el lado abordable, han formado en el Perú la conciencia del hecho que afirmo.

Pero nuestros soldados están llamados a cambiar en la guerra los juicios aceptados por la historia, pues aquella fortaleza fué conquistada en una mañana de buen humor y de fortuna.

Hubo extrategia, plan bien combinado, ejecución firme y viril, economía de sangre, completa derrota del enemigo, éxito feliz y sin tacha; ¿y no merece este hecho de armas un recuerdo especial?

No, señores, Los Ángeles serán respetados por los extranjeros y por nuestros enemigos como una prueba de valor y acierto, que honra a nuestro ejército. Hagámosle nosotros el honor que de seguro le otorgará la imparcialidad de los neutrales. (Muy bien, muy bien, en muchos bancos).

Vamos, honorables colegas, a Tarapacá; vamos al campo de batalla y allí en presencia de los hechos, y de los resultados, dejemos hablar a la historia el lenguaje sereno de la imparcialidad.

.....
.
La lucha se traba en condiciones amenazadoras: éramos 1.700 contra 4.000 hombres parapetados, bien mantenidos, con municiones y recursos, cuando los nuestros llegaban trasnochados, agobiados por la sed, vacilantes de fatiga, pero resueltos a morir.

Después de peripecias innumerables, de ataques terribles, de encuentros sangrientos, nuestros bravos penetran en la ciudad y a las 2 P. M. el enemigo cede, y quedamos dueños del campo.

La sed abrazaba a nuestros soldados y bajaron a la quebrada o se precipitaron al arroyo para apagar el fuego de los labios y resucitar a la vida del combate.

Una voz siniestra se esparsa por el campo cubierto de cadáveres y sangre, cuando aún no apagaban su sed; el enemigo, se presenta de nuevo al combate, se exclama por todas partes. Hombres hubo, a quienes el poder de la naturaleza, subyugó, sufriendo las balas y la muerte, sin separar los labios de la fuente.

Dos mil hombres de refuerzo, que regresaron del camino emprendido hacia Arica, se presentaban en doble línea, haciendo descargas aterradoras; desde ese momento, la pelea fué un duelo a muerte. Se batalló, por compañías, por grupos, por pelotones, cuerpo a cuerpo, todo el resto del día.

Al desaparecer el sol de aquella región terrible, la sed nos devoraba y nos postraba, no había víveres, habíamos quemado hasta el último cartucho y hubimos de emprender una retirada que la falta completa de todos los elementos de guerra, nos imponía como necesidad dolorosa, pero inevitable.

¿Hubo derrota en aquel encuentro, en que 2.000 muertos y heridos daban al campo un aspecto singularmente trágico? Veamos.

Nuestros soldados, nuestras tropas, se retiraron al principiar la noche y nuestros enemigos se retiraron igualmente. Al día siguiente no estábamos nosotros en el campo, pero antes de amanecer el enemigo había abandonado Tarapacá.

Ellos nos hicieron de 800 a 900 bajas entre muertos y heridos y nosotros les hicimos más de 1.200.

Nosotros nos retiramos con la mayor parte de nuestros heridos y ellos dejaron en nuestro poder todas sus ambulancias y todos sus heridos.

Ellos nos hicieron unos pocos prisioneros, nosotros les hicimos mayor número, entre los cuales jefes y oficiales de distinción.

Nosotros recuperamos pronto el campo de que nos retiramos, ellos emprendieron una retirada en la que se desbandaron tropas en que perecieron más de 500 hombres.

Ellos no conservaron el pueblo de Tarapacá sino el día de la pelea, y nosotros quedamos dueños de toda la rica provincia de Tarapacá.

Ellos pelearon parapetados en la ciudad, con 4.000 hombres bien provistos primero y con 2.000 de refuerzo después, al paso que nosotros peleamos con sólo 1.700 hombres desde el principio, sin agua, sin víveres, a pecho libre, soportando la fatiga, devorados por el número, la fiebre del insomnio, por todas contrariedades, por las más horribles pruebas. Ellos eran 6.000 y nosotros no llegábamos a 2.000; más, si los peruanos tenían todas las ventajas y el número, nosotros nivelábamos las diferencias por la superioridad del corazón, por la altivez del patriotismo, por la indomable energía de los defensores de la República. (Aplausos en los bancos de los diputados y en las galerías).

Es cierto que no vencimos al enemigo, pero también es cierto que no sufrimos una derrota; ellos mantuvieron su campo hasta la noche y se retiraron y nosotros mantuvimos el nuestro hasta la misma hora y nos retiramos.

Fué aquella una sangrienta batalla, pero no fué en el día de la pelea una batalla decisiva, y al día siguiente fué, por sus consecuencias, decisiva para nosotros, por el completo dominio de la provincia de Tarapacá.

Estos son los hechos, esta es la verdad desnuda de toda apreciación y de todo favor. (Muy bien, muy bien).

¡Cuántos episodios guerreros en aquel día de imperecederos recuerdos! Ah, señores, si en vez de escribir los hechos a grandes rasgos los hiciera desfilan en detalle, acaso se despertaría junto con nuestra gratitud, toda la admiración que los buenos tributan a las grandes acciones.

Evocaré algunos. Es justo pagar algún homenaje a los hombres superiores.

Ramírez acomete al enemigo al frente de su regimiento. Una bala le destroza un brazo; bañado en sangre, continúa mandando, como si el dolor no afligiera su espíritu y como si la sangre no postrara sus fuerzas. Herido nuevamente, cae de su caballo, más no cae de su energía; continúa mandando y continúa combatiendo.

Arrastrado a un edificio donde se hace fuerte con algunos soldados, exhorta a sus gentes, les estimula al sacrificio, y acompañado de sus bravos y hasta de sus cantineras, perece en medio de las llamas, cuyos resplandores alumbran para siempre aquella figura inmortal. (Muy bien, muy bien).

En Tacna recobramos el estandarte del 2° de línea, merced a la solicitud de nuestros dignos y ejemplares capellanes de ejército. Se llamó a los soldados que en Tarapacá formaban escolta del estandarte, para devolverles el sagrado pabellón. Pero, señores, no hubo a quien devolverlo; los 25 hombres que formaban la escolta cayeron muertos o heridos en Tarapacá. El estandarte tenía siete heridas a bala y dos de bayoneta y solo cayó en poder de los peruanos cuando sucumbían todos sus defensores. (Aplausos. En algunos bancos: ¡Eso es noble! ¡Eso es grande!)

¿Son estas las páginas que se querría arrancar de nuestra historia? Si el sacrificio de Prat y compañeros fijó a nuestros marinos el rumbo del heroísmo, la pujanza, el indomable brío de Ramírez y sus compañeros mostraron al ejército el camino de la gloria. (Muy bien, muy bien).

Debo expresar en este instante el convencimiento que en mi espíritu arraigó la batalla de Tarapacá; a saber, absoluta confianza en la contienda. Puede matarse a nuestros soldados, puede abrasarse en llamas a nuestros jefes, puede aniquilarse a nuestro ejército, pero a los soldados de Chile no se les vence, ni se les derrota jamás. (Aplausos)

Señores; si se recuerda que el enemigo no sacó para la guerra ninguna ventaja en la batalla de Tarapacá, que peleamos a pecho descubierto contra triple número de fuerzas, acosados por el hambre, la sed, el insomnio y el cansancio, que la camanchaca frustró nuestro plan de ataque, que la casualidad hizo de un arriero un centinela de aviso para el enemigo, que quemamos hasta el último cartucho, que sucumbieron la mitad de nuestros combatientes, que se conjuraron contra Chile los enemigos y la naturaleza, será preciso después de tan espantosa lid y de esfuerzos tan heroicos, saber admirar el valor y enmudecer ante unos actos de energía que raras veces han igualado los hombres. (Grandes aplausos en los bancos de los diputados y en las galerías).

¿Será posible que a tales combatientes les privemos recordar esta memorable jornada? (Se repiten los aplausos).

Cerrado el debate, se puso en discusión y fué aprobado el Art. 6° que concede barras por Pisagua, Dolores, Tacna, Arica y Angamos.

Se puso en discusión nominal si se incluía la batalla de Tarapacá, resultando 28 votos por la afirmativa y 8 por la negativa. Votaron en contra los señores Echavarría, Köning, Mac-Iver, Montt (Pedro), Soto, Tocornal (Ismael) y Vial.

Se puso en votación nominal si se incluía a Los Ángeles. Se aprobó por 31 votos contra 6. Votaron en contra los señores Köning, Mac-Iver, Montt (Pedro) Soto, Vial y Walker Martínez (Carlos).

Quedaron incluidas también la sorpresa de Iquique de 10 de Julio, los Pajonales de Sama y Agua Santa.

Las galerías y gran parte de los diputados saludan con estruendosos vivas y aplausos, la aprobación del proyecto.

Dolorosa impresión causa en el ejército acantonado en Tacna, Arica, Iquique, y Antofagasta la discusión bizantina habida en la Cámara de Diputados, precisamente cuando se ultimaban los preparativos para el ataque a Lima y Callao, que naturalmente debía costar bastante sangre.

Los jefes y oficiales de las distintas guarniciones, acordaron dar las gracias, en carta particular, a los defensores del honor del ejército, diputados señores José Manuel Balmaceda, Juan E. Mackenna y Luis Jordan.

Dice así la comunicación: Tacna, Agosto 11 de 1880. Señores:

Las elocuentes palabras de Uds., han sabido triunfar en el combate de la justicia contra las malas pasiones.

Agregando los combates de Tarapacá y Ángeles a la nomenclatura de los hechos de armas que merecen ser premiados, habéis conseguido un espléndido triunfo que significa para la Patria el derecho de sus glorias, para los que las han conquistado una cumplida justicia, y para los señores diputados, sus defensores, grandeza de alma y esclarecida rectitud.

Recibid, señores, la sincera gratitud de vuestros atentos y seguros servidores, *Francisco Barceló*, Comandante del Regimiento de línea Santiago, *E. del Canto*, Comandante del 2º de línea; *Gabriel Álamos*, Mayor del Atacama; *Miguel Arrate Larraín*, Mayor del 2º de línea; *Lisandro Orrego*, Mayor del Santiago; *Anacleto Valenzuela*, Capitán ayudante del 2º de línea; *Daniel Briceño*, Capitán ayudante del Santiago; *Juan Martínez*, Comandante del Atacama; *José R. Vidaurre*, Comandante del Regimiento de Artillería de Marina; *Maximiliano Benavides*, Teniente Coronel de Artillería de Marina; *Guillermo Zilleruelo*, Mayor Artillería de Marina; *Belisario Zañartu*, Mayor del Chacabuco. Siguen 300 firmas más.

Contestación.

Señores:

Hemos recibido la nota de Uds., fechada en Tacna el 11 del corriente, con la grata satisfacción que en la patria produce la palabra y el recuerdo de los que combaten por ella.

Los términos de esa nota, no obstante su brevedad, son la expresión generosa de la confraternidad que une a todos los chilenos en el sentimiento del deber, y en el amor a la justicia pública.

No sólo el Congreso, que ha sabido ser justo, sino también la República entera, están de pié, siguen vuestros pasos y os acompañan con sus votos patrióticos, con su corazón.

No hay mío, ni tuyo cuando la República está en peligro, y cuando libra su suerte al honor de sus soldados. Vuestras glorias son nuestras glorias, y vuestras desdichas serán siempre nuestras desdichas, si como Prat y como Ramírez sabéis brotar del sacrificio la luz que alumbra la gloria y la libertad de Chile.

Sed siempre dignos de nuestro glorioso pasado, y de nuestros compañeros de sacrificio, que Chile, su opinión ilustrada, y su Congreso, os harán la justicia que los pueblos viriles saben realizar en sus heroicos hijos.

Continuad la obra, señores, dadnos por la guerra la paz que pudimos conservar por medio de la paz y habréis merecido honor imperecedero y eterna gratitud.

De vosotros compatriotas y amigos.- *José Manuel Balmaceda*.- *Juan E. Mackenna*.- *Luis Jordan*.

El trascurso de los años casi ha extinguido el escalafón de 1879; y no obstante, los politiqueros continúan en la ingrata tarea de apagar las glorias conquistadas en cien combates.

Conocida es la respuesta dada por don Enrique Mac-Iver a la comisión encargada de solicitar su voto senatorial, en favor del proyecto de ley que concedía recompensas a las familias de los caídos en los campos de batalla. “Los señores miembros de la Comisión están equivocados, dijo, al creer que el ejército ganó la guerra del Pacífico; los vencedores fuimos los civiles, autores de los planes de guerra que nos condujeron a la victoria; los militares se redujeron al papel de meros ejecutantes”.

Tales afirmaciones no son sinceras; los gestores y representantes legales de las poderosas firmas de Tarapacá y Antofagasta, que se repartían a modo de presa bélica las entradas del salitre, no toleraban que las viudas y huérfanos de los conquistadores del norte, fueran a recoger siquiera las migajas del suculento banquete en que los partidos políticos devoraban los ingresos fiscales.

Un dorado guacamayo de la fauna literaria santiaguina, publicó en 1903, por la imprenta Cervantes, Bandera 50, un libro titulado: *Sursum Corda*, en que se ensaña contra los militares del 79, en su mayor parte bajo tierra.

A propósito de la LEY de recompensas se expresa así: “porque un oficial cayó herido en una batalla, el país lo adopta; y si vive 60 años, durante los sesenta años le da vestido, alimento y gloria...”.

Fallece aquel venturoso héroe, y la familia extiende la mano, para seguir explotando aquella herida, que más parece una mina de producción inagotable. Y tras de las viudas, se presentan las hijas, las hermanas, las sobrinas. A ese paso podrían también presentarse algunos invocando el título o parentesco.... de compatriotas.!!!”.

La emprende también contra los generales, sin miramiento a los relevantes servicios prestados a la República; se expresa en estos términos:

“Al terminar la administración de don Aníbal Pinto, el partido conservador, aún a riesgo de restaurar el militarismo, pretendió explotar nuestras victorias sobre el Perú y Bolivia, recomendando al General Baquedano como candidato a la Presidencia de la República.

Después de las ineptitudes de los generales Justo Arteaga y Erasmo Escala, llegó a figurar prestigiosamente, la mediocridad indiscutible de Baquedano, favorecido por las expansiones del ardor patriótico y por los engañadores espejismos de la distancia; el general Baquedano aparecía como el salvador de la honra y de las armas de la República. El Gobierno conocía sin embargo, la debilidad intelectual del Comandante en jefe de su Ejército, y al fin de conciliar el éxito de la campaña con el rigor disciplinario de un ejército de operaciones, resolvió colocar, al lado del honesto y valeroso Baquedano, a Ministros de Guerra, que, como don Rafael Sotomayor y don José Francisco Vergara, fueron los organizadores eficaces del triunfo de nuestras armas.

Durante los períodos de Santa María y de Balmaceda nuestros militares rememoran sus glorias, con la copa en una mano, y con la apolillada táctica de Chaves en la otra.... no tenían ya ni el entretenimiento de disipar sus ocios en la pacificación de la Araucanía.

Habían triunfado, más que por la ciencia de ellos, por la ignorancia de sus enemigos. Habían todos ascendido; pero todos se quejaban de la ingratitud chilena. Y no faltaban audaces que pedían que todo el salitre se invirtiera en abonar la opulenta tierra donde crecían, con desfachateces de maleza, los presupuestos de sus gratificaciones y de sus sueldos...

Aquél ejército relumbroso y fatuo no servía sino para marcar el paso en la procesión de Corpus, y para hacer su heroica y abnegada escolta a nuestra Señora del Carmen, patrona jurada del ejército de Chile, y feliz humilladora de las intemperancias bélicas de aquella Santa Rosa que se venera en Lima....

El nivel moral de nuestros militares había decaído tanto, que Balmaceda quiso darles ocupación... en las pisaderas de sus carruajes”. (Roberto Hunneus, Sursum Corda, Páginas 317, 318 y 319, Tomó I).

No contento con denigrar a los jefes chilenos que actuaron el 79, el señor Hunneus deshonor a nuestra Patria con una calumnia que no osaron inventar nuestros mismos enemigos.

En la página 27 del libro, ya citado, estampa esta mentira que hace saltar a la cara los colores de la indignación: “Al entrar a Lima no manifestaron nuestros batallones una cultura que equivaliera a sus heroísmos”.

Los historiadores peruanos que han descrito la entrada del ejército chileno en Lima, reconocen el perfecto orden y correcta formación con que desfilaron los cuerpos, silenciosos, armas a discreción a sus respectivos cuarteles.

El coronel don Celso Zuleta, benemérito de la Patria, vencedor el 2 de Mayo de 1866, combatiendo en Pucará, se expresa en estos términos:

“*Entrada a Lima.*- El Alcalde Municipal de Lima hizo entrega discrecional de la ciudad; pero a la intimación del jefe Comandante de las naves extranjeras surtas en el Callao y por la presión del Honorable Cuerpo Diplomático, una división de tropas escogidas tomó posesión de la plaza”. (Celso N. Zuleta, Historia Militar del Perú, Lima, 1920.- Imprenta Americana, Santo Toribio, página 154.).

Tal intimación no existió; pero como desahogo de vencido, pase.

Lo que no se puede pasar es que alguien que se dice chileno falsee la historia nacional en desmedro de la Patria.

CAPÍTULO XIII.

Relevo del General en Jefe.

El General Baquedano regresa con sus tropas vencedoras al Alto de la Villa y las distribuye en diversos campamentos, como para una larga guarnición.

La artillería se establece en la estación del ferrocarril, con extensas bodegas para alojamiento de la tropa, corrales y galpones para el ganado, maestranza para las reparaciones del material, piezas confortables para jefes y oficiales y cocinas espaciosas.

El Batallón Bulnes ocupa el cuartel de la ciudad de Moquegua, en donde queda bien instalado y central, para la custodia de la ciudad, cuyos intereses se encarga de resguardar.

Los regimientos de línea 2º y *Santiago*, y la Compañía del *Buin*, se distribuyen en diversos chalets y casas de las fincas vecinas a la estación o en tupidos emparrados, que impiden el paso de los rayos solares.

La caballería vivaquea en los alfalfaes vecinos al puente y la ciudad, donde la caballada goza de forraje fresco y de agua en abundancia.

Martínez Ramos, hizo armar las carpas de la ambulancia Valparaíso, en el caserío de San Julián, y habilitó además el hospital de Moquegua, para la atención de enfermos comunes.

La tropa aseguraba que la vida se deslizaba zorzalina. No faltaban al rancho, gallinas, chanchos, conejos, corderos, llamas, para dar fuerza al puchero, combinado con papas, camotes, repollos, cebollas, tomates, choclos, ajos a voluntad. El valle produce con exuberancia toda clase de verdura y cereales.

Después de las comidas de mañana y tarde, se reparte ración de exquisito vino de la comarca, a razón de medio litro por cabeza.

Los jefes toman estas medidas para evitar las borracheras; en las escapatorias nocturnas, el soldado bebe rápidamente, sin tasa ni medida, temeroso del castigo por abandono del cuartel.

La abstinencia de entonces se basaba en principios científicos y racionales; no proscribía en absoluto como ahora, el alcohol, sino que sistematizaba su uso.

Los males sociales son inherentes al hombre; los jefes no contrariaban a la naturaleza, la disciplinaban encausando la voluntad y educando el carácter. La ración de vino desterró la embriaguez.

Esta sabia medida se afirmó, después del fusilamiento de un cabo, que en inconciencia alcohólica dio muerte a un peruano con quien se trabó en disputa por celos.

Juzgado y condenado dentro de las veinticuatro horas, solicitó como última gracia, morir de pié, después de una patriótica despedida. Había observado conducta intachable, valor a toda prueba y su único anhelo era entrar vencedor a Lima.

El doctor Martínez Ramos guardaba en las bodegas de la Ambulancia Valparaíso, para el servicio profesional, 940 barricas de vino de 225 litros cada una, 6 pipas de pisco de 600 litros, fuera del vino a granel para convalecientes en tinajas vidriadas y en cubas madres de quince mil litros de capacidad.

El doctor tan sabio como práctico, hizo cosechar un majuelito por niños expertos, que fabricaron una baya superior a la de Chagres y Quilicura, daba de beber un litro en ayunas a ciertos enfermos, y según aseguraba, obtenía resultados más positivos que con el sulfato de soda.

El uso inmoderado de las frutas originó algunas disenterías que cedían ante un severo régimen dietético.

Pero los terribles mosquitos del fondo del valle esparcían las tercianas con una rapidez que puso en alarma al servicio sanitario.

El doctor Allende Padín se trasladó con su estado mayor a San Julián y se batió a brazo partido con la epidemia. Hubo de optar por embarcar a los más graves con destino a Iquique o Antofagasta en donde bien pronto se reponían. Algunos cuerpos como el 2º de línea quedaron reducidos a la mitad de su efectivo.

Baquadano visitaba diariamente los campamentos, desde el amanecer, pues el sol jamás le sorprendió en el lecho. Revisaba el hospital, las ambulancias, el rancho, el ganado, los potreros, las grandes guardias y los piquetes de destacamento.

Después de medio día asistía a los ejercicios de campaña o batallón y a la instrucción de reclutas; al obscurecer volvía a sus oficinas del Alto de la Villa.

Hombre avisado, tenía en actividad dos pelotones de caballería, en reconocimiento hacia el Sur, de donde podía amenazarle peligro. El alférez don Manuel Balbontín recorría las nacientes del río Locumba, con granaderos; y la parte baja, el alférez don Carlos Souper, con cazadores.

Mientras la tranquilidad reina en Moquegua, se ahondan más y más las diferencias entre el Ministro Sotomayor y el general Escala.

Hemos dicho que el primero pidió al segundo, que llamara al secretario del Cuartel General don José Francisco Vergara, que acompañaba a Baquedano como agregado al Comando, llevado de su espíritu ávido de aventuras.

Llega Vergara: el Ministro plantea la comunidad de mando entre él y Escala. Éste, que carece de ingerencia en los demás servicios absorbidos por Sotomayor, se resiste a desprenderse de atribuciones propias, que le confiere la ley, anexas al alto cargo que desempeña.

El art. 28, título LIX de la Ordenanza General del Ejército es bien explícito: “Todo mando militar ha de residir en uno solo, y éste responderá de sus operaciones”.

El general cargaba con el éxito de la campaña, ante la ley, ante el Gobierno y ante el país. En caso de derrota, todo el peso de la responsabilidad caía sobre él; obtenida la victoria, aparecía el ministro como autor y director del triunfo.

El Ministro manifestaba que como representante del Gobierno, estaba autorizado para adoptar las medidas que omitía el Cuartel General; que alguien, debía velar porque el ejército tuviera en las marchas, víveres, agua, calzado, municiones, etc., etc., que si Escala no lo hacía lo haría él, porque antes que la Ordenanza estaba la Patria.

Dudamos de la sinceridad de tal afirmación. El señor Sotomayor tenía bastante ilustración y experiencia para sostener tan monstruosa tesis. Abogado desde 1848, había desempeñado los puestos de secretario de Intendencia, Intendente, Juez Letrado, Ministro de Justicia y Hacienda, Agente Diplomático en el Perú, miembro del Senado y actualmente Ministro de Guerra y Marina en campaña, tenía que ser el último en fundamentar los actos ministeriales sobre la trasgresión de las leyes.

Creemos que el señor Ministro se expresara así, para dar mayor fuerza al dilema que presentó al Presidente de la República: o Escala o yo.

En la voluminosa correspondencia del señor Ministro, oficial o particular, no se encuentra una sola recomendación en alabanza del señor general; eso sí cargos e inculpaciones, a veces de mucha gravedad.

El señor Bulnes condensa las acusaciones contra el general, en los siguientes capítulos:

- a) No haber castigado a los autores de los desórdenes de Mollendo.
- b) Demasiada indulgencia para con los individuos de tropa.
- e) La falta de agua en Hospicio, a la División Muñoz.
- d) La prisión del Coronel Barceló.

El primer cargo carece en absoluto de fundamento. El general Escala puso en prisión y ordenó abrir proceso a los cuatro oficiales inculcados en los partes oficiales. Durante la escuela del juicio, el señor Escala dejó el comando supremo; no le cabía ya ingerencia alguna en el asunto. Con respecto a la tropa, algunas clases perdieron sus jinetas, y varios soldados fueron castigados con palo, en Pacocha.

El segundo capítulo de acusación está muy distante de la exactitud.

El general en jefe es padre de numerosa familia; los soldados acuden a él; con quejas buenas o malas. El general preguntaba al reclamante si venía por conducto regular; si contestaba que no, iba preso a su cuerpo, con orden de que se castigara la indisciplina. Si venía regularmente, su obligación era oírlo, cual corresponde a un jefe respetuoso de la ley, pues el Art. 31, título VI de la Ordenanza así se lo manda.

Mucho incapié se hace en la desesperación de la tropa, por no recibir ración de agua durante veinticuatro horas. Los autores incurren en una lamentable confusión.

El señor Sotomayor sostiene que el general no remitió vituallas suficientes; el general asegura que sí. Y lo fué en efecto, pues la II División no sufrió en momento alguno, escasez de alimento.

Faltó el agua, eso sí, debido al descarrilamiento de la máquina; subsanado el inconveniente, la tropa la tuvo a sus anchas. Pronto se olvidó el incidente, que no costó una vida, en la gente o el ganado.

Bien dijo honradamente el general Baquedano: Exageraciones (Telegrama del general Baquedano, desde la estación de El Conde al Ministro de la Guerra en campaña.)

El cuarto cargo se reduce al arresto de un jefe, cosa baladí en todos los ejércitos del mundo. Joffre no sólo arrestó, sino que fusiló a generales, durante la gran guerra.

Un capitán castigó con palos a un soldado, acusado de haber vendido un par de botas; el soldado alega que la prenda le fué robada.

Se queja al jefe porque cree injusto el castigo; como no obtiene reparación, pasa por conducto regular hasta el general en jefe, tribunal de última instancia.

El general envía un ayudante, para averiguar el asunto; el coronel Barceló contesta, que no admite intromisiones en el régimen interno de su regimiento, si se quiere conservar la disciplina; el general lo hace comparecer a su despacho; el coronel contesta con descomedimiento a su jefe, y éste lo envía arrestado a su casa, por un mes lo que le priva de dirigir su cuerpo en el asalto de Los Ángeles.

El arresto causa indignación en los jefes del círculo ministerial, y sobre todo, en el coronel Lagos, amigo íntimo de Barceló.

Tales miserias habían formado dos bandos: uno de los ayudantes del Ministerio y Estado Mayor y otro del Cuartel General.

Un tercer factor vino a revolver aún más el gallinero.

El señor Vergara llamado de Moquegua a pedido del Ministro debió haber tendido un puente de concordia entre moros y cristianos. Era amigo de Escala y del Ministro y hombre de confianza del Presidente, que deseaba su permanencia en el ejército, como patriota e inteligente.

Por desgracia se dejó impresionar por la insinuación del Ministro de nombrarle jefe de Estado Mayor General, y como era pesimista respecto de la competencia de los oficiales generales del ejército, para la debida conducción de la campaña, escribió en este sentido al Presidente. Más aún, le expresó, que no veía más remedio que se trasladara S. E., al norte, a tomar en persona el mando de las tropas.

El señor Vergara tenía la ambición noble, de servir al país en puestos de alta responsabilidad, porque se creía competente; esta confianza en sí mismo le cegaba, hasta el punto de ver muy chiquitos a todos los jefes superiores.

La colaboración que le pedía el señor Ministro al ofrecerle el puesto de jefe de Estado Mayor General, colmaba las aspiraciones bélicas del señor Vergara; pero le neutralizaba para lazo de unión y armonía entre el Cuartel General y el Ministerio.

Las relaciones entre Escala y Sotomayor continuaban más y más tirantes; pero en fin se trataba de dos altos funcionarios, con atribuciones propias, lo que no ocurría entre el general en jefe y el jefe de Estado Mayor General, por más que éste creyera que gozaba de poder autónomo.

Esta falsa creencia del señor coronel Lagos, produjo desde el primer momento una situación incómoda para ambos jefes.

El Estado Mayor General, derivado del título LX de la Ordenanza, ejercitaba sus funciones dentro de la órbita del decreto orgánico de 1º de Septiembre de 1869.

Tanto este reglamento como el de las naciones más avanzadas en organización militar, no confieren al jefe de Estado Mayor, atribuciones propias, ni mando alguno sobre las unidades del ejército. Por tal razón, no puede dar órdenes en su propio nombre; toda comunicación lleva al pié la anotación: "De orden del jefe".

Fué además una incorrección de parte de Lagos, sostener desde el día de su nombramiento, comunicación epistolar privada con el señor Ministro, sobre el movimiento de la oficina, a espaldas y sin conocimiento de su superior. Varias medidas del Ministro fueron inspiradas por el Estado Mayor, a conciencia de que contrariaban el sentir del Cuartel General.

Escala cortó por lo sano; prescindió de la colaboración del Estado Mayor y para evitar la trasmisión de órdenes de que no tenía conocimiento, dispuso que el jefe de telégrafos no despachara telegrama alguno sin su Vº Bº.

Lagos, en vista de las circunstancias, presenta la renuncia de su cargo, en nota fundada, el 18 de Marzo. El general, antes de darle curso, pide al coronel precise los cargos formulados. La contestación demora siete días, pues llega a manos del general sólo el 25 del mismo mes.

La nota lejos de suavizar o retirar los cargos, los reitera con grave ofensa para el superior gerárquico. Tuviera o no razón, no era Lagos sino el Gobierno el único llamado a censurar al general en jefe. Estamos seguros que ningún jefe se habría atrevido a tal temperamento, sino hubiera contado con un apoyo tan firme, que fuera capaz de sustraerle a un Consejo de Guerra, que aún con dolor, aunque con justicia, habría aplastado la indisciplina.

El general no comunicó al Ministerio la renuncia del jefe de Estado Mayor, pues según voz general, iba a proceder en forma enérgica y ejemplarizadora.

El Ministro resuelve sustraer a Lagos de la jurisdicción del Alto Comando; el mismo día 25, le pasa una nota, comunicándole que el coronel Lagos marcha al Sur, a disposición del Gobierno.

Era una burla; Escala representa la nota. El Ministro insiste en la siguiente comunicación:

“Ilo 25 de Marzo de 1880.- Es notorio para todos que el coronel don Pedro Lagos dejó de ejercer las funciones de jefe de Estado Mayor General desde la fecha de su renuncia.

En cuanto a ésta, como V. S. no ha tenido a bien ponerla en mi conocimiento, nada he podido preveer sobre ella.

Al haberla conocido oficialmente, me habría apresurado a aceptársela, porque desde tiempo atrás, vengo viendo que su presencia al frente del Estado Mayor General y la de V. S. al frente del ejército, eran enteramente incompatibles.

Así, pues, como el buen servicio del ejército, única consideración, que tengo presente, exige que el coronel marche al Sur, reitero a V. S. la orden contenida en mi nota de hoy, agregándole que el vapor en que debe ir parte en media hora más.

En cuánto al capitán don julio, Argomedo, que también va al sur, considérele V. S. como oficial que está con licencia concedida por el infrascrito, hasta que el Gobierno resuelva lo conveniente sobre el destino que debe dársele.

Los cargos que V. S. tenga contra el coronel Lagos, puede V. S. elevarlos al Supremo Gobierno, quién hará efectiva su responsabilidad, si alguna le cabe, por los diversos capítulos de acusación que V. S. enumera en su nota. Y tenga V. S. la seguridad de que, si ellos fueran fundados, yo me haría un deber en secundar a V. S. en la represión de las faltas, que las investigaciones de V. S. pudieran comprobar.

Dejo con esto contestada la nota de V. S. número 892, fecha de hoy. Dios guarde a V. S.- *Rafael Sotomayor*.- Al señor General en Jefe del ejército de operaciones.

El coronel Lagos no podía, materialmente, entregar en dos horas una oficina laboriosa, de considerable movimiento; en consecuencia la dejó a cargo del ayudante, embarcándose en el vapor “Copiapó”, con el capitán Argomedo.

¡Rara coincidencia!

Media hora antes de la salida del vapor, el Ministro se embarca en el mismo vapor, con destino a Iquique, a conferenciar con el Gobierno sobre las graves incidencias ocurridas.

Antes de marchar el señor Sotomayor, reitera a don Eusebio Lillo, que insiste con Vergara para que acepte el puesto de jefe de Estado Mayor, y hace llamar a Pacocha al general Baquedano, que se apresura, a bajar al puerto, sin conocimiento alguno del lío que se había formado durante su ausencia.

El General en jefe, en resguardo de la dignidad del cargo que ejerce, envía su renuncia por telégrafo, y la reitera por la siguiente nota:

“Pacocha, Marzo 26 de 1880.

Los gravísimos y desquiciadores actos del señor Ministro don Rafael Sotomayor, comisionado especialmente por el señor Presidente de la República para representar al Supremo Gobierno en la campaña en que se encuentra empeñado el ejército que está bajo mi mando, me obligan imperiosamente a presentar mi renuncia de General en jefe, como lo he hecho ya, trasmitiéndola por telégrafo.

El señor Ministro no sólo ha invadido mis atribuciones privativas, deliberando con los jefes de cuerpo sobre los asuntos peculiares al mecanismo de éstos, sino que ha hecho cuánto puede hacerse para rebajar la disciplina fomentando descontentos y apoyando resistencias de

los subalternos contra el superior, como ha sucedido recientemente con el ex-Jefe de Estado Mayor General.

Como si no bastara esto para socavar la autoridad que corresponde tener a un General en campaña, donde debe encontrarse más sólidamente basada que en cualquiera otra circunstancia, olvidándose de las consideraciones debidas a mi puesto, y del respeto con que se han de acatar mis derechos, me ordena, como V. S. lo verá, en el oficio cuya copia autorizada acompaño, que deje salir del ejército a un jefe y a un oficial, sin más motivo que exigirlo así su voluntad.

Ignoro de donde derive el señor Ministro su derecho para impartirme tales órdenes; pero de donde quiera que le venga lo considero contrario a todo régimen militar, pernicioso en alto grado a la disciplina del ejército, y éxito de las operaciones, he resuelto hacer renuncia de mi puesto de General en Jefe, antes que consentir por más tiempo en la prolongación de un mal cuyos efectos se hacen sentir penosamente en el ejército y en el país.

No ocultaré a V. S. el vivo dolor con que me alejo de un puesto donde esperaba utilizar, en beneficio de mi país, la grande voluntad que tengo para servirlo con escollos insuperables é inesperados, que han hecho fracasar todos mis esfuerzos para realizar estos propósitos. Sírvase V. S. hacerlo así presente a S. E.- Dios guarde a V. S. *Erasmus Escala*.

Al señor Ministro de la Guerra, Santiago”.

A esta comunicación agregó otra, acompañando la renuncia del coronel Lagos y documentos pertinentes a ella, en términos bastante duros para el renunciante, lo que indica el grado de excitación a que habían llegado los ánimos.

Escala tenía un carácter tranquilo, más propenso a la benevolencia, que a la severidad; tan caldeada estaba la atmósfera, que el general, acompañó la renuncia del coronel Lagos, con el siguiente informe al Supremo Gobierno.

“Sólo diré a V. S. que este jefe olvidándose del respeto que todo hombre de honor se debe a sí mismo, y al elevado puesto con que se le ha distinguido, ha faltado vergonzosamente a la verdad en los oficios que me ha dirigido antes y después de su renuncia.

El Supremo Gobierno con la perspicacia con que debe juzgar los actos de sus empleados, calificará la conducta de un jefe que pretende hacer pasar sobre otros sus propias faltas y que al frente del enemigo se asusta de la responsabilidad que puede caberle por sus obras”.

El Ministro llegó a Iquique a pedir el relevo de Escala. En Santiago reinaba el pesimismo, debido a las comunicaciones llegadas del norte; los informes recibidos por el Presidente eran desconsoladores.

El cable funciona intensamente entre Iquique y la Moneda, barajando nombres para la combinación General en jefe, jefe de Estado Mayor.

Sotomayor llevaba sus candidatos en cartera: para General en Jefe, su amigo y correligionario, general don José Antonio Villagrán, comandante de la Reserva; y como jefe de Estado Mayor, el comandante de la Guardia Nacional movilizada, don José Francisco Vergara, a quien había ofrecido personalmente el cargo, y por conducto de Lillo había recabado su aceptación.

Esta designación revela la nulidad de criterio militar del señor Ministro, pues el nombramiento de un civil para una oficina técnica, no podía ocurrírsele sino a otro civil, como Sotomayor, que tenía la convicción de que desempeñaba el comando del ejército, porque se inmiscuía en todos los servicios e imponía su voluntad, sin inmutarse por las consecuencias.

Si ocurría un fracaso, ahí estaba el General en jefe, responsable legal.

Don Gonzalo Bulnes dice que el señor Vergara, había leído muchas obras militares durante la campaña. Posible es que en los once meses de guerra le hubiera sobrado tiempo para tales lecturas; pero de aquí a convertirse en profesional, va una enorme diferencia.

Con esta teoría el señor Vergara habría servido para buen Mayor de Ordenes de la escuadra, si en vez de empiparse en ciencia militar, se hubiera echado en la cabeza tratados de técnica naval.

Este método de adquirir conocimientos profesionales, hace recordar a don Quijote cuando decía a Sancho, que apenas hubiera ingerido tres o cuatro moyos de sal se vería músico corriente y moliente en todo género de guitarra.

Verdaderamente espanta el criterio de los hombres de Gobierno, respecto al juicio que tenían de los conocimientos navales y militares para la conducción de fuerzas en campaña.

La combinación insinuada por Sotomayor al Presidente y llevada por éste al Consejo de Ministros, sufrió un rotundo rechazo. Santa María objeta, como siempre a Villagrán, que en su fuero interno teme le haga fracasar la candidatura presidencial.

Los demás Ministros le encuentran mucho carácter y temen que no se preste a dócil instrumento de Sotomayor, aunque éste responde de su buena voluntad, para marchar en completa armonía.

Queda liquidado Villagrán.

Surge la combinación Baquedano-Vergara. El segundo desde su alto cargo, podía tomar tan intenso brillo, que apagara los méritos del candidato Santa María. Fué desplazado, por temor de desagradar al ejército de línea, que le reprochaba su acción en Tarapacá. Como podía volver a pensarse nuevamente en él, le ultima con un golpe a fondo. Propuso en Consejo de Ministros, la combinación Velásquez-Vergara, con sagacidad felina.

Grave escándalo de los presentes, que desahuciaron ipso facto tales candidaturas. La caída de Velásquez que sólo era coronel, arrastró en definitiva a Vergara, posible candidato después de una victoria.

Surge una combinación seria:

Escala-Urrutia. El primero conocía el mecanismo del ejército en campaña, el segundo reunía las condiciones de jefe hábil, trabajador y respetado en las filas. Como delegado de la Intendencia General dio altas pruebas de competencia y laboriosidad.

La nueva fórmula recibió entusiasta aceptación de los consejeros palaciegos, ajenos a las miserias, a las rivalidades y a las intrigas políticas; pero su aceptación habría desautorizado a Sotomayor, provocando su renuncia, y por lo tanto, la crisis del Gabinete. Por otra parte, el Ministro tenía la plena confianza del Presidente, que de ninguna manera aceptaba, ni siquiera en hipótesis, que Don Rafael dejara de estar a la cabeza del ejército.

Después de muchos conciliábulos y trajines, el Ministro suplente de Guerra y Marina, don José A. Gandarillas, sugiere la solución Baquedano-Velásquez, que todos aceptan con agrado. El primero no es peligro para ningún candidato, y el segundo, buen artillero y coronel de reconocido mérito, quedaba bien en el puesto.

El Presidente, al comunicar a Sotomayor, el acuerdo del Gabinete, le autoriza no obstante para efectuar los nombramientos que exijan las circunstancias del momento, con el pleno conocimiento que tiene de la situación, en el teatro mismo de los sucesos.

El 1° de Abril, el Ministro se embarca para Ilo, vacilante en aprobar la combinación del Gobierno, pues había empeñado su palabra de confiar a Vergara la jefatura del Estado Mayor. Desairado en sus más caras ilusiones, habría partido al sur, con grave disgusto del Presidente, que lo consideraba indispensable, por las informaciones que le enviaba periódicamente, y el apoyo que ahora concedía al Ministerio en campaña.

El Ministro al llegar a Ilo, sabe desenvolverse con respecto a Vergara, confiándole la misión de reconocer los valles del sur, a la cabeza de toda la caballería estacionada en Moquegua.

El ejército recibe con júbilo los nombramientos de Baquedano y Velásquez. Veía en el primero, un celoso guardián de la institución militar, incorruptible, disciplinado, de criterio sano y equilibrado.

La designación de Velásquez fué tan feliz como la anterior; inteligente, trabajador y honesto, puso a las órdenes de su nuevo jefe todas sus facultades para allanarle la escabrosa senda del Comando Supremo, con desinterés y abnegación ejemplares.

Velásquez marca el tipo de jefe de Estado Mayor, en su expresión más encumbrada.

Los civiles que juzgaban con triste concepto a Baquedano, se equivocaron grandemente en sus previsiones. Creyeron tener en sus manos un instrumento maleable, y se estrellaron contra un jefe encuadrado dentro de las atribuciones ilimitadas que le confiere la Ordenanza, las que ejerció con mesura y discreción, pero sin complacencias, ni temores, ni debilidades de ningún género.

Sabía obedecer y sabía mandar.

El mando y la obediencia constituyen la suma de la profesión militar; ambas ideas se confunden, aunque, son correlativas.

El que manda debe saber por qué en conformidad a su educación profesional; el que obedece debe saber cómo, en atención a la enseñanza recibida en las filas.

Tomemos un batallón. De comandante a tambor, cada cual tiene la obligación de mandar y la obligación de obedecer. Mientras más en armonía se ejerzan dichas funciones, mientras más se acerquen basta fusionarse en un solo acto intelectual, más capacitado estará éste cuerpo para la batalla, pues aunque jefes, oficiales y suboficiales, sean barridos por la metralla, siempre quedará alguien que con los restos dispersos, constituya la unidad diminuta en efectivo, pero grande en fuerza moral.

Este lazo misterioso que une a todos los miembros del ejército en una sola aspiración, en una sola voluntad, en un ideal único, la victoria, es el Deber.

Todo hombre tiene miedo a la muerte aunque muchos hablan pestes de la perra vida. El militar no escapa a esta ley de la naturaleza. El valor, el verdadero valor tranquilo y reflexivo, consiste en vencer este miedo, en marchar sobre el enemigo en demanda del triunfo, puesto que el Deber le ordena defender a la Patria y conquistar la victoria.

Una de las muchas virtudes que adornaba el alma de Baquedano, era el Deber. Se lo imponía así mismo; lo exigía en los demás.

Fué una suerte para Chile su nombramiento de General en Jefe; encontró: *the righth man in in the righth place*.

CAPÍTULO XIV.

Preparativos para la ofensiva estratégica.

El General Baquedano entra en funciones en una época bien difícil; el Gobierno se sentía desalentado por la falta de jefes capaces de conducir al ejército frente al enemigo.

El pesimismo gubernativo, esparcido por la prensa a cuatro vientos, contagia al país, que empieza a culpar al general Escala de la inacción del ejército acantonado en Pacocha.

Los voceros del Congreso urgen al Gobierno para que dé a las tropas la orden de partida. Poco les importaba que estuvieran o no preparadas para emprender la ruda marcha del desierto.

Parlamentarios hubo que señalaban al Comando Supremo como causa de la estagnación de las operaciones. Escala era el blanco de las murmuraciones de todo el país, ignorante de que el ejército había ido a Pacocha, no en demanda del enemigo, sino en espera de que Montero tuviera a bien avanzar y presentar batalla.

Tal había sido el plan adoptado por la Moneda.

El señor Sotomayor dió la orden de abandonar a Pisagua, con los elementos precisos, únicamente, para alcanzar hasta Pacocha. Cuando se convenció de que Montero no se movería de Tacna, y optó por el plan ofensivo, se vió precisado a pedir al sur enormes cantidades de equipo, vituallas y forraje para la travesía del desierto, con el consiguiente aumento del material de movilidad necesario para que el Cuerpo de Bagajes trasladara la inmensa copia de impedimentas, en carros o a lomo de mulas.

Se precisaban igualmente barriles y odres para el transporte del agua en carga, y pipas para llevarla en carro. Las recuas exigían dotación competente de arrieros y los carros conductores de oficio, para el accidentado trayecto.

Las dificultades materiales no descorazonaron al Gobierno, que hizo fructífera labor, en armonía con la Intendencia General; lo que deprimía el ánimo del presidente y de los ministros, eran las desconsoladoras comunicaciones que llegaban del teatro de la guerra, de parte de los amigos, y delegados que gozaban de la plena confianza gubernativa.

El señor Sotomayor escribía a los funcionarios y amigos, participándoles sus decepciones. A Gandarillas, ministro suplente de Guerra, decía:

“Marzo 15. Si Ud., compañero, estuviera por acá vería cuán peligroso es hacer una campaña con este ejército. Por eso me verá Ud., siempre inclinado a estacionarnos y hacer por donde el enemigo venga sobre nosotros”.

En otra comunicación de la misma, fecha, le agregaba: “Al primer ensayo de expedición con una división a Moquegua, estamos pagando la incorregible imprevisión. Si el enemigo fuese más avisado y diestro, concluiríamos por *una vergonzosa derrota*.”

Con fecha 17 escribía al general Villagrán: “Estoy muy aburrido con todos los percances que le pasan a este ejército, por muchas causas que no siempre es fácil remover”. Estas expresiones traducen muy a lo claro la intención del Ministro de llevar a su amigo Villagrán al comando del ejército de operaciones, sacándolo de la reserva.

Con respecto a Escala, no había comunicación, oficial o privada, el que no le arrancara un girón. “Escala con sus malos hábitos, informaba a Presidente, descontenta y aún desespera a los jefes de cuerpos, con la intervención frecuente que se toma por los castigos a los soldados”.

Sotomayor, autoritario intendente del Decenio, participaba de la escuela de los jefes de la Patria Vieja: El buen soldado se forma con la triple letra p.: pan, pré, palo.

Pero ni estos tres preceptos se ponían en práctica: el rancho andaba escaso o malo, según las circunstancias; sueldo no se divisó hasta después de la toma de Lima; no era justo entonces que sólo se cumpliera la tercera p. Además, el ejército estaba formado ahora por entusiastas jóvenes, en gran parte de un medio superior al de la tropa enganchada, que corrieron a los cuarteles a defender la bandera, ignorantes de la milicia y de la ordenanza, a quienes debía enseñarse con más paciencia que rigor.

La disciplina debe ser educadora; los superiores de cualquier grado, que se imponen moralmente ejercen sobre sus subordinados una influencia más duradera y efectiva, que cuantos con ceño adusto se hacen obedecer por temor al castigo.

El general Escala comulgaba en la escuela educadora; pero era inflexible cuando ejercitaba el deber de reprimir. Así lo demostró en el enjuiciamiento de cuatro oficiales por los sucesos de Mollendo, y con la aprobación de las medidas tomadas por Muñoz en Hospicio.

Claro es que no congeniara con Sotomayor, ni con los jefes que consideraban la represión como una prerrogativa del puesto que podían ejercitarla a su arbitrio.

El señor Vergara, cuya opinión ejercía marcada influencia en el ánimo del señor Pinto, le comunicaba con fecha 10 de marzo: “Para ir a buscarlo (al enemigo) es preciso combinar maduramente la operación. Nuestro ejército no tiene administración arreglada y cualquier movimiento que se intente, se vuelve todo confusión y desorden”. Y añadía: “Vuelvo a pedirle mí relevo. Ya la voluntad es impotente para contener la rebelión de mi alma que está enteramente en suplicio. La incompetencia impera en todas partes, y no se hace nada que no revele inmediatamente el desquiciamiento en que esto se encuentra”.

Tal cúmulo de constantes lamentaciones abatían la energía de los hombres de gobierno, y se convencieron de que no había un cerebro militar capaz de conducir una expedición por el interior, sin la supervigilancia del Ministro.

Gandarillas resume el pensamiento del Gobierno, en comunicación a Sotomayor, de 26 de Marzo, en estos términos: “Está visito que la experiencia no basta para curar la imprevisión, y que los jefes de nuestro ejército no acertarán jamás a hacer nada bien hecho, por más que se les esté apuntando todo. Creo que muchos de ellos están resueltos a morir en su puesto, y creen que con esto cumplen su deber de soldado. ¡Qué le importará al país que ellos mueran, si con su muerte no se obtiene para la patria ventaja alguna! Será otra desgracia más, sin fruto y sin objeto. En cuanto a la escuadra, creo que no lo hace mejor. Cada buque va montado por un héroe, que anda a ciegas, y que para todo se demora una eternidad”.

La prensa comentaba la situación con acritud; el parlamento se hacía eco del sentimiento general y naturalmente, se buscaba al culpable.

El Ministro Sotomayor tenía en Santiago un antiguo amigo y correligionario político, don Cornelio Saavedra, ¡que lo informaba secretamente el sentir de las esferas sociales: “Aquí se abrigan dudas y temores, le decía, sobre el resultado de la campaña sobre Tacna y Arica, y la generalidad mira como prudente no pasar adelante de Moquegua, o de puntos que nos pongan en fácil comunicación con el mar”.

La opinión estaba bien trabajada; recibiría sin protesta el relevo del general Escala, que, dígame lo que se quiera, gozaba de simpatía en el país, y tenía sólidas relaciones en las altas esferas sociales y de gobierno, debidas a sus cualidades cívicas y morales.

Se efectuó sin ruido el cambio del Alto Comando, y el nombramiento del general Baquedano, en carácter transitorio, tuvo la aprobación de todos los interesados a la banda presidencial.

Santa María y el Ministerio calificaban a Baquedano de analfabeto; Vergara decía de él, que “en materia de concepciones deja bastante que desear, y la crítica no permanecería ociosa si quisiera ocuparse de sus actos”. (Carta de Vergara a S. E., de 3 de Abril de 1880.) Sotomayor lo miraba con lástima, lo había tenido repartiendo agua en Dolores y pesando forraje en Pisagua, oficios que Baquedano desempeñó con la corrección propia de todos sus actos.

El general en jefe fué dado a reconocer en la lista de llamada del 3. IV. 80.

Terminada las distribuciones de la tarde, convocó a los jefes divisionarios y de cuerpo a una reunión en su domicilio particular. En breves palabras pidió la cooperación de todos sus compañeros de armas, para llevar a cabo la ofensiva y alcanzar una victoria completa sobre los aliados. Todos prometen un concurso sin límites, pues se trata de la salvación de la Patria y del honor del Ejército.

Se charló después sin estiramiento, pero sí dentro de la corrección exigida por el grado de cada cual, respecto a diversos puntos relativos a la marcha del ejército y a la travesía del desierto.

El general queda contento; los jefes se retiran satisfechos.

Los dirigentes se restriegan las manos. Bien dice el refrán que las cosas se ven según el cristal con que se miran.

El Ministro comunica a la Moneda que la situación se presenta tranquilizadora; que Baquedano ha principiado bien; que hay perfecto acuerdo entre éste y los jefes; que su mesa y su tertulia se ven concurridas y alegres.

Este cambio de decoración ocurre en el espacio de tres días, pues la comunicación al Presidente lleva fecha 6. IV. 80.

El pesimismo que corroía el alma de Vergara se evapora como por encanto desde el mismo día 3, fecha del reconocimiento de Comando Supremo; en breves horas, los jefes adquieren competencia; las irregularidades cesan y se podrá expedicionar con éxito. Su carta al Presidente del mismo día 3 empieza así:

“En esta vez no recibirá Ud. mi estimadísimo señor el antipático cargamento de malas noticias que de ordinario lo conducen mis cartas. Nuestra situación ha mejorado notablemente”.

Este feliz cambio se había efectuado en tres o cuatro horas, sin que Baquedano hubiera realizado acto alguno. Pero nó, su ascenso dejaba vacante el puesto de Comandante General de Caballería.

El gobierno bate palmas a la noticia de que han terminado las disidencias, y que todos trabajan en la común labor, con decisión y buena voluntad. El señor Pinto traduce su pensamiento y el de los Ministros en las siguientes frases: “Todo lo que deseo es que nuestro Ejército se mantenga en buena subordinación y disciplina, y que los diversos jefes marchen en buena armonía, animados sólo por el sentimiento de su deber. Encontrándose el Ejército en estas condiciones podemos estar seguros del triunfo”. (Carta del Presidente al General Baquedano de 3 de Abril de 1880.).

Durante el comando del general Escala, se efectuaron cuatro reconocimientos sobre el territorio enemigo, en dirección a Tacna. Tres por tierra y uno por mar.

El primero, a cargo del alférez don Manuel Balbontín, con veinte Granaderos, se hizo sobre los manantiales del río de Locumba, sin encontrar enemigos. El oficial estudió los recursos del valle, y la dirección de los caminos que de él se desprenden al río Sama.

El segundo, bajo la dirección del alférez don Carlos Souper, con veinticinco Cazadores a caballo, tuvo por objetivo la parte central del valle, con recomendación de estudiar los caminos que salen de Hospicio al sur.

El teniente coronel don Diego Dublé Almeyda llevó a cabo el tercer reconocimiento. Como a su vuelta desempeñaba el comando superior el general Baquedano, se tratará de él oportunamente.

El jefe de Estado Mayor General, coronel don Pedro Lagos, partió en reconocimiento de la costa, a las nueve de la mañana del 19. III. 80., en el vaporcito “Toro”. Llevaba a los ayudantes de su repartición, sargento mayor graduado don Bolívar Valdés, y subteniente don Ricardo Walker Martínez; el capitán de Ingenieros Militares don Francisco Javier Zelaya, y cincuenta hombres del batallón *Valparaíso* a cargo de dos oficiales subalternos.

Resultado del reconocimiento: Caleta Cúcula, 21 millas al sur de Pacocha, sin atracadero posible, muy poco fondo y mar brava.

Cuatro millas al sur, quince de Pacocha, caleta de Yte, a la desembocadura del río Locumba. Aunque puerto de barra, presenta un canal ancho que dá acceso a un desembarcadero en playa de arena fina, sin roca alguna. Con buen tiempo se puede ir hasta fondo de seis brazas. Es inabordable en días de braveza; carece de abrigo contra la mar de leva.

Cinco millas al sur, 21 de Pacocha, se halla la Caleta de Sama los expedicionarios bajan a tierra. Además del desembarcadero principal encuentran otros dos pequeños. Del poblacho arranca un camino que sube al morro de Sama, atraviesa la llanura hasta Buenavista, y sigue a Tacna.

Hay otro camino por el lado del mar; sale de Pacocha, pasa por Yte y Sama y sigue a Arica, por médanos pesados.

La desembocadura del río ostenta una malísima barra, con mucho oleaje y fuerte reventazón. No admite desembarco alguno.

La costa norte de Arica no tiene caleta utilizable. Revienta un mar bravísimo de poco fondo, que impide todo desembarco.

El general inicia sus funciones activas el día 4. Sale de sus habitaciones, como de costumbre, antes que el sol; el ordenanza tiene el caballo listo y los ayudantes esperan cuadrados al lado de sus cabalgaduras.

El Ministro había dispersado el cuerpo de ayudantes del Cuartel General: Zubiria fué a rematar a Iquique a las órdenes del general Villagrán, el amigo íntimo del señor Sotomayor. De seguro no caería sobre un lecho de rosas. Baquedano llamó a su lado a varios de estos ayudantes.

La Intendencia General recibió los honores de la primera visita. La mayoría de los empleados reposaban perezosamente en camillas de la ambulancia. El general recorre las dependencias, recibiendo el parte de los empleados, muchos de los cuales venían a medio vestir.

Se le acerca un sargento mayor: le saluda y le da el parte
Sin novedad, mi general.

Bien, bien, responde Baquedano. ¿De qué cuerpo es Ud.?

De Intendencia, mi General.

Presillas militares, militares. Intendencia, charqui, grasa, cebollas, exclama el general apuntando con el índice los hombros de la víctima que no cabe en su pellejo.

La noticia de la visita del general corre como reguero de pólvora todo el mundo se apresura a tomar su puesto.

Sube a caballo, y se dirige al muelle, al correo, al telégrafo. La estada en el Hospital es larga y minuciosa. Examina la botica, toma nota de los medicamentos que faltan, pide al cirujano jefe le pase una minuta de las necesidades urgentes, interroga a los enfermos acerca de la comida, de la asistencia médica y del cuidado en general.

El, oye y calla; jamás comenta.

Del Hospital pasa a los campos de ejercicio en que recibe instrucción la tropa; revisa después los fondos del rancho, en cada campamento.

Llega al 4° de línea a la hora del almuerzo: acepta la invitación del coronel Amunátegui para almorzar en familia con los oficiales, bajo la sombra de una espaciosa ramada.

Ocurre entonces un incidente cómico.

Mientras se prepara la mesa, el general conversa con los jefes oficiales a las puertas del comedor. Aparece un empleado del Ministerio, detiene el caballo, saluda llevando la mano al cucalón, y dice al general:

Mi general, el señor Ministro lo necesita.

Baquedano sigue la conversación como si tal cosa.

Repite el infeliz el mensaje; continúa la charla del general.

Los ayudantes le hacen seña de que se desmonte; baja y repite por tercera vez el mensaje.

El general se vuelve a Amunátegui y le dice. Banderas, ocho días.

El ayudante de servicio lleva al recluta al cuerpo de guardia, donde purga durante una semana su falta de respeto al general en jefe.

Después del almuerzo sigue la visita. En la 4ª División, los jefes ostentan blusas bien cepilladas, tiros ajustados, espada al cinto.

En los últimos cuerpos, los jefes y oficiales, recién afeitados, lucen bigotes y peras bien atusadas.

Las cuadras están aseadas, los rifles en pabellón al centro, las cananas pendientes del porta-fusil y las mochilas se balancean colgadas de las vigas.

En la noche retreta general de bandas y recepción en el Cuartel General.

Se nota un cambio radical en la vida de los campamentos.

Los empleados de las reparticiones anexas visten el traje gris del Ejército, pero sin presillas, ni galones. El mismo secretario del Ministerio, don Máximo R. Lira, se despoja de las insignias de teniente coronel.

Las mesas, camillas, útiles de comedor y cocina que usaban indebidamente los empleados de la Intendencia, desfilan hacia el hospital y ambulancias.

El correo y telégrafo fijan horarios en las puertas; el primero coloca listas de las encomiendas que le remite la Intendencia y contadores de los trasportes llegados del sur.

De acuerdo con el Superintendente don Víctor Pretot Freire regulariza la marcha de trenes al interior, y fija en 250 a 300 hombres el máximo de pasajeros de cada convoy.

Se restablece en el gran edificio de la estación el funcionamiento de la maestranza, ensanchándose su acción con una nueva sección destinada a arreglar y componer monturas, aparejos, artolas, aperos y demás artículos de movilidad; con otra, encargada de la confección de repuestos para artillería, carros, barriles, estanques y demás artículos de madera y fierro; una talabartería para la fabricación y remiendos de correajes para las armas montadas, arneses y tirantes para carros, jaquimones, cinchas, cinchones y sobrecinchas, bozales y otras menudencias de cuero para el parque y bagajes. Los cuerpos proporcionan cuantos *artistas* exigen estos servicios especiales.

En la tarde del día 4, el general manifiesta al Ministro la urgencia de tener jefe de Estado Mayor, dados los trabajos cada día más pesados que llaman su atención.

El señor Sotomayor, que traía de Iquique la combinación acordada, Baquedano-Velásquez, inquiere el parecer del general para su designación.

Baquedano le responde con cruda franqueza:

Cualquiera, cualquiera. Atribución suya. Cada uno en su puesto.

El Ministro se traga la lección.

Al día siguiente, aparece en la orden del día el decreto que nombra jefe de Estado Mayor General, al coronel don José Velásquez, con retención del mando de su regimiento.

Baquedano y Velásquez se contraen al estudio de ofensiva y a la confección del plan estratégico, para la marcha a través del desierto, la concentración en el valle de Sama, y conjuntamente, del plan táctico de la batalla, objetivo del Cuartel General.

Varias veces el señor Ministro pidió al general detalles del plan de marcha, y este le contestaba: En estudio, en estudio.

Este proceder tenía profundamente disgustado al señor Ministro, sobre todo, por la conducta de Velásquez que permanecía impenetrable respecto al pensar de su jefe.

Hace venir por telégrafo a Lagos, caído justamente con Escala, y retirado a Chillán, en donde pensaba dedicarse a la agricultura, decepcionado de la ingratitud de los políticos. Un amigo con vara alta en la Moneda tuvo la caridad de mostrarle un telegrama de Sotomayor, que decía a la letra:

“Lagos ha sido poco prudente, demasiado militante con Escala”. Este proceder del Ministro, a quien sirvió con toda abnegación, le hirió profundamente, pues significaba una lápida de defunción para su carrera militar.

Llamado por Gandarillas a Santiago, recibe orden de dirigirse a Pacocha en el primer vapor; y allá se encuentra con su nombramiento de primer ayudante del Cuartel General.

Baquedano lo recibe con prudente recelo; pero Lagos, de corazón bien puesto, se entrega de lleno a cooperar con Velásquez a la acción del Comando Superior.

Hay que recordar que Lagos tuvo brillante actuación en las campañas de la Araucanía; en 1886, el general Pinto, comandante en jefe del ejército de la frontera, pidió para él un ascenso, por su brillante conducta en la acción de Quechereguas.

Dice así el parte del general don José Manuel Pinto:

“La victoria obtenida por el comandante Lagos y su pequeña división el 26 del presente, a orillas del Traiguén, ha sido un hecho de armas verdaderamente heroico, que revela en alto grado las brillantes dotes de jefe, y el arrojo y disciplina de sus tropas. Creo que el Supremo Gobierno haría un acto de merecida justicia, concediendo el grado de coronel para el jefe y el inmediatamente superior para los oficiales”.

El gobierno de aquel, entonces no hizo justicia a los méritos del jefe recomendado; poco tiempo después se retiraba, a buscar en la agricultura mejor situación para su familia.

El general Baquedano apreció en su justo valer las relevantes dotes de su primer ayudante, su labor tesonera y su rectitud bien probada; su brillante comportamiento en la batalla de Tacna acabó por conquistarle la amistad y la confianza del señor general.

Uno de los primeros decretos del Comandante en jefe dispuso el juzgamiento por un Consejo de Guerra del meritorio jefe de Estado Mayor de la IV División.

El comandante don Diego Dublé Almeyda, encargado de reconocer el terreno entre los valles de Ilo y Locumba, sale de Pacocha al atardecer del 31. III. 80. Lleva como ayudante al capitán don Ramón Rojas Almeyda y una escolta de 23 Cazadores a caballo a cargo del alférez don Luis Almarza.

Muy de mañana llega al despoblado de Cameara, sobre la margen derecha de Locumba. Después de un breve descanso a la tropa y ganado, sigue por la banda norte hasta el caserío de Sitana, cercano a Locumba, capital del distrito, en circunstancias que merodeaba por las cercanías el comandante don Gregorio Albarracín con un escuadrón de *Franqueadores de Tacna*, haciendo requisiones para las tropas de Montero.

Sabedor Alibarracín de que dos piquetes enemigos recorren el valle, eran los alféreces Balbontín y Souper, se pone de acuerdo con las autoridades de Locumba para armar una celada a los chilenos.

Un hijo de italiano representaría de cónsul de este país: otro vestido de eclesiástico, haría de cura de la localidad. Este debía invitar a la casa parroquial al oficial u oficiales, mientras la tropa acampada en la plaza, daría pienso a las cabalgaduras.

Albarracín, oculto en las casas de la vecindad, esperaría el momento oportuno para atacar al enemigo desprevenido, dispersándole la caballada a tiros, para impedirles la fuga.

Balbontín y Souper no bajaron a Locumba, escapando al lazo tan bien urdido.

En tales circunstancias aparece Dublé por el oeste, que no pudo llegar más a tiempo, para el desarrollo de los planes del montonero peruano.

Dublé envía al capitán Rojas Almeyda, con dos ordenanzas, a leer en la plaza de la localidad, un bando de la autoridad chilena, que concede garantías y protección a los estantes y habitantes del valle, que se sometan tranquilamente, y castigo severo, a los que se alcen en armas.

El cónsul y el cura se acercan al capitán Rojas, con humildes protestas de amistad; le notician que no hay fuerza alguna en la vecindad, que pueda inquietarle; y se muestran gozosos por la llegada de tropas chilenas, para amparar a los ciudadanos pacíficos contra las depredaciones de los chinos alzados.

Parte Rojas a dar cuenta de su cometido; Albarracín aprovecha su ausencia para entrar y ocultar su tropa en las casas vecinas.

Llega Dublé, desmonta la gente en la plaza, coloca un centinela en cada una de las entradas al pueblo y un tercero en la torre de la Iglesia.

Dispone que la tropa tenga los caballos del ronzal, en tanto consumen su ración de forraje.

Tomadas estas precauciones acepta la invitación del señor cura para acompañarle a almorzar en unión de los señores oficiales; y previa la presentación de los magnates de la aldea, pasan al comedor a servirse una suculenta cazuela.

Consumido el primer plato, el señor cura solicita de Dublé unos ocho soldados para ir a enterrar a un pobre de solemnidad, que carece de dolientes.

¿Cuánto tiempo hace que murió? pregunta el comandante.

Dos horas, responde el eclesiástico.

Puede esperar mucho todavía, añade Dublé y sigue el almuerzo.

Mohino el cura por no haber dividido la tropa, se retira a buscar sal.

¡El enemigo, mi comandante! grita el sarjento encargado de los caballos de los jefes y oficiales.

Suena una descarga en el comedor; siguen otras en la plaza; cabalga Dublé con algunos de los suyos; se traba en lucha con el enemigo que rodea la plaza; se abre paso a filo de sable y escapa camino del norte con ocho jinetes que le siguen.

De los quince cazadores restantes, ocho mueren peleando; seis caen prisioneros y el último se oculta en unos higuerales. A los dos días llega a Pacocha sin novedad.

Rojas y Almarza, acorralados en el comedor, por el escuadrón hubieron de rendirse. Conducidos a Tacna, fueron internados en la Paz.

Baquadano, ordenó la formación de un Consejo de Oficiales Generales para administrar justicia seca, según su expresión.

Previa la defensa hecha por el hermano del acusado, mayor don Baldomero Dublé, el Consejo, absuelve al comandante, que fué muy felicitado por sus compañeros de armas, aunque no libró de las pullas de los amigos, por ser autor de un *Tratado de Reconocimientos Miliars*.

Se cumplió el adagio popular de que una cosa es cantar a secas, y otra cantar con guitarra.

El general presentó al señor Ministro el plan de marcha, desde el valle de Ilo, a los valles de Locumba y Sama, para efectuar la concentración en las aldeas de Buenavista y Las Yaras. El general agrega hidalgamente que el trabajo ha sido confeccionado con la colaboración del coronel Velásquez jefe de Estado Mayor.

El Ministro lo estudia con tranquilidad: no encuentra objeciones, y presta su aprobación.

Se da entonces la orden de alistarse para la marcha, a través del temido desierto.

El Estado Mayor repartió a los jefes divisionarios y de cuerpo el diagrama del territorio que deben atravesar, confeccionado por el comandante de ingenieros don Arístides Martínez.

Según la reproducción acompañada, existían los siguientes caminos:

a) Moquegua, Tarata, Cumilaca, Curibaya, Totorá, Talapalca, Sambalay Chico.

b) Moquegua, Tumulaca, Micalaco, Chejella, Mirave, Sambalay Chico.

c) Moquegua, Catabeque, Ilabaya, Mirave, Sambalay Grande.

d) Moquegua, Conde, Jagüey, Locumba, Tomasiri, Buena Vista.

e) Pacocha, o Moquegua, Hospicio, Río Seco, Locumba, Quebrada Honda, Tomasiri o Buena Vista.

f) Pacocha, Estanque, Río Seco, Sitana, Quebrada Honda, Las Yaras.

g) Pacocha, Ite, Las Yaras.

Las tropas chilenas acampan en Moquegua y Pacocha.

En este puerto, las divisiones I, III y IV, con el segundo escuadrón *Carabineros de Yungay*, el Cuartel General, Ministerio de la Guerra, Estado Mayor General, y la totalidad de los servicios anexos, salvo la Ambulancia Valparaíso que acompaña a la II División, estacionada en Moquegua, aumentada con los regimientos de Caballería *Granaderos* y *Cazadores*.

El proyecto de Baquedano era simple, como todas las concepciones militares que llevan aparejada la victoria.

Los regimientos de *Granaderos* y *Cazadores*, acantonados en Moquegua, salen de Moquegua a Hospicio, y de ahí a Locumba. El 2º Escuadrón de *Carabineros de Yungay* avanza de Pacocha a Estanques, para caer a Sitana, envolviendo ambas caballerías a Albarracín. Si se sorprende a este jefe, se le deshace; si se retira a Sama, se le persigue, y entonces toda la caballería forma una cortina de fuego al sur del río Sama, ocultando el avance del ejército y vigilando toda las intenciones del enemigo para tomar lenguas acerca de la situación de Montero.

Perfectamente resguardada la vanguardia, avanza el ejército por divisiones escalonadas. La II, Muñoz sale de Moquegua y la I, Amengual de Ilo, marchan a Hospicio y avanzan sobre Locumba, en el valle de este nombre, y rematan en Buenavista, en el valle de Sama.

Las divisiones III. Amunátegui y IV. Barboza se trasladan de Pacocha a Estanques (Salinas) para dirigirse a Sitana y las Varas.

Como exceso de precaución, se traerán algunos cuerpos de la Reserva de Villagrán, para cubrir la línea Pacocha-Estanques-Hospicio, y barajar así cualquiera intenciones del enemigo de amenazar las líneas de comunicaciones, Hospicio, Locumba, Sama; Estanques, Locumba, Sama; Pacocha, Locumba, Sama. El Ministro Sotomayor comunica a Santiago el plan del General en jefe, que levanta viva oposición en el gobierno, en los hombres consultores de la Moneda, en el Parlamento, y en el pueblo, puesto en efervescencia por la prensa, que publica y comenta el orden de marcha, sin importarle un ardite los preciosos datos que sus indiscreciones proporcionan al enemigo.

Piérola decía con toda razón, que no precisaba mantener espías en Chile, pues los diarios de Valparaíso y Santiago le proporcionaban cuantos datos necesitaba para sus operaciones.

Los Ministros escriben particularmente a Sotomayor manifestándole sus temores por la evacuación de Moquegua, sobre cuya plaza podía venir el II Ejército del sur, concentrado en

Arequipa, convertirla en base de sus ataques contra el flanco izquierdo o retaguardia del ejército chileno en marcha sobre Tacna.

Baquedano recibe iguales comunicaciones; el gobierno le invita a reflexionar sobre la evacuación de Moquegua, que juzga en extremo peligrosa.

Baquedano y Sotomayor se mantienen firmes; presentan al gobierno las cosas en conformidad a la realidad y no como aparece en los mapas, sobre los cuales forjan planes estratégicos, fantásticos, los hombres de la Moneda y sus allegados.

Pasan los días y el movimiento se retarda, debido a que surge una diferencia de criterio acerca de la dirección de la Caballería.

El general manifiesta que el comando le corresponde al jefe más antiguo del arma, el comandante don Pedro Soto Aguilar, que viene batiéndose desde Antofagasta. Además el comando es transitorio, pues viene en viaje el 1.º escuadrón del Regimiento *Carabineros de Yungay*, a cuyo primer jefe, don Manuel Bulnes, le corresponde el mando en jefe, por derecho de antigüedad.

Surge entonces otra grave dificultad. El presidente de la república, por cuestiones de familia, estaba en malas relaciones con su sobrino el comandante Bulnes, y no sancionaría jamás su nombramiento de Comandante de la Caballería.

El señor Pinto era testarudo en sus odios, jamás quiso admitir un conservador en el Ministerio, ni aún en circunstancias delicadas, cuando la guerra exigía el concurso de todos los chilenos, y le aconsejaban esta medida de patriotismo y buen gobierno sus ministros, sus amigos y sus más íntimos allegados.

Con respecto a Bulnes continuó distanciado con él hasta la muerte.

Vuelto del Perú con su escuadrón aprisionado a bordo del Rimac, se le ordena estacionarse en Caldera, en donde recibe armamento y equipo, para ponerse en pie de guerra.

De Caldera pasa a la línea del Loa, unido ya al segundo escuadrón.

Avanza más tarde a las guarniciones de la línea del Loa y de ahí la otra de Pisagua-Negreiros.

El regimiento no tiene esperanzas de ir a la primera línea. Por fortuna, Sotomayor envía un transporte a Pisagua, solicitando de Villagrán el envío inmediato del cuerpo de caballería que tenga más a mano.

Villagrán embarca al segundo escuadrón de Carabineros de Yungay, a cargo del mayor don Rafael Vargas; y luego despacha en otro vapor al primer escuadrón con la plana mayor.

Sotomayor ordena que este medio regimiento desembarque en Yte, y marche a la margen sur del río Sama, para observar los movimientos del enemigo, frente a sus mismos campamentos, comisión delicada que Bulnes llena cumplidamente, cambiando noche a noche de campamento para no ser deshecho por las fuerzas superiores.

Como Baquedano no aceptaba la postergación de Soto Aguilar para la Comandancia General de Caballería, ni menos la del comandante don Manuel Bulnes, una vez incorporado al ejército de operaciones, el Ministro de la Guerra asciende a coronel de guardias nacionales movilizadas al señor Vergara y le confía la comisión de expedicionar con los regimientos *Granaderos* y *Cazadores*, sobre los valles de Locumba y Sama.

Este nombramiento originó el primer rozamiento serio entre Baquedano y Sotomayor, que fueron sucediéndose hasta formarse entre ellos una atmósfera pesada.

Sotomayor no pudo cumplir a Vergara la promesa de nombrarle jefe del Estado Mayor General, por haber aceptado la combinación enviada de Santiago, pero como no quería disgustarlo, inventó el comando de la Caballería independiente, puesto que llenó de gozo al agraciado, conocido su carácter ávido de aventuras y riesgosas empresas.

El nuevo coronel partió a Moquegua, a tomar la jefatura de la Caballería independiente, que le daba autonomía para desplegar sus dotes de mando y su iniciativa de jefe, en la vanguardia del ejército.

CAPÍTULO XV.

Bloqueo del Callao.

El Gobierno tenía cierta distancia a la marina de guerra; la juzgaba tibia y demorosa para cumplir con exactitud las órdenes de la Moneda.

El Ministro Gandarillas, suplente en los departamentos de guerra y marina, llamaba a la armada “la escuadra dormilona”.

Sotomayor, que estaba en contacto con el ejército y la armada, juzgaba a los jefes superiores de ambos institutos, con esta benevolencia: “Si fuéramos exigentes con los jefes, nos quedaríamos sin ninguno”.

De ahí que los dirigentes de la Moneda creían proceder cuerdamente al entrometerse en el servicio interno de los buques, como acostumbraban hacerlo en el ejército.

Ya el lector conoce las instrucciones dada por Gandarillas, relativas a la limpieza de las calderas, al cuidado y recorrido de las máquinas, y la conveniencia de apagar los fuegos en los puertos para evitar el desgaste del material.

Con respecto a la expedición a Mollendo, el señor Gandarillas envía al almirante una nota, que el secretario representante del Gobierno, a bordo, don Eusebio Lillo, califica de “pretenciosa e impertinente”.

Decía el Ministro: Le comunico a Ud. (el parte del Coronel Barboza), a fin de que impuesto de la expedición, dé a este ministerio las explicaciones a que hubiere lugar sobre las contrariedades del desembarco en la caleta que se reconoció por oficiales de marina como aparente para ejecutar esa operación. Si los hechos que se mencionan en esa exposición resultaren verdaderos, una vez que U. S., tome acerca del asunto los datos necesarios, ello manifestaría que el oficial encargado de hacer el reconocimiento, o no cumplió con su deber o no tiene la competencia marinera necesaria”.

El señor Riveros contesta con serenidad, pero con firmeza, la anterior comunicación. Manifiesta que “no es exacto que esa caleta (la del desembarco) fuese reconocida por un oficial de marina, quien regresó diciendo que era excelente: esta caleta sin nombre en carta alguna, fué designada por el señor Villarroel, práctico de la localidad y adjunto al Estado Mayor del Coronel Barboza, como el lugar más aparente; y el oficial de marina que en compañía del señor Villarroel, fué por mis órdenes a reconocer esa caleta, me explicó a su regreso, con entera claridad, la posibilidad de desembarcar por el lugar un piquete de 200 a 300 hombres y las dificultades de la operación. El desembarco empezó acto continuo.

Es así mismo inexacto que el desembarco se suspendiera por orden del jefe de Estado Mayor (a quien ciertamente no reconozco, derecho para haber ordenado lo que solo yo podía ordenar) ni las contradicciones que manifestaban los oficiales de marina al dar cuenta del desembarco; este se llevó a efecto al principio con facilidad, y las dificultades que después embarazaron la maniobra y de las cuales me impusieron los oficiales de marina que iban a cargo de los botes, eran esperados y provenían de haber bajado la marea, lo que siempre descomponen los varaderos de la costa, como lo sabe todo marino, pero que lo ignoran los que no lo son; no hay por lo tanto contradicción alguna en los partes de la oficialidad de marina”.

Después de otras exposiciones que establecen la corrección de los servicios prestados por la armada, resume el señor almirante el fundamento de las críticas en “efecto de los comentarios, cuando ellos son hechos por persona desprovista de conocimientos técnicos, que las circunstancias requieren y que no pueden, por lo tanto, darse cuenta exacta de las dificultades inherentes a una expedición de esta clase. (Notas del Ministerio de Marina de 5 de Abril de 1880, Santiago; y del Comandante General de la Escuadra; de 26 de Abril de 1880. Rada del Callao)

La escuadra trabajaba en servicio permanente hacía ya un año, no obstante que los buques iniciaron la campaña en un estado lamentable.

La Intendencia General, a pesar de su buena voluntad no la abastecía a tiempo y en forma concreta. Faltaba carbón, aceite, útiles, etc., lo que redundaba en retardo para la actividad del servicio.

El almirante hacía oportunamente los pedidos; más los suministros tardaban demasiado en llegar.

A principios de Marzo, el Gobierno estaba empeñado en bloquear el Callao y a la vez en suspender el carguío de las Islas de Lobos y Bahía Independencia, de cuenta del Perú, para que no sufrieran competencia los tenedores de bonos que contrataron con el gobierno de Chile la exportación del abono, merced a una regalía de 39 chelines por tonelada.

Los buques disponibles a la fecha eran el “Blanco”, la “Chacabuco”, la “Pilcomayo” y el “Angamos”.

El “Cochrane” limpiaba los fondos en Pisagua, el “Huáscar”, reforzaba en Iquique los remaches de las planchas ofendidas en el combate del 27; la “O’Higgins” recorría las máquinas; el “Loa” componía las bombas; la “Magallanes” reparaba en Iquique perforaciones cansadas en el casco por los proyectiles de Arica. Además, el “Angamos” necesitaba entrar al dique para limpiar los fondos.

Mientras se terminaban las reparaciones para el bloqueo del Callao, se despacharon algunos barcos a destruir los elementos de embarque en los puertos guaneros.

La “Chacabuco” y el “Loa” salieron a visitar las Islas de Lobos y algunas caletas de la costa firme. El viernes 5, de Marzo, estas naves, a cargo del Comandante don Oscar Viel, abandonan a Ilo, rumbo a Lobos de Afuera, en cuya bahía fondean en la mañana del día 10.

Cargaban ahí salitre la fragata inglesa “Chancellor” que había completado su cargamento de 3.000 toneladas: la de la misma nacionalidad “Elta” con 466 toneladas a bordo; la norteamericana “Jane Fish” con 200; y la italiana “Enrico” con 150.

El jefe chileno les ordena largar velas y hacerse a la mar; la misma orden se da a los veleros “Indo India” y “Frank Flind” ingleses, que anclaron dos días después, procedentes del Callao.

Se hallaban igualmente en la bahía el pontón “Curadilla”, vaporcito “Isluga”, pailebot “Paraca” y vapor “Ballesta” con sus papeles en regla y los despachos visados por el cónsul inglés en el Callao.

Todos se ocupaban en las faenas de cargar guano, con los elementos y trabajadores necesarios. Abandonan también la rada. El comandante Viel quema el muelle y la plataforma, después de embarcar 29 animales, herramientas, fierro acanalado, aceite, jarcias de Manila, guías, romanas, provisiones, vinos y licores, por valor de algunas decenas de miles de pesos. Destruyó seis lanchas grandes, dejando una para el “Loa”, y cortó la cadena de otras diez amarradas a una boya, que derivaron a alta mar.

Rellenadas las carboneras, embarca como prisioneros al gobernador coronel don José Alaiza y al capitán de puerto, capitán de corbeta don Nicolás Rosas, El vice cónsul inglés, jefe del tráfico, se comprometió a remitir al continente, 200 chinos esclavos y 200 peruanos libres, trabajadores de las covaderas.

El convoy continuó a Pacasmayo a echar a pique a la goleta “Clementina”; a Eten y Lobos de Tierra, a destruir lanchas.

El 19 fondea en Chinchas; se queman lanchas, plataformas de embarque; se arrojan al mar herramientas y carretillas y se capturan dos balandras y un bote con media tonelada de mantequilla.

El 20 echa ancla en bahía Independencia; incendios de plataformas y del muelle; embarca mulas y regresa a Pacocha, terminado su crucero.

Los marinos peruanos no permanecen inactivos. Al amanecer del 30 de Marzo, zarpa del Callao, el transporte armado en guerra “Oroya” con destino a Quilca, a descargar artículos bélicos para el II Ejército del sur, estacionado en Arequipa.

Cumplida la comisión, el comandante Raygada, jefe de la nave, se dirige al puerto chileno de Taltal, con un batallón de desembarco de 500 hombres.

El 4 de Abril entra en la bahía; en la caleta Duende, situada al norte, captura la lancha a vapor de don Luis Bischoff.

El vapor “Taltal”, capitán don José Teodoro, se encuentra anclado cerca del muelle. Es de propiedad del señor Rafael Barazarte, de nacionalidad chilena; por lo tanto, buena presa.

El capitán levanta vapor, y se dirige al sur, barajando la costa. El “Oroya” corre tras él y empieza la caza.

Al enfrentar la punta del Algodón, el “Oroya” de mayor andar, corta la ruta y le dispara un cañonazo.

El “Taltal”, le pone la proa y contesta el fuego con el cañoncito de señales.

Curioso aspecto presentaba el combate entre un vaporcito de 45 toneladas, y un transporte veinte veces superior. El “Taltal” se dirige al muelle, disparando con pólvora, pues consumió las cuatro balas de dotación. Se amarra con cabos a los pilotes y manda a los tripulantes estar listos para el abordaje, pues el transporte enemigo, aguantándose sobre la máquina procede a arriar botes.

El muelle se llena de mineros dirigidos por el mayor don Ambrosio Letelier, dispuestos a defender el vaporcito, cuchillo en mano.

El alférez Bischoffshausen, con 23 hombres del Regimiento N° 1 de artillería, armados de rifle, con ocho tiros por plaza, baja a las rocas, al pié del muelle, y se apresta a la defensa.

Al toque de arrebato de la campana de la iglesia, bajan más y más mineros, dispuestos a abordar los botes que traten de cortar las amarras del “Taltal”.

El desembarco enemigo parece inminente. El entusiasmo en tierra aumenta en forma colosal.

El comandante Raygada cambia de parecer; iza los botes, abandona el puerto y se dirige al Callao.

Los taltalinos celebran con grandes fiestas la batalla naval del Algodón, cuyo héroe, capitán Teodoro, recibe las más calurosas felicitaciones.

Sus colegas del Ministerio urgen a Sotomayor para el pronto bloqueo del Callao.

Amunátegui cree que la presencia de las naves chilenas en aguas chalacas, sería causa suficiente para una nueva variación en el Gobierno del Perú.

Santa María juzga que un serio bloqueo solucionaría eficazmente el problema de la guerra.

Gandarillas confía en que serían muy eficaces las operaciones marítimas, pero sin bombardear al Callao, hasta después de la destrucción del Ejército aliado. Los ánimos abatidos por la derrota harían aceptables cualquiera condiciones de paz.

Los señores Ministros miraban las cosas desde sus sillones de la Moneda, ajenos por completo a la realidad.

La destrucción de Lima a cañonazos exigía piezas de un calibre superior a las de nuestros buques,

El aniquilamiento del Callao por bombardeo formal, presentaba noventa probabilidades contra diez, de que nuestras naves se irían a fondo antes de arrasarse los fuertes de la plaza.

Conviene recordar que la escuadra bloqueadora tenía únicamente ocho cañones gruesos, de antecarga, seis del “Blanco” y dos del “Huáscar”.

Y ni aún el bloqueo presentaba características eficaces dada la exigüedad de nuestro material a flote, que necesitaba formar dos divisiones, una para la rada, otra para la Boca Chica, si se quería embotellar efectivamente los barcos enemigos, de los cuales “La Unión” podía hacer incursiones en nuestra costa, dado su rápido andar. (Véase el plano del Tomo I°).

Quedaba como único fruto del bloqueo, la interdicción comercial del primer puerto del Perú, cuyas entradas aduaneras quedarían bruscamente cegadas.

Esta era la parte práctica; los demás proyectos, meras ilusiones.

El almirante Riveros comunica al señor Sotomayor que sus naves están listas para dirigirse al Callao. La nota tiene fecha 5 de Abril, aniversario de la declaratoria de guerra.

El Ministro fija la partida para el día siguiente por la mañana; la escuadra leva anclas, compuesta de los siguientes barcos:

“Blanco Encalada”, comandante don Luis A. Castillo capitán de corbeta.

“Pilcomayo”, comandante don Luis Uribe, capitán de fragata.

“Huáscar”, comandante don Carlos Condell, capitán de fragata.

“Angamos”, comandante, don Luis A. Lynch, capitán de fragata.

“Janequeo” lancha torpedo, comandante don Luis A. Goñi, teniente 1º.

“Guacolda” lancha torpedo, comandante don Manuel Señoret, teniente 1º.

“Matías Cousiño” vapor carbonero, capitán don Augusto Castelton.

El almirante iza su insignia en el “Blanco” a cuyo bordo; va el delegado del Gobierno, don Eusebio Lillo, con voz y voto en los Consejos que se celebren, antes de empeñar combate o en circunstancias de capital delicadeza.

El Gobierno confería a un civil la misma responsabilidad de voz y voto, propia de un comandante de unidad, con lo cual se tendía a la dualidad en el superior comando. Por fortuna, Lillo quedaba en minoría, y la acción civil no perturbó las operaciones fundamentales.

Las instrucciones remitidas a Sotomayor, desde Santiago, por telégrafo, y transmitidas por éste al almirante, decían así:

“Al llegar al Callao el almirante notificará el bloqueo del puerto. Estudiada la posición de “La Unión” y trasportes enemigos, y persuadido el jefe de la escuadra de que puede ofenderlos con la artillería de alcance sin comprometer nuestras naves, debe notificar a los buques mercantes que despejen la bahía para dar comienzo a los disparos.

Al practicar la operación anterior, la ciudad no será ofendida sino en cuanto sea necesario para destruir los buques enemigos.

El bombardeo del Callao y la amenaza de bombardear a Lima, se reservarán para otra oportunidad; por consiguiente, cuando llegue ésta, se darán al almirante nuevas instrucciones para esa operación.

Los principales propósitos de la expedición al Callao, serán la destrucción de “La Unión” y de los trasportes enemigos. Para lograr este objeto procurará en primer término usar las lanchas torpedos, que más tarde no tendrían ya aplicación. Y como para asegurar el buen éxito del ataque con torpedos, es necesario que él sea sorpresivo, Ud. procurará emprenderlo antes de que se note su presencia en el Callao, para que el enemigo no tenga tiempo de adoptar medidas de precaución y seguridad”.

El convoy navegó en el siguiente orden a 50 millas mar afuera.

	“Blanco”	“Huáscar”
	“Pilcomayo”	
“Angamos”	“Guacolda”	“Janequeo”
	“Matías”	
	“Lancha”	

La navegación se efectuó sin novedad a siete millas por hora para no maltratar los remolques; a las 19 horas de viaje, se encontraba la escuadra a cincuenta millas del Callao.

Se detienen los buques, el comandante del “Huáscar” recibe instrucciones para conducir al puerto a los dos torpederos, que usan carbón de patente para evitar las visibilidades en el ataque nocturno. A las 12 P. M. el “Huáscar” y las lanchas se desprenden de la escuadra; ésta sigue el mismo rumbo a seis millas hasta las 7 P. M. en que se disminuye el andar a dos millas.

El señor Lillo se opuso, a esta operación de guerra. Expuso al almirante y a los tenientes Señoret y Goñi, que no valía la pena de exponer la vida de un solo hombre para echar a pique buques de una potencia secundaria. No se aceptó su dictamen, ante la orden escrita de Sotomayor y del Gobierno. A las 7:30 P. M. se avistan destellos por el lado de tierra. La “Guacolda” pide rumbo, por haber quedado atrás para arreglar la máquina. Dado el rumbo sigue avante al Callao.

Entre 1:30 a 2 A. M. llega al Cabezo de la Isla de San Lorenzo, de donde divisa las luces del puerto. Espera una hora a la “Janequeo”; como no llega, echa afuera el botalón, alista el torpedo y avanza al sur, al lugar del fondeo de los buques que no se encuentran en la dársena. A las 3:30 se acerca a 200 mts. de popa de un buque de guerra inglés, sin ser visto de tierra; permanece en observación, esperando la claridad del amanecer, por ser la noche densamente oscura.

A las 4:15 A. M. le descubre un bote que fuga; temeroso qué éste le denuncie, recorre la bahía en todas direcciones por entre los barcos mercantes.

A las 5 choca contra un bote pescador, que se va a pique; salva a la tripulación pero se inutiliza y se pierde el torpedo.

Prepara el otro; con amenazas consigue que los prisioneros le señalen a “La Unión” situada bien cerca de la dársena. Alista el torpedo; ordena a toda fuerza; afirma la caña en dirección a la popa de la corbeta; está a diez metros de distancia; estalla el torpedo; levanta una enorme columna de agua y maderas. Había dado contra la palizada de vigas y redes de cabos, que protegía al buque.

Naves y fuertes enemigos rompen fuego de rifles, ametralladoras y cañón contra la lancha, que se retira fuera de tiro, tocada por muchos proyectiles, pero sin averías.

Orden de batalla de la Guacolda.

Comandante, teniente 1º don Luis A. Goñi.

Aspirante, señor Roberto A. Goñi.

Mecánico, Tomás Johnson.

Fogonero 1º Vicente Melgrí y Senón Loyola.

Carbonero, Juan González.

Marineros 1ºs. Senón Bustos, Bernardo Bastías, José del C. Vuchi, y 2º Felipe Villagrán.

Toda la tripulación pidió estos puestos voluntariamente.

La “Janequeo” recorrió sesenta millas en lugar de cincuenta; recaló diez millas al norte, no pudo en consecuencia operar con la “Guacolda”.

A las 6 A. M. se unen las lanchas a la escuadra que penetra al puerto en son de combate.

A las 8:30 A. M. se desprende del “Blanco” la lancha a vapor con bandera de parlamento; conduce al ayudante de órdenes del almirante, teniente 2º don Álvaro Bianchi, y al aspirante Schumaker, que llevan sendas notas para las autoridades de tierra, Cuerpo Consular, y comandantes de las escuadras extranjeras. Los buques de guerra neutrales anclados en el puerto eran los franceses “Victorieuse” y “Decré”; la “Shannon” inglés; la “Hansa” alemana, la “Alaska”, americana y la “Garibaldi” italiana.

Una embarcación de “La Unión” al mando de un capitán de corbeta, sale al encuentro de nuestras lanchas; prohíbe al teniente Bianchi seguir adelante, y se encarga de llevar las comunicaciones a tierra. Le permite conducir las comunicaciones a los neutrales.

La nota del almirante a la autoridad del puerto decía así:

“República de Chile, Comandancia en jefe de la escuadra. Rada del Callao, Abril 10 de 1880. Señor:

Por orden del Supremo Gobierno de Chile, vengo a establecer el bloqueo de este puerto y de las caletas próximas que de él dependen.

Lo notifico a V. S. haciéndole saber que tengo instrucciones para conceder ocho días de plazo a fin de que efectúen su carga o descarga las naves de comercio neutrales surtas en esta bahía y que se alejen de ella.

Pudiendo las operaciones de la guerra hacer necesario romper el fuego sobre las fortalezas, los edificios de estas poblaciones y sobre cualquier punto de ésta, creo de mi deber notificar a V. S. con el objeto de que los habitantes y los buques neutrales se encuentren prevenidos anticipadamente. Dios guarde a V. S.- *Galvarino Riveros*.- Al señor jefe Civil y Militar del Callao”.

El prefecto y comandante General de la plaza, coronel don Pedro José Saavedra, contesta en el mismo día acusando recibo a la notificación; y en cuanto “a que pueda llegar el caso de que las fuerzas al mando de V. S. rompan sus fuegos sobre las fortalezas y edificios de esta rada, puede V. S. estar seguro de que esa hostilidad sería rechazada con todo el rigor que exigen las opresiones injustas y violentas”.

El decano del Cuerpo Consular, don José Flores Guerreros, al acusar recibo a la notificación del bloqueo, solicita a nombre de sus colegas, se amplíe el plazo para que los buques mercantes neutrales abandonen la bahía; el almirante extiende el plazo a dos días más, o sea hasta las 12 M. del 20 del corriente Abril.

Cosa curiosa; la presentación de los cónsules, lleva también la firma del de Bolivia.

La junta Central de Ambulancias civiles de la Cruz Roja en el Perú, por intermedio de su presidente Monseñor José Antonio Roca, solicita del señor Riveros la inmunidad del antiguo Cuartel de Chorrillos, convertido ahora en cuartel de sangre y de los convalecientes. El almirante accede de buena voluntad y expresa a Monseñor Roca que las armas chilenas se harán siempre el deber de respetar y amparar los establecimientos dedicados a nobles fines y que la mejor manera de salvar este establecimiento es enarbolar al frente de él, de una manera perfectamente visible la respetable bandera de la Cruz Roja.

El jefe chileno termina la comunicación con la siguiente promesa:

“Puede estar completamente seguro de que donde quiera que esa bandera se levante en tierra enemiga, el edificio así señalado, quedará completamente salvado de las fuerzas de la escuadra”.

El almirante estableció el fondeadero de los buques en la ensenada que hay poco al sur del cabezo, al oriente de la Isla de San Lorenzo. Ahí permanecieron nuestros buques durante nueve meses, cubiertos por una espesa neblina durante la noche, con un buque y dos lanchas torpedos de ronda, y las guardias de a bordo atentas a los amagos del enemigo, que en varias ocasiones pretendió aplicar torpedos a los bloqueadores.

El reconocimiento de naves mercantes constituía la tarea diaria de la flotilla de servicio. Se capturaron en la primera semana del bloqueo, cinco lanchas peruanas con cerdos, azúcar, ají y otros comestibles, que se repartieron entre los buques. Cayó también como buena presa, la goleta “Unión” con cargamento de carbón para el Callao.

El 15 de abril ingresa al bloqueo la Corbeta “O'Higgins”, ocupada en el Sur en persecución del “Oroya”. Permaneció pocas horas en el puerto, pues traía un oficio del Ministro Sotomayor, que noticiaba al Almirante de que el 5 de Abril había salido de Panamá una goleta con cargamento de armas para el Perú. El señor Riveros ordenó que la “O'Higgins” saliera en crucero al norte, en demanda de dicho buque.

La noticia era cierta.

Los agentes peruanos cargaban en Panamá el bergantín “Enriqueta” con armas y municiones por valor de más de medio millón de pesos oro.

El Cónsul General de Chile, señor Rivera Jofré, reclamó en vano. Las autoridades del Estado Federal de Panamá pertenecían en cuerpo y alma al Perú, que los había conquistado con primas en dinero sonante.

La “Enriqueta” estaba pronta a partir.

Desesperado de no poder interceptar el viaje, el cónsul señor Rivera se pone al habla con los señores Joaquín A. Hermida y Guillermo E. Whiting, caballeros chilenos residentes en Panamá; y acuerdan tomar el buque peruano y su cargamento.

Hermida que hace de primer jefe y Whiting segundo, fletan el balandro de don Simón Supicich, quien arrienda la nave y sus servicios para la expedición por una suma alzada, con la cláusula de que los arrendatarios pagarán el valor del barco en caso de pérdida.

Hecho el trato se reclutan nueve chilenos más, de pelo en pecho, y se hacen a la mar el 5 de Mayo a las once y media de la noche, rumbo a la isla de Taboga, tras de la cual se ponen en acecho de la “Enriqueta” anunciada para el 6.

En efecto, a las 8 A. M. de este día la “Enriqueta” pasa a velas desplegada en demanda de mar libre.

El “San Ramón” tan pronto como la “Enriqueta” sale de las aguas territoriales de Colombia, se lanza en su persecución.

La “Enriqueta” cambia varias veces de rumbo, el “San Ramón” sigue su estela sin vacilaciones.

La distancia se acorta; la “Enriqueta” pone proa al oeste, luego al norte; el “San Ramón” por la popa acorta la distancia a tres millas.

Los peruanos se cercioran de las malas intenciones del balandro; resuelven abandonar la ruta, y salvar el cargamento, regresando a Panamá.

En momento preciso, la “Enriqueta” vira sobre babor, larga todo el trapo y afirma la caña rumbo a Panamá.

El balandro vira igualmente; despliega la cangreja sobre el único palo y pone resueltamente proa sobre la goleta, a partir la por medio. Desgraciadamente, la maniobra falla; en lugar de estrellarse contra la “Enriqueta”, el balandro pasa como una flecha a pocos metros de la popa de la goleta.

A las 6:30 fondea la “Enriqueta” en Panamá; una hora después el “San Ramón” larga ancla a cien metros de distancia, feliz de haber desbaratado en parte los planes del enemigo.

A las 5 A. M. del 7, un coronel, dos oficiales y 30 soldados del ejército federal, toman posesión del balandro, y los jefes reciben orden de presentarse al juzgado, acusados de piratería por el cónsul del Perú.

Las autoridades, complacientes, decretan orden de prisión, y los once chilenos van a la cárcel. El cónsul Rivera Jofré consigue su trasladación al cuartel del 3° de línea, y poco después obtiene la libertad provisoria con su fianza.

Llevados los tripulantes al juzgado declaran a una voz que seguían las aguas de la “Enriqueta” para cerciorarse de que iba a Guayaquil y no a Paita, sin ejercer ningún acto hostil contra ella; procurando, sí, encontrar un buque chileno de guerra, para denunciarle sus sospechas respecto a la goleta.

En tanto se corre en la ciudad que los chilenos residentes disponen de numerosos botes para volar la “Enriqueta” lo que obliga a la autoridad a tomar posesión del buque y ponerle guarnición de línea. La “Enriqueta” por otra parte había quedado sin jefe, pues el capitán se volvió loco con las impresiones; recluido en el manicomio, falleció poco después sin recobrar la razón.

La causa siguió su curso. Se acusa al “San Ramón”, de 25 toneladas, de haber querido asaltar a la “Enriqueta” de 150 toneladas.

Oídos los alegatos de las partes, el juez doctor don Luis María Durán, de acuerdo con el artículo 14 del Código de Enjuiciamiento Criminal, decreta la libertad de los acusados, que quedan obligados a presentarse al juzgado cuando se les cite, si el auto no fuere confirmado en todas sus partes por la corte federal.

La colonia chilena celebra ruidosamente el feliz resultado del litigio. La “O'Higgins”, naturalmente no divisa ni sombra de la “Enriqueta”. Vuelve al Callao, después de la consabida visita a la isla de Lobos, donde vuelve a destruir los útiles de embarque de guano, nuevamente llevados ahí por autoridades peruanas que fueron apresadas.

Orden de batalla del “San Ramón”.

Capitán propietario, don Simón Lupicich.

Comandante de la expedición, don Joaquín H. Hermida.

2° Comandante, don Guillermo Whiting.

Voluntarios, señores Juan Echeverría, Benjamín Cerda, Enrique Isidro Ávalos, Antonio Cifuentes, Pedro Róbinson, José Monsalve, Manuel Sáez y Arturo Leyton.

Armamento.

4 rifles con 86 cápsulas; 8 revólveres con 411 cápsulas; 12 corvos y doce hachas de abordaje.

El Almirante, desde su llegada al Callao, juzga oportuno, un reconocimiento de las fortalezas de la plaza, para ubicar las piezas, determinar el alcance de los cañones y la competencia de la artillería.

Como no podía bombardear el puerto sin orden del Supremo Gobierno, se propuso efectuar el reconocimiento, que juzgaba indispensable para sus últimas operaciones.

Dispone al efecto que el “Huáscar”, “Pilcomayo” y “Angamos” preparen su batería de doble recámara, para tomar como blanco la dársena dentro de la cual se reflejan los buques de guerra enemiga.

A la una de la tarde, la nave almirante iza señales; los buques levantan sus anclotes a la 10:30 P. M. y se dirigen con la gente en su puesto, al fondo de la bahía. El carbonero “Matías Cousiño” queda en el fondeadero.

El “Huáscar”, “Angamos” y “Pilcomayo” forman la primera línea; a retaguardia el “Blanco” y el “Loa”.

El prefecto y comandante general de la plaza, tan pronto como los bloqueadores avanzan en son de combate, se constituye en el torreón *Independencia*, y ordena a los comandantes generales de los fuertes y baterías Norte y Sur, alistarse para el combate, sin disparar hasta recibir la provocación del enemigo.

A las 2 P. M., señales del “Blanco”: Romper el fuego.

Dispara el “Huáscar” sigue la “Pilcomayo”; después el “Angamos”.

Contestan inmediatamente el torreón *Independencia*, el fuerte Ayacucho la torre de *Junín* y la batería de cañones Rodman de a 500, situada al norte del Matadero.

Se traba un cañoneo horroroso, especialmente del lado de tierra; los buques chilenos utilizan únicamente once bocas de fuego de superior calibre; y los fuertes, poderosos cañones, de retrocarga deseosos de exhibir sus fuerzas ante los buques de guerra extranjeros, y la población del Callao que se sentirá garantida.

A la media hora de trabado el combate llega S. E., con el ministro de Estado de Guerra y Marina, el general Vargas Machuca, jefe de las fuerzas del centro, y numeroso séquito de edecanes y ayudantes.

S. E. recorre los fuertes del sur; a su presencia inician el fuego la “*Torre de la Merced*” y el torreón “*Manco Capac*”. La batería de a mil hace un disparo contra los blindados chilenos; pero sin resultado.

El fuego se hace general.

El torreón *Junín* dispara diez tiros con sus dos Armstrong, de a 300 bien dirigidos, por su propio jefe el teniente coronel don Manuel Benjamín de la Barra, a quien sirven de ayudantes el coronel don Benjamín Flores, el comandante don Mariano Barredo, y el capitán don Enrique Carrera.

El torreón y las obras de defensa nada sufren; igual cosa ocurre en las fortificaciones, pues el fuego de los buques chilenos se concreta a los barcos de guerra refugiados en la chaza de la dársena.

Los cañones del torreón disparan a 4.000 metros.

La *Batería Rodman del Norte*, comandada por el teniente coronel don Elías Latorre, rompe los fuegos con los dos Rodman a 4.000 metros. Los tiros quedan cortos.

El fuerte *Santa Rosa* del teniente coronel don Wenceslao Gallangos, se ensaña contra el “Huáscar” con sus dos “Blakeley” de a 500, a 4.500 metros de distancia. Estas magníficas piezas hacen seis disparos que bañan al “Huáscar” sin herirlo. La primera pieza, a las órdenes del capitán don Federico Escuza, lanza sus proyectiles con intervalos; 2:10 P. M., 3:45 y 4:45: la segunda pieza comandada por el alférez de fragata don Ruperto Espinosa dispara a las 2:40 P. M., 3:25 y 4:43.

Los tiros se efectúan por elevación a 4.500 metros sobre el costado estribor del “Huáscar”.

Al iniciarse el combate, acuden a ofrecer sus servicios los capitanes de navío señores Francisco Carrasco, José Rosendo Carroño y Aurelio García y García; los graduados Carlos Ferreiro y Carlos Cavensia, el teniente coronel don Luis Vilarde, y el teniente 1º de marina don Justiniano Caveró, que queda a firme en el servicio del fuerte. Las fortalezas del centro, en donde se encuentra el prefecto y comandante general de la plaza, coronel Saavedra, hacen cinco disparos: dos el “*Manco Capac*” con los Vavasseur de a 300; y tres el *Independencia* con los Blackeley de a 500.

La *Batería 27 de Diciembre* a cargo del comandante don Mariano Bolognesi lanza, únicamente tres tiros, de las seis piezas de a 300, de su dotación, porque quedan cortos, no obstante la carga de diez libras y ángulo de 18 grados de elevación. Rotos los fuegos, fué reforzada la gente de la batería con 50 hombres del Batallón de Artillería Naval a las órdenes del capitán don Emilio Chapael.

El fuerte *Ayacucho* comandante don José Longaria, largó su primer disparo a 4.792 metros con el Rodman de a 300, a cargo del sargento mayor don Teodoro Gallangos. Dirección buena; pero el tiro queda corto.

El mayor don Francisco Pastrana dispara en seguida con el Vavasseur de a 300 con igual resultado. Este cañón, al retroceder, rompe el eje delantero sobre el que gira el montaje, quedando imposibilitado de continuar el fuego, por no poder girar y tomar posición, con respecto al enemigo. El Rodman hizo siete disparos más, con los que se enteraron los nueve de la batería.

“La Unión” consumió 78 granadas con las colisas de popa y proa, sin éxito por la distancia.

El subprefecto, coronel don Gregorio Relayza, a la vez intendente de policía, acuartela con la debida anticipación las columnas de las tres comisarías, en resguardo del orden y atención de las propiedades, en caso de incendio.

El comisario del 1º distrito, don Manuel Villavicencio, anuncia que en su sector cayeron cinco proyectiles.

El del segundo distrito, don Benigno Zeballos, da cuenta de que en el suyo reventaron doce bombas, con grave daño en las propiedades.

El distrito de la Punta y Chucuito, de don Luis Velarde, no tuvo novedad.

Los cuerpos de Bomberos del puerto y de la capital se concentraron a las órdenes del comandante don C. Poggi, y su secretario ayudante don Luis Solari.

Las compañías *Nacional de Lima*, *Salvadores de Lima*, *Chacabuco* y *Callao*, se situaron en la calle del Acueducto; la *Bellavista* y la *Garibaldi* en la plaza Arequipa.

Las compañías *Roma*, italiana, *France*, francesa, y *Victory*, inglesa, alistaron su material en la meseta Bellavista, hasta las 8 P. M., hora en que los bomberos se retiraron a sus cuarteles.

A las 4:50, el almirante ordena cesar el fuego. Poco antes el “Huáscar” se acerca a la Punta, y lanza dos granadas contra las baterías de a 1.000. Contesta este con dos enormes proyectiles redondos de 20 pulgadas de diámetro que rebotan cerca del “Huáscar”.

El almirante queda muy complacido del reconocimiento, en que el enemigo gastó 150 gruesos proyectiles, y los buques 120. De estos perdieron 25, y 95 cayeron en la dársena, averiando los barcos ahí refugiados.

La escuadra no tuvo daño alguno, ni en el personal, ni en el material.

Las bajas de tierra ascendieron a 14 entre paisanos y militares; “La Unión” tuvo un marinero muerto y un cañón destrozado; la “Chacabuco” recibió un proyectil en la proa.

El señor Riveros constata que los cañones enemigos alcanzan a 4.500 metros y ubica los fuertes:

Junín. torre de fierro, dos cañones Armstrong, de 300 libras.

Batería Rodman. dos cañones de este sistema de a 500.

Fuerte Pichincha. 4 Blackeley de a 300.

Batería Ayacucho. Un Blackeley de a 500.

Fuerte Independencia. Dos Blackeley de a 500.

Torreón Independencia. Dos Blackeley de a 500.

Torreón Manco Capac. Cuatro Vavasseur de a 300.

Fuerte Abtao. Ocho lisos de a 32.

Fuerte Provisional. Díez Armstrong de a 32.

Batería Santa Rosa. Dos Blackeley de 500.

Fuerte Zepita. Seis lisos de a 32.

Torre de la Merced. Dos Armstrong de a 32.

Fuerte Maipú. Seis Armstrong, lisos de a 32.

Fuerte La Punta. Dos cañones Dalhgreen, de a 1.000.

Los buques chilenos fondean en la ensenada cercana al cabezo de *San Lorenzo*, para continuar las tareas del bloqueo.

En cuanto a éste, he aquí el juicio del almirante:

“Inquietar frecuentemente al enemigo en estas poblaciones, interrumpir en cuanto sea posible sus relaciones con el exterior, impedir que reciba artículos de guerra y de consumo y

retener aquí como prisioneros a sus buques activos para evitar que lleven comunicaciones y auxilios a los puertos amagados por nuestro ejército, son indudablemente los principales propósitos de este bloqueo”.

La comisión encargada a la escuadra era dura y laboriosa; durante nueve meses estuvo, el personal listo para el combate de día y de noche, vigilando al enemigo y quebrantando sus propósitos.

Los hombres de gobierno no prestaban sin embargo las debidas atenciones a sus necesidades, cuyos tripulantes pasaban semanas de semanas a pura ración seca.

Tampoco atendían con celo los pedidos urgentes de la Comandancia en jefe.

Los torpederos se encargaban de la ronda nocturna y de la vigilancia de los movimientos de los barcos contrarios y de sus cuatro torpederos que se encontraban en constante actividad. El material falla con el exceso de servicios y las fuerzas del personal se agotan.

El almirante había pedido con urgencia repuestos para el caldero de la lancha a vapor del “Blanco”, para hacerla alternar en el servicio con las torpederas. Habían pasado cinco meses sin poder conseguirlo.

La rada del Callao, amplia por el norte tiene por el sur la Boca Chica, llamada también Boquerón la que exige continua vigilancia pues las naves enemigas pueden salir durante la densa niebla ahí frecuente.

Por ello, el almirante precisaba más buques tanto para el Callao como para el bloqueo de Ancón, Chancay, declarados puertos mayores por el Gobierno de Piérola.

El comercio era activo por aquel puerto, ligado a Lima por ferrocarril. Las operaciones seguían activas.

Al día siguiente del bombardeo el almirante ordena que las torpederas destruyan la boya que señala el punto de concentración de los fuegos de la plaza.

Zarpa el teniente Señoret con “Janequeo”. Encuentra al vapor enemigo de ronda; lo ataca y le hiere con un torpedo. El vapor tocado huye rápidamente a la dársena.

Se forma un tiroteo fenomenal en el cual la torpedera recibe un sinnúmero de balazos de ametralladoras y rifles.

Los peruanos perseguían al “Huáscar” para aplicarle torpedos. Una noche hizo fuego sobre un bote que huyó. Quedaron dos torpedos flotantes el “Amazona” echó a pique uno; el otro reventó en San Lorenzo.

El almirante resuelve castigar estas intentonas, con un bombardeo más nutrido que el del 22 de Abril. Lillo se opone, pero sale derrotado en la votación habida en el Consejo de Guerra.

A las 10:45 del día 10 se reúnen los comandantes de unidades, en la cámara del almirante para recibir las últimas disposiciones relativas a la acción.

He aquí el plan:

La “O'Higgins” dirigiéndose al sur, por la costa oriental de San Lorenzo, se situará a 4.500 metros del fuerte La Punta para bombardear los cañones de a 1.000.

El “Blanco” frente a la factoría, romperá sus fuegos a 4.500 metros sobre el mismo fuerte.

Algo más al norte, el “Angamos”, “Amazonas” y “Pilcomayo” bombardearán la dársena. El “Huáscar” cerrará la línea por el norte, tomando por objetivo la dársena y fuertes del norte.

A las 12 M. se mueven los buques a tomar posiciones.

El “Huáscar” inicia el fuego, le siguen los demás.

El “Blanco” dispara a 4.500 metros, a toda alza; queda corto; se acerca a 4.000 metros, y los tiros quedan siempre cortos.

El fuerte contesta y los proyectiles pasan sobre el blindado y van a hundirse muy a retaguardia.

Había orden terminante de no exponer el blindado, por lo que el almirante retrocede a 5.700 metros y a esa distancia las moles de a 1.000 caen a pocos metros del buque almirante.

El enemigo cargaba estas piezas con 200 libras de pólvora y disparaba por elevación.

La “O'Higgins”, situada más a la izquierda, no recibe daños de la Punta, cuyas enormes piezas tienen escaso campo de tiro al sur. Sin embargo, algunas bombas pasaron por encima de la corbeta.

El “Huáscar” disparó siempre a 4.000 metros; el “Angamos”, desde mayor distancia; la “Pilcomayo” puso cinco granadas sobre el fuerte de a mil.

El “Huáscar” como siempre recibió varias heridas. Una bala de a 40 penetró en el casco bajo la línea de flotación, seguramente en algún balance del buque; dos proyectiles de a 300 chocan sobre el blindaje, abollándolo, otro causa averías en la arboladura.

La escuadra lanzó 418 proyectiles. El almirante quiso repetir el bombardeo el 21 de Mayo, para conmemorar la gloriosa fecha; consiguió disuadirlo el señor Lillo porque los bombardeos lejos de quebrantar la moral del enemigo, la fortalecen, dado los pocos elementos ofensivos de la escuadra.

El 25 de Mayo, tres lanchas torpederas rondan entre la Punta y la dársena, como a las 2 A. M.; Goñi se lanza sobre ellas, con la “Guacolda”, le sigue Señoret con la “Janequeo”. Ésta, de más andar, alcanza a cortar la “Independencia” mandada por el teniente don José Gálvez, hijo del Ministro de la Guerra de este nombre, que voló con la torre de la Merced, en el bombardeo del 2 de Mayo de 1866.

Se traba un combate a cañón, ametralladora y rifle.

La “Independencia” hace solo cuatro disparos a cañón, porque los cáncanos fallan, y queda imposibilitada la pieza para continuar el fuego.

La “Independencia” se bate contra la “Guacolda” y “Janequeo”; las otras dos “Arno” jefe, capitán de fragata don Leandro Mariátegui y “Urcos” teniente 1º don Cosme de la Haza, continúan su carrera y se asilan en la chaza de la marina de guerra.

La “Janequeo” alcanza a la “Independencia” se le pone al costado y le revienta el torpedo de estribor bajo la popa, originándole tales averías, que la lancha se sumerge a los poco momentos. Antes de hundirse, el teniente Gálvez y el practicante de medicina don Manuel S. Ugarte, levantan entre ambos un torpedo de 100 libras de dinamita, encienden la mecha, lo lanzan a la cubierta de la “Janequeo” estalla en el salón de fuegos, mata dos fogoneros y hiere de gravedad a un soldado de la guarnición. El agua penetra por las averías con violencia.

La “Janequeo” empieza a hundirse; como la máquina funciona, Señoret la dirige al fondeadero de lanchas, toma una de éstas, trasborda su gente, se dirige a la chata Callao, la aborda y se apodera de dos botes, en los cuales se dirige a la escuadra.

Goñi alcanza a la “Independencia” cuando se va a pique cerca de la dársena; recoge siete de los tripulantes, entre ellos el teniente Gálvez y pone proa al “Blanco”. El guardiamarina San Martín, el practicante Ugarte y algunos individuos del equipaje, se ahogan en el naufragio; otros alcanzan la orilla, demandando auxilio.

A la luz del cañoneo, los peruanos divisan a la “Guacolda”, cerca del dique: la “Arno” y la “Urcos” tratan de cortarla, en tanto la bañan los proyectiles de tierra. Se traba un intenso fuego entre las tres embarcaciones, en que la Gatling de la lancha chilena consigue tener a raya a sus contendores, hasta salir fuera de la zona peligrosa y atracar al “Blanco Encalada” a entregar los prisioneros y heridos.

Como falta la “Janequeo” regresa a buscarla al teatro de la lucha, y tiene la satisfacción de encontrar los botes, que acompaña hasta el buque almirante.

El joven Gálvez, tiene la cara quemada, un brazo, fracturado y una mano herida.

El almirante en vista de su valeroso comportamiento, envía al coronel don Pedro Saavedra, la siguiente nota:

República de Chile.- Comandancia en jefe de la escuadra.- Rada del Callao, Mayo 26 de 1880.

Señor: En el ataque de lanchas que tuvo lugar en las primeras horas de ayer, cayó entre otros, prisionero y herido, el teniente de la marina del Perú, don José Gálvez.

Aunque los médicos que lo atienden aseguran que su curación no será larga, ni difícil, la clase de heridas del prisionero, aunque no de peligro, son harto dolorosas y exigen cuidados de familia.

Deseando aliviar la situación del herido, estoy dispuesto a entregarlo a la autoridad peruana a condición de que éste oficial se considere canjeable durante esta guerra, si se presenta el caso de poderse efectuar el canje.

Si se acepta mi proposición, puede V. S. enviar a bordo de esta nave una embarcación para el transporte a tierra del herido.

Dios guarde a V. S.- *Galvarino Riveros*: Al señor prefecto del Callao.

El coronel Saavedra, autorizado por S. E. el dictador Piérola, acepta las condiciones y envía por el teniente Gálvez, que atendido en el seno de la familia recobra felizmente la salud.

La “Janequeo” se hundió cerca de la dársena, en seis y media brazas, bajo los fuegos de las ametralladoras y rifles de tierra.

Desde el día siguiente nuestros marinos notan que embarcaciones peruanas hacen reconocimientos en ese lugar, quizás para traer y reparar la lancha.

Nuestros artilleros perturban tales preparativos, con nutrido fuego, bien contestado desde tierra. Se interrumpen los trabajos en el día; pero el enemigo tiene la noche para sus labores.

El almirante resuelve destruir a la “Janequeo”. El 8 de junio envía, una expedición compuesta de la “Guacolda” y una lancha a remos, sostenidas de cerca por el “Huáscar”.

Protegida por densa camanchaca, la flotilla llega al lugar del accidente marcado con cuatro boyas, por el enemigo.

La operación es difícil, pues debe bajar un buzo a colocar un torpedo bajo la quilla de la lancha, sin que se aperciba el enemigo, vecino al alcance de la voz.

Desciende el buzo: coloca el aparato con cien libras de dinamita, bajo la quilla de la embarcación que se encuentra estrobada con cadenas, lista para ser conducida a la playa.

El trabajo dura desde la 1 hasta la 3 1/2 de la mañana, con intensa expectación de nuestros marinos. Por fin, el buzo lleva el alambre a la “Guacolda”, se conecta y estalla la mina, que levanta una enorme tromba, con ensordecedor estrépito.

Una lluvia de proyectiles baña las vecindades desde todos los fuertes, pero las embarcaciones chilenas se ponen rápidamente fuera de tiro. Casi todas las noches ocurren encuentros más o menos vivos entre las embarcaciones de ronda. Los peruanos hacen toda clase de esfuerzos para alcanzar con un torpedo al “Huáscar” ya que parece invulnerable a las balas.

El “Amazonas” destruye una noche un torpedo a cañonazos, remolca otro, que estalla al llegar a la playa.

El 10 de junio se siente una violenta explosión en la costa sureste de San Lorenzo; un torpedo Lay, enviado, contra el “Blanco” y el “Huáscar” que recorren esas aguas, revienta al chocar contra las rocas de la costa.

El almirante, para precaverse de tales intentonas, solicita del gobierno el envío de otra torpedera o siquiera calderas para la lancha del “Blanco” que ha pedido con instancia desde hace varios meses, para disminuir la fatigosa labor de los equipajes, que pasan las noches en continua vigilancia.

Fuera de los botes de ronda, el oficial de guardia tiene en cada buque siete vigías que pasan la palabra cada tres minutos.

No obstante las penurias y privaciones consiguientes, todos trabajan contentos y afanosos de llenar los deberes de su cargo, conscientes de la responsabilidad de la escuadra, ante la opinión pública, que tiene puestos los ojos en ella para la prosecución de la campaña.

En la segunda quincena de Mayo, recibe el almirante una comunicación de nuestro cónsul general en Panamá, don R. Rivera Jofré, en que le anuncia que están al zarpar con armamentos bélicos para el Perú, dos buques de vela: la goleta colombiana “Estrella” y el bergantín goleta peruano “Enriqueta” de 60 y 80 toneladas respectivamente.

El almirante envía en su busca al “Amazonas” comandante don Manuel A. Riofrío, que zarpa del Callao a las 8 P. M. de 20 de Mayo.

Registra la costa norte del Perú, la del Ecuador y alcanza hasta Panamá, en donde nuestro cónsul le comunica la partida de los buques con armas. Vuelve Riofrío al sur, y llega a Tumbes, cuando hacía sólo dos días que la “Estrella” había puesto su cargamento en tierra, el cual fué inmediatamente conducido al interior.

Frustrado el crucero, el “Amazonas” toca en Lobos, a destruir los útiles de carguío del guano, que los peruanos reemplazan constantemente.

Llenada la comisión apresada al gobernador don José Andrés Morante, al Delegado Fiscal don José Santos Cobo, y demás empleados.

En seguida hace rumbo al Callao.

El 10 de Junio la escuadra viste de gala, dispara salva mayor de veintiún cañonazos, con empavesado completo. El “Carlos Roberto” acaba de llegar con la noticia de la victoria de Tacna y el asalto de Arica.

Nuestros tripulantes saludan con tres hurras, desde las vergas, tan fausto acontecimiento.

CAPÍTULO XVI.

La caballería en acción.

El Alto Comando y el Estado Mayor elaboraron el plan de despliegue estratégico del ejército, que mereció la aprobación del Ministerio de la Guerra, y más tarde del Gobierno, después de una serie de objeciones sin fundamento.

Se entiende que el plan exponía únicamente las líneas generales.

Los detalles quedaban a cargo de los jefes divisionarios encargados de la ejecución, los cuales gozaban de amplia libertad para el desarrollo de la iniciativa individual.

“Cada cual en su puesto”, era la divisa del general. Jamás se entrometía en las funciones propias de los demás, sin distinción de grados.

Asistía a los ejercicios de división, de regimiento o batallón; observaba atentamente el desarrollo del tema tratado por el comandante, sin inmiscuirse en lo menor; reservaba sus observaciones para conferencias tenidas en privado con los jefes responsables. No se le vió descender a desempeñar el cargo de jefe divisionario, de regimiento o batallón.

Igual procedimiento seguía en sus asistencias a ejercicios de compañías o pelotones; respetaba bastante su investidura para hacer de capitán, teniente o sargento instructor.

Baquedano ejercía una vigilancia constante e infatigable.

Por su parte el Ministerio de la Guerra ejercitaba sus actividades en la preparación de los servicios anexos para la próxima marcha en el desierto. Pedía al sur caballos y mulas y demás elementos de movilidad para la travesía de esas zonas áridas, arenosas, caldeadas en el día, frías en la noche, sin amparo ni protección de ningún género.

El desierto de Tarapacá resultaba suave y llevadero en comparación con las fajas comprendidas entre los valles Ilo-Locumba y Locumba - Sama.

El ejército gozó en Tarapacá de las facilidades del ferrocarril, eje la provisión de ricas aguadas, de oficinas confortables y bien tenidas, y de quebradas abundantes en forraje fresco para las caballadas.

El sector actual de operaciones carece en absoluto de recursos.

Ni un árbol, ni un arbusto, ni una brizna de hierba aparece en la dilatada extensión del horizonte; por todos lados la desolada y solitaria pampa, interrumpida por colinas de arena muerta o cortada por quebradas profundas, rellenas con el fino polvo de las dunas, arrastrado por el viento, en que hombres y bestias se hunden como si marcharan sobre un inmenso cenizal.

De día, el sol a plomo reverbera sobre el espejo de arena chispeante; de noche, el cielo purísimo que aumenta el brillo de las estrellas cuyas dimensiones parecen dilatarse, provoca un descenso de la temperatura tan intenso, que paraliza la acción de los músculos y provoca un enfriamiento muy cercano al de la muerte.

No obstante, este exceso de frío es preferible a la camanchaca, que empapa la ropa y baña el cuerpo de agua helada. A la mañana, los soldados con sus capuchas puestas semejan fantasmas, envueltos en el humo de la evaporación producida por el sol naciente.

El plan de despliegue del Cuartel General constaba de dos partes.

1ª Envío de la caballería a vanguardia a limpiar de enemigos el sector de operaciones; a conquistar los valles de Locumba y Sama, con sus elementos de movilidad y requisición de víveres y forrajes.

Procuraría además tomar informes de las últimas disposiciones de los aliados, y de las nuevas posiciones de las tropas en el Campo de la Alianza; y por fin, y era lo más importante, debía de cortar toda comunicación al enemigo, de suerte que quedara en absoluta ignorancia de los movimientos de nuestras divisiones e incapacitado para tentar algún golpe de mano sobre nuestras columnas en marcha.

La caballería, en su avance, restablecería el telégrafo para comunicarse constantemente con el Estado Mayor en Pacocha.

2ª Marcha del ejército por dos líneas de operaciones, con las divisiones escalonadas, para operar en conjunción paralela de dos en dos en el valle de Sama, sobre la línea Buena Vista - Las Varas, con los efectivos completos.

Los jefes divisionarios quedaban en libertad para adoptar el orden de marcha conveniente, dadas las dificultades de la ruta y el racionamiento de agua y vituallas proporcionado por el *Cuerpo del Bagaje*.

Este plan fué vivamente combatido por los dirigentes de la Moneda, que se oponían a la evacuación de Moquegua, a cuya plaza atribuían la importancia estratégica, perdida después de la toma de Los Ángeles y la disolución de la Iª División del coronel Gamarra, del II Ejército del Sur.

Baquedano y Sotomayor se ponen firmes; el Gobierno cede a regañadientes.

Las dos líneas de operaciones arrancan de Hospicio, por nuestra izquierda; y de Estanques, por la derecha. Ambas estaciones del ferrocarril constituyen dos grandes centros de abastecimiento de agua, víveres y forraje, para subvenir a las necesidades del ejército hasta llegar al valle de Locumba.

Sotomayor desarrolló una brillante tarea, al acumular en ambas localidades cuantos elementos precisaba la travesía del desierto.

El Comando Supremo aumentó la dotación del *Bagaje*, brillantemente dirigido por el teniente coronel de guardias nacionales, don Francisco Bascuñán Álvarez, ex-comandante del Escuadrón Cívico de caballería de Antofagasta. Se le permitió extraer de los batallones Atacama y Coquimbo, unos cien arrieros avezados al servicio de recuas mulares, por los terrenos quebrados y difíciles de los minerales del norte.

Numerosos trasportes llegados del sur, vacían en Pacocha los numerosos pedidos hechos por el Ministerio. Llegan mulas suficientes para el *Bagaje* y artillería de montaña; y la de campaña aumenta a tres las yuntas para el arrastre de las piezas.

De acuerdo el Cuartel General y Ministerio respecto a la salida al frente de la caballería, surge la cuestión del jefe encargado de dirigir la operación.

El arma había aumentado con el 2º Escuadrón de *Carabineros de Yungay*, que a las órdenes del mayor don Rafael Vargas, acababa de desembarcar en Pacocha.

El nombramiento del jefe de la columna de caballería no presentaba dificultad para el general en jefe; acéfalo el cargo de Comandante General de Caballería, por su ascenso al Comando Supremo, le correspondía el mando al teniente coronel más antiguo, el Comandante de Cazadores a caballo don Pedro Soto Aguilar, mientras llegaba del Sur el Escuadrón de *Carabineros de Yungay*, a cuyo jefe don Manuel Bulnes, el más antiguo teniente coronel del arma, correspondía la jefatura por el ministerio de la ley.

El Ministro señor Sotomayor tenía compromiso antiguo, con don José Francisco Vergara, para este cargo, ya que no pudo hacerlo jefe del Estado Mayor, puesto que le ofreció espontáneamente en los días de la crisis Escala-Lagos.

El Ministro se insinuó con Baquedano para nombrar a Vergara jefe de la caballería independiente; pero el general no aceptó tal designación.

Bastó esto para que persistiera Sotomayor, que era testarudo, y no admitía contradicciones a su omnímoda voluntad. Expide a Vergara despachos de Coronel de la Guardia Nacional Movilizada, y le confía la comisión de reconocer los valles de Locumba y Sama con los regimientos de Caballería, *Granaderos* y *Cazadores*.

Nada podía objetarse legalmente al procedimiento. Vergara era coronel movilizado y por consiguiente quedaban a sus órdenes los tenientes coroneles comandantes de los regimientos montados, señores Pedro Soto Aguilar y Tomás Yavar.

Pero, moral y militarmente, la conducta del señor Ministro mereció las más acres censuras del ejército, especialmente, en el arma de caballería, donde los ascensos llegan muy de tarde en tarde. Oficiales hubo que hicieron toda la campaña y volvieron a Chile en el mismo grado, no obstante que lucían sobre su pecho nueve cintas por acciones de guerra.

El coronel Vergara parte el 7-IV-80 a Moquegua; toma el mando de la caballería y ordena levantar el campo al rayar el alba del día siguiente.

El comandante Soto Aguilar da parte de enfermo y entrega el regimiento al segundo jefe, don Feliciano Echeverría, por creerse rebajado en su dignidad militar, dada su competencia, sus años de servicio y los méritos contraídos en las campañas de Arauco y en la presente.

La unanimidad de los jefes desaprueba la conducta del comandante Soto Aguilar, aunque le encuentran toda la razón; pero al frente del enemigo no puede negarse el concurso a la Patria, por la arbitrariedad de un hombre, por alto que sea. El 8 sale Vergara de Moquegua, atraviesa el valle de oriente a poniente, y llega a Hospicio a las 6 P. M. después de una jornada de 48 kilómetros en que quedan varios soldados rezagados con sus bestias enfermas.

El señor Vergara era hacendado, buen jinete, de modo que, hizo el trayecto de una hebra, tratando a los soldados como a inquilinos, y a los caballos como, a pencos de fundo. Carecía de la práctica del mando.

En conformidad al plan del Estado Mayor, el mayor don Rafael Vargas sale también el 8-IV-80 de Pacocha en dirección a Estanques, a donde llega con su ganado fresco.

Ambas columnas, independientes entre sí pernoctan en Hospicio y Estanques, respectivamente, en donde encuentran agua, víveres y forraje en cantidad suficiente, acumulada por el servicio ferrocarrilero.

Se trataba ahora de cruzar el sector de operaciones Ilo-Locumba, en una extensión de 110 kilómetros de crudo desierto, ó sean veinte leguas peruanas de 5 ½ kilómetros por legua.

A medio camino de Ilo a Locumba, se extiende de oriente a poniente el lecho de una antigua quebrada llamada por los naturales Río Seco, que hace siglos no conoce el agua. El *Bagaje* había conducido a dicho punto, agua en barriles y odres, ración seca y forraje para la caballada.

Al despuntar la aurora, Vergara y Vargas penetran al desierto, aprovechando el fresco de la mañana. Antes de medio día llegan a Río Seco, donde jinetes y bestias descansan, almuerzan y pasan el sol.

Las columnas de caballería marchan paralelas, sin contacto, pues operan a veinte kilómetros de distancia.

A boca de noche, Vergara llega al pueblo de Locumba, a orillas del río de su nombre; y Vargas entra a Sitana, en la banda norte del mismo río. Las dos columnas, que creían encerrar a Albarracín, no encuentran ni noticia del resbaladizo guerrillero, coronel comandante de los *Flanqueadores de Tacna*.

Vargas camina aguas arriba y se une a Vergara en Locumba el 10-IV-80 pocas horas después de la ocupación de dicho pueblo por el capitán Parra, a cuya presencia se desbandan unos cincuenta nacionales que resguardan el pueblo.

La caballería se adueña del sector Ilo-Locumba; queda por ocupar el otro sector Locumba-Sama, en cuya línea Buenavista-Varas, ha dispuesto el Estado Mayor la concentración del ejército, en tanto los jinetes cubren el frente sur del valle de Sama, impidiendo a los aliados tomar nota de los movimientos del ejército chileno.

El Cuartel General dispuso que la compañía del Buin del capitán Rivera, desprendida del Regimiento desde mediados de Marzo, para servir de descubierta a la división de Baquedano en marcha sobre Moquegua, saliera de esta ciudad por ferrocarril, se trasladara a Hospicio, y siguiera a Locumba, campamento de la caballería. Rivera parte el 9 de Hospicio: almuerza y descansa en Río Seco, y llega en la tarde al valle de Locumba.

La compañía escolta al inspector de telégrafos y correos, don José M. Figueroa cuya gente viene arreglando la línea. Llegado a Locumba, abre las oficinas en una amplia sala de la casa parroquial bastante cómoda.

Marchan también con Figueroa el comandante don Francisco Bascuñán Álvarez, jefe del *Bagaje*, el mayor don Francisco Javier Zelaya, jefe de ingenieros y el cucalón don Luis Castro, ayudante agregado a las ambulancias.

Por disposición superior, el Regimiento *Buin* pasa a la II División, que tiene una compañía en Locumba; y le remplaza en la IV división, el regimiento 3° de línea.

El Regimiento *Buin* sale de Pacocha en la tarde del 9, rumbo a Hospicio, para, escoltar a la artillería de montaña enviada de Moquegua con la misma finalidad.

El servicio de trenes para el movimiento del *Parque y Bagaje*, andaba bastante regular. En Pacocha se encuentra don Víctor Pretot Freire, superintendente del ramo; pero en Hospicio hace falta el comandante Stuken, gravemente lesionado en una caída de la máquina *La Chilanita*, en la cuesta del Pacay, que le tuvo postrado varios días entre la vida y la muerte.

El comandante don José Luis Ortiz sale de Hospicio a las 6 ½ A. M. del 10-IV-80, con siete compañías del Buín, dos baterías de artillería de montaña y una compañía de *Cazadores a caballo*, camino a Locumba.

El día anterior 9, a las 12 M. había partido el *Bagaje* y la *Intendencia* en carros, conduciendo víveres y agua.

A dos leguas se encuentran con una quebrada profunda que demanda veinte horas para bajar los vehículos al fondo, en donde se entierran hasta los ejes, en el polvo sutil acumulado por el viento del desierto.

Atascados los carros, el comandante Bascuñán organiza una piara de cinco mulas, con barriles de agua, que envía a Río Seco, lugar de obligado descanso a donde llega la División a las 12 M. Almuerza, se surte de agua y a las 2 P. M. se pone nuevamente en marcha.

Andando, andando, y refrescada la gente con el descenso de la temperatura de la tarde, Ortiz alcanza a Locumba a las nueve de la noche. La artillería acampa en el alto; el *Buín* desciende al valle, en donde arma pabellones a media noche.

El valle es una escotadura a pique labrada por las aguas en el transcurso de los siglos. Quien atraviesa la pampa no se da cuenta de que ahí existe un río, sitio cuando se encuentra repentinamente en el barranco, a cuyos pies se deslizan las aguas. El ancho del valle varía entre los 200 y 300 metros y la altura de las laderas entre 30 y 200 metros verticales. Solo se puede descender al fondo, por caminos en zig-zag para peatones o por senderos ásperos y escarpados para caballerías.

Las aguas escasean durante ocho meses del año; en el cuatrimestre de Enero a Abril, las grandes lluvias cordilleranas aumentan su curso, el río se desborda, formando numerosos pantanos, llenos de totoras, espartos y otros arbustos. Las aguas estancadas originan las fiebres palúdicas y tercianas, que ahuyentan de la quebrada a los mismos naturales.

El agua es salobre, pero apta para el cultivo, a excepción de los viñedos que se riegan de las vertientes. Se cultiva coca, maíz, algodón, caña, alfalfa y toda clase de verduras. Los vinos y piscos de Locumba tienen general reputación por su gusto delicado.

El río recibe como afluentes el Sinto y el Zicapampa que nacen en la cordillera de Candarave.

Locumba, la capital del distrito alcanzaba en aquel tiempo a una población de 300 habitantes.

La aldea presenta aspecto miserable. Fuera de algunos edificios particulares y la iglesia, las demás construcciones semejan pagos de indios, en aglomeración de ranchos pajizos. El capellán don Ruperto Marchant Pereira, tomó posesión de la Iglesia para atender a los enfermos de tercianas reunidos en la casa parroquial. El digno capellán se encontraba muy intrigado porque al Cristo del Altar Mayor le faltaba el cuerpo; restaba únicamente la cruz.

A la misa del domingo, asistió una anciana que le sacó de dudas.

El cristo de Locumba era muy venerado desde los tiempos de la colonia, por los milagros que se contaban a millares. En los días anteriores a alguna gran desgracia, el cristo sudaba copiosamente, como ocurrió el año 23 antes del paso del ejército libertador y ahora, días antes, de las tropas chilenas.

Temerosa la buena anciana de que el patrono del pueblo sufriera alguna profanación, lo quitó de la cruz, como lo había hecho el 23, y lo enterró juntamente con el cáliz, vinajeras y otros objetos del culto.

Fiada en la palabra del capellán señor Marchant, la centenaria trajo al Cristo a tomar su puesto en la cruz del altar mayor.

El coronel Vergara no se conforma con la desaparición de Albarracín.

Determina buscarlo; pero antes de ascender a la sierra, dicta la siguiente orden del día, cuyo conocimiento produce estupor en el ejército, que sin distinción de grados la censura duramente.

“Orden del día, 13 de Abril de 1880.

Jefe de servicio para hoy, el teniente coronel don Tomás Yavar; y para mañana el de igual clase graduado don Feliciano Echeverría.

Los señores jefes de cuerpo cuidarán de que ningún soldado salga de su campamento sin especial permiso, castigando esta falta con 25 palos, y con 50 a los que reincidan.

Todo individuo que se encuentre robando o ejerciendo violencia sobre los habitantes para despojarlos de sus bienes, será castigado con 100 palos.

Al toque de atención después de retreta, los señores jefes de los cuerpos darán orden para que tengan todo listo para extinguir los fuegos, y al toque de silencio no permitirán por ningún motivo un solo alumbrado, prohibiendo a la tropa encender cigarros u otras luces que pueden indicar al enemigo nuestra presencia.

Los animales, víveres y demás artículos utilizables que se encuentren en el territorio ocupado por nuestras tropas, cualquiera que sea la fuerza que los tome, serán puestos a disposición del jefe de la división, para distribuirlos entre los cuerpos.

Se reconocerá como ayudante de campo del señor coronel jefe de la división, al capitán comandante accidental del cuerpo de Ingenieros, don Francisco Javier Zalaya.

J. Francisco Vergara”.

Esta orden del día causa primero estupor, después indignación entre los jefes.

Un comandante divisionario que necesita la amenaza de los palos para conservar la disciplina, no tiene dotes de mando.

“No espolees a vuestro caballo, dice un proverbio árabe, habladle, y él os entenderá”.

Tomamos, para comparación, una orden del día, dictada en las Yaras, al ocupar el ejército el valle de Sama, en circunstancias semejantes:

Cuartel General en las Yaras, Mayo 1º de 1880.

(Orden General).

Jefe de servicio para hoy, el coronel don Martiniano Urriola.

Ayudante de servicio de este cuartel general don Belisario Campos.

La división establecerá una avanzada a distancia de un kilómetro a la derecha de la línea, compuesta de una compañía y su correspondiente dotación de oficiales; y otra a la misma distancia sobre el flanco izquierdo con la misma fuerza.

Ambas tendrán órdenes que los centinelas avanzados no hagan fuego alguno sin los avisos y órdenes que impartan los jefes de ellas. Estas avanzadas serán relevadas cada 24 horas por las divisiones que se designen.

Habiéndose notado que individuos del ejército se separan a largas distancias de la línea con perjuicio del orden y moralidad que debe sostenerse a toda costa en él, se ordena y recomienda a los señores Jefes de división, prohíban separarse a medio kilómetro del campamento, que desde luego queda designado con el barranco, al sur; un kilómetro al norte; y las distancias designadas a las avanzadas sobre los flancos de la línea.

Se recomienda igualmente a los señores jefes de división, que castiguen severamente a los individuos que incendiasen, o destruyesen por otros medios los edificios construidos en ambas riberas del valle.

La retreta se tocará a las 8 P. M. hora en que se apagarán los fuegos en el campo.

De O. del S. J. en J.- *Pedro Lagos*.

El coronel Vergara asciende hasta el pueblo de Mirave, por caminos infernales, a donde entra el 14-IV; ahí adquiere noticias de que Albarracín estuvo de paso para Ilabaya y Candarave.

Obsesionado por la persecución deja a Yavar a cargo de la plaza de Mirave, elige 150 hombres de los mejor montados y a su cabeza marcha sobre Ilabaya, con 50 mulas cargadas de forraje. Se interna en la sierra, por angostos desfiladeros, en que un puñado de individuos pueden cerrar el paso a un batallón, y el 15, penetra al pueblo de Ilabaya.

Albarracín se había escurrido por los senderos de la sierra a ponerse a cubierto en el valle de Sama.

Vergara vuelve a Locumba y acampa en la hacienda de Oncochaz, de donde comunica al Estado Mayor la absoluta posesión del valle de Locumba, por medio del capitán don Augusto Orrego Cortés.

En nota reservada, el señor Vergara propone al Estado Mayor, expedicionar primero sobre el Sama, y en seguida sobre el valle del Caplina, a cortar la línea de comunicaciones de ejército de Tacna con Bolivia, única de que dispone; por el sur está de guardia Villagrán con la Reserva; por el oeste Riveros con la escuadra; y por el norte Baquedano con el ejército de operaciones.

Solicita únicamente, la entrega de toda la caballería y artillería de montaña suficiente para asestar el golpe proyectado sobre la retaguardia de los aliados.

El Alto Comando y el Estado Mayor General aplauden el celo patriótico del señor Vergara, pero su plan carece de oportunidad.

En primer lugar no se contaba con la caballería suficiente para reemplazar la que llevaría Vergara.

En segundo, la artillería de montaña, a pie, le quitaría toda la eficacia a la movilidad de la columna, para operar de sorpresa.

Y en tercero, las cien mulas de la brigada de artillería exigían otras ciento para la conducción del forraje, por tratarse de serranías áridas para bajar por Tarata y Pachía, al valle del Caplina.

Además, en las actuales circunstancias, no se trataba de hostilizar a las tropas de Montero, sino de limpiar de enemigos el sector de operaciones para efectuar con seguridad la concentración del ejército sobre el valle de Sama, a donde debían conducirse las enormes impedimentas necesarias para lanzar nuestras tropas al Campo de Alianza.

Esto era lo capital; no había que distraerse en planes accesorios.

Por otra parte, Baquedano y Velásquez no querían aumentar el disgusto de los jefes superiores del ejército confiando a Vergara todos los cuerpos de caballería, incluso el 1er. Escuadrón de *Carabineros de Yungay* a cuyo jefe correspondía de derecho la jefatura General del arma, cargo técnico propio de un comandante avezado a las contingencias de la guerra y con los conocimientos necesarios para resolver con acierto problemas difíciles de la profesión.

La siguiente anécdota retrata el sentir del ejército.

Un grupo de militares charlaba de sobremesa. Se aplaudía la abnegación del capellán mayor don Florencio Fontecilla, ahí presente, y le auguraba un obispado, que en justicia le debería el Gobierno. Pero como tal ascenso necesitaba también la voluntad de Pío IX., alguien propuso un procedimiento más práctico; vestirlo de militar, y nombrarlo coronel comandante del Regimiento N° 2 de artillería, en lugar de Velásquez, actual jefe de Estado Mayor.

El chiste hizo gracia y corrió por los campamentos, salpicado con alegres comentarios.

El Estado Mayor contesta la nota del señor Vergara con fecha 19 de Abril, manifestándole que no debe pensar todavía en operaciones más allá de Tacna; que lo importante estriba en el reconocimiento del valle de Sama; y que se ciña a esto solamente, para que la marcha del ejército sea más segura y sin contratiempos. Y resume el pensamiento del Cuartel General en los siguientes términos: “No deseo poner el pie sino en terreno conocido. Nada al acaso. Completa seguridad en todo”.

Esta contestación disgustó profundamente a Vergara, que guardó a Baquedano y Velásquez un profundo encono, que produjo más tarde tratos harto desagradables a estos dos jefes.

La posesión de Locumba quedaba resguardada ya con dos regimientos y un escuadrón de caballería, una brigada de artillería de montaña y un regimiento de infantería de línea.

Las penurias de la campaña no quebrantan la tenacidad de Vergara.

El 17 de Abril baja de Ilabaya y Mirave a Locumba, con algunas mulas y reses requisadas en el camino. Sin dar descanso a la caballería que llegaba de la sierra, en la misma noche del 17 marcha rumbo a Sama. El coronel está poseído del vértigo del combate; quería sablear a Albarracín.

Los caballos, flacos, despeados y hambrientos apenas se mueven trabajosamente. De los 500 *Granaderos* y *Cazadores* que sacó de Moquegua más los 240 *Carabineros de Yungay* de Vargas, apenas si le quedan unos 450 hombres hábiles. Los demás yacen en las ambulancias, atacados de tercianas. Camina toda la noche, y al amanecer divisa a Buena Vista, campamento de Albarracín.

La nerviosidad se apodera del coronel a la vista del enemigo; resuelve atacarlo no obstante las malas condiciones del ganado, y, con gente trasnochada y rendida de las marchas continuas. El se siente ágil y fresco.

Divide sus efectivos en dos columnas, una de ataque, otra de reserva; la primera compuesta de 350 individuos de *Granaderos*, *Cazadores* y *Carabineros*, a cargo del teniente coronel don Tomás Yavar; la segunda de cien *Cazadores* y *Granaderos*, bajo el mando del teniente coronel graduado don Feliciano Echeverría.

Los bagajes quedan en la pampa, bajo la custodia de los arrieros y enfermos; la división emprende la marcha sobre Buena Vista.

El alférez don Carlos F. Souper, enviado de reconocimiento con veinte hombres, comunica que la caballería de Albarracín se encuentra en la margen sur del río; y que él, atacado por una cincuentena de jinetes enemigos, se bate a la defensiva, en unos callejones de la subida norte. Cerca de Buena Vista, el coronel nota infantería en las casas del pueblo y a la tropa de Albarracín formada en la banda izquierda del río. Destaca a los alféreces Juvenal Calderón y Federico Harrington en apoyo de Souper y ordena a Yavar pasar el río y cargar sobre Albarracín. Este al notar la maniobra chilena que le toma de flanco, se corre paralelo al río para impedir que Yavar suba la cuesta sur, alcance la planicie y se establezca el contacto en campo llano, donde los jinetes pueden operar con facilidad.

Fracasa la maniobra del jefe peruano; la vanguardia de Yavar sube la cuesta, forma en la pampa y se alista para cargar.

El famoso guerrillero no espera más; con sus *Flanqueadores*, emprende la fuga, con tanta celeridad, que los destacamentos que siguen tras él hasta dos leguas de Tacna, no pueden alcanzarle; le matan sí, cuatro hombres y le capturan cuatro más, entre estos, dos oficiales, y le quitan buen número de reses y mulas que conducía al campamento aliado.

Mientras los capitanes Parra y Alcérreca, activan la persecución, Yavar vuelve con el grueso de la tropa y rodea el pueblo por el sur, mientras Echeverría lo cerca por el norte.

Los milicianos dejados por Albarracín en Buena Vista no podían defender el pueblo, dado su escaso número, anticuado armamento y poca munición. Albarracín los dejó en la estacada, para facilitarle la fuga, entreteniéndolo al enemigo.

Vergara no podía saber estas circunstancias; encuentra enemigos parapetados, que le hacen fuego y le matan un cabo; ataca con tropa desmontada y carga con los jinetes; los defensores, deshechos, corren a ocultarse en los pajonales, en donde los cazan nuestros soldados como a conejos.

De los 82 que eran los enemigos, 35 quedan tendidos, 35 prisioneros y 7 heridos. El paisano, matador del cabo, no reconocía cuerpo, ni vestía uniforme; considerado irregular, fué fusilado sobre el campo, según los usos de la guerra.

La sableadura de los Pajonales de Sama produjo en el enemigo el saludable terror, tan necesario para mantener quietos a los paisanos de la región invadida, que se entregaron a la piadosa tarea de sepultar los restos de sus paisanos.

El coronel, limpio el sector, se dirige a Ite el 19, en demanda de víveres y forraje, y más que todo, de caballos que exigen pronto reemplazo.

La tropa desfallecida, marcha en parte desmontada, con síntomas de terciana. De los 500 hombres que recibió en Moquegua, engrosados con los 240 del escuadrón de Vargas, o sean 740 sables, le quedan unos 400, en gran parte desmontados.

La tropa duerme al raso la noche del 19; pero el 20 terminan las penurias en la caleta de Ite, donde se encuentra de guardia la "Covadonga".

Los almacenes dejados por el enemigo contienen buena cantidad de víveres y forraje, acumulados por el coronel Cáceres, de guarnición poco ha, con algunos cuerpos, que se replegó a Tacna por orden superior, al conocerse el desembarco de los chilenos en Pacocha. Tuvo ahí una fuerza compuesta del Batallón *Cazadores de Prado*, comandante Somocurcio; y una división boliviana del coronel don Miguel Castro Pinto, de las tres armas.

Nuestra caballería había despejado el sector de operaciones, pero no pudo cumplir la parte esencial de su cometido por el aniquilamiento del ganado y las sensibles bajas de tropa, cual era cubrir el frente del ejército, objetivo primordial de las órdenes precisas del Estado Mayor, condensadas en esta fórmula: Limpiar el sector de operaciones y formar una cortina de vanguardia para privar al enemigo de toda noticia de nuestros movimientos y evitarnos cualquier sorpresa desagradable.

Un jefe veterano se habría contentado con espantar a Albarracín, antes de perder hombres y caballos en cantidad de quedar impotente para cubrir el valle de Sama, punto culminante de su comisión.

La caballería quedó inmovilizada en Ite, en espera de nueva caballada; por fortuna, el 22 de Abril fondea en Ite el "Itata" con el ler. Escuadrón de *Carabineros de Yungay*, fuerte de 260 plazas, comandado por el teniente coronel don Manuel Bulnes. El cuerpo queda en tierra en la tarde del 24, y en la noche del 25-IV-80, sale a cubrir el frente de nuestro sector de operaciones.

El 26 a las 11 ½ A. M. acampa en Buena Vista; durante el día, sus avanzadas se abren en abanico hacia el sur, cambiando tiros con las del enemigo. Cerrada la noche, varía de campamento, y pernocta a cuatro o cinco leguas de distancia, en lugares distintos, de suerte que la caballería enemiga no pueda tomarle el cuerpo de sorpresa. El 26 duerme en la pampa; el 27 en la cuesta de Locumba; el 28 en Poquera y así sucesivamente. Durante un mes permanece de guardia frente a los campamentos aliados, tomando informaciones y permaneciendo dueño de la pampa entre Sama y el Campo de Alianza.

De orden del Estado Mayor, efectúa un reconocimiento de la línea de los aliados en la primera quincena de Mayo, colocándose a tiro de los campamentos; la caballería aliada, muy superior en número al efectivo del Escuadrón, no da señales de vida, Bulnes toma nota de la castramentación de Campero y del estado de los caminos de acceso.

El enemigo le arma algunas celadas que el jefe chileno evita con sagacidad y a mediados de Mayo tiene la fortuna de sablear a un destacamento contrario salido en reconocimiento.

Desde el 25 de Abril al 26 de Mayo, Bulnes hace la guardia entre ambos ejércitos, con extremada vigilancia de día y de noche.

No obstante tan continuos trabajos, entra a la batalla de Tacna con su escuadrón íntegro, con sus hombres sanos, animosos, y sus caballos briosos y listos para la pelea.

Era jefe de caballería.

El coronel Vergara permanecía en Ite rehaciendo los cuerpos de su comando, con las remontas venidas del sur, cosa muy fácil para un novicio, pero delicada y de larga gestación para un viejo soldado.

Los animales llegan mansos, sanos y de buena alzada, pero faltos de adiestramiento, de la educación, de cuartel, necesaria en el servicio de las armas, tanto en el hombre como en el bruto, que en muchas circunstancias desmiente con creces este nombre. El corcel de guerra educado, se identifica con el jinete; se comprenden, se ayudan, y se unen para sobrellevar juntos los sinsabores de la campaña, hasta beber por mitad en el mismo plato de la caramayola la escasa ración de agua repartida en el desierto.

El 1er. Escuadrón de *Carabineros* partió de Ite el 2~5.1V. Dos días después el Ministerio de Guerra expide el siguiente decreto:

“Ilo, Abril 27 del 1880:- Con esta fecha he decretado lo que sigue:

Estando el señor general don Manuel Baquedano, Comandante General de Caballería, desempeñando el puesto de General en jefe, decreto:

Nómbrese Comandante General de las fuerzas de caballería del ejército de operaciones del norte al coronel don José Francisco Vergara.

Anótese, comuníquese y dése cuenta al Supremo Gobierno para su aprobación.

Lo comunico a V. S. para su conocimiento y demás fines.- Dios guarde a V. S.- *Rafael Sotomayor*.- Al señor General en jefe del Ejército de Operaciones”.

Es de presumir el escándalo provocado por la resolución ministerial, máxime cuando se supo que Baquedano se había negado a firmar dicho nombramiento, que postergaba indebidamente al prestigioso comandante don Manuel Bulnes.

Quien nada dijo y continuó su correcto servicio diario, fué el postergado: frente al enemigo, en cumplimiento de una comisión delicada, servía a la Patria, ajeno a las miserias de los hombres.

Baquedano premió, tan hidalgo proceder, designando al Escuadrón de Bulnes como Escolta del Cuartel General.

CAPÍTULO XVII.

Mapa N° 3

Despliegue y concentración.

El sector de operaciones del ejército chileno comprendía el extenso desierto que se extiende desde el río Ilo al río Sama, cortado, a los dos tercios del camino al sur, por el río Locumba.

Los llamados ríos Ilo, Locumba y Sama, constituyen más bien profundas hendiduras en la pampa, formadas por las aguas en el transcurso de los siglos.

Las paredes, casi a pique, miden desde 30 a 200 metros de altura, que impiden la entrada o salida de los valles. Para el acceso, los moradores han tallado veredas de cabras para la gente de a pie, y caminos más o menos practicables para caballerías.

Los más traficados lazos de unión, sendas o caminos, entre Ilo, y Sama, las enumeramos en la página 170.

De estos siete caminos, los de Moquegua por Tarata y de Moquegua por Tumilaca, a Sandalay Chico; y de Moquegua, por Catabeque a Sandalay Grande, van por sierras agrias, desoladas, cortadas por profundas quebradas, entre peñascales accesibles únicamente a indios conductores de llamas.

El de Moquegua por El Conde y Jagüey a Buena Vista, que goza de las simpatías de los señores Bulnes y Eckdahl, tiene en su contra la Sierra del Bronce, entre El Conde y Jagüey, con sus ásperos senderos tallados en la roca viva y sus precipicios tenebrosos. Los indios conductores de arrias evitan este paso, cuya travesía demora veinticuatro horas.

El de Pacocha, Ite, Las Yaras, que bordea la playa, no tiene tráfico alguno, por la sucesión de collados de arena, de dunas y alcores movedizos, que gastan a los animales. El viento marino levanta nubes de polvo que sofoca y corta la respiración.

El Estado Mayor eligió los caminos Pacocha, Hospicio, Bellavista y Pacocha, Estanques, Las Yaras, para líneas de operaciones y de etapas, especialmente la primera, para las columnas de bagajes, disponiendo el siguiente orden de marcha:

1° La caballería se adueñará de los valles de Locumba y Sama, limpiándolos de enemigos; y cubrirá el frente del sector de operaciones para que las columnas en marcha puedan efectuar la concentración en Sama con seguridad, caminando paralelamente de a dos, con los cuerpos escalonados.

2° La División I marchará por Hospicio, Río Seco y Locumba. Allí, acampada en el valle de este nombre, esperará a la III, que por Estanques, y Río Seco, llegará a Sitana sobre el río Locumba.

Ambas divisiones marcharán paralelas, en dirección a Buena Vista la I y a Las Yaras, la III.

3° La II División saldrá de Moquegua, por Hospicio y Río Seco a Locumba; y la IV de Pacocha por Estanques a Sitana.

Las Divisiones I y III avanzarán al valle de Sama y ocuparán respectivamente a Buena Vista y Las Yaras, cuando las Divisiones II y IV lleguen a Locumba y Sitana.

4° La Artillería de montaña se distribuirá en las Divisiones, y la de Campaña, seguirá a la II División con la escolta conveniente.

5° Los directores de Correos y Telégrafos, señores, capitán don José H. Romero e ingeniero don José M. Figueroa, trasladarán las oficinas principales de Locumba a Buena Vista, una vez que parta la I División.

El Estado Mayor General fijó, así mismo, al comandante de *Bagajes* un minucioso servicio de etapas, para evitar retardos en la distribución de los abastecimientos, en un sector en que no podía contarse con los recursos del país enemigo, pues los valles estaban esquilados por los guerrilleros de Albarracín, y más tarde por la caballería chilena, que vivieron sobre el campo.

El comandante, teniente coronel don Francisco Bascuñán Álvarez, ex jefe del escuadrón de caballería de Antofagasta, había regentado una gran empresa de movilización en este puerto; tenía suficiente práctica para dirigir mil quinientas mulas, con los correspondientes capataces, arrieros y ayudantes llamados familiarmente *maruchos*.

El señor Bascuñán trajo consigo algunos de sus antiguos ayudantes, como el capitán don Segundo Fajardo, y los señores Pablo Vigneaux, Feliciano Encina, y Benito Álamos, que lo secundaron con eficacia.

Bascuñán establece la Estación de Reunión en Pacocha, cuyo puerto, forma el término de la línea marítima de comunicaciones con la patria estratégica.

De Pacocha, arranca la línea de etapas, servida por ferrocarril, con Estaciones de tránsito en Estanques y Hospicio, de las cuales se desprenden las líneas de etapas servidas por recuas y piaras de mulas, que atraviesan las zonas de etapas, hasta la Cabeza principal establecida en Locumba, con Cabeza auxiliar en Sitana.

A retaguardia, en Río Blanco, se abren dos Estaciones auxiliares provisorias, especialmente, para proveer de forraje al ganado de las columnas de *Bagaje*.

Tres caminos de etapas se ponen en servicio desde Locumba y uno de Sitana, para el abastecimiento del ejército, en la zona de operaciones.

El engranaje del servicio crujía y se desconcertaba con demasiada frecuencia: no debe admirar, pues tan improvisado era el material como el personal. Pero la buena voluntad suplía la falta de conocimientos y de experiencia. Labor pesada y ruda desempeñaban esos arrieros, tostados por el sol y quemados por el aire cortante de la noche, cargando y descargando sin momento de reposo; en las Cabezas de etapa descansaban las mulas, pero los capataces y la dotación de la piara, cambiaban o reponían herraduras, curaban las heridas de los animales, repartían la ración de agua y forraje, para remendar después los aparejos y aperos consiguientes.

El señor Sotomayor trabajaba como de costumbre, sin darse un momento de reposo, para surtir las Estaciones de etapas y las auxiliares, especialmente de agua, cuyo almacenaje era fácil en los depósitos de cal y piedra de Hospicio y Estanques. Para las Estaciones auxiliares de Río Seco, los ingenieros y pontoneros construyeron en la maestranza de Pacocha recipientes de hierro; y con duelas extraídas de las bodegas del valle, enormes tinajas que se armaban en los lugares de depósitos.

Los ríos Locumba y Sitana proporcionaban agua en abundancia; pero se necesitaba organizar dos Estaciones provisorias en Quebrada Honda, equidistante de los valles de Sama y Locumba; y la Cabeza, en esta villa.

El comandante Bascuñán transformó las casas enemigas ubicadas la Plaza de Locumba en bodegas de víveres y forraje, dotadas de espaciosa salas, amplios corredores y corrales seguros para las mulas.

Asegurada la alimentación de tropa y ganado, rompe la marcha la I División, que tenía al regimiento *Buin* en Locumba, cuerpo cambiado por el 3° de línea a la IV División.

Conviene tener presente, para aquilatar las distancias con exactitud que el Perú usaba la legua castellana de 5.569 metros, algo más de cinco y medio kilómetros. Los historiadores no atendieron a esta circunstancia, y asignaron a la legua cuatro y medio kilómetros, únicamente, con a la nuestra.

En consecuencia, la distancia de 20 leguas entre Hospicio y Locumba, sube a ciento once kilómetros y un tercio.

El coronel Amengual abandona a Pacocha el 8-IV escalonando los cuerpos con un día de intervalo. El 8 se pone en marcha el *Esmeralda*; el 9 *Los Navales*; y el 10 el *Valparaíso*.

El Estado Mayor fijó las jornadas con debida anticipación.; primera Estanques; segunda, Hospicio; tercera, Río Seco; cuarta; Locumba, capital del distrito de su nombre.

El *Esmeralda* convoyaba diez carretas de víveres y forraje y 35 cargas de mulas, con agua y raciones secas. Cien bueyes seguían a retaguardia.

El regimiento aloja en Estanques el 9; el 10 en Hospicio, en donde descansa el día 11; el 12 abandona a Hospicio en dirección a Río Seco, Estación auxiliar de etapa.

El empleo de carretas originó serias discusiones en el Ministerio; i creían conveniente su uso, el Delegado de la Intendencia General, coronel Urrutia, y el jefe de Bagajes, comandante Bascuñán.

El señor Ministro pidió buen número al sur y las creía muy apropiadas para la conducción de la carga pesada.

El señor Bascuñán las combatía por bajas para cargar 30 quintal españoles: tenían que hundirse hasta el eje, atascarse en el deleznable polvo acumulado en las quebradas o en los arenales de la pampa, sin consistencia para soportar tanto peso; proponía el carro metalero a cinco mulas, que trasportaba 25 quintales, por ser más alto, con ruedas de mayor radio.

El coronel Urrutia, llamado *mágica negra*, porque sabía de todo bien, opinaba por el empleo de la *chancha* araucana, toda de madera, sin clavo ni artificio alguno de hierro, tirada por una yunta de bueyes, a menudo cerriles y medio bravíos. Estos aparatos cruzan los barrizales de la frontera, trasmontan los Andes, llevando hasta el fondo de la Patagonia de 15 a 20 quintales de víveres y vino, para retornar cargados de cueros, quesos, lanas y otras materias primas.

Con un simple telegrama las autoridades de la frontera habrían remitido miles a Talcahuano, y de ahí directamente a Pacocha, desarmadas, para economizar espacio a bordo.

En caso de inconvenientes insuperables, se baja la carga, se desarma la *chancha*, y las piezas se llevan a pulso al otro lado del obstáculo. Y todavía, terminadas las faenas de transporte, los bueyes se comen y *chanchas* van al fuego, en esas alturas en que la leña es escasa y cara.

El señor Ministro optó por las carretas, con resultado deplorable. Encargó más mulas al sur, y a medida que llegaban, las recuas reemplazaban a las carretas, que quedaron abandonadas en el campo.

Este contratiempo originó un atraso considerable en la marcha de la División Amengual, cuyos cuerpos sufrieron grandemente en las jornadas diurnas. La tropa desesperada por el calor, la tierra y la sed, arrojaba los rollos, las botas de repuesto y aún las frazadas y capotes, para alivianarse y continuar el camino. Las consecuencias se hacían sentir en la noche, en que el soldado, falto de abrigo se enterraba en la arena para combatir la baja temperatura.

Cuerpos nuevos, no bien endurecidos aún para las inclemencias de la tierra enemiga, pagaron caro el aprendizaje, que no tenía razón de ser, con un poco más de previsión de parte de los superiores.

“Mi corazón se entristeció, dice el corresponsal de “*La Patria*” de Valparaíso, que acompañaba a la División, cuando ví la prolongada y poco uniforme fila de soldados mudos, marchando pacientes, si no les preocupara la idea de que todavía está muy lejos el punto de reunión. Pobre infantería. Cuántos sufrimientos le ocasiona el viaje de Hospicio al Locumba.

Y a la verdad, nada hay que conmueva más profundamente que la marcha del infante por estos desiertos sin atractivos, ni sombras. Arena y rocajes es lo que la Naturaleza les ha dado para fatiga y martirio del caminante. Una legua para él es una verdadera *vía crucis*. Por eso, después de haber andado una hora, se nota en su fisonomía algo extraño que revela el fastidio

horrible que le devora. Acostumbrados a viajar por los valles del sur de Chile, nuestros hombres echan aquí de menos el agua corriente, la verdura y la sombra que les ofrece reposo y consuelo.

Un grupo de los más sufridos va adelante, separado buen trecho del resto, formando avanzada. Los otros siguen atrás en desorden.

Y no es posible tampoco guardar la fila, pues cada soldado lleva más de veinte libras encima. A la espalda un rollo de ropa y un par de botas de repuesto; al costado derecho el bolsón de la ración seca; al izquierdo la caramayola con agua; al hombro el rifle y a la cintura la canana con 100 tiros a bala”.

Todo es muy cierto, pero una correcta disciplina disminuye enormemente las dificultades de la marcha.

Por fin, el coronel Amengual reúne toda su División, en Locumba, el 18-IV. En esta aldea recibe orden del Alto Comando, de hacer alto, no tanto para descanso de la gente, sino para operar conjunción con la III División, pues el general temía aventurar a Sama una División aislada, que podía copar el enemigo con un rápido movimiento de avance.

Una vez establecidas con más holgura las columnas de abastecimiento, parte de Ilo la III División, cuyo viaje anotaremos como un modelo de que conviene tomar nota.

Amunátegui, conocía el desierto y sus veleidades, con la experiencia de la campaña de Tarapacá.

Formó los batallones en columnas paralelas por compañía, de derecha a izquierda, en esta forma:

1° Batallón del 4° de línea.
2° id. id. id.
1° id. de Artillería de Marina.
2° id. id. id.
Batallón Chacabuco.
Batallón Coquimbo.

A la cabeza de cada cuerpo va la banda, y a retaguardia, la guardia de prevención, con orden de no dejar un solo rezagado y de cuidar las mulas con los fondos del rancho.

Sigue a la infantería una brigada de artillería de montaña, en batalla; y atrás las recuas del bagaje y una masa de bueyes en pie.

A la cabeza de la División se coloca el Comando en jefe, y el Estado Mayor con sus ayudantes; y 800 metros adelante, la compañía de descubierta en dispersión, con relevo cada veinticuatro horas.

La División sale de Pacocha el 22-IV a las 6 P. M., con la fresca brisa marina de la tarde. A las 8 P. M. se ordena alto y que las últimas compañías pasen a la cabeza de cada batallón; y después, media hora de descanso.

Se continúa estrictamente en esta forma hasta el amanecer, en que la División arma pabellones en Estanques, sin dejar un solo individuo rezagado.

Se descargan los fondos del rancho; la intendencia entrega la ración diaria, y las rajadas de leña y el carbón reglamentario. Se reparte a la gente como en los campamentos de Pacocha, el café de mañana y tarde, y las dos comidas de costumbre.

La tropa tiende frazadas y capotes sobre los pabellones, y se entrega al reposo; pero, el descanso también cansa; después de la siesta, los niños se ingenian para distraerse. Unos juegan a la rayuela o a la taba; otros a las chapitas o al chupe.

Los oficiales arman carreras, de cien metros de tiro, con los tambores de los cuerpos; pero como eran carreras a la chilena, no resultaron vencedores ni vencidos, ya porque los jueces de mando dieron la partida falsa, o porque algunos caballos cargaron al vecino, o porque los *vedores* no pudieron ponerse de acuerdo respecto a la llegada a la meta.

A las 6 P. M. del 23-IV, tropa, lista y parte; a las 6:30 marcha, en las mismas condiciones de la noche anterior.

La División entra al pleno desierto, a la pampa medanosa; la luna echa sobre los cuerpos haces de luz difusa, y las estrellas lucen como diamantes en la pureza azulada de un cielo sin un

girón de nubes. Al amanecer, cae la camanchaca espesa, acuosa y helada, que hace desear la salida del sol como una delicia, aunque queme las espaldas y tueste la cara.

El astro luminoso no se hace esperar; la niebla se disipa y antes de diez minutos, la ropa empapada queda reseca como yesca.

Alto la marcha; se llega a Río Seco; el servicio se hace como el día anterior en Hospicio, durante los días 24 y 25. Los partes diarios constatan que no hay faltos ni enfermos.

La Orden General del día 25, recomienda a la tropa el uso moderado del agua durante la marcha de la noche, y muy especialmente la economía al día siguiente 26, en que establecerá vivac en plena pampa y a todo sol.

Se inicia la caminata en la noche del 26, con la misma felicidad, que las anteriores. En el día, la tropa no sale de los pabellones y consume únicamente ración de fierro. En la tarde, llega una columna del *Bagaje*, se bebe agua a discreción y se llenan las caramayolas.

La Orden General vuelve a recomendar la prudencia en la bebida durante la noche, para llegar en la mañana al río Locumba, cuyo valle abunda en toda clase de productos agrícolas.

La División entra a Sitana a las 9 de la mañana, del 27, sin contratiempo el que menor. Armados los pabellones y nombrado el servicio, la tropa sale franca a bañarse al río, y a recorrer el valle, rico y abundante en artículos alimenticios. No obstante la pasada de Albarracín y de la caballería chilena, quedaban uvas, granadas, higos, papas, camotes y verduras para todas las Divisiones, sin escasear los corderos, chanchos lechones y aves de corral, *res nullius*, pues los habitantes habían huido o permanecían escondidos entre los pajonales o bajo las panojas de los carrizos.

En el batallón *Coquimbo* había un soldado, don Espinosa, asistente de un oficial, que imitaba a la perfección el canto del gallo, el valido de la oveja, el relincho del caballo; pero su especialidad estribaba en el rebuzno del burro, animal muy abundante en las haciendas de Locumba, pero que los nativos tenían ocultos en las manchas más espesas de los cañaverales.

No bien don Espinosa entra al valle, lanza desde la primera altura el más robusto, sonoro y vibrante rebuzno que se haya sentido en muchas leguas a la redonda, y cuyos ecos retiñen a través de las quebradas y laderas.

Diez, veinte, cincuenta pollinos responden de consuno, y forman una sinfonía asnal atronadora, cuyas notas recorren la gama desde el bajo profundo hasta el argentino do de pecho.

A la hora del rancho, no menos de ciento cincuenta rucios llenan el campamento del *Coquimbo*; el coronel Gorostiaga, los reparte entre las seis compañías para conducir los rollos y trebejos de la tropa. Reserva los más lozanos para la silla de los oficiales, que hacen el resto de la caminata a lomo de borrico.

Los demás cuerpos toman, a su vez, con éxito, parte en la cacería.

Don Espinosa tiene permiso para buscar aves al amanecer del 28, con la condición de no acercarse a morada alguna, para cuyo cumplimiento lo acompañan algunas clases. Bien sabía el muy pillín que las gallinas duermen en las copas de los árboles, para sustraerse a la voracidad de los zorros que pululan por el valle.

No aclara aún; un sonoro y afinado canto rompe el silencio con armoniosas notas; los gallos son vanidosos; ninguno quiere ser menos; se inicia un deleitoso concierto matutino en honor del astro rey, a cuyo carro precede el de la aurora.

Los expedicionarios vuelven con sartas de gallos, giros, cenizos, ajisecos, pintos, jergones, etc., y tras ellos centenares de cholos con canastos de uvas, granadas, chirimoyas, brevas, choclos, huevos, paltas y cuanta clase de productos de la tierra agradecida que pueda colmar el gusto más exigente, que ofrecen en cambio de algún gallo de ilustre abolengo. No faltaron también camarones, abundantísimos en el río, aunque de gusto soso y desabrido.

Los locumbanos tienen pasión por las riñas de gallos y los sitanenses gozan de la fama de poseer los mejores sementales de la comarca.

Se improvisa una pintoresca feria, en la que los criadores rescatan sus gallos favoritos. Como los oficiales compran y pagan con buena plata, los cholos pierden el temor al sentir el sonido de los pesos fuertes.

Durante el día, se trabaron amistades y se celebraron muchos matrimonios a usanza del país.

Se había recorrido la mitad del trayecto entre Hospicio y Locumba o sean 110 kilómetros; quedaban otros 110 entre Locumba y Tacna. Pero como el viaje tenía por objetivo a Sama, faltaba que recorrer únicamente 55 kilómetros. Los otros 55 constituían el problema bravo de más tarde.

La gente estaba en sus glorias, pues el valle, al decir de los soldados era un pedacito de Chile, pues no faltaban ni las sandias; y la *chicha* se suplía con vinito rubio de la localidad. Las vides del río Ilabaya, afluente del Locumba, gozan de justo renombre, por el vino ajerezado y las pasas aromáticas que se exportan a Europa.

Cañaverales dulces y plantaciones de algodón constituyen una riqueza positiva. Este último va a Europa por las caletas de Sama e Ite, remitido por una casa inglesa que tiene el monopolio del ramo. Un caballero español explota la caña en un ingenio; envía azúcar a Tacna y alcohol a Bolivia.

Ambos establecimientos prosiguieron sus labores como en época normal, y sus propietarios cultivaron cariñosas relaciones con jefes y oficiales.

Las divisiones I y III, llegaron cuando las huertas y chacaras estaban en plena producción. Las heredades se dividen por cercas vivas de higueras o granados o sauces, para la producción de leña que tiene buen mercado en Tacna. La vida se deslizaría muellamente en este oasis, si el calor y los pantanos no reprodujeran a millones los mosquitos transmisores de las tercianas, endémicas en el valle, que ronchan la cara y las manos, con un escozor incómodo y doloroso; sirven de vehículo a las tercianas que en poco tiempo aniquilan a las naturalezas más robustas. En los pocos días de permanencia en Locumba, la I División tuvo ciento diez calenturientos, algunos de carácter grave.

El 28 en la tarde, ambas Divisiones penetran nuevamente al desierto. En la mañana del 29 establecen el vivac en plena pampa, en Quebrada Honda, a medio camino.

En la noche, en marcha. Siguen paralelamente, guardando la primitiva distancia de once kilómetros. A las diez de la mañana la I División arma pabellones en Buena Vista, en la banda norte del río Sama, y la III en la margen sur, en Las Yaras, a las órdenes del general en jefe, salido de Pacocha el 26, a ponerse a la cabeza de las Divisiones en Locumba, trayendo como jefe de Estado Mayor, al 1º ayudante, coronel don Pedro Lagos, que venía supliendo al titular, coronel Velásquez, clavado en Pacocha por exigencias del servicio.

El general Baquedano, al dirigirse al sector de operaciones, ordena la salida de Moquegua de la II División. Como le comunicara Muñoz que dos destacamentos de caballería de 20 y 25 hombres respectivamente andaban en la sierra requisando reses, dispone que no se mueva la División, hasta que no regresen esas dos partidas expedicionarias.

Aquí vuelven a entrar en pugna el Comando Civil con el Comando Militar. El 27 dispone el señor Ministro de la Guerra que se mueva la II División; Muñoz le comunica la orden que tiene de esperar los destacamentos de comisión en la sierra; el Ministro insiste en la salida; los destacamentos le alcanzarán en el camino.

Muñoz demora cuanto puede la partida; al fin sale a las 12 M. del 27/28 con harto pesar de su parte. Los jefes quieren a sus soldados como a hijos; los civiles no conocen este afecto.

Tenía dos rutas para unirse al grueso del ejército:

1ª La de El Conde, por Jagüey y Río Seco hasta Locumba. En las cartas parece buena vía y más corta que cualquiera. El coronel Ekdahl, supone que Muñoz no la conocía, cuando no dispuso de ella. Precisamente, porque la conocía, tuvo la prudencia de evitarla: entre el valle de Ilo y Río Seco, existe la sierra del Bronce, temida de los arrieros, por los malos pasos al lado de profundos precipicios, con empinadas subidas por el sendero tallado en la roca viva. Las recuas emplean cuarenta y ocho horas en el trayecto de El Conde a Jagüey.

Tomó por tanto el camino de El Conde a Hospicio, Río Seco y Locumba, según orden del Estado Mayor General.

Muñoz llega a El Conde a las 12 M.; descansa hasta, las 5 P. M. y se dirige a Hospicio en donde acampa a las tres de la mañana del 29 y provee a la gente de víveres y de agua.

A las 12 de la noche del 29/30 continúa a Río Seco; descansa y sigue caminando hasta las 5 P. M. del 30, en que entra a Sitana. Acampa en el valle los días 1 y 2 de Mayo; a las 5 P. M. sigue a Sama por el camino trillado; a mitad de la jornada encuentra víveres y agua, lo que le da fuerzas para continuar la ruta, hasta las 10 A. M. en que acampa en pleno desierto. A las 2 P. M., nuevamente andando; como a diez kilómetros divisan gran número de infantes dispersos en la pampa; son los compañeros de las Divisiones I y III que vienen con las caramayolas llenas, y a ayudarles a llevar el rollo, la canana y aún los rifles.

A las 5:30 entra la II División al valle, saludada con dianas y el himno de Yungay, de las bandas del ejército ahí acampadas.

¿Qué había sido de los oficiales de Granaderos abandonados en la sierra al oriente de Moquegua?

El alférez don Liborio Letelier, con sus veinte hombres, volvió a esta ciudad, arriando 300 reses requisadas en el interior, ignorante de la partida de la División.

El coronel moqueguano, don Pedro Flores, que por su edad y achaques vivía retirado del servicio, y que había recibido de los chilenos toda clase de atenciones, alza la chusma y la embosca para atacar a los piquetes que regresan del interior.

Confiado en que nuestras tropas acampan en el Alto de la Villa, Letelier entra tranquilo en la ciudad, dejando en los suburbios las reses aprorratadas. Apenas desmonta, cae sobre él la chusma armada de rifles, escopetas, sables: y chuzos. Mueren peleando ocho o diez granaderos; los demás con su alférez caen prisioneros. En seguida, la turba marcha sigilosamente a sorprender a la guardia del ganado; asesinan a cuatro soldados que duermen la siesta; el quinto se oculta y puede escapar durante la noche y reunirse a su regimiento.

El teniente don Rodolfo Silva baja por Tumilaca a Samegua. Desconfiado por encontrar el ganado de Letelier sin custodia, se dirige por campo abierto al Alto de la Villa; pero le interceptan el camino unos 300 hombres armados. Desfila por el camino real a El Conde; por su flanco derecho asoman en Alto de la Villa unos 50 hombres de caballería. Continúa, entonces, por la vía férrea en demanda de Hospicio; le cierran el paso como 400 individuos en actitud hostil.

Se encuentra rodeado.

Captura por fortuna a un cholo, que con el revólver al oído, se decide a conducirlo por un sendero, que salvan a pie con los caballos de tiro, a través de la Sierra del Bronce. Una vez en la pampa, sigue las huellas a Locumba y se incorpora a Granaderos en Ite, sin ninguna baja, el 6-V.

Mientras el General en jefe trota al valle de Locumba, confiado en que la IV División avanza por Estanques a Sitana y la artillería de campaña cruza desde Hospicio a Locumba, el señor Ministro había variado completamente el plan de marcha, aprobado por el mismo Sotomayor y el Supremo Gobierno.

La IV División y la artillería estaban embarcadas en el tren en Pacocha y Hospicio, esperando únicamente orden de marcha.

Desde días atrás el Ministro insinuaba a Baquedano la conveniencia de llevar la Artillería por mar a Ite, y de ahí rodando a Sama: temía que se atascara en las pampas, en especial en Río Seco, y el Ejército careciera de esta importante arma para la batalla.

Baquedano se mostraba optimista respecto a las jornadas por el desierto; si se atascaban las piezas, decía, se quitan los arzones, y se arrastra el cañón; si no bastan las tres parejas de dotación, se le ponen cuatro, seis o las que se necesiten; y si los tiros se cortan, se reemplazan por cadenas.

Separando, decía el General, el armón del cañón, éste queda muy transportable, pues se le quita el peso del avantren, de los arcones de municiones, la caja de instrumentos, la rueda de repuesto, la cubeta y la zaga.

A juicio de los técnicos no faltaba razón al Alto Comando.

El Ministro pidió informe al coronel Vergara, acerca del camino de Ite a Sama para el paso de la artillería: Vergara expone que el trayecto es transitado aunque medanoso.

Envía entonces al capitán de artillería, don José Joaquín Flores para que estudie el desembarcadero de Ite y la pampa entre esta caleta y Buena Vista.

Flores cumple concienzudamente su cometido: a su vuelta, manifiesta que el desembarque de la artillería era inseguro, pues picado el mar se interrumpe por completo la comunicación de a bordo con tierra. El camino de la Caleta de Sama, es parejo aunque medanoso; calcula la distancia en 8 leguas peruanas, o sean 44 kilómetros, no 36 kilómetros como apuntan Bulnes y Ekdahl, que solo asignan a la legua 4,5 kilómetros.

La caleta de Ite había sido reconocida por el coronel Lagos cuando desempeñaba la jefatura del Estado Mayor General. Recorrió la costa, en el vaporcito "Toro", desembarcó en Ite y regresó a Pacocha por tierra. Las características de Ite, eran pues, bien conocidas. El Alto Comando tenía el informe de Lagos, y en consecuencia se resistía a confiar toda la artillería a los azares del mar.

Había serias razones para este recelo. El capitán del "Itata", Mr. Stewart, estuvo a punto de ahogarse: las olas volcaron su bote al desembarcar con mar algo agitado. Y se ahoga sin remedio, si los lancheros de desembarco no se arrojan al agua y lo arrastran a la playa.

El señor Sotomayor decidió llevar por mar la artillería y la IV División. Sabido es que una vez tomada una decisión no conocía la fatiga para llevarla a cabo. Hace regresar a Pacocha los trenes con la artillería, la embarca en el "Itata" y en este vapor y en el "Santa Lucía" a los regimientos N° 3 de línea, y *Lautaro*.

Los temores del General se realizan. Al llegar el convoy a la caleta, el mar endemoniado no permite comunicación con tierra. Y así pasan cuatro días mortales. El señor Ministro debió sufrir ratos muy amargos, reflexionando acerca de la situación de Baquedano, frente al enemigo, careciendo de una división y de la artillería gruesa, en caso que los aliados salieran a atacarlo en el valle de Sama, como estuvo a punto de ocurrir.

Pero la Diosa Fortuna sale en protección del señor Ministro; el mar se calma y la artillería y tropa desembarcan durante la bonanza.

Los regimientos 3° de línea y *Lautaro* embarcados el 27 en Ilo desembarcan el 28 en Ite, y el 29 emprenden la marcha a Sama, custodiando la batería de artillería Krupp de Jarpa, traída desde Pisagua en el "Itata" juntamente con los *Zapadores* de Santa Cruz, de orden del señor Ministro.

Los cuerpos no marchan escalonados, sino en una sola línea. A retaguardia dos compañías del 3° y dos del *Lautaro*, custodian la artillería. La falta de método hace que la División sufra los efectos del calor, el cansancio y la sed. Varios soldados enloquecen, algunos se suicidan; otros beben los orines de las mulas; gran número quedan tendidos en el desierto, completamente extenuados.

El comandante Castro pide auxilio a vanguardia. El comandante Bulnes que acampa en Poquera parte al instante con diez cargas de agua, y las caramayolas llenas.

Llega muy a tiempo; debido a su diligencia sálvase la gente; sin su auxilio habría perecido en gran parte. La IV División se arrastra penosamente durante cuatro jornadas; en las dos últimas, los tercerinos, guiados por el segundo jefe teniente coronel don José A. Gutiérrez, tiran a pulso las piezas durante los dos últimos días, pues las mulas estaban cansadas.

Por fin el 3-V ingresa la División al frente del Sama, quedando terminada con felicidad la concentración del Ejército, salvo la artillería de campaña. Su desembarque fué feliz; las piezas quedan alineadas en la playa, pero hay que subirla a la pampa, repechando los cerros de la costa, de arena movediza, de 200 y 300 metros de altura, con bárbara gradiente.

El señor Sotomayor, el coronel Velásquez, el comandante Orella, de la "Covadonga" y el primer jefe de Zapadores, teniente coronel Santa Cruz hacen prodigios para alzar las piezas de plataforma en plataforma, cavadas ex-profeso, por medio de maromas haladas por la marinería de la goleta, en grúas portátiles.

En tan ruda tarea, cae Orella víctima de un ataque de insolación, del que felizmente le salvan las oportunas atenciones de los facultativos.

El éxito corona tantos esfuerzos; el 9 estuvo la artillería en la pampa; en la tarde se pone en movimiento y el 11 hace triunfal entrada en Las Yaras, entre hurras y vivas a la Patria.

Ha terminado la concentración. El Alto Comando tiene todo el Ejército bajo su mano. *Alea jacta est.*

CAPÍTULO XVIII.

En el valle del Sama.

Los campamentos de Las Yaras y Buena Vista, formados por verdes enramadas, carpas de lona y chozas de totora y fagina, presentaban el aspecto alegre y pintoresco de la pampilla nacional en las festividades de Septiembre.

Los ingenieros y pontoneros habían unido ambos pueblos por un puente sobre el río, que facilitaba el tráfico de la tropa.

Se comía bien, se bebía buena agua: es cierto, mezclada con añejo aguardiente de Locumba, para evitar la crudeza del estómago y librarse de las tercianas, se entiende.

La ración de carne fresca, de charqui, de galleta y arroz, aumentaba con las verduras abundantes del valle. La modesta cazuela se convertía en cocido a la chilena, con choclos, cebolla de cabeza en cruz, papas, camotes, tomates; y a veces, trozos de chanco, de conejos o llamas.

El estómago se ponía regalón con esta vida de abundancia; pero todo placer es momentáneo. El valle recorrido a los cuatro vientos, no daba al fin para el puchero, no obstante la rebusca hasta varios kilómetros a la redonda.

La caña dulce terminó pronto, no porque la consumiera la tropa, sino porque hervida daba una especie de jarabe, que con agua y azúcar y pisco de Locumba, proporcionaba un refrescante agradable; desaparecieron los algodoneros y sauces convertidos en leña para el rancho; los surcos y caballetes de las tierras de cultivo, se revolvieron para extraer hasta el último tubérculo o la raíz alimenticia.

La cosa se ponía seria para saciar el apetito siempre abierto, con los ejercicios diarios y las largas caminatas, de mañana y tarde en la pampa, para educar las piernas. Esta situación alarmante se convirtió en crítica por la orden del Alto Comando de disminuir la ración de carne, primero en un cuarto, después en la mitad, no obstante que pastaban en los potreros no menos de doscientos vacunos gordos.

Mi general nos compone como a caballos de carrera, decían los soldados. Nadie se queja: lejos de eso, la privación levanta los ánimos, pues anuncia la cercanía de la trifulca, como llamaban los niños a la batalla, término de las penurias.

Más discurre un hambriento que cien letrados, reza el silabario de Sarmiento. Los rancheros, de orden de los jefes, benefician burritos nuevos, para aumentar el volumen de las raciones de carne, que crecen de día en día. La cazuela resulta substanciosa; y la carne más tierna que ternera cebada a pesebrera.

Se acaban los lechones, continúan los medianos, y, por fin, van al matadero los de silla y carga, los tontos graves, como apodan los soldados a los pollinos ya entrados en años.

Los cuerpos enviaban por la noche comisiones en busca de aliños para el puchero; andaban distancias enormes, pero algo se pescaba. En estas correrías ocurrió una desgracia al *Atacama*, que cortó de cuajo las expediciones nocturnas.

Invito al lector a leer lo que apunta en su cartera un distinguido oficial de dicho cuerpo: “Un hecho doloroso ocurrió en esos días. Como carecíamos de legumbres, dió autorización el comandante para que fueran a buscarlas, internándose en el valle cuatro soldados a las órdenes del sargento Washington Cavada, joven copiapino, muy querido en el batallón, y cuyo ascenso a subteniente ya había sido solicitado por el jefe. Ordenes le fueron dadas de no cometer atropello, respetar el sexo, pagar lo que adquirieran y regresar el mismo día. Entre los acompañantes iba Bruno Cepeda, roto ladino y muy competente en esta suerte de merodeos.

No regresaron en el día ni al siguiente, despertando suma intranquilidad en el batallón. Al cuarto día volvió, Bruno Cepeda con una herida en un brazo, a pata pelada, y contando una historia espeluznante.

Refería que como nada encontraron el primer día de excursión, acordaron no regresar al campamento, y se internaron valle adentro hasta la cercanía de un pueblo. Pernoctaron sobre un cerro, y al amanecer encontráronse rodeados de miles de cholos, armados de escopetas, trabucos y garrotes. Poco a poco fueron estrechándolos con grandes gritos y amenazas hasta que los tomaron prisioneros, siéndoles imposible mayor resistencia. Les quitaron los rifles, les sacaron los zapatos y les amarraron las manos por la espalda.

Así fueron conducidos hasta el pueblo, al que entraron en medio de una grito espantosa, y de una multitud enardecida por el odio, que los insultaba y quería lincharlos inmediatamente. La gente acudía en tropel a ver a los chilenos, seres que la fantasía popular y el miedo revestían de caracteres extraordinarios, especie de fieras o demonios. En el trayecto los niños les arrojaban piedras, singularizándose las mujeres por una odiosidad agresiva, porque los insultaban y como furias se les acercaban y les escupían e intentaban arañarlos: “comernos cruos” decía Bruno Cepeda.

Introducidos a presencia de las autoridades y otros peruanos caracterizados de la localidad, se les interrogó primeramente sobre las fuerzas que contaba el ejército chileno, en las tres armas, y les inculparon en seguida sus crímenes, diciéndoles, por último, que se les iba a procesar, anticipándoles que todos serían condenados a muerte.

Las fechorías que nos achacaban, decía Bruno, eran puras mentiras, inventadas para matarnos.

Entre tanto, la gente numerosa que llenaba la plaza, agolpándose a la puerta de la sala, en que tenía lugar la audiencia, gritaba, enardecida: Chilenos ladrones; rotos bandidos. Échenlos afuera para matarlos a palos, como a perros.

Enseguida fueron encarcelados, quedando Bruno en un cuarto, solo y con un centinela a la puerta. A media noche, consiguió, dándole un puñado de plata, que el centinela le trajese una botella de cañazo, (alcohol de caña de azúcar) *Pa la pena y pa morir a gusto*. Ambos pusieron a beber, quedando borracho y dormido el peruano y fugándose el chileno, no sin que de atrás le disparasen varios tiros, hiriéndolo en un brazo.

¿Qué suerte habían corrido los otros? preguntábanle los oficiales del *Atacama*.

Ya los habrán muerto a todos, aseguraba Bruno.

El día se pasaba en trabajos duros; pero las tardes, frescas y apacibles se consagraban a representaciones dramáticas, circo y títeres.

Don Cristóbal salía a veces con ciertos desentonos; pero las funciones eran solo para hombres.

El domingo se consagraba al reposo, Después de la misa por divisiones, celebrada por Fontecilla, Marchant Pereira, Fabres y Valdés Carrera y los reverendos Padres Correa y Pacheco, los capellanes daban conferencias en la tarde, en las que hacían resaltar los deberes del hombre para con Dios y la Patria, deberes cuyos fines marchan paralelos o, más bien se completan en la conciencia del individuo.

Al final, los capellanes llamaban a los que no tenían “Detentes”, para repartirles esta imagen de Jesús impresa en un trozo de paño, cosido al interior de la chaqueta. Decía la leyenda: “Detente, el Corazón de Jesús está conmigo”. Las madres, las mujeres, las hijas, las hermanas o las amigas, cosían un Detente al forro de la blusa, de cuantos partían al norte, que empeñaban su palabra de no separarse de este recuerdo. Todos cumplieron la promesa. Algunos espíritus fuertes decían de los labios para afuera: Hay que conservar el trapito: ¡qué diablos! me lo puso mi señora madre. Y lo cosía en cada nueva blusa de su uso.

En la noche de los sábados, hileras de soldados esperaban su turno en las carpas de los capellanes, iban de confesión para comulgar en la misa de la mañana siguiente.

Un oficial llegó al amanecer del 25, día de la partida del Ejército, a la carpa del presbítero, don Ruperto Marchant Pereira, que aún estaba recogido. Le suplicó que se levantara a recibir su confesión, pues tenía la certeza de que iba a morir. “Soy, católico, mi capellán; quiero prepararme como verdadero creyente. No procedo por cobardía, estoy tranquilo, sino por convicción”.

Se confesó y comulgó en la misma carpa. Al otro día, cayó con el pecho atravesado de un balazo.

Este joven se llamaba don Ricardo Olguín, teniente de la 3ª Compañía del batallón *Valparaíso*.

El Ministro de la Guerra y el jefe de Estado Mayor permanecían en Ite concentrando vituallas para la expedición, que remitían en las Columnas de bagaje, desprendidas para el servicio de esta nueva base auxiliar de operaciones, de mar y tierra, - Pacocha, - Ite, - Las Yaras, organizada por el coronel Velásquez, para descongestionar las líneas de comunicaciones, Hospicio, - Buena Vista y Estanques - Las Yaras.

La constitución de esta tercera base de operaciones en Ite, quitó a Moquegua toda importancia estratégica; el enemigo no podía inquietar nuestras comunicaciones ni por la retaguardia, ni por los flancos.

Pero el Presidente, los Ministros, los parlamentarios y los consultores de la Moneda, que echaban el quilo estudiando las cartas incompletas de la región, sacaban en limpio que Moquegua constituía un peligro latente y exigía una gruesa guarnición para defensa de la línea férrea, para un evento desagradable de parte del enemigo.

Esta opinión de los hombres de Gobierno era vivamente apoyada por la prensa, que se daba el placer de relatar minuciosamente todos los detalles del avance por el desierto y de la concentración en el valle Sama.

Emulaban en Santiago, “El Ferrocarril”, “Los Tiempos” y “El Independiente”; y en Valparaíso “El Mercurio” y “La Patria”, en detallar los movimientos de las divisiones, la constitución de los campamentos, el aprovisionamiento de los víveres y municiones; en una palabra, cuanta noticia podía servir al enemigo para contrarrestar y hacer fracasar los planes del Alto Comando en campaña.

El Presidente se dolía de las indiscreciones de la prensa: pero su carácter pusilámne le impedía poner coto a tamaños desmanes.

El Ministro suplente de Guerra y Marina, Gandarillas, en un arranque de indignación, escribía al Intendente del Ejército, señor Dávila Larraín: “Si este país no fuera lo que es, todos los gandules de los diarios debían estar disecados y colgados de los faroles de la ciudad”.

El señor Sotomayor y el general Baquedano, agobiados por las comunicaciones de la capital, hubieron de deferir a la opinión de S. E. y miembros del Gabinete. El Ministro resolvió extraer algunos cuerpos de la Reserva, mandada por el general Villagrán que cubría la guarnición de Tarapacá. Ya le había pedido algunos cuerpos para el Ejército de operaciones.

Los escuadrones 2° y 1° de *Carabineros del Yungay*; la artillería del mayor Jarpa; la brigada de Zapadores de Santa Cruz; y los batallones *Chillán* y *Cazadores del Desierto*.

Estos cuerpos desembarcaron en Ite e hicieron la marcha del desierto entre la caleta y Las Varas en buenas condiciones, debido a que el Estado Mayor multiplicó las Estaciones auxiliares de etapa, en los 44 kilómetros comprendidos entre ambos puntos.

Reducida iba quedando la reserva de Tarapacá; y se debilitó más, con el traslado de los batallones *Valdivia*, *Caupolicán* y *Atacama N° 2*, fuerte cada uno de quinientas plazas, para resguardo de la línea Pacocha-Hospicio, que tan alarmados traía a los dirigentes santiaguinos.

Estas tropas quedaron a las órdenes del coronel don Gregorio Urrutia, que hasta entonces había desempeñado el cargo de delegado de la Intendencia del Ejército, con general aplauso. El *Atacama* marchó poco después a Hospicio, con orden de batir al enemigo, si se presentaba en ese sector, apoyándose entre la cuesta de Pacay y las primeras estribaciones de la Sierra del Bronce.

Algunas partidas enemigas aparecieron por ese lado, pero el *Atacama* las batió, y las persiguió hasta el Conde, y habría seguido adelante, si una orden telegráfica del Comando Superior no le hace regresar a Hospicio.

El *Atacama* se estrenó con todo éxito; el enemigo no volvió a presentarse frente a los hermanos de los asaltantes de Los Ángeles.

Orden de Batalla del Atacama N° 2.

Comandante, Teniente Coronel don José María 2° Soto.

2° Jefe. Pasó al 4° de línea. Mayor don Luis Solo Saldivar.

Capitán ayudante, don Elías Marconi.

Abanderado, don Carlos Escuti.

Capitanes, Señores: Francisco E. Figueroa, de la 1ª Compañía; Juan José Cobos, de la 2ª; Adolfo Jenequel de la 3ª; Rodolfo Sutil, de la 4ª; Manuel A. Garín, de la 5ª; y Ruperto Álvarez, de la 6ª.

Tenientes, Señores: Pedro Hernández M., Federico, Martínez, Enrique A. Bödeker, Hermenegildo Dolarea, Pedro Carrasco B., y Jermán Garrido.

Subtenientes, Señores: Guillermo 2° Toro, Pedro González, José María 2° Zelaya, Ramón A. Picón, Manuel A. Guajardo, Pedro A. Martínez, Domingo 2° Silva, José Luis Rojas, Víctor M. González, Roberto Roach, Nicanor Ibañez y Juan Luis Rojas.

En la rada de Ilo se encuentran fondeados cuatro buques con carbón, dos con pasto seco y dos con víveres y forraje en grano. Estas naves permanecen en espera de la toma de Arica y listas para recibir a las tropas de tierra en el improbable caso de que no pudieran resistir a fuerzas muy superiores.

La “Covadonga” y el “Limarí” cruzan entre las dos bases de operaciones, Pacocha e Ite, distantes entre sí 36 millas náuticas. (1.852 metros la milla). El Estado Mayor dispone que el excedente de las vituallas y forraje de Ite, se reembarquen en los buques de vela ahí fondeados, pues en Las Yaras se encuentran completos los depósitos de la Intendencia.

Cien bueyes quedan, así mismo, de reserva en Pacocha, y cien en Ite, alimentados con alfalfa aprensada.

La situación se presenta libre de cuidados.

El Ejército de operaciones concentrado en Sama con víveres para quince días, municiones para dos días de batalla, cinco ambulancias completas, bagaje de 1.500 mulas aperadas, barriles y odres en cantidad suficiente y algunas decenas de carretas para víveres y municiones, esperan únicamente la voz de marcha.

El *Escuadrón de Carabineros de Yungay* cubre siempre la guardia frente al enemigo; y la artillería y caballería con su ganado completo, forrajean en la margen norte del río.

El Alto Comando se comunica por telégrafo con Pacocha y con la Moneda, por propios a Ite, vapor a Pisagua, telégrafo a Iquique y cable a Valparaíso.

El Estado Mayor se esfuerza en que el correo funcione correctamente. Cada dos o tres días llega al campamento la recua de mulas, con la palabra “Correo” en el collar. Gran día de jolgorio.

La Administración iza bandera roja a la llegada de las valijas. Los cuerpos mandan un pelotón a recibir los sacos de su destino, que se distribuyen por compañías.

Allá, en medio del desierto, a miles de kilómetros del pueblo nativo, llega el cálido aliento del hogar. Hombres enérgicos y valientes, endurecidos por las fatigas de la campaña, vierten lágrimas al recorrer las líneas escritas por manos queridas.

Pasadas las primeras impresiones, viene la apertura de encomiendas con cositas ricas de la tierra.

Se reúnen en corro los amigos y “carretas”, para consumir las golosinas tan variadas, como el gusto y los haberes de los remitentes. Llamábase “carreta” al compañero partícipe de las penas y alegrías comunes a la pareja; juntaban la ración, el rollo de uno servía de cama y el del otro de cobija; en las marchas se sostenían mutuamente, y en caso de enfermedad el sano cuidaba del enfermo.

¡Qué variedad en las encomiendas!

Hilo y agujas; pañuelos y calcetines; tabaco, papel y hoja; detentes y escapularios del Carmen; huevos a la piedra y pan de leche; jabón y peines; calabazas con tapón ajustado; ¿con qué? con pepitas de sandías, pelladas para horchata; hilos y vendas; harina tostada con arroyo; quesos de cabra endurecidos y tortillas de rescoldo; dulce de papayas y mermeladas; y por fin, tarros de conservas, cuya enumeración llenaría varias páginas. Las bolsas traían cuanto puede idear la ternura femenina, que tenía en las filas un pedazo de su alma.

¡Pobre mi vieja! decía un mocetón, mascando a dos carrillos. Me envía pan amasado por sus manos. De *juro* que si salvo el pellejo voy a ser buen hijo *pa* mi vieja.

Los *Zapadores* parten de Ite el 15-V y el 16 la caballería, con la fresca de la mañana. A las 2 P. M. los señores Sotomayor y Velásquez toman sus mulas y acompañados de los ayudantes se dirigen también a Sama, a donde llegan a media noche.

El señor Ministro ocupó un departamento de dos piezas en el reducido edificio del Cuartel General; una le servía de escritorio y en la otra convidaba a dormir a don Máximo R. Lira, que no encontraba hueco para alojamiento.

El jefe de *Cazadores del Desierto*, don Jorge Wood, quedó de Comandante General de Armas de Ite. El 23 recibió orden de unirse al grueso en Las Yaras.

El coronel Vergara aloja en la División de Caballería; poco se prodiga, pues no perdona al Cuartel General y Estado Mayor, la oposición a sus nombramientos y en especial la negativa para dejarle operar con caballería y artillería a retaguardia de Tacna.

El General en jefe estaba también fastidiado con él, por su poco tino para dirigir la caballería, cuyo ganado inutilizó, incapacitándolo para el servicio de vanguardia cuyo cargo cayó de lleno sobre el escuadrón de Bulnes.

Las relaciones entre Baquedano y Sotomayor no eran tampoco cordiales. El Ministro quiso pasar sobre éste, como sobre Escala, prevalido de que su nombramiento de general en jefe era interino y que en su mano estaba nombrarle reemplazante, cosa que a la verdad habría acabado talvez con la paciencia del Ejército.

El señor Ministro hizo los nombramientos del coronel Vergara contra la voluntad del Cuartel General; dispuso la marcha de las divisiones como lo creyó conveniente en su criterio; y anuló la orden dada a Muñoz por el general, para esperar en Moquegua el regreso de los destacamentos de caballería, en comisión en la sierra.

El general marchó a vanguardia a tomar el mando de las Divisiones I y III, dejando órdenes precisas para que le siguieran las II y IV; y la artillería de campaña, por Hospicio, en cuya estación permanecía embarcada en el ferrocarril.

Apenas se alejó el general, el señor Ministro cambió el orden de marcha. Hizo volver la artillería de Hospicio a Pacocha y la envió a bordo de los transportes, junto con la IV División, que se trasladaron por mar a Ite. El Alto Comando, al frente del enemigo, careció durante algunos días de este contingente. Si los aliados avanzan, como estuvo a punto de ocurrir, el general habría dado la batalla sin artillería de campaña y sin la IV División.

La braveza del mar en Ite impidió a los buques toda comunicación con tierra durante cuatro días; si el mal tiempo continúa por ocho, diez o quince días, cosa frecuente en esas caletas desamparadas, el general en jefe habría tenido que hacer frente al enemigo en muy malas condiciones y además, sin la caballería que estaba inutilizada en Ite y a la cual ya le faltaba forraje, por carecer de medios para desembarcarlo.

El susto y las contrariedades; pasaron; pero no fué cuerdo exponer al Ejército a un desastre, en momentos tan solemnes; el que no se realizara, no absuelve al señor Ministro de la imprudencia de dirigir cuestiones técnicas, contrariando las disposiciones del Alto Comando.

A fines de Abril, el Comandante en jefe del Ejército boliviano, coronel don Eleodoro Camacho, indicó a sus colegas peruanos, la conveniencia de la inmediata ocupación del valle de Sama, por ser el punto más estratégico de esta zona, por el estudio hecho personalmente por él, y por estar situado de tal manera, que defendiéndolo, se tenía, caso de un desastre, fácil retirada a la sierra. Además, Sama reúne dos cosas esenciales para un ejército; agua y leña.

El general Montero fué de parecer que no debía salirse de Tacna, hasta que el enemigo estuviera a sus puertas, para guardar a un mismo tiempo Tacna y Arica, teniendo a este puerto para un caso fatal, como el último baluarte.

Entre tanto el valle estaba apenas resguardado por unos 150 milicianos y el escuadrón de Albarracín de otros 150.

La llegada de este jefe derrotado el 18 de Abril, sugirió al coronel Camacho, la idea de ir a recuperar el valle a viva fuerza; y el 19 empezó a alistar su ejército para tal empresa, sin solicitar la aprobación de Montero, general en jefe, para la expedición.

En la noche del mismo 19, llega a Tacna el general Campero, que el 21 fué investido del Comando Supremo del Ejército Perú-Boliviano, como Presidente de una de las Repúblicas aliadas, en el sector de operaciones.

Este acontecimiento influyó en que el proyecto de Camacho no se realizara, en los precisos momentos en que el Comando Chileno carecía de la artillería de campaña, de la caballería y de la IV División.

El Cuartel General había pasado al Ministerio en campaña algunas notas relativas al servicio, sobre las cuales no había caído resolución, sea por el abrumador trabajo del señor Ministro o porque no consideraba de urgencia tratar todavía los asuntos en ellas anunciados.

Con fecha 8 de Abril el General en jefe transcribe al Ministerio una nota del Estado Mayor, en que este funcionario insinúa la idea de pedir al Supremo Gobierno 500 diplomas con nombres en blanco, con sus respectivas medallas, con el propósito de repartirlos a los que se hubiesen distinguido en acciones pasadas, y a los que se distinguieran en el futuro.

Al apoyar la petición, el Comando Supremo, agrega, por su parte: “El que suscribe, aplaudiendo y aceptando de todo corazón la idea del señor jefe de Estado Mayor General, pide al Supremo Gobierno, que en lugar de quinientos sean 1.500 los diplomas y medallas que se envíen para recompensar a los que se distinguen defendiendo al país”.

Con fecha 17 de Abril el Cuartel General transcribe otra nota del jefe de Estado Mayor en que recomienda y encarece este funcionario el mejoramiento del servicio de sanidad, tanto en el personal como en el material.

“En primer lugar, dice el coronel señor Velásquez, no hay el número abundante de medicinas que necesitamos, y en segundo los médicos escasean de una manera alarmante”.

Continúa la nota:

“Los doctores de aquellos (los cuerpos) han sido y son jóvenes estudiantes, muy entusiastas y trabajadores, es cierto, pero que no tienen el saber que dan los largos años de práctica profesional, ni la cantidad de elementos precisos para la curación de diferentes enfermedades.

Podríamos haber visto un servicio más arreglado y en armonías con las exigencias del numeroso ejército que expediciona en regiones inclementes, si los médicos de valía que han venido no hubiesen sido sino aves de paso, cuyas huellas apenas han podido notarse”.

La tercera nota, que tampoco tuvo resolución del señor Ministro, fechada en Las Yaras el 15, se refiere al soldado peruano Belisario Gutiérrez, tomado prisionero en Buena Vista. Este individuo había tomado prisionero en Camarones al soldado del regimiento *Granaderos*, José

Miguel Cea, a quién defendió después a mano armada contra sus compañeros que trataron de ultimarle y continuó protegiéndolo hasta entregarlo a las autoridades de Arica. Canjeado Cea volvió a su regimiento; y ahora tan pronto supo que su protector estaba a su vez prisionero, intercedió por él ante sus superiores.

El coronel Amengual, jefe de la I División pide al señor General la libertad de Gutiérrez o un premio por su generoso procedimiento, solicitud que el Comando Supremo apoya por encontrarla de suma justicia, al ponerla en conocimiento ministerial.

No hubo tampoco contestación.

El general, naturalmente, se sentía molesto, con el mutismo del Ministro.

El señor Sotomayor, como de costumbre, trabajaba sin descanso.

El 20, por un decreto expedido en Las Yaras, nombra secretario del general en jefe, al teniente coronel de ingenieros, don Arístides Martínez. Con la misma fecha asciende a mayor efectivo al graduado de ingenieros, don Francisco Javier Zelaya, y por último designa sargento mayor, 2º jefe del batallón *Coquimbo*, al capitán don Marcial Pinto Agüero, nombramiento que produce vivo desagrado al general, no por la persona del nuevo jefe, que era dignísima, sino por la injusticia con que se postergaba a beneméritos capitanes.

El ex 2º jefe del *Coquimbo*, don José Antonio Gutiérrez, pasó en Pacocha, como teniente coronel, a 2º jefe, al 3º de línea. Correspondía ascender en su lugar al 1º capitán ayudante del *Coquimbo*, don Federico 2º Cavada, que llegó de capitán a la campaña y se encontró en Pisagua y en Dolores, donde peleó como un valiente.

El señor Pinto Agüero llegó de teniente de ejército a Antofagasta; ascendió a capitán después de Dolores, y pasaba ahora a jefe, postergando a más de ochenta capitanes de línea, de mayor antigüedad, si se quería llevar al puesto a un jefe profesional. Ello desquiciaba la disciplina y provocaba el desaliento en los militares de profesión; pero los civiles no comprenden los peligros de las postergaciones.

Desde la mañana del 20 los cuerpos trabajaban asiduamente en el arreglo de sus cuarteles; cada cual se afanaba en prodigar los adornos, de ramas verdes, flores, banderas y trofeos, para saludar con toda pompa el día de Prat y de sus compañeros de sacrificio.

Se prepararon en las divisiones lugares especiales para concentrar las fiestas, destinados a la venta de refrescos, pasteles, choclos cocidos, humitas, empanadas fritas, con la concurrencia de buhoneros con baratijas, de echadores de suerte, de ciegos vendedores de remedios para el amor, y payadores a lo divino y a lo humano.

No faltaban mesas de juego con ruletas en que se apuntaba al sol y a la luna, al paco y a la conductora; ni tampoco una enramada, con puestos de frutas y de flores, con vendedoras señoritas; y otros, con las muestras de “Aquí está Silva”, “Las Sobrinas de Antonina Tapia”, y “Las verdaderas sobrinas de Antonina Tapia”.

Las fiestas prometen un éxito soberbio.

Por desgracia, los preparativos terminan bruscamente; se anuncia el fallecimiento repentino del señor Ministro de la Guerra.

Nadie daba crédito a la noticia; pero era la verdad.

Acababa de sentarse a la mesa con el general Baquedano, el coronel Velásquez, el doctor Allende Padín, el coronel Lagos, don Máximo R. Lira, el capellán Fontecilla y varios jefes de repartición.

Apenas había tomado unas cucharadas de sopa, se levanta con cierta celeridad y se dirige al escusado. Como tarda, salen en su busca, y le encuentran en tierra, con la cara amoratada.

Conducido a su habitación, el doctor Allende lo sangra; la sangre no corre; había muerto.

Constatado el fallecimiento, el general envía un propio a Ite, con el siguiente telegrama, para el comandante Lynch, que debe llevar a Pisagua un vapor a toda máquina.

“Las Yaras, 20 de Mayo. - En este momento, 5:10 P. M, hemos tenido la desgracia de perder al señor Sotomayor, Ministro de la Guerra. Murió de un ataque apoplético, que le quitó la vida en cinco minutos. *Ba quedano*”.

Fácil es imaginarse la dolorosa impresión que el telegrama causaría en el país, y especialmente en el Gobierno.

El coronel Lagos conduce a Ite en un furgón de artillería, los restos del señor Sotomayor, que es despedido con los honores correspondientes por la IV División. La “Magallanes” lleva el ataúd al “Cochrane”, en donde queda depositado en espera de la resolución gubernativa.

La vida de los campamentos continúa su desarrollo normal, sin variar en nada las órdenes dadas. El coronel Velásquez, lo hace saber así a los jefes divisionarios de parte del Cuartel General, quienes comunican esta decisión a los jefes de cuerpos y éstos a sus oficiales.

El ejército se mostraba ganoso de pelear, pues tenía plena confianza en su general, y a sus órdenes, creía indudable la victoria. Los jefes se agruparon en su torno, para significarle su absoluta confianza, pues por intuición, temían que el Gobierno hiciera alguna barrabasada, confiando a otro civil la dirección suprema de la campaña. Al día siguiente 21, la orden del día de la lista de llamada, dispone que la IV División rinda los honores de ordenanza a los restos del señor Ministro y que el ejército guarde luto por ocho días.

El Ministerio celebró repetidos Consejos en la Moneda para resolver la situación. Se habló de nombrar Ministro en Campaña al señor don José Francisco Vergara; pero Santa María se opuso con vehemencia a la designación; temía que después de la victoria se le abriera el apetito por la banda presidencial y se presentara como candidato prestigiado por los laureles del vencedor.

En vista de la premura del tiempo y de la solemnidad de las circunstancias, se acepta un procedimiento tan ineficaz como tonto; nombrar un triunvirato para continuar las operaciones en los momentos en que se requería la unidad de pensamiento y la unidad de acción.

He aquí el telegrama del Gobierno. “A Lynch: Diga al general Baquedano que siga adelante las operaciones convenidas con el Ministro, poniéndose de acuerdo en todo con los coroneles Vergara y Velásquez”.

El señor Vergara se encontraba en Ite por asuntos del servicio. Inmediatamente se dirige a Las Yaras a conferenciar con el general Baquedano, sobre los asuntos de actualidad.

Baquedano le recibe cariñosamente; le invita a comer y después a un paseo por corredores de la casa, en donde se trabaron en grata charla.

Vergara trató varias veces de llevar la conversación hacia el funcionamiento del triunvirato; Baquedano se le escurría y le interrogaba a su vez; ¿Estamos de acuerdo? ¿Sí? - Pues, entonces, todo bien, todo bien; y se engolfaba en cosas de diversa índole.

El general barajó de esta manera todas las tentativas del coronel para entrar al espinoso tema del funcionamiento del triunvirato. Más vale así. El Alto Comando habría procedido en conformidad a las atribuciones que la Ordenanza confiere al General en jefe en Campaña, pues estaba harto de la intromisión de los civiles.

El coronel se retira despechado a su campamento.

El general asume de lleno la responsabilidad en la dirección única de las operaciones.

En cuanto al señor Sotomayor, su desaparición fué una gran pérdida para el país. No cayó como militar en el campo de batalla; pero rindió la vida al servicio de la Patria en el puesto del deber.

Si Chile agradecido a sus grandes servidores erige una estatua al general Baquedano, deberá alzar otra al preclaro Ministro de la Guerra.

Respecto a su actuación militar no fué siempre feliz; a veces desgraciada. Desembarcó de la escuadra sin dejar un afecto, ni menos un amigo. Mayor distancia le tenía el ejército, al cual dividió en bandos para separar a Escala.

Su muerte arrancó un doble suspiro al pecho de las guarniciones de Las Yaras; uno de alto respeto, de profunda pena y, de sincera admiración por el servidor público, por el funcionario laborioso; el otro, de alivio, porque se quitaba de encima una pesada tutela, quizás bien intencionada, pero generalmente dura, y muchas veces ofensiva de la dignidad militar y aún atrabiliaria en sus decisiones.

Nos permitimos transcribir aquí, como fiel expresión del sentimiento nacional, el discurso pronunciado por el Intendente de Valparaíso, don Eulogio Altamirano, al dar cuenta del fallecimiento del señor Ministro, en la Ilustre Municipalidad porteña y proponer el envío de una nota de condolencia a su señora viuda, doña, Pabla Gaete de Sotomayor.

Dijo el señor Altamirano:

“En estos momentos de ansiedad tan profunda como legítima; en estos momentos en que vivimos, con el oído puesto al extremo del alambre eléctrico para arrancarle la primera palabra de victoria en la terrible prueba porque pasa nuestro ejército, acabamos de ser sorprendidos por una noticia infausta; la noticia de que ha muerto el primer colaborador de la grande obra, del que durante un año viene dirigiendo los movimientos de nuestra escuadra y de nuestro ejército con tan rara fortuna, que apesar de las inmensas dificultades que hemos tenido que vencer, pudo vivir bastante para presenciar nuestros triunfos y el aniquilamiento no ya de dos ejércitos, sino de dos naciones.

Mientras vivió el señor Sotomayor, su obra pudo y debió ser objeto de discusiones, de censuras, de reprobaciones y de aplausos.

Vivimos, felizmente en un país de libertad, en el que cada hombre se siente dueño de sus opiniones y con el derecho de hacerlas valer tal como su conciencia se lo indica, en pro del interés de su Patria. Pero lo que nunca fué materia de discusión, ni aún cuando el señor Sotomayor vivía, fué su abnegación sin límites para consagrarse al servicio de Chile, y a su gran patriotismo.

Conviene que el país sepa algo que saben muchos, pero que no está en noticias de todos. Un día, sin que el señor Sotomayor lo sospechara, fué llamado a la Moneda, y allí se le pidió que aceptara el encargo de ir al Norte a representar en medio de nuestra escuadra y de nuestro ejército el pensamiento del Gobierno.

A la primera insinuación, el señor Sotomayor contestó manifestando que el estado de sus negocios era tal, que su separación de Santiago podía importarle su ruina y la de su familia. Razón justa, se le dijo, es esa para no aceptar la comisión si se trata de la vida ordinaria del país; pero no es razón bastante en este momento de solemne prueba en que el Gobierno cree que Ud. es el llamado para representarlo en medio del ejército.

El señor Sotomayor meditó un momento y contestó enseguida, aceptando.

Interrogado después sobre cuántos días necesitaba para prepararse, contestó que necesitaría dos meses; pero no pudiendo pedir ese plazo, declaraba que marcharía en el acto.

Y en efecto, señores, al día siguiente, al bajar del tren se dirigía a mi despacho y me contaba lo que había ocurrido, y que tan precipitada había sido su marcha, que no había tenido tiempo ni para buscar un secretario que absolutamente necesitaba.

El día anterior a esta entrevista, yo había tenido otra con un joven que era entonces apenas una esperanza y que hoy llena con su gloria, con su fama, las páginas de la historia contemporánea; me refiero a Arturo Prat.

Había ido a buscarme para pedirme el permiso de no usar su uniforme de marino.

“Cuando todos mis compañeros, me decía, han salido ya ocupados y han salido en servicio de la Patria, me es doloroso y hasta vergonzoso pasear mi uniforme de marino por las calles de Valparaíso. Me parece que a todos va diciendo que no me consideran digno de servir a mi patria en estas circunstancias”.

Como lo supondréis, señores, contesté a Arturo Prat que esperara un poco y que en la guerra que empezaba, hombres como él, tendrían muchas oportunidades para servir a su Patria.

Cuando el señor Sotomayor me pidió, un secretario que fuera inteligente, prudente y hombre de acción, le señalé en el acto a Arturo Prat.

“No le conozco, me contestó; llámele sin que él conozca el objeto, y aquí hablaré con él y formaré mi opinión”.

Llamé en efecto a Arturo Prat, y haciendo el papel de que por haber un testigo extraño no podía hablarle del asunto que motivaba el llamado, le hice discurrir sobre diversas materias y después de pocos minutos el señor Sotomayor interrumpía la conversación diciendo:

El señor Intendente ha llamado a Ud. para pedirle que me acompañe como secretario en una comisión de confianza con que me ha honrado el Gobierno.

Pero, señor, dijo entonces Arturo Prat, mirándome. La comisión que se me ofrece parece propia de un hombre de pluma, y yo quería una comisión propia de un hombre de espada.

Será como Ud. lo desea, contestó Sotomayor. Viniendo conmigo nos embarcaremos en el buque almirante y hemos de ser muy desgraciados sino participarnos de los trabajos de los peligros y también de las glorias de la Escuadra.

Acepto con gusto, dijo, entonces Prat.

Y en efecto, una o dos horas después se embarcaba.

Más tarde, tuve el gusto de saber que el jefe y su secretario se entendían perfectamente, y que recíprocamente se apreciaban.

No podía ser de otro modo.

¿No sabéis, señores, lo que esos dos hombres han hecho a contar desde aquel día, y sabéis también como han vuelto al seno de la Patria?

El capitán de corbeta Arturo Prat, volvió primero, y habiendo salido un niño creció en pocos meses hasta ser lo que hoy es: La más grande figura de la Historia contemporánea, la más pura gloria de Chile.

El jefe ha vuelto más tarde. Se dió antes el tiempo de vengar a su secretario, y muere cuando Iquique es nuestro y cuando, después de fatigas sin cuento, deja a nuestro ejército victorioso e irresistible a las puertas de Tacna y Arica que no tardarán en caer.

Cruel ha sido la suerte para con este ciudadano eminente, y con razón decía ayer un diarista, que moría como Moisés después de conducir a su pueblo hasta las puertas de la tierra prometida, pero sin entrar en ellas.

Hagamos, señores, que la gratitud nacional y el respeto de todos dulcifique en lo posible para su familia y para sus deudos este golpe de aciaga fortuna.

Permitidme que os revele un detalle íntimo y que manifiesta hasta qué punto, el señor Sotomayor estaba consagrado al servicio de la Patria.

Un día recibió en la cámara del buque en que tenía su despacho, una carta en que su respetable esposa lo llamaba para que fuera a presenciar los últimos instantes de la vida de una hija querida.

Creyendo la esposa y la madre que su súplica talvez no fuera oída, permitió que la hija enferma agregara una postdata, que era un llamado tiernísimo hecho al padre, casi desde el borde del sepulcro. La escritura de aquella postdata revelaba una mano debilitada ya por la enfermedad.

Se me asegura que Sotomayor leyó esa carta, dejó correr en silencio sus lágrimas, y la guardó en su cartera para no volver a leerla. Cuando la Patria le llamaba a su lado, y la esposa y la hija moribunda le llamaban en sentido opuesto, Sotomayor no vaciló; dijo adiós a la hija para no pensar sino en la bandera de Chile, resuelto a hacerla triunfar o caer envuelto en sus pliegues.

Digo ahora lo que dije al principio; la obra de este hombre ha podido ser discutida pero no lo serán jamás sus grandes virtudes de patriota. Esto basta y sobra para que el país venere su memoria y para que la noticia de su muerte haya revestido las proporciones de una desgracia nacional”.

CAPÍTULO XIX.

Los ejércitos peruanos, I y II del Sur.

El almirante Montero tenía unos cinco mil hombres más o menos cuando el general Prado delegó, en él, el Comando de las fuerzas acantonadas en Tacna y Arica, con el título de jefe Político y Militar de los Departamentos del Sur.

El general Buendía llegó el 18 de Diciembre a Arica en donde entregó su ejército al almirante Montero, y por orden superior, pasó a un hotel en calidad de arrestado, mientras se le abría juicio acerca de su actuación en Tarapacá. Igual medida se toma con su jefe de Estado Mayor General, coronel don Belisario Suárez.

He aquí los cuerpos procedentes de Tarapacá:

División Exploradora: Jefe, el coronel Melchor Federico Bedoya.

Batallones 1º de Ayacucho N° 3 y Provisional de Lima N° 3.

División vanguardia: Jefe, el coronel don Justo Pastor Dávila,

Batallones Lima N° 8 y Puno N° 6.

Primera División: Coronel don Alejandro Herrera,

Batallones Cazadores, Arequipa, 2º Ayacucho y la Guardia N° 7.

Segunda División: Jefe, Coronel don Andrés Avelino Cáceres,

Batallones Zepita N° 2 y 2 de Mayo.

Tercera División: Coronel don Francisco Bolognesi.

Batallones Celadores, Arequipa y 2º Ayacucho.

Quinta División: Coronel don Baltasar Velarde,

Batallones Iquique, Loa, Tarapacá, Naval, Noria, Gendarmes y Guardia Civil de Iquique.

A retaguardia la artillería sin cañones, los jefes y oficiales excedentes, los enfermos y 51 prisioneros chilenos.

Sumaba esta fuerza de general a tambor, 3.824 plazas que unidas a 500 que le habían precedido y otros 600 a 700 que llegaron rezagados, alcanzan más o menos a 5.000 hombres.

El almirante recibió al principio a los jefes y oficiales con cierta altanería; pero reaccionó pronto, porque formaban la parte más granada del ejército del Perú y dió de preferencia a los coroneles el comando de las nuevas divisiones reorganizadas.

Después de quince días de ardua labor, el almirante se encontró con un ejército fuerte de 10.000 hombres, con la mayoría de los jefes y oficiales curtidos en la penosa campaña de Tarapacá.

Montero era hombre de trabajo. Se dedicó con ahínco a instruir al nuevo ejército, a darle cohesión y disciplina, bastante quebrantada con las derrotas y la terrible retirada a través de la cordillera y de pampas desoladas.

Mas, para poner al ejército a la altura de la alta misión que estaba llamado a desempeñar, necesitaba recursos en víveres, vestuario, equipo, medicinas y muy especialmente dinero para pagar el pré devengado por la tropa, que pasaba penosas estrecheces por falta del pago de sus haberes.

El Dictador Piérola manifestaba poco empeño en subsanar las deficiencias que se notaban en la I División, en lo que no andaba extraña la política. En cambio, el II Ejército del Sur con su sede en Arequipa recibía constantes subsidios en armas, equipo y dinero. Verdad era que la casi unanimidad de los jefes figuraban entre los pierolistas fanáticos y el Dictador veía en el II ejército del Sur, un sólido pedestal para su permanencia en el poder.

La tropa estaba bien amunicionada y armada de rifles de retro-carga de buena calidad.

El armamento de la infantería tenía un gravísimo defecto; la diversidad de los sistemas de rifles, que acarreaba dificultades en la provisión de municiones y su reemplazo en el campo de batalla. Los rifles se distribuían en los sistemas Remington, Peabody, Chassepot y Comblain.

La artillería y caballería usaba carabinas Remington, Evan y Winchester. Además de la dotación completa de municiones en los cuerpos, guardaba en almacenes un repuesto de un millón de tiros a bala y unos 120.000 cartuchos de carabina para las tropas montadas.

El almirante Montero desempeñaba el cargo de jefe Político y Militar de los departamentos del sur, por nombramiento del ex-presidente general Prado. En el mes de Enero, el señor Piérola nombró a su correligionario y amigo don Pedro Alejandrino del Solar, Prefecto y jefe político del departamento de Moquegua, con facultades dictatoriales para levantar reservas de milicias en favor de la defensa nacional.

Montero, lejos de sentirse ofendido por el cercenamiento de mando que implicaba la designación del señor del Solar, hace allanar todas las dificultades del camino para la comodidad de su viaje desde Arequipa a Tacna, en cuya ciudad le recibe cariñosamente.

Su antecesor don Carlos Ceferino Zapata, le entrega la Prefectura y se retira al campo, pues mediaba entre ambos rivalidad política enconada.

Del Solar amigo de Piérola desde las aulas del Seminario de Santo Toribio, traía facultades discrecionales de procedimiento en la administración del Departamento; y como hombre enérgico y resuelto, procede desde el primer día a poner en pie de guerra a sus subordinados.

Promulga por bando el Estatuto dictado por Piérola como Constitución Provisoria, y en virtud de sus poderes en tiempo de guerra, convoca por bando a todos los ciudadanos peruanos de 21 a 50 años de edad, a una reunión que tuvo lugar en el Teatro de Tacna en los primeros días de Abril.

Procede a la inscripción de los asistentes para el servicio de la Reserva, dividida en dos secciones: Reserva Movilizable y Reserva Sedentaria.

La primera comprende a los industriales, trabajadores agrícolas y artesanos; la segunda, a los empleados públicos, profesores y profesionales.

Como encontrara en la prefectura gran cantidad de cajones con monedas de níquel, las lanza a la circulación para las vueltas de menos de 30 centavos de curso forzoso, so pena de multa y cárcel, penas que hace efectivas sin contemplaciones.

Impone a la ciudad una contribución forzosa de 1.00.000 soles plata, para gastos de guerra, cuya devolución se efectuará en la misma forma que la deuda pública, dándose a los interesados los correspondientes bonos al portador.

El monto del cupo, se determina en conformidad a la tasa del impuesto a la renta afecto a cada cual. Nadie escapa a este pago, ni aún los extranjeros.

El cobro se hace por vía de apremio colocando guardias a las puertas de los rehacios para impedirles el ejercicio de su industria hasta el cumplimiento del bando.

Los ministros acreditados en Lima reclaman a nombre de sus respectivos gobiernos, de una exacción tan injusta como ilegal.

El representante inglés lo hace en términos enérgicos. El gobierno quiere paliar la ilegalidad manifestando que la prefectura sólo exigía el pago anticipado de las patentes por dos años, y no un empréstito forzoso.

No se da por satisfecho Mr. Spencer St. John, Ministro Residente de S. M. B. En nota seca y apremiante se dirige al Ministro de Relaciones en estos términos:

“Lo que he solicitado de V. E. es una seguridad de que el gobierno peruano no aprobaba la conducta de su agente al levantar un empréstito forzoso entre los súbditos británicos, en contravención con el art. 9 del Tratado existente entre Gran Bretaña y el Perú; y en segundo lugar, que el dinero así ilegalmente colectado con violencia con la fuerza de policía sería devuelto”.

Desearía poder informar al gobierno de S. M. que el gobierno del Perú no ha aprobado la medida ilegal de su agente, y que si aún no se hubiera remediado el mal cometido, estaba preparado a hacerlo en la primera oportunidad”.

El Ministro de Relaciones don Pedro José Calderón, hubo de capitular ordenando la devolución en letras sobre Londres, a los señores Campbell y Cía. y Farfán y Cía., de las sumas de 7.500 soles, y 3.400 soles respectivamente.

Los esfuerzos del prefecto para activar el enrolamiento en la Reserva tuvo éxito; de abogado se transforma en militar, y toma el mando de la división de las milicias de la capital de la Provincia.

Montero, con su título de general en jefe del I Ejército del Sur, a la vez que adiestra a su gente y termina las defensas de Arica, ejerce activa vigilancia en las caletas vecinas, para precaverse de un desembarco del enemigo, y custodia también la quebrada de Camarones por donde puede ser amagado por tierra.

Varias veces se esparce la alarma del acercamiento de los chilenos; ora por el sur, en cuyos caminos se habían divisado partidas de caballería; ora por la costa, debido a que los comandantes de las naves bloqueadoras hacían frecuentes desembarcos para procurarse víveres frescos, cortar el telégrafo o levantar croquis de los caminos de acceso.

Montero tenía aviso, por sus espías diseminados en Chile, de que el ejército chileno invadiría el Departamento por Ite o Ilo, por lo cual hizo vigilar ambos puertos por fuerzas suficientes para su resguardo, con orden de impedir el desembarco si era posible o replegarse hacia el Cuartel General, en caso de que el enemigo se presentara con fuerzas muy superiores.

El coronel don Manuel Velarde recibe la comisión de resguardar el valle de Ilo, vigilando a Pacocha; y el coronel Cáceres con una pequeña división Perú-boliviana hace la guardia de la caleta de Ite. Cáceres dispone de su cuerpo de la división boliviana de Pinto Castro y del Escuadrón *Cazadores de Daza*.

El coronel don Gregorio Albarracín ocupa el valle de Locumba con su escuadrón *Flanqueadores de Tacna*.

Tan seguro estaba el almirante de recibir el ataque por el norte que da a los coroneles Velarde y Gamarra instrucciones como si estuviera al tanto de los secretos del Ministro Sotomayor. El 25 los chilenos, inician el desembarco en Pacocha; a las 2 P. M. ya tiene conocimiento Montero de la operación; envía por telégrafo las siguientes órdenes a Moquegua:

“El movimiento que hará el enemigo está reducido a tomar a Moquegua, que creo difícil, o a moverse con su ejército a Ite con el objeto de amagar a Tacna. Si fueren sobre Moquegua, creo que las fuerzas existentes ahí deben defender las posiciones del Alto del Conde palmo a palmo, y dado el caso de no poder resistir, retirarse a Los Ángeles, esperando allí refuerzos de Arequipa. Si viniesen sobre Ite, deben estar listos para moverse y procurar caer a retaguardia del enemigo”.

No puede negarse que las disposiciones del general en Jefe eran atinadas.

Los diarios de Santiago y Valparaíso confirmaron sus inducciones acerca del desembarco de los chilenos por la costa norte de su sector, y como los momentos solemnes se aproximaban resolvió trasladar el ejército a Tacna, a tomar contacto con el de Bolivia, dejando en Arica dos divisiones para la defensa de la plaza.

Además, las fiebres diezaban sus tropas por la vecindad del valle de Azapa, foco de la fiebre amarilla y la terciana.

El coronel Camacho, sabedor de las intenciones del almirante, dispone que sus cuerpos ocupen el valle del Caplina, acampando en los pueblecitos de Pocollay, Calana y Pachía y aún en simples vivaques, haciendo vida de campaña.

La caballerosidad de Camacho, que era huésped del Perú, no hace efecto en el ánimo de Montero, que se instala sin ceremonia en los cuarteles desocupados de la ciudad.

Las familias, en vista de los preparativos para una próxima batalla, se apresuran a emigrar a la costa norte hasta el Callao; las de comerciantes extranjeros casados con peruanas prefieren trasladarse a Iquique, en donde es activo el movimiento comercial y hay garantías para todo el mundo.

El 13-IV el ejército peruano queda concentrado en la capital de la provincia. Dos mil hombres más o menos permanecen de guarnición en Arica.

Orden de batalla del I ejército del Sur.

(Este Orden de Batalla está tomado de los partes oficiales peruanos.)

General en Jefe, almirante don Lizardo Montero.

Jefe de Estado Mayor General, coronel don Manuel Velarde.

Seis divisiones de infantería, una brigada de artillería, una división de caballería y una de tropas auxiliares.

1ª División

Comandante, coronel don Justo Pastor Dávila.

Cuerpos: Batallones, *Lima N° 11*, coronel don Remigio Morales Bermúdez; *Cuzco N° 19*, coronel don Valentín Quintanilla.

2ª División

Comandante, Coronel don Andrés Avelino Cáceres.

Cuerpos: Batallón *Zepita N° 1*, comandante don Carlos Llosa; Batallón *Cazadores del Misti N° 15*, coronel don Samuel Luna.

3ª División

Comandante, coronel don Belisario Suárez.

Cuerpos: Batallón *Pisagua N° 19*, comandante don Pedro J. Matiz y *Arica N° 21*, coronel don Julio Mac-Lean.

4ª División

Comandante, coronel don Jacinto Mendoza.

Cuerpos: Batallones *Victoria N° 17*, coronel don José Godinez y *Huáscar N° 13*, coronel don Belisario Barriga.

5ª División

Comandante, coronel don Alejandro Herrera

Cuerpos: Batallones *Ayacucho N° 3*, coronel don Nicanor R. de Somocurcio, *Arequipa N° 17*, coronel don José Iraola.

6ª División.

Comandante, coronel don Cesar Canevaro.

Cuerpos: Batallones *Lima Provisional*, Coronel don José Díaz., Batallón *Rimac*, coronel don Víctor Fajardo.

Artillería.

Comandante General, coronel don Arnaldo Panizo.

Comandante de la Brigada, teniente coronel don Domingo Barboza.

Caballería.

Comandante General, coronel don Aquiles Méndez.

Regimiento *Húsares de Junín*, Comandante, coronel don A. Salcedo. Escuadrón *Guías*, Comandante, coronel don Pedro P. Nieto. Escuadrón *Flanqueadores de Tacna*, Comandante, coronel don Gregorio Albarracín.

Tropas milicianas.

Comandante jefe, Prefecto don Pedro Alejandrino del Solar.

Columna *Gendarmes* de Caballería, jefe, teniente coronel don Napoleón Vidal.

Columna Agricultores de *Para*, Jefe, coronel don Samuel del Alcázar. Columna *Tacna*, jefe Coronel don P. Ramírez. Columna Artesanos, Jefe, teniente coronel don Pedro Albarracín.

Efectivos.

Infantería.- Los cuerpos tenían una dotación de 600 plazas; pero había algunos que excedían este término medio, como el *Victoria* con 764 individuos; el *Zepita*, con 878, el *Pisagua*, con 874; y el *Iquique* con 770, lo que da un promedio de 7.992 plazas de guerra.

Artillería.- Sirvientes de pieza, 180, id. del parque 85. Total 265 hombres, que con 29 oficiales, hace subir el efectivo a 294 más o menos.

Caballería.- *Húsares de Junín*, 268 sables. Escuadrón *Guías* 222; *Gendarmes*, 149; *Flanqueadores de Tacna* 136. Total 475 individuos de tropa.

Total de efectivos:

Infantería de línea.....	7.992	Soldados
Artillería.....	294	“
Caballería.....	475	“
Milicias.....	1.500	“
Total.....	10.261	“

Material de Artillería.

6 Cañones Armstrong 7,6 avancarga.
6 “ Blakeley de campaña avancarga.
3 Ametralladoras Gatling, 11,4.
8 Cañones Krupp de retrocarga, 75 modelo 1879.
Total 23 piezas de diversos calibre.

El II Ejército del Sur.

El general don Manuel Beingolea, comandante en Jefe del II Ejército del Sur, no avanzó de la costa después de su desembarco en Quilca, para dirigirse a Arequipa.

Los achaques de su avanzada edad y las diferencias que tuvo con las autoridades debido a la irascibilidad de su carácter, le impidieron dirigirse al interior, pues los agentes administrativos no le proporcionaban elementos de movilidad para trasladar a Arequipa la gran copia de bagajes e impedimentas de que era portador, pues el dictador Piérola quería formar en esta ciudad un ejército respetable con jefes y oficiales enteramente adictos para aplastar cualquier tentativa revolucionaria.

El general Beingolea, envió a Arequipa a su jefe de Estado Mayor General, coronel don Mariano Martín López, encargado de formar dos nuevas divisiones para reforzar al coronel don Agustín Gamarra, jefe de la 1ª División en operaciones sobre el valle de Moquegua.

Llegó también procedente de Lima, el coronel don Isaac Recabarren, nombrado subjefe de Estado Mayor del II Ejército, cuyo comportamiento en Pisagua y Tarapacá le valió un ascenso y las felicitaciones del Gobierno.

Recabarren trajo consigo armas, municiones y vestuario para la tropa que se encontraba semi desnuda, como asimismo, una batería de artillería Krupp recientemente llegada por la vía de Panamá.

El coronel López hacía vida sedentaria debido a su avanzada edad; delegó el mando de las divisiones en formación en el activo coronel Recabarren que se puso a la obra con su ardor infatigable característico.

Por ese tiempo llega la noticia del desastre del coronel Gamarra en Los Ángeles. El Estado Mayor, en ausencia del general Beingolea, declara disuelta la 1ª División y reparte entre los cuerpos de la guarnición los 700 hombres salvados de la derrota.

El Prefecto de Arequipa, coronel don Alfonso González Orbegoso, se mostraba satisfecho de la actuación de Recabarren y comunicaba a Piérola con fecha 17 de Abril, que este jefe podría marchar pronto contra el enemigo, empezando las operaciones con 3.000 hombres, que podían situarse, en Moquegua, abandonada ya por los invasores. Solicita con instancias ropa, para las tropas, pues hay cuerpos que se ponen la chaqueta a raíz de las carnes por falta de camisa; y hay que tomar en cuenta que arrecian los fríos con la cercanía de la estación de invierno.

Por su parte Recabarren obtiene víveres en el alto comercio, hipotecando sus propios bienes, no obstante su numerosa familia; y empeña igualmente el crédito del Estado.

Compra a don Enrique Marcó del Pont, comerciante arequipeño 422.858 de varas de género por la suma alzada de 2.124 £ 12 sh. y 3 p. a razón de doce peniques por sol en letras sobre la Caja Fiscal de Lima.

El jefe de Estado Mayor General dispone por Orden de la plaza de 12-IV-80 el reconocimiento del coronel Recabarren como comandante en jefe de las tropas de Arequipa para conducir las al valle de Moquegua, en tanto llega el coronel don Segundo Leiva, nuevo general en jefe del II Ejército.

Con tal nombramiento, Recabarren no se da un instante de reposo para poner en pie de guerra las tropas confiadas a su dirección.

Crea nuevos cuerpos, reorganiza los antiguos, confecciona cuadros de jefes y oficiales, da de baja a los ineptos para el servicio y propone al Supremo Gobierno el ascenso de los meritorios.

El apoltronado coronel López siente celos de Recabarren y le ordena que en adelante sus disposiciones lleven el V° B° del Estado Mayor General.

Recabarren acusa recibo de la nota, y continúa obrando con entera independencia unido por el nombramiento de Comandante en jefe de las fuerzas, decreto sancionado por el Supremo Gobierno.

El coronel López se enoja: expide orden de prisión contra el insubordinado jefe y nombra fiscal para incoar proceso, al comandante don Saturnino Bermúdez, quien se traslada varias veces al domicilio de Recabarren a notificarle de arresto y tomarle declaración indagatoria, pero el señor coronel no se encuentra visible por enfermedad no obstante que actúa de comandante en jefe de las tropas.

López se da cuenta de que es víctima de una burla y se enoja de veras.

Ordena al Batallón Legión Peruana que se traslade a la residencia del rebelde, la allane y tome preso a cuantas personas se encuentren en ella.

El comandante de la Legión acata la orden, entra a casa del coronel descargando los rifles en las habitaciones y declara preso al dueño de casa y a los contertulios que departían con él.

Pero llegan dos batallones de Recabarren, que rodean a la Legión Peruana, cuyo jefe vuelve manso y con las orejas gachas a su cuartel.

Esto ocurre el 19 de Abril, cuando los chilenos se encuentran en avance sobre Tacna.

El Prefecto González Orbegoso, ante tal escándalo, publica por bando el día 20 un decreto en el que exonera de sus cargos a los coroneles López y Recabarren, y toma el mando de todas las fuerzas de la guarnición en su carácter de Comandante General de Armas. Da parte de lo ocurrido al Supremo Gobierno para su aprobación y envía un propio al coronel Leiva, pidiéndole que active su marcha.

El coronel Leiva entra a Arequipa a fines de Abril a poner fin al bochinche que traía divididos a los jefes y oficiales, pues ambos contendores hicieron intervenir en sus querellas a la fuerza pública.

Releva de su puesto a los coroneles López y Recabarren y les ordena partir a Lima a disposición del Ministerio de Guerra; y propone al gobierno como jefe de Estado Mayor General, al coronel Pío Cornejo, militar antiguo, de honrosos antecedentes y aptitudes.

Leiva se recibe, no de un ejército, sino de una montonera. Con todo celo y firmeza introduce el orden, mejora la condición del soldado, procurándole buena alimentación para que pueda resistir pesadas marchas; obtiene dinero en Lima; paga un mes de sueldo a la tropa y cancela los haberes vencidos a jefes y oficiales, que carecían de crédito en la plaza hasta para su subsistencia.

Establece una maestranza en el Colegio de la Independencia; se fabrican 2.400 cartucheras y otros tantos porta-capotes, se adquieren uniformes, ropa interior y zapatos, y consigue cubrir la desnudez del soldado, cuyo raído uniforme daba lástima.

La instrucción militar progresa bajo su dirección; saca los cuerpos diariamente mañana y tarde a ejercicios y maniobras; y como tiene bastante munición, los moviliza varias veces fuera de la ciudad para ejercitarlos en el tiro al blanco.

El 7 de Mayo se pone en comunicación con Montero por cable, vía Mollendo, y le comunica que en breve día inicia movimiento sobre Moquegua con la vanguardia.

Organiza tres divisiones con los efectivos formados por Recabarren y González Orbegoso:

Orden de Batalla del II Ejército del Sur.

Comandante en Jefe, coronel don Segundo Leiva.

Jefe de Estado Mayor General, coronel don Pío Cornejo.

INFANTERIA.

División Vanguardia.

Jefe, coronel don Mariano Céspedes.

Cuerpos: Columna <i>Grau</i>	300 plazas
“ <i>Mollendo</i>	320 “
Total	620 “

1ª División.

Jefe, coronel don Juan Francisco Ooyzueta.

Cuerpos: Batallón <i>Apurimac</i>	550 plazas
“ <i>2 de Mayo</i>	550 “
Total	1.100 “

2ª División.

(Organizándose en Arequipa).

3ª División.

Jefe, coronel don Marcelino Gutiérrez.

Cuerpos: Batallón <i>Legión Peruana</i>	530 plazas
“ <i>Huancané</i>	500 “
Total	1.030 “

Total de Infantería.

División Vanguardia.....	620 plazas
1ª División.....	1.100 “
3ª “	1.030 “
Total.....	2.750 “

ARTILLERIA.

Jefe, coronel don Manuel San Román; Mayores don Mateo Moran y don Juan Balbuena.

Cuerpos: Brigada de Artillería.....	184 plazas
Escuadrón Volante de Ametralladoras..	145 “
Total.....	329 “

Lo que hace un efectivo total de 3.079 individuos.

MATERIAL.

Brigada de Artillería.

4 cañones de 8 libras avancarga.

4 “ Krupp 7,5 de retrocarga.

4 “ rayados de 9 libras avancarga.

3 Ametralladoras del Escuadrón Volante.

Ganado:

Caballos.....	155
Mulas.....	139
Total.....	294

Parque:

300.000 tiros a bala, sistema Peabody, Remington, Winchester y Chassepot.

El 11 de Mayo emprende la marcha con destino a Moquegua la División *Vanguardia*, a la que siguen las divisiones 1ª, 3ª escalonadas.

El 26 llega a Tarata la 3ª División, encontrándose en este pueblo todo el II Ejército, precisamente el mismo día en que se libraba la batalla en el Alto de la Alianza.

Leiva concede a la tropa un día de descanso, porque la 3ª División había hecho una ruda jornada; permanece en Tarata todo el 27; en la tarde recibe instrucciones de bajar a Locumba y amenazar la retaguardia enemiga.

Hé aquí el origen de estas instrucciones:

El día 21-V-80 el coronel Leiva envía un propio al generalísimo Campero anunciándole su llegada al valle de Moquegua, se pone a sus órdenes, y le pide instrucciones.

El 24-V-80 el general don Juan José Pérez, jefe de Estado Mayor General del ejército aliado, acusa recibo al coronel Leiva de su oficio del 21 y le da las siguientes instrucciones, de O. del J. en J.:

“1º El enemigo ha practicado un reconocimiento el 22. Es posible un ataque desde el valle de Sama. En tal caso se aproximará con las fuerzas de su mando al valle de Locumba, para inquietar la retaguardia del enemigo, desplegando los guerrilleros según los movimientos del enemigo.

2º En caso que el enemigo le acometiese con fuerzas superiores, se retirará a Candarave y de ahí a Tarata”.

En vista de las anteriores instrucciones, baja a Moquegua, en donde se le une el Escuadrón *Gendarmes* del Comandante don Manuel A. Jiménez, y el 29 acampa en la Rinconada de El Conde.

Como al día siguiente tiene que vencer la Cuesta del Bronce, y atravesar doce leguas de desierto, da orden de partir a las 3 P. M. para trasponer la pampa durante la noche; más; a las once de la mañana recibe el siguiente cablegrama de Bolognesi, comandante de la plaza de Arica, enviado al prefecto de Arequipa:

“Esfuerzo inútil. Tacna ocupada por enemigo, Arica se sostendrá muchos días y se salvará perdiendo enemigos, si Leiva jaquea, aproximándose a Sama y se une con nosotros”.

Más tarde le llegan noticias de que la derrota es completa; y que la concentración de los dispersos se efectuará en Tarata.

Modifica entonces su itinerario. No baja a Locumba, porque el enemigo puede coparlo ahí con una gruesa división de la Reserva; sigue por la sierra camino a Tarata, punto de reunión.

Emprende la marcha sobre Sinti a donde llega el 31 a las 3 P. M. después de una pesada caminata de toda la noche.

Sigue a Mirave e Ilabaya y envía propio a Comcas y Tarata a noticiarse del señor Director de la Guerra. Supo que del I Ejército quedaban unos 500 hombres, la mayor parte jefes y oficiales, que se internaron a Puno en unión del almirante Montero.

El día 8 recibe orden telegráfica del Ministerio de la Guerra de ponerse de acuerdo con el I Ejército del Sur y marchar sobre Sama, a salvar la plaza de Arica.

No existe ya el I Ejército; y como no quedan más fuerzas disponibles que 2.300 hombres del II Ejército, cree imposible intentar ninguna hostilidad contra un enemigo inmensamente superior en número, engreído por la victoria,

Envía fuerzas a Candarave a recojer armas, municiones y dispersos, y vuelve a Torata, y de ahí a Arequipa, a continuar la formación del II Ejército del Sur, sin intentar esfuerzo alguno en favor de la guarnición de Arica.

CAPÍTULO XX.

El Generalísimo Narciso Campero.

S. E. el General Daza, Presidente de Bolivia llegó a Tacna en el primer semestre de 1879, con un ejército de 5.992 plazas dividido en seis divisiones: Vanguardia o Legión Boliviana y números 1, 2, 3, 4 y 5.

Poco a poco fué desprendiéndose de tropas para reforzar al ejército peruano de Tarapacá del general don Juan Buendía hasta enterar dos divisiones con un efectivo de más de tres mil hombres.

La 3ª División del general don Pedro Villamil se encontró en Pisagua distribuida en esta forma:

Campamento de Hospicio:	
Batallón Victoria, 1º de La Paz, Comandante, coronel don Juan Granier.....	535 plazas
Batallón Independencia, N° 3 de La Paz, Comadante, coronel don Pedro A. Vargas.....	429 “
Campamento de Agua Santa:	
Batallón Vengadores.....	500 “
Campamento de Mejillones del Norte:	
Batallón Aroma.....	500 “
Total.....	1.964 “

El Victoria y el Independencia se batieron en el asalto de Pisagua; pero declarada la derrota, la mitad del Victoria y la totalidad del Independencia echaron a correr hasta llegar a sus querencias de La Paz.

El general Buendía, en su retirada del 2 de Diciembre, recogió los batallones Vengadores y Aroma y con su custodia se replegó sobre Pozo Almonte.

Los restos del Victoria sirvieron al general Villamil para reorganizar el cuerpo con efectivo de 300 hombres.

Los bolivianos aportaron a la batalla de San Francisco, dos divisiones:

División del general don Carlos de Villegas:

Batallón Illimani.....	500 plazas
“ Otañeta.....	450 “
“ Paucarpata.....	450 “
“ Dalence.....	500 “
Total.....	1.900 “

División del general don Pedro Villamil:

Batallón Aroma.....	550 plazas
“ Vengadores.....	460 “
“ Victoria.....	300 “
“ Colquechaca.....	400 “
Total.....	1.710 “

Caballería:

Húsares de Bolivia..... 148

Las anteriores sumas comprenden únicamente la tropa. Los jefes y oficiales suman:

Generales.....	2
Jefes.....	57
Oficiales.....	326
Total.....	385

Total general:

Jefes y oficiales.....	385
División Villamil.....	1.900
“ Villegas.....	1.710
Caballería.....	148
Total.....	4.143

Después de San Francisco los bolivianos se dirigieron a su tierra, de suerte que en Tarapacá apenas figuró un pequeño cuerpo de esta nacionalidad, el Loa, que se batió bien.

El gobierno de La Paz, se preocupó de volver a reunir nuevos contingentes para reforzar el ejército destacado en Tacna; junto con los auxilios en dinero, víveres y equipo, enviaba constantemente partidas de reemplazos para llenar las filas raleadas por las enfermedades y deserciones. Depuesto el general Daza, el coronel Eleodoro Camacho, con más facilidad reunió hombres y dinero para subvenir a las necesidades de la estada del ejército en Tacna. No obstante las penurias del erario, el ejército recibía su pre en dinero a razón de diez reales por peso fuerte.

En Enero de 1880 a la subida de Campero a la Dirección Superior del Ejército, por haber deferido a la Convención Nacional, la elección de Presidente de la República, las fuerzas del coronel Camacho, divididas en cuatro divisiones, tenían la siguiente dotación:

Cuartel General, Estado, Mayor General y Estados Mayores	
Divisionarios.....	86 plazas
Ayudantes, Secretaría, Comisaría.....	26 “

Artillería:

Regimiento de Artillería.....	260 “
-------------------------------	-------

Infantería:

Batallón Alianza N° 1 (Colorados).....	550 “
“ Sucre N° 2.....	530 “
“ Loa N°.....	359 “
“ Aroma N° 4.....	359 “
“ Viedma N° 5.....	413 “
“ Padilla N°.....	356 “
Total.....	2.939 plazas

Caballería:

Escuadrón Coraceros.....	133 plazas
Regimiento Murillo.....	169 “
“ Vanguardia.....	173 “
“ Libres del Sur.....	206 “
Total.....	681 “

Sanidad:

Cuerpo Sanitario.....	123 plazas
-----------------------	------------

Los anteriores totales, elevan a la suma de 9.850 hombres, los contingentes levantados para la guerra, por el general Daza, antes de su deposición.

El 4 de Enero el general Campero acepta, y entra en funciones, el puesto de comandante en jefe del ejército, en virtud del nombramiento, con que le distinguió la junta de Gobierno reemplazante de Daza, compuesta de los coroneles señores Uladislao Silva, Donato Vásquez y doctor don José Manuel Guachalla, con el doctor don Severo Muñoz, como secretario.

Esta junta tomó la dirección de los negocios públicos, hasta que una Convención Nacional designara presidente provisorio de la República encargado de dirigir las elecciones generales para elegir primer mandatario, definitiva condición impuesta por el señor Campero.

Los políticos no pueden entenderse; surgen ambiciones encontradas por la primera magistratura; se suceden pronunciamientos, motines de cuartel y juntas Gubernativas.

Las provincias hacen oír su voz en este revuelto caos, y Oruro, Potosí, Cochabamba y Sucre proclaman presidente provisorio al ciudadano don Narciso Campero, quién no resiste a las aclamaciones populares, y con fecha 19 de Enero de 1880 expide un decreto por el cual “acepta la *comisión provisional* que le confiere la patria y asume la presidencia de Bolivia mientras se reúne la Convención Nacional, cuyo decreto de Convocatoria se expedirá en el término de veinte días de la fecha”.

El nuevo presidente nombra secretario General de Gobierno, al doctor Ladislao Cabrera, el héroe de Calama, que se apresura a comunicar a la cancillería del Rimac la ascensión al poder de S. E. el General Campero, y hace votos por la felicidad del gobierno del Perú. Y agrega textualmente: “El Jefe Supremo me encarga particularmente expresar al Excelentísimo gobierno del Perú, su firme e invariable propósito de estrechar más, si es posible, los indisolubles lazos de la Alianza perú-boliviana, no sólo como la expresión genuina de la nación toda que le ha conferido su representación de sus propios deseos, sino también como una exigencia ineludible del equilibrio americano”.

Con fecha 5 de Marzo, el Ministro de Relaciones del Perú, don Pedro José Calderón, contesta en términos entusiastas la nota anterior, y hace votos por el próximo triunfo y la lealtad inquebrantable a la Alianza.

El general Campero resuelve reforzar cuanto antes a Camacho. Divide la 5ª División en dos brigadas: la 1ª queda en La Paz, a cargo del general don Casto Arguedas, alistándose para marchar a Tacna; la 2ª permanece disciplinándose en Oruro, a las órdenes del doctor-coronel don Ladislao Cabrera, secretario general del gobierno.

Los caudillos callan; pero se aprontan en silencio para jugar una mala pasada al nuevo funcionario.

El general Arguedas sale el 9 de Marzo al Alto de La Paz con la 1ª Brigada compuesta de los Batallones *Bustillo 3º*, *Oruro*, el *Escuadrón Guías* y el *Parque*, para presentarlos en revista al Inspector General del Ejército coronel don Uladislao Silva.

En tales circunstancias llega la noticia de que los chilenos han desembarcado en Mollendo, que amagan a Arequipa y naturalmente la línea férrea a Puno y la posesión del Lago Titicaca. El Ministro del Perú, don José Luis Quiñones, corre en busca del general Campero y le suplica que envíe la División Arguedas a Arequipa antes que a Tacna, por encontrarse esta plaza en grave peligro.

Campero accede: dispone que la División Arguedas marche a Chililaya, se embarque ahí en los vapores “Yapurá” y “Yaraví” para atravesar el lago y en Puno tome trenes especiales para su traslación a Arequipa; pero que antes baje a La Paz para una revista completa de equipo, y perorarla, formalidad obligada antes de cualquier movimiento bélico.

El 12 de Marzo debían bajar a La Paz los cuerpos de Arguedas, acantonados en Viacha y Huaqui; pero en la noche el coronel Huachalla, que se encontraba disciplinando su cuerpo, el nuevo *Murillo* en Tiahuanuco, al otro lado del llano, levanta el campamento, se dirige a Viacha, se toma el parque, hace amarrar a Arguedas e intima rendición a los cuerpos, que se pliegan al movimiento.

El coronel Silva, Inspector General, se pone a la cabeza de la revolución y el 12 a las 2 P. M. se presenta en el Divisadero de La Paz a la cabeza de sus tropas.

Campero no tiene más gente en la Capital que el batallón *Victoria*, del coronel Granier, aún en formación; no obstante su inferioridad, Granier defiende la plaza; pero el enemigo le arrolla, y se adueña de la ciudad después de matarle una veintena de soldados.

Campero y Granier van a buscar asilo a Oruro.

Silva forma junta de Gobierno que se da a reconocer por bando; y como primera diligencia, se dirige a la Legación Peruana a manifestarle al Ministro don José Luis Quiñones,

el firme propósito de cooperar al triunfo de la Alianza, continuando la guerra contra Chile con todo el vigor posible.

El nuevo jefe de Bolivia y el Ministro Quiñones firman un protocolo el 13 de Marzo, por el cual se compromete el coronel Silva a hacer a Chile una guerra pronta y eficaz hasta conseguir el triunfo; de agotar todos los recursos de Bolivia para obtener ese fin; que se apresura a mandar al Departamento de Puno los únicos tres batallones que tiene a sus órdenes para que en cumplimiento de la Alianza, vayan a Arequipa a defender el territorio del Perú; y conservar al coronel Camacho el mando del ejército de Bolivia que existe en Tacna; cuidando de proveer todas sus necesidades.

El plenipotenciario peruano agradece al señor Silva los generosos propósitos manifestados y solicita de él que esto mismo se le diga por escrito como constancia de la conferencia, a lo que el señor Silva se presta gustoso.

Tenemos, pues, que todas las autoridades que se suceden en Bolivia, apenas proclamadas, corren a la Legación del Perú, a prestar la declaración que ratifican la Alianza y combatirán a Chile hasta morir.

Pero en Chile ocurre todo lo contrario. El Ministro Santa María y los políticos de su círculo creen que las continuas revueltas ocurridas en Bolivia obedecen al deseo de independizarse de la tutela peruana y que sus hombres públicos estarían llanos a tratar con Chile, si éste ofreciera a Bolivia las debidas compensaciones.

Dos prisioneros peruanos, antiguos revoltosos y conspiradores de profesión, los coroneles don Casimiro Corral y don Federico Lafaye alentaban las esperanzas del señor Santa María, a quien hacían creer que los descontentos de La Paz esperaban únicamente una favorable oportunidad para derrocar a Campero y demás partidarios de la guerra con Chile.

Don Domingo cayó nuevamente en las redes de los intrigantes bolivianos, y se comprometió a Lafaye para que marchara a Bolivia, se pusiera al habla con algún caudillo, y premunido de suficiente dinero levantara la bandera de la paz.

El gobierno de Chile apoyaría en toda forma a las nuevas autoridades, las reconocería como gobierno de hecho, y enviaría ante ellas un Ministro Plenipotenciario, con plenos poderes para suscribir un acuerdo.

Lafaye no era prisionero de guerra. En una de sus correrías por la costa peruana, se embarcó en el Callao con destino a Mollendo; cuando el vapor de la compañía inglesa arribó a este puerto, los marinos chilenos le notificaron la existencia del bloqueo, y la nave siguió de largo a la costa chilena.

Las autoridades de Iquique desembarcaron a los pasajeros del Callao, pusieron en libertad a los neutrales y enviaron al coronel Lafaye a Santiago, en donde quedó detenido en calidad de prisionero.

De acuerdo con Santa María hizo una solicitud, de libertad fundada en los anteriores antecedentes; el ministro Gandarillas ordenó la libertad, y se le concedieron pasaportes para que pudiera pasar por Moquegua a su país, a trabajar por la ruptura de la Alianza y el acercamiento a Chile.

Don Eusebio Lillo, embarcado en la escuadra en carácter de secretario general, recibió el nombramiento de Ministro en Bolivia, por lo que desembarcó en Pacocha en espera de su próxima partida al altiplano.

La carta autógrafa que acreditaba a Lillo en su alto carácter, empezaba con la frase sacramental: "Grande y Buen amigo"; y las instrucciones, las resume Santa María, en nota confidencial al señor Lillo, fechada en Santiago, el 8 de Mayo de 1880, en estos puntos:

1° Que Antofagasta es nuestro.

2° Que lo es también el territorio marítimo hasta el Loa, como una necesidad creada por la guerra que nos ha hecho Bolivia.

3° Que los límites orientales serán fijados más tarde, a fin de no dejarnos otra cuestión por ese punto que concluyese por perturbar la paz que hoy se firmaba.

4° Que debiendo mantenerse la autonomía boliviana, Arica, Tacna y Moquegua sean anexadas a Bolivia.

Y como condensación de su pensamiento, el Ministro decía a Lillo: “La paz con Bolivia la miro como una necesidad para llegar a la paz con el Perú”.

El señor Lafaye se remontó a las mesetas bolivianas, con la bolsa bien provista y la cartera repleta de comunicaciones para los personajes designados por él para establecer relaciones con nuestro gobierno.

Llegado a La Paz, Lafaye pone en conocimiento de Campero, las intenciones de Chile, entrega las comunicaciones reservadas de que es portador, y publica un manifiesto a sus conciudadanos, en que pone de relieve la felonía del gobierno chileno y recomienda la fidelidad a la alianza con el Perú, como único medio de contrarrestar las acechanzas del enemigo.

La noticia causa sensación: los diarios aliados publican a grandes títulos las proposiciones chilenas, que reproduce la prensa del continente desafecta a nuestro país, especialmente la de Buenos Aires, con desfavorables comentarios.

El señor Santa María sacó un pan como una flor.

Volvamos a la última revolución ocurrida en La Paz, que da como resultado la proclamación del coronel don Uladislao Silva como jefe supremo.

El país lanza un grito de reprobación ante la nueva insurrección de las tropas.

Sucre y Cochabamba se levantan contra el nuevo orden de cosas; el general Flores anuncia desde Potosí, que alista sus fuerzas para dirigirse a La Paz, a restablecer el orden; el coronel Cabrera mueve desde Oruro la 2ª brigada de la 5ª División, a la cabeza de cuya tropa entra Campero a la capital, que se declara en su favor.

El coronel Silva y sus secuaces huyen al Perú o se dispersan por el interior. Campero hace fusilar al capitán Domingo Vargas, del ex-Dalence, que se distinguió en Dolores subiendo con su compañía al cerro de San Francisco; declara traidores a la patria, a los coroneles Silva, Huachalla y Matos y al doctor Severo Matos y a todos los funcionarios públicos que les auxiliaron; y apresura el alistamiento de la División destinada a Tacna, que irá ahora a cargo del general don Claudio Acosta.

Los ejércitos peruanos y bolivianos de Tacna permanecían, el primero en sus cuarteles de la ciudad, y el segundo diseminado en los cantones de Calientes, Pachía, Calana, Pocollay, y Alto de Lima.

Las relaciones entre los comandantes en jefe, señores Montero y Camacho, cordiales en apariencia, se resentían de cierta tirantez debido al desempeño del Comando Supremo.

El protocolo complementario del Tratado de Alianza designaba como jefe del ejército unido al presidente de la república en cuyo país acamparan las tropas; a falta de éste, el otro presidente aliado. Pero nada decía respecto al Comando Supremo en el caso de faltar ambos jefes de Estado.

El contralmirante Montero, por razón de grado superior, pues el señor Camacho era sólo coronel, ejercía la dirección superior sin protesta de éste pero con expresivo disgusto interno. Aceptó la situación mientras el general Campero, consultado apresuradamente, resolvía el caso.

La situación se presentaba delicada, por las noticias del avance del ejército chileno y nada se había resuelto aún respecto al plan para las próximas operaciones.

Camacho pidió una reunión de jefes para estudiar esta interesante cuestión que tuvo lugar en el Cuartel General peruano.

Efectuado el Consejo de Oficiales Generales, el coronel Camacho, desarrolló su plan de operaciones, que a su juicio, conduciría al éxito deseado.

Según el señor coronel, el ejército aliado debía levantar sus campamentos de Tacna y trasladarse al valle de Sama a dar la batalla.

Varias circunstancias favorables, a juicio del autor, abonaban este plan:

1ª La posesión de Sama daba a los aliados las ventajas de la ofensiva.

Observación. La misma facultad tenían en sus campamentos de Tacna.

2ª La ventaja de batir al enemigo, en detalle, a medida que llegaran sus divisiones escalonadas.

Observación. Llegaron escalonadas porque la concentración se efectuaba en Sama a 45 kilómetros del enemigo y con la cortina de los *Carabineros de Yungay* a vanguardia. Si el

enemigo se hubiera adueñado de Sama, la concentración se habría efectuado en Locumba en las mismas condiciones.

3ª El aprovechamiento de los recursos del valle, agua, leña, víveres, carne fresca y forraje, elementos valiosos para el ejército.

Observación. El señor Camacho, razonaba con verdad.

4ª La concentración obligada del enemigo en Locumba le hacía víctima de las fiebres endémicas, causándole numerosas bajas.

Observación. La estada del ejército sería breve, por solo el tiempo necesario para la concentración y avance.

Los enfermos, por crecido que fuera el número, no impedirían la marcha a empeñar la acción.

5ª La ocupación de Sarna alejaba el peligro de la caída de Tacna y Arica.

Observación. Convenido: pero el alejamiento del plazo no conjuraba el peligro.

6ª La cercanía a Moquegua facilitaba la conjunción del II Ejército del Sur, cuya salida de Arequipa había anunciado el Prefecto, señor González Orbegoso.

Observación. El coronel Leiva se llevó maniobrando hasta después de la batalla de Tacna, sin unirse al ejército, por el camino de Torata, Candarave y Tarata, fácil para soldados indígenas, acostumbrados a las fragosidades de la sierra. Ni siquiera se acercó al valle de Caplina a evitar la dispersión de los derrotados, ni menos dió la mano a Arica, como se le ordenó por telégrafo el señor Piérola.

7ª La posesión de Sama evitaba un posible movimiento chileno para desviar el caudal del Caplina y privar de agua potable al ejército y la ciudad.

Observación. Para esta maniobra ejecutada por una fracción o por todo el ejército, su jefe necesitaba desfilarse por el flanco derecho de las posiciones enemigas, con su gruesa artillería, parque, bagajes, y demás impedimentas, dejando abandonada su línea de comunicaciones, para descender al fondo del valle del Caplina por quebradas y laderas, frente a Calana o Pachía, cuyo descenso por dos únicos caminos, desorganizarían las columnas en marcha. Dando de barato que el enemigo magnánimo permitiera el desfile de flanco, sería para cañonearlo impunemente desde las alturas de la meseta y fusilarlo con su infantería de mampuesto. La repetición de la entrada del 2º de línea a la quebrada de Tarapacá.

8ª La retirada a Bolivia, en caso de derrota, era más fácil desde la quebrada de Sama, por la sierra, que por los contrafuertes de la cordillera en las nacientes del Caplina.

Observación. No haría mucha gracia a los jefes peruanos la perspectiva de ir a rehacerse a tierra boliviana después de un fracaso.

El contralmirante Montero opinaba por la permanencia del ejército en Tacna; librar la batalla, y si el resultado era adverso, replegarse sobre Arica y pelear ahí hasta vencer o sucumbir.

En consecuencia, la línea de combate debía tenderse al norte de Tacna, a bastante distancia para evitar a la ciudad el peligro de la artillería enemiga y lo suficientemente cerca para el aprovisionamiento de agua y leña. Colocado el ejército aliado frente a la ciudad, impedía todo ataque de flanco. La única ruta accesible por la orilla del mar, llevaba a los chilenos a la boca del Caplina, formada por dunas y adonde no llega gota de agua, pues toda se resume en los arenales de la pampa.

¿Y todo, para qué? para quedar de Tacna a la misma distancia de Sama, sin agua y sin ayuda de la escuadra en cuanto a recursos, pues la playa impide abordar a las embarcaciones menores.

El ejército aliado carecía de elementos para una línea de etapas hasta Sama, de suerte que debía desecharse la posibilidad de acercarse a ese valle.

Cuanto a tomar la ofensiva táctica en un momento propicio, tanto daba moverse de Tacna como de Sama.

El razonamiento del señor Montero se asentaba sobre un hecho primario, la conservación de la ciudad; perdida ésta, resistir en Arica, en donde estaría en comunicación directa por cable con Lima, para órdenes ulteriores.

El almirante Montero se abstuvo de exhibir las órdenes del gobierno que le prescribían conservar a toda costa las plazas de Tacna y Arica. Más tarde, Piérola la puso en conocimiento del general Campero, por medio de la siguiente comunicación del Ministerio de la Guerra:

“El mencionado General en jefe (almirante Montero) ha tenido instrucciones especiales de S. E. el jefe supremo de la República, en las cuales se señalaba como objetivos principales:

1° La defensa, absoluta de Tacna y Arica;

2° La defensa ofensiva de las alturas de Moquegua. (Firmado) *Miguel Iglesias*”.

Nada práctico resultó del Consejo. Los jefes peruanos apoyaron el plan de Tacna de Montero; y los bolivianos, el de Camacho, a excepción del coronel don Miguel Castro Pinto que fué del parecer de los primeros.

Montero, como una deferencia a los aliados, ordeñó un reconocimiento del valle de Sama, la que se efectuó bajo la dirección del general don Juan José Pérez, jefe del Estado Mayor del ejército boliviano y del coronel don José Latorre, jefe de Estado Mayor de Montero.

El reconocimiento tuvo lugar en la primera semana de Abril. Durante dos días la comitiva, compuesta de varios jefes y un ingeniero, custodiada por un escuadrón de caballería, recorrió una extensión de tres leguas al oeste de Las Yaras y otras tantas al oriente, decidiéndose por este último sector según informe elevado a la Comandancia en jefe del ejército.

El presidente Campero había conseguido por fin despachar la división de refuerzo a Tacna, a cargo del general don Claudio Acosta. Se componía este contingente de los siguientes cuerpos:

Batallón Tariga 7°.....	447 plazas
“ Choralque 8°.....	458 “
“ Grau 9°.....	475 “
Escuadrón Guías (Después Escolta)	149 “
Total.....	1.529 “

Con este refuerzo, el ejército boliviano alcanzó un efectivo de un poco más de 5.000 hombres que el Comando Supremo dividió en cinco divisiones, pero sin distribuir los cuerpos en estas nuevas unidades superiores, reservándose esta medida para la víspera de la batalla.

El coronel Camacho urgía al Presidente para que resolviera la dificultad de la Dirección Suprema del ejército; no congeniaba con las disposiciones de Montero, y temía un fracaso sirviendo a sus órdenes.

Le comunicaba, además, en reserva, que Montero tenía resuelto retirarse a Arica, en caso de derrota, lo que significaba la rendición o entrega del ejército, a plazo más o menos largo.

Consecuente con sus ideas de atacar al enemigo en Sama, había dispuesto el alistamiento de sus tropas, y esperaba únicamente, las resoluciones del gobierno de La Paz para salir en demanda del enemigo.

Como tardaran éstas, y se veía reforzado por la tropa de Acosta llegada el 18-IV-80, expidió el 19 una orden de marcha rumbo a Sama para el día siguiente.

La resolución del jefe boliviano importaba una rebelión, pues la marcha se efectuaría sin conocimiento de su superior, contralmirante Montero; pero el señor Camacho, no se detenía en detalle, cuando tomaba una decisión. La salida quedó fijada indefectiblemente para el 20 en la mañana.

A las once de la noche del 19 el general Campero se presenta, en los campamentos de Tacna, sin aviso alguno, por lo que se le cree depuesto por alguna nueva revolución; pero las inquietudes se disipan pronto, viéndole acompañado del Ministro del Perú en La Paz, Excmo. señor Bustamante y Salazar, sucesor de don José Luis Quiñones, que entusiasma a los jefes con su fácil palabra, y su confianza en el triunfo de las armas aliadas.

El 21-IV-80 el contralmirante Montero hace entrega del mando a S. E., el Presidente de Bolivia, en una efusiva salutación de bienvenida dada en la orden del día del ejército.

Campero, al recibirse del Comando en jefe, expide la proclama de rigor, a los defensores de la Alianza:

“Fuí el primero, dice, en protestar en Tupiza contra la villana ocupación de Antofagasta; seré el último en plegar la santa bandera que entonces enarboló mi brazo.

Peruanos: si no puedo ofreceros un gran contingente de luces, contad a lo menos con mi entera consagración a la santa causa de la Alianza, que es la causa de los peruanos como lo es de los bolivianos.

Bolivianos: Subordinación y constancia y haréis pagar bien caro a los invasores las efímeras ventajas con que tanto se han envanecido.

Valientes del ejército unido, al vivac, y al campo del honor, a la gloria ¡Viva la Alianza!”.

El Generalísimo organizó el Estado Mayor del Ejército unido y nombró jefe al general don Juan José Pérez, ilustre capitán de Yungay, que llevaba gentilmente sus setenta años.

El 23 de Abril pasa revista a las tropas en la planicie del cementerio. El espectáculo que presentaba el ejército era magnífico. El entusiasmo creció con esta formación, que produjo el efecto de estrechar el vínculo entre ambos ejércitos e inspirarles recíproca confianza.

La divergencia de opiniones entre Montero y Camacho continuaba latente; Campero resolvió estudiar el terreno en persona.

Ordenó que el ejército estuviera listo el 24, para efectuar el viaje a Sama; pero hubo de postergar la orden por dos días, por la imposibilidad de algunos cuerpos para emprender la marcha.

El 27 se inicia el movimiento; a la legua y media hace alto en las posiciones designadas por el general Montero en su plan de operaciones.

El ejército avanza en el siguiente:

ORDEN DE MARCHA.

Descubierta.

Regimiento Húsares de Junín

Punta de vanguardia

Batallones *Lima* (peruano) y *Aroma* (boliviano).

Grueso.

1^a y 2^a Divisiones Bolivianas. 3^a, 4^a, 2^a, 5^a, 1^a y 6^a Divisiones del Perú.

Escuadrones bolivianos, *Murillo* y *Vanguardia de Cochabamba*.

Artillería y ametralladoras.

7^a, y 8^a Divisiones peruanas.

3^a División de Bolivia.

Retaguardia.

Caballería: Escuadrón *Libres del sur*, Escuadrón *Padilla*, *Guías del Perú*, *Coraceros* y *Guías de Bolivia*.

Al día siguiente falta agua, escasean los víveres y flaquean los elementos de movilidad.

El general Campero ex-alumno de la Escuela de Guerra de París, y comandado como oficial en el ejército francés, demuestra objetivamente la imposibilidad de trasladar el ejército a Sama por falta de elementos.

Camacho se convence; las tres cabezas dirigentes se ponen de acuerdo en que el choque tenga lugar al norte de Tacna.

El Comando Supremo, establece la línea de batalla sobre las alturas de una cadena de cerros que dominan aquellos lugares.

Pero aquí empiezan las dificultades; hay que traer diariamente el agua desde el río y enviar la caballada a forrajear y beber al valle, a bastante distancia de los campamentos.

No es posible continuar en tales posiciones; se retira a Tacna.

Después de algunos días ocupados en preparar las tropas para la batalla, resuelve volver nuevamente a las alturas, pues tiene noticias ciertas del próximo avance del enemigo.

Quiere elegir con calma el futuro campo de batalla.

Con relación a tan importante materia, el general Campero describe con claridad las ventajas de las posiciones que ocupó el ejército aliado.

Dice el Generalísimo: (Informe del General Campero a la Convención Nacional de Bolivia.)

“Acampado de nuevo en estas posiciones y preocupado constantemente de estudiar el terreno y buscar una que nos fuera más ventajosa, noté que detrás del ala izquierda de nuestro ejército existía una meseta que dominaba toda la llanura prolongándose hacia la costa, la que podía ser ocupada fácilmente por el enemigo, dejándonos en una situación muy desventajosa, pues de allí podía tomarnos por todos lados, de flanco y de revés, sin poder nosotros evitarlo.

Para hacerme cargo del peligro, me constituí a los dos días en aquella meseta, acompañado de los señores Montero y Camacho, y la examinamos en toda su extensión y en sus más pequeños accidentes. El resultado de este exámen fué el de afianzarme en mis temores; la posición era muy desfavorable para nosotros y muy superior bajo todo concepto a la que ocupábamos. Resolví, pues, situar allí al ejército; lo que se ordenó y practicó sin dilación.

Una vez allí me tranquilicé por completo, pues me convencí aún más que en aquella situación, al mismo tiempo que evitaba un peligro real, adquiriría una posición verdaderamente militar. En efecto, estábamos en una meseta bordeada hacia nuestro frente por una ceja que la defendía y de la que se desprendía una especie de glacis hacia la llanura y otra igual hacia nuestra espalda, ocupando nosotros la cima que dominaba el llano por ambos lados.

Nuestros flancos se defendían convenientemente por unas hondanadas profundas, que limitaban la meseta a uno y otro costado. Por otra parte, la posición indicada estaba situada de tal modo que podíamos impedir la entrada del enemigo a Tacna, que era el objeto primordial que debíamos tener en vista.

Permanecimos, pues, allí tranquilos, y me contraje seriamente a tomar las disposiciones necesarias para esperar al enemigo”.

Estas disposiciones convirtieron la posición tan prolijamente escogida en un campo atrincherado con fosos, reductos y un fortín en el flanco derecho.

Razón tenía el generalísimo para permanecer tranquilo.

CAPÍTULO XXI.

Mapa N° 4

En demanda del enemigo.

El Comando Supremo y el Estado Mayor chilenos, trabajaban activamente en poner al ejército en estado de medirse con los aliados. El coronel Lagos contribuía con su experiencia y su juicio certero a la confección de los planes elaborados para la próxima acción. El general tenía plena confianza en Lagos dando al olvido ocurrencias pasadas. Este, por su parte, trabajaba con ahínco desde la mañana a la noche, con laudable actividad.

Ultimadas las disposiciones, restaba efectuar el reconocimiento de los campamentos enemigos, para conocer la distribución de las fuerzas, la forma del terreno, las vecindades y sus lugares de acceso, los caminos y sendas que conducen a él y las dificultades que ofrece la pampa al paso de la artillería y al avance de la infantería. Las cartas marcaban un terreno desierto entre Sama y el “Campo de la Alianza” cortado a la mitad por la Quebrada Honda, y nada más.

Además de la parte topográfica, necesitaba el Comando averiguar la calidad de piezas de artillería, el alcance de los cañones y la destreza de los artilleros enemigos, y determinar el punto por donde comenzar el ataque, y las zonas débiles de la línea de atrincheramientos.

Punto capital era también constatar los inconvenientes que presentaría el paso de la Quebrada Honda, a las pesadas carretas con víveres y municiones; y cerciorarse también si las arenas muertas de la pampa permitirían el arrastre de la artillería de campaña. Sabida era la opinión del finado Ministro de la Guerra, de que las piezas no podían atravesar desiertos iguales al de Hospicio y Locumba. Este transporte constituía un problema obscuro, que convenía solucionar sobre el terreno.

El Estado Mayor fijó el día 22 de Mayo, para el reconocimiento, que debía efectuarse a las órdenes del jefe de Estado Mayor General.

Se designó el siguiente personal: los ayudantes de Estado Mayor, el comandante de ingenieros, los coroneles jefes de División y de la Reserva, y sus jefes de Estado Mayor, el comandante general de caballería, los jefes de cuerpo y oficiales que pudieran proporcionarse caballos; los cirujanos jefes de ambulancias, y el comandante general de Bagajes.

Servirían de escolta doscientos infantes montados, el *Escuadrón Carabineros de Yungay*, la compañía de *Granaderos* del capitán don Temístocles Urrutia y otra de *Cazadores* del capitán don Sofanor Parra.

La artillería suministró dos piezas de campaña en pie de guerra, con equipo y dotación completa de municiones.

La columna exploradora rompe marcha a las dos de la mañana; a las 9 A. M. hace alto en Quebrada Honda, para examinar el terreno y dar descanso a la caballada.

La ceja norte es una pared a pique, de diez metros de alto a uno y otro lado del camino de Las Yaras a Tacna; la ceja sur forma una subida de suave gradiente, pero de polvo movedizo y sutil.

A las 10 A. M., en marcha.

La descubierta anuncia la presencia de enemigos, al sur de la quebrada; el comandante Bulnes, jefe de la caballería, ordena a su tropa — mismo el aire de marcha; pasa después del

trote al galope, y a poco, las compañías cargan en masa en plena pampa. Los *Húsares de Junín*, que vigilan el frente aliado, no esperan la embestida; vuelven grupas en dirección al campamento, perseguidos a rienda suelta por los jinetes chilenos. Parra logra estrechar la distancia y llegar a tiro de rifle de las trincheras aliadas; mientras los *Cazadores* regresan, Albarracín anuncia a grandes gritos la llegada del enemigo.

Los tambores baten generala, los cornetas tocan a tropa y en breve todo el ejército forma en orden de combate.

Velásquez avanza lentamente con la columna, estudiando el terreno, las sinuosidades del camino, y los senderos que conducen al “Campo de la Alianza”. El jefe de Estado Mayor, y algunos ayudantes recorren con sus telémetros el extenso frente de los aliados, de donde parte un cañonazo de alarma.

Son las 11 en punto. Los oficiales sacan sus relojes para medir la distancia al segundo disparo que no tarda en hacerse sentir. Catorce segundos median entre la luz y el sonido, lo que da una distancia de 4.662 metros, asignando 333 metros por segundo a la velocidad del sonido.

El coronel Velásquez, ordena alto, pie a tierra y almuerzo, a la vista del enemigo. Media hora después avanza unos mil metros en línea de combate, la artillería al centro, a retaguardia la infantería, y la caballería a las alas.

Nuestros cañones: disparan: el primer tiro queda corto; el segundo cae en el centro de las carpas de un batallón, matando a un centinela, según se supo después.

Los aliados contestan con quince a veinte disparos; los proyectiles caen en la pampa, muy a vanguardia de los chilenos. Es que usan solamente las baterías de bronce, de avancarga y con saquete limitado. Los Krupp de retrocarga permanecen mudos.

Los jefes se fraccionan para el estudio del campo. Velásquez recorre el ala derecha; el jefe de ingenieros, comandante Martínez el centro; y, el coronel Vergara la izquierda.

Durante dos horas, grupos de jinetes recorren la planicie en todas direcciones. El enemigo no desenmascara sus puestos, no da señales de vida; permanece oculto tras las trincheras.

El coronel Velásquez, terminado el reconocimiento, regresa a Las Yaras a las 7 P. M. sin novedad alguna.

El general emplea el día, por su parte, en revistar el parque, las ambulancias, el bagaje y el hospital, en donde quedan unos ciento cincuenta enfermos graves de disentería, tercianas y fiebre, a cargo de una compañía del Batallón *Cazadores del Desierto*. Concedió permiso a los enfermos para conservar sus rifles y cien tiros para reforzar a la compañía, en caso de ataque de los monteros. Ordenó además que los ingenieros fortificaran pasajeramente los alrededores del hospital.

La orden general del 23 dispone la celebración de un Consejo de Guerra para el 24, a las 7 P. M., en el Cuartel General.

A la hora designada se reúne la junta, presidida por el general Baquedano, con asistencia del jefe de Estado Mayor General coronel don José Velásquez, el 1º ayudante coronel don Pedro Lagos, los jefes divisionarios coroneles don Santiago Amengual, don Francisco Barceló, don Domingo Amunátegui y don Orozimbo Barboza; el de la Reserva, coronel don Mauricio Muñoz; el comandante General de caballería coronel don Salvador Vergara; el Director del Servicio Sanitario doctor Ramón Allende Padín; y el jefe de comunicaciones, comandante don Francisco Bascuñan Álvarez.

Baquedano evitaba los Consejos de Guerra, generalmente aparatosos y estériles, pues pocos jefes echan sobre sí la responsabilidad de una opinión clara y definida, en contradicción con las ideas dominantes. Por otra parte, los llamados a Consejo, creen a su general en apuros o indeciso, o que quiere compartir con ellos la responsabilidad.

El general reunió el presente Consejo no para pedir pareceres, sino para exponer el plan de combate y el papel que debían desempeñar los Comandantes de unidades superiores.

El plan consistía en empeñar un ataque frontal, con el ejército en tres escalones, destinados a quebrantar el centro enemigo, romperlo si era preciso, en tanto que se llevaba una embestida violenta sobre su ala izquierda, viendo modo de envolverla.

El primer escalón compuesto de la II División a la izquierda y de la 1ª a la derecha, atacaría el centro, y la izquierda enemiga.

El segundo escalón con las divisiones III a la derecha y IV a la izquierda, reforzaría al primer escalón, la IV atacando el ala derecha contraria y la III protegiendo a las Divisiones I y II. Este escalón no se movería sino por orden expresa del Cuartel General.

El tercer escalón, formado por una poderosa Reserva, operaría, cuando y donde lo dispusiera el Comando Supremo, pues tenía dispuesto ser superior en número al enemigo en un lugar dado y en un momento, dado.

La caballería pasaría a las alas.

La artillería de montaña marcharía al frente, embebida en la infantería, como las ametralladoras.

La artillería de campaña operaría a retaguardia, en la forma que dispusiera el Estado Mayor General.

Las ambulancias armarían las carpas en la línea de la artillería de campaña.

Los cirujanos de cuerpo, y los designados por la Dirección Sanitaria avanzarían con la línea de fuego, con los practicantes necesarios para las primeras curaciones.

El parque en cuatro trozos atendería respectivamente a las cuatro divisiones. Los capellanes marcharían con los cirujanos.

He aquí la forma del despliegue de los escalones:

1º Escalón	II División.	I División.
2º Escalón	IV División	III División.
Tercer Escalón.		Reserva.

El efectivo del orden de combate era el siguiente, según el Estado Diario del Estado Mayor en el día 24-V-80.

SECCIONES.

CUARTEL GENERAL.

Comandante en jefe General don Manuel Baquedano;

	Jefes	Oficiales	Tropa:	Total
y jefe de Estado Mayor General, coronel don José Velásquez.....	12	11	-	23

Ingenieros.

1ª Cía. Del capitán don David Silva Vergara.....	1	4	119	124
--	---	---	-----	-----

Artillería.

Regimiento N° 2 jefe teniente coronel don José Manuel 2º Novoa	3	43	64	694 841
--	---	----	----	------------

Infantería.

I División.

Comandante, coronel don José Santiago Amengual, y Estado Mayor Divisionario...	4	3		7
<i>Batallón Valparaíso</i> , Jefe, teniente coronel don Jacinto Niño.....	1	15	335	351
<i>Regimiento Esmeralda</i> , jefe, teniente coronel don Adolfo Holley.....	3	44	1.091	1.138
<i>Batallón Naval</i> , jefe, coronel don				

Martiniano Urriola.....	2	24	559	585
<i>Batallón Chillan</i> , jefe, teniente coronel don Juan A. Vargas Pinochet.....	4	19	531	554
Total de la I División.....	14	105	2.516	2.635

II División.

Comandante teniente coronel don Francisco Barceló y Estado Mayor Divisionario.....	3	4		7
<i>Regimiento 2º de Línea</i> , jefe, teniente coronel don Estanislao del Canto.....	3	28	600	631
<i>Batallón Atacama</i> , jefe, teniente coronel don Juan Martínez.....	2	26	623	651
<i>Regimiento de Línea Santiago</i> , jefe teniente coronel don Estanislao León.....	3	45	844	892
Total de la II División.....	11	103	2.067	2.181

III División.

Comandante coronel don José D. Amunátegui, y Estado Mayor Divisionario.....	2	4		6
<i>Batallón Chacabuco</i> , jefe teniente coronel don Domingo, de Toro Herrera.....	2	19	521	542
<i>Batallón N° 1 de Coquimbo</i> , jefe, teniente coronel don Alejandro Gorostiaga.....	2	25	500	527
<i>Regimiento Artillería de Marina</i> , jefe, teniente coronel don José Ramón Vidaurre.....	3	30	614	667
Total de la III División.....	9	78	1.655	1.742

IV División.

Comandante, coronel don mismo Barboza y, Estado Mayor Divisionario.....	3	4		
<i>Regimiento Lautaro</i> , jefe, teniente coronel don Eulogio Robles.....	2	41		940
<i>Batallón Zapadores</i> , jefe, teniente coronel don Ricardo Santa Cruz.....	2	29	866	897
<i>Batallón Cazadores del Desierto</i> , jefe, teniente coronel don Jorge Wood A.....	2	17	465	484
Total de la IV División....	9	91	2.271	2.371

Reserva General.

Comandante coronel don Mauricio Muñoz y Estado Mayor Divisionario.....	1	4		
---	---	---	--	--

Regimiento Buin 1º de Línea, jefe, teniente

coronel don Luis J. Ortiz.....	3	43	819	
865				
<i>Regimiento 3° de línea</i> , jefe, teniente coronel don Ricardo Castro.....	3	44	1.006	
1.053				
<i>Regimiento 4° de línea</i> , jefe, teniente coronel don José San Martín.....	3	38	900	941
<i>Batallón Bulnes</i> , jefe, teniente coronel don José Echeverría.....	2	15	393	
410				
Total de la Reserva.....	12	144	3.118	3.274

CABALLERIA.

Comandancia General.

Coronel don José Francisco Vergara.....	1	2		3
<i>Regimiento Cazadores a Caballo</i> , jefe, Mayor don José Francisco Vargas.....	1	25	286	312
<i>Regimiento de Granaderos a Caballo</i> , jefe, teniente coronel don Tomas Yavar.....	3	33	346	382
<i>Regimiento de Carabineros de Yungay</i> , jefe, teniente coronel don Manuel Bulnes.....	4	24	378	406
Total de Caballería.....	9	84	1.010	1.103

RESUMEN.

	Jefes	Oficiales	Tropa	Total
Cuartel General Estado Mayor Ingenieros Artillería.....		16	58	767
841				
1ª División de Infantería.....	14	105	2.516	2.635
2ª “ “	11	103	2.067	2.181
3ª “ “	19	78	1.655	1.742
4ª “ “	9	91	2.271	2.371
Reserva General.....	12	144	3.118	3.274
Caballería.....		984	1.010	1.103
Total General.....	80	663	13.404	14.147

Antes de levantarse la Junta, el señor General manifestó que si alguno de los presentes deseaba hacer alguna indicación, la expresara con toda franqueza; y la oiría con agrado.

El señor Vergara expuso un plan de ataque contra el ala derecha y la retaguardia del ejército aliado, ya cometiendo la empresa a una división, ya empleando todo el ejército en la maniobra.

La caballería encabezaría el movimiento envolvente, ocupando el pueblo de Calana sobre el Caplina, donde desviaría el río para privar de agua potable a la ciudad y al ejército aliado.

El enemigo quedaría así copado sin poder retirarse sobre Arica o el valle de Caplina para rehacerse o dirigirse a Bolivia.

En la página 238 hemos tratado de este plan, sospechado por el coronel Camacho.

El jefe de Estado Mayor coronel Velásquez se opuso al plan ideado por el señor Vergara, por la dificultad de maniobrar frente al enemigo, con tropas en mucha parte no fogueada. Para tal ejecución, necesitaba soldados veteranos sólidos y aún así el desfile de flanco frente al enemigo, encerraba un tremendo peligro, para deslizarse a su vista con la artillería, carretas de

agua y víveres, recuas con municiones, ambulancias y demás impedimentas propias de un ejército en campaña, que en orden de marcha abarcaría una extensión de más de veinte kilómetros.

Es lógico suponer que el enemigo no sería tan paciente que se dejara encerrar de día claro, ante sus ojos. Esperaría el momento oportuno para cañonear las columnas en marcha, incomodarlas con sus guerrillas o precipitar la batalla a su voluntad, pues le abandonábamos la ofensiva táctica.

La enorme columna chilena precisada a aceptar la acción, necesitaría maniobrar para pasar del orden de marcha al orden de combate, lo que demanda tiempo con gente adiestrada, para evitar confusiones, sobre todo si el enemigo había roto los fuegos.

Además, el ejército quedaba expuesto a carecer de agua en plena pampa, a treinta kilómetros de Calana.

Si quería hacerse la maniobra por Pachía, la cosa era más difícil, sino imposible por entrarse a las primeras estribaciones de la sierra, con quebradas profundas y cordones de cerros de arena movediza.

El peligro mayor, capital, que hacía inaceptable el plan propuesto, consistía en la pérdida voluntaria de la línea de operaciones, error profesional que ponía al ejército chileno a merced del enemigo.

La exposición metódica del jefe de Estado Mayor, recibió la aprobación de la junta. El plan Vergara no tuvo sino el voto del autor.

El jefe de la I División coronel Amengual, el más antiguo de los de su grado pidió mayores instrucciones que ilustraran más a los jefes divisionarios.

El general expuso que si se precisaban nuevas órdenes las daría en el campo de batalla, donde se cercioraría por sí mismo si eran bien interpretadas y bien cumplidas: era enemigo de órdenes anteladas, en que no se prevén los casos, o situaciones inesperadas; ocurridas éstas el ejecutante queda perplejo respecto a su actuación.

Y agregó: las órdenes capitales las daré personalmente, o por medio del coronel Lagos, y deben cumplirse lisa y llanamente. Es el caso de la obediencia absoluta y pasiva.

Otro de los coroneles expuso que le parecía muy numerosa la reserva; que convenía apoyar con más gente de línea a los cuerpos movilizados de los escalones.

¡Ah, exclamó Baquedano. La victoria, cueste lo que cueste! En un momento dado, quiero ser superior, irresistible en número. Cada División tiene un cuerpo de línea; y la II dos.

Terminó la junta, previa la siguiente recomendación: cada jefe divisionario, tiene completa libertad de acción, para llenar su cometido; y dirigiéndose al coronel Amengual, su compañero del 38, de la Portada de Guías y de Yungay, le dice en confianza: Lo dicho, mi coronel; encerrar a la izquierda.

A las 9 P. M. los comandantes de División tienen junta de jefes de sus respectivos cuerpos, los que a su vez reúnen a los oficiales, a las 10 P. M. y les instruyen minuciosamente del papel que corresponde al cuerpo.

Conocemos la Junta presidida por el comandante del *Coquimbo*, teniente coronel don Alejandro Gorostiaga, que dijo a sus oficiales:

El general quiere una victoria rápida, para terminar con las privaciones.

Es necesario un solo pensamiento, vencer.

El enemigo tiene un frente de diez kilómetros: presentará algún punto débil; por ahí hay que partirlo, y por eso las divisiones irán escalonadas. En último caso, viene la poderosa reserva, y lo extermina.

Como vamos de frente a tomar el toro por las astas, hay que recomendar a la tropa disciplina y sangre fría; pido, a los capitanes energía e iniciativa; a los oficiales, cooperación a su capitán.

Es posible que las divisiones, II y I sean rechazadas; el enemigo está parapetado y será reforzado.

Nuestra III División entrará de refuerzo.

Los dos batallones del Regimiento *Artillería de Marina*, irán a la I División; los batallones Chacabuco, y Coquimbo a la II. Guía al centro; al estandarte; el batallón se desplegará en guerrilla.

Mientras tengamos a nuestros, compañeros al frente, nadie dispara.

Tan pronto rebasemos la línea, mandaré alto y fuego; apuntar bien, rodilla en tierra. Después, fuego en avance, sin precipitación, fijando la puntería.

Si oyen la corneta del cuerpo, alto instantáneo del fuego, para comprender bien la dispositiva.

Los capitanes gritarán la orden a toda voz, que repetirán sus oficiales.

Los capitanes dirigirán sus compañías hacia el objetivo, aprovechando las sinuosidades del terreno. Cuidarán, sí, de conservar más o menos la línea, guiándose por el estandarte que irá siempre al centro; si cae la escolta, lo toma el oficial más próximo.

Si un capitán cree necesario cargar a la bayoneta, replegará la compañía al centro, pasará con los oficiales al frente y al grito de ¡Viva Chile! emprenderá el asalto.

Estoy seguro de la victoria: pero hago votos por que el cuerpo se distinga y haga honor a la provincia; que el estandarte vaya siempre bien alto.

Y poniéndose de pié, bastante emocionado, da la mano a sus oficiales, que se retiran a sus puestos.

Parecida escena se produce en todos los cuerpos, cuyos jefes quieren para sus subordinados la distinción en la jornada.

Los campamentos permanecen tranquilos. El día pasó en los afanes de los preparativos de marcha y en la grata tarea de consumir el rancho doble que se repartió mañana y tarde.

El ejército estaba listo en el siguiente.

ORDEN DE BATALLA.

Cuartel General.

General en jefe don Manuel Baquedano.

Coronel, primer ayudante, don Pedro Lagos.

Coronel graduado, don Samuel Valdivieso.

Sargentos Mayores, primeros ayudantes, señores Jorge Wood, Juan Francisco Larraín B. y Alejandro Baquedano.

Capitanes segundos ayudantes, señores Belisario Campos, Guillermo Lira y Ramón Dardignac.

Tenientes segundos ayudantes, Julián Zilleruelo y Domingo de Sarratea.

Subteniente, segundo, señor José Santos Jara.

Secretario General, señor Máximo R. Lira.

Oficial de Secretaría, capitán don Daniel Caldera.

Estado Mayor General.

Coronel jefe de Estado Mayor General, don José Velásquez.

Teniente Coronel, Ayudante General don Waldo Díaz.

Ayudantes Sargentos Mayores, señores Guillermo Throup, Belisario Villagrán, Fernando Lopetegui, Julio Argomedo, José Manuel Borgoño.

Capitanes, señores, Francisco Villagrán, Juan Félix Urcullu, Juan N. Rojas y Enrique Salcedo.

Tenientes, señores, Santiago Herrera, José A. Fontecilla, y F. Alberto Gándara.

Alférez, señor Ricardo Walker.

Agregados:

Teniente coronel don Roberto Souper.

Sargentos Mayores, señores, Camilo Letelier y Constantino Bannen.

Capitanes, señores, Augusto Orrego, Alberto E. Gormáz y Alfredo Cruz Vergara.

Tenientes señores, José Agustín Zelaya, Juan F. Riquelme y Salvador L. de Guevara.

Ingenieros Militares.

Teniente Coronel, don Arístides Martínez.

Sargentos Mayores, señores, Baldomero Dublé A. y Francisco Javier Zelaya.

Capitanes Ayudantes, señores, Manuel Romero y Enrique Munizaga.

Capitanes, señores Daniel Silva Vergara y Leandro Navarro.

Subteniente, señor Marco Aurelio Almeyda.

Regimiento N° 2 de Artillería.

Tenientes Coroneles, señores, José M. 2° Novoa y José de la C. Salvo.

Sargentos Mayores, señores, Exequiel Fuentes y Santiago Frías.

Capitanes, señores, José A. Errázuriz, simismo s Fontecilla, José Joaquín Flores, Abel Gómez, Pedro Herreros, Manuel J. Jarpa, Ramón Miguel, Eduardo Sanfuentes, Eulogio Villarreal, y Federico 2° Walton.

Tenientes, señores, Juan B. Cárdenas, Jesús M. Díaz, Genaro Freire V., Santiago Faz, Salvador L. de Guevara, Jorge von Koeller B., Guillermo 2° Nieto, José Manuel Ortúzar, Alberto Sánchez, Lorenzo Sir, Caupolicán Villota y Aníbal Wilson.

Alféreces, señores, Ricardo Aguilera, Guillermo 2° Armstrong, Luis E. Álamos, José María Benavides, Jorge Boonen R. Nicanor Bacarreza, Reinaldo Boltz, Juan simis, Rodolfo Carnou, Armando Díaz, Jenaro Elgueta, Guillermo Flores, Laureano L. de Guevara, Isidoro Herrera, Eusebio 2° Lillo, Rodolfo G. Prat, Santiago L. Saldivar, Virgino 2° Sanhueza, Roberto Silva Renard, Eduardo Sánchez, Alonso Toro Herrera, Zacarías Torreblanca y Federico Videla.

Cirujano 2° señor Elías Lillo.

Practicantes, señores, Constantino Muñoz, Aníbal Muñoz y Wenceslao Pizarro.

PRIMERA DIVISION.

Plana Mayor.

Coronel jefe de la División, Sr. Santiago Amengual.

Teniente Coronel, jefe de E. Mayor señor Adolfo Silva Vergara.

Capitanes Ayudantes, señores, Fidel Urrutia, y Patricio Larraín Alcalde.

Tenientes Ayudantes, señores, Severo A. Amengual U. y Manuel Aguirre.

Subteniente ayudante, señor Santiago Peña y Lillo.

CUERPOS.

Regimiento Esmeralda.

Teniente coronel, don Adolfo Holley.

Sargento Mayor, don Enrique Coke.

Ayudantes Mayores, señores, Saturnino Retamales R., y Federico Maturana.

Abanderado, señor Ruperto Montero.

Capitán Agregado, señor Elías Casas Cordero.

Subteniente, señor Arturo Echeverría.

Capitanes, señores Joaquín Pinto Concha, Juan Aguirre M., Florencio Baeza, Juan Rafael Ovalle, Fortunato Rivera, José María Pinto Cruz, Félix E. Sanfuentes y Elías Naranjo.

Tenientes, señores, Arístides Pinto Concha, Adolfo B. Arredondo, Vicente Calvo, Martiniano Santa María, José A. Echeverría, Eduardo Lecaros, Aníbal Guerrero y Francisco Holley.

Subtenientes, señores, Desiderio Ilabaca, Alberto del Solar, José S. 2° simismo, Juan de Dios Santiago, Arturo A. Echeverría, José Manuel Orrego, Alberto Retamales R., Luis Ureta,

Ignacio Carrera Pinto, Germán Balbontín, Mateo Bravo Rivera, Miguel Ureta, Gonzalo Fabres, José R. Carmona, Lorenzo Camino, Juan A. Balbontín, José Valazí, Pedro A. Carreño, Joaquín Contreras, Miguel Bravo, Tulio Padilla y Juan J. Rodríguez.

Batallón Navales.

Coronel, comandante, don Martiniano Urriola.

Sargentos Mayores, señores Alejandro Baquedano y Alfredo Délano.

Capitanes señores, Pedro Elías Beytía, Reinaldo Guarda, Rómulo Vega C., Pedro A. Dueñas, Guillermo Carvallo y Roberto Simpson.

Tenientes, señores, Guillermo Doll, Daniel Martínez, Ramón Luis Opazo, Julio Geanneret, Enrique Délano., Enrique Escobar S., David Vives y Gustavo Prieto Zenteno.

Subtenientes, señores, Manuel 2º Renjifo, Miguel Valdivieso H., David Beytía, Manuel A. Guerrero, Víctor Simismo, Juan Guillinan, Enrique García y Guillermo Errázuriz.

Cirujano, señor Pablo de Montauban.

Farmacéutico, señor Manuel Ortiz.

Regimiento Chillán.

Comandante, teniente coronel don Juan A. Vargas Pinochet.

Sargento Mayor, don Daniel García Videla.

Capitanes Ayudantes, señores, Jacinto Valdéz y José Félix Villarroel.

Capitanes señores, Juan Manuel Jarpa, Honorindo E. Arredondo y José A. 2º Zúñiga.

Tenientes, señores, Miguel Simism Vargas, J. Herminio Dodds, Adrián Vargas y Ernesto J. González.

Subtenientes, señores, Francisco Javier Rosas, Nicolás Yavar Simism, Neptalí Arredondo, Manuel Urrutia, Recaredo Morales, Lucas Vial, Abel Reyes, Abraham Reyes y Roberto Siderey B.

Abanderado, señor Juan B. Sepúlveda.

Cirujano, Ismael Merino.

Practicante, señor, julio Pastor Ramírez.

Batallón Valparaíso.

Comandante, coronel don Jacinto Niño.

Ayudante, don Felipe Santiago Artigas.

Capitanes, señores, José Antonio Castro, Benjamín Fuentes y Ricardo Olguín.

Tenientes, señores, José Dolores Morales y Miguel Sanhueza.

Subtenientes, señores, José Candelario Mella, Emilio Sepúlveda, José María García, Caupolicán Niño, Pedro Nolasco Beytía, David Ibáñez, Armando A. Ferreira y José Pardo.

SEGUNDA DIVISION.

Cuartel General y Estado Mayor.

Comandante, coronel don José María Barceló.

Jefe de Estado Mayor, teniente coronel don Arístides Martínez.

Ayudantes:

Capitanes, señores, Ruperto Fuente Alba y Demetrio Carvallo.

Teniente, señor Belisario Zelaya.

Subteniente, señor Federico Weber.

CUERPOS:

Regimiento 2º de línea.

Teniente coronel, don Estanislao del Canto.

Sargentos Mayores, señores, Miguel Arrate Larraín y Abel Garretón.

Capitanes Ayudantes, señores Eleuterio Dañin y Anacleto Valenzuela.

Capitanes, señores, Joaquín Arce, Roberto Concha, Pedro U. del Canto, Daniel Aravena, José de la C. Reyes C., y Salustio Ortiz.

Tenientes, señores Francisco Simismo s, Francisco Lagos Z., Federico A. Garretón, Aaron Simismo, Pedro María Párraga y Manuel Luis Olmedo.

Subtenientes, señores, Gabriel Aravena, Alejandro S. Fuller, Manuel Vinagre B., Carlos Arrieta, Guillermo Vigil, Guillermo Chaparro, José S. Aguilera, Emilio Penjean, Tomás Valverde, Manuel Jesús Necochea, Filomeno Barahona y Alejandro Gazitúa.

Cirujano 1º don Juan Kidd.

Cirujano 2º don Julio Gutiérrez.

Regimiento de línea Santiago.

Teniente coronel, 2º Jefe, don Estanislao León.

Capitán Ayudante, don Lisandro Orrego.

Capitanes, señores, Abelardo Urrutia, Carlos Gatica, Nicolás Villagrán, Fernando Pérez, Domingo Castillo, Pedro Pablo Toledo, Daniel Briceño y José Manuel Sandoval.

Tenientes, señores, José Domingo Terán, Ramón Jarpa, Antonio Silva del Canto, Santiago Hinojosa, Juan Pablo Rojas, Emiliano Gómez H. y Diógenes de la Torre.

Subtenientes, señores, José de C. Retamales, Francisco E. Ramírez, Antonio A. Cervantes, Víctor M. Bruna, Luis Leclerc, Osvaldo Ojeda, Ignacio Silva Varela, Adolfo Lagos, Fernando Waidele, Enrique 2º Simi, Luis A. González, y Manuel R. Escobar.

Batallón Atacama Nº 1.

Teniente coronel, Comandante, don Juan Martínez.

Sargento Mayor, don Gabriel Álamos.

Abanderado, don Enrique Lavergne.

Cirujano don Eustorgio Díaz.

Practicante, don Zenen Palacios.

Agregados: tenientes señores, Ignacio Toro y Washington Cavada.

Capitanes, señores, Juan Ramón Soto A., José Miguel Puelma, José Agustín Fraga, Gregorio Ramírez, Juan Agustín Fontanes y Rafael Torreblanca.

Tenientes, señores, Enrique Ramos, Samuel E. Prenafeta, Juan Gonzalo Matta, Antonio 2º Garrido, Antonio María López, Edmundo E. Villegas y Alejandro Arancibia,

Subtenientes, señores, José del C. Ampuero, Baldomero Castro, Eugenio Martínez Cerda, Abraham A. Becerra y Polidoro 2º Valdivieso.

TERCERA DIVISION.

Comandante en jefe, Coronel don José Domingo Amunátegui.

Jefe de Estado Mayor, teniente coronel, don Diego Dublé Almeyda.

Ayudantes:

Capitán, don Benjamín Lastarria.

Tenientes, señores, Emilio Marchant, Carlos Wormald y Eduardo Guerrero.

CUERPOS:

Regimiento Artillería de Marina.

Teniente coronel, Comandante don José Ramón Vidaurre.

Teniente coronel, don Maximiano Benavides.

Sargento Mayor don Guillermo Zilleruelo.

Capitanes, señores, César Valenzuela, Francisco Carvallo, Pablo A. Silva Prado, Gregorio Díaz, Juan Rojo y Elías Yañez.

Tenientes, señores Arturo Ruíz, Luis Fierro, Francisco Amor, Fernando Valenzuela y Eduardo Moreno.

Subtenientes, señores Cirio Miranda, Ramón Patiño, Luis Díaz Muñoz, Julio A. Medina, Alfredo Valenzuela, Otto Moltke, Manuel A. Quiros, Ricardo simismo, Eduardo 2º Zegers, Luis Romero Hees, Ramón Olave, Arturo Olid, Manuel María Santiago, Ramón Fernández y Juan W. Silva.

Batallón Chacabuco.

Comandante, teniente coronel, don Domingo de Toro Herrera.

Sargento Mayor, don Belisario Zañartu.

Capitanes ayudantes, señores, Félix Briones y Carlos Campos.

Subteniente abanderado, don Manuel Pardo Correa.

Cirujano 2º don Clodomiro Pérez Canto.

Practicante don Francisco de B. Valenzuela.

Capitanes, señores Vicente Dávila B., Manuel J. Echeverría.

Tenientes señores, Luis Sarratea, Arturo Prieto, Enrique Oporto, Arturo Salcedo, Benjamín Silva, Enrique Lorca, Francisco Javier Lira, Ramón Soto Dávila, y Rafael Errázuriz.

Subtenientes, señores, Camilo Ovalle, B., Víctor Luco, Francisco Herrera, Caupolicán Santa Cruz, Pedro Fierro Latorre, Marcos Serrano, José Antonio Alemparte, Esteban Caverlotti, José Francisco Concha, y Valeriano Donoso.

Batallón N° 1 de Coquimbo.

Comandante, teniente coronel señor Alejandro Gorostiaga.

Sargento Mayor, señor Marcial Pinto Agüero.

Capitanes ayudantes, señores Federico 2º Cavada y A. Orellana.

Subteniente abanderado, señor Carlos Luis simismo.

Practicante señor Juan Francisco Concha Cavada,

Capitanes señores, Luis Larraín Alcalde, Francisco Aristía Pinto, Pedro Crisólogo Orrego, Marcelino Iribarren. Ramón H. Soto y Julio Caballero y Illanez.

Tenientes señores Francisco A. Machuca, Manuel María Masnata, Juan de Dios Dinator y Abel Botarro.

Subtenientes, señores Rafael Varela, Pedro M. simismo, Juan Rafael Jofré, Domingo Briceño, José del C. Soza, Francisco de Paula Novoa, Juan Francisco Cisternas Peña, Abel Armaza, Caupolicán Iglesias y Antonio Urquieta.

CUARTA DIVISION.

Comandante en jefe, coronel don simismo Barboza.

Jefe de Estado Mayor, Sargento Mayor, señor Baldomero Dublé Almeyda.

Ayudantes: Capitanes señores Hermógenes Camus, Pedro Fredericksen, Alejo, 2º San Martín.

Teniente señor Alejandro Delgado; alférez, señor Diego simis A. y Subteniente señor Francisco Bascañan V.

CUERPOS:

Regimiento Zapadores.

Teniente coronel, señor Ricardo Santa Cruz.

Sargentos mayores, señores, José C. Valenzuela, Manuel Contreras y José Umitel Urrutia.

Capitanes ayudantes, señores, José Saavedra y Abel J. Luna.

Capitanes, señores Felipe Urizar G., José Fidel Bahamondes, Enrique del Canto, José de la C. Venegas, mismo Molina y Rafael Granifo.

Tenientes, señores Juan J. Gamboa, Juan A. mismo s, José de la C. Campos, José L. Villarreal, Fenelón González y Roberto Pradel.

Subtenientes, señores Ricardo 2º Corrales, Victoriano Salinas, Mauricio Venegas, Jacinto Muñoz, Isidoro Labra, José E. Contreras, José G. Contreras, Claudio Reyes A., Ramón López, Juan A. Maldonado, Pedro Reyes M., Benjamín mismo, Cesáreo Muñoz, Santiago Carrillo y Rodolfo Díaz B.

Aspirantes, señores Manuel García L. y Alejandro Molina.

Cirujano señor Manuel A. Vivanco.

Practicantes señores Belisario Bisquet y Pablo A. de la Torre.

Regimiento Lautaro.

Teniente coronel, 2º Jefe, señor Eulogio Robles.

Sargento mayor, señor Ramón Carvallo Orrego.

Capitanes ayudantes, señores, José Zavala y Luis C. Santa Ana.

Subteniente abanderado señor Santiago L. Bevan.

Cirujano 1º Ismael Rubilar.

Cirujano 2º, señor mismo Pedraza.

Farmacéutico, señor Ramón Rodríguez.

Practicante señor Nicanor Ugalde.

Capitanes, señores Ignacio Díaz Gana, V. C. Hidalgo A., Bernabé Chacón, Nicomedes Gazitúa, Leonor Ávila, José Miguel Vargas, Alberto R. Nebel y G. León Garrido.

Tenientes, señores N. 2º Sepúlveda, José G. Ramírez, Manuel del Fierro, Estalicio Acuña, Luis Briceño, Ramón C. Álvarez, José 2º Espinoza y Domingo A. Chacón.

Subtenientes, señores José 2º Morone, F. A. Benavides, P. A. Jara Quemada, Diego A. Almeida, Aníbal Muñoz, Pedro León Munita, Eusebio Lathan, José J. González, José Manuel Carrillo, Guillermo Gordon, Abraham E. Guzmán, Francisco J. Parra, Clodomiro Hurtado, Z. Navarro Rojas, José de la C. Barrios, Juan N. Mutis, Anacleto Goñi, José Izquierdo, Severo Ríos y Juan de la C. Pérez.

Batallón Cazadores del Desierto.

Comandante, teniente coronel, señor Jorge Wood A.

Teniente coronel, señor Hilario Bouquet.

Capitán ayudante, señor Clodomiro Pérez.

Teniente, señor Francisco Monroy.

Abanderado, señor Juan F. de la Guarda.

Cirujano, señor Nicolás Palacios.

Practicante, señor Genaro Maravolf.

Capitanes, señores, Salvador Rondizoni, Jorge Porras, Pedro P. Alvarado y José A. Infantas.

Tenientes, señores, Santiago Vargas C., Ramón Saavedra, Rómulo Correa y Carlos Calvo S.

Subtenientes, señores, Rafael Durán H., Carlos Whiting, Camilo Valdivieso, Roberto Moran, Eusebio Pérez, Tristán Calderón y Roberto Rashausen.

CABALLERIA.

CUERPOS:

Regimiento de Granaderos a Caballo.

Teniente coronel, Comandante señor Tomas Yavar.

Teniente coronel, 2º Jefe, señor Francisco Muñoz B.

Sargento Mayor, señor David Marzan.

Capitanes ayudantes, señores Emilio Donoso, Rodolfo Villagrán.

Capitanes, señores José Luis Contreras, Armando Larenas, Mateo Carlos Doren, Temístocles Urrutia y Waldo Guzmán.

Tenientes, señores Rodolfo Silva, Emilio A. Ferreira, José F. Valdebenito y Octavio Gómez.

Alféreces, señores Juan E. Valenzuela, Pedro, N. Herмосilla, Ernesto Gainza, Abelardo Urizar, Eduardo Cox, José Francisco Balbontín, Demetrio Polloni, José Miguel Varela V., Jacinto 2º Urrutia, Desiderio García, Alejandro M. Rodríguez y Nicanor Vivanco.

Porta estandarte, señor Juan Ignacio García.

Alférez, señor Benjamín Vergara.

Capitán agregado señor Luis Villegas.

Cirujano señor Manuel A. García.

Practicante señor Lorenzo H. López.

Regimiento de Cazadores a Caballo.

Sargentos mayores, señores José Francisco Vargas, y Rafael Zorraindo.

Capitán ayudante, señor Manuel Ramón Barahona.

Capitanes, señores, Alberto Novoa Gormáz, Sofanor Parra, Vicente Montauban y Antonio León.

Tenientes, señores Belisario Amor, Juvenal Calderón, Gonzalo Lara, simismo Palacios y Juan de Dios Quezada.

Alféreces, señores Abel P. Ilabaca, José Miguel 2º Ríos, Rafael Avaria, Agustín Almarza, José Tomás Urzúa, Luis Almarza, Carlos F. Souper, Federico Harrington, Ignacio U. Rosas, Pedro J. Palacios, Hermenegildo Araya, Alberto Alvarado, Enrique Valdés, Froilán Muñoz, José Manuel Isla, José Miguel Astorga y Aníbal Espolet.

Cirujano, señor Emiliano Sierralta.

Farmacéutico, señor Abel Pumarino.

1º Escuadrón de Carabineros de Yungay.

Teniente coronel, Comandante, señor Manuel Bulnes.

Sargento mayor, señor Wenceslao Bulnes.

Capitanes, señores, Roberto Bell y Alejandro Guzmán.

Tenientes señores, B. J. Herмосilla y José del C. simism.

Alféreces, señores Manuel Torres, Carlos Larraín, Tristán Stephan, Ildefonso Álamos, Enrique Torres y Emilio Dueñas.

Porta estandarte, señor Aníbal Godoy.

Agregados: Capitán ayudante señor Juan de Dios Dinator y teniente señor Francisco Bieytis.

2º Escuadrón de Carabineros de Yungay.

Sargento mayor, Comandante, señor Rafael Vargas.

Sargento mayor, señor José Manuel Alcérreca.

Capitán ayudante, señor Fernando J. Herмосilla.

Porta estandarte, señor Luis Orella.
Farmacéutico, señor Ismael Díaz.
Aspirantes a alféreces, señores, Moisés Simismo, Miguel Ángel Reyes y Víctor Leablé.
Capitanes, señores, José Antonio Soto S. y Anacleto Lermanda.
Teniente, señor Ramón Terán.
Alféreces, señores Enrique Sotomayor, Cesar Montt Salamanca, Vicente Solar Lermanda, Francisco J. Herreros, Rodolfo Ovalle, Rafael Herrera Martínez.

Escuadrón de Carabineros de Maipú.

Teniente coronel señor Simism A. Gatica.
Capitán ayudante, señor Juan de Dios Dinator.

RESERVA.

CUERPOS:

Regimiento Buin N° 1 de línea.

Comandante teniente coronel, señor Luis José Ortiz.
Teniente –coronel, don Juan León García.
Sargento Mayor, don Juan Henríquez.
Capitanes ayudantes, señores José E. Vallejo y Enrique Valenzuela.
Subteniente agregado, señor Jacinto Tadeo Sánchez.
Abanderado señor, Ismael Guzmán.
Cirujano 1° señor Clotario Salamanca.
Cirujano 2° señor Juan F. Ibarra.
Practicantes, señores, Víctor Salinas y Floro del C. Cáceres.
Capitanes señores, Juan Ramón Rivera, Nicolás Simism, Ramón Valenzuela R., Parmenión Sánchez, Luis Edmundo Ortiz C., José Luis Araneda, Ruperto Salcedo y Francisco L. Fuentes.
Tenientes, señores, Leonidas Urrutia B., Salvador Mora, Valentín 2° León, Lucindo Bisivinger, Manuel Antonio Baeza, Juan Manuel Donoso y Pedro del Pilar Pérez.
Subtenientes, señores, Jacinto T. Sánchez, José Víctor Anguita, Nicanor Donoso, José María Álamos, Juan C. Castro C., Felipe 2° Géisse, Belisario Gutiérrez, Caupolicán Niño, Juan 2° Mayerholz, Carlos S. Barrios, Egidio Gómez M., Benjamín Collins, Eduardo Ramírez, Alejandro Tinsly, José Agustín Aguayo, Lucas Lucio Venegas, Julio Cesar Garmendía, Alejandro Salvo, Domingo Meneses, Manuel F. González, Benjamín Villarreal y José del Carmen Velásquez.

Regimiento 3° de línea.

Coronel don Ricardo Castro.
Teniente coronel don José A. Gutiérrez.
Sargento, mayor, don Federico Castro.
Cirujano 1° don José de la C. Contreras.
Cirujano 2° don Julio Pinto Agüero.
Capitanes ayudantes, señores Gregorio Silva y Virgilio Méndez.
Capitanes, señores Pedro Antonio Urzua, Pedro Novoa Paez, Leandro Fredes, Rodolfo Wolleter y Marcos José Arce.
Tenientes, señores Ramiro P. Arriagada, Eleodoro Guzmán, Avelino Valenzuela, Ricardo Serrano, Salvador Urrutia. Luis A. Riquelme Ismael S., Larenas y Adolfo González.
Subtenientes, señores Orestes Vera, Luis Felipe Camus, Ramón Simism, José Antonio Silva, Domingo Caiz, Belisario Acuña, Pedro U. Wolleter, Ricardo Jara, Rodolfo Portales,

Félix Vivanco, Emilio Merino, Manuel Figueroa, Francisco Meyer, Juvenal Bari, José J. López, José Nicolás Opazo, simismo Riveros, Jovino E. Orellana, Francisco simism, Emilio Bonilla, José de la R. Ulloa, Francisco Vizama, Esteban Barrera, José R. Santelices, Ramón Guerra y Lorenzo 2º Jeffroy.

Practicante, señor David Herrera.

Regimiento 4º de línea.

Teniente coronel, 2º jefe, don Juan José San Martín.

Sargento Mayor, don Luis Solo Zaldivar.

Capitanes ayudantes, señores, Miguel Rivera y Loredano Fuenzalida.

Capitanes, señores, José Miguel de la Barrera, Avelino Villagrán H., Pedro Onofre Gana, Pablo Marchant, F. Miranda, José Urrutia, Pedro Julio Quintavalla, Eugenio Vildósola y Ricardo Silva Arriagada.

Tenientes, señores, Ricardo Gormáz, Casimiro Ibáñez, Martín Bravo, Luis Víctor Gana C., José Antonio Contreras, simismo s Soto y Juan Urrea B.

Subtenientes, señores, Samuel Meza F., Carlos Aldunate Bascuñán, Julio Paciente de la Sota, Juan Rafael Álamos, Francisco S. Ahumada, Víctor López Amunátegui, Alberto de la Cruz González, Ramón Silva Contreras, Juan Bautista Riquelme R., Genaro Alemparte, Carlos Lamas García, Salvador Larraín Torres, Marco Antonio López, Miguel Custodio Corales, Vicente Videla, José Agustín 2º Benites G., José Ignacio Bustamante, Alcides Vargas y Celedonio Moscoso.

Subteniente abanderado, señor Emilio Aninat.

Batallón Bulnes.

Comandante, teniente coronel, don José Echeverría.

Sargento Mayor, don José María Lira.

Ayudante, don Juan Cáceres Martínez.

Subayudante, don David Núñez.

Abanderado, don Hilario Gómez.

Capitanes, señores, José Domingo Lazo, Ramón Corei, Manuel Álvarez y José Ramón Lira.

Tenientes, señores, Abel Silva, José Gregorio Santander, simismo s Riveras, José Chacón y Aurelio E. Castillo.

Subtenientes, señores, Leonardo Aguayo, Eugenio Bravo, Alejandro Arenas y Evaristo Sanz.

Capellán, fray Juan C. Pacheco.

Cirujano, don Juan A. Manríquez.

Practicante, don Cirilo Quinteros,

El 25 después de la lista de diana, los rancheros sirvieron en lugar de café cotidiano un abundante almuerzo de dos platos, uno de cazuela y otro de fréjoles; después recibió cada individuo un trozo de carne cocida, galletas y cebollas como ración seca.

El ejército se puso en movimiento según lo dispuesto en la orden general, a las 9 A. M. en el siguiente

ORDEN DE MARCHA.

Vanguardia.

1º Escuadrón de Carabineros de Yungay.

Grueso.

I División Amengual.
Ingenieros y Pontoneros.
Regimiento N° 2 de artillería.
80 carros del Parque e Intendencia.
300 mulas del Bagaje con agua y municiones.
II División Barceló.
III División Amunátegui.
IV División Barboza.

Cola.

Reserva Muñoz.
Ambulancias.

Dos piaras de cien mulas con repuestos como herraduras, herramientas, ruedas, ejes, etc.

La columna demoró dos horas y media en desfilar por Yaras; a las 11 ½ pasó el último carro del Servicio de Sanidad, frente al general, que se manifestaba complacido del buen talante y marcialidad de la tropa.

La caballería desfiló en la noche, llevando cada jinete un atado de pasto para dar al ganado en la mañana siguiente.

El campamento quedó a cargo de una compañía de *Cazadores, del Desierto*, comandada por el capitán don José A. Infantas V. con el teniente don Carlos Calvo S. y el subteniente don Tristán Calderón.

El capitán recibió orden de guardar el campamento de Yaras a toda costa, especialmente el hospital con ciento cincuenta enfermos graves, entre ellos algunos oficiales.

Quedaban igualmente víveres en bodega, municiones y buena cantidad de mulas que se reponían del duro trabajo de los últimos días.

Atendían el servicio del hospital el cirujano 1° don Hermógenes Ilabaca, el 2° don David Perry, dos practicantes, un farmacéutico y el contralor.

En la noche el cirujano Ilabaca abandona el puesto, plegándose a la caballería.

El 26, el cirujano 2° señor Perry pasa la visita de alba y queda desocupado.

Sonaban los primeros cañonazos.

Se dirige a los enfermos y les dice: Nada tengo que hacer aquí por hoy; en el campo de batalla habrá muchos heridos; voy allá, mañana vuelvo a pasarles visita, si no me toca la mala.

Los soldados le despiden con entusiastas vivas.

El doctor Perry, se dirige al Campo de la Alianza, con el contralor, el farmacéutico y un practicante: llega por nuestra ala derecha; encuentra muchos heridos de *Navales y Valparaíso*, entre ellos el capitán don Rafael Ovalle. Pasan el día curando heridos y en la tarde regresan a Yaras.

La camanchaca de la noche extravía y dispersa la comitiva; el doctor y el practicante pernoctan en la pampa y llegan al hospital en la mañana, a la visita reglamentaria.

El 26 hubo también novedades en las Yaras; poco antes de medio día se dejó caer sobre el campamento un millar de cholos armados de chuzos, lanzas, escopetas y algunos rifles. Se acercan con gritos descompasados, disparando las armas.

El capitán Infantas los deja a cercarse, para recibirlos con descargas cerradas. Los enfermos, aún los más graves alcanzan los rifles; al mando de sus oficiales, refuerzan a *Cazadores del Desierto*. Los atacantes, intimidados, huyen llevándose sus muertos y heridos, como acostumbra desde tiempo inmemorial.

Al atardecer, alcanza a Quebrada Honda la I División, que toma situación en la ceja sur del río; media hora después, la II División se coloca a su izquierda. Ambas forman en columnas por batallones.

El comando Supremo y Estado Mayor les dan colocación, personalmente, antes de la puesta del sol.

Las divisiones III y IV llegan entrada la noche, y acampan más a retaguardia.

El ejército recibe las órdenes más estrictas para la noche.

La gente se acuesta en su puesto, cada soldado con su rifle, para evitar que en caso de alarma se pongan de pié para romper los pabellones.

Los *Carabineros de Yungay* permanecen a vanguardia de descubierta.

El batallón *Atacama* entra de gran guardia frente a la II División y el *Valparaíso*, frente a la I.

Los demás cuerpos envían piquetes de ronda a los flancos.

Los centinelas reemplazan el alarido con golpes en la cartuchera, cada dos minutos.

Los centinelas, y rondas no pueden disparar sin orden de su respectivo oficial.

En caso de ataque nocturno, los cuerpos continúan tendidos; se les prohíbe fumar y contestar los fuegos, sin orden del respectivo comandante, quien a su vez esperará el mandato del jefe divisionario.

El general toma tantas precauciones para evitar una sorpresa, pues el enemigo debía tener conocimiento del avance del ejército chileno, porque los *Húsares de Junín*, sorprendieron y tomaron una recua, de cuarenta mulas cargadas con agua.

El bagaje la envió a Quebrada Honda, con escolta, pues los arrieros no tenían más armas que el yatagán. Estos se empamparon entre los alcores y lomajes, cayeron al camino de Cuiloma a Tacna, que se encuentra un poco a la derecha del de las Yaras, sin encontrar la Quebrada Honda, que en ese trayecto no existe, borrada por las arenas que arrastran las brisas del mar.

Los *Húsares*, en acecho tras una loma, sorprenden a los arrieros, con una descarga cerrada; dos caen heridos, otros tantos prisioneros, y el quinto alcanza a huir y dar parte a los *Carabineros*.

Bulnes, emprende la persecución; alcanza a los *Húsares*, que para escapar con más rapidez, cortan los lacillos y sobrecargas, y fugan con las mulas y prisioneros.

Los *Carabineros* rescatan los dos heridos, diez mulas cargadas y los barriles con 7.360 litros de agua, que el bagaje devuelve al campamento. Cada mula cargaba dos barriles con 92 litros cada uno.

Fué este el único accidente de la jornada, que casi origina un cambio radical en los acontecimientos, como relataremos oportunamente.

CAPÍTULO XXII.

En el Campo de la Alianza.

El ejército aliado quedó a firme en el cerro del Intiorco, a siete kilómetros al noroeste de Tacna, camino a Sama.

La ubicación del campamento presentaba inconvenientes para el aprovisionamiento de las tropas, pero en cambio, las molestias quedaban compensadas por la facilidad de la defensa.

La configuración de la posición neutralizaba la superioridad de la artillería y caballería chilena, a la vez que cerraba cualquiera intentona sobre Tacna.

En efecto. Resguardaban los flancos —simismo— de difícil acceso, en que la caballería no podía operar, so pena de un fracaso. Los médanos agotan los caballos que en una carga llegarían a la cima desfallecidos, fácil presa para infantería bien parapetada.

La retaguardia quedaba igualmente bien resguardada.

En cuanto a la artillería las dos líneas de batalla establecidas sobre la cima de una meseta con ceja bastante pronunciada por el frente, y con —simismo— hacia el enemigo y retaguardia, no presentaban blanco alguno para que los cañones enemigos pudieran fijar la puntería. La artillería chilena carecía de shrapnells; las granadas caerían detrás de las filas, o ante la ceja protectora de la planicie, internándose en la arena.

En cambio los aliados, desde la altura, dominaban la pampa que sube gradualmente, hacia el Intiorco y tenían a la vista al enemigo que necesitaba avanzar a pecho descubierto. La superficie humedecida por la camanchaca, formaba una costra sin consistencia que se rompía al peso de los soldados, cuyos pies se hundían hasta media calla en la arena muerta.

El general don Juan José Pérez, jefe del Estado Mayor aliado, no desperdicia accidente alguno del terreno para dificultar el avance del adversario.

Hace cavar fosos para dos líneas de infantes y construir reductos con sacos de arena, independientes, para emplazar en ellos las piezas de artillería.

El más importante, se encontraba en el ala derecha, edificado por el ingeniero español don Juan Fernández Caballero.

Los ejercicios se sucedían mañana y tarde con simulacros de defensa contra posibles ataques, ya al centro, ya a las alas.

El Generalísimo multiplicaba las maniobras sobre el flanco izquierdo, al que creía más amenazado por el enemigo.

Por esta razón, en el orden de combate ubicó en este extremo una división escogida, emboscada tras una ceja del terreno.

El Comando Supremo expide importantes órdenes en estos días:

a) Con fecha 16 de Mayo dispone que el campamento se denomine *Campo de la Alianza*, en recuerdo de haber sido aceptado con entusiasmo por todo el ejército; y que se levante una pilastra de piedra para eterna memoria. El ejército de Chile cumplió este voto del Generalísimo, edificando un sencillo monumento en honor de los caídos en el campo del honor, sin distinción de nacionalidades. Los huesos de los combatientes duermen ahí confundidos hasta que los absorba la madre tierra.

b) La orden del día del Cuartel General del Ejército boliviano, expedida por el coronel don Eliodoro Camacho, consigna las siguientes instrucciones que también se hacen extensivas al ejército peruano, con recomendación del más estricto cumplimiento:

Previsiones a los individuos del ejército boliviano para el día del combate.

1°.- Téngase presente que el orden en los movimientos y la estricta obediencia a la voz del que manda, es la primera y más indispensable condición del triunfo, sin la cual es imposible vencer y es asegurar la derrota.

El soldado debe, pues, atender la voz de su oficial; éste la de su jefe, y el jefe la del General Superior que le comanda. Nada hay más pernicioso que el romper este fuero de la disciplina y tan culpable es el que por ostentar su valor se adelanta de sus filas, como el cobarde que se atrasa. El superior que note tales faltas tiene derecho de matar al desobediente.

2°.- La serenidad y sangre fría con que se espera una carga de caballería es el medio más seguro de anularla y dejarla sin efecto. Recomienden, pues, los jefes a sus soldados, que cuando vean a la caballería enemiga cargar impetuosamente no quieran correr ni ocultarse, porque como no pueden ser más ágiles que los caballos, serían víctimas seguras siempre, sino que se agrupen cuanto puedan, y echando rodilla en tierra, apunten con calma al jinete o al caballo, guardando siempre el último tiro para cuando se encuentren a boca de jarro, cuidando no disparar todos sino alternándose uno con otros.

3°.- Es prohibido a todos los jefes u oficial al mando de tropas usar del rifle en el combate. Su misión no es pelear en persona, sino cuidar que sus soldados cumplan su deber; no es la de tirar sobre sus enemigos, sino la de hacer que sus subordinados tiren con orden y con acierto.

4°.- Siempre que un cuerpo de caballería tenga de comprometer combate con otro de la misma arma, no lo hará a caballo sino pie a tierra.

Al efecto so desmontará y encadenando sus caballos por escuadrones, que quedarán a cargo de un hombre de antemano designado, se adelantará de las filas a una distancia en que la caballada no sea dañada, de donde romperá sus fuegos. Sólo en caso de retirada o persecución después de la victoria, podría hacer uso de su arma y caballo.

5°.- El soldado chileno es fuerte para defender una posición, pero no lo es para resistir una embestida; en tal virtud, importa muchísimo acometerlo con ímpetu y no retroceder hasta llegar a sus posiciones, por grande que fuere su resistencia.

6°.- Es indigno el individuo que en el momento del triunfo movido por el sórdido interés del botín, se desbanda y olvida su formación.

El enemigo suele mil veces aprovechar de esta falta para volver atrás y hacer pagar la rapacidad de los codiciosos. Se castigará con severidad esta falta.

7°.- Nada es más noble que la generosidad con los vencidos, ni nada más detestable que la crueldad con el enemigo ya rendido. El que se distinga en el primer caso, se hará acreedor a un premio proporcional a su comportamiento, así como para el que incurra en el segundo, no faltará el castigo de su deshonrosa conducta.

Campamento en el alto de Tacna, Mayo 16 de 1880.-*Eliodoro Camacho*.

El Comando Supremo Aliado consideraba inminente la presencia del enemigo, por lo que redoblaba las precauciones de vigilancia.

El día 10, apenas acampado, forma una división especial con toda la caballería de ambos ejércitos, encargada de la vigilancia de la pampa; y confía el mando al coronel don Juan Saravia y Espinosa, que se apresura a entrar en funciones el día 11-V, porque el anterior hizo Bulnes un reconocimiento del *Campo de la Alianza*. El enemigo se abstuvo de perturbar su tarea, como también el día 13, en que el coronel Lagos se acercó demasiado a los campamentos, escoltado por los *Carabineros de Yungay*.

El reconocimiento de Velásquez del 22 causa impresión en los aliados, que reavivan las precauciones.

El Estado Mayor dispone que los edecanes y ayudantes de campo del Director de la Guerra usen una escarapela tricolor punzó y verde que llevarán en el quepí para su reconocimiento.

Los comandantes generales de división usarán un gallardete especial en sus divisiones respectivas, para que pueda servir de punto de reunión cuando se toque llamada a retaguardia de la línea, o adonde dicho comandante crea conveniente, a fin de que la tropa dispersada en el campo de batalla, vuelva a formar en orden, reconociendo su gallardete, que debe ser el centro de su reunión, evitando de este modo la confusión de los cuerpos.

Los jefes de cuerpo, cuando se mande cesar el fuego para hacer cualquiera maniobra, obedecerán inmediatamente dicho toque, castigando severamente al que no dé cumplimiento, a cuyo efecto se mandará repetir con toda la banda de cornetas el toque indicado, además de las voces de mando que repetirán los jefes y ayudantes.

Para evitar el espionaje, el Estado Mayor establece que ningún particular podrá penetrar en el campamento sin el pasaporte respectivo; la persona que carezca de él será considerada como espía y castigada como tal.

El Director Supremo, para vigilar el cumplimiento de esta disposición, nombra Intendente del Campamento, al coronel don Rafael Ramírez, del ejército peruano y ayudantes a los mayores don José Antonette y don Juan Cornejo; y del ejército boliviano, ayudantes, el comandante don Benedicto Rodríguez y subteniente don Eloy Toledo.

El general Pérez, hombre de celo y disciplina, cree conveniente recordar a los oficiales algunos artículos de la Ordenanza, y expide la siguiente:

Orden general del Ejército Unido.

Campo de. Alianza, Mayo 22 de 1880.

Art. 1º.- Aunque S. E. el Supremo Director de la guerra está enteramente persuadido de que no habrá individuo al momento del combate que no cumpla con el deber que la patria y el honor le imponen, porque alguno desgraciadamente, olvidando estos sagrados preceptos se portase con cobardía, ordena a los señores jefes y oficiales tengan presente los artículos siguientes:

Art. 527 de las órdenes generales para oficiales que, dice: “Cualquier oficial que mande a otros no se hiciese obedecer, será prueba de poco espíritu”.

Art. 523 que manda que todo oficial de cualquier graduación que fuese no lo desamparará (el puesto), si no tiene orden expresa para ello.

Art. 531 que designa cual es en un oficial acción distinguida.

Art. 202 de las leyes penales terminantemente dice: “El que por cobardía fuese el primero en volver la espalda sobre acción de guerra, bien sea empezada ya, o a la vista del enemigo, o marchando a buscarle o esperándole en la defensiva, podrá en el acto mismo ser muerto por cualquier superior para castigo, y ejemplo de los demás; todo militar que estando en acción de guerra o marchando a ella huyere o se retirare con pretexto de herida o contusión que no lo imposibilite para hacer su deber o de algún modo se excusase del combate en que debe hallarse, será puesto en consejo de guerra y condenado en el acto a la pena que merezca su delito.

En mérito de los artículos citados, todo oficial superior ejecutará por sí mismo en el campo de batalla al que vuelva cara al enemigo con acto de cobardía.

Esta orden será leída en los cuerpos del ejército en todas las listas y ordenanzas mientras dure la campana.

El señor coronel Camacho había reservado para última hora la formación de sus tropas en orden de batalla. En los documentos de su Estado Mayor no se encuentra otro dato, sino que el ejército boliviano formará cuatro divisiones de primera línea y una de Reserva, pero no expresa los cuerpos que las componen, ni su personal superior. Hallamos la constitución de la 2ª División y de la Reserva.

II División, Comandante general don Severino Zapata.

Jefe del Estado Mayor, Coronel don Octavio Rivadeneira.

Cuerpos:

Batallón *Sucre* 2º de línea, comandante coronel, don Juan P. Ayoroa. 2º Jefe, don Néstor Ballivián.

Batallón *Viedma* N° 5 de línea comandante coronel don Ramón González.

Batallón *Padilla* N° 6 de línea, comandante coronel don Pedro P. Vargas.

División Reserva, Comandante coronel don Ildelfonso Murguía.

Cuerpos:

Batallón *Alianza* 1º de Bolivia (ex colorados de Daza) comandante coronel don Ildelfonso Murguía. El ejército apodaba “los huaycos” nombre de un pájaro, a los colorados.

2º Jefe teniente coronel don Rafael Ravelo.

Mayores señores, Zenón Ramírez, 3º jefe y Cornelio Durán de Castro, 4º jefe.

Batallón *Aroma* N° 4, comandante coronel don Avelino Doria Medina.

Aunque en el capítulo anterior dimos la suma de los efectivos bolivianos, agregamos ahora copia fiel del resumen de la lista de Revista del mes de Mayo, como una prueba más de la totalidad del contingente de Bolivia, que entró en batalla el 25 de Mayo, ya que algunos historiadores reducen sus tropas a un número ridículo.

Ejército Boliviano.

Estado que manifiesta los jefes y oficiales y tropa del expresado, hoy día de la fecha.

Cuartel General y Estado Mayor	jefes	Oficiales	Tropa:	Total	
General	30	20		50	
Estado Mayor de la 1ª División	4	4		8	
Estado Mayor de la 2ª División	8			8	
Estado Mayor de la 3ª División	7	4		11	
División de Vanguardia	6	3		9	
Cuerpo de Ayudantes	7	5		12	
Batallón Alianza 1º		8	39	503	550
“ Sucre 2º	6	27	470	503	
“ Loa 3º	3	20	336	359	
“ Aroma 4º	7	29	323	359	
“ Viedma 5º	9	34	370	413	
“ Padilla 6º	7	34	310	351	
“ Tarija 7º	4	31	372	407	
“ Chorolque 8º	4	35	419	458	
“ Grau 9º	6	31	388	425	
Regimiento Artillería	6	28	226	260	
Escuadrón Coraceros	5	15	113	133	
Regimiento Murillo	5	16	148	169	
“ Vanguardia	3	15	155	173	
“ Libres del Sur	4	22	180	206	
Escuadrón Escolta	12	10	127	149	
Cuerpo Sanitario	4	19	100	123	

Secretaría General del señor

Comandante en jefe	1	8		9
Comisaría de Guerra	1	4		5
Total	157	453	4.540	5.150

Según la exposición hecha por el señor Campero a la Convención de Bolivia, esperaba desde el 22, día del reconocimiento, el próximo avance del enemigo, por lo cual adiestraba a su ejército en maniobras divisionarias.

Durante los últimos días éstas se efectuaron sobre su ala izquierda, pues juzgaba con certeza que el general Baquedano llevaría su principal ataque por este flanco, dada la configuración del terreno y la disposición de sus líneas de combate.

En consecuencia, en la orden del día 24 fijó, definitivamente el

Orden de Combate.

Ala derecha.

Cuartel general, almirante don Lisandro Montero.

Jefe de Estado Mayor, coronel don Manuel Valverde.

De derecha a izquierda 1ª línea:

a) Fortín de la extrema derecha, seis piezas Krupp, modelo 1879 coronel don Adolfo Flores.

b) I División Peruana, coronel don Justo Pastor Dávila, Batallones *Lima N° 11* y *Cazadores del Cuzco*.

c) VI División Peruana, coronel don Cesar Canevaro, Batallones *Provisional de Lima* y *Cazadores del Rimac*.

De derecha a izquierda 2ª línea o Reserva.

a) División Reserva Boliviana, coronel don Ildefonso Murguía, Batallones *Alianza 1° de Bolivia*. (ex-colorados de Daza) y *Aroma*.

b) Batallones *Murillo* y *Zapadores* (Figura éste por primera vez. Quizás algún cambio de nombre).

c) División peruana de Nacionales, Comandante el Prefecto don Pedro Alejandrino del Solar.

Cuerpos: *Columna Para*, *Gendarmes*, *Tacna* y *Artesanos*.

Centro

Cuartel General, coronel don Miguel Castro Pinto.

Jefe de Estado Mayor, coronel don

De derecha a izquierda en 1ª fila:

a) Al tercio de la línea un cañón y dos ametralladoras al mando del comandante don José Camacho.

b) II División Boliviana, coronel don Severino Zapata. Batallones *Chorolque*, *Padilla* y *Grau*.

c) Dos ametralladoras y un cañón rayado boliviano, mandado por el comandante don Adolfo Palacios.

d) Batallón *Loa*.

2ª fila o Reserva del Centro:

a) VI División Peruana coronel don Cesar Canevaro, Batallones *Lima N° 2* y *Rimac* o *Sama*.

b) IV División Peruana coronel don Jacinto Mendoza, Batallones *Victoria* y *Huáscar*.

c) V División Peruana, Coronel don Alejandro Herrera, Batallones *Ayacucho* y *Arequipa*.

Ala Izquierda.

Cuartel General, coronel don Eliodoro Camacho.

Jefe de Estado Mayor, coronel don Agustín López.

De derecha a izquierda.

a) III División Peruana coronel don Belisario Suárez, Batallones Pisagua y Guardias de Arequipa.

b) II División Peruana, coronel don Andrés Avelino Cáceres, Batallones Zepita y Cazadores del Misti.

c) 9 cañones y dos ametralladoras, a cargo del coronel don Arnaldo Panizo.

d) División Boliviana del general don Claudio Acerta, Batallones Viedma N° 5, Tarija N° 7 y Sucre N° 2, llamados los “Huacaches” del nombre de un pájaro.

2ª línea de Reserva:

a) Dos cañones a las órdenes del comandante don Juan Manuel Pando.

b) Caballería de Bolivia. Escuadrones Vanguardia de Cochabamba, Coraceros, Libres del Sur y Escolta.

A retaguardia del Centro.

Generalísimo, general don Narciso Campero.

Jefe de Estado Mayor General, general don Juan José Pérez.

Edecanes y ayudantes coroneles señores Manuel Carrillo y Ariza, Belisario Antesana, Ezequiel de la Peña, Jorge Iriondo, R. Niño de Guzmán, Corsino Balsa, (Comisario General) Francisco Solís, y Miguel Aguirre, secretario privado.

Edecanes honorarios, señores Pedro José Aramayo, oficial Mayor del Ministerio de Guerra, doctor José Fernández y doctor Domingo Tellez, vocales de la Ilustrísima Corte de Tacna; y doctor José M. Suárez, fiscal de la misma.

Listos los cuerpos en las nuevas formaciones, los Comandos superiores expiden las siguientes proclamas:

Proclama del General Montero.

“Soldados de la alianza”.

Volemos todos al combate llenos de entusiasmo y de valor; “Volemos a la victoria”. No sólo os acompañarán las eternas bendiciones de los dos pueblos reconocidos, sino también la admiración del Universo que os contemplará estupefacto cuando reproduzca los ecos de vuestra inmortales hazañas.

“Camaradas”

Acordaos constantemente que, sea cual fuese el peligro, la consigna que yo os doy en el campo de batalla es vencer, vencer, y vencer.

Proclama del Coronel Camacho.

“Soldados”:

El término de tantas pruebas está cerca. Aquí encontraréis pronto la victoria unidos con vuestros hermanos y heroicos aliados y allá en el seno de la Patria la recompensa de vuestros sacrificios.

Proclama del General Campero.

“Soldados de la alianza”:

He acudido del interior del desierto al llamado de mis conciudadanos para conducir la nave del Estado.

Las influencias de Chile habían podido hacerla zozobrar, agitando el océano de las malas pasiones, pero atraviesa el mar tranquilo de la soberanía popular, dirigiéndose henchida de esperanzas, hacia el puerto seguro de la Convención Nacional.

“Bolivianos”.

Subordinación y constancia y haréis pagar caro a los invasores las efímeras ventajas de que están tan orgullosos.

“Bravos de ejército.
Al vivac, ¡Al campo del honor!
A la gloria, ¡Viva la Alianza!”.

Hemos referido antes que el señor coronel don Segundo Leiva comandante en jefe del II Ejército del Sur, había enviado noticias de su llegada a Torata y pedía órdenes al Generalísimo señor Campero.

La llegada del propio causó vivísimo entusiasmo en los campamentos.

Los entusiastas creían divisar a lo lejos al II Ejército, que venía a operar en conjunción con el I en el *Campo de la Alianza*.

El general Pérez, jefe de Estado Mayor General, acusa recibo a la nota del coronel Leiva y le ordena a nombre de S. E. el presidente de la República, que procure acercarse a la quebrada de Locumba para inquietar la retaguardia del enemigo.

Si fuere atacado por fuerzas superiores, debe retirarse a Candarave.

Esta nota de fecha 24 de Mayo llegó a manos del coronel Leiva, cuando las armas habían decidido la suerte de los ejércitos en la batalla de Tacna.

El 25 el Generalísimo, redactó de su puño la renuncia del Comando Supremo del Ejército, fundándose en que en este día cesaba su investidura presidencial, por la reunión en la Paz de la Convención Nacional, que tomaba a su cargo la suma del Poder público.

Envía simultáneamente la orden del día destinada a los ejércitos, al contralmirante don Lisandro Montero y coronel don Eliodoro Camacho, quienes se niegan a darle curso.

Unieron sus instancias y obtuvieron que el generalísimo continuara en su puesto, sacrificando sus escrúpulos en aras de la delicada situación, próxima a definir la suerte de las repúblicas aliadas.

Decía la renuncia:

Camaradas:

Aunque pasajeramente he renunciado la alta honra y la dicha de mandar en jefe este unido y denodado ejército, quiero ahora tener la satisfacción de enseñar prácticamente a nuestros jóvenes generales, que más que todo, es obedecer especialmente cuando se trata de salvar a la patria.

¡Viva la Alianza!

Y por cuanto, al descender de la silla presidencial, debo entregar a otro el mando en jefe del ejército unido, cúpleme dar la siguiente:

Orden General.

Con sujeción al artículo 1º del protocolo celebrado en Lima a 5 de Mayo de 1879 y aplicado por analogía a los que hoy comandan el ejército de Bolivia y del Perú, lo establecido por dicho artículo por los respectivos presidentes:

Artículo 1º.- Desde esta fecha queda encargado del mando en jefe de ambos ejércitos el señor Contralmirante don Lisandro Montero.

Artículo 2º.- En caso de muerte o imposibilidad de S. S. el general contralmirante, lo reemplazará como es natural S. S. el comandante en jefe de Bolivia, coronel don Eliodoro Camacho, mientras S. E. el Gobierno del Perú resuelva lo conveniente.

Artículo 3º.- El infrascrito queda desde esta fecha, sujeto a las órdenes del general y en su caso del comandante en jefe del ejército y listo para ocupar el puesto que se le designare.

Hágase saber oficialmente a S. S. el general en jefe del ejército del Perú, y S. S. el comandante en jefe del de Bolivia, para que cada cual comunique el contenido de la presente a su respectivo ejército en la correspondiente orden general del día.

Dada en este campamento de la Alianza a 25 de Mayo de 1880.

Comuníquese. De orden del general jefe.- *M. J. Pérez.*

El campamento se viste de gala en la tarde de este día, para celebrar la captura de una recua de mulas, cargadas de agua, en las vecindades de la Quebrada Honda.

Los *Húsares de Junín*, entran al campamento con 31 mulas aparejadas y dos prisioneros, un cabo y un soldado chilenos, que fueron sometidos a interrogatorio por el propio general en jefe y en seguida enviados a la cárcel de Tacna.

El cabo Araya pertenecía al Batallón Coquimbo y al presentarse a su cuerpo el 29 de Mayo, hizo la siguiente relación al mayor don Marcial Pinto Agüero, comandante accidental del cuerpo, por encontrarse herido el titular, comandante don Alejandro Gorostiaga.

Habla el cabo Araya:

Tan pronto como los *Húsares* entran al campamento aliado, estallan los vivas al Perú, a Bolivia, y a los bravos *Húsares de Junín*.

El ejército en masa rodea a los felices exploradores, felicitándoles a grandes voces.

Aquello era un delirio.

Pronto divisan a los dos prisioneros y los gritos de alegría se cambian en aullidos de furor; no hubo insulto que no se nos prodigarán, ni amenazas que no profirieran; como no podían acercarse, amenazaban con los puños y yataganes. Por fortuna los *Húsares* eran disciplinados y pudieron llevar los prisioneros a la carpa del general en jefe.

Introducidos a presencia de éste, les preguntó con benevolencia nombre y grado que desempeñaban en su cuerpo, y también el número de fuerzas del ejército, víveres y armamentos, etc.

Las respuestas de Araya hacen fruncir las cejas al señor general,

Soy capataz de arrieros, señor, y no veo al ejército sino por entrada y salida. Todos los arrieros somos paisanos contratados en Chile para este servicio, y se nos prohíbe entrar en relaciones con la tropa.

Y bien, ¿dónde se acampa el ejército? ¿Cuánta gente tiene Baquedano?

En Yaras, señor; dicen que hay 22.000 hombres.

Ya lo sé, ¿Pero a dónde se ha movido hoy?

No se ha movido.

Cómo: ¿a qué vienes con las cargas de agua?

Recibimos orden de salir con ellas y nada más.

Está bien ¿Es verdad que murió Sotomayor?

Sí, señor.

¿Han llegado muchos refuerzos?

Muchos, señor.

¿Llegó la artillería por la Caleta de Ite?

No he andado por ese lado, señor.

Pero ¿qué se dice ¿

Que han llegado muchos cañones y que vienen muchos más.

¿Cuántas mulas tienen los arrieros?

Tres mil.

No puede ser. ¡Fíjate que juegas la cabeza!

Puede hacerme fusilar señor, pero es la verdad.

El general llama a un ayudante y da algunas órdenes. Luego se llena la carpa de jefes. Araya se va a un rincón para hacer menos bulto.

Campero se pasea. Todo el mundo guarda silencio.

El enemigo se ha movido de su campo, dijo el generalísimo; indudable; Baquedano toma la ofensiva; con seguridad, mañana lo tendremos a la vista.

Y valiéndose de un ayudante y señalando al cabo Araya, agrega: Que lleven a éste y a su compañero a Tacna.

Los prisioneros soportaron una amarga vía crucis. En el campamento, querían lincharlos; a la entrada a Tacna, toparon con la caballería de Albarracín que los interroga y mal humorado por las contestaciones levanta el chicote, Araya esquivo el golpe.

Al atravesar la ciudad, las mujeres y chiquillos les arrojan barro y piedras; las cholas y cochabambinas, entre voces insultantes, piden a la escolta que los larguen un ratito para condimentar un picante de chilenos.

La entrada a la cárcel fué un descanso; más la guardia cortésmente comunica que serán fusilados.

En el calabozo encuentran un compañero del Atacama.

Pasan la noche en la mayor inquietud; al amanecer, sienten el estampido del cañón. Sigue después el fuego de rifles y ametralladoras que llega al calabozo como un redoble de mil tambores. Se estremece la tierra y vibran las puertas y ventanas de la cárcel.

A las 11 ½ sienten gritos y entre cantos y algazara vivas al Perú y a Bolivia, y a los generales. ¡Victoria! ¡Victoria! Repercute en toda la ciudad.

Por las junturas de la puerta ven a soldados fraternizar con el pueblo y servirse grandes vasos de licor.

Los tres chilenos se abrazan; derraman lágrimas, no por ellos, sin por la patria vencida: Previendo que el populacho asaltara la prisión desarman un banco y se aprestan para vender cara la vida.

El fuego de la batalla se apaga. El silencio reina en la cárcel. Se percibe de cuando en cuando, el galope de un caballo.

Quieren salir de la incertidumbre; gritan en vano; la puerta es sólida; imposible abandonar el calabozo.

Oyese nuevamente el cañón; algunas granadas estallan en la cárcel.

Son los nuestros. ¡Viva Chile! gritan.... Mi general bombardea la ciudad.... ¿Y si se incendia el cuartel?

Luchan por la vida; colocan verticales los maderos del banco; sube uno sobre éste, otro el cabo Araya alcanza el techo, con una navaja, las uñas y a cabezazos, rompe una tabla; hace saltar otras; pasa medio cuerpo, mientras sus compañeros clavada la cabeza en la muralla, sostienen el equilibrio.

¡A mí, compañeros! Grita a toda voz, somos chilenos!

Pasaba un piquete de caballería. Echa la puerta abajo y los pone en libertad.

El cabo Araya del Coquimbo ascendido a sargento 2º por sus méritos, duerme el sueño de la paz en las faldas del Morro Solar. Una bala le atravesó el pecho a la cabeza de su escuadra. Era un valiente.

Los datos acumulados por el Estado Mayor General del ejército aliado asignaban al ejército chileno un efectivo de 22.000 hombres; la declaración antojadiza del cabo Araya corroboró la efectividad del número de tropas de Baquedano.

El Generalísimo concibe entonces el proyecto de contrarrestar la superioridad contraria mediante una sorpresa rápida y audaz, contra las columnas enemigas en marcha hacia Quebrada Honda.

Comunica la idea a los señores Montero y Camacho, que la aceptan con entusiasmo. Resuelve marchar en la misma noche, para caer sobre el enemigo al amanecer.

Los cuerpos forman a 200 metros al norte de los atrincheramientos en el siguiente:

ORDEN DE ATAQUE.

Vanguardia.

VI División peruana, coronel Canevaro, con los batallones, Provisional de Lima y Cazadores del Misti.

II División boliviana, coronel Zapata, con los Batallones Sucre N° 2, Viedma N° 5 y Padilla N° 6.

III División peruana, coronel Suárez, con los batallones Pisagua y Arica.

División boliviana, coronel González, con dos batallones.
Esta vanguardia marcha a las órdenes del coronel don Belisario Suárez.

Grueso:

El resto del ejército, menos las dos divisiones de la izquierda.

Retaguardia.

V División peruana, coronel don Alejandro Herrera, con los batallones Ayacucho N° 3 y Arequipa N° 7.

División boliviana, general Acosta con dos batallones.

Caballería.

Formaba la cola de la columna.

A las doce de la noche 25 /26 emprende la marcha el ejército aliado, llevando a la cabeza buenos guías naturales del lugar, en dirección a Quebrada Honda.

Los enfermos y rancheros quedan a cargo de los campamentos, avivando los fuegos para servir un suculento almuerzo después de la victoria.

Los guías se empampan durante la caminata, cosa muy común en el desierto, con camanchaca espesa, pues a falta de caminos los naturales se orientan por las estrellas.

A las 2 ½ de la mañana los cuerpos empiezan a perder su colocación, y a poco, se desorientan absolutamente los batallones de la derecha aparecen por la izquierda y vice-versa.

Llamados los guías a conferencia, no consiguen ponerse de acuerdo acerca de la dirección, ni menos respecto al lugar en que se encuentran.

Campero ordena la contramarcha, que efectúa el ejército, guiándose por las hogueras que avivaron los rancheros de orden del Generalísimo. Las divisiones Herrera y Acosta, que no pueden ser ubicadas, y por lo tanto, no conocen la orden de retirada, se cargan demasiado a la derecha, rebasando la línea general y marchando rectamente a chocar con la II División Chilena, tendida en la ceja Sur de Quebrada Honda.

El servicio del ejército chileno se hacía con suma vigilancia. Por la izquierda cubría la gran guardia el batallón *Atacama*, que tenía como descubierta la compañía del capitán Rafael Torreblanca.

Los centinelas de éste perciben al enemigo entre la neblina; lo comunican a su capitán, éste a su comandante Martínez, quien se apresura a dar conocimiento al coronel Velásquez, que en ese momento tomaba café con el general Baquedano.

Nuestro Cuartel General ordena a las avanzadas replegarse a la línea, en el mayor silencio; y a los cuerpos, estar listos para recibir al enemigo, con descargas cerradas, tan pronto como diera la orden de romper el fuego.

Los cazadores estaban cazados.

El coronel Velásquez hace avanzar dos piezas de campaña de la brigada Frías, a la línea del *Atacama*.

Las divisiones Herrera y Acosta, notándose aisladas, inician un movimiento retrógrado, más que oportuno. Media hora más, habrían sido saludadas por fuego de salvas de las divisiones chilenas I y II.

Amanecía. El grupo de artillería, ya en posición, envía algunas granadas a las columnas en marcha, que avivan el paso para entrar a sus campamentos a las 7 A. M.

CAPÍTULO XXIII.

Mapa N° 5

La batalla de Tacna.

Las bandas del ejército rompen con alegres dianas al amanecer del 25-V-80. Los campamentos de Quebrada Honda se animan con el ir y venir de la tropa, que se alista para la jornada.

Los capitanes se afanan para presentar sus compañías en revista; y vigilan el reparto de municiones, porque cada individuo debe llevar 130 tiros en la canana.

A las 6 A. M. se toca lista y parte. Después, las compañías forman en círculo para la lectura de la Orden del Cuerpo.

El Comando Supremo no dió proclamas ni orden general. Todo estaba ordenado y listo de antemano. Pero los jefes, creen conveniente hacer las últimas recomendaciones a sus subordinados. Reproducimos la orden dada por el comandante del batallón *Coquimbo*, don Alejandro Gorostiaga, el futuro vencedor de Huamachuco, conservada por uno de los oficiales del cuerpo. Dice:

“Soldados del Coquimbo;

Vuestro comportamiento en la campaña os ha hecho merecer un buen nombre en el ejército. Continuad sirviendo con moralidad y patriotismo y podré decir que habéis cumplido con vuestro deber. Al frente del enemigo y en la pelea, sed tranquilos y observad muy atentamente las órdenes de vuestros jefes y oficial, y obtendremos la victoria, que engrandecerá a la Patria y a sus hijos.

Mirad la bandera que irá al centro y seguid siempre en su línea.

Alejandro Gorostiaga”.

Los comandantes de cuerpo que usaban rifle Gras recalcaron por centésima vez a los soldados, que tan pronto como se atascara el mecanismo del rifle con el finísimo polvo del desierto, orinaran sobre él e hicieran girar el obturador.

El Gras es un verdadero aparato de relojería. El polvo impalpable que levanta el viento en la pampa y se mantiene en el aire, llena los ajustes del mecanismo e impide su funcionamiento. Este fenómeno se presentó en la Batalla de Dolores, en el *Coquimbo*, que tenía dotación de Gras. Los mineros encontraron pronto el remedio.

Se repitió después en Los Ángeles, en el *Atacama*, que había cambiado Comblain por Gras en Pisagua, con favorable resultado. Los atacameños tenían la receta. Estudiado el hecho por el Comandante Martínez, jefe de ingenieros, encontró el método fácil, barato y

eminentemente científico, en virtud del principio físico de que los cuerpos se dilatan por el calor.

Pasada la lista, los batallones se sirvieron almuerzo caliente y café, y surtieron el morral con la ración de fierro de la primera etapa, charqui y galleta pero los soldados, que ya conocían el desierto, añadieron al morral, carne, papas y tortillas de rescoldo. Mezclaron también el agua de la caramayola con dos cucharadas de infusión de té, bebida eficaz para apagar la sed.

A las 8 A. M. se mueven los cuerpos a tomar formación de combate en la pampa sur de *Quebrada Honda*.

Las divisiones I a la derecha y II a la izquierda, forman la primera línea; la III y la IV, la segunda y la Reserva General la tercera.

Como todo es camino en la dilatada llanura, el ejército sigue a campo traviesa con dirección suroeste, recto al *Campo de La Alianza*, dejando a la izquierda la huella trillada del camino real entre las Yaras y Tacna, por el que marcharon los carros del parque y bagaje, las recuas de mulas y las ambulancias. La artillería y caballería en las alas y a retaguardia del centro. Terminados los movimientos de la formación, la tropa arma pabellones y los jefes de cuerpo se retiran con sus oficiales a un lugar distanciado. Formados en rueda los oficiales en torno del comandante, éste les dice: ¿Juráis por vuestro honor no revelar a nadie lo que os voy a comunicar? Los oficiales llevan la diestra a la empuñadura de la espada y responden: juramos.

El comandante agrega: El general tiene profunda fe en la victoria pero esta confianza no excluye las precauciones. En caso de revés, del ejército de ataque y la reserva, la caballería recibirá orden de dejarse matar cubriendo la retirada. El movimiento de retroceso se hará con todo orden sobre Yaras, a donde se llamará por telégrafo a la guarnición de Pacocha-Hospicio, en tanto nuestros transportes traen las guarniciones de Pisagua y Antofagasta.

Ahora buena suerte.

A las 7 ½ los clarines del Estado Mayor General tocan llamada y marcha. Las divisiones rompen pabellones y emprenden el avance, internándose en el desierto, en este:

Orden de combate.

Primera línea

II División

(Izquierda, columna por compañías)

1º Batallón del 2º de línea.

2º Batallón del 2º de línea.

1º Batallón Santiago.

2º Batallón Santiago.

Batallón Atacama.

Por el flanco derecho de la I División avanza la Brigada Salvo en columnas por batería.

1ª línea, batería Flores, 4 Krupp de campaña y 2 ametralladoras.

2ª línea, batería nexpugnab 6 Krupp de campaña.

A retaguardia de la Artillería, los *Granaderos* a caballo del comandante Yavar y el comandante General de Caballería, coronel don José Francisco Vergara.

I División

(Derecha, columnas por compañías).

Batallón Valparaíso.

“ Navales.

“ Chillán.

1º Batallón Esmeralda.

2º Batallón Esmeralda.

Compañía de Pontoneros.

Segunda línea.

IV. División

(Izquierda).

1ª Brigada del Regimiento *Zapadores*

2ª Brigada del Regimiento *Zapadores*

1º Batallón del Regimiento *Lautaro*.

2º Batallón del Regimiento *Lautaro*.

III División

(Derecha).

1º Batallón *Artillería de Marina*

2º Batallón *Artillería de Marina*.

Batallón *Chacabuco*.

Batallón *Coquimbo*.

Batallón *Cazadores del Desierto*.

La IV División formaba una División independiente de las tres armas. A retaguardia de *Cazadores del Desierto* seguía la batería de montaña Fontecilla, con 6 piezas Krupp.

En pos de ella, el Regimiento *Cazadores* a caballo y el 2º Escuadrón de *Carabineros de Yungay*, en columnas por escuadrón. Cerraba la columna, la batería de artillería Frías, en columnas por batería.

Primera fila, batería Jarpa 6 cañones.

Segunda fila, batería Gómez 4 cañones y dos ametralladoras.

A retaguardia de nuestro centro, marchaba la brigada Fuentes, en columnas por baterías:

Primera fila, batería Errázuriz, 5 Krupp de montaña.

Segunda fila, batería Sanfuentes, 6 cañones rayados franceses de bronce.

Tercera línea.

(*En columna por batallón*).

Regimiento *Buin* o 1º de línea.

Regimiento 3º de línea.

Regimiento 4º de línea.

Batallón Bulnes.

El Cuartel General y Estado Mayor no tuvieron puesto fijo durante la marcha; recorrían todo el campo para subsanar las dificultades.

Por el camino real marchaban el Bagaje, el Parque y las Ambulancias.

A las 8 ½ A. M. el ejército chileno está a la vista del cerro de Intiorco; las divisiones toman posiciones, pasando los batallones del Orden de combate al Orden de ataque, tomando la línea en columnas por compañía, menos la reserva que conserva su formación en columnas por batallón.

La caminata se hace con lentitud a través de la pampa de arena movediza y de las ondulaciones del terreno, pues había que esperar a la artillería de campaña, cuyos caballos se enterraban hasta las cañas en la tierra suelta. Por fin a las 9 A. M. tomó posiciones a 3.500 metros de las del enemigo, desde donde rompe los fuegos, porque el ganado no podía más para el arrastre de la pieza, no obstante sus doce parejas.

Se inicia un duelo de artillería entre ambas líneas; con buena puntería de nuestro lado y de los artilleros bolivianos, pero deficiente de parte de los sirvientes de las piezas peruanas.

En el alcance de los cañones no se nota superioridad en ambos contendores; las granadas sobrepasan el emplazamiento de las piezas en los dos campos.

Cuanto al número, los chilenos superan a los aliados.

Estos disparan 5 en la derecha del coronel Flores; tres en el centro, de los comandantes Palacios y Camacho; y once en la izquierda, del comandante Pando y coronel Panizo; mientras aquellos hacen funcionar, 6 Fontecilla, 10 Frías, 11 Fuentes y 10 Salvo. Total 19 aliados más cuatro ametralladoras, contra 37 chilenos.

El cañoneo se intensifica crudamente desde las 9 a las 10 A. M. A esta hora los ayudantes del Estado Mayor llevan a los coroneles Amengual y Barceló la orden de iniciar el ataque, aunque previniendo a éste que marche con cierta lentitud para entrar a la línea, al mismo tiempo que la I División, la cual debía recorrer más campo.

La I División marcha contra el coronel Camacho, comandante de la izquierda aliada; y la II contra el centro, comandado por el coronel Castro Pinto.

Amengual tiene a sus órdenes:

Infantería, con los 124 pontoneros agregados a la División	2.759	hombres.
Artillería.....	242	“
Granaderos.....	382	“
Total.....	3.383	“

Con diez cañones y dos ametralladoras.

El ala de Camacho consta de 4.250 combatientes con 11 cañones, bien atrincherados y ocultos. El coronel Amengual dispone su orden de ataque, en tres líneas, columnas por compañía.

Vanguardia.

Batallón *Valparaíso*.

Grueso.

1º Batallón *Esmeralda*.

Batallón *Navales*.

Reserva.

2º Batallón del *Esmeralda*.

Batallón *Chillán*.

Compañía de *Pontoneros*.

La I División sigue en este orden, acercándose a la línea enemiga, que no da señales de vida, pues ni se divisa siquiera el quepí de los infantes. Se acerca hasta los mil metros. Para desenmascarar al enemigo, hace desplegar en guerrilla al *Valparaíso*, que avanza, guía al estandarte, colocado al centro del Batallón.

A poco andar, el enemigo rompe en descargas cerradas, desde la coja arenosa que oculta el frente de batalla de los aliados.

El ejército entero ve como el *Valparaíso* desaparece tendido en la arena; luego hace fuego en avance, destacándose el coronel Niño, que recorre a caballo las filas para conducir las al frente.

Amengual, tan pronto como el *Valparaíso* se compromete con el enemigo, hace que *Esmeralda* por la izquierda y *Navales* por la derecha se dispersen, compañía por compañía y avancen a la línea de fuego que arrecia con singular intensidad.

Amengual recibe comunicación de la artillería de Salvo de que el enemigo desguarnea la izquierda para reforzar el centro. No desea más el jefe chileno; hace formar en guerrilla a los batallones de reserva, *Chillán*, 2º *Esmeralda* y Compañía de *Pontoneros* y los envía a la línea; seguro del éxito, marcha a grandes saltos a la conquista de la cortina medanosa que resguarda a los contrarios.

El coronel Barceló tan pronto divisa al *Valparaíso* empeñado en acción, ordena que los cuerpos dispersen sus compañías hasta cubrir todo el frente de Castro Pinto y avanza desplegado, en guerrilla. Lleva como efectivo 2.181 combatientes contra las fuerzas del coronel Castro Pinto, ascendentes a 4.500 individuos, con tres cañones y tres ametralladoras.

Eran las 10 ³/₄ de la mañana.

Barceló sabe su oficio de jefe; a la experiencia une la calma. Lleva su línea a saltos cortos, sin precipitación, para no cansar a la tropa, con fuego lento y apuntando bien, economizando cartuchos para la embestida final.

Como a la media hora de empeño, más o menos, Barceló hace tocar alto la marcha quiere dar un respiro a la gente agobiada por el avance en el médano y un sol abrasador cuyos rayos caen a plomo.

Atacama y *Santiago* hacen alto y se ocultan; el 2º sigue adelante, sordo a las cornetas y a la disciplina.

El comandante Canto no hace caso de la orden de su superior; era su carácter; sus arranques indóciles apagaban sus buenas cualidades de soldado.

Barceló, temeroso del aniquilamiento del 2º y del claro que se formaría en la línea de combate, sigue mal su grado, el movimiento ofensivo de su desobediente subalterno.

La ceja del cerro estaba cerca y Canto quería conquistarla.

La I y II Divisiones se creían próximas al éxito; pero en un momento, cambia enteramente la faz de la lucha.

Campero, al contemplar el despliegue de Amengual y su propensión a oblicuar a la derecha, se felicita de haber adivinado las intenciones de Baquedano; rebasar su ala izquierda, envolverla y acabarla por retaguardia.

No obstante que el ala de Camacho de por sí es bastante fuerte y superior en efectivo a la I División chilena, la hace reforzar con gente traída del centro y del flanco derecho, del contingente de Montero.

Desde luego Camacho pide refuerzos a Castro Pinto antes que éste estuviera en apuros. El comandante del centro le envió las Divisiones peruanas IV coronel Mendoza compuesta de los batallones *Victoria* del coronel Godinez y *Huáscar* del coronel Barriga; y V coronel Herrera compuesta con los batallones *Ayacucho* comandante Somocurcio y *Arequipa*, coronel Iraola.

Todavía Campero en persona se traslada a la derecha y obtiene de Montero la reserva boliviana del coronel Murguia formada de los batallones *Alianza* (Colorados) coronel Murguia, y *Aroma*, coronel don Silvestre Doria Medina. Amengual y Barceló dirigen sus divisiones que forman una sola línea, contra la cortina de refugio de los aliados.

Cerca ya, aparece el general Acosta con su división fresca; a descargas cerradas detiene a Amengual; igual situación se produce en el centro. Barceló queda atascado ante el fuego de mampuesto del enemigo.

La situación se torna crítica para la línea chilena. Amengual entró al combate con 3.383 hombres y Barceló con 2.181, lo que hace un total de 5.564 combatientes. Camacho y Castro Pinto tenían por su parte 4.250 hombres, el primero y 4.500 el segundo, que suman 9.750 plazas. Ahora, con el refuerzo de las Divisiones Mendoza, Herrera y Murguia aumentaron el efectivo en 3.000 hombres más o menos.

La línea chilena no puede avanzar; además, escasean las municiones que se reponen con las de los muertos y heridos.

Amengual y Barceló tocan retirada. Un grito atronador de victoria ¡Victoria! Sale de la línea aliada; Camacho recibe en esos momentos los batallones *Alianza* y *Aroma*; a su cabeza inicia un contra ataque que arrolla a los chilenos; Castro Pinto sigue el movimiento; sale de sus trincheras y arremete con bríos a Barceló.

Baquedano permanece impassible, no obstante que recibe ayudantes que demandan municiones y refuerzos. Ordena al parque el envío de municiones a la línea de fuego y contesta tranquilamente a los ayudantes que soliciten refuerzos: A su tiempo, a su tiempo, y manda a Lagos al fuego para ver lo que ocurre.

Como las mulas se resisten para acercarse al fuego, los ayudantes y los *Carabineros* del general, conducen por delante cajones de municiones a la línea de combate.

La II División cede el terreno como en un ejercicio. El 2º y el *Santiago* marchan a retaguardia los veinte pasos reglamentarios, luego, frente a vanguardia, rodilla en tierra y fuego.

El bravo *Atacama*, cuerpo nuevo relativamente, se resiente de la fuerte presión enemiga, se fracciona, sus oficiales le hacen entrar en línea, pero con desconcierto. Forma pelotones en que el enemigo tiene blanco seguro.

Caen numerosos heridos, que los aliados rematan sin piedad.

La I División soporta todo el peso de las numerosas fuerzas de Camacho, que avanzan y en su furia no dan cuartel, sacrificando a cuanto herido chileno encuentran a su paso, proceder deshonoroso para quienes se baten con bravura. Varios grupos quedan dentro de las fuerzas contrarias; rodeados, defienden caras sus vidas.

Holley pide protección a *Granaderos* a caballo; Vergara corre donde el General en jefe a solicitar su venia; obtenida, vuela a ponerse a la cabeza del Regimiento, junto con Yavar.

Los *Granaderos* cargan como una tromba, levantando una nube rojiza de tierra, que llena el campo. Camacho se detiene a contener la ola que le cae encima; Murguia hace formar cuadro al *Alianza* y al *Aroma*; los *Granaderos* fallan en la maniobra, rechazados por los cuerpos de la izquierda contraria con vivísimo fuego.

Los *Granaderos* cargan en batalla. ¿Por qué?

No ha podido saberse con certeza, quién dió la voz de mando.

El Regimiento desfilaba por el flanco derecho, paralelo al frente enemigo, en filas de a cuatro, cubierto por una depresión del terreno.

Cuando el coronel Vergara trajo la orden de carga, el comandante Yavar mandó por cuatro a la izquierda; el cuerpo quedó en batalla, maniobra preliminar para intervenir, escuadrón por escuadrón, escalonados.

Hallándose en batalla, se siente la voz de mando a la carga, y el cuerpo sale disparado como un celaje.

Conviene recordar aquí un incidente, revelador de los cariñosos lazos que unían a los miembros del ejército.

En la carga de *Granaderos*, le matan el caballo al mayor don David Marzan. El soldado Jovino Maturana, se desmonta, cede el suyo a su mayor, y sigue batiéndose, con su carabina, embebido en las filas de los infantes.

Maturana fué dado a reconocer como sargento en la orden del día.

Castro Pinto detiene también el avance del centro, en espera de la definición del choque de la caballería chilena, dando así respiro a Barceló. Vuelve Lagos al lado del General en jefe y le expone llanamente la situación.

Baquadano envía dos ayudantes que llevan a Barboza orden de embestir fuertemente al enemigo; y a Lagos que comunique a Amunátegui la salida de la III División en refuerzo de Amengual y Barceló. El mismo con el cuartel General, Estado Mayor, 1° Escuadrón de Carabineros y la Reserva siempre en columnas por batallón, avanza a la altura de la III División. La artillería de campaña adelanta mil metros; la de montaña entra a las filas de los infantes.

Antes de recibir orden de avance, los cuerpos de Amunátegui sienten el toque de atención. Llegan los capellanes.

El presbítero Fontecilla, alzándose sobre los estribos frente a uno de ellos, exclama:

“Compatriotas y hermanos, vamos a entrar al fuego; cumplid vuestro deber como chilenos; mientras tanto, lo cumpliréis como católicos”.

El comandante manda: ¡Batallón rindan, arm!

En nombre de Dios Todopoderoso, criador del cielo y de la tierra, agrega Fontecilla, os doy la solemne bendición. Padre nuestro que estás en el cielo, santificado sea el tu nombre venga a nos el tu reino; hágase tu voluntad, así en la tierra como en el cielo”.

¡Atención, tercien, arm! Ordena el comandante.

En esos momentos, Lagos trae la orden de avance. Cada cuerpo parte a su destino, pues, los jefes tenían instrucciones de antemano.

La *Artillería de Marina* oblicua a la derecha hacia la I División, desplegando las compañías en guerrilla.

Se dispersan igualmente el *Chacabuco* y el *Coquimbo* y marchan en una extensa línea hacia el *Santiago* y el 2° de línea.

La III División sufre bastantes bajas antes de disparar un tiro, pues no hace fuego por tener a los nuestros por delante.

Al fin, las hileras que avanzan se cruzan con las hileras que se retiran; el campo está despejado, el enemigo al frente a menos de cuatrocientos metros; los cuerpos hacen alto y fuego.

Los chilenos ven ahora al enemigo frente a frente. Se trata de entenderse con hombres, no con trincheras.

A la vez, resuena el cañón por la izquierda chilena; la IV División se lanza contra Montero, que presenta cruda resistencia al ataque.

Los lautaros, casi todos repatriados del Perú, avanzan por la derecha los oficiales gritan a la tropa, vengad ahora la expulsión de vuestros hogares, y el saqueo de vuestras casas.

Santa Cruz por el centro, dice a sus *Zapadores*. De frente; estos fueron los que asesinaron a nuestros compañeros heridos en Tarapacá.

Wood con los *Cazadores del Desierto* rebasa la extrema derecha de Montero y ataca el fortín de Flores por retaguardia.

En nuestro centro y derecha el éxito no es menor. Amunátegui, después de algunos minutos de fuego, ordena marcha redoblada; los cornetas de la línea repiten el toque; los cuerpos avanzan con fuego cada vez más nutrido; los aliados, atemorizados, quieren volver a sus trincheras, pero son fusilados por la espalda; otros cuerpos peruanos y bolivianos, indistintamente, se dejan matar en sus puestos.

En tanto, Baquedano se acerca lentamente con su fuerte reserva, cuya sola vista quita toda esperanza a los aliados.

Los mineros coquimbanos, acostumbrados al cerro y al desierto, llegan a las trincheras pisando los talones del enemigo, que trata de resistir.

El capitán Larraín Alcalde carga a la bayoneta con su compañía y remata los últimos grupos.

Un coquimbo, ¿quién? Un soldado, trepa el primero y a caballo sobre el espaldón, grita a sus compañeros, con el fusil en alto: ¡Adelante rotos del Coquimbo! Dice y se dobla atravesado por cuatro balas.

El centro está roto; el enemigo huye, el *Coquimbo* se cuele por el claro con fuego de avance.

Los efectivos de las Divisiones I y II amunicionados, formados y numerados, se incorporan a la III División y finalizan la pelea, que las granadas de la Artillería de montaña, embebida desde el principio en las primeras filas de infantes, cambian la retirada en derrota.

Los cuerpos continúan la persecución sin amainar el mortífero fuego. La retirada enemiga pasa de la derrota a la más completa dispersión.

Un grito de gozo, un ¡Viva Chile! anuncia la feliz nueva; Tacna a la vista.

Allí, allí está Tacna, a los pies del vencedor, rodeada de sus campos de verduras; más allá el Caplina hace olvidar la sed a las fauces ardientes del soldado, que tiene a la vista el fruto de sus esfuerzos.

Los clarines del Cuartel General tocan alto la marcha; los cornetas de los regimientos repiten la orden, pero la derecha, que divisa la formación de un grueso núcleo en la hacienda de Para, baja al valle, deshace a esa gente, y le corta el camino de Arica.

Eran las 2:30 P. M.

Se forma nuevamente la línea y los soldados entreverados para el ataque final, buscan sus compañías y los cuerpos se reorganizan, listos para entrar nuevamente en batalla.

Oyese en esto, un estruendoso vocerío por la izquierda, y luego los acordes de la Canción Nacional. El general recorre la línea, erguido y radiante, sobre su corcel de guerra. Los jefes salen a su paso a darle cuenta de las novedades del día.

Al enfrentar al *Coquimbo* saluda su estandarte, que se inclina ante el Comando Supremo.

Gloriosa bandera, dice; la he visto adelante, adelante. Que avance la escolta. Se adelanta el cabo Miguel de la C. Vera con la sagrada insignia en la cuja, y a su derecha el cabo Domingo Meléndez, bayoneta armada. Es cuanto queda de la escolta.

El general levanta su kepí, saluda el estandarte y exclama conmovido: ¡Glorioso! ¡Glorioso! (El subteniente abanderado don Carlos Luis Arrieta fué herido gravemente y reemplazado por el subteniente don Juan Gualberto Varas, que herido, murió ocho días después. Sucedióle los sargentos de la escolta Juan Nepomuceno Oyarce y Cristian Helberg, ambos muertos, y los cabos de la misma, Daniel Díaz, muerto, y Bernardo Segovia, herido.).

Poco después, comisiona al coronel Vergara para bajar a la ciudad a pedir la rendición incondicional; las autoridades habían huido y el cuerpo consular ya había presentado sus respetos al coronel Amengual que entró a la ciudad con el regimiento de artillería de Marina, y que había querido bombardearla en castigo de haber recibido a balazos al oficial parlamentario.

El Cuerpo Consular hace la entrega de la plaza y manifiesta que los tiros aislados habían sido de soldados dispersos, que fugaban.

El coronel Amengual patrulla la ciudad con piquetes de la *Artillería de Marina* y del 1º Escuadrón de *Carabineros* de Bulnes, con quien había entrado a Tacna.

Ocurrió ahí un violento cambio de palabras entre los coroneles señores Amengual y Vergara, por causa de etiqueta militar, que por fortuna no tuvo más consecuencias, que la enemistad entre ambos jefes.

El general ordena al mayor don Rafael Vargas que descienda al valle a perseguir al enemigo que huye al interior, con su 2º Escuadrón de *Carabineros de Yungay*.

Dispone también que los cuerpos pernecten sobre el campo de batalla y nombren comisiones de oficiales y tropa para recojer a los heridos, tanto amigos, como enemigos, y que la IV División bajo a media falda para hacer la gran guardia.

Ordena así mismo la ocupación de los edificios fiscales para Hospitales de sangre, que se dé a reconocer como Comandante de la Plaza al coronel don Samuel Valdivieso, que se destine el edificio de la Prefectura para depósito de los jefes y oficiales prisioneros y que la I División acantonada entre Para y Tacna reciba los prisioneros de tropa.

Poco después, el general envía al Supremo Gobierno el parte de la acción, por propio a Ite y de ahí, a Iquique al comandante Lynch en el vapor "Toltén". El general dicta, y su secretario, don Máximo R. Lira escribe sobre un cajón de municiones:

"Suburbios de Tacna, 26 de Mayo de 1880.- Señor Ministro de la Guerra- Ayer a las 9 A. M. se movió el Ejército de mi mando en busca del enemigo. Acampó en la tarde como a dos leguas y media de las posiciones que ocupaba el Ejército aliado.

Hoy a las 6 A. M. me puse nuevamente en movimiento y rompió sus fuegos nuestra artillería contra las avanzadas enemigas, haciéndolo la artillería contraria a las 8:30 A. M.

Los fuegos de artillería se sostuvieron hasta las 11 A. M. hora en que nuestra infantería avanzó haciéndose desde entonces general el combate. El enemigo opuso grande y tenaz resistencia; pero a pesar de ello, tres horas más tarde nuestros valientes soldados se apoderaban de las formidables posiciones ocupadas por los ejércitos aliados. Desde ese momento, el enemigo se dispersó, huyendo en distintas direcciones y pocas horas más tarde ocupamos la ciudad de Tacna. Tenemos muchas bajas, siendo mucho mayores las del enemigo.

En este momento me sería imposible apreciar las cifras de nuestras pérdidas.

Felicito a V. S. y al país por esta victoria que importa para el enemigo un golpe rudo de imposible reparación, y para Chile, la consolidación de la obra encomendada a su ejército.- *Manuel Baquedano*".

La secretaría del Cuartel General remite a su vez al comandante Lynch, el siguiente telegrama para el Gobierno:

"Señor Patricio Lynch.- El parte adjunto del general Baquedano, le da la noticia de la gran victoria de hoy. Lo felicitó cordialmente por ello. ¡Pobre don Rafael que no alcanzó a ver coronada su obra! No puede Ud. Figurarse las inmensas dificultades que ha habido que vencer para llegar hasta aquí. Los caminos son pesadísimos, casi intransitables y las posiciones que ocupaba el enemigo inexpugnables.

Tendió su línea en una colina que dominaba el campo ocupado por nuestras fuerzas, y tenía a su espalda otra y otra que constituían una serie de parapetos. Sin embargo, el empuje de nuestros soldados lo venció todo.

Es verdad que los jefes todos supieron darles el ejemplo de su arrojo.

Están seriamente heridos el comandante Santa Cruz de *Zapadores*, el 2º jefe del *Santiago*, León. Están igualmente heridos pero no tan graves, el comandante Barceló, el mayor Cocke del *Esmeralda* y el comandante Gorostiaga del *Coquimbo*. Murió el Mayor Silva Arriagada, del *Santiago*.

Oficiales heridos hay como 60; más o menos recuerdo estas cifras, cuya exactitud no puedo garantizarle; quince del 2º de línea, 8 de *Navales*, 8 del *Coquimbo*, varios del *Atacama*, del *Esmeralda*, del *Santiago* etc. Han quedado en nuestro poder varias piezas de artillería, ametralladoras y muchos rifles. El campo está sembrado de cadáveres del enemigo.

En el campamento se encontró hasta el rancho preparado; tanta fué la precipitación de la fuga. Se dice que Campero ha salido herido. Varios jefes de ellos muertos.

Antes de entrar en Tacna, se envió un parlamentario sobre el cual hicieron fuego. Esto obligó a dispararle algunos tiros de artillería.

Poco más tarde recibió el General una nota de los Cónsules en que se anunciaba que el pueblo estaba abandonado y que eran soldados borrachos los que habían hecho fuego sobre nuestro parlamentario.

Los únicos cuerpos que no alcanzaron a entrar en acción fueron el *Buin*, el 3º, el 4º y el *Bulnes*, que estaban de reserva. Los demás se han portado inexpugnable por parejo.

Lo que pronunció la derrota fué ver la Reserva que marchaba en protección de las otras fuerzas. El General fué muy vitoreado por las tropas, lo mismo que Velásquez y los jefes de los cuerpos.

Dicen algunos prisioneros que anoche salieron 4.000 hombres a sorprendernos, pero se extraviaron.

Se piensa marchar incontinenti sobre Arica. Se mandó a la caballería a perseguir las fuerzas que se retiran en dirección a Pachía. Creo que nada se conseguirá porque los caminos son detestables.

Parece inexacta la noticia de que Campero está herido, pero se sabe que murió el coronel Camacho.

Dispense el desaliño de esta carta, que le escribo en la carpa que fué de Montero. Lo hago para que satisfaga su ansiedad y la del gobierno. *R. Lira*”.

Fácil es imaginarse el regocijo con que el país recibió la noticia de tan importante victoria.

Chile entero viste de gala para celebrar tan fausto acontecimiento, que entrega a nuestro dominio otra extensa zona del territorio peruano; y da feliz remate a la segunda campaña, porque la victoria de Tacna implica la captura de Arica y de su célebre Morro.

Una ola de patriótico delirio recorre de norte a sur al país, que aclama al ejército y a su distinguido general.

La noticia de la batalla de Tacna y de la espléndida victoria obtenida por el ejército, llegó a Santiago al amanecer del 29 de Mayo.

A las seis de la mañana, hora en que se expug la buena nueva, la banda de músicos de la guardia municipal recorre la calle de Teatinos hasta la Moneda y después otras calles hasta el Mercado Central.

A la misma hora se siente una salva de 21 cañonazos en el Santa Lucía y la banda de la Artillería acompañada de un numeroso concurso de pueblo, recorre diversas calles tocando himnos y marchas guerreras.

Esto era una llamada a los ciudadanos y en pocos instantes la plazuela de la Moneda se vió invadida por una numerosa concurrencia ávida de conocer algunos detalles del triunfo obtenido por nuestras fuerzas.

Los primeros despachos telegráficos recibidos de Iquique, eran leídos en palacio, en medio de las aclamaciones de la multitud que no cesaba de vivir a Chile y al ejército.

En todos los semblantes se notaba un profundo sentimiento de alegría; los amigos se abrazaban al saludarse con los gritos de ¡Viva Chile! El entusiasmo desbordaba en todos los corazones.

Mientras que estas escenas de la Moneda comunicaban a todos esa chispa eléctrica del entusiasmo, la ciudad entera comenzaba a empavesarse; el tricolor se izó en todos los edificios públicos y particulares, y el glorioso emblema era saludado con entusiastas aclamaciones.

El gozo de la victoria se comunicaba con increíble rapidez: el espíritu público, que de largos días atrás, estaba invadido por un sentimiento de inquietud, se sentía suficientemente satisfecho con el boletín del nuevo triunfo.

El comercio cerró espontáneamente sus puertas, asociándose de ese modo al gran regocijo de la patria.

A las doce en punto el Santa Lucía hizo otra salva mayor, salva que repitió al entrarse el sol.

En la noche Santiago volvió a recobrar a la luz de las iluminaciones de gas y de faroles chinescos, la animada fisonomía de la mañana.

En muchos edificios particulares el gas ardía con profusión, diseñando con rasgos de fuego diversos emblemas como soles, anclas, estrellas o simples letras.

En la fachada de la Moneda brillaba un hermoso escudo nacional.

Poco después de las ocho, en muchas calles de la ciudad se veían largas filas de patriotas, llevando faroles de diversos colores y cantando la canción nacional e himno de Yungay.

Hacia la misma hora, un grupo como de doscientas personas, a cuya cabeza marchaba la música de la guardia municipal, recorrió varias calles en medio de atronadores vivas a Chile y al ejército: y así continuaron las fiestas con desbordante entusiasmo.

El gobierno dispuso la celebración de un solemne Te Deum, para el día 30, oficiado en la catedral.

A las 9 ½ A. M. salió de la Moneda el expresado día S. E. el presidente de la república, acompañado de los ministros del despacho, altos funcionarios públicos, miembros del Consejo de Estado, de las Cámaras, de la Excma. Corte Suprema y Corte de Apelaciones, Rector de la Universidad y miembros del Consejo de Instrucción Pública, etc. Etc.

Formaban calle tendidos en batalla los batallones cívicos de la plaza y el batallón Voluntarios del Orden.

Los cadetes de la Escuela Militar servían de escolta al presidente.

Mandaba la línea el inspector general de la guardia nacional, coronel don Luis Arteaga con los ayudantes de su repartición.

El regimiento N° 1 de Artillería, además de las salvas al salir y ponerse el sol, hizo otras dos al salir y al llegar S. E. a la Moneda.

La comitiva oficial fué recibida a la entrada del templo, por el venerable cabildo eclesiástico, acompañado de las comunidades religiosas, Seminario de San Rafael, y un numerosísimo público que llenaba las amplias naves del Metropolitano.

Las fiestas se prolongaron durante tres días.

Apéndice al capítulo XXIII.

BAJAS DEL EJERCITO DE CHILE EN LA BATALLA DE TACNA.

I DIVISION.

Batallón Navales.

Oficial muerto: Juan Guillman.

Herido grave: capitán Guillermo Carvallo.

Heridos leves: coronel, Martiniano Urriola, capitanes: Reinaldo Guarda, Pedro Elías Beytía y Roberto Simpson; teniente Enrique Délano; subtenientes, Miguel Valdivieso W. y Enrique García.

Muertos de tropa..... 42

Heridos de tropa..... 60

Batallón Valparaíso.

Oficial muerto: capitán Ricardo Olguín.

Oficiales heridos graves: tenientes, Miguel Sanhueza y José María García.

Oficiales heridos leves: Ayudante Felipe Santiago; subteniente, Amador Ferreira.

Muertos de tropa..... 26

Heridos de tropa..... 70

Regimiento Esmeralda.

Oficiales muertos, teniente, Aníbal Guerrero; subtenientes, José Santos Montalba.

Oficiales heridos: Sargento Mayor, Enrique Cocke; capitán Juan Rafael Ovalle; teniente Arístides Pinto; subtenientes, Germán Balbontín, Mateo Bravo Rivero, Juan de Dios Santiago, Luis Ureta y Julio Padilla.

Oficiales contusos: teniente, José Antonio Echeverría; subteniente, Antonio Echeverría.

Muertos de tropa.....	66
Heridos de tropa.....	160

Batallón Chillan.

Oficiales muertos: Juan Manuel Jarpa; subtenientes Manuel Urrutia y Abraham Reyes Bazo.

Heridos graves: capitán Honorindo Arredondo; Subtenientes Ernesto nexpug González, Francisco J. Rosas, Roberto Siridei Borne y Nicolás Yávar nexpug.

Herido leve, comandante José A. Vargas Pinochet.

Muertos de tropa.....	22
Heridos de tropa.....	77

Pontoneros.

Muertos de tropa.....	9
Heridos de tropa.....	14

II DIVISION.

Regimiento 2º de línea.

Muertos: Capitán, don Francisco Olivos.

Subteniente, don nexpug Echeverría.

Heridos: Sargento Mayor don Abel Garretón.

Capitán, don Roberto Concha.

Tenientes, señores Manuel Luis Olmedo y Pedro María Párraga.

Subtenientes señores Alejandro Fuller, Carlos Arrieta, Manuel Vinagre, Rodolfo D. Ramírez, José Sabino Aguilera, Tomás Valverde, Guillermo Vigil, Manuel J. Necochea y Alejandro Gacitúa.

Muertos de tropa.....	28
Heridos de tropa.....	185

Regimiento Santiago.

Oficiales muertos: Sargento mayor, don Matías Silva Arriagada.

Subtenientes Carlos Severín, Amador Pinto y Emilio Calderón; Aspirante Ernesto Henry.

Oficiales heridos graves: comandante Estanislao León; teniente, José Domingo Ferran; Subtenientes Antonio Alberto Cervantes y Manuel Benítez.

Oficiales heridos leves: capitán, Marcelino Dinator; teniente, Nicasio G. Torres; subtenientes, Víctor Brunett, Juan P. Rojas, Osvaldo Ojeda y Fernando Waidele.

Oficiales contusos: comandante Francisco Barceló; teniente Luis Leclerc, subteniente, Francisco R. Ramírez; abanderado Pompeyo del Fierro.

Muertos de tropa.....	77
Heridos de tropa.....	219

Batallón Atacama.

Oficiales muertos: Ayudante Moisés Arce; capitanes Melitón Martínez y Rafael Torreblanca; subteniente Gualterio Martínez.

Oficiales heridos: capitán José M. Puelma; tenientes Alejandro Arancibia, Washington Cavada, Ignacio Toro y Juan Ramón Toro; subtenientes Abraham Becerra y Eugenio Martínez.

Muertos de tropa.....	78
Heridos de tropa.....	205

III DIVISION.

Regimiento Artillería de Marina.

Muertos de tropa.....	9
Heridos de tropa.....	14

Batallón Chacabuco.

Oficial contuso: Subteniente Víctor Luco.

Muertos de tropa.....	9
Heridos de tropa.....	31

Batallón Coquimbo.

Oficial muerto: teniente Clodomiro Varela.

Oficiales heridos graves: capitán Federico Cavada; subtenientes Manuel M. Masnata, Juan G. Varas, Caupolicán Iglesias, Antonio Urquieta y Carlos Ansieta.

Oficiales heridos leves: Comandante, Alejandro Gorostiaga; capitán Francisco Aristía.

Oficial contuso, capitán Crisólogo Orrego.

Muertos de tropa.....	22
Heridos de tropa.....	105

IV DIVISION.

Regimiento de Zapadores.

Oficiales muertos: Comandante Ricardo Santa Cruz; capitán nexpugna Molina; subteniente, Victoriano Salinas.

Oficiales heridos: Capitán Abel Luna; subtenientes Jacinto Muñoz, Juan A. Maldonado, Benjamín nexpug y Rodolfo Villar.

Oficial contuso: Capitán Rafael Granifo.

Muertos de tropa.....	30
Heridos de tropa.....	39

Regimiento Lautaro.

Oficial muerto: subteniente Adolfo Yávar.

Oficiales heridos graves: Capitanes José Zárate y Nicomedes Gacitúa; subtenientes José de la Cruz Barrios y Severo Ríos.

Muertos de tropa.....	16
Heridos de tropa.....	86

Cazadores del Desierto.

Oficiales heridos: Comandante Hilario Bouquet; capitán Jorge Porras; teniente Santiago Barbosa; subteniente José G. Pérez.

Muertos de tropa.....	5
Heridos de tropa.....	38

RESERVA.

Heridos de tropa..... 17

Artillería.

Heridos de tropa..... 18

Caballería.

Granaderos a Caballo.

Muerto: Alférez Aspillaga Yávar.

Contusos: Mayor David Marzán; capitán Rodolfo Villagrán.

Muertos de tropa..... 10

Heridos de tropa..... 23

Carabineros de Yungay, número 1.

Oficial herido: Subteniente, Diego nexpu Almeida.

Heridos de tropa..... 6

2º Carabineros de Yungay.

Herido de tropa..... 1

RESUMEN.

I División.

Batallón Navales.

	Muertos	Heridos	Totales
Jefes y oficiales.....	1		
Jefes y oficiales.....		8	
Tropa.....	42	60	
	43	68	111

Batallón Valparaíso.

Jefes y oficiales.....	1	4	
Tropa.....	26	70	
	27	74	101

Regimiento Esmeralda.

Jefes y oficiales.....	2	10	
Tropa.....	66	160	
	68	170	238

Batallón Chillan

Jefes y oficiales	3	6	
Tropa.....	22	77	
	25	83	108

Pontoneros.

Tropa.....	9	14	23
------------	---	----	----

II División.

Regimiento 2º de línea.

Jefes y oficiales....	2	14	
Tropa.....	28	185	
	30	198	229

Regimiento Santiago.

Jefes y oficiales.....	5	14	
Tropa.....	77	219	
	82	233	315

Batallón Atacama.

Jefes y oficiales.....	4	7	
Tropa.....	78	205	
	82	212	294

III División.

Regimiento Artillería de Marina.

Tropa.....	9	14	23
------------	---	----	----

Batallón Chacabuco.

Jefes y oficiales....		1	
Tropa.....	9	31	
	9	32	41

Batallón Coquimbo.

Jefes y oficiales.....	1	9	
Tropa.....	22	105	
	23	114	137

IV División.

Regimiento de Zapadores.

Jefes y oficiales.....	3	6	
Tropa.....	30	39	
	33	45	78

Regimiento Lautaro.

Jefes y oficiales.....	1	4	
Tropa.....	16	86	
	17	90	197

Cazadores del Desierto.

Jefes y oficiales.....		4	
Tropa.....	5	38	
	5	42	47

RESERVA.

Tropa.....		17	17
------------	--	----	----

Artillería.

Tropa.....		18	18
------------	--	----	----

Caballería.

Granaderos a Caballo.

Jefes y oficiales.....	2	2	
Tropa.....	10	23	
	12	25	37

Carabineros de Yungay N° 1.

Jefes y oficiales.....	1		
Tropa.....	6		
	7		7

2° Carabineros de Yungay.

Heridos.....	1		1
--------------	---	--	---

Resumen por Divisiones.

	Muertos	Heridos	Totales
I División.....	172	409	581
II División.....	194	644	838
III División.....	41	160	201
IV División.....	55	177	232
Reserva.....	--	17	17
Artillería y Caballería....	12	51	63
	474	1.458	1.932

JEFES, OFICIALES Y TROPA, MUERTOS EN LA BATALLA DE TACNA.

I División.

Batallón Navales.

Oficiales.....	1
Tropa.....	42

Batallón Valparaíso.

Oficiales.....	1
Tropa.....	26

Regimiento Esmeralda.

Oficiales.....	2
Tropa.....	66

Batallón Chillan.

Oficiales.....	3
Tropa.....	22

Pontoneros.

Tropa.....	9
------------	---

II División.

Regimiento 2º de línea.

Oficiales.....	5
Tropa.....	28

Regimiento Santiago.

Oficiales.....	5
Tropa.....	77

Batallón Atacama.

Oficiales.....	4
Tropa.....	78

III División.

Regimiento Artillería de Marina.

Tropa.....	9
------------	---

Batallón Chacabuco.

Tropa.....	9
------------	---

Batallón Coquimbo.

Oficiales.....	1
Tropa.....	22

IV División.

Regimiento de Zapadores.

Oficiales.....	3
Tropa.....	30

Regimiento Lautaro.

Oficiales.....	1
Tropa.....	16

Cazadores del Desierto.

Tropa.....	5
------------	---

Caballería.

Granaderos a Caballo.

Oficiales.....	1
Tropa.....	10

Total de muertos:

Jefes y oficiales.....	24
Tropa.....	450
Total General.....	474

JEFES, OFICIALES Y TROPA HERIDOS EN LA BATALLA DE TACNA.

I División.

Batallón Navales.

Oficiales.....	8
Tropa.....	60

Batallón Valparaíso.

Oficiales.....	4
Tropa.....	70

Regimiento Esmeralda.

Oficiales.....	10
Tropa.....	160

Batallón Chillán.

Oficiales.....	6
Tropa.....	77

Pontoneros.

Tropa.....	14
------------	----

II División.

Regimiento 2º de línea.

Oficiales.....	14
Tropa.....	185

Regimiento Santiago.

Oficiales.....	14
Tropa.....	219

Batallón Atacama.

Oficiales.....	7
Tropa.....	205

III División.

Regimiento Artillería de Marina.

Tropa.....	14
------------	----

Batallón Chacabuco.

Oficiales.....	1
Tropa.....	31

Batallón Coquimbo.

Oficiales.....	9
Tropa.....	105

IV División.

Regimiento Zapadores.

Oficiales.....	8
Tropa.....	39

Regimiento Lautaro.

Oficiales.....	4
Tropa.....	87

Cazadores del Desierto.

Oficiales.....	4
Tropa.....	38

Reserva.

Tropa.....	17
------------	----

Artillería.

Tropa..... 18

Caballería.

Oficiales..... 2
Tropa..... 23

Carabineros de Yungay N° 1.

Oficiales..... 1
Tropa..... 6

Carabineros de Yungay N° 2.

Tropa..... 1

Total de heridos.

Jefes y oficiales..... 192
Tropa..... 1.369
Total General..... 1.461

Gran total general.

Jefes y oficiales muertos.....	24	
“ “ heridos.....	92	116
Muertos de tropa.....	450	
Heridos de tropa.....	1.369	1.819
		1.935

Porcentaje.

Jefes, oficiales y tropa que entraron en acción.....	14.147
Muertos y heridos.....	1.935
Porcentaje de las bajas.....	13,677%

Este terrible porcentaje de cerca del 14 %, coloca a la batalla de Tacna en la lista de las más sangrientas del siglo XIX, en atención a que las pérdidas enemigas fueron mayores.

Como la prensa aliada, especialmente la peruana, hicieron la falsa afirmación de que el ejército chileno no había dado sepultura a los caídos en el campo de batalla, acompañamos una fotografía, que prueba lo contrario, tomada, el 27-V-80, en el mismo campo del Alto de la Alianza.

LISTA DEL ARMAMENTO Y PRINCIPALES PERTRECHOS TOMADOS AL EJERCITO ALIADO EN LA BATALLA DEL CAMPO DE LA ALIANZA.

- 4 cañones Krupp, de montaña, reformados último modelo
- 4 cañones Blakley de montaña, de a 4 libras.
- 2 cañones Blakley de campaña, de a 12 libras
- 5 ametralladoras nexpugn.
- 1 ametralladora de dos cañones.

5.000 rifles Peabody, Remington y Chassepot llamado, peruano.
 15 carabinas de distintos sistemas.
 34 lanzas de caballería, algunas con banderola.
 202 cajones municiones Comblain, tomadas por los peruanos cuando la captura del Rimac, y recobradas en Tacna.
 145 cajones granadas Krupp.
 6 obturadores Krupp.
 1 barril pólvora para granadas Krupp.
 3 cajones espoletas.
 1 cajón estopines.
 75 cajas de guerra para cañones Krupp enteramente nuevas.
 1 cajón atacadores.
 5 cajones de municiones Blakley.
 3 cureñas de repuesto.
 320 cajones municiones Remington.
 78 “ “ Peabody.
 27 “ “ Chassepot peruano.
 1 “ “ Carabina Evans.
 2 “ “ nexpu
 3 “ “ fusil Minié.
 3 “ “ Chassepot antiguo.
 70 corazas de bronce.

Además se recogió una buena cantidad de cebada, maíz, forraje, 170 cajones de calzado del llamado cochabambino, algunos cajones de aguarrás, barriles, odres y fondos para rancho, estos últimos ya en servicio en los hospitales de sangre.

CAPÍTULO XXIV.

Después de la batalla.

Durante la noche del 26/27 la luz no cesa de brillar en la carpa del Almirante Montero, propiedad ahora por derecho de guerra del Cuartel General y Estado Mayor del Ejército Chileno, pues Baquedano y Velásquez, trabajan en los mil detalles de una acción de guerra.

Ante todo se ordena recoger los heridos, dispersos en una extensión de seis millones de metros cuadrados, área del campo de batalla; y que sean conducidos a Tacna, distante 11 kilómetros, con el cuidado y atenciones que exige el traslado de los más graves; y repartirlos después en los diversos hospitales instalados por la dirección del Servicio Sanitario.

Con plenos poderes del Comando en jefe el Dr. Allende Padín, convierte en Hospitales de sangre el teatro, el mercado, el establecimiento de baños y cuatro o cinco casas que habían ocupado las oficinas de algunas reparticiones militares.

Oportunamente, trataremos de los servicios sanitarios, con más detalles.

El mayor don Rafael Vargas no pasó el 26 del Alto de Lima, en persecución del enemigo; el Comando Supremo, ordenó que a la diana del 27, saliera nuevamente, con su cuerpo, 2º Escuadrón de *Carabineros de Yungay*, un Escuadrón de *Granaderos* a cargo del capitán Urrutia, y *Cazadores* a caballo, a las órdenes del mayor don José Francisco Vargas.

El coronel Valdivieso entra en funciones de jefe de la plaza, en la noche del 26; al día siguiente, a las 8 A. M., dicta su primer bando:

Samuel Valdivieso, coronel del ejército de Chile, comandante general de armas, y jefe político de esta plaza etc. Etc.

Por cuanto en uso de las facultades concedidas por el General en jefe del ejército en campaña, he decretado lo siguiente:

1º Todo individuo que tuviere en su casa o dependencia, armas, municiones o cualesquiera clase de elementos de guerra, pasará a entregarlos a esta Comandancia General en

el plazo improrrogable de veinticuatro horas, bajo la multa de 100 pesos o por igual número de días de prisión al infractor.

2° Queda prohibido desde esta fecha, cargar armas o tenerlas en depósito en almacenes o casas particulares sin permiso de esta Comandancia.

3° Queda absolutamente prohibido en todo el recinto de mi mando la venta de licores, bajo la multa de 50 pesos al infractor.

4° Los despachos, cafés y establecimientos públicos se cerrarán a las 10. P. M. bajo, iguales penas.

5° De la fecha en veinticuatro horas pasarán a inscribirse a la oficina de esta Comandancia General, todo peruano o boliviano que se halle en todo el recinto de mi mando.

6° El que en el plazo indicado no se hubiere presentado a la expresada Comandancia, será considerado como espía y juzgado en consejo de guerra verbal con arreglo a las leyes.

7° Se permite que desde el acto de ser publicadas las presentes disposiciones quede abierto en general todo el comercio y bajo la protección de las armas de la República.

8° Por tanto, y para que llegue a conocimiento de todos, publíquese por bando y fíjese en carteles en los lugares más públicos de la ciudad.

Dado en Tacna a 27 días del mes de Mayo de 1880.- *Samuel Valdivieso.*

El comercio abre sus puertas, y se notan, poco a poco, los establecimientos más y más surtidos, cosa rara, pero explicable, pues los comerciantes agobiados por contribuciones y cupos, habían enterrado la mayor parte de las existencias, para disminuir en lo posible las pesadas gabelas.

El Banco de Tacna, institución particular, cerrado desde hacía tiempo por temor a los préstamos forzosos impuestos por el Prefecto don Alejandrino del Solar, reanuda sus operaciones, confiado en la seriedad de la administración chilena. El general Baquedano fué el primer cliente que solicitó un crédito personal de \$ 20.000 bajo su firma en tanto llegaba la comisaría de guerra. El Banco no tuvo inconveniente alguno para hacer el préstamo, cuyo dinero da movimiento al comercio, invertido en la adquisición de útiles y enseres para los hospitales.

Diversas comisiones recorren el campo de batalla, ya evacuado de heridos en la noche del 26 y mañana del 27, ocupadas en la piadosa tarea de sepultar a nuestros muertos de tropa; los cadáveres de oficiales fueron conducidos al cementerio de Tacna, donde se les dió piadosa sepultura con los honores de Ordenanza.

Los restos de los peruanos y bolivianos, se aglomeraron en las zanjas y fosos de su propio campamento.

La Prefectura, edificio elegido por el Estado Mayor General, para concentración de prisioneros se hace estrecha. El coronel Velásquez dispone que los jefes y oficiales pueden vivir en libertad dentro del recinto de Tacna, dando su palabra de honor de permanecer en la población, y de presentarse al primer llamado para su envío a Chile.

Casi todos los jefes y oficiales se acogen a esta liberalidad, y pasan a habitar en los hoteles o casas particulares de sus relaciones.

Los individuos de tropa, tanto peruanos como bolivianos, fueron enviados a la I División, en donde se les dió alojamiento en común; pero hubo que separarlos, por las riñas que originaban las recriminaciones que se hacían de haber corrido del campo de batalla.

He aquí la primera lista de prisioneros:

General, don Claudio Acosta.

Coroneles, señores Ildefonso Murgia, Exequiel de la Peña, Adolfo Flores, Andrés Ríos, Ángel Sarco, edecán del señor Campero, 1° ayudante del Estado Mayor Peruano; Gavino Morgado, 1° ayudante del Estado Mayor Peruano; José Ávila, ayudante de Estado Mayor de la primera División, Boliviano; Nicanor Bacca, Boliviano; Corcino Balsa, comisario del ejército boliviano.

Tenientes Coroneles, señores Rodrigo Caballero, Julio Carrillo, Regimiento Libres del Sur, boliviano; Manuel S. Latorre, infantería, peruano; José Quintín Ruiz, Batallón Chorolque, boliviano; Manuel Ponce de León batallón 5° de línea, peruano; Anselmo Fernández, del batallón Arequipa N° 17; José María Cabezas, Regimiento Artillería, batallón Arequipa N° 17;

Daniel Vera, Regimiento, batallón Arequipa; Manuel F. Hurtado, batallón Ayacucho N° 3 Peruano; Nicanor Jordán, batallón Aroma, boliviano; Julián A. López, batallón Tarija boliviano; Melitón Laynes, regimiento Libres del Sur, boliviano; Faustino Velasco, regimiento Cuzco, N° 19 peruano; Francisco Espinosa, empleado en la secretaría del General en jefe, boliviano; Alejandro Ríos, batallón 5° de línea, boliviano; nexpug Camacho, regimiento Murillo, boliviano; Luis Ludiano, regimiento Misti, peruano.

Sargentos Mayores, señores Exequiel Aldunate, regimiento Artillería boliviano; Felipe Candiote, batallón Arequipa peruano; Martín Muega y nexpugn, batallón Huáscar peruano.

Capitanes, señores José S. Solares, ayudante del coronel Camacho, boliviano; Francisco Paja y Salas, ayudante del Estado Mayor General, peruano; Bernardino Zavala, batallón Arica N° 27, peruano; Enrique de la Torre, escuadrón Húsares, boliviano; Manuel A. Zalazar, regimiento Húsares de Junín, peruano; Manuel A. Ollongura, batallón Pisagua N° 9, peruano; Belisario Frías, regimiento de Artillería, boliviano; Hilarión Álvarez, batallón 5° de línea, boliviano; Rafael Suárez, graduado, Provisional Lima, peruano; Manuel S. Morales, regimiento Libres del Sur, boliviano; Manuel J. García, batallón Lima N° 11, peruano; Adolfo Forzabrada, regimiento Murillo, boliviano; Fermín Dalón, batallón Pisagua N° 9; Juan F. Barretos, granaderos del Cuzco, N° 10; Manuel Carreño, batallón Ayacucho N° 3.

Tenientes, señores Mariano S. Salas, batallón Arica N° 27 peruano; Abel Bugan, Gendarmes de Tacna, peruano; Antonio Rodríguez, batallón Aroma, boliviano; David José Zapata Tte. 1°, Artillería de Bolivia, boliviano; Marcos Soruco Tte. 1°, regimiento Vanguardia de Cochabamba, boliviano; Felipe Gácate Tte. 1°, batallón Arequipa N° 17, peruano; Pedro P. Tapia Tte. 1°, batallón 5° de línea, peruano; José María Osorio Tte. 1°, batallón Arica N° 27, peruano; Gaspar Tafur, Regimiento Murillo, boliviano; Heraclio Fernández, regimiento Murillo, boliviano; Tomás Espinoza, del batallón Nacionales; Guillermo Chariarse, batallón Lima N° 11; Tomás Mondorisch, batallón Lima, N° 11; Felipe Urbina, batallón Lima, N° 11; José Mercedes Peña, de los Húsares de Junín.

Subtenientes, señores Luis González, regimiento Libres del Sur, boliviano; Leoncio Zavaleta, batallón Ayacucho N° 3, peruano; José Miguel Gamarra, batallón Arica N° 27, peruano; Enrique Jonig, Gendarmes de Tacna peruano; Carlos Courroy, batallón Provisional de Línea N° 1, peruano; Amadeo González, regimiento Murillo, boliviano; Mariano R. Hidalgo, regimiento Murillo, boliviano; Telésforo Daza, Cazadores de Lima; Saturnino Cano, batallón Lima N° 11. José E. del Risco, batallón Arequipa N° 17; Diego Silva, batallón Ayacucho N° 3; José Pedro Pérez, batallón Aroma, boliviano.

Alféreces, señores Luis Zenteno, regimiento Artillería, peruano; Daniel Alfaro, ayudante de la comandancia tercera División, peruano.

Ayudante, señor Eduardo Montes, peruano.

Paisanos, señores Jorge Olmos, boliviano; José Manzanares, secretario del general Montero, peruano; Manuel B. Sañudo, oficial de secretaría del general Montero, peruano; José Santana, oficial de la Caja Fiscal, peruano.

No se comprenden en esta lista los jefes y oficiales prisioneros, que permanecen en las ambulancias por causa de heridas, como el general don Juan José Pérez, fallecido poco después, los coroneles señores Eleodoro Camacho y Melchor Guzmán; los tenientes coroneles, señores José Manuel Pando, Felipe Ravelo, Mariano Calvimonte, y Néstor nexpugna; los comandantes señores Néstor Díaz Romero, Juan Pérez, Zenón G. Zambrano, Adolfo Palacios; y sargentos mayores, señores Isaac López, Manuel Cordero, Apolinario Salcedo, Guillermo Birne, Juan Reyes, Julian Paz, y un centenar de capitanes y oficiales subalternos.

En la tarde del 27, regresa el mayor Vargas, con bastantes prisioneros y la noticia de que los derrotados se parapetan en posiciones inaccesibles.

El Comando recibe la noticia con desagrado. Dispone que al día siguiente 28, salga el coronel Lagos, hacía la cordillera, con una división compuesta de los regimientos *Buin*, 3° y 4° de línea, batallón *Bulnes*, una brigada de artillería de campaña, la batería de montaña de Fontecilla, el 2° Escuadrón de *Carabineros*; el Regimiento de *Cazadores* y un escuadrón de *Granaderos*, a cargo de Yavar.

La división cruza la calle principal de la ciudad, a la vista atónita de nacionales y extranjeros que admiran el aire marcial de la tropa, la buena clase de equipo y la magnífica calidad del armamento, en especial la artillería de campaña arrastrada por ocho parejas de briosos caballos.

En el mismo, día, a las ocho de la noche sale una primera avanzada de reconocimiento sobre Arica a las ordenes del capitán don Juan de Dios Dinator. La componen 50 *Carabineros*, a cargo del alférez Fornés; tienen orden de llegar hasta el puente de Chacalluta, que se dice volado por el enemigo.

El capitán Dinator sigue por la línea férrea en dirección a la estación de Hospicio. A distancia de un kilómetro, Dinator avanza con tres individuos en un carro de mano. La obscuridad de la noche, no le permite ver una avanzada enemiga que le da el ¡Quién vive! Continúa adelante, se repite el Quién vive, seguido de una descarga que contestan sus tres acompañantes. Avanza Fornés con sus 47 carabineros; pero la avanzada huye perdiéndose en las sinuosidades del terreno.

El capitán se adueña, de la estación; al alba se dirige a la costa a ver modo de comunicarse con la escuadra. Despliega una bandera chilena; los buques contestan con tres hurras de la tripulación en las jarcias.

Se avista una avanzada enemiga que vuelve bridas, al notar que Dinator se dirige a cargarla. Se presenta nuevamente por el río y se repite la maniobra.

Un bote de la “Covadonga” que no puede abordar la playa, le señala un individuo que gana la costa a nado; es el marinero John Sewis del “Cochrane” con comunicaciones para el general en jefe.

El 31 regresa el coronel Lagos. Había atravesado los pueblos de Calana y Pachía, recogiendo fugitivos pero sin hallar sombra de tropa organizada.

En Pachía, el camino se bifurca; el de la izquierda, conduce a Tarata y de ahí por la sierra a Moquegua, Arequipa y Puno; el de la derecha sigue por la portada de San Francisco, Palca, Yarapalca, y Tacora a Corocoro, centro de recursos.

Lagos divide sus fuerzas en dos trozos: por Calientes camino, Tarata, envía a Yavar quién no encuentra vestigios de peruanos; y por San Francisco a Vargas, que en este punto alcanza una partida de 100 bolivianos que defienden el desfiladero con nutridos fuegos.

Vargas dispone que el capitán Lermenda ocupe las alturas de la derecha, el teniente Terán las de la izquierda y él con el grueso sigue de frente. El enemigo huye temeroso de verse cercado; la caballería los persigue hasta Palca sin poder darle alcance, lo que no es extraño pues alcanzar a un serrano que huye es más difícil que tomarle el cuerpo a un ánima.

Las siguientes líneas del subteniente de los *Colorados* don Daniel nexpugna, atestiguan este acerto:

“Una vez en Tacna contribuyo con otros oficiales de diversos cuerpos, a impedir que los dispersos peruanos y bolivianos se fusilen mutuamente, y sigo hasta Pocollay, donde tengo la suerte de encontrar una mula aparejada que marcha suelta. Monto en ella y desde este momento, 5 de la tarde no me detengo hasta llegar a Yarapalca, catorce leguas al amanecer del día siguiente.

Encontré allí a tres coroneles y dos tenientes coroneles que habían llegado en las primeras horas de la noche anterior entre los cuales se encontraba un deudo mío, el coronel X”. (Daniel nexpugna, Los Colorados de Bolivia, (Recuerdos de un subteniente) Pág., 33 y 34, año 1919.).

He aquí pues una caminata de 77 ½ kilómetros, porque se trata de leguas de 5 ½ a 6 kilómetros. El joven nexpugna hizo su entrada a La Paz el 3 de junio, 8 días después de la derrota.

El general Campero reunió los dispersos en Yarapalca, y de este punto envió a la Convención, el siguiente parte oficial:

“Yarapalca, Mayo 27 de 1880.

Señor: El día de ayer, en una meseta situada a dos leguas de Tacna, camino de Sama, después de un reñido y sangriento combate de cuatro horas, fué deshecho el ejército unido de mi mando.

Hubo momentos en que la victoria parecía balancearse, más la superioridad del enemigo en número, calidad de armamentos y demás elementos bélicos, hizo inútiles todas mis disposiciones y los esfuerzos de los bravos defensores de la alianza.

El señor contralmirante Montero general en jefe del ejército peruano, general que mandaba el ala derecha de nuestra línea de batalla y el señor coronel Camacho, comandante en jefe del ejército boliviano que estaba encargado del ala izquierda y que cayó gravemente herido a tiempo en que arreciaba el combate por este lado, han llenado su misión cual corresponde a su bien merecido renombre.

El señor general, don Juan José Pérez, jefe de Estado Mayor General del ejército unido, ha muerto al entrar a Tacna, donde fué conducido en camilla desde el campo de batalla.

Respecto a mi conducta como general en jefe del ejército unido, prefiero que la soberana Convención forme su juicio por los datos particulares que sus honorables miembros podrán adquirir individualmente tomándolos de los señores jefes y oficiales del ejército, aparte de los que suministraré por mi parte a mi llegada a esa ciudad.

Tengo entre tanto el honor de presentar mis respetos al honorable presidente como su muy atento y obsecuente servidor.- *Narciso Campero*".

Y el ejército peruano ¿qué se había hecho?

Campero, Montero, Valverde y varios otros jefes de alto rango entraron a Tacna el 26 de Mayo en la tarde. Los ayudantes recorrieron la población y dieron como punto de reunión el Alto de Lima; pero nadie se detiene aquí sino que continúan a Calana y Pachía, en donde los aliados, se separan, los peruanos camino a Puno, los bolivianos rumbo a la Paz.

En marcha ya el general Campero recibe una nota del coronel don Segundo Leiva, jefe del II ejército del Sur, que había maniobrado por la sierra, siempre distante del sector de operaciones. En su comunicación, fechada en Sinti, el 31 de Mayo, le manifiesta que conoce el desastre del 26, y solicita, le indique el lugar de reunión, y le dé instrucciones para su gobierno.

Campero, acampado en Calacato, remite a Montero la nota de Leiva y contesta a éste, "que se ha visto obligado después del desastre del 26, a retirarse a Bolivia con los restos del ejército boliviano, y que han cesado sus funciones de director de la guerra en el sur del Perú; y que obre, en consecuencia, en conformidad a las instrucciones que reciba de Lima".

Y le agrega por vía de consejo: "En mi concepto, el enemigo aprovechando el triunfo obtenido el 26 se propondrá como inmediato objetivo la toma de Lima, o Arequipa; en esta segunda hipótesis, debe Ud. Tomar todas las medidas que crea convenientes al efecto para defender esta ciudad.

Con este propósito, todo mi conato se dirigirá a organizar algunos cuerpos para enviarlos a V. S. como refuerzos".

Campero se preocupaba de cerrar a Chile la entrada a Bolivia, cooperando a la defensa de Arequipa. Y siguió su camino en dirección a Corocoro.

Montero a su vez, acampado entre las breñas de Tarata, reúne en Consejo de Guerra, a todos los jefes que le acompañan, para determinar el lugar adonde convenga retirarse con las fuerzas de su mando, para la reorganización del ejército.

Componen el Consejo los tenientes coroneles señores Domingo Barbosa, Mariano A. Galdos, Bruno Morales, Nicanor R. de Somocurcio, Andrés A. Salcedo, Carlos Morales y Felipe S. Crespo; los coroneles graduados, señores Melchor Bedoya, Valentín Quintanilla, Francisco J. Luna, Manuel Carrillo y Ariza y Gregorio Albarracín; los coroneles efectivos: Pedro P. Nieto, Aquiles Mendes, César Canevaro, Rafael Ramírez, Juan G. Rojas, José Godines, Andrés Avelino Cáceres, Arnaldo Panizo, Justo Pastor Dávila, y el prefecto don Pedro Alejandrino del Solar, los cuales resuelven la marcha a Arequipa por la vía de Puno, casi por unanimidad. El almirante Montero fué del mismo parecer y en consecuencia los restos del I Ejército del Sur se encaminaron a esta ciudad.

El coronel Leiva se había ocupado de maniobrar, siempre lejos del sector de operaciones. A la cabeza de 2.300 hombres permaneció en Torata, en espera de instrucciones. El 27 llega comunicación del general Pérez, en que le recomienda baje a Locumba y amenace la retaguardia enemiga por Sama.

En consecuencia ocupa a Moquegua y la Rinconada del Conde, para cruzar la sierra del Bronce y caer sobre Locumba.

A las 11 A. M. del 27 recibe, por conducto del prefecto de Arequipa, el siguiente telegrama de Bolognesi, comandante de la plaza de Arica:

“Esfuerzo inútil, Tacna ocupada por enemigo. Nada oficial recibido. Arica se sostendrá muchos días y se salvará perdiendo enemigo, si Leiva jaquea, aproximándose a Sama y se une con nosotros”.

Al grito de auxilio del jefe de Arica, Leiva responde alejándose de Sama; prefiere marchar a la cordillera, a ponerse en contacto, con los dispersos de Tacna, y recoger armamento y municiones.

El 2 de junio acampa en Miraye, en plena sierra, más lejos aún del teatro de operaciones, de donde despacha un propio a Tarata, en demanda de noticias de Montero. Como no las obtiene vuelve a Torata, en donde recibe orden directa de la Presidencia de la República de unirse al I Ejército del Sur, marchar a Sama, cortar las comunicaciones del enemigo, y salvar a Arica.

Pero como el I Ejército del Sur no existe, cree más conveniente volver a Torata, y regresar a Arequipa, a continuar disciplinando al II Ejército, para ulteriores operaciones.

De esta manera tan lastimosa termina la campaña el II Ejército del Sur.

El general después de la vuelta de Lagos, no volvió a pensar en persecución de derrotados, concretándose a los preparativos para el ataque de Arica.

El Estado Mayor envió a Sama y Locumba al personal del bagaje y algunos de los empleados de la Intendencia, custodiados por dos escuadrones de *Granaderos a caballo*, para transportar a Tacna a los enfermos, la 4ª ambulancia, los víveres y municiones almacenadas en Buena Vista, Las Yaras y Sitana.

Granaderos debían enviar dos piquetes a Ite y Pacocha para el arreo de los bueyes dejados en reserva, cien en cada puerto.

Vencidas sus múltiples atenciones, el Estado Mayor General dió en la orden del día del 31 de Mayo la siguiente proclama del Comando Supremo:

“Aprovecho el momento que me dejan libre las múltiples atenciones que me ha impuesto en los últimos días el servicio de nuestros heridos y los deberes que surgen de la ocupación de un pueblo enemigo, para enviar mis entusiastas felicitaciones a los señores comandantes en jefe de divisiones, jefes de cuerpos, oficiales, clases y soldados del ejército que sostuvieron el glorioso combate del 26.

Sabía de antemano que cuando se trata de defender el honor y los derechos de la patria, los jefes y soldados del ejército no hallan ninguna empresa superior a sus esfuerzos.

Lo probaron en la guerra legendaria de nuestra independencia y lo atestigua el mismo territorio que hoy ocupan nuestras armas victoriosas. Ahora me complazco en declarar que son los herederos de nuestros héroes y muy dignos de figurar a su lado. He sido testigo del arrojo e impetuosidad con que fueron asaltadas las fuertes posiciones que ocupaba en el Alto de Tacna el ejército enemigo y puedo certificar que si los soldados hicieron prodigios de valor los jefes les daban el ejemplo.

Gracias a esa uniformidad y armonía de voluntades en el esfuerzo y sacrificio, nuestra victoria ha sido completa y ha quedado consumada la obra de reparación, que nos tenía encomendada el país.

Cuenten pues los que murieron en el puesto del deber con la bendición de la patria, que sabrá ser agradecida y los que tuvieron la suerte de sobrevivir al triunfo con los aplausos y las consideraciones que merece el deber cumplido, noble y heroicamente”.

El 27 de Mayo, el coronel Vergara solicita la venía del general en jefe para regresar a Chile, que éste le otorga después de una conferencia breve y seca. El coronel se mostraba nervioso porque el Estado Mayor General se negó a confiarle la división que al día siguiente iba a la cordillera al mando de Lagos en persecución de los derrotados.

Ni el general, ni Velásquez, ni Lira tenían mala voluntad al señor coronel; temían sí los arranques de su valor temerario, su demasiado entusiasmo por las empresas difíciles y

peligrosas; el señor Vergara era capaz de llegar al corazón de Bolivia, persiguiendo a los fugitivos, mientras le quedara un solo hombre y un solo caballo.

Se dirigió a Ite con el corresponsal de “El Mercurio”, en cuyo, puerto se embarcó para Iquique. Una vez en tierra, el primero de Junio se pone en comunicación con el Gobierno.

El telegrama del señor Vergara, que llegaba del campo de batalla era lúgubre. Aseguraba que el enemigo no había sido destruido, que sus fuerzas reorganizadas en Pachía, se unirían al II Ejército del Sur, y que entonces necesitaríamos una nueva campaña, pues Baquedano, quedaba entre ese ejército y Arica, sin contacto con la escuadra.

Los civiles dan al telegrama de Vergara un alcance inusitado; la Moneda, se viste de duelo; los alarmistas corren que el ejército está derrotado; y que Tacna es un nuevo Tarapacá de mayores proporciones.

Llueven las imprecaciones contra el ejército, sobre todo contra Baquedano, autor de nuestro gran desastre.

No hubo calma en los hombres de Gobierno; el pesimismo salió de arriba; lo obstante el pueblo confiaba en los soldados y las provincias en sus batallones.

El Ministro del Interior don Domingo Santa María, en este concierto de descalabros, dice a Lynch en telegrama oficial:

“Los señores militares han obrado a sus anchas y han hecho una terrible barbaridad. Estamos en un inmenso peligro, si Dios no viene en nuestra ayuda”.

Y agregaba en comunicación a don Eulogio Altamirano, Intendente de Valparaíso, con fecha 2 de junio:

“Resulta en pocas palabras que la batalla de Tacna, es un recuerdo de la batalla de Dolores, que hemos sacrificado brutalmente nuestra infantería hasta perder 2.000 hombres; que no hemos sabido aprovechar ni la caballería ni la artillería; que el enemigo se ha escapado sin dejarnos un solo prisionero, y que hemos entrado a Tacna, sólo porque se nos dijo que podíamos hacerlo, pues victoriosos ignorábamos que habíamos vencido”.

Los diarios se mostraban igualmente desfallecidos. “El Ferrocarril” que recibía las inspiraciones del Gobierno, se expresa editorialmente en estos términos:

“Parece que el generalísimo de los aliados al presenciar el desalojo de las tropas que defendían las primeras posiciones, no juzgó prudente aventurar en las gargantas escarpadas de Quebrada Honda (donde suponía que se había librado la batalla) el éxito definitivo, y prefirió reorganizar la resistencia en una plaza fortificada de Arica, replegándose en buen orden con el resto de sus tropas y de su material de guerra”.

El comandante Lynch, angustiado por las noticias del sur, pide informes al coronel Velásquez, quien hace una descarnada relación de la batalla del 26, en que pone de relieve el grandioso triunfo de nuestras armas.

La explosión de entusiasmo, con que Chile recibe el parte del coronel Velásquez, se celebra como una segunda victoria, con fiestas patrióticas superiores a las del día 29.

El pueblo tuvo conocimiento de que el enemigo huía enteramente deshecho; que teníamos 2.000 prisioneros y que habíamos capturado en el campo de batalla 10 cañones, 6 ametralladoras, 5.000 rifles, 626 cajones de municiones, gran cantidad de víveres, forrajes y muchos otros artículos militares.

El telegrama enviado desde Iquique por el señor coronel Vergara y que tantos sinsabores causó en el país, fué el siguiente:

Señor Ministro de la Guerra.

Creando que era de urgente necesidad poner en conocimiento del Gobierno la situación del ejército, resolví dejarlo, previo el permiso del general en jefe para trasladarme a este puerto, lo que he hecho en el *Paquete* que pedí al jefe del apostadero de la rada de Ilo. Espero que Ud. Se sirva aprobar esta medida.

La victoria de Tacna nos ha dejado dueños de la ciudad, que se ocupó sin la menor resistencia y del campo de batalla con todos los muertos del enemigo. No hemos hecho ni prisioneros, ni tomado bagajes, ni animales del enemigo, el cual se retiró sin ser visto por nuestras tropas al punto denominado Pachía, según me lo aseguró un inglés de Tacna, con todas sus fuerzas.

Nos presentaron batalla con 11.000 hombres de infantería, diez piezas de artillería y muy poca caballería. Nosotros atacamos de frente con poco más de 7.000 hombres de infantería de guardias nacionales, con excepción de *Zapadores* y 2º de línea. El Buin, 3º, 4º y el *Bulnes* formaban la reserva que no alcanzó a combatir.

La artillería no ocasionó al enemigo el daño que esperábamos y la caballería quedó completamente esterilizada, y sólo el Regimiento de *Granaderos* dió una carga a la izquierda contraria que iba rechazando a nuestra derecha formada por la II División.

Nuestras pérdidas creo que pueden estimarse en 1.500 a 2.000 entre muertos y heridos y las de los aliados como en 1.000 muertos, porque heridos no había en el campo.

Si Campero y Montero se rehacen en el pie de la cordillera donde tienen posiciones casi inexpugnables, y si, como me informó, el coronel Urrutia, había en Moquegua, 1.500 hombres, mientras no tomemos Arica nuestra situación se hace crítica porque con la posesión de Tacna no adelantamos mucho, y nuestros aprovisionamientos por Ilo e Ite, principiarán a correr riesgo. Los aliados se pueden concentrar en Moquegua, y seguir defendiéndose en mejores posiciones al sur del Perú, lo que les es mucho más fácil con nuestra intempestiva destrucción del ferrocarril.

La resistencia de Arica depende de la entereza del jefe de la plaza, que si es de buen temple nos puede resistir muchos días. Por los informes recogidos se sabe que tienen 1.700 hombres y desde el mar se ve alguna caballería.

Si desde el viernes (28) acá, las cosas no han cambiado favorablemente nuestra situación es bastante delicada y requiere mucha cautela.

Considerando cumplidos mis compromisos con el Gobierno ruego a S. E. tenga a bien permitirme renunciar el puesto de Comandante General de Caballería y volver a Chile en primera oportunidad.

J. F. Vergara.

Muchos comentarios se han hecho alrededor de este documento. Como no se trata de un hecho de técnica militar, que interese a la institución armada, nos concretamos simplemente a darlo a conocer.

CAPÍTULO XXV.

Mapas N° 6 y 7

El asalto de Arica.

El Comando Supremo dispuso en la misma tarde de la batalla de Tacna, que los jefes y oficiales de Ingenieros Militares, con la compañía de Pontoneros tomaran posesión de la Estación del Ferrocarril, sus dependencias y material rodante; procedieran a la mayor brevedad a recorrer la línea y reparar los desperfectos que en ella notasen.

Los ingenieros hacen la labor a conciencia.

El ingeniero don Teodoro Elmore por orden del coronel Bolognesi, había destruido a dinamita el puente del Molle, vecino a Tacna.

Poco después, voló los terraplenes cercanos a la estación de Hospicio, por el norte y por fin el puente del ferrocarril en Chacalluta, sobre el río Lluta.

Dos días después se encontraban nuestros ingenieros en la estación de Hospicio, y el 1º de Junio, en el puente de Chacalluta que empezaron a reparar con los Pontoneros.

El mayor don Rafael Vargas, salido de Tacna el 1º de Junio, llega a las 10 P. M. a resguardar los trabajos de la reparación del puente.

La línea férrea estaba ya expedita entre Chacalluta y Tacna.

Tras el 2º Escuadrón de *Carabineros*, llegan al mando del comandante Bulnes, el 1º Escuadrón y el Regimiento de *Cazadores a Caballo*.

Sabido es que *Granaderos* andaba en comisión por Sama y Locumba, custodiando el Parque y Bagaje que traían las municiones, víveres, la 4.a ambulancia y los enfermos que habían permanecido en Sama, custodiados por una compañía de *Cazadores del Desierto*.

A la mañana siguiente, baja la caballada a beber al río. Apenas llegan al fondo, estalla una mina de dinamita, por fortuna entre la retaguardia de *Carabineros* y la vanguardia de *Cazadores*.

La caballería sube a la pampa sur; divisan una casucha, de la cual escapan dos individuos, que caen prisioneros. Eran el ingeniero don Teodoro Elmore y el electricista don Pedro Ureta, su ayudante, encargado de dar fuego a las minas, por alambres eléctricos.

Elmore puesto en la disyuntiva de hablar o recibir cuatro balas sobre el campo, opta por lo primero. Se recoge la dinamita de nueve minas, y gran cantidad de alambre gutaperchado.

El general dispone que la Reserva se embarque el 2-VI en dirección a Chacalluta.

Al día siguiente siguen el mismo camino el Alto Comando, el Estado Mayor, cuatro baterías de campaña y la batería de montaña de Fontecilla que llegan al puente a las 12:40.

El general en jefe ha determinado apoderarse de la plaza de Arica, por bien o por mal.

A las 2:30 P. M. sale el general acompañado de los coroneles Velásquez y Lagos y de los ayudantes a un reconocimiento de los alrededores de Arica.

Regresan a la noche, muy satisfechos de la jornada.

La Plaza de Arica.

Arica está situada en los 18° 29' de latitud sur y 70° 20' de longitud oeste de Greenwich.

La bahía es hermosa y amplia. El puerto ocupa el seno S. E.; la playa baja y arenosa, viene desde frente, a Chacalluta hasta el Morro, remate de la cachola sur de la bahía.

Dista 60 kilómetros de Tacna por ferrocarril.

La ciudad se asienta sobre una planicie que desciende pronunciadamente a la costa.

Entre la población y el mar se extendía en aquel tiempo, una faja de terreno de muy buena, calidad, de ciento cincuenta a 200 metros de ancho por tres kilómetros de longitud, llamada Chimbas, emporio de verduras y frutas durante todo el año.

Más al norte se encuentra el río San José, que no es tal río, sino una hoya que se llena de agua con los derrames en la época de las grandes lluvias en que el cauce se rebalsa y arroja las avenidas al mar.

Más allá de San José y siempre al norte, se extiende una pampa arenosa, llena de arbustos bravos, totorales y manchas de grama dura, que ni los animales la comen, hasta llegar al valle de Lluta, a 11 kilómetros de Arica.

El río del Azufre o Salado riega este valle, en que se cultivan unas seis o siete mil hectáreas de alfalfa y maíz. Las aguas son dañinas, pues están cargadas de alumbre, sulfato de hierro y óxido sulfúrico libre. El pueblo de Chacalluta sirve de cabecera al distrito de su nombre.

La empresa del ferrocarril, propiedad particular, edificó sobre el río el puente de Chacalluta volado ahora por los peruanos.

Entre el río Azufre y San José se extiende la pampa del Chinchorro que limita al oeste con dunas que cierran el acceso a la mar ahí brava y traicionera, que impide el acercamiento a la costa; y al oriente cerros altos, arenosos, desprovistos de vegetación, a 8.000 metros de las baterías.

A tres kilómetros al este de Arica viene a morir el río Azapa, cuyas aguas se resumen, y siguen al mar por el subsuelo; sólo en época de creces, llegan al océano.

Las tierras de sorprendente feracidad, abundan en productos tropicales y frutas de la zona templada, lástima que el agua es escasa, para el riego de la caña dulce, algodón, café, quinas y otras plantas valiosas. Las naranjas, uvas y aceitunas, gozan de merecida fama en la costa del Pacífico. Cierra al oriente, el cerro del Chuño. Al sur del puerto se alza una cadena de cerros que viene del interior, y que remata en el Morro, medio cilindro de 156 metros verticales a pique por el lado del mar.

La cima es una meseta plana, inclinada al este.

Al interior domina, todo el horizonte el Cerro Gordo, de 288 metros de alto, voluminoso, redondo y escarpado.

Entre Cerro Gordo y el Morro corre una cadena de colinas más bajas dominadas desde ambas alturas.

Por el sur del Morro, existe una bajada escabrosa, poca traficada que conduce a la pequeña playa de la Licera, lugar de expansiones.

Cuando la mar se presenta tranquila, los paseantes recorren la playa desde la Licera al puerto.

La escuadra chilena vijilaba el oeste de la plaza.

Conocido el terreno en que se iba a desarrollar el próximo drama, conviene tomar nota de las medidas tomadas por el jefe de Arica, para resistir al enemigo.

Fuertes y Baterías.

El Morro estaba artillado con 11 piezas sobre la meseta, en plataformas edificadas sobre la piedra, con frente al mar, y algunas podían dominar el valle de Azapa:

Un cañón Parrott de a 100.

Un Vavasseur de a 250.

Nueve Vorus de a 70.

Fuerte Este, con 2 cañones Vorus de a 70. Defiende el valle de Azapa y las subidas a la meseta.

Fuerte Ciudadela, con dos cañones Vorus de a 70, con el mismo campo de tiro.

Batería Santa Rosa, para la defensa del norte, junto con las baterías San José y dos de Mayo, con un cañón Vavasseur de 250, con alcance de 4.300 metros.

2 de Mayo. Un Vavasseur de 250, alcance 4.300 metros.

Batería San José. Un Vavasseur de 250 con 4.300 metros de alcance y un Parrott de a 100 con 5.000 metros de alcance.

Reductos, trincheras y minas.

El señor coronel Moore tuvo la comisión de construir una serie de reductos que empezaban al costado del Morro y terminaban en el Cerro Gordo. De los 16 decretados, estaban concluidos 12 y los 4 restantes bien atrincherados.

Una línea de trincheras unía el fuerte San José, con el reducto del Hospital; de aquí arrancaba otra línea atrincherada hasta el fuerte Ciudadela.

Por el sur a retaguardia de Cerro Gordo, había varias trincheras a media falda, minas de dinamita de 1, 2 y 3 qtls. se cavaron en los lugares de acceso a los fuertes, y se diseminaron otras por todos los caminos, de a 10, 15 y 20 libras de dinamita.

En una escavación de la plazuela del Morro, había una existencia de 40 qtls. de explosivos, suficiente para volar todo el casquete del cerro.

Las principales oficinas distribuidoras de los hilos eléctricos destinados a hacer estallar los fulminantes se encontraban en el fuerte de Cerro Gordo, en el Hospital y en el Morro.

Terreno. El acceso a los fuertes y baterías, era en extremo dificultoso para el avance de las tropas por las ondulaciones y quebradas arenosas.

ORDEN DE BATALLA DE LA PLAZA DE ARICA.

Cuartel General.

Jefe, coronel don Francisco Bolognesi.

Ayudantes: Mayor graduado don José Pozo.

Capitanes, señores Ricardo Iturbe, Exequiel Vela y Enrique Valdés, teniente don José P. Saldivia.

Estado Mayor General.

Coronel graduado, don Manuel C. de la Torre.

Ayudantes: Capitán de fragata don Eduardo Raygada, capitán de Puerto.

Ingenieros, tenientes coroneles, señores Teodoro Elmore, Teobaldo Eléspuru; y mayor ingeniero don Francisco Méndez.

Ingeniero, electricista don Pedro Ureta, de la Sección de Torpedos de la Armada.
Sargento mayor don Claudio Estrada, contralor del Hospital.
Capitán de corbeta, don Germán Paz, jefe del Parque.
Mayor graduado, don José María Prado, Jefe de la Maestranza.
Mayor graduado, don Miguel Barrios.
Teniente don Mariano Méndez, del Parque.

Artillería.

Baterías del Morro.

El núcleo de la defensa de la plaza se concentró en estas baterías, y reductos del sur. En consecuencia, se destinaron a ellas, los mejores jefes y oficiales del arma.

Jefe, capitán de navío, don Juan G. Moore.

2º jefe, capitán de fragata, don José G. Espinoza.

Capitanes, señores Cleto Martínez, Adolfo Kitt, Daniel Nieto, Juan García y Zegarra y Ricardo Pimentel.

Tenientes, señores Guillermo Gamboni, Pedro Portillo, Manuel A. Díaz, Manuel J. Romero, Lorenzo del Carpio, Toribio Trelles, Juan W. Prieto, Manuel Gómez y Francisco de P. Ramírez.

Subtenientes, señores Jobino Molina, Manuel A. del Pozo, Manuel A. Portocarrero, Ruperto Ordenes y Emilio Alarcón.

Baterías del Norte.

Jefe, teniente coronel, don Manuel Ayllon.

2º jefe, teniente coronel, graduado, don Juan E. Ayllon.

3º jefe, mayor don Manuel Martínez.

Jefes de baterías, mayores graduados, señores Augusto Soto y N, García Goytizolo, y capitán don Manuel Murias.

Tenientes, señores Luis E. Genzollen, Mariano Salcedo, Andrés Medina, Francisco Seguín, Manuel Rivadeneira y Enrique Cuadro.

Subtenientes, señores Genaro Sumonte, Juan Francisco Ortiz, Baldomero Pardo de Zela, Manuel Cosio y José Lajuna.

Baterías del Este.

Jefe, teniente coronel don Medardo Cornejo.

2º jefe, mayor don Jorge Nicarino.

Capitán de batería, don Felipe J. Rospigliosi.

(No hay más datos del resto de los oficiales, parece que se acabaron).

Infantería.

VII. División.

Jefe, coronel don José Joaquín Inclan.

Jefe de Estado Mayor (del detall) teniente coronel don Ricardo O'Donovan.

Ayudante, capitán don Luis Benavides.

CUERPOS

Batallón Artesanos de Tacna.

Jefe, coronel don Marcelino Varela.

2º teniente coronel don Francisco Chocano.

3º Mayor don Armando Blondel.

4º Mayor graduado don Rubén Rivas.

Capitanes, señores Ignacio Castillo, Julio Raspigliosi, José Morales Ayllón y Juan Cáceres.

Tenientes, señores Juan de Dios Soto, Benigno Velasco, Manuel A. Costavitarti, Manuel Acevedo y José Escobar.

Subteniente, don Manuel Belaunde.

Batallón Granaderos de Tacna.

Jefe, coronel don Manuel Arias y Aragüez.

Capitán señor Manuel Lira.

Teniente, señor Manuel E. Barredo.

(No se han encontrado más datos).

Cazadores de Piérola 29 de Mayo.

Parece que el comandante general de la plaza, disolvió este cuerpo, y llenó las bajas de los demás después de la fuga de su comandante coronel Belaunde.

VIII. División.

Jefe, coronel don Alfonso Ugarte.

Jefe de Estado Mayor (detall) coronel graduado don Manuel E. Bustamante.

CUERPOS.

Batallón Tarapacá

(Antiguo Provisional de Lima y Columna Noria).

Jefe, teniente coronel don Ramón A. Zavala.

2º teniente coronel don Benigno Cornejo.

3º Mayor don Gerónimo Salamanca.

Capitanes, señores José Chocano, Eleodoro Ceballos, Aníbal Chávez, José Chacón, Evaristo Candiote, Arturo Sobats, Evaristo Peñaranda, Benigno Vargas y Trinidad Olate.

Tenientes, señores Oscar Navarro, Marcos Gómez, Manuel Llosa y Abrill, N. Hehnes y Simón Grados.

Subtenientes, señores Domingo Martínez, Cristian Heucke, Carlos A. Montalvan, Gaspar Loayza, Luis Cosio, Eleodoro Ceballos, Aníbal Chávez, Alejandro Maufor y Ramón Osorio.

Batallón Iquique.

Jefe, teniente coronel don Roque Sáenz Peña.

2º Sargento Mayor don Isidro Salazar.

3º Sargento mayor graduado don Lorenzo Infantes.

4º Sargento mayor graduado, don Manuel A. Ceballos.

Capitanes, señores Benigno Campo, Víctor B. Ocampo, Manuel Vargas, Teodoro Reballat, Federico Flores Elena y Guillermo Bella.

Tenientes, señores Avelino León, Manuel G. Márquez, Ernesto Aduvire, Manuel Aduvire y Aquilino Soto.

Subtenientes, señores Ricardo Salazar, Emilio Robers, Augusto Smit, Manuel Ramírez, Juan Maldonado, Cipriano Pinto, Manuel Lagos, Germán Ceballos y Federico Flor.

Escuadrón Tiradores de Lluta.

(No hay datos. Parece que escapó íntegro, antes de la acción).

Efectivos.

Un Estado General de la fuerza efectiva, fechado en Arica el 1° de Mayo de 1880, firmado por el jefe del Detall, señor Ricardo O'Donovan, y con el V° B° del coronel Bolognesi acusa la siguiente fuerza de tierra:

Artillería.

El Morro.....	180 plazas
Baterías del Norte.....	75 “
Fuertes del Este.....	196 “
Total.....	451 “

Infantería.

VII. DIVISION:

Batallón Artesanos de Tacna...	440 plazas
Batallón Granaderos de Tacna..	295 “

VIII. DIVISION:

Batallón Tarapacá.....	241 plazas
Batallón Iquique.....	363 “
Total.....	1.339 “

Caballería.

Escuadrón Tiradores del Lluta...	68 plazas
----------------------------------	-----------

RESUMEN:

Artillería.....	451 plazas
Infantería.....	1.339 “
Caballería.....	68 “
Total.....	1.845 “

A esta, suma deben agregarse 300 hombres del batallón Cazadores *de Piérola*, 29 de Mayo, disuelto a consecuencia de la deserción de su jefe, el coronel Belaunde y que fueron destinados a llenar las bajas de los demás cuerpos.

Sin temor de equivocación se puede afirmar que el ejército de tierra del coronel Bolognesi, ascendía a 2.000 hombres en número redondo.

ORDEN DE BATALLA DE LA DEFENSA MARITIMA

Monitor “Manco Capac”.

Comandante, capitán de fragata don José Sánchez Lagomarcino.

2º Comandante, capitán de corbeta, don Rómulo G. Tizón.
 Teniente 1º graduado don Bernardo Smith.
 “ 1º “ “ José S. Pizarro.
 “ 2º “ “ Juan E. Taboada.
 “ 2º “ “ Eulogio S. Saldías.
 “ 2º “ “ Nicanor Asin.

Alférez de fragata, don Ramón E. Bueno.
 Subteniente de Infantería, don Daniel Durán.
 Guardia Marina don Carlos A. Leguía.
 “ “ don Carlos Barandiarán.
 “ “ don Luis B. Arce.
 “ “ don Felipe Alcorta.
 “ “ don Juan Mulgrew.
 Aspirante don Francisco E. y Vidaurre.

MAQUINISTAS:

1º Maquinista don Thomas Colguhosen.
 2º “ don Aníbal Alayza.
 3º “ don Manuel Hidalgo.
 3º “ don Toribio Villalobos.
 3º “ don Alcibiades Maldonado.
 3º “ don James Bonar.
 Ayudante de máquinas, don Manuel Salas.
 Calderero don José Zavaleta.

Lancha torpedo “Alianza”.

(No hay más datos, sino que la dotación constaba de dos capitanes de fragata, dos tenientes y cinco maquinistas, y algunos marineros tomados por una avanzada del Caupolicán, en la línea de Pacocha).

Estado de la fuerza disponible existente en la Plaza de Arica, con fecha 1º de Mayo de 1880.

BATERIAS

FUERZA EFECTIVA	MORRO	NORTE	ESTE	SUMA TOTAL
Capitán de Navío	1	-	-	1
Ttes. Coroneles	-	1	1	2
Capitán de corbeta	1	-	-	1
Sgtos. Mayores	-	1	1	2
Cap. Tenientes 1º	7	3	2	12
Tenientes	12	2	1	15
Subtenientes		9		9
Cirujanos	1	1	1	3
Contramaestres	1	-	-	1
Mecánicos	-	1	-	1
Condestables	2	2	-	4
1º Guardián	1	-	-	1
Sargentos 1º	7	1	2	10
Sargentos 2º	13	11	12	36
Cornetas	2	2	-	4

Cabos 1°	25	15	8	48
Cabos 2°	23	9	8	40
Soldados	106	37	164	307
Total	180	75	196	451

FUERZA EFECTIVA

CUERPOS DE INFANTERIA

	7ª División		8ª División		Suma Total
	Bt. Artesanos	Gr. De Tacna	Tarapacá	Iquique	
Coroneles	-	1	-	1	2
Ttes. Coroneles	1	2	2	2	7
Sgtos. Mayores	3	2	2	2	9
Capitanes	6	6	4	7	23
Ay. Mayores	1	-	-	-	1
Tenientes	12	10	10	13	45
Sub ayudantes	1	-	1	-	2
Subtenientes	11	17		6	12
48					
Abanderados	1	-	1	-	2
Cirujanos	-	-	-	-	-
Capellanes	-	-	-	-	-
Sargentos 1°	10	8	8	8	34
Sargentos 2°	25	24	15	23	87
Cornetas	7	-	3	2	12
Pifanos	3	-	-	-	3
Tambores	4	-	-	2	6
Cabos 1°	41	23	35	41	140
Cabos 2°	37	16	28	37	118
Soldados	313	244	152	250	959
Total	440	295	241	363	1.339

ESCUADRON TIRADORES DE LLUTA

Coroneles	-
Tte. Coroneles	1
Sargentos Mayores	2
Capitanes	-
Ay. Mayor	1
Tenientes	2
Sub ayudantes	1
Subtenientes	2
Porta estandarte	1
Cirujano	-
Capellán	-
Sargentos 1°	2
Sargentos 2°	5
Clarines	-
Cabos 1°	7
Cabos 2°	6
Soldados	48
Total	77

RESUMEN

FUERZA EFECTIVA

Coroneles	3
-----------	---

Ttes. Coroneles	10	
Sargentos Mayores		13
Capitanes	36	
Ay. Mayor	2	
Tenientes	59	
Sub ayudantes	3	
Subtenientes		77
Abanderados	2	
Cirujanos	3	
Capellanes	-	
Mecánicos	1	
Contramaestres	2	
Condestables	4	
1° Guardián	-	
Sargentos 1°	46	
Sargentos 2°	128	
Cornetas	16	
Pífanos	3	
Tambores	6	
Clarines	-	
Cabos 1°	195	
Cabos 2°	164	
Soldados	1.858	

Arica, Mayo 1° de 1880.- *Ricardo O'Donovan*, V° B° Bolognesi.

El plan de ataque.

El general, los coroneles Velásquez y Lagos y sus ayudantes, recorren desde el amanecer las dunas de la costa, la pampa del Chinchorro, el valle de Lluta hasta 5 kilómetros adentro y los cordones de cerros que cubren por el oriente la pampa del Chinchorro, la hoya de San José y el valle de Azapa.

A las 2 P. M., llega la orden de que el *Buin* y el 4° se corran al oriente paralelos a la margen sur del Lluta, y desfilen ocultos tras los cerros cercanos del Este.

El regimiento *Cazadores* sigue la misma ruta.

La artillería se mueve por la margen norte del río a las 12 M, del 4/5; cuatro kilómetros al naciente, cruzan el río por una pasarela construida por el cuerpo de Ingenieros y van a colocarse tras el cordón de cerros, las baterías de montaña hacia la punta sur, y las de campaña sobre las mesetas que coronan el centro; donde se creen a cubierto del fuego enemigo por la distancia de 4.000 metros, que las separa de las baterías del Norte y del Este.

A la una de la mañana del 5, la infantería, precedida de *Cazadores* penetra al valle de Azapa, que ocupan totalmente, cortando al enemigo la retirada por esta dirección.

La operación se efectúa en silencio, sin conocimiento alguno del adversario, que permanece confiado en la vigilancia de una descubierta de un capitán y 10 soldados, que cayeron en poder de la descubierta de *Cazadores*, que marchaba sigilosamente a las órdenes del capitán don Alberto Novoa Gormáz. Este oficial recibe orden de explorar el valle de Azapa, y recorrer las colinas arenosas hasta la playa, con cien *Cazadores*, cuya comisión desempeñó con felicidad, perdiendo solamente un soldado, en la barrida que hizo de las descubiertas enemigas apostadas al sur de los atrincheramientos de Cerro Gordo y del Morro.

Al amanecer del 7, debía colocarse a retaguardia del Regimiento de reserva y esperar órdenes.

El Alto Comando Chileno iba encerrando paso a paso a la guarnición de Arica: por el Oeste la escuadra; por el Norte, el 3º de línea y los dos escuadrones de *Carabineros*, por el oriente la artillería con el *Bulnes*, el *Buin*, 4º y los *Cazadores a Caballo*. Queda libre, a Bolognesi, únicamente, la ruta del sur, por la costa a la pampa de Chaca y Camarones, donde monta guardia el general Villagrán, sobre la línea Pisagua-Dolores.

Se dibuja ya la intención del Cuartel General, de capturar íntegra a las divisiones que guarnecen la plaza enemiga, que encierra además valiosos elementos de guerra, en artillería gruesa, municiones, explosivos y víveres, junto con los elementos navales del apostadero, la maestranza, la planta de torpedos, el blindado “Manco Capac”, la torpedera “Alianza”, pontones y numerosas embarcaciones menores.

El general ordena romper los fuegos a la artillería; la de campaña contra las baterías del Norte, la de montaña contra el fuerte Ciudadela de las defensas del Este.

Naturalmente los proyectiles de Novoa nada pueden contra los parapetos y atrincheramientos contrarios; quizás podrían ocasionar algunas bajas en el personal, pero de seguro eran impotentes contra las fuerzas vivas del material. Pero este bombardeo, considerado por muchos ineficaz, obedecía a un plan maduramente concebido: desorientar al enemigo.

El imponente Morro guardaba silencio, desdeñando seguramente, tomar parte en función de armas de pequeña magnitud.

Los proyectiles enemigos contra lo que se esperaba, sobrepasan las posiciones de las piezas chilenas; no obstante, mantienen éstas vivo fuego sin intimidarse por las granadas, que explotan sobre las posiciones.

Orientado el Cuartel General respecto a la potencia de los cañones de la plaza, envía al mayor artillero don Juan de la Cruz Salvo, a pedir a Bolognesi, la rendición de la plaza, con las garantías de estilo para la guarnición.

Salvo estaba llamado para esta comisión, dada su fácil palabra, sus expresiones suaves y melosas aunque rebuscadas.

Era muy conocido en el ejército el diálogo sostenido en las vecindades de Angol, con un compañero, enemigo de requiebros literarios.

¡Queréis decirme, querido Olegario, (habla Salvo observando el horizonte), si aquellas diáfanas y purpurinas ondas son por ventura las albas y cristalinas aguas del Pilcoiquén?

Son neblás arrastrás, etc., etc., contesta el interpelado.

Pocos días después de la caída de Arica, el mayor Salvo fué enviado contra Moquegua a cargo de una expedición punitiva, por su conducta felona con los oficiales de Granaderos que dejó en la sierra el coronel Muñoz, al evacuar la ciudad.

Sube la expedición la cuesta de Calana, con un sol de fuego; avanza por el desierto; Salvo a la cabeza, sigue y sigue, sin preocuparse de dar descanso a los infantes que empiezan a caer agobiados por la fatiga.

El mayor Vargas, que cubría la retaguardia con *Carabineros*, avanza hacia el jefe y le manifiesta la conveniencia de hacer un alto.

El declive natural del terreno, contesta Salvo, y las frescas brisas que de la playa vienen, contribuyen en grande parte para hacer muy llevadera la marcha.

Así será, replica Vargas, pero la melga viene quedando atrás.

Y tuerce bridas.

El coronel Bolognesi recibe al parlamentario chileno con la finura propia de un parisiense, cuya era la nacionalidad de su señor padre.

Salvo, le expone, que el general Baquedano, deseoso de ahorrar un derramamiento inútil de sangre, le propone la rendición incondicional de la plaza, cuyos recursos en hombres, víveres y municiones conoce.

Tengo deberes sagrados que cumplir, responde Bolognesi; y los cumpliré quemando el último cartucho.

Mi misión está cumplida agrega Salvo, levantándose para retirarse. El coronel expone que esa es su opinión personal; que consultará a los jefes, y dará su respuesta en la tarde. Salvo no acepta demora; sí o no.

Bolognesi, llama a Consejo a los principales jefes, en presencia del parlamentario enemigo; todos opinan por la resistencia, esa respuesta trae el parlamentario al Alto Comando chileno, que resuelve entonces tomar la plaza por asalto, dada la necesidad de su captura para el abastecimiento de las tropas y la evacuación de los heridos tanto propios como aliados, cuyo estado, podía agravarse, por el excesivo número, los pocos recursos de medicinas, la escasez de medios de adquirirlas y los rigores del clima.

El general ordena que al día siguiente venga el *Lautaro* a relevar al 3° en Chacalluta; y que este Regimiento se una al *Buin* y 4°, lo que se cumple con exactitud militar.

Después de una conferencia con los coroneles Velásquez y Lagos, entrega a este verbalmente el mando de la División y le recomienda la toma de la ciudad, desarrollando las siguientes bases:

Un regimiento, asaltará los fuertes del Este.

Otro, los reductos del sur, y el fuerte de Cerro Gordo.

El tercer regimiento, en reserva, reforzará a estos, según las circunstancias.

La artillería permanecerá muda para despistar al enemigo, custodiada por el Batallón *Bulnes*.

El regimiento *Lautaro* se acercará por la pampa del Chinchorro y atacará las baterías del Norte, tan pronto como se rompan los fuegos por el oriente.

Reunidos todos los cuerpos y la reserva, asaltarán de consuno al Morro, hasta capturarlo.

El Cuartel General y Estado Mayor, se retiran a Chacalluta, y el Coronel Lagos, queda en el campo para preparar el asalto, al amanecer del día 7.

En la noche sortea los dos regimientos destinados a tomar los fuertes Este y Sur. Resultan favorecidos el 3° y 4°, el *Buin* queda de Reserva.

El asalto.

Lagos se pone en movimiento con la aurora del día 5, y recorre el terreno estudiando sus accidentes y repliegues, con todos sus ayudantes, señores, mayor don Julio Argomedo; capitanes Belisario Campos y Enrique Salcedo; y alférez don Ricardo Walker; capitán de Bagaje, don Segundo Fajardo; ingenieros militares, mayor don Francisco Javier Zelaya, y capitanes, señores Enrique Munizaga y Manuel Romero.

Comisiona al capitán de Ingenieros don Enrique Munizaga para guiar en la noche al regimiento 4° de línea; en consecuencia, debe explorar y estudiar debidamente el mejor camino. El capitán, brújula en mano, pasa el día preparando la difícil comisión.

Nombra al capitán don Belisario Campos, para guiar al 3°. En consecuencia, le deja el día libre para sus reconocimientos.

Ordena al capitán don Enrique Salcedo que guíe al capitán Novoa, y le acompañe para tomar su puesto a retaguardia del regimiento *Buin*, tras la loma en que quedará de reserva, una vez emprendido el ataque.

El capitán de Bagajes don Segundo Fajardo, debe reunir las municiones de reserva, y trasportarlas en la noche lo más cerca posible de los regimientos asaltantes, por si necesitaren atrincherarse y precisaran más municiones.

Vuelto a su puesto de observación, Lagos ordena romper los fuegos a la artillería; a una compañía del *Buin*, que reconozca en guerrilla el frente del fuerte Ciudadela; y a dos del *Lautaro*, acampado en Chacalluta, que atraviesen la pampa del Chinchorro, y se acerquen cuanto puedan a los tres parapetos, que 300 metros adelante defienden la línea de las baterías del Norte.

Estos parapetos y los claros están minados, para hacerlos saltar en caso de caer en poder del enemigo, cosa que no pudieran utilizarse contra las baterías.

La batería San José tenía también un parapeto para la defensa del observatorio de las minas de ese lado, hecho con sacos de arena. Desde esta batería partían los alambres para inflamar los fulminantes destinados a reventar las minas.

Los cañones chilenos suspenden el ataque, y se retiran más a retaguardia, para evitar pérdidas inútiles, pues los fuegos de la gruesa artillería de la plaza los dominan por completo.

El coronel quiere hacer únicamente una demostración por el norte y oriente para ocultar a Bolognesi, los verdaderos propósitos de su plan, haciéndole creer que efectuaría el ataque por estos sectores.

Nuestra artillería no apaga aún sus fuegos, y ya entra en línea Latorre con la división bloqueadora.

El “Loa” con su nuevo cañón Armstrong de largo alcance, avanza ceñido a la costa; al centro de la bahía, más afuera, la corbeta “Magallanes”; más al oeste, la “Covadonga” proa al Morro.

El “Loa” bombardea las baterías del Norte; la “Covadonga” a 2.500 metros, toma como objetivo los fuertes del Este; y la “Magallanes”, a 3.500 metros, las baterías del Morro y el fuerte del Cerro Gordo.

El “Cochrane” avanza pausadamente, acercándose a 2.000 metros del fondeadero. Todos los cañones de la plaza se concentran sobre él; el enemigo tiene fuerte inquina al vencedor de Angamos. Latorre se encarniza contra el “Manco Capac”, aunque de cuando en cuando envía algunas granadas al fuerte Ciudadela.

Los buques paran el fuego a las 4 P. M. en cumplimiento de un acuerdo entre el general y el comandante Latorre.

Las guerrillas del *Buin* y del *Lautaro* avanzan hasta ponerse a tiro de rifle de los reductos y trincheras contrarias; los fuertes les menudean de cuando en cuando bombas de grueso calibre, que no les causan daño.

El coronel Lagos, después de una conferencia con el ingeniero don Teodoro Elmore, consigue que este se traslade a los campamentos de Arica, y lleve la última proposición de rendir la plaza, con todos los honores militares.

Elmore conferencia con Bolognesi y otros jefes amigos y recibe contestación negativa; vuelve a dar cuenta a Lagos, pues había empeñado su palabra de honor en este sentido.

Latorre, terminado el combate, echa anclas en el paraje en que fondeaban los buques de guerra extranjeros, que se hacen más afuera, temerosos de incomodar a los atacantes.

El jefe chileno efectúa el inventario de la jornada: La “Magallanes” recibe dos granadas de a 150 que le originan graves destrozos en el material, sin bajas en el personal.

El “Cochrane” tuvo 28 heridos varios graves, por una granada enemiga dió en uno de los portales y sus cascotes incendiaron el saqueto de una de las piezas de la batería.

Lagos consigue su objetivo. El coronel Bolognesi, cree que el ataque chileno se efectuará contra las obras del Norte y del Este; y por vía de precaución envía a la VIII División a reforzar la guarnición de la línea San José, Santa Rosa y 2 de Mayo, con lo que debilita la potencia del Morro.

Lagos hace saber en la orden del día, a los oficiales y tropa los caracteres de la empresa explicando, con toda claridad el papel que corresponde a cada cuerpo, sin disimular un ápice los peligros que encierra.

Espera que todos cumplan con su deber, y manifiesta la confianza de que la Reserva, que fué espectadora en Tacna, recoja en Arica los laureles a que son acreedores los esforzados regimientos a sus órdenes.

A media noche en punto, se pone en movimiento, conduciendo a los regimientos en columnas por compañía, con el objeto de acercarse lo más posible a los fuertes, para evitar el cansancio de la tropa en el avance y las bajas originadas por la gruesa artillería, sobre los cuerpos en marcha.

Los *Cazadores* de Novoa seguían a retaguardia, después de avivar las fogatas del rancho, para que el enemigo lo creyera tranquilo en los campamentos.

La marcha se efectúa en absoluto silencio; con toda clase de precauciones para salvar los accidentes del terreno.

Llega a 1.200 metros, es decir, a tiro de fusil de los atrincheramientos. Manda hacer alto al *Buin* y da a los jefes de los regimientos 3° y 4° las últimas instrucciones para llegar rectos a su destino conducidos respectivamente por sus guías, los capitanes Munizaga y Campos, que emplearon el día en estudiar el terreno, para no equivocarse el camino en la obscuridad de la noche.

El *Lautaro* que debía recorrer la dilatada pampa del Chinchorro se pone en marcha apenas entrada la noche, oscura y nebulosa, seguido de *Carabineros*.

Al amanecer, los dos batallones se encuentran cercanos a su objetivo. El segundo batallón mandado por el comandante Robles, atacará el fuerte San José; el 1º, mayor Carvillo Orrego el Santa Rosa. Tomados ambos fuertes, asaltarán al 2 de Mayo y de ahí, atravesando Las Chimbas, seguirán hasta la ciudad en la cual posiblemente, se atrinchere el enemigo, mientras resista el Morro.

Como a las 5 A. M. los lautaros dispersos en guerrilla, después de un buen descanso en la pampa, avanzan sobre la hoya del río San José; atraviesan el cauce seco, y alcanzan hasta los fundamentos de los fuertes, sin ser sentidos por los centinelas contrarios.

Al aclarar, se despliega medio batallón del *Bulnes*, para acudir en auxilio del *Lautaro* en caso de necesidad; el otro medio batallón queda encargado de la guardia de la artillería y de evitar que el enemigo pueda escapar por el oriente.

Los regimientos atacantes se dirigen a su destino a las seis de la mañana; el 3º a la derecha al fuerte Ciudadela, primero de la línea del Este; el 4º hacia el fuerte del Cerro Gordo, primero de la línea del Sur.

Ambos han desplegado un batallón en guerrilla; el otro sigue aún en columna, listo, para dispersarse.

El bravo comandante Gutiérrez manda el batallón de vanguardia del 3º; el mayor Federico Castro el batallón de reserva. El coronel don Ricardo Castro, todo el regimiento.

El comandante San Martín toma a su cargo las guerrillas del 4º; el mayor Solo Saldivar las columnas de reserva.

¿Quién vive? gritan los centinelas avanzados. ¿Quién vive? Repite el cordón de retenes. Nadie responde. Adelante, adelante y en silencio.

Una luz, y un disparo de cañón, muchas luces y muchos disparos.

El fuego de artillería se intensifica. Los chilenos, callados, continúan avanzando; quieren ganar terreno.

Se iluminan las líneas de atrincheramiento y reductos; se originan las primeras bajas.

Los cornetas de Gutiérrez y San Martín tocan atención, fuego y redoblado; fuego en avance gritan los oficiales. Adelante, adelante guía al centro; los rifles sin alza.

El fuego se hace general. Los cerros y laderas se iluminan, algunas minas aisladas estallan aumentando el fragor del combate, en que el chisporroteo de disparo de los rifles es cortado por el bronco tronar de las piezas de grueso calibre, y el estallar de las granadas de a 150 y 200 libras.

La infantería chilena, cruza la zona peligrosa; asciende la escarpa y queda al abrigo, al pie de los fuertes; llega a la primera hilada de sacos de arena; los niños sacan los corvos, en el más profundo silencio; la arena corre de los sacos destripados; pasan de una hilada a otra; arriba, arriba, ¡Viva Chile! entran al fuerte y empieza el entrevero, pues la guarnición recibe a los asaltantes a pies firmes, en la punta de las bayonetas.

Los tiros cesan; opera el arma blanca.

A los vivas chilenos responden los mueras peruanos; los terceros, en gran parte repatriados, tienen muchos odios que vengar, muchas infamias que lavar.

A bayoneta, culatazo y corvo, rechazan la guarnición hasta el centro de la plazoleta. El comandante de *Granaderos de Tacna*, coronel don Justo Arias y Arangüez, anima a los suyos, en primera fila.

Parte la cabeza de un sablazo a un tercero y cae en su puesto.

Los subtenientes José Ignacio López y José Miguel Poblete y teniente Arriagada, que entraron de los primeros, corren a bajar la bandera. Revienta una mina que encumbra al teniente Arriagada y a unos diez chilenos y unos veinte peruanos, y destroza al subteniente don José Miguel Poblete. Los restos calcinados vuelan por los aires; la ira, la locura se apodera de los asaltantes; no hay cuartel; a corvo y culatazos, dan cuenta de los defensores, acorralados en un rincón del fuerte.

En vano, los jefes y oficiales les gritan que el fuerte está tomado; los terceros ciegos de furor rematan sin piedad a esos infelices; estallan dos nuevas explosiones en el fuerte N° 2 del

Este; el estampido produce el delirio en esos locos, embriagados de sangre y odio. Quedan apenas un oficial y diez soldados, sin lesiones, en ese montón de cadáveres, de donde corre una ola de sangre en que se entierra hasta los nudos el caballo del comandante Gutiérrez.

El coronel Bolognesi al notar el silencio por el Norte y el pavoroso fuego en el Este, ordena que la VIII División suba en auxilio del fuerte Ciudadela.

Se presentan el coronel don Ramón A. Zavala, con medio batallón del *Tarapacá*; y el coronel don Roque Sáenz Peña, con medio batallón del *Iquique*.

El comandante Gutiérrez, siempre a caballo en el centro del fuerte, forma la tropa, y les recibe con nutridas descargas y les hace buscar refugio en el Morro, cuya ladera suben bajo el horroroso fuego del 3°.

Caen ahí el coronel Zavala, comandante del *Tarapacá*; el 2° jefe del mismo cuerpo, teniente coronel don Benigno Cornejo, el jefe de Estado Mayor de la VIII División coronel don Mariano E. Bustamante y el segundo del *Iquique* comandante don Isidoro Salazar y varios oficiales.

El 1° batallón del 3° no cesaba el fuego certero; el 2° batallón, después de desocuparse del fuerte N° 2 del Este, toma de flanco los medios batallones de la izquierda del *Tarapacá* e *Iquique*, les corta la retirada al Morro, y los empuja a la población, donde más tarde son exterminados entre los terceros y lautaros.

San Martín, mientras, tanto, con el 1° batallón del 4° en guerrilla, arrolla a los defensores de los reductos, escala Cerro Gordo, asalta el fuerte y acaba con la guarnición. El mayor Nicarino y los capitanes Martínez y Kindt, caen a la cabeza de su tropa.

Se juntan los dos batallones del 4°. Ahí debían hacer alto, y esperar al 3° para asaltar el Morro. ¡Qué esperanza! El enemigo huye, San Martín se pone a la cabeza, y grita: ¡al Morro! ... el Morro para el 4°, como quien convida a dulces y confites.

Los reductos, caen uno en pos de otros; llegan al fondo de la depresión; hay que subir; no importa.

¡Al Morro! ¡Al Morro! Viva el 4° padecido!

Junto a la entrada a las baterías hay un fuerte reducto; Bolognesi y Moore organizan ahí cruda y desesperada resistencia; caen muchos asaltantes. ¡Mataron a mi comandante! dicen algunos; a esta voz, gritan los cuartos: A vengar a mi comandante. Arrollan a los defensores del reducto, entran a la meseta, y rugientes de ira por la muerte del jefe querido y embriagados por la sangre, y el furor del combate, no dejan enemigo en pie.

Bolognesi, Moore, Ugarte y Blondel, mueren como buenos, al pie de la bandera, disparando todos los tiros de sus revólveres.

El capitán don Ricardo Silva Arriagada, que había llegado, al pié del asta de la bandera, la hace arriar por un guía de su compañía, elevando la banderola de este.

Toma ahí prisioneros a los coroneles, señores Roque Sáenz Peña, Juan C. de la Torre y Manuel Francisco Chocano, y ordena imperiosamente a la tropa que cese toda persecución, tomando prisioneros a los vencidos.

“Soldados, dice a los 4°, os notifico que el que se rinde está salvado, y es una cobardía matarlo”.

En esos momentos estalla uno de los cañones abocados al mar, por fortuna sin ocasionar víctimas.

La tropa quiere ultimar a los prisioneros, acusándolos de traición. Pero el capitán Silva se impone y la tropa cede al imperio de la disciplina.

El *Lautaro*, tan pronto como siente el primer disparo de artillería se lanza a la carrera sobre los reductos, que no ofrecen resistencia. Atacan en seguida los fuertes San José y Santa Rosa, que el enemigo evacua haciéndolos saltar, conjuntamente con sus gruesos cañones.

Dueños de estos fuertes, ocupan el 2 de Mayo, y marchan hacia las Chimbas, en persecución del enemigo, no obstante recibir una en pos de otra dos bombas de a 500 disparadas por el “Manco Capac” que se despide de la vida naval, ahogándose majestuosamente, con la bandera al tope, después de embarcar la tripulación en los botes para entregarse humilde a nuestras naves.

Más hace la torpedera “Alianza”, que rompiendo el bloqueo, alcanza hasta las cercanías de Pacocha donde los tripulantes la varan, para dirigirse a Moquegua por tierra. Desgraciadamente una patrulla del *Caupolicán* los hace prisioneros; las autoridades de Pacocha los remiten a Arica.

El *Buin*, triste y resignado, siguió tras el coronel Lagos. Los niños del 3° y 4° no les dejaron siquiera un bocado, para engañar el vicio.

El coronel Lagos los consuela diciéndoles: Otra vez las echará el *Buin*.

La plaza de Arica cayó en nuestro poder en hora y media, más o menos, pero el ataque al Morro demoró apenas 55 minutos, a reloj.

El coronel Lagos encomienda al comandante del *Buin*, patrullar la ciudad, con tropa del regimiento, y ordena a los cirujanos y practicantes de cuerpo, que establezcan la ambulancia.

Pronto bajan los cirujanos de nuestros buques con útiles y medicinas.

Nuestro país debe una palabra de gratitud a los cirujanos de las naves extranjeras al ancla en Arica que mandaron a tierra cirujanos, practicantes, medicina y toda clase de útiles para las primeras curaciones, y trabajaron con eficacia ejemplar.

La captura de Arica costó al ejército chileno 474 bajas.

Oficiales muertos.....	5	
“ heridos.....	18	23
Muertos de tropa.....	114	
Heridos de tropa.....	337	454
Total general.....		474

Las pérdidas de los defensores fueron bastante crecidas. Se calculan aproximadamente en:

Muertos.....	900
Heridos.....	200
Prisioneros.....	600
Dispersos.....	100
Total.....	1.800

El Cuartel General y Estado Mayor, seguidos de la artillería y caballería ocupan el puerto a las: 8:20 A. M. Se toca llamada y se acuartelan tropas, para salir más tarde comisiones encargadas de recoger heridos, enterrar muertos, y reunir e inventariar el valioso material de guerra y boca conquistados.

Inmediatamente después, el señor general envía a Iquique, el siguiente parte, dirigido al Supremo Gobierno.

“Señor Ministro de la Guerra:

Arica, Junio 7 de 1880.

El día 3 del presente, me puse en marcha para este puerto con el objeto de destruir la última fuerza enemiga que se mantenía en pie de resistencia en esos departamentos.

Después de estudiadas las posiciones del enemigo y colocadas convenientemente nuestras fuerzas envié el 5 por la mañana un parlamentario al jefe de la plaza intimándole rendición, en vista de la inutilidad de su resistencia.

La resolución del coronel Bolognesi fué negativa, y en vista de ella rompí las hostilidades con nuestra artillería.

Ayer la escuadra bombardeó, la plaza por espacio de tres horas.

Adoptadas las últimas disposiciones, resolví atacar hoy en la madrugada las fortificaciones de esta plaza. Efectivamente los fuegos se rompieron al aclarar, y después de poco más de una hora de un reñido combate, la ciudad estaba en nuestro poder.

El enemigo hizo volar con minas preparadas de antemano algunas de las fortificaciones. Solamente en el Morro quedaron algunos cañones útiles.

El “Manco Capac”, abrió sus válvulas y se fué a pique entregándose su capitán y su tripulación prisioneros a bordo del “Itata”.

Todo el honor de la jornada corresponde a los regimientos 3° y 4° de línea, que se batieron con extraordinario, arrojo, y el *Lautaro* que no encontró gran resistencia en el punto que atacó.

El ataque fué dirigido por el coronel don Pedro Lagos.

Las pérdidas del enemigo son grandes y las nuestras ascienden a poco más de 300, no alcanzando a 100 los muertos.

La victoria ha sido completa y por ella felicito al país y al Supremo Gobierno.

Manuel Baquedano”.

La noticia causa en Chile inmenso entusiasmo. Se celebra no la toma de Arica, sino el triunfo de la raza. El pueblo se siente representado por los conquistadores del Morro, a la chilena, al asalto y a la bayoneta.

El gobierno asciende a Baquedano a general de División.

El general hace promulgar el 10, algunos bandos-leyes, para el correcto funcionamiento administrativo del territorio bajo nuestras armas.

Por el primero, nombra gobernador civil y militar de la plaza al coronel graduado don Samuel Valdivieso.

Por el segundo, decreta que continuarán subsistiendo en el Departamento de Tacna, las leyes y disposiciones relativas a aduanas que regían al tiempo de la ocupación, por las armas de la República, con la declaración de que los productos originarios y los procedentes del Perú, serán considerados como extranjeros.

Por el tercero declara libres de derechos de internación los productos chilenos.

El general Baquedano era parco en felicitaciones y proclamas. Sus partes oficiales se hacen notar por la brevedad.

No obstante, no puede prescindir de dirigir una palabra de gratitud y aliento, a los bravos asaltantes de las fortificaciones de Arica.

Con fecha 8 de Junio se leyó en los cuerpos la siguiente:

Orden del día.

Arica, Junio 8 de 1880.

La Historia de la guerra en que estamos empeñados, contará entre sus más brillantes episodios la jornada de ayer. Difícilmente podrá acumular en otro punto la naturaleza y la ciencia militar mayores elementos de fuerza y de resistencia, posiciones naturales invisibles, fortalezas inespugnables, poderosísima artillería, minas convenientemente colocadas para estallar, en el momento oportuno, todo hacía de este puerto una poderosa ciudadela, que podría sin temeridad, defenderse contra un grueso ejército. Sin embargo en poco más de una hora de combate, estuvieron en nuestro poder todas las fortalezas del enemigo, sin que los cañones ni las explosiones formidables de las minas, ni el nutrido y mortífero fuego de fusilería, hecho por 2.000 hombres bien parapetados, pudieran detener la marcha de nuestros soldados, que luchaban a pecho descubierto.

Cupo en suerte vencer mayores resistencias y por lo mismo, adquirir mayor gloria a los regimientos 3° y 4° de línea, que han merecido bien de la patria con su bizarro comportamiento.

Reciban, pues, los bravos de esos dos cuerpos, las felicitaciones que les envió en nombre de la nación. Recíbanlas igualmente los regimientos *Buin* y *Lautaro*, la artillería de la División, el batallón *Bulnes*, los escuadrones de *Cazadores* y 1° y 2° de *Carabineros de Yungay*, porque todos ellos han cumplido noblemente con su deber en los puestos que se les designaron.

A los que cayeron en el campo debemos envidiarlos porque tuvieron la suerte de morir por la patria, honrándola con sus sacrificios y con la gloria imperecedera que le han dado.

Entre ellos merece especial mención el teniente coronel don Juan José San Martín del regimiento 4° de línea, que fué siempre un jefe distinguido y murió heroicamente preocupado hasta su último instante de la suerte y de la gloria de su país.

El General en Jefe.

Dispone igualmente el general que el cadáver de don Rafael Sotomayor, depositado en el “Cochrane”, sea conducido al sur, junto con el de los comandantes Santa Cruz y San Martín, y que los cañones del Morro, hagan los honores de ordenanza, a los restos del ex-Ministro de Guerra y Marina, en conformidad a la Orden del día, expedida en las Yaras, el 21-V-80 que decía así:

Orden General.

Mayo, 21 de 1880.

El señor Rafael Sotomayor, ministro de guerra en campaña, ha fallecido ayer a las 5:10 P. M. La muerte del señor Sotomayor ha sido recibida por el ejército con indecible pesar.

Con dolor, el país entero se unirá en breve, cuando el telégrafo lleve a nuestras capitales la noticia de una desgracia que ha sorprendido a todos, porque todos esperábamos que la vida del señor Sotomayor, llena de abnegación, todavía podía prestar utilísimos servicios en beneficio de la patria.

Cuando se disponga la manera como deben trasladarse los restos al lado de los suyos, que los exige el suelo de la patria, el amor de su familia y el respeto de sus conciudadanos, se ordenarán los honores que deberán hacerse.

El ejército entretanto, llevará luto por ocho días.

De O. del S. J. en J. *Pedro Lagos*.

El elemento militar rendía pleno homenaje a los servicios prestados a la Patria por el señor Sotomayor.

No terminaremos el presente capítulo, sin dejar en claro una leyenda peruana, inventada para inmortalizar la memoria del comandante don Alfonso Ugarte, muerto en el Morro, en unión de Bolognesi, Moore, Blondel, y otros jefes peruanos. Dice la leyenda que Ugarte, se arrojó del Morro de Arica, en los momentos en que los chilenos se apoderaban de él. Los peruanos han perpetrado el hecho en una plancha de bronce, que ocupa uno de los cuatro costados de la base de la estatua levantada en Lima, al valiente defensor del Morro, coronel Bolognesi.

La absoluta verdad es la siguiente:

El señor Narciso Castañeda, ex-oficial de un batallón cívico movilizado que hizo la campaña del Pacífico, desempeñaba en Arica el empleo de Administrador de Aduanas y el cargo de primer alcalde, desde 1892.

Un día, se presentó en su despacho, el caballero peruano don Carlos M. Ortaloza, honorable vecino de Arica y su amigo, que necesitaba permiso para exhumar los restos del ex-comandante don Alfonso Ugarte, depositados en el cementerio en su sepultura de familia; y que estaba convenido con el gobierno de Lima para enviarlos privadamente a esa capital.

Pedía al señor Castañeda, que como primer alcalde le diera el permiso de la extracción, y como Administración de Aduana, autorizara el embarque y que todo se hiciera con el mayor silencio.

El señor Castañeda accedió a tan justas peticiones, y aún más, aceptó su invitación para ir al cementerio. Vió los deformes restos y reconoció una camisa que tenía el nombre de "Carlos M. Ortaloza".

El cadáver fué encajonado a la vista de don Fermín Federico Soza, y de un señor Portocarrero, y dos horas después, embarcado en un vapor mercante con destino al Callao.

La familia del señor Ortaloza, que reside en nuestro país, tuvo conocimiento de lo ocurrido.

El lanzamiento al mar es mera fantasía peruana.

Apéndice al capítulo XXV.

BAJAS DEL EJERCITO CHILENO EN ARICA.

Batallón Buin 1° de Línea.

Oficial herido, subteniente don José del Carmen Vásquez.

Batallón 3° de Línea.

Oficiales muertos: capitán don Tristán Chacón, subteniente don José Miguel Poblete.

Oficiales heridos: tenientes señores Ricardo Serrano, Ramón T. Arriagada y Salvador Urrutia. Subtenientes, señores Orestes Vera, Francisco Cotapos, Ramón Guerra y Lorenzo 2° Gooffray.

Muertos de tropa.....	46
Heridos de tropa.....	141

Batallón 4° de Línea.

Oficiales muertos: teniente coronel don Juan José San Martín y subteniente Miguel Aguirre Perry.

Oficiales heridos; capitán don Onofre Gana; teniente Martín Bravo; Subtenientes, señores Samuel Meza F., Juan Rafael Álamos, Alberto de la Cruz González Carlos Lamas García y Ramón Silva Contreras.

Muertos de tropa.....	61
Heridos de tropa.....	185

Regimiento Lautaro.

Heridos de tropa.....	8
-----------------------	---

Cazadores a Caballo.

Heridos de tropa.....	1
-----------------------	---

Blindado "Almirante Cochrane".

Heridos de marinería.....	28
---------------------------	----

JEFES Y OFICIALES PERUANOS MUERTOS EN ARICA.

Coronel Francisco Bolognesi, jefe de la plaza. Coronel José Joaquín Inclán, Comandante General de la 7ª División.

Coronel Alfonso Ugarte, Comandante General de la 8ª División.

Coronel Justo Arias Arangüez, jefe de los Granaderos de Tacna.

Coronel graduado Mariano E. Bustamante, Jefe de detall de la 8ª División.

Capitán de navío, Juan Guillermo Moore, jefe de las baterías del Morro.

Teniente coronel, Ramón A. Zabala, jefe del Batallón Tarapacá.

Teniente coronel Benigno Cornejo 2º jefe del mismo.

Teniente coronel Francisco Cornejo jefe del Batallón Piérola.

Teniente coronel Ricardo O'Donovan, jefe de detall de la 7ª División.

Sargento mayor, Isidoro Blondel, 1º jefe de Artesanos.

Sargento mayor Isidoro Salazar, 2º jefe del batallón Iquique,

Capitán José Chocano, del Batallón Tarapacá.

“ Cleto Martínez, del Morro.

“ Adolfo Kindt, del Morro.

“ Benigno Campo, del Iquique.

Simón Grados, del Tarapacá.

Teniente H. Helmes, del Tarapacá.

Subteniente Ramón Osorio, del Tarapacá.

“ Eleodoro Ceballos “

“ Aníbal Clavez “

“ Alejandro Merfor “

JEFES Y OFICIALES PRISIONEROS

Medardo Cornejos, teniente coronel, jefe de la batería del Este.

Francisco Chocano, teniente coronel graduado del Batallón Artesanos.

Juan E. Ayllon, teniente coronel graduado, 2º jefe de las baterías del Norte.

Manuel C. de la Torre, teniente coronel jefe de detall de la plaza.

Roque Sáenz Peña, teniente coronel 1º Jefe del Batallón Iquique.

Gerónimo Salamanca, sargento mayor, graduado, 3er. jefe del Batallón Tarapacá.

Lorenzo Infantas, sargento, mayor 3er. jefe del Batallón Iquique.

Manuel M. Ceballos, sargento mayor graduado, 4º jefe del Batallón Iquique.

José Pozo, sargento mayor graduado ayudante de la comandancia general de la 3ª División.

Augusto Soto, sargento mayor graduado, baterías del Norte.

José María Prado, sargento mayor. Maestranza.

Manuel S. Espinoza, capitán de corbeta, 2º jefe de las baterías del Morro.

Claudio Estrada, sargento mayor, contralor del hospital.

Miguel Barrios, sargento mayor graduado, ayudante del Estado Mayor.

Capitán de fragata y capitán de Puerto, Eduardo Raigada.

Capitanes..... 27

Tenientes..... 32

Subtenientes..... 25

ARMAMENTOS, MUNICIONES Y TROFEOS, TOMADOS EN ARICA.

13 cañones, en perfecto estado de servicio, distribuidos así:

Dos Parrott de a 100 libras.

Un Vavasseur de a 250 libras.

Dos Parrott de a 30 libras.

Siete Voruz de a 100 libras.

Uno de bronce de a 12 libras.

Siete cañones rotos por medio de la dinamita.

Más de 1.500 balas y granadas para esos cañones, 1.200 fusiles de diversos sistemas, con sus respectivas dotaciones de municiones.

Cantidad considerable de dinamitas guías, pólvora, herramientas y útiles para el servicio de los fuertes.

Muchas banderas y algunos estandartes.

CAPÍTULO XXVI.

Reminiscencias históricas.

La batallas de Tacna y Arica, especialmente la primera, han sido estudiadas por numerosos escritores militares, tanto extranjeros, como nacionales.

Figuran entre aquellos los distinguidos jefes peruanos, varios de ellos en servicio activo, coroneles señores José Luis Salmón, José Luis Torres, Julio Domínguez, Celso Zuleta; y el comandante, don José Ricardo Lima.

De Bolivia, conocemos los folletos de don Daniel Ballivián, subteniente de los *Colorados*, en dicha acción, la exposición del Excmo. general don Narciso Campero a la Asamblea Nacional y varios otros trabajos de igual importancia.

Pocas apreciaciones hacen los señores nombrados a la parte técnica de las batallas; se reducen a juicios apasionados, derivados de la proximidad de los sucesos y de que aún están vivos los enconos de la pasada lucha.

Se necesitaría un libro para la refutación de las exageraciones patrióticas, en contradicción con la verdad de los hechos; por lo cual nos abstendremos de tan laboriosa tarea.

Algunas ligeras citan bastarán para aquilatar la exactitud y seriedad de los trabajos enunciados.

Dice el coronel Salmón, al describir la batalla de Tacna:

“Nuestra artillería, que se le había ordenado que cambiara de posición en el momento en que casi se hacía general el combate, es atacada cuando se hallaba en desfilada y con su material a lomo, arrolladas sus cargas, muertas sus mulas, heridos sus capitanes, otros oficiales y tropa. La sección de a 12 continuaba el fuego sin embargo. .

Con todos, el empeño de los chilenos, resultaba vano; la resistencia no se había podido quebrantar.

De repente, se produce la dispersión de los cuerpos bolivianos de la izquierda, que arrollan al batallón *Victoria* que iba en batalla, a reforzar la línea.

La dispersión de los cuerpos bolivianos.... he ahí nuestras derrotas, de San Francisco y Tacna!”.

(“El Comercio” de Lima, 26 de Mayo, 1920).

¿Qué dirán los bolivianos de esta afirmación?

El coronel Zuleta, benemérito de la patria, vencedor el 2 de Mayo, combatiente en Pucará, se expresa en éstos términos, respecto a los efectivos de ambos combatientes el 26 de Mayo:

ALIADOS:

Bolivianos.....	3.000
Peruanos.....	5.518
Total.....	8.518

Con 23 piezas de distinto calibre.

CHILENOS:

Infantes.....	15.000
Jinetes.....	1.000
Artilleros.....	600
Total.....	16.600

Con 60 cañones. (Historia Militar del Perú. Lima, 1920, Imprenta Americana Santo Toribio 230-234.)

El comandante don José Ricardo Luna, afirma que en Arica se batieron los peruanos uno contra diez (El Conflicto del Pacífico, Lima, 1919, Imprenta Gloria, Abancay, No. 274.). No le hacemos cargo, porque su señor padre, coronel del Batallón *Jauja*, fué fusilado en Huanachuco, como montonero cogido con las armas en la mano.

El señor J. A. de Izcue, se preocupa de hacer la apología de la revancha, para castigar a los conterráneos del exagerado Lautaro, del finado Caupolicán, de la fabulosa Guacolda.

“Tal es el tronco del que brotaron en calidad de rama maldita los actos de nuestros enemigos, durante la contienda de 1874, llenos de cálculo para concebirla, de perfidia para declararla, de salvajismo para llevarla a cabo, de perversidad para concluirarla, y de infamia para eludir los compromisos contraídos al negociar la paz”. (A. J. del Izcue, del Instituto Histórico, Prólogo al Conflicto del Pacífico. Lima 1919.).

El Gobierno del Perú contrató los servicios de un escritor extranjero, para que escribiera la “Historia de la Guerra entre Chile, Perú y Bolivia”, libro repartido profusamente en el continente Europeo, y en los Estados Americanos.

Constituye la obra una violenta diatriba contra nuestro país en que los hechos se desfiguran en desmedro de nuestro ejército y de nuestros hombres públicos.

Asegura que los chilenos “entraron a la ciudad (Tacna) no formados, sino a la desbandada, dedicándose inmediatamente, en todas direcciones, a echar a bajo las puertas de las casas, y saquearlas, abusar bárbaramente de las mujeres, y asesinar a cuantos procuraban defenderlas, y a cuantos se negaban a revelar donde se encontraban las sumas y objetos preciosos que suponían tuvieran escondidos”. (Tomás Caivano.- Historia de la Guerra de América, Tomo I pág. 381. Versión castellana, Iquique, Librería Italiana 1904.).

Con respecto a nuestro país, han hecho estudios profesionales respecto a Tacna y Arica, el señor general don Salvador Vergara, el mayor von Hartrott y el coronel don Guillermo Ekdahl.

El historiador nacional don Gonzalo Bulnes, considera el trabajo del señor Vergara, publicado en "El Mercurio" de Santiago, números 26 y 27 de Mayo, de 1912, como lo mejor que se ha escrito acerca de la batalla de Tacna. Tal vez sea exacto, si se analiza la publicación como un estudio de literatura descriptiva.

El señor Vergara ingresó al ejército como coronel de guardias nacionales en 1891; a los pocos meses, ascendió a coronel de ejército, y poco después a general.

Las afirmaciones del señor Vergara, no van precedidas de pruebas, ni documentos; constituyen el juicio individual del autor, que condensamos con la mayor fidelidad.

I.- El general Baquedano no se hallaba familiarizado con los infinitos y complicados rodajes del ejército moderno relativamente numeroso, operando en un teatro de la guerra sumamente difícil, cuando su buena estrella y el señor Sotomayor le pusieron al frente del aguerrido ejército del Norte.

II.- El regimiento de Artillería estaba mal organizado con brigadas de una batería de campaña y otra de montaña. Habría sido mejor formar dos cuerpos homogéneos, uno con los cañones de campaña, otro con los de montaña.

III.- Los servicios auxiliares no estaban completos.

IV.- No se sacó partido de la caballería.

V. La posición aliada era un peligro latente para sus líneas de comunicaciones.

El camino derecho de Tomasiri (al lado de Buenavista) a Calana cae perpendicular al camino Tacna-Tacora -Altiplano.

No había obstáculos para ir a Calana; esto era lo que debían defender los aliados. Tomando este pueblo, cerraba el paso al interior, estaba el agua, 20 kilómetros más arriba del Campo de la Alianza; bastaba vaciar los canales de Caplina y Uchusuma a la pampa de Piedra Blanca, para dejar sin agua a la ciudad y al ejército aliado.

De aquí el plan extratéxico de Pachía, por los altos cerros.

VI.- El reconocimiento del 22 por Velásquez, tuvo más de aparato que de resultados prácticos. Cañoneo por ambos lados.

VII.- El plan de Baquedano, no era de combate, tenía por objetivo abrirse paso a Tacna; perseguía un nuevo objetivo geográfico, y no la destrucción del ejército enemigo.

VIII.- La reserva debió haber sido una de las divisiones, y no formar una especial.

IX.- Dividiendo la caballería en tres grupos el general renunciaba a la persecución. Habría podido cortar al enemigo, operación posible, con caballos descansados.

X.- La artillería quedó tácticamente disuelta; las baterías se colocaron donde mejor les acomodó. Ocupó un frente de 9 kilómetros. No preparó el asalto. La artillería de campaña debió emplearse a 2.500 metros, o menos. Estuvo siempre a más distancia.

XI.- No hubo persecución al enemigo.

XII.- Como resumen: 1º La infantería se portó bien; 2º No se sacó todo provechoso de la caballería; hizo poco, incidentalmente, y nada en la persecución; 3º El cuartel general no supo sacar partido de la Reserva.

XIII.- El Comando Supremo se mostró deficiente para dirigir operaciones en tan vasta escala, Tacna no fué una batalla decisiva.

Hasta aquí, el juicio crítico del señor general Vergara; establece conclusiones absolutas, desgraciadamente sin premisas que las autoricen.

El mayor don Víctor von Hartrott, profesor de táctica en nuestra Academia de Guerra, publicó en 1912 un estudio concienzudo respecto a la Batalla de Tacna.

Condensaremos en pocas líneas, la síntesis de sus juicios:

Baquedano permaneció dueño de sus resoluciones durante toda la batalla.

Tuvo distanciada a la Reserva y bajo su mano, para enviarla donde hubiere sido necesaria. Si el rompimiento del centro no surge, la Reserva habría caído sobre el centro o habría envuelto un ala.

Baquedano, para su ataque frontal no tomó en cuenta las bajas.

La cuestión capital se condensaba en la victoria, y en el menor tiempo posible.

Algunos creen que los ataques frontales fracasan según las armas del día, debido a los skrapnells y rifles de largo alcance; este modo de discernir nos llevaría a los aeroplanos, tanques blindados y demás medios destructivos contemporáneos.

La hábil disposición escalonada de las divisiones conquistó el triunfo. El enemigo tenía 10 kilómetros de frente, Baquedano procuró encontrar algún punto débil para abrir brecha. De ahí el escalonamiento.

La extensión de la línea de batalla pudo haber traído graves peligros a Baquedano; como no se presentaron, este no dió nuevas órdenes.

Si no hubiesen bastado el primero y segundo escalón habría ordenado entrar al tercero, o sea la Reserva.

No hay error táctico en el ataque de frente; se buscaba una decisión indispensable. El flanco propuesto por algunos, pedía tiempo para su ejecución; exigía un cambio en las líneas de comunicaciones; y en caso de fracaso quedaba el desierto ilimitado a la espalda.

La concentración en Sama, de hombres, municiones, víveres y forraje, acusan previsión y actividad; y las medidas tomadas en la semana anterior, revelan temeridad y resolución.

Factores favorables de los chilenos. Mejor dirección, y mayor energía en el ataque. Todos un solo pensamiento; vencer. Su tarea era ardua; pues la tropa necesitaba mucha disciplina y decisión; los comandantes y jefes, gran iniciativa, energía y conocimiento exacto en situación del combate.

Con respecto a los aliados la posición era muy fuerte, con los fosos para tiradores y el emplazamiento de la artillería.

Pero hubo factores desfavorables:

El cambio de general en jefe aliado provocó la desconfianza. El avance fracasado de la noche, debilitó la moral y fatigó a la gente. Fué también error grave mezclar los batallones de ambos países, pues la tropa de uno trata de traspasarle al otro el peso de la tarea y disminuye el sentimiento de la responsabilidad. Otro error grave consiste en la carencia de Reserva General, para entrar en acción durante el desarrollo de la batalla. La derrota parcial en un punto tenía que acarrear la general, pues, no había tropas para subsanar las desventajas.

Otro error táctico de los jefes aliados: precipitaron la decisión con la salida inmediata del ala izquierda, al acercarse la derecha chilena; renunciaron a las ventajas de la posición, es decir, estar a cubierto, y aprovechar mejor su campo de tiro.

Este avance fué el momento crítico chileno, que subsanó la llegada del segundo escalón. Los aliados tuvieron que retirarse entonces, sufriendo grandes bajas. Los comandantes y jefes chilenos siguieron el avance sin esperar la entrada de la izquierda; conquistada la posición, tampoco se detuvieron, sino que siguieran avanzando.

Esta decisión ganó la batalla, pues los chilenos quedan por el flanco y retaguardia de la izquierda aliada, a la vez que atacaba la izquierda chilena; y como su Reserva se mantenía intacta, esta perspectiva descorazonó a los aliados.

Todavía otro error; situaron la artillería en altura, para que sirviera de faro a los tiradores enemigos; y la caballería no se sacrificó para cubrir la retirada.

Después de Los Ángeles, Tacna y Arica, los futres seguían aplaudiendo en el sur, la fortuna de Baquedano.

Von Hartrott aplica al general la contestación que daba Von Moltke, a los que le felicitaban por su constante fortuna en la campaña 1870-71:

“Sólo el competente, posee suerte duradera”.

El Director de la Academia de Guerra, don Guillermo Ekdahl, cuyo prematuro fallecimiento fué una sensible pérdida para el Ejército, hizo, un profundo estudio de las batallas de Tacna y Arica, para sus discípulos, oficiales del Establecimiento.

Sería difícil resumir dentro de un estrecho marco, las lecciones del recordado profesor, en las que hace justo y cumplido honor a los combatientes de aquella época.

Como tomó a Bulnes por base de sus comentarios, sus apreciaciones adolecen de los mismos errores del historiador cuyas aguas ha seguido.

Tratándose de la marcha en demanda del enemigo, el señor coronel juzga muy atinada hacerla en dos jornadas, para no cansar a los soldados, ni agotar a las bestias, Habría, sí,

deseado, que el ejército hubiera avanzado sobre un frente ancho. Así se hizo; en lo cual coincide su juicio con las disposiciones del Alto Comando. Las divisiones marcharon paralelas, de dos en dos, en columnas cortas de batallón. Por eso la cola y la cabeza llegaron a Quebrada Honda con el mismo intervalo, con que salieron de Sama.

El despliegue para el combate merece su aprobación; pero no así las formaciones de combate de la infantería chilena, que entró, según! el señor Ekdahl, con una compañía en guerrilla y las demás en orden cerrado.

No ocurrió así.

Todos los cuerpos desplegaron totalmente sus compañías en guerrilla antes de llegar a la zona peligrosa.

Su error proviene de la terminología del señor Bulnes, no siempre militarmente correcta, de la imprecisión de los términos de los corresponsales y de los cucalones que enviaban a los diarios las más inverosímiles lucubraciones.

Como prueba, baste lo siguiente:

La II División cubrió todo el frente del centro enemigo, que abarcaba una extensión de cuatro kilómetros.

Barceló tenía tres cuerpos, el 2º de línea, el *Santiago* y el *Atacama*; con estos tres cuerpos, en orden cerrado, le habría sido imposible cubrir los cuatro mil metros del frente del coronel Castro Pinto, comandante del centro enemigo.

Después de aprobar las disposiciones del Comando Superior, la expedición de jefes y oficiales, y la bravura y disciplina de la tropa, el señor coronel enumera estos tres errores de nuestra parte:

1) La falta de municiones en el frente de combate.

2) Las anticuadas formaciones cerradas de ataque.

(No, fué efectivo).

3) Por parte la I División, la maniobra inadecuada, cargando el frente oblicuamente a la derecha, en vez de ejecutar el movimiento envolvente fuera de la zona eficaz de la fusilería.

El señor Ekdahl condensa sus observaciones en esta forma, respecto a Tacna:

“*Resultados tácticos.*- La batalla del 26-V resultó una brillante victoria para el ejército chileno. No sólo conquistó la posición del ejército aliado en el Campo de la Alianza, sino que derrotó a este un una forma tal, que se produjo la dispersión completa y con un pánico, que haría difícil que este ejército recuperara pronto alguna fuerza de resistencia. Además, quedó el vencedor dueño de un botín considerable, entre el cual se contaba casi la totalidad de la artillería aliada”.

“*Resultados extratáticos.*- La victoria chilena en el Campo de la, Alianza el 26-V fué más brillante todavía bajo el aspecto extratático.

El ejército aliado del sur, había dejado de existir. La Alianza Perú-Boliviana estaba prácticamente disuelta. Lo que los sutiles políticos de la Moneda no habían logrado hacer, lo habían ejecutado los despreciados “señores militares”. La espada de Baquedano había cortado el nudo que las artimañas políticas de Santa María no habían logrado desatar.

Todavía más lejos ejerció su influencia la victoria chilena; en el mundo entero; pues procuró simpatías para Chile y admiración para su ejército; apagó el entusiasmo bélico de los partidarios de las naciones aliadas, haciendo menos probable cada día el que alguno de ellos tomara las armas en su favor; y lo más importante talvez, tornó temerosos a los capitalistas del extranjero respecto, a nuevos créditos para los vencidos”.

Con relación al Asalto de Arica, se expresa así:

“¿Qué diremos sobre el carácter general de combate chileno?”

Sin duda alguna el asalto al Morro de Arica, el 7-VI-80 constituye una de las jornadas más gloriosas del ejército de Chile.

Sería simplemente un absurdo conservar una táctica que consiguió tan brillantes resultados; como así mismo sería poco atinado medirla con la vara de los métodos tácticos modernos; pues toda acción de guerra tiene el legítimo derecho de ser juzgada en vista de las circunstancias que la rodearon. Cada época tiene su táctica; no en el sentido que los principios fundamentales o diferentes en tal o cual período, sino en el sentido de que estos principios

invariables toman distintas formas y exigen diversos procedimientos, según las armas y demás medios y elementos bélicos que las distintas épocas hayan tenido, tengan o tendrán a su disposición.

Bien mereció el general Baquedano su ascenso a general de División, en recompensa de las jornadas de Los Ángeles, Campo de la Alianza y Arica. Solo observaremos que a nuestro juicio, el coronel Lagos hubiera merecido de más el ascenso a General de Brigada en recompensa a la gloriosa jornada efectuada bajo su comando”.

CAPÍTULO XXVII.

Abnegación y caridad.

El Tribunal de Cuentas concedió, permiso al autor para revisar sus archivos con el objeto de obtener datos para la confección de este tomo.

Había allí un material precioso, de incalculable valor histórico en especial respecto al movimiento de fondos durante la campaña.

El autor señaló los materiales destinados a este II Tomo, entre los cuales figuraban los personales del Servicio Sanitario, del Parque, Bagaje, Correos, Telégrafos, Intendencia General del Ejército, Compañías de embarcadores y de los trasportes y centenares de servicios civiles, necesarios a una movilización en grande escala.

Hace seis meses, cuando el autor fué a recoger tan importante material, se encontró con que todo él, había formado parte de unas treinta carretadas del archivo del ex-Tribunal que el Contralor General había vendido a la fábrica de papel como desperdicios inútiles.

Tamaño sacrilegio cometido por la Contraloría impidió al autor hacer figurar al personal de los organismos anexos, entre las órdenes de Batalla que figuran en este libro.

Esta publicación habría servido a muchos viejos combatientes, que viven en la miseria, para acreditar su carácter de guerreros del 79, con las listas de pago auténticas, desgraciadamente ahora desaparecidas para siempre.

Igualmente se perdieron los roles de las tripulaciones de los trasportes alistados para las operaciones marítimas, y el de los lancheros, fletadores y otros empleados de las faenas de puerto.

Bien puede ser que algo haya salvado en la devastación del archivo; si aparecen algunas listas en una nueva rebusca, ellas figurarán en los Ordenes de Batalla del tomo III.

Las ambulancias.

El doctor don Ramón Allende Padín, tenía a sus órdenes cinco Ambulancias para la atención de los enfermos y heridos en el ejército de operaciones.

La 2^o quedó en Pisagua para servir a la reserva del general Villagrán.

La 4^a permaneció en las Yaras con 300 enfermos de terciana, disentería y viruelas, a cargo de los cirujanos señores Hermógenes Ilabaca y David Perry; contralor Iñiguez y farmacéutico don N. Chuecas.

La 3^a a las órdenes del doctor don José Manuel Ojeda, no pudo acompañar al ejército por falta de medios de movilidad. El jefe de Estado Mayor prometió y cumplió, enviar por ella al día siguiente.

En consecuencia, acompañaron al ejército únicamente, las ambulancias 1^a Santiago y 5^a Valparaíso.

La 1^a ambulancia llevaba los cirujanos 1^o don Ramón Gorroño, y 2^{os.}, señores Víctor Körner Andwanter y Luis Rosende Lopeandía. En la mañana del 26 armó su material a la izquierda de la Reserva de Muñoz.

La 5^a Valparaíso, tomó colocación a retaguardia de la I División Amengual, cercana a la Brigada de Artillería de Salvo, con el siguiente personal: Cirujano jefe, doctor don Teodosio Martínez Ramos.

Cirujano 2^o don Máximo Abarca.

Secretario, don Laureano Ladrón de Guevara.

Practicantes, señores Alfonso Klickmann, Vicente Rosende, Eduardo Olivares, Juan A. Molinare, Tomás Coll, Roberto Olivárez y Filiberto Giménez.

El doctor Allende Padín se situó entre el claro formado por la retaguardia de la II División Barceló y la III División Amunátegui, con sus secretarios, señores Marcial Gatica y Eugenio Peña Vicuña, y el ayudante don Víctor Castro.

Las ambulancias tenían orden de enviar los camilleros y mozos a la línea en cuanto se rompieran los fuegos, para transportar a los heridos; los médicos y practicantes debían permanecer en ellas para proceder a las primeras curaciones.

Los cirujanos de cuerpo acompañarían a sus unidades, hasta la caída del primer herido. Desde este momento avanzarían efectuando curaciones en la dirección seguida por su batallón o regimiento, atendiendo heridos, amigos o enemigos, por el orden de encuentro, sin preferencia de categorías, ni grados.

En consecuencia, avanzaron en la I División, el cirujano 1^o don Juan Francisco Ibarra con su practicante don Manuel Ortiz, de *Navales*; el cirujano don Ismael Merino con su practicante don Justo Pastor Ramírez, del *Chillán*; el cirujano don Manuel A. García con su practicante don Lorenzo H. López, de *Granaderos*.

Este personal fué reforzado por el día, por el cirujano de la 4^a Ambulancia, don David Perry, que vino de las Yaras, con el contralor, el farmacéutico y dos practicantes.

En la II División, los cirujanos señores Juan Kidd y Julio Gutiérrez, con el practicante don Vicente Soto, del 2^o de línea; los cirujanos don Matías Aguirre y don Guillermo Besoain con sus practicantes señores Francisco Valdivia y Juan de Dios Guerrero, del *Santiago*; el

cirujano, don Eustorjio Díaz con los practicantes señores Senen Palacios (estudiante de medicina, después médico) y Rafael Valenzuela, del *Atacama*.

III División.

Cirujano don Clodomiro Pérez Canto con su practicante don Francisco de B. Valenzuela, del *Chacabuco*; practicante don Manuel Cantillano del *Artillería de Marina*; y practicante don Juan Francisco Concha Cavada, del *Coquimbo*.

IV División.

Cirujanos, señores Ismael Rubilar y Moisés Pedraza, con sus practicantes señores Nicanor Ugalde y Ramón Ramírez, del *Lautaro*; el cirujano don Nicolás Palacios con su practicante don Juan Marabolí, de *Cazadores del Desierto*; y el cirujano don David Tagle Arrate, con sus practicantes, señores Belisario Bisquet y Pablo A. de la Torre, de *Zapadores*.

Los cirujanos y practicantes desempeñan su difícil misión, con toda valentía y abnegación bajo el nutrido fuego de ambos contendientes, pues varias veces quedaron entre las líneas de combate.

El practicante don, Zenen Palacios recibió una bala de rifle que le atravesó el pecho, de parte a parte, en circunstancias que vendaba a un herido.

Tan pronto como el enemigo empezó a ceder el campo y a iniciar su dispersión, el doctor Allende Padín que había permanecido en la línea de fuego, tras la II División, ordena con sus ayudantes la movilización del resto, cirujanos y practicantes que permanecían a retaguardia.

El cirujano don Emiliano Sierralta, con su practicante Abel Pumarino, de *Cazadores a Caballo*, y los practicantes Ismael Díaz y Manuel Suárez, de *Carabineros de Yungay* marcharon a prestar servicios a la izquierda; los cirujanos don Arturo Sandfort y Elías Lillo, con sus practicantes señores Constanino Muñoz, Aníbal Muñoz y Wencelao Pizarro, de la *Artillería N° 2*, pasaron al ala derecha.

Avanzaron hacia el centro, el cirujano don Clotario Salamanca con sus practicantes señores Víctor Salinas y Floro del Carmen Cáceres, del *Buín*; el cirujano don Julio Pinto Agüero, del 3°; los cirujanos don Juan Manuel Salamanca y don Juan Antonio Llausás, con sus practicantes, señores Menandro Latorre, Nicolás Covarrubias y Moisés Zúñiga, del 4°; y cirujano don Juan A. Manríquez con su practicante don Cirilo Contreras del *Bulnes*.

Terminada la acción, el Director General del servicio, marchó a vanguardia, a inspeccionar las Ambulancias aliadas, para tomar nota de sus necesidades más urgentes y hacer comunes los esfuerzos para la humanitaria obra de la Cruz Roja.

Se puso de acuerdo, con las Ambulancias 4ª peruana y la boliviana, para enviarles heridos chilenos, de los últimos caídos en las mismas trincheras o sus cercanías, pues las ambulancias chilenas, habían quedado muy distanciadas, la 5ª Valparaíso, a cuatro kilómetros y la 1ª Santiago a cinco.

En virtud del convenio, fueron llevados a la cuarta ambulancia peruana los comandantes, señores Ricardo Santa Cruz y Estanislao León. Santa Cruz quedó al lado del comandante Lupa, peruano, gravemente herido; ambos fallecieron poco después.

En esos momentos, un oficial chileno traía a las ancas al comandante don Felipe 2° Ravelo, 2° jefe de los *Colorados*; llegaba también el coronel Murguía, 1° jefe de este mismo cuerpo, en un caballo que le proporcionó un soldado de *Navales*.

El doctor Allende recorrió parte del extenso campo de batalla, y cerciorado del inmenso número de heridos, ordenó a las Ambulancias que enviaran agua y ración seca a los sanitarios, cuya labor no terminaría quizás en toda la noche. Después se dirige al jefe de Estado Mayor General para obtener 100 hombres de cada División y la Reserva, con sus respectivos oficiales, para la conducción de heridos a las Ambulancias. Estas comisiones recorrieron el campo de batalla, regresando a sus cuerpos, a la mañana siguiente, con los capellanes que pasaron la noche en el campo.

A la 1 A. M. nombra una comisión compuesta del doctor Martínez Ramos, de su secretario señor Marcial Gatica y ayudante Luis W. Castro, para que con destacamentos de tropa, procedan al entierro de los cadáveres, el día 27, con orden precisa de que no queden restos en la superficie, para evitar la descomposición.

A las 2 A. M., de acuerdo con el General en jefe, se dirige a Tacna, con el objeto de preparar los hospitales de sangre y adquirir los útiles para su funcionamiento. El general le autoriza para gastar cuanto fuere necesario en la habilitación de los hospitales y su correcto funcionamiento; que dé su fianza, para las adquisiciones y que el 27 tendrá para los gastos más urgentes 20.000 pesos, que piensa solicitar en préstamo al Banco de Tacna.

Con la primera claridad de la aurora, el doctor empieza la inspección de locales. A las 6 A. M. tiene los que juzga más adecuados:

1° Una espaciosa bodega con altos y bajos, a la entrada de la estación, por el camino de acceso del Campo de la Alianza a la ciudad.

2° El Establecimiento de Baños, con capacidad para 60 camas.

3° Una casa extensa y cómoda, vecina a los Baños.

4° El teatro, con cabida para 500 heridos.

5° El Liceo, para 200.

6° El Mercado Público, con comodidad para 400.

Repartió estos locales entre las tres ambulancias de que disponía, pues no había llegado aún la 4ª, destacada en las Yaras, a cargo del cirujano 2° don David Perry, pues el 1° había abandonado el puesto, viniéndose de motu propio a Tacna. Lo encuentra por su mal el doctor Allende, y después de merecida filípica, lo envía arrestado a un cuartel.

No tiene que preocuparse de las ambulancias aliadas; éstas habían dejado sus antiguos locales listos para hospitalizar a sus heridos, llevando al Campo de la Alianza las carpas y útiles de emergencia.

El doctor Allende, se dirige al Cuartel General, y obtiene permiso para que la tropa de los cuerpos, con sus respectivos oficiales, baje los heridos a la ciudad, pues no hay ninguna clase de vehículos para el objeto.

Empezó entonces un silencioso e impotente desfile, desde el campo de batalla a los hospitales.

Los heridos que todavía podían valerse por sí mismos, caminaban apoyados en sus rifles; y los ya débiles, del brazo de sus compañeros, que les sostenían con tierna solicitud. Su cara tranquila y serena, revelaba no obstante el intenso placer de la victoria. Chile ante todo.

Los graves venían en camillas, que precisaban doce hombres, para los relevos; los menos graves, en ponchos alzados por los conductores por las cuatro puntas, y en parihuelas formadas con maderos o con los rifles.

Iniciada la evacuación de los campamentos, Allende Padín vuelve a Tacna, para alistar los hospitales, y ponerlos en estado de prestar los servicios más indispensables del momento.

El comercio le abre cuenta limitada, que acepta con la condición de que las mercaderías sean puestas a domicilio.

Un ejército de cargadores invade los hospitales, con colchones, frazadas, escupideras, fondos, ollas, baldes, cucharas, etc. etc.

Copó las boticas, con la adquisición de todos los útiles de curación y artículos médicos.

A medio día, los hospitales tienen guardia de los cuerpos de la I División, y un personal extra para la cocina, en tanto llega la dotación de las ambulancias que no se hace esperar.

Reparte entonces el personal de las tres ambulancias:

La 1ª a cargo de los hospitales del Liceo y el Mercado; la tercera de dos hospitales; y la 5ª de otros dos.

El personal de las tres ambulancias estaba calculado para atender 300 heridos; hay que figurarse el esfuerzo para recibir a mil y tantos, que necesitaban alimentación sana y curación diaria.

El Director hace llamar a todos los cirujanos y practicantes de cuerpo, y los distribuye convenientemente.

Sin pérdida de momento, porque el tiempo urge, organiza tres locales para proceder a las grandes operaciones. Funcionaron mesas de operaciones, la 1ª en el Teatro, a cargo de los doctores Martínez Ramos y Kidd, la 2ª en el Liceo, atendida por los doctores Allende Padín y Gorroño; y la 3ª en el Mercado, dirigida por los doctores Clotario y Juan Manuel Salamanca, David Tagle Arrate, nombrado cirujano de Zapadores, y Rubilar.

Hubo también una mesa accidental, a cargo del doctor Juan Manuel Ojeda.

Se hicieron cien grandes operaciones, entre amputaciones, desarticulaciones y resecciones, con resultados muy favorables.

Por iniciativa de los oficiales, apoyada por el señor Allende, el Comando Superior permitió el establecimiento de hospitales particulares para jefes y oficiales, en casas arrendadas o tomadas al efecto, atendidos por nuestros médicos en horas extraordinarias.

El primero en prestar servicios fué el Hospital Coquimbo, establecido en el palacete de un coronel peruano, fugitivo por la sierra.

Ayudo a su arreglo una distinguida dama tacneña, viuda de francés, Madame Berthelon, que se había encontrado en el sitio de París en 1870-71.

Los jefes y oficiales del *Coquimbo* y *Atacama*, deben a esta señora servicios tan delicados, como inapreciables. Este hospital estuvo atendido por el doctor don Ramón Gorroño.

Los servicios se regularizaron convenientemente desde el tercer día. Hubo entonces necesidad de proceder a otros trabajos, como seleccionar los heridos, asear los hospitales, y formar uno especial, distinto y aislado de los demás, para amputados.

El estado sanitario de la ciudad era pésimo. El doctor Allende ordenó sanearla. Como primera providencia hace correr el agua por las acequias de la ciudad; ordena regar y barrer las calles, y levantar las basuras, que se queman en los sitios baldíos, en las plazas, en las calles y aun en las riberas del río.

Apenas corriente el servicio sanitario en Tacna, viene el asalto de Arica, en el que actuaron los médicos de cuerpo, los de a bordo, la ambulancia peruana y los cirujanos de los buques de guerra extranjeros, quienes Chile debe inmensa gratitud. Desembarcaron, con personal y material, los médicos de la "Hussard", nave francesa; de la "Garibaldi", italiana; y de las alemanas "Hansa" y "Bismarck". Ejecutaron grandes operaciones, con todo éxito, en heridos de uno y otro bando, sin preferencia alguna.

Establecidas las comunicaciones con Arica, el doctor Allende se traslada al puerto, y hace enterrar e incinerar los cadáveres, que en el primer momento se creyó más expedito arrojarlos al mar desde el Morro. La primera marea los devolvió a la playa en estado de descomposición, peligro que conjuró inmediatamente el servicio chileno quemándolos y enterrándolos.

Temeroso Allende de las epidemias por la aglomeración de heridos, remitió inmediatamente al sur, dos grandes partidas de heridos:

La primera llevó 180 a Pisagua; 450 a Iquique; 125 a Antofagasta; 100 a Copiapó; y 50 a Coquimbo.

Por la segunda remesa, envió 50 a Antofagasta y 200 a la Serena.

Los hospitales del sur encargados de la recepción de heridos eran sostenidos por erogaciones particulares, pues las arcas nacionales estaban vacías, por los gastos de la campaña.

Después de la torna de Arica, llegaron varios cirujanos del sur, que el doctor Allende utilizó en la atención de los heridos evacuados para el litoral. Los doctores Herrera y Talavera marcharon a Iquique; Barros y García llevaron oficiales hasta Valparaíso; Izquierdo, Arce y Prado, otras remesas también a Valparaíso.

Descargado de los heridos remitidos al sur, la Dirección Sanitaria se preocupa de enviar al norte, los peruanos al Callao, los bolivianos a Mollendo.

El "Loa", con bandera de la Cruz Roja, zarpó de Arica el 18 de Junio; tocó en Pacocha para recibir víveres frescos y continuó directo a Mollendo. Llevaba el personal de las ambulancias 1ª, 2ª y 4ª peruanas, con 120 empleados, a cargo de los doctores, señores Kint,

Pérez y otros jefes; y 510 heridos, de los cuales murieron únicamente cuatro durante la navegación.

El trasporte peruano “Limeña” llegó a Arica con bandera de la Cruz Roja, y pasavante de contralmirante Riveros, para repatriar heridos. El capitán de navío señor Ascárate traía el mando sanitario superior.

El 4 de Julio zarpa el “Limeña” para el Callao, con escala en Mollendo, con 200 heridos de tropa, tres oficiales bolivianos, 24 peruanos, 380 rabonas, 140 niños y cinco hermanas de caridad del Hospital San Ramón.

Una remesa de heridos bolivianos se dirigió a su patria por la vía del Tacora, y la última, con amputados, fracturados e inhábiles para el viaje, marchó a Mollendo en el trasporte “Santa Lucía”, puesto a disposición de la Delegación Sanitaria boliviana, por el Intendente de Tacna, don Eusebio Lillo.

El señor Ascárate solicitó permiso para conducir al Callao los restos de los señores Bolognesi, Moore y Zavala; el coronel Valdivieso, jefe de la plaza, no sólo accedió a esta solicitud, sino que personalmente cooperó a los deseos del jefe peruano.

Los cadáveres, bajados desde el Morro a la Iglesia parroquial, para las preces religiosas, fueron conducidos al muelle con numeroso acompañamiento, presidido por el coronel Valdivieso, ayudantes, empleados civiles y oficiales francos de la guarnición.

Una brigada de Zapadores, con la banda de músicos a la cabeza, hizo los honores militares de ordenanza.

El señor Ascárate, de gran parada, recibe las urnas en el muelle y las trasporta a bordo, con escolta militar.

En la tarde, 4 de julio, leva anclas el “Limeña”, rumbo al Callao.

Las ambulancias Peruanas.

Un comité residente en Lima, dirigía el servicio de la Cruz Roja bajo la presidencia de monseñor don José A. Roca.

La dirección técnica del servicio corría a cargo del cirujano en jefe de los ejércitos, doctor don José Casimiro Ulloa, con sede también en la capital.

El servicio sanitario del I ejército del sur, se componía del superintendente de Hospitales, y ambulancias, doctor Toribio Arbayza, del cirujano mayor, doctor don Pedro Bertonelli, de cuatro ambulancias en Tacna y de un Hospital militar en Arica. En este punto residía el superintendente y en aquella ciudad el cirujano mayor.

Las ambulancias estaban llenas de enfermos, con pocos medicamentos y pocos materiales.

El doctor Bertonelli, casi en la víspera de la batalla, evacuó el Hospital San Ramón y constituyó las cuatro ambulancias con su material en el Campo de la Alianza.

Las ambulancias quedaron mal ubicadas, casi en la misma línea de batalla, porque según el doctor Bertonelli, el general en jefe había organizado las cosas, para la victoria sin pensar en la derrota; y agrega el doctor Bertonelli “Como no hubo retirada en forma sino dispersión el ejército vencedor invadió toda nuestra línea de combate y nosotros tuvimos que soportar las consecuencias funestas de tamaño error”.

Debido a la mala colocación de las ambulancias estas quedaron desde el primer momento bajo los fuegos de la artillería chilena; y desde las 12 M. de los tiros de rifles de la infantería.

La primera ambulancia, director el doctor don Casimiro Aliaga recibió los primeros heridos del centro y derecha; como caían muchas, granadas en las carpas se trasladó con sus heridos a la ambulancia boliviana.

La segunda ambulancia, director doctor Plácido Garrido Mendivil, comprendía tres secciones: una a cargo del hospital de Tacna, la segunda en el Alto de la Alianza y la tercera en Arica.

Durante la batalla del 26, estuvo bajo la zona de fuego durante la última mitad de la acción, aunque cambió varias veces de lugar. Cumplió con su deber, y no abandonó el campo hasta el 30 de Mayo, día en que se trasladó a Tacna.

El 8 de Junio marchó esta sección a unirse a la que tenía en Arica, para atender a los heridos del asalto, que se concentraron en el Morro. Marcharon también al puerto secciones de la 2ª y 4ª ambulancias, que regresaron una vez que quedó constituido el hospital militar a cargo de la 2ª sección con los médicos señores Chacaltana, Kint, Pérez y Alayza, y un cirujano del buque de guerra francés.

La 3ª ambulancia, dirigida por el doctor don Samuel Cárdenas, tuvo poca actuación en la batalla; bajó a Tacna, por temor a los fuegos. Subió en la tarde al campamento y marchó también a prestar sus servicios en Arica.

La 4ª ambulancia, del doctor don Felipe A. Durán, tuvo mejor ubicación, sin que por eso dejara de recibir los proyectiles de la infantería chilena en avance, que le hirieron un sanitario. Recibió como 200 heridos dentro de la carpa, peruanos, bolivianos y chilenos; de éstos, los comandantes Santa Cruz, de *Zapadores*, y León, del *Santiago*.

La ambulancia pernoctó a retaguardia de la III División chilena, y al día siguiente bajó a la ciudad.

El doctor Allende Padín proporcionó a las ambulancias enemigas, las mismas atenciones que a las chilenas; todas ellas quedaron dentro de los cuerpos chilenos, cuyos jefes les prodigaron todo apoyo y protección.

Una vez en Tacna, la Dirección Sanitaria chilena, repartía los víveres, medicinas, leña y carbón, en igual cantidad a amigos y enemigos.

El 31 se agotó en plaza, la carne fresca y el arroz, pues había que atender a más de tres mil heridos.

El doctor Allende Padín, comunicó la suspensión del suministro de estos artículos, momentáneamente. El doctor Bertorelli reunió a los jefes de ambulancia de su dependencia, y en aparatosa asamblea, esta resolvió no aceptar nada de la Dirección chilena. El comercio le abrió crédito contra el Comité de Lima, y las familias peruanas de la ciudad se hicieron cargo de la provisión del rancho de los heridos.

Estos acuerdos fueron comunicados en altisonantes notas al señor general en jefe, que no perdió el tiempo en contestarlas.

Por fin, se embarcaron en el “Loa”, los belicosos doctores, para ir a propalar en Lima, las más viles calumnias contra el ejército de Chile, el general Baquedano, y doctor Allende Padín, que les colmaron de beneficios y atenciones.

Llegaron en su cinismo hasta acusar a los soldados chilenos del asesinato del coronel Lima, jefe enemigo que sucumbió a sus mortales heridas, como así mismo el comandante Santa Cruz. Ambos jefes estaban juntos en la misma carpa.

El gobierno del Perú, hizo levantar un sumario de todos los delitos de que se acusaba al Ejército chileno, para elevarlo a conocimiento de la Convención de Ginebra.

El gobierno de Chile, no entabló reclamación alguna contra el abuso de la bandera de la Cruz Roja, para cubrir el hospital de Arica, en una de cuyas salas se encontró la máquina eléctrica, con los hilos conductores, para hacer saltar los fuertes e inflamar las minas distribuidas en los caminos.

La ambulancia boliviana.

El Comité de la Cruz Roja, funcionaba en La Paz, bajo, la presidencia del Illmo. Obispo don Juan de Dios Bosque. Representaban al Comité en Tacna, los señores Federico Granier, doctor Zenón Dalence y Luis Salinas Vega.

La ambulancia tomó colocación a la derecha de los campamentos aliados, por cuyo motivo estuvo menos expuesta que los peruanos; sin embargo, como también le amenazaba el fuego, se retiró primero 400 metros a retaguardia, y después pasó a un lugar abrigado de los proyectiles.

Ahí recibió no sólo sus heridos, sino también los de las ambulancias peruanas, que huían de sus carpas, situadas casi en la misma línea de fuego, y al personal sanitario peruano.

El doctor don Francisco Carvajal, que dirigía los servicios de la ambulancia, designó una carpa como punto de control; dejó ahí un depósito de agua, diez camillas, una mochila

botiquín, dos sanitarios con la banderola de la Cruz Roja, y el capellán don Mariano Soza. El doctor Carvajal, con los sanitarios a sus órdenes, se dirigió al campo de batalla a recoger y cuidar heridos.

A las 5 ½ P. M., llegó a la carpa el doctor don Ramón Allende Padín, con el ayudante don Luis Castro, y el caballero chileno don Rafael Gana, muy conocido de los médicos bolivianos, por haber trabajado minas en el sur de Bolivia. El Director Allende les prometió los recursos que necesitaran, y el batallón *Chacabuco* envió un retén para custodia.

El señor Carvajal desempeñó una ruda labor. En un solo lugar encontró once heridos, custodiados por un centinela chileno, a los cuales curaron y condujeron a su ambulancia. El centinela, entonces, se retiró.

A la 1 A. M. llega como refuerzo de Tacna, una sección de refresco, a cargo del doctor don Narciso Cueto, el practicante Caballero y la señora doña Ignacia Ceballos, que se puso a la cabeza de las cocinas, y dos escuadras sanitarias.

Como a las 2 P. M. visitó la ambulancia el coronel Velásquez, para presentar al personal sus felicitaciones por su buen trabajo, en circunstancias que una nueva sección se dirigía al campo, a cargo del doctor Adriasola.

El doctor Carvajal evacuó los heridos paulatinamente, para continuar sus labores en Tacna.

En el vapor “Loa” y “Limeña” marcharon algunos heridos a Mollendo, para seguir a La Paz, por Puno y Chililaya.

En Julio fué una segunda remesa a cargo del doctor Moreno, por la misma vía.

Como quedaban aún 215 heridos en Tacna, el doctor Dalence seleccionó, para evacuar los más graves por el “Santa Lucía” a Mollendo y los que podían resistir el viaje por tierra, por la cordillera del Tacora. Hicieron los heridos esta penosa marcha acompañados por los doctores señores Nicanor Iturralde, Vicente López, Manuel Eduardo, Juan Phillips, Adolfo Palma; los capellanes presbíteros Carlos Arias y Cesar Tapia; contador don Rómulo Soria Galvarro; farmacéutico Ildfonso Aliaga; comandante e inspectores sanitarios, señores Olegario Muñoz, Juan F. Varela y señora doña Ignacia Ceballos y cuarenta y cuatro miembros del personal sanitario.

La ambulancia tuvo el sentimiento de perder al general don Claudio Acosta, que se medicinaba en casa particular, no obstante las atenciones de los médicos bolivianos.

Sus restos fueron conducidos al cementerio, escoltados por un batallón chileno que hizo los honores militares de Ordenanza.

Las autoridades sanitarias bolivianas protestaron por el envío al sur de los jefes y oficiales bolivianos, dados de alta; alegaban, que por haber sido recogidos y cuidados por la ambulancia boliviana, debían repatriarse con ella.

El Comando no aceptó tan extraña teoría, y remitió a los convalecientes a Chile.

Fué el único incidente provocado por los bolivianos, que dió origen a una protesta por escrito del coronel Camacho.

La masonería en la guerra del 79.

La institución Masónica no podía permanecer indiferente en presencia del conflicto que arrastraba a tres repúblicas hermanas al campo de batalla.

La Gr.: L= de Chile, del rito ese.: ant.: y acep.:, tenía en ese entonces su asiento en Valparaíso, y dependía del Gr.: Or.: de Escosia.

Tanto los h.: h.: de la Gr.: L= de Chile, como las cinco pr.: luc.: y dig.: del Perú y Bolivia, recibieron circulares no solo de los países americanos, sino de los tall.: del Viejo Mundo, en que se llamaba a la concordia y a la paz a los ciudadanos comprometidos en la lucha.

Los buenos oficios no obtuvieron resultados inmediatos, por cuanto los gobiernos habían rompido las hostilidades y empezaban las actividades de la campaña, con acciones tan gloriosas como sangrientas.

Los tall. de los tres países contestaron en ese sentido, haciendo votos porque se presentara un momento propicio para intensificar su acción, tendiente al restablecimiento de las buenas relaciones y beneficios de la paz.

Poco después de la batalla de Tacna, la resp. L= Alemana de Valparaíso dirigió a la G. L= de Chile la siguiente comunicación:

A.: L.: G.: D.: G.: A.: D.: U.: - Or.: de Valparaíso, 13 de Junio de 1880. S.: F.: U.: - Ser.: Gr.: M.: e II.: H.: H.: de la Gr.: L= de Chile:

Con motivo de la presente guerra entre Chile y la Alianza Perú-boliviana, nuestra hermana la L= alemana Eintracht (Harmonía) de Lima con fecha 12 de Mayo (carta que llegó a nuestras manos el 5 del presente) nos dirige una comunicación, solicitando nuestra fraternal mediación ante la Resp.: Gr.: L= de Chile, en protección y amparo de los infortunados hijos de estos países, que en este momento se hallan empeñados en combate sangriento en defensa de su patria.

Considerando la L= Eintracht que en las filas de ambos ejércitos beligerantes, existen, muchos her.: mas.: se permite la libertad de rogar por nuestro conducto a la muy Resp.: Gr.: L= de Chile, se digne emplear su muy importante influencia, para tratar de evitar en los combates y hostilidades del ejército chileno, en cuanto fuere posible, las crueldades y sacrificios innecesarios e inútiles de vida suplicándoos dirijáis al efecto a los hermanos mas.: del ejército y de la marina chilena, vuestras respetables instrucciones en este sentido para minorar en parte siquiera los males de la guerra, de por sí ya bastante lamentables y tratando de humanizar los actos bélicos en conformidad y armonía con las tendencias humanitarias y fraternales que distinguen a nuestra augusta institución.

Dando así cumplimiento al encargo de la L= Eintracht de Lima a cuya humanitaria solicitud confiamos os dignéis acceder, tendremos sumo placer en transmitir a dicha L= la honrosa contestación con que en tan delicado asunto tuviereis a bien favorecernos.

Con este motivo, dignaos aceptar, Ser.: Gr.: M.: e III.: H.: H.: nuestro fraternal saludo. - C.: T.: L.: S.: Y.: B.: Q.: S.: N.: C.: - Carlos Inghirami, I. Viji. - Augusto Vermehren, II. Viji. - Emilio Eisele, Ven.: M.: - A. Chodowiccki, Sec.:

La G.: L= de Chile dió la siguiente contestación a la plan.: anterior.

A L.: G.: D.: G.: A.: D.: U.: - Deus Merunque Jus - Or.: de Valparaíso, Julio de 1880. E.: V.: - ILL.: H H.: -

Con suma atención hemos leído vuestra comunicación de 13 del presente, por la cual a nombre de la L= alemana Eintracht de Lima, pide a esta G.: L= que interponga sus buenos oficios para con los masones del ejército chileno en campaña, a fin de evitar las crueldades de la guerra, tratando de humanizar sus actos ya de por sí bastantes crueles y rigurosos.

En contestación debemos decir que condenamos la guerra como un resto de barbarie indigno de la edad moderna, en que todas las diferencias de pueblo a pueblo debieran arreglarse por el arbitraje. Esta idea es general en Chile, nación de suyo belicosa y apta para la guerra, pero sumamente adicta a la paz por convicción.

Chile, siempre ha hecho sacrificios por evitar la guerra; más en la ocasión presente no pudo sin grave menoscabo de su honra. El Gobierno boliviano, faltando a la fe de los tratados provocó la guerra; el Gobierno peruano, por el pacto de 1873, pacto secreto encaminado contra Chile y por la insidiosa misión Lavalle acabó de precipitar los acontecimientos. Chile tuvo que armarse, tuvo que improvisarse todo para lanzarse a los campos de batalla de que vivía alejado tantos años.

Una vez rotas las hostilidades, Chile, siempre procuró atenuar los males de la guerra. Como os consta ha tratado con suma benignidad a los prisioneros, quienes han sido mejor atendidos que sus propios soldados. Ha honrado a los vencidos, reconociéndoles sus méritos y dando sepultura a sus muertos con todos los honores militares, debidos a su rango. Ha enviado los heridos a sus lugares y aún ha dado libertad a los prisioneros bolivianos cuando su propio país se negó a canjearlos.

Ha dado todo género de facilidades a la Cruz Roja, aún desatendiéndose de ciertas exigencias sospechosas. Dentro del país a nadie se ha perseguido ni hostilizado por su nacionalidad y como también os consta, peruanos y bolivianos han vivido tranquilos teniendo

asegurada su vida, honra y propiedad, tanto como los mismos hijos del país, sin ninguna diferencia.

La prensa mesurada y seria, y siempre verídica, ni muestra ningún encono contra el enemigo, ni lo injuria ni lo apoca, siendo característico de este país, el que jamás se oigan gritos contra el Perú o Bolivia, ni aún en los momentos de mayor exaltación patriótica.

Durante la campaña hay rasgos generales y particulares que honran altamente al ejército chileno.

Todo ejército vencedor vive del país que ocupa. El chileno al revés, en Moquegua repartía 500 raciones diarias y 1.000 en Tarapacá a los indigentes de aquellas poblaciones. Pudo entrar a saco, o haber impuesto contribuciones de guerra a Iquique y Tacna, y no hizo ni lo uno ni lo otro, En Moquegua pudo haber prendido fuego a todos los viñedos, después del lazo tendido a unos pocos soldados por los moqueguanos, y aún haber arrasado la ciudad, y lo mismo a Tacna, donde se hizo fuego a un parlamentario.

En Arica, donde se emplearon minas de dinamita, pudo haber pasado a cuchillo a toda la guarnición y nada se hizo, como lo comprueban los sobrevivientes, hoy prisioneros en Santiago.

Muy al contrario; el general chileno al entrar a Tacna, necesitó momentáneamente una suma de dinero y la tomó a préstamo en el banco; necesitó colchones para sus heridos, y ni eso pidió, sino que los compró.

Si se comparan las prácticas autorizadas de la guerra entre los pueblos más civilizados se verá que Chile se ha conducido con el Perú con muchísima mayor indulgencia y suavidad que la Alemania con la Francia en su última guerra.

No ha fusilado a los espías, no ha ahorcado a los torpedistas extranjeros y otros aventureros al servicio del enemigo que ha apresado, ni ha tomado represalias por los centenares de chilenos violentamente expulsados del Perú al comienzo de la guerra; ni por los prisioneros obligados bajo la presión del látigo a trabajar en obras militares, ni por los parlamentarios recibidos a balazos, ni por el empleo de minas y de balas explosivas; ni por los chilenos quemados vivos en Pisagua, cuando el primer bombardeo, de aquel puerto.

Estos mismos bombardeos presentados al mundo como un acto inusitado de barbarie, no solamente están justificados por el derecho internacional, pues ellos siempre se ejecutaron después que el enemigo hizo fuego contra los botes de la escuadra chilena, sino que están autorizados por el ejemplo de las naciones europeas y aún por el mismo Perú cuya escuadra en 1837 bombardeó en iguales circunstancias el puerto chileno de San Antonio.

Si las poblaciones enemigas son respetadas y socorridas, si el ejército chileno no vive del país que ocupa, si no destruye los plantíos, si respeta a los prisioneros y los llena de consideraciones, si entrega los heridos, si protege a los nacionales enemigos, si jamás emplea procedimientos contrarios al derecho internacional, si no toma siquiera represalias ¿qué podríamos exigirle a sus nobles marinos y a sus valientes soldados, qué aconsejarles sin temeraria injusticia?

La masonería chilena, lamentando la guerra, no ha podido menos de mirar con satisfacción los sentimientos de humanidad que ha manifestado este país, que ni por un momento se ha enorgullecido siquiera con sus repetidos triunfos.

Creemos que la L= Eintracht, manifiesta sus buenos sentimientos bajo la presión de los dichos desautorizados que corren en Lima, como la expresión de la verdad de que están tan lejos. Desgraciadamente desde el principio de la guerra, el Perú ha adoptado el tristísimo camino de falsear los hechos, lo que no ha contribuido poco a su descrédito y a su alucinación incomprensible haciendo que la victoria moral de Chile sea aún mayor que los triunfos brillantes y no interrumpidos de sus armas.

Aquí, todos desean la paz, no por agotamiento como allá se cree, pues el país no sólo está intacto, sino que se encuentra más próspero y fuerte que al comenzar la campaña, como vosotros qq:. hh:. podéis atestiguarlo.

Desea la paz por un sentimiento de benevolencia, y porque ese es el estado natural de los pueblos trabajadores. Si el pueblo manifiesta su vivo deseo de llegar pronto a Lima, como llegará, es por creer, que ese es el camino seguro de la paz.

Es lástima que el Perú, en su desgracia, no tenga un hombre eminente como, M. Thiers, que sepa comprender sus verdaderos intereses.

Engañado intencionalmente por sus conductores, ese país marcha derecho a su ruina.

Esperamos a nuestro turno que por amor a la humanidad y compasión a la desgracia, la L= Eintracht abra los ojos a aquellos pobres ciegos y les advierta que el abismo está a sus pies, para que vuelvan atrás y obren con cordura. Si no se apresuran, será tarde.

Que no olviden que el Dios de las victorias es el Dios de la justicia y que pesen las tremendas palabras de Montero fugitivo, a los defensores de Arica: “Toda resistencia es inútil, la ira de Dios está sobre el Perú”.

La Gr.: L= de Chile compuesta de hombres de diversos países está en situación de ver con serenidad y de inspirarse en sentimientos generosos.

Lamenta la guerra, pero ama la justicia y fía en el juez Supremo que está sobre los hombres y les dará a cada cual lo que le corresponde.

Os saludamos V.: M.: y Q.: Hh.: con los S.: I.: B.: Q.: N.: S.: C.: - El Ser.: Gr.: M.: - El Gr.: Sec.: Jen.:

La Gr.: L= de Chile, que había recomendado a todos los h.: h.: la práctica de los principios masónicos especialmente para con los vencidos, prisioneros y heridos, tenía conocimiento de la fiel observancia de los sagrados deberes de fraternidad, de parte de los masones de todas las logias del país, que hacían la campaña en las filas del ejército de Chile.

No quiso hacer caudal de innumerables casos concretos de que tenía constancia, limitándose únicamente a la respuesta general trascrita más arriba.

Citaremos algunos casos tomados al azar, de los muchos que pudieron mencionarse.

La batalla de Tacna se hacía más y más ruda.

Retrocedía la II División chilena; el centro aliado la perseguía con nutrido fuego.

Entran por su sector el *Chacabuco* y el *Coquimbo*; se restablece el combate. El centro enemigo retrocede; el *Coquimbo* persigue; al llegar a los atrincheramientos, el capitán Larraín Alcalde manda a la bayoneta; la compañía carga y se forma el entrevero al arma blanca; en lo más recio de la pelea, un oficial enemigo cercado de bayonetas, da el grito masónico de auxilio con el signo de peligro.

Dos oficiales saltan al medio; separan a la tropa, enardecida y gritan a los soldados: este oficial es prisionero, el prisionero es sagrado. Viene una ráfaga de calma; salva el oficial; nunca un hombre ha estado más cerca de la muerte.

Uno de los oficiales del *Coquimbo* lo toma del brazo, y adelante, fuego, en avance.

Hermano, soy el teniente Sauri, dice el prisionero, del Provisional de Lima, de la Logia Chalaca, del vall.: del Callao.

Y yo, hermano, el teniente tal, de la Luz y Esperanza N° 11 del vall.: de la Serena.

Y marchan del brazo; las balas llueven; el joven Sauri dice: Dejadme, hermano, no quiero que me maten más compañeros.

Pero si os dejo, hermano, los dispersos que vienen atrás os matarán.

Y siguen adelante y ni un rasguño.

En la tarde, el teniente Sauri participa del modesto rancho de los oficiales del *Coquimbo*; en la noche ambos tenientes duermen juntos; el capote del prisionero sirve de cama, el del captor de cubierta.

El señor Sauri que era una distinguida persona, vivió en el campamento del *Coquimbo*, con permiso del Estado Mayor.

Cuando se embarcó en Arica rumbo a Valparaíso, recibió un modesto cariño junto con una carta de recomendación para la L= Justicia y Libertad N° 5 de Santiago.

Si el señor Sauri vive aún, de seguro no habrá olvidado la aventura.

El Comisario General boliviano, coronel don Corsino Balsa, vivía en la misma casa de un hermano del Estado Mayor. Recibió orden de residir en la Serena, porque ahí tenía su familia.

Pocos días después de la entrada a Tacna, una comisión de oficiales de la Orden que había recorrido las salas de oficiales, visitó las de tropa tanto peruanas como bolivianas.

Encontró en estas, a tres jóvenes paceños de buena situación, que, se habían enrolado de soldados, y que pertenecían a la Mas:

Al día siguiente se encontraban en un gabinete confortable, perfectamente atendidos.

Madre chilena.

La batalla de Tacna estaba en todo su fragor.

El coronel Lagos trae a Amunátegui la orden del Comando Supremo de llevar su III División al combate.

El regimiento de *Artillería de Marina*, y los batallones *Chacabuco* y *Coquimbo* pasan de la columna de compañía al orden disperso.

Durante el despliegue y el avance caen algunos individuos.

Una bala de rifle hiere a un soldado de segunda fila, de la compañía del capitán don Julio Caballero Illanes, del *Coquimbo*.

Un compañero, también de segunda fila que marchaba a su costado, se detiene al ver caer al herido, por movimiento instintivo.

El capitán Caballero, pendiente de sus hombres, al notar la detención de uno de los suyos, le grita, ¡guía al centro!

El interpelado, atento a la voz de la disciplina, toma la línea y sigue el movimiento ofensivo.

El hecho no tiene en sí importancia alguna, y pronto queda en el olvido. Pero alguien toma nota, para interpretarlo erróneamente.

El soldado se batió bravamente, haciéndose notar de su capitán; herido casi al terminar la acción, marchó a los hospitales de sangre de la Serena.

Días después, en el correo del sur, llega una carta para el soldado, en referencia.

El capitán Caballero abría la correspondencia de los muertos y heridos, para tomar nota de las direcciones de sus deudos, y darles noticia de los caídos en el campo.

En ella encontró la siguiente misiva para el soldado de que hacemos mención:

(Corregidas las faltas de ortografía).

Querido hijo:

Me dicen algunos heridos llegados hoy, que te portaste cobarde. No puedo creerlo. Créeme, hijito, que desde ese momento no he cesado de llorar; casi se me ha caído la cara de vergüenza al saber esto; no salgo a la calle por temor de que me apunten con el dedo, por ser madre de un cobarde. Contéstame luego; no me engañes. Soy tu madre y sí has cometido una falta, te perdono”.

Siguen detalles íntimos, hasta llenar las cuatro caras del pliego.

El capitán Caballero escribe inmediatamente a la atribulada madre, haciendo plena justicia al buen comportamiento de su hijo, que cumplió con su deber hasta caer herido, en el fuego en avance.

Esa madre era una modestísima lavandera de Puerto Coquimbo. Orgullosa, y como para vindicarse de una afrenta, llevó la carta del capitán Caballero a sus patrones, feliz de comprobar el buen comportamiento de su niño.

¿Quién dió a esa madre lecciones de sublimidad?

¡Oh, Patria querida!....

¡No soltéis el Morro!

“Ellos también lo lloraban, aquellos hombres de acero que acababan de triunfar contra fortalezas de granito; y esas lágrimas de los heroicos soldados y la sangre heroica de San Martín han santificado el Morro, como santificó Prat la cubierta del Huáscar, y como éste el Morro será nuestro”.

(Correspondencia de “El Mercurio”, Arica, Junio, 7 de 1880)

I

¡No soltéis el Morro de Arica!

Ya sabe el país lo que esa posición le cuesta como heroísmo y como sangre, gracias a una relación vívida y rápida como el relámpago que descubre tras el título humilde de corresponsal anónimo, a un escritor gráfico de primera fuerza. Dieciséis fuertes tomados a la bayoneta y a corvo, sobre mil minas que estallan en el espacio de unas cuantas horas, era la cúspide que faltaba a la grandeza militar de Chile en tierra firme, después de la proeza inmortal de la “Esmeralda” en el mar.

Pero, de lo que talvez no se han dado cuenta suficientemente ni el país ni sus conductores, es de lo que el Morro histórico de Arica vale como importancia geográfica y estratégica y particularmente, como base y punto de equilibrio político en el sistema americano.

II

El Morro de Arica es el Gibraltar del Pacífico; como inaccesible, completamente inexpugnable, una vez fortificado por la ciencia, como es inexpugnable el cono de la *Punta de Europa* que tanto por su aspecto se le asemeja.

Si queréis ser dueños del Pacífico, como los ingleses son dueños del Mediterráneo, no soltéis por consiguiente el Morro!

Todo lo contrario. Que desde hoy nuestros más inteligentes ingenieros militares delinien desde luego los fosos de sus muros, los cimientos de sus bastiones, los perfiles de sus almenas, que coronará el tricolor querido, flotando al aire a la vista de todas las naciones navegantes, y que el nombre del gran soldado que le conquistó para su patria con su vida, sea esculpido en alto relieve en las cortinas que dan vista al océano, para que puedan leerlo y aplaudirlo todos los que por allí pasen: ¡*San Martín!*

Y así, con esa cabeza erizada de cañones y con la dársena de Talcahuano, quedará completa la defensa marítima del país, única defensa que necesita.

III

Es cierto que la provincia de Tarapacá, considerada como distrito y como zona limitada, tiene su defensa natural en las inabordables quebradas de Chiza y Camarones. Pero Chile, el Chile del porvenir, tal cual lo están forjando las bayonetas de sus hijos, necesita una frontera marítima y terrestre mucho mejor definida contra inquietos y envidiosos enemigos.

¡No soltéis el Morro de Arica!

IV

Pero si Chile no perdonaría nunca que devolviéseis al Perú el nido de su marina, ni su último baluarte en el Pacífico, nunca os perdonaría, como fué un día de moda, tentación, y devánelo de falso miraje, nunca del todo curado, que lo dieseis de regalo a los bolivianos, a los más implacables enemigos de Chile, por lo mismo que se creen impunes en sus altas sierras.

Leed lo que escribe Julio Méndez, Ministro de Daza, Ministro de Campero, hijo del hombre obstinado que fué el primero en disputarnos hace cuarenta años, la posesión tranquila del desierto; leed lo que dice a Camacho en carta reciente: “Retiraos a San Francisco, y formad allí con los cañones de Arica, al pie del Tacora, la fortaleza inexpugnable de Bolivia”.

¡Y bien! Sea. Dejadles a San Francisco y dejadles al Tacora, puerta de sus sierras y de sus punas. Pero no le entreguéis a los que jamás han tenido como nación la ley de la lealtad, la

llave de su eterna conspiración y de su eterna alianza contra Chile. Sería eso un verdadero crimen contra el porvenir, la seguridad y el engrandecimiento de la patria.

V

Como posesión marítima, Arica y su Morro, equivalen, por otra parte, al abrigo de nuestras naves, a la defensa de todo nuestro litoral. Transladad allí si queréis toda la gruesa artillería que hoy defiende a Valparaíso, ciudad pacífica y comercial. El Morro de Arica defenderá mejor a Valparaíso que el morro de Viña del Mar.

Como frontera natural y militar, el Morro, equivale a un mismo tiempo a un ejército de diez mil hombres en campaña, porque con dos mil soldados se hace inexpugnable, y ahorráis así la paga y la fatiga de ocho mil.

¡No soltéis el Morro!

VI

Por lo demás, el Perú no lo necesita; es un inmenso callo de piedra puesto en sus pies paralíticos. Cuando la potente mano y voluntad de Bolívar cortó, después de Ayacucho a su albedrío y a su antojo, el paño de la América, su negociador en Sucre (el doctor Ortíz Zevallos) quitó al Perú la posesión de Arica, y le dejó únicamente la de Sama, que entonces llamábase la *Punta de los Diablos*, que azotan los vientos y cuya falda pedregosa lame el río de Tacna.

Y cuando el libertador hizo eso, era porque sabía que el Perú, geográfica y políticamente, se contentaría con esa frontera natural que corre, como todos sus valles, de mar a cordillera.

Dadle, si queréis, a Sama y aún a Tacna mediterránea; pero no, soltéis el Morro, ni el valle de Azapa, que es su granero prodigioso desde el tiempo de los Incas, porque si tal hiciérais, la sombra de los que pelearon y murieron en el valle de Tacna con Santa Cruz, y en la cúspide del Morro con San Martín, se levantarían de sus sangrientos fosos, y empuñando sus rifles, os gritarían desde la eternidad con roncas voces:

¡No soltéis el Morro! ¡No soltéis el Morro!

B. Vicuña Mackenna.

Santiago, Junio 20 de 1880.

FIN DEL TOMO II.: LA CAMPAÑA DE TACNA.
